

25

9549

9-36.334



BEN HU

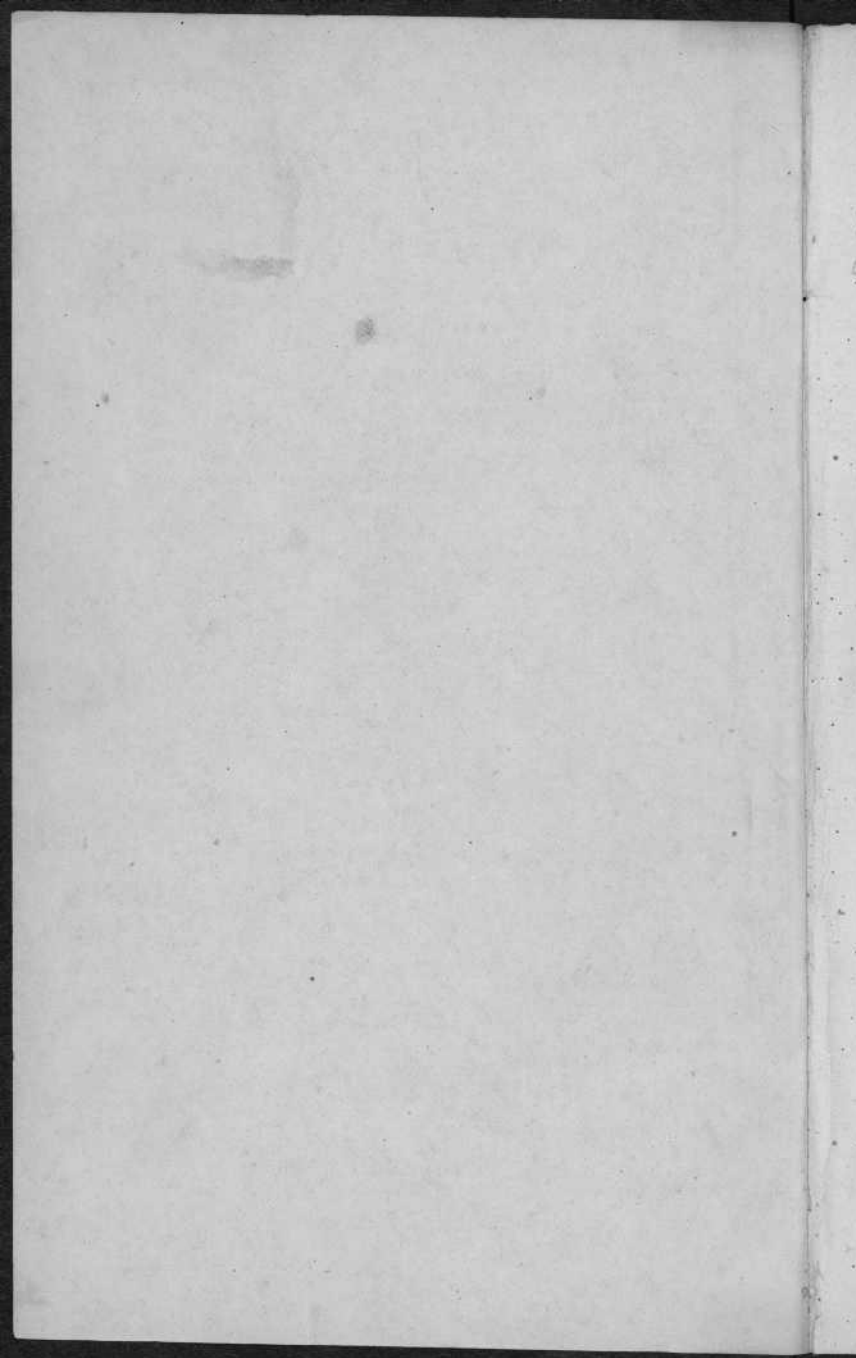
DE LOS TIEMPOS DE JESUCRISTO

LEWIS WALLACE

IS CARLOS VIADA Y LLUCH



MADRID



LECTURAS RECREATIVAS

242
411

BEN HUR

NOVELA HISTÓRICA

DE LOS TIEMPOS DE JESUCRISTO

POR

LEWIS WALLACE

VERSION CASTELLANA

DE

LUIS CARLOS VIADA Y LLUCH

(Nueva edición.)



B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 123648
C.B.
21325

MADRID

APOSTOLADO DE LA PRENSA

7, San Bernardo, 7.

1928

=====
CON LICENCIA ECLESIASTICA
=====



LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

Jebel-es-Zubleh es una cadena de montes de más de cincuenta millas de extensión, pero de longitud tan corta, que sólo llega a figurar en las cartas geográficas como una diminuta oruga que, serpenteando, sigue su camino desde el Norte al Sur. Inmóvil, levantada sobre sus blancas y rosadas rocas de cara al pálido disco del sol naciente, sólo se ve desde sus cimas el desierto de la Arabia, donde los vientos del Este, tan perjudiciales a los viñedos de Jericó, han creado desde muy remotos tiempos campo propicio a sus terribles batallas. Las faldas de la cordillera del Jebel están recubiertas de una espesa capa de arena, depositada por el Eufrates, y destinada a permanecer allí, constituyendo una línea divisoria entre las praderas de Moab y de Ammón, al Oeste, praderas que en otro tiempo formaban parte del desierto.

En todo el Sur y en todo el Oriente de la Judea se habla el árabe; empero en lengua arábiga, Jebel significa lecho de innumerables arroyos que, interrumpiendo la vía romana (ahora un simple sendero si se compara con lo que era anteriormente), vía polvorienta para los peregrinos siríacos procedentes de la Meca, o que a ella se dirigían, formaban surcos que profundizaban cada vez más su corriente, y que en la estación lluviosa desaguaban los torrentes en el Jordán o en el Mar Muerto.

De uno de estos arroyos, y más precisamente de aquel

que nace a los pies del Jebel y se extiende en dirección Nordeste, se forma el lecho del río Jablok; por este lecho pasaba, con dirección a la infinita extensión del desierto, muy de mañana, un viajero a quien conviene que dirijamos nuestra atención.

En la apariencia no tenía más allá de cuarenta y cinco años, y su barba, en otro tiempo de un castaño muy oscuro, daba muestras todavía de su hermosura, cayendo agrisada sobre su pecho. Su semblante, oscuro como el chocolate, envolviólo en parte un rojo *kufiyeh*, nombre que dan aún los hijos del desierto a los pañuelos con que cubren su cabeza. De cuando en cuando levantaba los ojos, que eran grandes y oscuros. Iba vestido con hábitos muy comunes en Oriente, hábitos de los que no puede hacerse una descripción detenida, porque nos lo oculta una pequeña tienda puesta sobre el dorso de un camello blanco, gigantesto. Los pueblos occidentales no se han acostumbrado aún a ver los camellos de transporte por la travesía del desierto. Otras cosas, tal vez, no les hubiera excitado el interés; sí ésta, por la cual cada vez más se sienten curiosamente atraídos. Al llegar al término de largos viajes emprendidos en caravana, aún después de años y años de permanencia entre los beduinos, los naturales del Oeste, dondequiera que se encuentren, se detienen y esperan el paso de los camellos cuando sospechan su proximidad. El encanto de estos enormes cuadrúpedos no está en su figura ridícula, en sus movimientos poco agraciados, en su paso silencioso, ni en su caminar pesado; a la manera que las naves constituyen el más hermoso adorno del mar, así los animales del desierto son para el desierto su mejor ornamento. En el camello tienen éstos un misterioso representante; de modo que mientras lo contemplamos, nuestro pensamiento se transporta por reflexión a los misterios que encarna, y en esto consiste el milagro de la atracción que nos inspira.

El cuadrúpedo, que en este momento salía del arroyo, hubiera podido pretender el acostumbrado homenaje de los curiosos. El color y la elevación de su cuerpo; el

grandor de sus pies; sus carnes, no gruesas, pero sí musculosas; su cuello, largo, delgado, arqueado como el del cisne; el hocico, muy distanciado de los ojos y terminado en punta, al extremo de poder ser aprisionado en un brazaletes femenino; su andar a paso lento, cauto y seguro, todo daba fe de su sangre siríaca, absolutamente incomparable. Llevaba el acostumbrado frontal, que le cubría la frente con una franja escarlata y le guarnecía el cuello con cadenas de bronce, colgantes, cada una de las caules terminaba en una campanilla de plata de suave sonido; sin embargo, no acompañaban al frontal las riendas para el caballero, ni el cabestro de cuero para el esclavo conductor. La silla, colocada sobre el dorso, era una maravilla, y en cualquier pueblo que no hubiese sido el oriental habría obtenido fama de inventor quien hubiese construído otra semejante. Consistía en dos cajones de madera escasamente de cuatro pies de longitud, exactamente iguales y pendientes uno por cada lado; en su interior estaban forrados, tapizados y dispuestos de modo que permitían a su dueño sentarse o recostarse para dormir; sobre todo este conjunto estaba extendido un toldo verde, muy largo por delante y sujetado por cuerdas y correas de cuero unidas entre sí por innumerables nudos. Así los ingeniosos hijos de Cush habían procurado hacer cómodo el camino asoleado del desierto, a través del cual se lanzaban tanto por necesidad como por pasatiempo.

Cuando el camello llegó a la desembocadura del arroyo, el viajero había ya pasado el confín del El-Belka, el antiguo Ammón. Ante él tenía el sol cubierto por los vapores de la neblina y el desierto interminable; no las regiones de las arenas donde sopla el Simún, las cuales estaban más lejanas, sino las regiones en donde el verdor es menos frecuente y en donde el terreno está sembrado de guijarros y de piedras grises y negras. Aquí y allá, acacias raquílicas, matas de hierba, pequeños arbustos. Encinas, robles y varios arbolillos iban quedando atrás, en el confín del desierto, casi alineados y en grupo, como si hubiesen llegado hasta allí y después

se hubiesen detenido a contemplar la árida llanura, atemorizados, sin tener valor para aventurarse por ella. El día avanzaba. La parte del camino mejor cuidada llegaba a su fin.

El camello parecía más que nunca seguir una dirección, obligado por la mano del hombre; tanto alargaba y precipitaba el paso con el hocico levantado hacia el ancho horizonte y aspirando el aire a nariz llena por sus prolongadas ventanas. La litera se bamboleaba, se levantaba y se hundía como una nave a merced de las olas. Se oía el estrépito de las hojas secas pisadas, y a intervalos, un perfume semejante al del ajeno suavizaba el aire. Alondras y golondrinas revoloteaban en torno, y las perdices blancas se alejaban emitiendo extraños silbidos. Con menos frecuencia, una zorra o una hiena corrían veloces para espiar a relativa distancia los movimientos de los intrusos huéspedes.

A la derecha se elevaban las montañas que forman la cordillera del Jebel; el velo gris perla que las envolvía tomaba por instantes un color de púrpura, que el sol poco después hacía aún más rojizo. Sobre las más altas cimas un águila giraba lentamente meciéndose sobre sus grandes alas. Pero el viajero, acurrucado en su verde tienda, parecía no ocuparse para nada de cuanto sucedía en rededor. Sus ojos, fijos, inmóviles, parecían estar entregados a un tranquilo sueño. Hombre y animal adelantaban como dirigidos por una mano invisible. Por espacio de dos horas el camello caminó, seguro de su carrera, con dirección al Oriente. Y el viajero no cambió jamás de posición ni miró a derecha ni a izquierda.

En los desiertos las distancias no se miden por millas o por leguas, sino por *saat* (horas) o por *manzil* (etapas); el *saat* corresponde a tres leguas y media; el *manzil* a quince o a veinticinco, y el *saat* es, por término medio, la velocidad de los camellos comunes. Un camello siríaco de carga puede fácilmente en una hora recorrer tres leguas y media, y con gran fatiga competir en velocidad con el viento ordinario. El paisaje, durante el camino,

sufrió una completa transformación. El Jebel se extendía larguísimo, como una cinta de color celeste claro. A cada paso encontrábanse montones de arcilla y de arena calcárea. De cuando en cuando se veían masas de rocas basálticas, centinelas avanzados de la montaña en los confines de la llanura, y, en fin, grandes extensiones de arena, ya plana, ya amontonada, ya dividida en surcos, y semejante al fondo de un mar recién agitado por la tempestad. Hasta la atmósfera no era la misma que poco antes. El sol, ya muy alto, había triunfado de la neblina y caldeado el aire; parecía que con sus rayos quería besar dulcemente al viajero, oculto bajo la tienda; la tierra estaba por doquiera iluminada de una luz blanquecina, y aun el cielo tenía espléndidas reverberaciones.

Dos horas transcurrieron sin ningún descanso y sin cambiar de dirección. Ahora todo era estéril y árido en derredor. La misma arena estaba endurecida y formaba una ligera capa que se rompía chirriando a cada paso que daba el camello.

El Jebel había desaparecido en lontananza, y parecía estar en el lecho de un océano sin límites. Las sombras del camello y de su jinete, que primero se proyectaban detrás de ellos, ahora se reproducían delante, y continuaban siendo sus únicas compañeras. El viajero, no descubriendo ningún oasis, se sentía presa de gran decaimiento de ánimo. Nadie, es bueno recordarlo, atraviesa el desierto por simple pasatiempo. Quien hace el viaje completo, obligado por el comercio o por razones de familia, lo efectúa por senderos sembrados de huesos de muertos, olvidados a guisa de tristes emblemas fúnebres. Así son los caminos interminables que separan la última salida de la salida más próxima, y una pradera de otra. El corazón del jeque más viejo late con violencia cuanto éste se encuentra solo en un espacio sin sendas. Nuestro amigo, por tanto, no podía ciertamente encontrarse en viaje por pura diversión, ni tenía el aspecto de un fugitivo, pues jamás se volvía a mirar a su espalda. Cuando uno se encuentra en una situación pa-

recida, o siente miedo o curiosidad; mas él no era curioso ni temeroso. El hombre, cuando se encuentra solo, busca generalmente una compañía; el perro le resulta un buen camarada, el caballo, un amigo, y nunca se avergonzaría de colmarlos de caricias y tratarlos afectuosamente. El camello, sin embargo, no recibía jamás de su jinete semejante tributo, una caricia, una palabra de afecto.

Al punto del medio día el camello se detuvo espontáneamente, emitiendo un lamento como solicitando compasión. Parecía querer protestar de su mucha carga y pedir un tratamiento más cortés y algún descanso. El dueño se sobresaltó, como si despertase de un largo sueño. Levantó la vela del *hudah*, miró el sol y examinó el país por todos lados minuciosamente como para determinar su posición. Por fin, satisfecho del examen, respiró a pulmón lleno y agitó la cabeza como para decir: "¡Finalmente! ¡Finalmente!" Un momento después cruzó la mano sobre su pecho, inclinó la cabeza y oró en silencio. Cumplido este deber, se preparó a apearse. De su boca dejó escapar un sonido gutural, familiar, sin duda, a los camellos de Jafa: *jikh!*, *ikh!*, o sea la señal para que se arrodillara. El camello obedeció lentamente, prorrumpiendo en un largo aullido, y el jinete, buscando un punto de apoyo en el delgado cuello del animal, descendió sobre la arena.

CAPITULO II

Nuestro personaje era admirable por las proporciones del cuerpo, membrudo más que alto. Desatando el cordón de seda que le sujetaba el *kufiyeh* en la cabeza, lo separó hacia atrás dejando que se viera por completo su semblante, enérgico, bronceado; la frente era baja y espaciosa; la nariz, aguileña; los ojos, de forma de almendra; los cabellos, abundantes, crespos, de brillantez metálica, descendíanle sobre las espaldas en muchas trenzas y le daban original aspecto. Semejaba a

lós Faraones o a los últimos Tolomeos, a Mizraim, padre de la raza egipcia. Vestía el *kamis*, camisa de un tejido de algodón blanco que le llegaba a los pies, con mangas estrechas, abierta por delante y recamada en el cuello y el pecho. Encima del *kamis* llevaba un sobrehábito de lana castaña, llamado *aba*, con larga sotana, mangas cortas, forrado enteramente de tela de seda y de algodón, y orlado en torno de una franja amarilla obscura. Calzaban sus pies sandalias atadas con cordones de flexible piel. Un cinturón le ceñía el cuerpo, dando al *kamis* graciosa forma.

Es preciso hacer notar que el viajero demostraba un gran valor al arriesgarse solo en la travesía del desierto, guarida de leones, de leopardos y de hombres salvajes. No llevaba arma alguna, ni siquiera el bastón que sirve para guiar los camellos. De ello podía deducirse su misión pacífica. O era extraordinariamente audaz, o gozaba de una protección extraordinaria.

El viajero tenía los miembros adormecidos por el largo y fatigoso viaje; se restregó las manos, golpeó con los pies el suelo como para despertarlos y dió varios pasos acá y allá por delante del fiel cuadrúpedo, que se había tendido, entornando los ojos, sintiéndose dichoso con aquella poca hierba que había encontrado. El hombre, mientras tanto, se detenía; haciéndose sombra con la palma de la mano y mirando a lo lejos, su semblante se anublaba como por un súbito desengaño; de manera que, al verle, cualquiera hubiera comprendido que esperaba a alguien, y habría al mismo tiempo tenido curiosidad de conocer el motivo que le había conducido a país tan poco civilizado. Aunque al observarlo pareciese lo contrario, sin embargo, no era dudoso que estaba seguro de la llegada de la persona esperada. Entre tanto se dirigió a la litera, y del cajón opuesto al que él había ocupado sacó una esponja y un pequeño recipiente con agua, y lavó los ojos, las narices y el hocico del camello. De la misma caja sacó un paño redondo listado de blanco y rojo, un montón de varillas y un grueso bastón. Este último componíase de

varios pedazos encajados el uno en el otro, los cuales unidos formaban un bastón más alto que su persona. Después de haber hincado el bastón en tierra y de haberlo rodeado de las varillas, cubriólo con el paño a manera de tienda, y se hizo la ilusión, allí debajo, de estar en una casa, mucho más pequeña, es verdad, que la de los árabes, pero parecida por todos conceptos a una de ellas. Siempre del mismo cajón, tomó un tapete de forma cuadrada y lo tendió en el suelo debajo de la cabaña poco antes fabricada. Dispuesta así la tienda, salió y se puso a limpiar cuidadosamente el terreno que la rodeaba. Exceptuados un chacal que escaramuzaba a distancia, y un águila que se dirigía hacia la roca de Akaba, el desierto estaba silencioso y vacío, como silenciosa y vacía estaba la celeste bóveda.

El viajero se volvió hacia el camello, diciendo en voz baja y en lengua desconocida en el desierto:

—Estamos lejos de nuestra morada, mi veloz corcel; pero Dios está con nosotros. Es necesario tener paciencia.

Sacó varios puñados de judías de un bolsón de la silla, las metió en un saco, que suspendió al cuello del animal, y cuando hubo visto la buena acogida que le merecía aquel pienso, se puso en guardia y volvió a escudriñar la inmensidad del desierto, sobre el cual el sol dejaba caer sus rayos de fuego.

—Vendrán —se dijo con tranquilidad—. Aquel que me ha guiado les guía. Me dispondré pronto a recibirlos.

De las bolsas interiores de la tienda, y de un cesto de mimbres que formaba parte del mobiliario, sacó lo conveniente para disponer un desayuno: platos terrosos envueltos en paja, vino en pequeños recipientes de piel, carne de carnero ahumada, *shami* o granadas siríacas llenas de semillas, dátiles de *El Shelebei*, excelentes, crecidos en los *nakhil* o frutales de la Arabia central, queso como las "tajadas de leche" de David, y pan hecho con levadura procedente del horno de la ciudad.

Todo lo había traído consigo, y lo colocaba ahora presurosamente dentro de la tienda, encima del tapete. Finalmente, sacó tres piezas de seda para cubrir, según el uso de las personas más elevadas del Oriente, las rodillas de los invitados durante la comida, y por ello se podía comprender cuántas eran las personas a quienes esperaba para hacerlas copartícipes de su desayuno. Todo estaba dispuesto. Salió de la tienda, y un punto negro apareció a lo lejos en el desierto. A su vista quedó como petrificado; sus ojos se dilataron, y un estremecimiento invadió todo su cuerpo. El punto negro iba acercándose cada vez más, cambiaba de color y se había agrandado tanto como una mano; por fin, y paulatinamente, tomó proporciones definidas. Era un camello casi igual al de nuestro viajero, alto y blanco, llevando un *hudah* o litera de los pasajeros del Indostán.

El egipcio cruzó las manos sobre su pecho y elevó sus ojos al cielo.

—Sólo Dios es grande —exclamó reverentemente y con los ojos llenos de lágrimas.

El extranjero se acercó y se detuvo. Parecía que despertase de un largo sueño. Contempló el camello arrodillado, la cabaña y el hombre que estaba de pie junto a la puerta en actitud de súplica, entrecruzó las manos, bajó la cabeza y se puso también a orar silenciosamente. Poco después descendió del cuello del camello, y apeado sobre la arena, avanzó hacia el egipcio en el mismo instante en que éste iba a su encuentro. Se miraron fijamente por un momento, después se abrazaron, y ambos pusieron el brazo derecho sobre la espalda del otro, y el izquierdo al costado, colocando la barba sobre el pecho recíprocamente, primero a la izquierda, después a la derecha.

—¡La paz sea contigo, oh siervo del verdadero Dios! —exclamó el extranjero.

—¡Bien venido seas, oh hermano en la fe verdadera! También a ti la paz —repuso fervorosamente el egipcio.

El recién llegado era un hombre alto y delgado, de

cara grande, ojos hundidos, cabellos y barba blancos, y sus carnes tenían un color de canela bronceado. También iba sin armas.

Su traje era el de los indos; le cubría la cabeza un chal que le caía sobre el cuello en pliegues muy pronunciados a manera de turbante; su vestido era parecido al del egipcio, exceptuada el *aba*, que era más corta y dejaba entrever unos largos calzones, muy apretados empero a la garganta del pie. En lugar de sandalias calzaba medios zapatos de piel roja terminados en punta. A excepción de éstos, de la cabeza a los pies iba vestido de blanco. Su porte era hermoso; su aire arrogante y severo. Visvamitra, uno de los más grandes héroes ascetas de la Iliada oriental, hubiera podido encontrar en él un perfecto representante.

En sus ojos reflejábese una gran vitalidad, pero cuando levantó el rostro del pecho del egipcio, los tenía inundados en lágrimas.

—Sólo Dios es grande —exclamó deshaciéndose del abrazo.

—Y benditos sean los que le sirven —repuso el egipcio, maravillado de la paráfrasis de su anterior exclamación—. Pero esperemos —añadió—, esperemos; nuestro compañero ya viene por allí.

Volviéronse de cara al Norte, en donde se descubría ya un tercer camello, blanco como los precedentes, y que avanzaba tambaleándose como una nave en alta mar.

Esperaron, próximos el uno al otro y silenciosos, hasta que llegó el nuevo viajero, que se apeó y se adelantó a su encuentro.

—Paz a ti, oh hermano mío— dijo mientras abrazaba al indio.

Y el indio repuso:

—Hágase la voluntad de Dios.

El últimamente llegado en nada se parecía a sus amigos: su figura era más delgada; su tez blanca; una mata de cabellos claros ondulados coronaba su cabeza, diminuta, pero hermosa, y sus grandes ojos negros de-

mostraban suma inteligencia, naturaleza sincera y carácter varonil.

Traía descubierta la cabeza, y tampoco llevaba armas. Bajo los pliegues de la capa blanca, que vestía graciosamente, aparecía una túnica escotada y de mangas cortas, sujeta al cuerpo con un cinturón que descendía casi hasta sus rodillas, dejando al descubierto el cuello, los brazos y las piernas. Oprimían sus pies unas sandalias. Tendría cincuenta años, y quizá algunos más, pero no los aparentaba. La edad sólo había impreso cierta severidad a su fisonomía y cierta moderación a sus palabras, pero no había arrugado su rostro ni blanqueado aún sus cabellos.

Parecía sumamente robusto e inteligente. No es necesario decir de qué país era: si no había nacido en Atenas, por lo menos sus antepasados debían ser griegos.

Cuando dejó de abrazarlo, el egipcio exclamó con voz trémula:

—Dios me hizo llegar aquí el primero; yo soy, pues, el escogido para servir de huésped a mis hermanos. La tienda está en su sitio y la mesa preparada para nosotros. Dejad, pues, que ejercite mis funciones.

Cogiéndoles de la mano, les hizo entrar; quitóles las sandalias, les lavó los pies y echó agua sobre sus manos, que secaron ellos después con servilletas.

Luego de lavarse también las manos, añadió:

—Es preciso que cuidemos de nuestras personas, oh hermanos, como lo reclama nuestro deber, y que comamos para recobrar las fuerzas necesarias para llegar al término de nuestra jornada. Mientras comamos nos daremos a conocer mutuamente, y dirá cada uno su nombre a los demás, nuestras patrias, nuestros propósitos.

Los acompañó al lugar que les había destinado, e hizoles sentarse de modo que estuvieran frente frente.

A un mismo tiempo sus cabezas se inclinaron, sus manos se entrecruzaron sobre el pecho y recitaron a coro y en voz alta esta sencilla acción de gracias.

¡Oh Padre del Universo, Señor nuestro! Todo cuan-

to poseemos aquí es tuyo; acepta nuestro agradecimiento y bendícenos para que podamos continuar siempre obrando según tus deseos.

A la última palabra levantaron los ojos y se contemplaron maravillados. Cada uno había hablado en una lengua desconocida a los otros; sin embargo, todos habían comprendido perfectamente lo que sus compañeros habían dicho. Sus cuerpos se estremecieron de emoción, porque a causa del milagro, los tres confesaron reconocer la presencia divina.

CAPITULO III

El encuentro de que hablamos acaeció el año 747 de la fundación de Roma. Era el mes de diciembre, y el invierno reinaba en todas las regiones orientales del Mediterráneo.

Los que atraviesan el desierto en esta estación no pueden proseguir mucho tiempo sin sentirse presa de gran apetito. Los tres viajeros que se cobijaban en la tienda no hacían, en verdad, excepción a la regla. Sentían mucha hambre, y, por tanto, se desayunaban a gusto; después de escanciado el vino dieron principio a las conversaciones.

—Nada resulta más agradable para un viajero que oír que un amigo le llama por su nombre en un país desconocido —dijo el egipcio, que había querido ser el anfitrión de aquella comida—. Permaneceremos muchos días juntos, y sería hora ya de empezar a conocerlos. Por tanto, si así os place, el último llegado sea el primero en hablar.

Muy despacio, como persona habituada a la prudencia, el griego comenzó:

—Lo que yo he de decir, oh hermano, es tan extraño, que no sé propiamente por dónde empezar y de qué modo hablar correctamente. No llego todavía a comprenderme a mí mismo. Estoy tan seguro de que lo que

estoy haciendo es lo que quiere el Maestro, que su servicio es para mí un continuado éxtasis. Cuando pienso en el fin que debo cumplir experimento tan grande alegría, que reconozco por ella ser ésta la voluntad divina.

El buen hombre se detuvo, imposibilitado de continuar, mientras sus compañeros, como él, bajaron los ojos.

—En el lejano Oriente —añadió después de una pausa— existe un país que jamás podrá ser olvidado. El mundo le debe muchísimo, y el poder satisfacer las deudas es cosa que proporciona grande placer a los hombres. No hablaré de bellas artes, de filosofía, de oratoria, de poesía, de guerra. ¡Oh hermanos míos!, la gloria es aquella que brillará esplendorosamente, y por su medio, Aquel que nosotros buscamos será conocido en toda la tierra. El país de que os hablo es Grecia. Yo soy Gaspar, hijo de Cleonté, ateniense. Mis antepasados se dedicaron por entero al estudio, y de ellos he heredado yo la misma inclinación. Dos de nuestros filósofos, los mayores, enseñan: el uno, que existe un alma en todo hombre, y que esa alma es inmortal; el otro, que hay un Dios único infinitamente justo. Yo escogí, entre muchísimas teorías, las de estos dos filósofos como las solas dignas de atención, porque me parecía que podía existir una relación desconocida entre Dios y el alma. Acerca de este tema la mente puede discutir hasta cierto punto; pero después encuentra una barrera infranqueable, llegada a la cual nos vemos obligados a pedir ayuda. Así lo hice, mas no obtuve contestación alguna. Desesperanzado, me alejé de la ciudad y de las escuelas.

A estas palabras, el indio dejó asomar una sonrisa aprobatoria.

—En Tesalia, hacia el Septentrión —prosiguió el griego—, existe una cadena de montañas famosa, por nombre Olimpo, reputada como morada de los dioses, y en donde habitaba Zeus, que era considerado el mayor de ellos por mis compatriotas. Subí a la cima de aquellas montañas. Allí donde la cordillera, que tiene

su principio al Occidente, se desvía hacia el Sudeste, encontré una caverna en el monte, y en ella me detuve, entregándome a la meditación, pero esperanzado, pues sabía que cada suspiro era una plegaria, una revelación. Creyendo en Dios invisible, pero supremo, creía también que, una vez convertido a El, se apiadaría de mí y me contestaría.

—¡Y El contestó! ¡Y El contestó! —exclamó el indo levantando las manos de la pieza de seda que tenía sobre sus rodillas.

—Escuchadme, hermanos —repuso el griego sosegándose con dificultad—. La puerta de mi ermita miraba al mar, sobre el golfo de Thermaic. Un día, de una embarcación que navegaba no muy lejana, vi caer un hombre. Nadó hacia la orilla. Yo le recogí y le tuve a mi cuidado. Era un judío muy conocedor de la historia y de las leyes de su pueblo; de él aprendí que verdaderamente existía el Dios de mis súplicas, el cual había dado su ley y había sido durante siglos Señor y Rey de los judíos. ¿No era ésta, por ventura, la revelación que había soñado? Mi fe había dado fruto. Dios me había contestado.

—Como contesta a cuantos lo imploran con semejante fe —interrumpió el indo.

—Mas ¡ay! —exclamó el egipcio—, pocos son lo bastante sabios para comprender cuándo Dios contesta.

—Todavía no he concluído —continuó el griego—. El hombre que me había sido enviado me dijo más. Añadió que los profetas, que en la época que siguió a la primera revelación veían y hablaban con Dios, declararon que Dios volvería. Me dió el nombre de los profetas y de los libros sagrados, y me citó sus palabras. Me dijo, además, que la segunda venida estaba próxima, y esperábase de un momento a otro en Jerusalén.

El griego se detuvo y su semblante se nubló.

—Es verdad —dijo después de una breve pausa—, es verdad que aquel hombre me ha dicho que así como Dios y la revelación de que me hablaba sólo habían sido

para los hebreos, así también lo serían esta segunda vez. "¿Y no sucederá nada para el resto del mundo?", pregunté. "No, me contestó con voz altiva, no; nosotros somos su pueblo predilecto." Mas la respuesta no me descorazonó. ¿Por qué habría de limitar un Dios semejante su amor y su beneficencia a un solo reino y a una sola raza? Me prometí llegar al término de la verdad. Penetré su orgullo, y encontré que sus padres habían sido todos elegidos para mantener la verdad en vida, a fin de que el mundo aprendiese a conocerla y se salvase. Cuando el judío partió y me encontré otra vez solo, elevé al cielo una nueva súplica: que me fuera permitido ver al Rey a su llegada, y aprender a venerarlo. Una noche me senté junto a la puerta de mi morada buscando cómo acercarme a los misterios de mi existencia, conociendo cuánto significa conocer un Dios; de pronto, en el mar que se extendía a mis pies, o mejor, en la oscuridad que cubría su superficie, ví una estrella que comenzaba a brillar; despuntó con lentitud, se fué acercando y se detuvo sobre la colina y encima de mi puerta, de manera que su luz irradiaba de lleno sobre mí, Caí en tierra, me adormecí y oí en sueños una voz que me decía: "¡Oh Gaspar, tu fe ha triunfado! ¡Bendito seas! Con otras dos personas venidas de las extremas partes del mundo verás al que ha de venir, serás testigo de su venida, y en cualquier ocasión podrás atestiguar en su favor. Levántate muy de mañana y ve a su encuentro, confiado en el Espíritu que te guiará." Al rayar la aurora me desperté, sintiendo en mí el Espíritu y descubriendo en mí una claridad que excedía en mucho a la del sol. Me despojé del hábito de ermitaño y me vestí de anciano, sacando de un escondrijo el dinero que había llevado conmigo desde la ciudad. Una nave pasó próxima a la costa, la hice seña de que se acercara, fuí acogido a bordo y me hice desembarcar en Antioquía. Allí adquirí un camello con sus correspondientes arreos. Entre los jardines y huertos que cubren las playas del Oriente, descansé en Emesa, en

Damasco, en Bostra, en Filadelfia; desde ella he venido aquí. Mi historia, oh hermanos, y os es conocida por entero. Dejad que ahora escuche yo la vuestra.

CAPITULO IV

El egipcio y el indo se miraron recíprocamente: el primero hizo una señal con la mano; el segundo saludó y empezó:

—Nuestro hermano ha hablado perfectamente; ¡ojalá mis palabras sean tan sabias como las tuyas!

Se interrumpió, reflexionó un instante y prosiguió de nuevo.

—Vosotros podéis llamarme, oh hermanos, con el nombre de Melchor. Yo os hablo en una lengua que si no es la más antigua del mundo, fué, por lo menos, la primera en escribirse: el sánscrito de la India. Yo soy indo de nacimiento. Mi pueblo fué el primero en dirigirse por el camino de la sabiduría, el primero en dividirla en las diferentes ramas de la ciencia, el primero en presentarla hermosa. Suceda en adelante lo que suceda, los cuatro *Vedas* deben ser conservados, porque son las primeras fuentes de la religión y de la cultura del espíritu. De esos libros derivaron: los *Upa-Vedas*, que, como dictados por Brahma, tratan de medicina, del arte de la guerra, de arquitectura, de música y de las sesenta y cuatro artes mecánicas; los *Vedas-Angas*, dictados por sabios inspirados y dedicados a la astronomía, a la gramática, a la prosodia, a la pronunciación, a las bellezas, a los encantos, a los ritos religiosos y a las ceremonias; los *Upa-Angas*, escritos por el sabio Vyasa y dedicados a la cosmogonía, a la cronología y a la geografía; además, el *Ramayana* y el *Mahabharata*, poemas heroicos, están dirigidos a perpetuar nuestros dioses y nuestros semidioses.

Estos, oh hermanos, son los *sutras* o grandes libros de ritos sagrados. Para mí de nada servirán ya; pero

se conservarán eternamente para ilustrar el genio incomparable de mi raza. Ellos nos prometían rápida perfección. ¿Sabéis por qué se malograron las promesas? ¡Ah! Los mismos libros cerraron todas las puertas del progreso, y bajo el pretexto de la cura de almas, sus autores divulgaron el principio fatal de que un hombre no debe dedicarse a los descubrimientos y a las invenciones, porque Dios le ha provisto de todas las cosas que le son necesarias. Cuando semejante precepto se trocó en ley sagrada, la antorcha inda se abismó en un pozo, donde en lo sucesivo sólo iluminó muros estrechos y aguas amargas.

Estas alusiones, oh hermanos, no proceden de orgullo, como comprenderéis muy bien cuando os haya dicho que los *sutras* enseñaron que existe un Dios supremo llamado Brahma, y que los Puranas o poemas sacros de los *Upa-Angas* nos hablan de la virtud, de las buenas obras y del alma. Así, si mi hermano me lo permite —y el orador se inclinó respetuosamente ante el griego—, diré que siglos antes de que fuese conocido su pueblo, las dos ideas, Dios y alma, absorbían ya todas las fuerzas de la inteligencia inda. Para explicarme mejor, dejadme deciros que Brahma está indicado en los mismos libros sacros como una trinidad: Brahma, Vishnú, Siva. De este Brahma se dice que fué el autor de nuestra raza, la cual, después de creada, dividió en cuatro ramas. Primero pobló la tierra y los cielos; después preparó la tierra para los espíritus terrenales; con su palabra creó después las castas bramánicas, las más próximas a él por su semejanza, las más sublimes, las más nobles, únicas maestras a cuyo cargo estaba enseñar los *Vedas*, que al mismo tiempo dictaba él ordenadísimos y llenos de útiles conocimientos. De sus brazos salieron los Kshatriya o guerreros; en su pecho, residencia de la vida, tuvieron origen los Vaisya, pastores, agricultores o mercaderes; de su pie, en señal de degradación, brotaron los Sudras o esclavos, destinados a servir a las otras clases, labradores, artesanos, etc. Tomad nota además de que la ley, na-

cida con ellos, prohibía al hombre de determinada clase descender a individuo de otra, el bracmán no podía iniciarse en un orden más inferior: si violaba las leyes de su grado, era considerado como bandido, abandonado de todos menos de los bandidos compañeros suyos.

Al llegar aquí, la imaginación del griego, previendo todas las consecuencias de tal degradación, tuvo un arranque superior al interés hasta entonces demostrado, y exclamó:

—¡ En tal estado, oh hermanos, se encuentran cuantos sienten necesidad de un Dios misericordioso!

—Sí —añadió el egipcio—, de un Dios misericordioso como el nuestro.

Las cejas del indo se contrajeron dolorosamente; pero cuando la emoción cedió prosiguió con voz más suave:

—Yo nací bracmán. Mi vida, por consecuencia, fué regida por leyes aun en los actos más insignificantes hasta mi última hora. Mi primera comida, mi bautizo, la primera vez que ví el sol, mi iniciación en el orden primero, fueron celebrados con lecturas sagradas y con rígidas ceremonias. Yo no podía andar, comer ni dormir sin temor de quebrantar una ley. ¡Y hubiera sido, oh hermanos, un castigo para mi alma! Según los grados de su culpa, mi alma hubiera ido a un cielo o a otro, a aquel de Indra, que es el más inferior, o al más elevado, que es de Brahma; o bien hubiera sido arrebatada para volver a nueva vida en el cuerpo de un gusano, de una mosca, de un pez, de un animal. La recompensa por la perfecta observancia hubiera sido la felicidad o la reabsorción en el espíritu de Brahma, que más que una nueva existencia hubiera sido un absoluto descanso.

El indo se detuvo un momento para reflexionar; después, prosiguiendo, añadió:

—El término señalado a la infancia de un bracmán llamado del primer orden, es el de su vida de estudiante. Cuando estuve dispuesto a ingresar en el segundo, o sea cuando fué el momento de tomar estado, de ser ca-

beza de familia, yo dudaba de todo, hasta de Brahma: era un hereje. Desde la profundidad del pozo, esto es, desde la oscuridad en que me encontraba en mi ignorancia, había descubierto una luz en lo alto, en el brocal del mismo, y deseaba intensamente subir a él para gozar de aquella luminosa llama. Por fin, ¡oh, con cuántos años de afanosas fatigas pude encontrarme en pleno día! Y admiré el principio de la vida, el elemento principal de las religiones, el mejor vínculo entre el alma y Dios: ¡el amor!

El arrugado semblante del buen hombre se coloreó de súbito; juntó las manos fuertemente, siguió un silencio, durante el cual sus compañeros lo contemplaban, en especial el griego, con los ojos llenos de lágrimas, y por fin reanudó su relato:

—La felicidad del amor está en las obras; la prueba está en lo que uno está dispuesto a hacer por los demás. Yo no podía encontrar un instante de reposo. ¡Brahma había llenado el mundo de tantos seres desgraciados! Los sudras me pedían consejo, y lo propio hacían los devotos y las víctimas. La isla de Gang y Lahore estaba situada en donde las aguas sagradas del Ganjes sepúltanse en el Océano Indico. A la sombra del templo construído por el sabio Kapila, en la compañía de los discípulos que la memoria bienaventurada del santo hombre tiene en torno del santuario, probé de buscar descanso. Mas dos veces al año venían peregrinaciones indas. Su miseria acrecentó más mi amor. Combatí con el silencio la inclinación que me impulsaba a hablar, porque una palabra contra Brahma o la trinidad de los Sutras hubiera sido mi perdición, y cualquier acto de cortesía, una bendición otorgada o un vaso de agua que hubiera dado a los brahmanes desterrados, que con frecuencia eran llevados a morir sobre las ardientes arenas, hubiera sido mi condenación, y yo habría descendido a ser uno de aquellos que son parias por la familia, por el país, por la propia casta. ¡El amor venció! Yo hablé en el templo a los discípulos, y me arrojaron de él; hablé a los peregrinos, y me echaron a pedradas de la isla;

intenté predicar en los caminos, y mis oyentes huían o atentaban contra mi vida. En toda la India, en fin, no había lugar en que pudiese hallar asilo o salvación. Ni siquiera entre los bandidos, porque aunque caídos en pecado, todavía creían en Brahma. En mi desgracia buscaba la soledad, para ocultarme de todos menos de Dios. Seguí el curso del Ganjes hasta sus fuentes en el Himalaya.

Cuando penetré en la garganta de Hurdward, en donde el río en su inmaculada pureza, lanza su corriente entre desfiladeros enlodados, oré por mi raza y me creí perdido por siempre para ella. Entre gargantas, entre rocas, a través de hielos, próximo a cimas que parecían tocar a las estrellas, proseguí mi camino hasta el Lang Tso, lago de maravillosa hermosura adormecido a los pies del Tigri Ganjes y del Kailas Parbot, gigantes que eternamente ostentaban a la vista del sol su corona de blanquísima nieve. Allí en el centro de la tierra, donde el Indo, el Ganjes y el Brahmaputra nacen para correr por sus respectivos lechos, donde la humanidad puso su morada y se dividió para poblar el mundo, dejando a Balk, la madre de las ciudades, como testimonio del gran acontecimiento; donde la Naturaleza, vuelta a sus primitivas condiciones y segura en sus inmensidades, invita al sabio y al desterrado con promesas de salvación al uno y de soledad al otro, allí permanecí yo para quedar solo con Dios, rogando, ayunando, esperando la muerte.

Bajó el tono de su voz, y sus huesudas manos se juntaron en ferviente nudo.

—Una noche me encaminaba a la orilla del lago, hablando con mi único oyente, el silencio: “¿Cuándo vendrá Dios a redimirnos? ¿No habrá nunca salvación?” Cuando de improviso una luz comenzó a brillar trémula fuera del agua; elevóse una estrella, y dirigiéndose hacia mí, se detuvo sobre mi cabeza. Su esplendor me deslumbró. Mientras yacía en el suelo, oí una voz infinitamente suave: “Tu amor ha vencido. ¡Bendito seas, oh hijo de la India! La redención está próxima. Tú ve-

rás al Redentor juntamente con otras dos personas de las extremidades de la tierra, y serás testimonio de su venida. Muy de mañana levántate; ve al encuentro de esas dos personas, y pon toda tu fe en el Espíritu que te guiará." Y desde entonces la luz permaneció conmigo; así me daba cuenta de la presencia visible del Espíritu. A la mañana siguiente, invirtiendo el camino de ida, regresé al mundo habitado. En una hendidura de la montaña había encontrado un piedra de notable valor, que vendí en Hurdward. De Lahore, por Cabul y Yezd, llegué a Ispahán. Aquí compré un camello y me dirigí a Bagdad, sin esperar las caravanas. Viajé solo sin temor porque el Espíritu estaba y está aún conmigo. ¡Qué gloria es la nuestra, oh hermanos! ¡Nosotros veremos al Redentor, le hablaremos, le adoraremos! He terminado.

CAPITULO V

El griego prorrumpió en vivas expresiones de alegría y de congratulación, después de las cuales comenzó a decir el egipcio con su gravedad característica:

—Os saludo, hermanos míos; habéis sufrido mucho y yo me alegro de vuestro triunfo. Si entrambos deseáis escucharme, os diré quién soy y cómo fui impulsado a venir aquí. Esperadme un momento.

Salió, dió una ojeada a los camellos y después volvió a ocupar su lugar.

—Vuestras palabras, hermanos, las había dictado el Espíritu —dijo a modo de introducción—, y el Espíritu hace que yo las comprenda. Cada uno de vosotros ha hablado en particular de su respectivo país; para ello había un gran motivo que pronto os explicaré: dejadme ahora que os hable de mí y de mi pueblo. Yo soy Baltasar, egipcio.

Las últimas palabras fueron dichas lentamente, pero con tal dignidad, que los oyentes se inclinaron ante el orador.

—Muchas son las glorias que puedo atribuir a mi raza —prosiguió—, pero me contentaré con una: la Historia comenzó con nosotros. Nosotros fuimos los primeros en escribir en los anales los sucesos acaecidos. No tenemos tradiciones, es verdad; pero en vez de la poesía os ofrecemos certeza. En las fachadas de los palacios y de los templos, en los obeliscos, en las paredes de las tumbas escribimos los nombres de nuestros reyes y de sus gestas, y a los delicados papiros confiamos la sabiduría de nuestros filósofos y los secretos de nuestra religión; todos los secretos menos uno, del cual voy a hablaros ahora. Más antiguas que los Vedas, oh Melchor; más antiguas que los cantos de Homero y que las metafísicas de Platón, Gaspar mío, más antiguas que los libros sagrados o de los reyes chinos, o que aquellos de Sypdartha; más antiguas, en fin, que todos los anales humanos, son las escrituras de Menes, nuestro primer rey.

Descansando un instante, fijó dulcemente sus grandes ojos en el griego y preguntó:

—En la juventud de la Hélade, ¿cuáles fueron, oh Gaspar, los maestros de sus maestros?

El griego se inclinó sonriendo.

—Por estos anales —continuó Baltasar— nosotros sabemos que cuando los padres vinieron del lejano desierto, de las fuentes de los tres ríos sagrados, del antiguo Irán de que vos hablasteis, Melchor, trajeron consigo la historia del mundo y del diluvio, cual fué transmitida por los hijos de Noé a los arios, y enseñaron los conceptos de Dios, del Creador, del alma, inmortal como Dios. Cuando el cómputo, que ahora se llama, haya terminado felizmente, si queréis acompañarme yo os mostraré la biblioteca sagrada de nuestro sacerdocio, entre otros, el Libro de los Muertos, en el cual está el ritual que debe observar el alma después que la muerte la ha enviado al Juicio eterno. Estas ideas, Dios y el alma inmortal, fueron llevadas por Mizraim más allá del desierto, hasta las riberas del Nilo, fáciles y sencillas en su primitiva pureza, como es

todo lo que proviene directamente de las manos de Dios. Así era también el primer rito, un himno y una plegaria a propósito para un alma regocijada, llena de esperanzas y enamorada de su Creador.

Al llegar aquí, el griego levantó las manos, exclamando:

—¡Oh! La luz se abre paso ante mis ojos.

—Y también ante mí —dijo el indio con igual fervor.

El egipcio miróles con benignidad; después prosiguió diciendo:

—La religión no es más que una ley que sujeta al hombre a su Creador; en su pureza sólo tiene estos tres elementos: Dios, el alma y su mutuo reconocimiento, de los cuales, en cuanto se pone en práctica, nacen la adoración, el amor y la recompensa. Tal era, hermanos míos, la religión de nuestro padre Mizraim en su primitiva sencillez. La maldición de las maldiciones es que los hombres no la dejaron estar así.

Detúvose como pensando de qué manera debía proseguir.

—Muchas naciones han amado las dulces aguas del Nilo —añadió—, la etíope, la hebrea, la africana, la persa, la macedónica, la romana, y todas ellas, exceptuando la hebrea, ora una, ora otra, nos dominaron. Semejante sucesión de pueblos corrompió la antigua fe mizraímica. El valle de las palmas trocóse en valle de los dioses. De un solo Dios hiciéronse ocho, cada uno representando un principio constitutivo de la Naturaleza, presididos por el rey Ammón. Después llegaron Isis y Osiris; más tarde fueron divinizadas las cualidades humanas, como la Fuerza, la Sabiduría, el Amor y el Placer.

—¡En todo se veía la antigua locura! —gritó el griego con un movimiento instintivo.

El egipcio, inclinándose, prosiguió:

—Permitidme aún algunas palabras: los anales refieren que Mizraim encontró el Nilo en poder de los etíopes, pueblo de genio y de fantasía, completamente dado a la adoración de la Naturaleza. El poético persa sacri-

ficó al Sol como imagen la más perfecta de Ormuzd, su dios. Los devotos hijos del lejano Oriente esculpieron en madera y marfil las imágenes de sus dioses; pero la Etiopía, sin escritura, sin libros, descendía al culto de los animales, de las aves y de los insectos, contemplando en el gato sagrado a su Rey, en el toro a su Iris, en el escarabajo a su Phtah. Así nació la religión del nuevo imperio. Entonces se levantaron los magníficos monumentos que llenan las orillas del río y el desierto: el obelisco, el laberinto, la pirámide, la tumba real confundiendo con la tumba del cocodrilo. ¡En tan profundo envilecimiento habían caído, oh hermanos, los hijos de Ario!

Por primera vez abandonó el egipcio la calma; aunque su semblante aparentaba tranquilidad, su voz le hacía traición.

—No perdáis totalmente la esperanza, amigos míos—volvió a empezar—; no todos olvidaron a Dios. Pocos momentos hace os dije, quizá lo recordaréis, que a los papiros confiamos todos los secretos de nuestra religión menos uno: de éste voy a hablaros ahora. Una vez tuvimos por rey a cierto Faraón que se prestaba a todo género de reformas y de innovaciones. Para establecer el nuevo sistema se propuso hacer olvidar completamente el antiguo. Los hebreos habitaron entonces entre nosotros como esclavos. Se obstinaron en adorar a su Dios, y cuando la persecución se hizo intolerable, fueron libertados de un modo que jamás podrá darse al olvido. Moisés, que era asimismo un hebreo, acudió al palacio y pidió permiso para que los esclavos, en número de millones, dejaran el país. La petición fué hecha en nombre del Dios de Israel. Faraón se negó a ello. Oíd ahora lo que sucedió. Primeramente, toda el agua, tanto la de los lagos y ríos, cuanto la de los pozos y recipientes, se trocó en sangre. El monarca siguió negándose. Entonces nacieron ranas en número tan extraordinario, que quedó cubierta de ellas la tierra. El rey seguía en su obstinación. Moisés, en su vista, arrojó un puñado de ceniza al aire, y la peste hizo presa

en el pueblo egipcio. Después todos los animales, exceptuando los de los hebreos, perecieron. Las langostas devoraron cuanta hierba había en el valle. En pleno medio día les invadió una oscuridad tan profunda, que ni aun las lámparas daban claridad. Finalmente, durante la noche, todos los primogénitos de los egipcios fallecieron, no exceptuándose ni el del Faraón. Entonces él cedió. Pero cuando los hebreos estaban en camino los persiguió con su ejército, y ya a su alcance, el mar se dividió, dejando libre paso a los fugitivos. Los perseguidores quisieron imitarles, pero las olas se precipitaron sobre ellos, sepultando carros, caballos y al mismo rey. Vos habéis hablado de revelaciones, oh Gaspar.

Los ojos azules del griego fulguraron.

—Yo aprendí la historia del pueblo hebreo —dijo—; vos, Baltasar, me la habéis confirmado.

—Sí, pero por mi boca habla el Egipto, no Moisés. Yo interpreto los mármoles. Los sacerdotes de aquella época escribían a su manera los hechos de que eran testigos. Y ahora paso al secreto no referido por los anales. En nuestro país hemos tenido siempre, desde los tiempos de aquel desgraciado Faraón, dos religiones, una privada, pública la otra; una de innumerables dioses, adoptada por el pueblo; otra de un solo Dios, adorado por el clero. ¡Congratulaos conmigo, hermanos! Todos los castigos inventados por los tiranos han sido inútiles. La verdad gloriosa ha vivido, y este es precisamente su día.

El cuerpo decrepito del indio se inclinó en señal de alegría, y el griego exclamó en voz alta:

—Me parece que hasta el mismo desierto canta.

—Yo nací en Alejandría, príncipe y sacerdote, y recibí una educación cual convenía a mi clase. Sin embargo, muy pronto me disgustó. Parte de la fe que se me imponía era que después de la muerte, destruido ya el cuerpo, el alma había de empezar a ascender lentamente hasta la más alta y última existencia, y esto con completa independencia de la vida llevada en la tierra.

Cuando oí hablar del reino de la Luz de los persas, de su paraíso allende el puente Chinerat, adonde van únicamente los buenos, mi pensamiento se rebeló de manera que día y noche andaba fantaseando sobre las ideas de la transmigración eterna. Si, como me enseñó mi maestro, Dios era justo, ¿por qué no había distinción ninguna entre los buenos y los malos? Finalmente, llegué a la conclusión de que la muerte era tan sólo el punto de separación entre los malos, que eran abandonados y castigados, y los buenos, que eran elevados a una vida más noble; no la reabsorción de Buda, ni el reposo negativo de Brahma, oh Melchor; no la morada en los Elíseos, que es cuanto el cielo permite según la fe olímpica, oh Gaspar; sino vida, vida activa, alegre, eterna, ¡vida junto a Dios! El descubrimiento me llevó a otra cuestión. ¿Por qué debe la verdad ser considerada como un secreto para consuelo egoísta del sacerdocio? Motivo para este secreto no lo había. La fisolofía, por lo menos, nos permitía la tolerancia. En Egipto teníamos a Roma en lugar de Ramsés. Un día prediqué en el Bruccheio, el barrio más hermoso y más habitado de Alejandría. El Oriente y el Occidente me proporcionaron oyentes. Estudiantes que frecuentaban la Biblioteca, sacerdotes de Serapis, ociosos del Museo, señores del hipódromo, paisanos del Rhacotis, una multitud, en fin, detúvose a escucharme. Prediqué acerca de Dios, del alma, del justo y del malo, del cielo, que es la recompensa de las almas virtuosas. Vos, Melchor, fuisteis arrojado a pedradas; mis oyentes, primero se sorprendieron, después rompieron a reír. Hablé de nuevo, y me hicieron blanco de insultos, ridiculizaron a mi Dios y obscurecieron mi paraíso con sus escarnios. Para no ser más largo, cedí ante ellos.

El indo suspiró, diciendo:

—Hermanos, el hombre es enemigo del hombre.

Baltasar prosiguió:

—Medité largamente sobre cuál podía ser la causa de mi fracaso. Remontando el río, a una jornada de la ciudad, se encuentra una aldea de pastores y horticultores;

metíme en un barco y desembarqué en ella. Al anoche-
cer congregué a todo el pueblo, hombres y mujeres, sin
exceptuar a los más pobres; les dirigí el mismo discurs-
so que había pronunciado en el Bruccheio; no lo rieron.
A la tercera reunión se constituyó una sociedad religio-
sa. Entonces regresé a la ciudad. Siguiendo las riberas
del río, bajo las estrellas, al parecer más brillantes y
cercanas, me vino esa idea de empezar una reforma, de
no visitar los palacios de los magnates y de los ricos,
sino los tugurios de los pobres y de los humildes. Me
propuse hacer el sacrificio de mi vida. Mi primer paso
fué arrendar mis extensas propiedades, a fin de ayudar
con sus productos a los que sufrían. Desde aquel día,
oh hermanos, peregriné a lo largo del Nilo, por las al-
deas y en todas las tribus, predicando un Dios, una vida
recta y su recompensa en el cielo. Hice mucho bien, mal
me está decirlo. Sin embargo, yo sé que una parte del
mundo está dispuesta para recibir a Aquel de quien va-
mos en busca.

El rubor se extendió por las bronceadas mejillas del
orador, que, en cuanto hubo cedido, prosiguió:

—Durante los años así transcurridos, oh hermanos
míos, me atormentó tan sólo una idea: Si yo moría,
¿qué sucedería a la causa por mí iniciada? ¿Desapare-
cería conmigo? ¿Había soñado tantas veces con una or-
ganización como término conveniente para la corona-
ción de mi obra! Para no ocultaros nada, os diré que
hasta probé de llevarla a efecto; mas fracasó. Herman-
nos, el mundo está actualmente en tales condiciones,
que para restaurar la fe mizraímica el reformador ne-
cesita algo más que la sanción de los hombres; no ha
de venir solamente en nombre de Dios, sino que ha de
acompañar las pruebas a sus asertos; ha de demostrar
todo cuanto dice, aun la misma divinidad. Tan preocu-
pada está la mente de mitos y de sistemas, tal es la
afluencia de falsas divinidades en todas partes, en la
tierra, en el aire, en el cielo, que el retorno a la prime-
ra religión sólo puede realizarse a través de caminos
sangrientos, a través de campos de persecución; quie-

ro decir que los convertidos han de estar dispuestos a morir antes que a retractarse. Y ¿quién en estos tiempos puede ser portador de la fe a los hombres hasta ese extremo sino Dios mismo? Para redimir la raza no hay necesidad de destruirla; para redimirla, Dios debe manifestarse todavía una vez; Dios ha de venir en persona.

Una emoción intensa se apoderó de los tres viajeros.

—¿No vamos nosotros, por ventura, a buscarle?— exclamó el griego.

—Ahora comprenderéis por qué fracasé en mi empresa organizadora —prosiguió el egipcio en cuanto cedió la emoción—. Yo tenía la aprobación divina. La idea de que mi trabajo había de malograrse me tenía apesadumbrado en extremo. Yo creía en la oración, y a fin de dar eficacia y pureza a mis oraciones, como vosotros, oh hermanos míos, me retiré del mundo habitado y busqué consuelo en la soledad. Fuí más allá de la quinta catarata, más allá de la confluencia de los ríos en Sennar, más allá de Bahr-el-Abiad, a la parte más desconocida de Africa. En aquellos lugares, una montaña azul como el cielo proyecta su apacible sombra sobre la parte occidental del desierto, y con sus cascadas de deshecha nieve alimenta un espacioso lago formado al Este de su base. El lago es el origen del gran río. Por espacio de más de un año la montaña me dió refugio. Me alimenté de dátiles; las oraciones elevaron mi espíritu. Una noche me dirigí a un huerto próximo al lago y murmuré esta oración: “El mundo está a la muerte. ¿Cuándo vendrás? ¿Por qué no podré yo ver la Redención, oh Dios mío?” El agua cristalina brillaba al reflejo de las estrellas. Una de ellas pareció abandonar su sitio y salir a la superficie, fulgurando de una manera tal que obligaba a bajar los ojos. Después se encaminó hacia mí y se detuvo sobre mi cabeza, como aparentemente conducida por una mano. Caí en tierra y me cubrí el semblante. Una voz que no era terrenal me dijo: “Tus trabajos te han dado la victoria. ¡Bendito seas, hijo de Mizraim! La redención vendrá. Con

otras dos personas llegadas de las extremas partes del mundo, tú verás al Salvador. Muy de mañana levántate y ve a su encuentro y cuando lleguéis a la ciudad de Jerusalén, preguntad al pueblo: ¿Dónde está Aquel que ha nacido Rey de los judíos? Porque nosotros hemos visto su estrella salir de Oriente y somos enviados aquí para adorarlo. Pon toda tu confianza en el Espíritu que será tu conductor". Y la luz fué para mí una revelación indudable y ha sido mi única inspiradora y mi único guía. Ella me condujo por la vía fluvial hasta Menfis, en donde me preparé para atravesar el desierto. Adquirí mi camello, y sin descanso he venido por Suez y Kufileh, a través de las llanuras de Moab y de Ammón. ¡Hermanos, Dios está con nosotros!

Se detuvo; después, con prontitud insólita, los tres se levantaron, contemplándose.

—Dijo que existía un motivo que nos inspiraba, en cierto modo, a hablar de nuestros pueblos y de sus tradiciones —prosiguió—. Aquel de quien vamos en busca es llamado Rey de los judíos; con este nombre habíamos de preguntar por El. Mas ahora que nos hemos encontrado, que hemos hablado, podemos conocerlo como Redentor, no sólo de los judíos, sino también de todos los pueblos de la tierra. El Patriarca que sobrevivió al diluvio tenía con él tres hijos y sus familias, las cuales fueron las pobladoras del mundo. En la antigua Ariana Vaejo, la conocidísima región de Siria, en el corazón del Asia, se dividieron. La India y el lejano Oriente recibieron a los hijos del primer hijo; los descendientes del menor, por el Norte, desembarcaron en Europa; los del segundo, a través de los desiertos próximos al Mar Rojo, pasaron al Africa, y aunque en su mayoría habitan aún en tiendas nómadas, algunos de ellos construyeron sus moradas a lo largo del Nilo.

Los tres juntaron las palmas de las manos movidos por un mismo impulso.

—¿Puede existir algo mejor ordenado? ¿Puede haber nada más claramente divino? —exclamaron a una.

Baltasar continuó:

—Cuando hayamos encontrado al Señor, oh hermanos, todas las generaciones venideras se arrodillarán ante El en señal de homenaje, imitándonos. Y cuando nos separemos para dirigirnos cada cual a su patria, el mundo habrá aprendido una nueva doctrina; tal es: que el Paraíso puede conquistarse no solamente con la espada, no sólo con los sacrificios humanos, sino con la fe, con el amor, con las buenas obras.

Hubo un silencio, interrumpido por los suspiros y santificado con las lágrimas, pues la alegría que invadía a todos era inefable. Sus manos se separaron, y juntos se lanzaron fuera de la tienda. El desierto estaba tranquilo como el cielo. El sol iba a su ocaso rápidamente. Los camellos dormitaban. Poco después la tienda fué levantada, y los víveres que habían sobrado, puestos en los cajones. Los tres amigos montaron en sus sillas y se pusieron consecutivamente en camino, precedidos por el egipcio.

Caminaban, ya entrada la noche, con dirección a Occidente. Los camellos avanzaban con seguro trote, conservando la distancia y la línea recta tan exactamente, que parecían pisar las huellas del delantero. Los jinetes no hablaron una sola vez durante el trayecto.

La luna fué apareciendo lentamente. Mientras las tres blancas y elevadas figuras avanzaban con paso silencioso, parecían, a su luz opalina, sendos espectros huyendo a presencia de odiosas sombras. De pronto, en el aire, frente a ellos, sobre la cumbre de una blanca colina, fulguró una sutilísima llama; mientras la contemplaban, la aparición se transformó en una hoguera de esplendor inmenso. Sus corazones latían con violencia; sus almas se estremecieron, y exclamaron unánimemente:

—¡La estrella! ¡La estrella! Dios está con nosotros.

CAPITULO VI

Al Oriente, en los muros de Jerusalén, se encuentran las puertas de Belén y de Jafa. El recinto que las circunda es uno de los sitios más importantes de la ciudad. Mucho antes de que David conquistase a Sión, existía en aquel lugar una ciudadela. Cuando el hijo de Jessé derribó a Jebús y comenzó a edificar, la ciudadela quedó en la extremidad Noroeste de las nuevas murallas, defendidas por una torre más imponente que la antigua. Así el campo como la puerta, sin embargo, fueron respetados a causa de que los caminos que se encontraban y dividían enfrente de aquéllos no podían ser trasladados a ningún otro punto, mientras que el recinto que los circundaba se había convertido en un verdadero centro de mercado. En los tiempos de Salomón había en aquella localidad gran tráfico, en parte debido a los comerciantes egipcios y a los ricos negociantes de Tiro y de Sidón. Han transcurrido ya cerca de tres mil años; sin embargo, todavía hoy existen trazas de comercio. Un peregrino necesitado de víveres no tiene más que encaminarse a la puerta de Jafa. Algunas veces cunde la animación y uno considera lo que debía ser aquel lugar en los días de Herodes, el constructor. Transpórtese el lector con el pensamiento a aquellos tiempos y a aquel mercado.

Según el calendario de los judíos, el encuentro de los tres sabios que hemos descrito en los capítulos precedentes tuvo lugar en la tarde del vigésimoquinto día del tercer mes del año, esto es, el 25 de Diciembre; el año era el segundo de la olimpiada 193 ó 747 de Roma, el 67 de Herodes el Grande y el 35 de su reinado, el cuarto antes de la Era Cristiana. La hora del día, según la costumbre judaica, empezaba con el sol, siendo la hora prima la primera después de salir aquel astro; así, para ser más exactos, diremos que el mercado de Jafa, durante la primera hora del día, estaba muy animado. Las macizas puertas habían sido abiertas al rayar el alba.

El comercio, siempre creciente, había invadido también una callejuela y un patio, bajo los muros de la gran torre. Como Jerusalén está situada en la parte montañosa del país, el aire de la mañana era algo frío. Los rayos del sol, que prometían calentar el aire, se detenían provocativos sobre las almenas de las torres, de las cuales salían los arrullos de los pichones y el rumor de sus aleteos. Para trabar conocimiento con el pueblo de la ciudad santa, y para comprender las páginas que siguen, nos será preciso detenernos a la puerta y pasar revista a la escena.

No puede ofrecérsenos para ello mejor oportunidad que la presente. A primera vista, reina una gran confusión de rumores, de colores, de objetos, especialmente en el patio y en la callejuela. El piso está pavimentado de largas e irregulares piedras, que transmiten el ruido de los pasos y de las voces. Uniéndonos a la multitud, y familiarizándonos un poco con los negocios del mercado, nos será posible analizar este pueblo. En un ángulo, un asno dormitaba bajo el peso de los cestos colmados de lentejas, judías, cebollas y toronjas, recién cogidas en las terrazas y en los jardines de Galilea. Cuando no estaba ocupado en servir a los clientes, su dueño voceaba ofreciendo a los transeuntes su mercancía. Nada más sencillo que su traje: llevaba sandalias, y un manto de hilo le cruzaba por el hombro e iba a sujetarse al cuerpo con un cinturón de cuero. Allí próximo, más imponente y grotesco, pero no tan paciente como el asno, había un camello huesudo, gris, con largos y cerdosos pelos rojizos debajo de la boca, en el cuello y el cuerpo, y cargado de cestos y de vasijas cuidadosamente acomodados encima de una enorme silla. El propietario era un egipcio pequeño y delgado. Su piel había tomado el color de los caminos polvorientos y de las arenas del desierto. Vestía un apretado *tarbooshe*, una blusa suelta, sin mangas, sin cinturón y cayendo en toda su longitud desde el cuello hasta las rodillas. Sus pies estaban desnudos. El camello, inquieto por la carga, gruñía a intervalos enseñando los dientes, y el hom-

bre paseábase indiferentemente arriba y abajo, sujetando las bridas y elogiando sus frutas frescas procedentes de los huertos de Cedrón: uvas, dátiles, higos, miel y granadas.

A un lado, allí donde la calle desembocaba en el patio, estaban sentadas varias mujeres, vueltas de espaldas al muro. Su traje era el común a la clase más modesta del país: una túnica de tela que cubría a lo largo toda su persona, ligeramente apretada a la cintura, y un velo suficientemente sobrado para que, después de cubierta la cabeza, pudiese envolverles las espaldas. Sus mercancías estaban contenidas en gran número de vasijas de tierra, como las que todavía se usan en Oriente para acarrear el agua de los pozos, y en pellejos de cuero. Entre las vasijas y los pellejos, rodando por el arenoso suelo, sin cuidarse de la multitud ni del frío, jugueteaban, a veces con peligro, pero incólumes, media docena de niños semidesnudos, de cuerpos bronceados, y cuyos ojos negros, brillantes como perlas negras, y sus sueltos cabellos, también negros, atestiguaban su sangre israelita. Algunas veces sus madres mostraban al descubierto sus rostros, y con ostentación voceaban su mercancía; en los pellejos, vino; en las jarras, bebidas espirituosas. Sus gritos se perdían, por lo regular, entre el estrépito general, de manera que no era mucha la ganancia, a pesar de ser considerable la concurrencia. Hombres membrudos, con las piernas desnudas, con sucias túnicas, de barba larga, errantes acá y allá, con los pellejos atados a la espalda, gritaban: "¡Vino dulce! Uva de Engaddi!

Los vendedores de pájaros no meten menos ruido: palomas, ánades, muchas veces ruiñesores, pero más frecuentemente pichones, son vendidos a compradores que, al recibirlos, no piensan en la peligrosa existencia de los que los cazan, arriscándose a las más altas rocas, ora suspendidos con pies y manos al borde de los precipicios, ora tambaleándose en una cesta entre las grietas de las montañas. Confundidos con ellos, vense a los mercaderes ambulantes de joyas, hombres

astutos, vestidos de azul y escarlata, con blancos turbantes, y conocedores de la sugestión que producen una cinta con la lucidez del oro, o un brazaletes, o un collar, o un anillo para el dedo o para la nariz; vagabundos vendedores de utensilios domésticos, vendedores de túnicas, vendedores al por menor de unguentos para ungir los cuerpos de las personas; vendedores, en fin, de cualquier artículo, así de lujo como de necesidad, los cuales, tirando acá y allá con fuerza de las cuerdas, ora con gritos, ora con ofrecimientos, se fatigan, vendedores de animales, asnos, caballos, zorras, ovejas, cabras, flacos camellos, animales de todas clases, exceptuando el de cerda, prohibido por las leyes hebraicas. Todas estas escenas se presenciaban con mucha frecuencia por el antiguo mercado.

CAPITULO VII

Detengámonos en la puerta, a pocos pasos de ella, por donde afluye y sale la gente; miremos y escuchemos, abriendo bien ojos y oídos.

¡Precisamente llegamos en ocasión oportuna! Dos hombres dignos de atención avanzan de modo que los vemos perfectamente.

—¡Oh Dios, qué frío hace! —decía uno de ellos, que iba cubierto con una soberbia armadura y llevaba en la cabeza un yelmo de bronce y sobre el pecho una brillante coraza—. ¡Qué frío hace! ¿Recuerdas, amado mío, aquel subterráneo en el *Comitium*, que la historia dice que sirve de entrada al mundo entero? ¡Por Plutón! Podía haberme quedado allí hasta mañana, hasta entrar en calor completamente.

El individuo interrogado dejó caer el capuz de su manto militar, y descubriendo su rostro, contestó sonriendo irónicamente:

—Los yelmos de las legiones que vencieron a Marco Antonio estaban cubiertos de nieve gala; pero tú, mi

pobre amigo, acabas apenas de llegar de Egipto y tienes vivo aún el recuerdo del estío.

Dichas estas palabras desaparecieron, internándose en la ciudad. Aun cuando no hubiesen hablado, por su armadura y por su pesado paso los hubiéramos creído soldados romanos. Detrás de ellos iba un judío de pequeña estatura, con la espalda curvada, vestido con una túnica roja; su larga cabellera desgredada sombreaba sus ojos y su rostro. Los que le encontraban se reían, si no hacían cosa peor; era un nazareno perteneciente a la secta despreciable que rechazaba los libros de Moisés; se dedicaba a los ritos y no se cortaba los cabellos durante los votos. Mientras esta abominable figura se alejaba, inquietóse de improviso la multitud para dividirse prontamente a derecha y a izquierda con aflictivas exclamaciones. Era causa de ellas un individuo cuyos rasgos y traje denunciaban ser hebreo. Su manto, de tela blanca, estaba sujeto a su cuello con cordones de seda amarilla que caían libremente sobre sus espaldas; su traje estaba ricamente recamado, y un cinturón rojo con franjas de oro ceñía con varias vueltas su cuerpo; su fisonomía era tranquila y sonreía aun a aquellos que de un modo bruscamente rápido le abrían paso. ¿Era un leproso? No; era sólo un samaritano. Si hubiésemos preguntado por él a la multitud que se alejaba, nos hubieran contestado que era un mulato, un asirio; el solo contacto de su hábito era tan repugnante, que un israelita ni aun en la agonía hubiera aceptado la vida a cambio de tal contacto.

Cuando David puso su trono sobre el monte Sión con ayuda de Judá, las diez tribus se establecieron en Siquem, ciudad mucho más antigua y en aquel tiempo infinitamente más rica en sagrados recuerdos. La unión final de las tribus no puso término a sus comenzadas disputas. Los samaritanos preferían para sus tabernáculos a Gerizim, y mientras sostenían que su santidad era superior, se burlaban de los airados doctores de Jerusalén. El tiempo no apaciguó sus odios. Bajo Herodes, la conversión a la fe era asequible a todo el

mundo, excepto a los samaritanos. A ellos solos, absolutamente y para siempre, estaba prohibida la comunicación con los hebreos.

Mientras el samaritano trasponía el arco de la puerta, salieron de ella tres hombres muy distintos de cuantos hasta ahora hemos visto. Su estatura era extraordinaria, y también era extraordinaria su complexión; sus ojos eran azules y su tez tan delicada, que su sangre se transparentaba a través de la piel como en pinceladas azules; sus cabellos eran también claros y cortos, y sus cabezas, redondas y pequeñas, descansaban firmes sobre su cuello como sobre troncos de árbol; envolvían sus cuerpos túnicas de lana abiertas sobre el pecho, sin mangas, sujetas con largo cinturón, dejando descubiertos los brazos y las piernas, tan membrudos, que no los hubiera desdeñado para sí un gladiador, y si a esto añadimos sus modales desenvueltos, familiares e insolentes, no nos maravillará que el pueblo les abriese paso, se detuviese y se volviese a contemplarlos para dirigirles una última mirada después que habían pasado. Eran jugadores del anfiteatro, luchadores, corredores, púgiles, esgrimidores, profesiones desconocidas en la Judea antes de la venida de los romanos, los cuales, hecha excepción del tiempo que dedicaban a adiestrarse y a vagar por los jardines reales, se dejaban ver, sentados en compañía de los guardias, en la puerta del palacio; o quizá eran huéspedes provenientes de Cesarea, Sebaste o Jericó, en donde Herodes, más griego que judío, y con toda la pasión de un romano amante de juegos y de espectáculos sangrientos, había levantado vastos teatros y establecido escuelas de esgrima como las que estaban en uso en las provincias de la Galia o en las tribus esclavas del Danubio.

—¡Por Baco! —exclama uno de ellos, levantando el puño a la altura de la espalda—; los cráneos de los adversarios no tienen más espesor que una cáscara de huevo.

La mirada brutal que acompaña a aquel gesto nos

disgusta, y preferimos volver los ojos a cosa más agradable.

En el lado opuesto a nosotros hay un puesto de frutas. Su propietario es calvo, de cara larga y con la nariz moldeada a guisa de pico de halcón. Está sentado sobre una alfombra extendida sobre la arena y vuelto de espaldas al muro; sobre su cabeza cuelga un miserable toldo; en torno suyo, a mano, y colocadas sobre pequeños estantes, vense vasijas llenas de almendras, uvas, higos y granadas. Acércase a él un hombre a quien no podemos menos de mirar, aunque por razón distinta de la que nos hizo dirigir la vista a los gladiadores: es un hombre verdaderamente hermoso, un arrogante griego. Sujeta sus cabellos, ciñéndole las sienes, una corona de mirto, que todavía conserva adheridas algunas flores pálidas y algunas bayas maduras. Su túnica escarlata es de finísima estofa de lana; desde su cinturón, de cuero de búfalo, abrochado por delante con una hebilla de luciente oro, le cae hasta la rodilla en gruesos pliegues y con adornos del mismo metal, una cinta, también de lana, listada de blanco y amarillo, le rodea el cuello. Sus piernas y sus brazos, que lleva al descubierto, son blancos como el marfil, de una blancura que denuncia el uso continuado de baños, de aceites, de cepillos, de tijera. El vendedor, firme en su sitio, se inclina hacia adelante y levanta las manos, con las palmas hacia abajo y los dedos extendidos.

—¿Qué hay esta mañana; hijo de Pafos? —preguntóle el joven griego, mirando las vasijas más que al chipriota—. Tengo hambre. ¿Qué tienes para desayunarme?

—Frutas legítimas del Pedio, como acostumbran comer los cantores de Antioquía cada mañana para vigorizar su voz— repuso el vendedor con tono lento y nasal.

—¿Y qué se me da a mí de los cantores de Antioquía? —exclamó el griego—. Tú eres, como yo, un adorador de Afrodita; yo te aseguro que sus voces son

frías como el viento del Caspio. ¿Ves este cinturón? Es un regalo de la gran Salomé.

—¡La hermana del rey! —exclamó el chipriota haciendo otra reverencia.

—Es de gusto regio y admirable. ¿Y por qué no? Ella es más griega que el rey. Pero... ¿y mi desayuno? Ahí tienes el dinero: cobre rojo de Chipre. Dame uvas y...

—¿Quieres unos dátiles?

—No soy árabe.

—¿Tampoco higos?

—Equivaldría a tomarme por un judío. No; sólo deseo uvas. Para los griegos nada existe mejor que el vino.

Este cantor adonisado, en medio de la confusión del mercado, es una figura que difícilmente se olvida; pero como para que la comparemos con él, otra persona le sigue, excitando toda nuestra atención.

Adelántase lentamente con la cabeza baja; a intervalos se detiene, levantando los ojos al cielo como para orar. Semejante tipo sólo puede encontrarse en Jerusalén. Suspendida de una cinta que le sujeta el manto, muestra sobre su frente una bolsa de piel de forma cuadrada; en el brazo izquierdo lleva sujeta por una faja otra enteramente igual: una ancha franja rodea la parte inferior de su túnica; por estas indicaciones, por su traje y por el olor de intensa santidad que se difunde a su alrededor, deducimos que es un fariseo perteneciente a una sociedad religiosa, a una secta política, cuya hipocresía acarreará en breve muchas desgracias al mundo. La multitud se va espesando a la parte de allá de las puertas, en el camino de Jafa. Dejando al fariseo, nos atraen algunos grupos de personas que, para hacer más fácil nuestro estudio, encontramos con gran oportunidad separadamente. Entre ellos vemos el primero a un hombre de noble aspecto, de tez clara y fina, de ojos negros y brillantes, de negra y espesa barba, sumamente unguentado, vestido ricamente y en conformidad a la estación. En la mano lleva un

bastón, y suspendido al cuello, por medio de un cordón, un gran sello de oro. Escoltábanlo varios criados, algunos de los cuales llevaban en el cinto pequeñas espadas, y cuando le dirigían la palabra lo hacían con el mayor respeto. El resto de la comitiva consistía en dos árabes genuinos, delgados como un hilo, de semblante bronceado; de mejillas hundidas y de ojos en que fulguraba la maldad; sobre sus cabezas llevaban rojos *tarbooshes*, y sobre sus *abas*, que envolvían su hombro izquierdo y su brazo derecho, cobertores de lana. Las transacciones menudeaban, pues los árabes vendían los caballos ofreciéndolos con toda su fogosidad y con voces estridentes. El personaje elegante dejaba hablar a sus criados, y de cuando en cuando contestaba con gran dignidad; de pronto, descubriendo al chipriota, se detuvo y le compró higos.

Si después de haber pasado la comitiva por la puerta muy cerca del fariseo, nos dirigimos al vendedor de frutas, él nos referirá con grandes reverencias que el extranjero es un judío, uno de los príncipes de la ciudad, que ha viajado y ha aprendido a apreciar la diferencia que existe entre la uva común de Siria y la de Chipre.

Y así, hasta el medio día, y alguna vez más tarde, existe una constante corriente de negocios en la puerta de Jafa, negocios de toda clase que atraen al mercado a representantes de todas las tribus de Israel, de todas aquellas sectas en que se ha subdividido y fraccionado la antigua fe, de todas las religiones y divisiones sociales, de toda la plebe aventurera que, alegre y tumultuosa, se refocila a espaldas de Herodes y de los césares sucesores suyos.

En otras palabras: Jerusalén, rica en historia sagrada, más rica aún en sagradas profecías, la Jerusalén de Salomón, en la cual la plata abundaba tanto como las piedras, y los cedros eran tan numerosos como los sicomoros del valle, no era más que un remedo de Roma, un centro de prácticas profanas, una sede del poder pagano. Un rey hebreo vistióse un día los hábitos sacer-

dotales y se dirigió al templo a ofrecer incienso: salió de él convertido en leproso. Mas en la época de que hablamos, Pompeyo entró en el templo de Herodes y aun en el *chal*, y salió de allí sin temor, no habiendo encontrado más que una estancia vacía, sin el menor vestigio de Dios.

CAPITULO VIII

Volvamos al patio descrito como parte del mercado de la puerta de Jafa. Eran las tres de la tarde, y bastante gente habíase ya retirado; sin embargo, la multitud continuaba merodeando sin aparente disminución. Entre los nuevamente llegados había un grupo, muy próximo a la pared, compuesto de un hombre, una mujer y un asno, grupo que se lleva tras sí nuestra atención. El hombre estaba junto a la cabeza del animal y sostenía en la mano una rienda de cuero, sirviéndole de apoyo un bastón que parecía haber sido escogido para el doble uso de acicate y sostén; su traje era semejante al de los judíos que estaban a su alrededor, con la excepción de que tenía toda la apariencia de nuevo. El manto le envolvía hasta la cabeza, y la túnica que cubría su persona desde el cuello a los pies, era probablemente la que solía llevar en la Sinagoga los días de fiesta. Su semblante, sin embargo, estaba descubierto y le daba la apariencia de unos cincuenta años, edad que confirmaban también los pelos blancos que agrisaban su negra barba. Miraba en torno suyo, entre curioso y desconfiado, como un forastero o un provinciano.

El asno pacía tranquilamente un manojo de hierba de la que había abundancia en el mercado. Su terquedad natural no admitía que se le inquietase, y ya no se acordaba ni de la mujer sentada en su lomo y acurrucada en la acolchonada silla. Un vestido de estofa de lana oscura envolvía completamente su persona, y un blan-

co velo adornaba su cabeza y su cuello. A intervalos, movida de la curiosidad de ver y de oír algo, retirábase el velo a un lado, pero tan poco, que su rostro apenas se descubría.

Finalmente, hubo quien se acercó al hombre, preguntándole:

—¿No sois vos José de Nazareth?

El preguntante estaba muy próximo al preguntado.

—Así me llamo —repuso José volviéndose gravemente—. ¿Y vos? ¡Ah! La paz sea con vos, amigo mío Rabí Samuel.

—Lo mismo también os deseo.

El Rabí se detuvo contemplando a la mujer. Después prosiguió:

—Paz a vos, a vuestra casa y a vuestros criados.

Dicho esto se puso una mano sobre el pecho y bajó la cabeza en actitud de saludar a la mujer, que al verle se había levantado el velo lo suficiente para descubrir un rostro de adolescente. José y el Rabí juntaron sus manos derechas como para acercarlas alternativamente a los labios; pero antes de que llegaran a ellos se separaron, y cada uno besó la propia, llevándose después las palmas a la frente.

—Hay tan poco polvo en vuestros trajes —dijo familiarmente el Rabí—, que arguyo que habréis pasado la noche en la ciudad de nuestros padres.

—No —contestó José—, sino que no pudiendo llegar antes de anoecer más que a Betania, permanecemos allí en el Khan y reanudamos el camino al despuntar el día.

—El viaje que debéis hacer será, pues, todavía largo: seguramente que no terminará en Jafa.

—No; terminará en Belén.

La expresión del Rabí, antes abierta y amigable, trocóse en recelosa y amenazante. Tosió como tenía por costumbre, pero no sin que emitiera antes una especie de gruñido.

—Sí, sí, comprendo —dijo—. Habéis nacido en Belén, y allí os dirigís con vuestra hija para ser empa-

dronados, como ordenó César. Los hijos de Jacob están hoy como antiguamente las tribus de Egipto, solamente que no tienen un Moisés ni un Josué. ¡Cómo han caído los poderosos!

José repuso sin alterarse:

—Esa mujer no es mi hija.

Pero el Rabí, preocupado por la política, prosiguió sin parar mientes en la explicación:

—¿Qué están haciendo los fanáticos allá en Galilea?

—Yo soy un artesano, y Nazareth una aldea —dijo José prudentemente—. La calle en donde está mi banco de carpintero no conduce a ninguna ciudad. Ase-rrando y cepillando, no encuentro tiempo para ocuparme en las discusiones de los partidos.

—Pero vos sois un judío —dijo con seriedad el Rabí—, y sois un judío descendiente de David. ¿Es posible que vos podáis encontrar gusto en pagar cualquier otro tributo que el siclo dado desde muy antiguo a Jehová?

José se mantenía silencioso.

—Yo no me quejo —continuó su interlocutor— del aumento del tributo. Un denario es una bagatela. La imposición es lo que considero una ofensa. ¿Qué representa pagarlo sino una sujeción a la tiranía? Decidme: ¿es cierto que Judá pretende ser el Mesías? Vos vivís entre sus secuaces.

—A ellos tan sólo es a quienes lo he oído decir.

El velo de la mujer se levantó rápidamente, y por un instante pudo verse completamente su rostro. Los ojos del Rabí se volvieron hacia ella y tuvieron lugar para ver una cara de rara hermosura que hacía más atractiva aún una mirada de intenso interés; pero un leve rubor se esparció por sus mejillas y sobre su frente, y el velo volvió a ocultarla a los ojos de los curiosos.

El discursante político olvidó su tema favorito.

—Vuestra hija es bien parecida —dijo como hablando consigo.

—No es mi hija —volvió a decir José.

La curiosidad del Rabí fué en aumento. Habiéndolo advertido el nazareno, se apresuró a añadir:

—Es hija de Joaquín y de Ana, de Belén, de los cuales seguramente habréis oído hablar, pues su reputación era grande.

—Sí —replicó el Rabí respetuosamente—, he oído hablar de ellos. Descendían en línea recta de David, y tuve ocasión de conocerlos.

—Pues bien, ya han fallecido —prosiguió el nazareno—. Murieron en Nazareth. Joaquín no era rico; sin embargo, dejó una casa y un huerto, que heredó su hija María, a la que obligó la ley a casarse con un próximo pariente. Ahora es mi esposa.

—¿Y vos erais su pariente?

—Su tío.

—Comprendo. Y como habéis nacido en Belén, César os obliga a llevar allí a vuestra esposa para inscribirla entre las personas tributarias.

El Rabí juntó las manos y miró con indignación al cielo, exclamando:

—¡El Dios de Israel vive todavía! ¡La venganza es suya!

Dicho esto, se marchó repentinamente.

Un forastero allí próximo, observando la desconfianza de José, dijo:

—El Rabí Samuel es un fanático. Judá mismo no es más terrible.

José, no queriendo entablar conversación con aquel hombre, hizo como que no había oído, y se puso a hacinar la hierba que el asno había esparcido; después se apoyó en su bastón, esperando.

Transcurrida una hora, la comitiva traspuso la puerta, y torciendo por la izquierda, tomó el camino que conduce a Belén. La pendiente del valle de Hinnon era muy quebrada, y sobre ella se entrecruzaban las ramas de los olivos salvajes que había a uno y otro lado. El nazareno, con suma solícitud y ternura, caminaba al lado de su esposa, sujetando en su mano el cabestro del asno. A su izquierda, o Sudeste, alrededor del mon-

te Sión, se descubrían los muros de la ciudad, y a la derecha, las erguidas colinas que formaban los confines del valle.

Lentamente pasaron junto al estanque de Gihón, en el cual el sol reflejaba las sombras empequeñecidas de los collados, y prosiguieron al mismo paso por las orillas del lago de Salomón hasta el lugar donde existía una rústica vivienda, lugar hoy conocido por collado del Mal Consejo. Llegados a él, empezaron a descender hacia la llanura de Rephaim. El sol daba de lleno en la cara de la famosa localidad, y al beso de sus rayos María dejó caer hacia atrás su velo, descubriendo su cabeza.

José refirió a su esposa la historia de los filisteos, sorprendidos por David en su campamento. Su relato era minucioso y hablaba en tono solemne y con movimientos reposados. María a veces no paraba su atención en él.

Así en el mar como en la tierra, los judíos, en dondequiera que se encuentren, se reconocen a primera vista. El tipo físico de la raza ha sido siempre el mismo; pero de un individuo a otro existen desemejanzas. El hijo de Jessé nos fué descrito rubio y bellissimo de rostro. Los hombres, desde entonces, se rigieron por aquel tipo para describir el de los judíos, y por la fisonomía del entenado pretendieron conocer la de los descendientes. Así, todos nuestros Salomones tienen hermoso aspecto y cabellos y barba castaños cuando están en la sombra, y de color de oro cuando están al sol. Así nos hacen creer que eran los mechones de Absalón, el predilecto de David. Y no existiendo una historia auténtica, la tradición nos ha legado también el retrato de la mujer de quien hablamos ahora y que seguiremos en la ciudad del rubio y hermoso rey.

María no contaba más que quince años. Sus facciones, su voz y sus movimientos eran más bien de una adolescente. Su semblante tenía la forma de un perfecto óvalo; su tez era más blanca que rosada, y su nariz regular. Los labios, ligeramente abiertos, eran ro-

jos como fresas sazonadas, imprimiendo a su boca amor y ternura; sus ojos eran azules y grandes, con largas cejas y con largas pestañas, y armonizando con todo ello una abundantísima cabellera de oro, según costumbre en las jóvenes esposas judías, caíale suelta por la espalda hasta tocar en la silla en que iba sentada. La garganta y el cuello eran mórbidos, lanuginosos, como puede observarse en algunas mujeres, y que ponen a un artista en la duda de si se trata de un efecto de líneas o de colores. Tenía además mil otras indefinibles bellezas, como, por ejemplo, cierto aire de pureza que sólo en un alma angelical puede hallarse, y un no sé qué de etéreo, que parecía no poder ser tocado por manos mortales. Unas veces le temblaban los labios, o levantaba los ojos al cielo, que se esclarecía aún más a su mirada; otras entrecruzaba las manos sobre su pecho en actitud de adoración o de súplica, o alzaba la cabeza como si escuchase atentamente una voz que desde lo alto la llamase. De cuando en cuando, interrumpiendo su largo relato, José se volvía a contemplarla, y admirando la expresión de su rostro, irradiado de esplendor, olvidaba sus razonamientos, e inclinando la cabeza fascinado, proseguía su camino.

Así acabaron de atravesar la gran llanura, y llegaron, por fin, al collado de Mar Elías, desde el cual, allende un valle, descubrieron Belén. Allí se detuvieron y descansaron, mientras José indicaba a su esposa los lugares sagrados. Después descendieron al valle y se dirigieron a un pozo que había perpetuado uno de los célebres hechos de armas de David. El estrecho recinto estaba lleno de gente y de animales. José dudó si en la ciudad habría también tal multitud que no le fuese posible encontrar albergue para su gentil compañera. Sin perder tiempo avanzó, dejó atrás la columna marmórea que señala la tumba de Raquel, y por la florida vertiente, sin saludar a ninguna de cuantas personas halló por el camino, prosiguió presuroso hasta detenerse enfrente de la puerta del Khan, que en aquel entonces estaba extramuros, próximo a una encrucijada.

CAPITULO IX

Para comprender a fondo lo que sucedió al nazareno, debe recordar el lector que los hospicios del Oriente eran muy distintos de los de Occidente. Dábanles los persas el nombre de Khan, y estaban contruídos con la mayor sencillez; eran recintos cerrados, sin habitación o techo, y muchas veces sin puerta ni cancel, y emplazábanse en sitios donde pudiese encontrarse sombra, seguridad y posibilidad de que hubiese agua. Así debía ser en el que descansó Jacob cuando fué a Paden-Aran para buscar esposa. Semejantes a aquél pueden actualmente verse aún algunos en los oasis del desierto. Pero algunos, especialmente los que estaban en caminos divisorios de dos grandes ciudades, como Jerusalén y Alejandría, eran edificios soberbios que atestiguaban la piedad de los reyes que los habían costeado. Sin embargo, por lo común no eran más que la habitación o propiedad de un jeque, a los cuales, como a cuarteles generales, conducía aquél su tribu. Dar hospedaje a los viajeros era su último uso: eran mercados, factorías y fortalezas; lugares de reunión, habitaciones para mercaderes y artesanos, tanto como lugares de refugio para los viajeros errantes a quienes sorprendía la noche.

La dirección de estos albergues correspondía singularmente a los forasteros. No había posadero, ni posadera, ni camareros, ni cocinero, ni cocina, ni siquiera un guardián en la entrada. Los huéspedes que llegaban permanecían allí el tiempo que querían. Pero era necesario que llevasen consigo los alimentos y los utensilios de cocina, o que los comprasen a los vendedores del Khan. La misma regla regía para el lecho y para el forraje de los animales. Agua, albergue, reposo y protección era cuanto se podía exigir del propietario, y era gratuito. La paz de la Sinagoga era alguna vez turbada por los gritos de los disputadores; la paz del Khan

no se turbaba nunca. La casa y todas sus pertenencias eran sagradas: no lo era más un pozo.

El Khan de Belén, ante el cual José y su esposa se detuvieron, era un buen ejemplar de su clase, ni muy primitivo ni muy soberbio. El edificio era puramente oriental, esto es, un recinto cuadrangular de piedra sin labrar, de un solo piso, con techo plano, no interrumpido en su exterior por ninguna ventana, y con una sola entrada, un portón redondo en el lado Este o fachada. El camino estaba tan próximo a la puerta, que el polvo ocultaba casi el arquitrabe. Un muro de rocas, que comenzaba en el ángulo Sureste del edificio y se extendía por espacio de muchos metros por la pendiente, en un punto de la cual se inclinaba al Oeste hacia un promontorio de piedra calcárea, formaba lo que es más esencial para un Khan de importancia, esto es, un seguro refugio para los animales. En una aldea como Belén, en donde tan sólo había un jeque, no podía haber más de un Khan; y aunque nacido en aquel lugar, el nazareno, que había vivido largo tiempo en otra parte, no tenía ningún derecho a ser hospedado en la ciudad. Además, la estadística que allí le conducía podía ser trabajo de semanas y de meses.

Los delegados romanos en las provincias se distinguían por su pereza, y molestar él y su esposa por un período incierto a sus parientes y conocidos, no le parecía prudente. Así, antes de acercarse al edificio, y mientras subía por la vertiente cuidando solícitamente del asno en los sitios más peligrosos, el temor de no poder encontrar alojamiento en el Khan se convirtió en dolorosa ansiedad al ver ocupado el camino por una multitud de hombres y niños que con grande algazara conducían sus caballerías, caballos y camellos, aquí y allá del valle, algunos para abrevarlos, otros a las cavernas más próximas. Y al acercarse a él no se mitigó su temor, pues rebosaba gente la puerta de la hospedería, y el recinto contiguo, a pesar de su anchura, estaba completamente lleno.

—No podemos llegar a la puerta —exclamó José con

su lentitud acostumbrada—; quedémonos aquí y procuremos, a ser posible, saber lo que ha sucedido.

María, sin contestar, se echó hacia atrás el velo tranquilamente. Las señales de fatiga que primero mostraba su rostro desaparecieron, adquiriendo un aspecto interesante.

Encontróse próxima a un grupo de personas que no podían menos de ser objeto de curiosidad para ella, si bien era muy frecuente encontrarlas en los Khanes comunes a los grandes caminos que solían recorrer las caravanas: hombres a pie que corrían de un lugar a otro hablando con voces estridentes y en todas las lenguas de Siria; hombres a caballo que gritaban; hombres sobre camellos; hombres que se afanaban en sosegar a los bueyes enfurecidos y a las atemorizadas ovejas; hombres que vendían pan y vino, y mezclados con esta multitud, una turba de chiquillos que iban azuzando a una pareja de perros. Todos y todo parecían moverse a un tiempo mismo. La augusta espectadora estaba demasiado fatigada para contemplar por largo espacio aquella escena; al poco rato lanzó un suspiro, acomodóse sobre la almohada, y como si hubiese llegado la hora de la tranquilidad y del reposo, o como si esperase a alguien, dirigió su vista a lo lejos, hacia el Sur, a las altas rocas del monte Paraíso, ligeramente rosadas entonces por el sol poniente.

Mientras duraba esta contemplación, un hombre salió de entre la multitud, y deteniéndose junto al asno, observó con curiosidad el grupo. El nazareno le preguntó:

—Pues soy, al parecer, lo mismo que vos sois, buen amigo, un hijo de Judá, ¿podrías decirme la causa de esta confusión?

El extranjero volvióse bruscamente; pero al ver el aspecto solemne de José, cautivóle tanto su profunda y sosegada palabra, que levantó la mano en señal de saludo, y respondió:

—La paz sea con vos, oh Rabí. Yo soy un hijo de Judá y os contestaré. Vivo en Beth-Dagon, que, como sabéis, fué antiguamente la tierra de la tribu de Dan.

—En el camino de Jafa a Modin —interrumpió José.
—¡Oh!, ¡vos habéis estado en Beth-Dagon! —dijo el hombre suavizando cada vez más su semblante—. ¡Qué aficionados a viajar somos los hijos de Judá! Ha ya muchos años que falto del lugar, el antiguo Ephraïtha, como le llamaba nuestro padre Jacob, y ahora vuelvo a él a causa del edicto que ordena empadronarse a los judíos para el tributo en la ciudad de su nacimiento. He aquí el objeto de mi venida, Rabí.

El rostro de José permaneció impassible mientras dijo:

—A eso vengo yo también con mi esposa.

El extranjero dirigió una mirada a María y calló. Esta miraba a lo alto, a la desnuda cima del Gedor. El sol acarició su rostro, que tenía vuelto hacia allá, e iluminó sus ojos, y un ligero temblor recorrió sus entreabiertos labios. En aquel momento toda la humanidad de su belleza parecía purificada; presentábase como nos imaginamos nosotros a los que están próximos a las puertas del cielo. El hijo de Beth-Dagon vió el original de aquélla que siglos después fué una visión para el genio del divino Sanzio, haciéndolo inmortal.

—¿De qué estaba hablando? ¡Ah!, ya lo recuerdo. Iba a deciros que cuando llegó a mis oídos la orden de venir aquí, me llené de cólera. Pero pensé luego en la antigua colina, en la ciudad, en el valle próximo a las profundidades del Cedrón, en los viñedos y en los huertos, y en los campos de trigo, fructíferos desde los días de Booz y de Ruth; en las montañas conocidas; aquí el Gedor, un poco más lejos Gibeah, y allá Mar Elías, montañas que, cuando niño, eran para mí los confines del mundo, y perdoné a los tiranos y vine yo con mi esposa Raquel y con Débora y Micol, nuestras rosas de Sharón.

El hombre se detuvo de nuevo, contemplando bruscamente a María, que ahora le miraba y le escuchaba. Después dijo:

—Rabí, ¿no querría vuestra esposa ser compañera de la mía? La podéis ver allí con las niñas, debajo de un

olivo, al volver del camino. Os aseguro (y se volvió hacia José como para convencerle) que el Khan está lleno. Inútil es que lo preguntéis en la puerta.

José, en la duda, contestó:

—El ofrecimiento me es grato. Haya o no haya sitio en el Khan, iremos al encuentro de vuestra familia. Dejad que hable con el portero. Vuelvo en seguida.

Y dejando las riendas en manos del extranjero, se perdió entre la multitud. El portero estaba sentado sobre un tronco de cedro. En el muro, detrás de él, había una azagaya apoyada en él, y tenía un perro acurrucado a sus pies.

—La paz de Jehová sea con vos —dijo José, dirigiéndose al portero.

—Lo que me habéis dicho os sea devuelto, y cuando lo sea, se multiplique muchas veces para vos y para vuestros hijos —replicó gravemente el guardián, aunque sin moverse.

—Yo soy de Belén —prosiguió José con calma—; ¿no habría sitio para mí?

—No le hay.

—Quizá hayáis oído hablar de mí: José de Nazareth. Esta era la casa de mis padres. Soy descendiente de David.

Estas palabras infundían esperanza al nazareno. Si no daban resultado, hubieran sido inútiles sus ulteriores esfuerzos, incluso el ofrecimiento de algunos siclos. Ser hijo de Judá era una gran cosa en la opinión de la misma tribu; pero ser de la casa de David era todavía cosa mayor: era el título de honor por excelencia entre los judíos. Más de mil años habían transcurrido desde que el niño pastor había sido elegido sucesor de Saúl y había fundado una familia. Guerras, calamidades y otros innumerables acontecimientos, causa de la mudable fortuna, colocaron a sus descendientes al mismo nivel de los más humildes judíos; al penoso trabajo, si no al más humilde, debían el pan que comían; sin embargo, siempre tuvieron el prestigio de la tradición gloriosa, prestigio guardado religiosamente, y estaban

orgullosos de su genealogía; no podían permanecer en la obscuridad, porque adondequiera que iban del reino de Israel, gozaban de reverente respeto.

Así sucedía en Jerusalén y en todas partes; por consiguiente, un miembro de la sagrada descendencia podría con razón invocarla para encontrar un albergue en el Khan de Belén. Decir, como había dicho José: "Esta era la casa de mi padre", era decir la verdad simple y pura, porque aquélla era la misma casa en donde había gobernado Ruth como mujer de Booz, la misma en que había nacido Jessé y sus diez hijos, David, el menor de ellos; la misma casa a que había ido Samuel en busca de un rey, encontrándolo; la misma que David había dado al hijo de Barzillai la galaadita; aquélla, en fin, en donde Jeremías había salvado con la oración los restos de su pueblo, huyendo ante los babilonios.

La tentativa no quedó sin efecto. El portero abandonó el tronco, y apoyando la mano sobre su barba, dijo respetuosamente:

—Rabí, yo no puedo deciros cuándo se abrió esta puerta para dar la bienvenida al viajero, pero hace de ello ya mil años, y en todo este tiempo no hay hombre que la haya encontrado cerrada, si se exceptúa cuando no ha habido lugar para proporcionarle descanso. Un justo motivo debe, pues, haber para que el guardián diga que no a uno que desciende de David. Si queréis venir conmigo, os mostraré cómo no hay un solo patio desocupado para dormir en toda la casa, ni en las habitaciones, ni en los establos, ni en el patio, ni siquiera en los desvanes. ¿Puedo saber cuándo habéis llegado?

—En este mismo instante.

El guardián se sonrió.

—Al extranjero que vive contigo lo considerarás como convecino tuyo y le amarás como a ti mismo. ¿No es esta la ley?

José estaba silencioso.

—Si esta es la ley, ¿puedo yo decir a uno llegado

hace tiempo: vuelve a emprender tu camino, porque hay otro que ha de ocupar tu lugar?

José continuaba sin alterarse.

—Y si así dijese, ¿qué había de decir al que pretendiese el lugar? Mirad cuántos hay aguardando; algunos esperan desde el medio día.

—¿Qué es toda esa gente? —preguntó José señalando la multitud—. ¿Y por qué se reúne aquí a esta hora?

—Vendrá seguramente por lo mismo que aquí os ha conducido, ¡oh Rabí!, por el decreto del César.

El guardián dirigió una mirada interrogativa al nazareno. Después prosiguió:

—Este motivo ha traído a la mayoría de los que aquí se alojan. Además, ayer llegó la caravana directa de Damasco a la Arabia y al Bajo Egipto. Esos hombres y camellos que veis, pertenecen a ella.

José persistió.

—El patio es grande —dijo.

—Sí, pero está lleno de mercancías y de balas de seda, de café, de aromas y de toda clase de objetos.

Entonces, por un momento, el rostro de José perdió su pasividad; sus ojos, inmóviles y dignos, se bajaron, y dijo con energía:

—Yo no busco albergue para mí: lo busco para mi esposa, pues la noche es fría, más fría en esta altura que en Nazareth, y mi esposa no puede ya exponerse al relente. ¿Habrà sitio en la ciudad?

—Esta gente —y el guardián indicó la multitud que estaba frente a la puerta— ha recorrido la ciudad en todas direcciones, y todas las casas encontró llenas.

José, fijando otra vez en tierra los ojos, dijo con voz apenas perceptible:

—¡Mi esposa es tan joven! Si le dispusiese un lecho en la colina, el hielo la mataría.

Después habló nuevamente al guardián:

—Quizá hayáis conocido a sus padres, Joaquín y Ana, cuando vivían en Belén, y como yo, descendientes de David.

—Sí, los conocí. Eran buena gente. Los conocí cuando yo era joven.

Esta vez los ojos del guardián miraron al suelo, como para reflexionar. De pronto levantó la cabeza.

—Si no puedo encontraros sitio, tampoco puedo despediros. Rabí, haré por vos todo cuanto pueda. ¿De cuántos se compone vuestra caravana?

José dudó un momento, y después dijo:

—Mi esposa, y un amigo con su familia, procedentes de Beth-Dagon, pequeña ciudad próxima a Jafa; en total, seis.

—Bien está, no quedaréis fuera: id en busca de los demás; pero hacedlo pronto, porque cuando el sol desciende del monte viene la noche súbitamente, y la noche debe estar muy próxima; el sol ya está muy bajo.

—Os doy la bendición del forastero; la del huésped ya os la daré.

Así diciendo, el nazareno volvió regocijado al encuentro de María y del hombre de Beth-Dagon. Este último fué en busca de su familia; las mujeres cabalgaban en asnos. La esposa tenía el aspecto de una matrona; las hijas eran perfecta imagen de lo que ella debía haber sido en su juventud.

Mientras se acercaban a la puerta, el guardián los juzgó a primera vista por gente de mediana condición.

—Esa es la esposa de quien os he hablado —exclamó el nazareno—, y esos son nuestros amigos.

María se levantó el velo.

—Ojos celestes y cabellos de oro —murmuró el guardián entre sí, no fijándose más que en ella—. Así era el joven rey cuando fué a cantar a presencia de Saúl.

Después tomó las riendas de la mano de José, y dijo a María:

—¡Paz a vos, oh hija de David!

Y volviéndose a los demás:

—¡Paz a vosotros todos!

Y luego a José:

—Rabí, seguidme.

La caravana fué conducida a un pasadizo empedrado, a cuyo término encontró el patio del Khan. Para un forastero la escena no podía menos de ser curiosa; pero los huéspedes no se fijaron más que en los pórticos que se ofrecían a su vista por ambos lados y que estaban tan llenos como el patio. Atravesando un corredor, destinado a depósito de mercancías, y después un pasadizo semejante al de la entrada, penetraron en el recinto adosado a la casa y pasaron por entre los camellos, los asnos y los caballos, atados en grupos y adormecidos; en medio de ellos había guardianes y hombres de diferentes países, los cuales o dormían o velaban silenciosamente. Los huéspedes avanzaban lentamente por el declive del repleto establo, pues los perezosos asnos adoptaban para dormir posturas muy originales. Finalmente, recorrieron un camino que conducía al grisáceo promontorio calcáreo que dominaba al Khan hacia el Oeste.

—¿Nos lleváis a la gruta? —dijo José lacónicamente.

El guía fué retrasándose hasta colocarse al lado de María.

—La gruta a la cual nos dirigimos —le dijo— debía en otro tiempo pertenecer a vuestro antepasado. Desde el campo que está a nuestros pies y desde el pozo que hay en el valle solía llevar a ella su ganado para guardarlo, y después, cuando fué rey, volvió a la antigua casa con objeto de reposar y de curarse, trayendo consigo gran número de animales. Los pesebres se conservan como estaban entonces. Mejor es dormir en el suelo donde durmió él que en el establo o afuera en el camino. ¡Ah! Ved la casa construída delante de la gruta.

Este discurso no debe ser considerado como justificación del alojamiento ofrecido. No había necesidad de ello. El sitio era el mejor que había a su disposición. Los huéspedes eran gente sencilla que se acostumbraba fácilmente a las eventualidades de la existencia. Eran judíos de Belén acostumbrados a aquellas cavernas, porque en su localidad abundaban las grutas, grandes y

pequeñas, algunas de las cuales servían de habitación desde los tiempos de los Enim y de los Horitas. No había ofensa alguna para ellos desde el momento en que la caverna adonde fueron llevados había sido y era una caballeriza. Pertenecían a los descendientes de una raza de pastores, cuyos ganados habitualmente dividían con sus dueños las habitaciones y los viajes.

Siguiendo una costumbre que derivaba de Abraham, los pabellones o tiendas de los beduínos cobijaban indistintamente caballos y personas. José y sus acompañantes obedecieron de grado al guardián y admiraron el edificio, que excitaba su curiosidad. Todo cuanto se asociaba a la historia de David tenía para ellos interés.

El edificio era bajo y estrecho, sin ventanas, poco saliente de la roca, a la cual se unía por su parte posterior. En la blanca fachada había una puerta fijada sobre enormes goznes y embadurnada con cal amarillenta. Mientras quitaban la tranca de madera que la sujetaba, las mujeres se recostaron sobre sus almohadas. Así que se abrió la puerta, gritó el guardián:

—Entrad.

Los huéspedes entraron, y se miraron unos a otros. Inmediatamente comprendieron que la fachada sólo había sido construída para disimular la entrada de una gruta probablemente de cuarenta pies de profundidad, nueve o diez de altura y doce o quince de ancho. La luz daba por la puerta sobre un pavimento desigual, irradiante sobre los montones de grano, de forraje, de cacharros y de legumbres que ocupaban el centro de la gruta. A los lados había pesebres muy bajos, al alcance de las ovejas, hechos de piedra unida con mortero, muy resistentes. No había flancos ni asientos de ninguna clase. El polvo y restos de paja amarilleaban el pavimento y llenaban todas las hendiduras y nichos de telarañas que colgaban de la cornisa como trozos de tela sucia. El lugar era bastante limpio y en apariencia cómodo, todo cuanto pueden serlo los establos de un Khan propio y verdadero. Sin embargo, se veía que el

proyecto de sus constructores había sido hacer una gruta, y no un establo.

—Entrad —dijo el guía—. Esos montones de paja esparcidos por el suelo sirven de lecho a los viajeros que son alojados aquí como vosotros lo habéis sido. Tomad toda la que necesitéis.

Después se dirigió a María:

—¿Podréis descansar aquí?

—El lugar es santificado —repuso.

—Entonces aquí os dejo. La paz sea con todos vosotros.

Así que el guardián se hubo marchado se apresuraron a hacer la gruta lo más habitable posible.

CAPITULO X

Ya entrada la noche, los gritos y el estrépito de la multitud se apaciguaron. Todos los israelitas, si no estaban ya en pie, se levantaron, tomando cierto aire solemne, y vueltos hacia Jerusalén, cruzaron las manos sobre el pecho, orando: era la hora nona sagrada, el momento en que se ofrecían los sacrificios sobre el monte Moria, y en que se suponía que Dios descendía allí. Cuando las manos de los adoradores se bajaron reanudóse el movimiento, apresurándose todos a cenar y preparar su miserable lecho. Algo más tarde apagáronse las luces, entregándose todos al más silencioso sueño.

Cerca de media noche, alguien, bajo techado, gritó:

—¿Qué luz es aquella que se ve en el cielo? Despertaos, hermanos; depertaos y mirad.

La gente, medio dormida, se levantó y miró; después se desveló completamente, casi alarmada. Y el ruido volvió a esparcirse por el patio y por los establos; en breve todos los moradores de la casa, del patio y del recinto habían salido fuera y fijaban sus ojos en el firmamento.

Un rayo de luz encima de las estrellas más próximas declinaba oblicuamente sobre la tierra y esparcía en torno una claridad esplendorosa. La aparición pareció situarse sobre la vecina montaña, al Sudeste de la ciudad, formando una pálida corona alrededor de su cima. El Khan fué iluminado de modo que los que aún permanecían en su albergue se vieron recíprocamente los rostros, expresando el mayor asombro. Por algunos instantes la luz continuó poderosa, después se mitigó, y entonces el asombro se trocó en terror y temor; los tímidos temblaron, los animosos se hablaron en voz baja.

—¿Habéis visto jamás nada igual? —preguntó uno.

—Parecía que la luz estaba sobre aquellas montañas. Ni puedo decir lo que es ni había asistido nunca a espectáculo semejante —fué la contestación.

—¿Será quizá una estrella caída del cielo? —preguntó otro.

—Cuando una estrella cae, su luz se apaga.

—¡Comprendo! —dijo otro.—Los pastores han visto un león y han encendido una hoguera para alejarlo de sus rebaños.

Los hombres que estaban próximos al que así había hablado exhalaban un suspiro de alivio y dijeron:

—Sí, debe ser así. Los rebaños pacían hoy allá en el valle.

Uno de los presentes volvió a llevar la turbación en los ánimos.

—No, no; aunque toda la leña que se encuentra en el valle de Judá se reuniese en un solo e inmenso haz y se le aplicase fuego, la llama no daría un resplandor tan inmenso ni tan alto.

Después reinó en el Khan el silencio, que fué interrumpido una vez tan sólo, mientras el misterio seguía siendo para todos impenetrable.

—¡Hermanos! —exclamó un judío de venerable aspecto—. Lo que hemos visto no es más que la escala que nuestro padre Jacob viera en sueños. ¡Bendito sea el Señor de nuestros padres!

CAPITULO XI

A milla y media, a dos millas tal vez al Sudeste de Belén, existe una llanura separada de la ciudad por una ligera cuesta. Bien abrigada contra los vientos del Norte, el valle está cubierto de sicomoros, de encinas pequeñas y de pinos, mientras en los sotos y en los barrancos contiguos había bosques de olivos y de morales, todo cuanto en tal estación es preciso para el sostenimiento de las ovejas y de las cabras. En la parte más lejana de la ciudad, próxima a un promontorio, había un aprisco llamado *marah*, o cabaña para las ovejas, que contaba algunos siglos de antigüedad. En alguna correría, ya de tiempo olvidada, el edificio había sido descubierto y casi demolido. El humilde recinto permanecía intacto todavía, lo cual era de suma importancia para los pastores que apacentaban sus ganados a mucha distancia de sus casas. El muro de piedra que circuía el recinto tenía la altura de un hombre, pero no tan alto que pudiese impedir que una pantera o un león hambrientos, en la soledad, saltaran a su interior osadamente.

En la parte interna del muro, para mayor seguridad contra el continuado peligro, se había plantado un seto vivo, idea felicísima, pues entonces no podía ni una golondrina penetrar en las matas más altas, defendidas como estaban por gruesas espinas, punzantes como clavos. El día de los sucesos a que nos hemos referido en los capítulos anteriores, algunos pastores, en busca de nuevos caminos para sus rebaños, se dirigieron a esta llanura, y desde la mañana muy temprano los bosquecillos habían ensordecido al ruido de las llamadas, de los golpes de los cayados, de los balidos de las ovejas y de las cabras, del retintín de las campanas, del mugir de las vacas y del ladrar de los perros.

Cuando el sol se puso, los pastores se encaminaron hacia el *marah*, y al caer la noche ya estaba todo puesto en salvo en los campos; después encendieron una

hoguera junto a la puerta, prepararon una modesta cena y se sentaron a conversar, dejando a uno de ellos de centinela. Excluyendo a éste, seis eran los pastores que estaban reunidos en torno del fuego, unos sentados, otros tendidos boca abajo. Como de costumbre, iban con la cabeza descubierta, y sus cabellos les caían en espesos mechones crespos, tostados por el sol, sobre el cuello. La barba cubríales la garganta y descendía fluvente sobre el pecho; mantos de piel de cabrito y de cordero, con el vellón adherido, les cubrían desde la nuca a las rodillas, dejando libres los brazos; largas correas les sujetaban el traje en la cintura; sus sandalias eran de la más ínfima calidad; de sus espaldas llevaban pendientes sendos zurroneos con víveres y piedras, recogidas para uso de las hondas, de que iban armados; en el suelo, próximo a cada uno de ellos, se veía el propio arco como un arma de defensa. ¡Tales eran los pastores de Judea!

En apariencia, groseros y salvajes, con los flacos perros que dormitaban junto a ellos alrededor del fuego; empero, tratándolos, sencillos y de corazón bondadoso, quizá debido en parte a la vida primitiva que llevaban, pero principalmente, en opinión nuestra, a la constante contemplación de la belleza y la lozanía.

Hablaban entre ellos, y sus conversaciones eran siempre sobre sus ganados, tema algún tanto árido para el mundo, pero tema que representaba todo el mundo para ellos.

Los grandes acontecimientos que transformaron a las naciones y cambiaron los dominadores del mundo hubieran sido bagatelas para aquellos pastores si por acaso hubieran tenido de ellos conocimiento. De lo que hacía Herodes en esta o aquella ciudad, construyendo palacios y gimnasios y siguiendo prácticas prohibidas, les llegaba alguna noticia de cuando en cuando. Como era costumbre en aquellos tiempos, Roma no pretendía que las personas se informasen de ella; le bastaba que todos conociesen su poderío.

En lo alto de las colinas, a través de las cuales lleva-

ba su ganado, o en los apriscos donde lo encerraba, con frecuencia sorprendía al pastor el sonido de las trompetas, y asomándose a la puerta de la cabaña, descubría una cohorte, y alguna vez que otra una legión en marcha, y cuando los brillantes penachos desaparecían y las tropas habían pasado, pensaba en la significación de las águilas, en los cascos dorados de los soldados, en la belleza de una vida tan distinta de la suya. Sin embargo, esos hombres, rústicos y sencillos como eran, tenían creencias y conocimientos propios.

El día de sábado solían purificarse e ir a las sinagogas, sentándose en los bancos más distantes del Arca. Cuando el *hazan* daba la vuelta con la *Thora*, nadie la besaba con mayor celo; cuando el *sheliach* leía el texto nadie escuchaba al intérprete con fe más absoluta, y nadie retenía más que él, la plática del predicador y la recordaba después con mayor frecuencia. En un versículo de *Shema* encontraron los pastores todas las enseñanzas y toda la ley de su humilde existencia. Supieron que su Señor era Dios y que debían amarlo con toda el alma. Y ellos le amaban, y esta era su sabiduría, que excedía a la de los reyes.

Mientras hablaban, y antes que la velada se concluyese, los pastores iban durmiéndose, cada uno tendido en el sitio donde estaba sentado. La noche, como la mayoría de las noches de invierno en los países montañosos, era clara, fría y espléndidamente estrellada. No hacía viento. La atmósfera jamás se había mostrado tan pura, y reinaba una calma silenciosa; parecía que un sagrado recogimiento inundaba la tierra, que el cielo se inclinase para susurrar alguna misteriosa nueva a la tierra que le escuchaba.

Junto a la puerta, envuelto en su capote, el guardián se paseaba; a intervalos se detenía, atraído por el rumor salido de entre el rebaño dormitante, o por el rugido de un chacal que vagaba a lo lejos por el monte. La media noche no llegaba nunca; mas llegó finalmente. Su plazo había terminado; ahora empezaba la hora del sueño con que el trabajo bendice a sus hijos fatigados.

Se dirigió hacia la hoguera, pero se detuvo; en torno suyo brillaba una luz suave y blanca como la de la luna. Esperó ansioso. La luz fué tomando mayores proporciones; las cosas, antes invisibles, aparecieron claras; vió todo el campo y distinguió las plantas que en él crecían. Un estremecimiento más penetrante que el del aire frío, un estremecimiento de temor, invadió su cuerpo. Miró a lo alto: las estrellas habían desaparecido, la luz se debilitaba lánguidamente; mientras la contemplaba tomó un color plateado vivísimo; entonces, aterrorizado, gritó:

—¡Despertaos, despertaos!

Los perros, a sus gritos, se levantaron y empezaron a correr ladrando. El rebaño se agrupó atemorizado. Los pastores se pusieron en pie, con las armas en la mano.

—¿Qué ha sucedido? —preguntaron a una.

—¡Mirad! —gritó el guardián— ¡El cielo arde!

De pronto la luz adquirió un resplandor deslumbrante; los pastores se cubrieron los ojos y arrodilláronse; después, mientras sus almas estaban sobrecogidas por el temor, con el rostro cubierto, cayeron ofuscados y desvanecidos, y hubieran seguramente muerto de espanto a no haber una voz exclamado:

—¡No temáis!

Los pastores pararon atención.

—¡No temáis! Soy portador de una buena nueva que os llenará a todos de gozo inmenso.

La voz, de una dulzura y de una serenidad sobrehumanas, baja y clara, penetró todo su ser y les tranquilizó. Levantáronse de rodillas, y mirando respetuosamente, vieron en el centro de un globo luminoso la aparición de un mancebo cubierto de una túnica completamente blanca; de su espalda salían dos alas luminosas y extendidas; sobre su frente resplandecía una estrella de esplendor vivísimo, brillante como Héspero; sus manos estaban vueltas hacia los pastores en actitud de bendecirles; su semblante era sereno y divinamente hermoso.

Los pastores habían oído hablar con frecuencia, y aún ellos mismos en su ignorancia habían hablado de ángeles; ahora no dudaron, y en su interior se dijeron que la gloria de Dios estaba próxima a ellos y que aquel celestial mensajero era el mismo que antiguamente se había aparecido al Profeta en las riberas del Ulaí.

El ángel añadió en seguida:

—Porque hoy os ha nacido para todos, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo, nuestro Dios.

Hizo una breve pausa, durante la cual estas palabras se grabaron en aquellos sencillos corazones.

—Y esto os servirá de señal —prosiguió el mensajero—: que encontraréis al Niño, envuelto en pañales, recostado en un pesebre.

El ángel no dijo más: la buena nueva había sido ya comunicada; sin embargo, permaneció todavía allí un instante. De pronto la luz, de la que él era el centro, se volvió rosada y comenzó a titilar; después, en la altura, a una distancia visible, los pastores vieron un resplandor de alas blancas y un remolino de formas radiantes, y oyeron voces como de una multitud que cantara al unísono:

—¡Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!

No una, sino muchas veces, fué repetido este canto. Después el heraldo elevó los ojos, sus alas se abrieron majestuosamente, mostrando la parte superior blanca como la nieve, y la inferior multicolor como el nácar. Cuando estuvieron abiertas por completo se fué elevando lentamente y sin esfuerzo, y desapareció circundado de luz como de una aureola deslumbrante. Durante largo rato después de haber desaparecido continuó oyéndose el celeste cántico, atenuado por la distancia:

—¡Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!

Cuando los pastores volvieron completamente en sí se miraron unos a otros asombrados, hasta que uno de ellos dijo:

—Era Gabriel, el mensajero que Dios envía a los hombres.

Nadie contestó.

—Cristo el Señor ha nacido, ¿no dijo esto? —insistió el mismo.

Entonces repuso otro:

—Sí, esto ha dicho.

—¿Y no dijo además que ha nacido en la ciudad de David, que es nuestra Belén, allá abajo, y que encontraremos un niño en pañales?

—Y recostado en un pesebre.

El que había hablado primero contempló pensativo la hoguera, y después dijo, como si acabara de tomar una súbita resolución:

—Sólo hay un sitio en Belén donde existen pesebres, y es en la gruta próxima al antiguo Khan. Hermanos, vayamos, pues, a ver este milagro. Los sacerdotes y los doctores han buscado por largo tiempo a Cristo. Cristo ha nacido ya, y el Señor nos ha dado una señal para que le conozcamos. Vayamos a adorarlo.

—¿Y el rebaño?

—El Señor le protegerá. Apresurémonos.

Entonces todos se levantaron y abandonaron el *marah*.

Descendieron del monte, y a través de la ciudad llegaron a la puerta del Khan, en donde había un hombre que vigilaba.

—¿Qué queréis? —les preguntó.

—Esta noche hemos visto y oído grandes cosas —respondieron.

—También nosotros las hemos visto, pero nada hemos oído. ¿Qué habéis oído vosotros?

—Venid a la gruta del recinto, donde esperamos confirmarlas. Allí os lo diremos todo.

—No seáis cándidos. Perderéis el tiempo.

—No; Cristo ha nacido.

—¡Cristo! ¿Cómo lo sabéis?

—Venid, si queréis, a verlo.

El guardián sonrió irónicamente.

—¡Justamente Cristo! ¿Y cómo haréis para conocerlo?

—Ha nacido esta noche y está recostado en un pesebre. Y no hay más que un sitio en Belén que los tenga.

—¿La gruta?

—Sí. Venid con nosotros.

Atravesaron el patio sin que nadie lo advirtiese, aunque muchos estaban incorporados, haciendo comentarios sobre la luz misteriosa. La puerta de la gruta estaba abierta. Una lámpara la iluminaba interiormente, y los pastores entraron sin ceremonias.

—¡Paz a vosotros! —dijo el guardián a José y al hombre de Beth-Dagon—. Aquí viene esta gente en busca de un Niño que ha nacido esta noche, y al cual reconocerá por estar envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.

El rostro del nazareno se contrajo repentinamente: después, volviéndose, dijo:

—El Niño está aquí.

Los pastores fueron conducidos ante uno de los pesebres, y en él hallaron al Infante. Acercaron la linterna y enmudecieron. El pequeño no se movió, era como todos los recién nacidos.

—¿Dónde está la madre? —preguntó el guardián.

Una de las mujeres tomó el Niño, lo llevó a María, acostada allí cerca, y lo depositó en sus manos. Entonces los circunstantes se agruparon en torno de ambos.

—¡Es Cristo! —exclamó un pastor.

—¡Cristo! —repitieron todos, arrodillándose en actitud de adorarlo.

Y uno de ellos repitió varias veces:

—Es el Señor, y su gloria está por encima del cielo y de la tierra.

Y los hombres, llenos de fe, besaron la orla del vestido de María, y con los rostros radiantes de gozo se partieron.

En el Khan refirieron aquel suceso a toda la gente, ya levantada y que se agrupaba en torno de ellos; por

la ciudad y en todo el camino de regreso al *marah* fueron cantando el versículo de los ángeles:

—¡Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!

La resonancia del suceso llegó muy lejos, confirmada por la luz que todos habían visto, y el día siguiente y los sucesivos la gruta fué visitada por la multitud curiosa. Unos creyeron; otros, los más, dudaron y se rieron.

CAPITULO XII

El oncenavo día del nacimiento del Infante en la gruta, próximamente a medio día, los tres Reyes Magos llegaron por el camino de Siquem a las cercanías de Jerusalén. Después de atravesar Brock Cedrón, encontraron al paso gran número de personas, de las cuales ninguna dejó de detenerse y de seguirles con la mirada.

La Judea, situada entre el mar y el desierto, era por necesidad una vía internacional. Estrecha faja de tierra que habían formado probablemente la presión del desierto, al Este, y la del mar, al Oeste, la naturaleza había señalado sobre su altura la línea comercial entre el Este y el Sur, y en esto consistía su riqueza. En otras palabras: la riqueza de Jerusalén provenía de los derechos impuestos sobre el comercio de tránsito. En ninguna otra parte, pues, si se exceptúa Roma, se encontraba constantemente concurso tan grande de personas de todas las naciones, y en ninguna otra ciudad el forastero era más familiar a sus habitantes que entre sus muros y en sus alrededores. Sin embargo, aquellos tres hombres excitaron la admiración de cuantas personas les encontraron por el camino que conduce a las puertas.

Un niño, que formaba parte de un grupo de mujeres que estaban sentadas al borde del camino, de cara a las tumbas reales, y que vio llegar la comitiva, inmediatamente comenzó a batir palmas y a gritar:

—¡Mira, mira! ¡Qué hermosas campanillas! ¡Qué camellos más grandes!

Las campanillas eran de plata; los camellos, como ya hemos visto, eran de blancura y de proporciones no comunes, y se movían con dignidad singular; los arreos denunciaban la travesía hecha por el desierto, los largos viajes y aun la riqueza de sus dueños, que iban sentados bajo sendos pequeños baldaquines, lo mismo que cuando se encontraron a la otra parte del Jebel. Sin embargo, no eran las campanillas, ni los camellos, ni los arreos, ni el porte de los jinetes los que causaron tanto asombro: era la pregunta que hizo el que cabalgaba en el primero.

La entrada en Jerusalén, por el Norte, se verifica a través de una llanura que desciende hacia el Sur, dejando la puerta que conduce a Damasco en un valle o cuenca. El camino es estrecho, pero sumamente frecuentado, y en algunos puntos algo difícil, a causa de las rocas esparcidas acá y allá por el agua pluvial. A ambos lados del camino, antiguamente se extendían fértiles campos y magníficos olivares, que debían ser por su exuberante vegetación muy admirados, especialmente por los viajeros fatigados de las inclemencias del desierto.

En este camino los tres hombres se detuvieron enfrente del grupo sentado de cara a las tumbas de los Reyes.

—Buena gente —dijo Baltasar pasándose la mano por la despeinada barba y doblándose sobre la silla—: ¿está cerca Jerusalén?

—Sí —contestó la mujer en cuyos brazos había ido a refugiarse el niño—. Si los árboles de aquella altura fuesen un poco más bajos, podríais desde aquí ver las torres de la plaza del Mercado.

Baltasar dirigió una mirada al griego y al indo, y después preguntó:

—¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?

Las mujeres se miraron sin contestar.

—¿No habéis oído hablar de El?

—No.

—Pues bien, decid a todos que nosotros hemos visto su estrella en Oriente y que venimos a adorarla.

Los tres amigos continuaron su camino, dirigiendo a otros la misma pregunta con resultado idéntico. Una gran comitiva que encontraron, y que se encaminaba a la gruta de Jeremías, se sorprendió tanto de la pregunta y del aspecto de los viajeros, que volvió atrás y fué siguiéndolos hasta la ciudad.

Preocupados con la idea de su misión, los tres Reyes no se dieron cuenta del panorama que en aquel momento se desplegaba ante su vista en toda su magnificencia: la aldea que primero les recibió, sobre el Bezetha: Mizpah y el Olivete, a su izquierda; las murallas, rodeando la aldea, con sus cuarenta elevadas y sólidas torres, construídas en parte para defensa y en parte para ornato; las mismas murallas, torciendo hacia la derecha, con varias sinuosidades, y acá y allá sendas puertas que conducían a los tres blancos y grandes edificios: Fasel, Marianna e Ippico; Sión, la más alta de las colinas, coronada de marmóreos palacios y nunca tan hermosa; las terrazas relucientes del templo sobre el Moria, juzgado como una de las maravillas del mundo; las montañas reales rodeando la ciudad santa, que parecía construída en el fondo de una inmensa taza.

Por fin llegaron a una torre de gran elevación que dominaba la puerta, la cual en aquel tiempo correspondía a la actual puerta de Damasco e indicaba la trifurcación de los caminos de Siquem, Jericó y Gabaón. Un guardia romano custodiaba la puerta. Las personas que seguían a los camellos formaban una caravana suficiente para atraer los curiosos a la puerta; así, cuando Baltasar se detuvo para hablar al centinela, los tres amigos formaban el centro de un círculo deseoso de saber lo que había acaecido.

—La paz sea con vos —dijo el egipcio con voz clara. El centinela no contestó.

—Hemos venido de muy lejos en busca de uno que

ha nacido Rey de los judíos. ¿Podéis decirnos dónde está?

El soldado levantó la visera de su casco y dió un fuerte grito; por la derecha de la puerta apareció un oficial.

—Dejad pasar —gritó a la multitud que se había allí apiñado.

Y como no pareciese dispuesta a obedecer, se adelantó haciendo girar rápidamente su lanza a derecha e izquierda, con lo que logró abrirse paso.

—¿Qué deseáis? —preguntó a Baltasar, hablando la lengua de la ciudad.

Baltasar contestó en la misma lengua:

—¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?

—¿Herodes? —preguntó confuso el oficial—. El reino de Herodes es de César, no de Herodes. No hay otro rey de los judíos.

—Mas nosotros hemos visto su estrella y hemos venido a adorarlo.

El romano quedó perplejo.

—Proseguid —dijo finalmente—, proseguid vuestro camino. Yo no soy judío. Presentaos a los doctores en el Templo, o a Hannás el sacerdote, o bien, y esto será mejor aún, al mismo Herodes. Si existe otro rey de los judíos, él lo sabrá encontrar.

Esto dicho, abrió paso a los extranjeros para que tomasen la puerta. Pero antes de entrar en la calle, Baltasar se detuvo y se dirigió a sus amigos, diciéndoles:

—Nuestra llegada ya es del dominio público. A media noche toda la ciudad habrá oído hablar de nosotros y de nuestros propósitos. Dirijámonos, pues, al Khan.

CAPITULO XIII

Aquella tarde, antes del crepúsculo, algunas mujeres lavaban ropa blanca sobre la última grada de la escalinata que conducía a la piscina de Siloé. Cada una estaba arrodillada delante de una gran vasija de barro.

Una rapaza, al pie de la escalera, les procuraba agua, cantando mientras llenaba las ánforas. La canción era alegre y sin duda hacía agradable su tarea. De cuando en cuando levantábanse sobre la punta de sus pies y miraban a la altura de Ophel y alrededor de la cima del que hoy es conocido por monte de la Ofensa, entonces débilmente iluminado por el sol poniente. Mientras las mujeres fatigaban sus manos restregando y retorciendo en las vasijas los blancos lienzos, llegaron otras dos, cada una con una ánfora vacía sobre el hombro.

—La paz sea con vosotras —dijo una de las recién llegadas.

Las lavanderas dejaron su faena y se levantaron, enjugándose las manos y devolviendo el saludo.

—Es casi de noche. Es hora de descansar.

—No hemos terminado aún el trabajo —fué la respuesta.

—Pero hay una hora para descansar y...

—Para escuchar lo que sucede de nuevo —añadió otra.

—¿Qué novedad traéis?

—¿Cómo! ¿No habéis sabido nada?

—No.

—Dicen que ha nacido Cristo —dijo otra principian-do su relato.

Era curioso ver el semblante de las lavanderas iluminándose por el interés; las ánforas, invertidas, en un instante fueron transformadas en asientos por sus propietarias, que formaron círculo y pararon atención.

—¿Cristo? —interrumpieron las curiosas oyentes.

—Así dicen.

—¿Quién lo dice?

—Todos; es voz general.

—¿Y hay quien lo crea?

—Ayer tres hombres atravesaron el Cedrón por el camino de Siquem —dijo la interlocutora procurando disipar toda duda—. Cada uno de ellos guiaba un camello cándidamente blanco y mayor que los que acostumbramos a ver en Jerusalén.

Los ojos y las bocas de las mujeres se dilataron.

Para demostrar la grandeza y fastuosidad de los hombres, la narradora continuó:

—Iban sentados bajo toldos de seda; las hebillas de sus monturas eran de oro, como también los adornos de sus arreos; las campanillas eran de plata y parecían producir con su sonido una verdadera armonía. Nadie los conocía. Uno de ellos habló y dirigió a todos los transeúntes, aún a las mujeres y niños, esta pregunta: “¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?” Nadie contestó, nadie comprendió lo que querían decir; y ellos avanzaron después de haber dicho: “Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo”. Decidieron interrogar entonces al centinela romano de la puerta, y éste, no sabiendo más que los sencillos transeúntes, les remitió a Herodes.

—¿Y dónde están ahora ?

—En el Khan. Centenares de personas han ido ya a verlos, y acuden todavía a centenares.

—¿Quiénes son?

—Nadie lo sabe. Se dice que son persas, hombres que hablan con las estrellas. Quizá profetas como Elías y Jeremías.

—¿Y qué quieren significar con lo de Rey de los judíos?

—Se refieren a Cristo, y dicen que ha de estar recién nacido.

Una de las mujeres se sonrió y reanudó su trabajo, diciendo:

—Bien; cuando le haya visto creeré en El.

Otra siguió su ejemplo:

—Y yo cuando le vea resucitar a un muerto.

Una tercera añadió con calma:

—Cristo ha sido anunciado desde antiguo. Me bastará verle sanar a un leproso.

Y estuvieron hablando hasta que llegó la noche, en que, acariciadas por el aire frío, se dirigieron a sus casas.

CAPITULO XIV

A hora avanzada, al principio de la primera vela, tuvo lugar en el palacio del monte Sión una asamblea de cerca de cincuenta personas, las cuales únicamente se reunían por orden de Herodes y sólo cuando él solicitaba conocer alguno de los más profundos misterios de la ley y de la historia hebraica. Era una asamblea compuesta de los maestros de los sacros colegios, de los principales sacerdotes y de los doctores más conocidos por su fama en la ciudad, de los jefes de los distintos partidos, de los comentaristas de las diferentes creencias, príncipes de los saduceos, oradores fariseos, graves y reposados filósofos del socialismo de los esenios.

La sala donde se celebraba la reunión pertenecía a uno de los patios interiores del palacio; era bastante espaciosa, y su arquitectura romana. El piso tenía pavimento de mármol; las paredes, sin ventanas, estaban pintadas a cuadros de color amarillo azafranado; un diván en forma de herradura, recubierto de almohadones amarillentos y con la abertura de cara a la puerta, ocupaba el centro de la sala; en el arco del diván, mejor dicho, en la curva de la herradura, había un inmenso trípode de oro con hermosas labores de este mismo metal y de plata. Suspendido del centro de la bóveda por una cuerda había un gran lampadario de siete brazos, cada uno con su lámpara encendida. Así el diván como la lámpara eran de estilo hebreo puro. Los trajes de aquellos cincuenta individuos sólo se diferenciaban entre ellos por el color. Estaban tendidos sobre el diván al modo oriental, y eran en su mayoría hombres de edad avanzada; cubrían sus rostros pobladas barbas; tenían largas narices y grandes ojos negros, sombreados por abundantes cejas; su porte era grave, digno, casi patriarcal. Ellos constituían la reunión del Sanedrín.

El que se sentaba enfrente del trípode, en el lugar

que podemos llamar centro del diván, pues tenía tantos colegas suyos a la derecha cuantos a la izquierda, evidentemente era el presidente de la asamblea, y hubiera llamado en seguida la atención del espectador. Era de complexión gigantesca, pero de una delgadez espantosa; bajo su blanca vestidura, que le descendía desde la espalda formando pliegues muy anchos, no se descubrían indicios de carnes; sólo se veía un horrible y anguloso esqueleto. Las manos, medio ocultas en las mangas de seda listadas de rojo y blanco, apoyábalas sobre sus rodillas. Mientras hablaba levantaba a intervalos, tembloroso, el pulgar de la mano derecha, y parecía incapaz de otro movimiento. Su cabeza era calva y luciente; pocos cabellos, de un blanco argentado, le cubrían la nuca; sus sienes estaban profundamente hundidas; anchas arrugas le surcaban la espaciosa frente; sus ojos tenían la mirada velada, su nariz afilada; cubría la parte inferior de su rostro una barba flotante y blanca como la de Aarón. ¡Tal era Hillel el babilonio! A la estirpe de los profetas, de largo tiempo extinguida en Israel, sucedieron muchos doctores, entre los cuales sobresalía él por su sabiduría, pareciendo un profeta en todo, menos en la inspiración divina. A los ciento seis años era todavía el rabino mayor del gran Colegio.

Sobre el trípode ante el cual estaba sentado se veía un rollo de pergamino desplegado, lleno de caracteres hebraicos, y a su espalda estaba de pie un siervo ricamente vestido.

Se había discutido largamente, y terminada la discusión, estaban todos en actitud de descanso. El venerable Hillel, sin moverse, llamó al siervo.

—¡ Ven!

El joven se adelantó respetuosamente.

—Ve y dí al rey que estamos prontos a darle una contestación.

El siervo obedeció.

Poco después entraron dos oficiales y se situaron de pie uno a cada lado de la puerta. Un personaje extraño

iba con lentitud en pos de ellos: era un anciano envuelto en un hábito de púrpura orlado de escarlata, ceñido al cuerpo por una faja de oro, sutil y flexible como piel; las hebillas de su calzado deslumbraban con sus piedras preciosas; una estrecha corona de filigrana brillaba sobre una *tarbooshe* de morbidísima felpa carmesí, que, envolviéndole la cabeza, descendíale por la nuca y por la espalda, dejando descubierta la garganta y el cuello. De su cinto pendía un puñal. Caminaba con paso vacilante, apoyándose con todo su peso en un bastón. Llegado al diván, se detuvo y levantó del suelo los ojos: hasta entonces no se dió cuenta de la asamblea, y vivamente excitado por la presencia de ella, se irguió con mirada altiva, tétrica, sospechosa y amenazadora, como de persona que se espanta al encontrarse ante un enemigo.

Tal era Herodes el Grande: una persona envilecida por horribles enfermedades, una conciencia manchada de delitos, un alma gemela de la de César; tenía sesenta y tres años, pero custodiaba con celosa vigilancia su trono, despóticamente, con poder absoluto e inexorable crueldad.

Una agitación general prodújose en la asamblea; los más ancianos se inclinaron reverentes, los más nobles se levantaban o se arrodillaban con los brazos cruzados sobre el pecho.

Después de haber mirado en torno suyo, Herodes se adelantó hasta el trípode colocado ante el venerable Hillel, a quien encontró su fría mirada con la cabeza baja y las manos elevadas.

—¡La respuesta! —dijo el rey con aire altanero volviéndose a Hillel, y poniéndosele delante con su bastón, repitió: ¡La respuesta!

Los ojos del patriarca brillaban dulcemente, y respondió, levantando la frente y mirando al inquisidor, mientras sus colegas le prestaban profunda atención:

—¡La paz del Señor, de Abraham, de Isaac y de Jacob sea contigo, oh rey!

Por el tono de su voz parecía que invocase alguna divinidad; después, cambiando de tono, prosiguió:

—Tú nos has preguntado dónde se supone que ha de nacer Cristo.

El rey hizo un signo afirmativo, aunque sin apartar del sabio su perversa mirada.

—Esta es la pregunta —dijo.

—Entonces, oh rey, yo hablo en mi nombre y en el de mis hermanos aquí presentes, y os digo: en Belén, en la Judea.

Hillel dirigió una mirada al pergamino que estaba sobre el trípode, y señalando con su tembloroso dedo, continuó:

—En Belén, en la Judea, como lo dejó escrito el Profeta: “Y tú, Belén, en la tierra de Judea, no eres, no, la más pequeña de las tierras de Judá, porque de ti saldrá un caudillo que sabrá dominar a Israel mi pueblo”.

El semblante de Herodes se turbó, y pensativo fijó los ojos en el pergamino. Los circunstantes no osaban siquiera respirar, y estaban silenciosos como él. Por fin, sin decir palabra, abandonó la sala.

—Hermanos —exclamó Hillel—, hemos terminado. La asamblea se levantó y salió formando grupos.

—Simeón —llamó Hillel.

Un hombre de cincuenta años, pero aún en la flor de la vida, contestóle y se dirigió hacia él.

—Toma el sagrado pergamino, hijo mío —añadió—, y arróllalo con cuidado.

La orden fué cumplida.

—Ofréceme tu brazo; subiré a la litera.

El hombre robusto se inclinó; el anciano aceptó el apoyo ofrecido, y se dirigió fatigosamente a la puerta.

Así se fueron el famoso rabino y Simeón, su hijo, que debía ser su sucesor en prudencia y sabiduría.

Ben Hur
W

CAPITULO XV

Los Reyes Magos, a hora muy avanzada, permanecían aún en vela bajo el pórtico del Khan. Sus cabezas descansaban sobre piedras, que, levantándolas ligeramente, les permitían ver la inmensidad del cielo a través de los arcos que rodeaban el patio. Contemplaban las estrellas brillantes, meditando en la próxima revelación.

¿Qué sucedería? Estaban, al fin, en Jerusalén; a sus puertas habían preguntado por el que buscaban; habían anunciado su nacimiento; ahora sólo les faltaba encontrarlo. En la esperanza de salir con bien, confiaron en el Espíritu, y, esperando oír la voz de Dios o una señal del Cielo, no podían conciliar el sueño.

Agitados y conmovidos hallólos un hombre que avanzó hacia ellos.

—Despertaos —dijo—, os traigo un mensaje urgente.

Los tres se incorporaron.

—¿De parte de quién? —preguntó el egipcio.

—De Herodes, del rey.

Los tres sintieron que un ligero estremecimiento recorría su cuerpo.

—¿Sois acaso el custodio del Khan? —preguntó Baltasar.

—Sí.

—¿Y qué desea el rey?

—El mensajero espera; él os contestará.

—Entonces decidle que allí vamos.

—Estabais en lo cierto, hermanos míos —dijo el griego así que el guardián se hubo alejado—. Las preguntas dirigidas a los transeúntes y a los guardias nos han hecho blanco de la curiosidad. Estoy impaciente. Apresurémonos.

Se levantaron, calzaron las sandalias, se pusieron los mantos y salieron.

—Os saludo; la paz sea con vosotros, y perdonadme;

mi señor, el rey, me ha ordenado que os condujera a palacio, en donde desea hablaros secretamente.

El mensajero había cumplido su misión. Se miraron recíprocamente, y a la luz de una lámpara suspendida en la entrada conocieron que el Espíritu estaba con ellos.

El egipcio se dirigió al guardián, y le dijo en voz baja, que no oyeron los demás:

—Vos sabéis en qué sitio del patio está nuestra ropa y en dónde reposan los camellos. Disponed, durante nuestra ausencia, todo lo necesario para nuestra partida, por si hubiésemos de efectuarla inmediatamente.

—Podéis marchar seguros, confiad en mí —contestó el guardián.

—La voluntad del rey es la nuestra —dijo Baltasar al mensajero—; condúcenos.

Las calles de la ciudad santa eran estrechas como actualmente, pero no tan descuidadas ni sucias, pues Herodes, no satisfecho con su belleza, quería limpieza y comodidad. A la luz pálida de las estrellas subieron lentamente a la colina hasta llegar a una elevada puerta situada en medio de la vía. El resplandor de las teas que ardían en dos grandes tederos permitiéoles distinguir la estructura del edificio y a los guardias que se apoyaban en cada lado de la puerta. Penetraron en el edificio sin que el centinela los detuviese; atravesaron pasadizos, puertas y patios, algunos en completa oscuridad; subieron muchas escaleras, pasaron por innumerables corredores y por infinidad de salas, y fueron conducidos a una elevada torre. De pronto el guía se detuvo, y señalándoles una puerta abierta, les dijo:

—Entrad. El rey está allí.

El ambiente de la sala estaba impregnado del perfume de la madera de sándalo, y todo en ella estaba ordenado y dispuesto espléndidamente. Una preciosa alfombra cubría el centro del pavimento, y sobre ella se elevaba un trono. Los visitantes sólo tuvieron tiempo de recibir una idea vaga del lugar, de un conjunto de otomanas y sillas con incrustaciones y dorados, de abani-

cos, de jarros ricamente decorados, de instrumentos músicos, de candelabros de oro que brillaban al fulgor de su propia e intensa luz, de muros pintados al estilo de la voluptuosa escuela griega, y a cuya sola vista un fariseo, lleno de sacro horror, se hubiera tapado el rostro. Herodes, que se había sentado en su trono para recibirles con el mismo traje que en la reunión de los doctores y sacerdotes, absorbió toda su atención. Avanzaron y se arrodillaron, sin previa invitación, en los bordes de la alfombra.

El rey tocó una campanilla. Un siervo entró y colocó tres sillas enfrente del trono.

—Sentaos —dijo con amabilidad el monarca—. De la puerta Norte —prosiguió cuando se hubieron sentado— me han traído esta tarde la noticia de la llegada de tres extranjeros curiosamente vestidos y, al parecer, provenientes de lejanos países. ¿Sois vosotros?

El egipcio, después de haber dirigido una mirada al griego y al indo, contestó haciendo una inclinación profunda:

—De fijo que si fuésemos nosotros esos extranjeros, el poderoso Herodes, cuya fama es conocida en el mundo entero, no nos hubiera hecho llamar.

Herodes con la mano hizo una señal de aprobación.

—¿Quiénes sois? ¿De donde venís?— preguntó. Y añadió en tono expresivo—: Hable cada cual de sí mismo.

Los Reyes contestaron sucesivamente, aludiendo brevemente a las ciudades, a sus países nativos y al camino seguido hasta llegar a Jerusalén. No satisfecho, añadió Herodes:

—¿Qué pregunta dirigisteis al oficial que se encontraba en la puerta?

—Le preguntamos dónde está Aquel que ha nacido Rey de los judios. Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo.

—Ahora comprendo la curiosidad del pueblo. ¿No excitáis también la mía? ¿Hay acaso otro rey de los judios?

El egipcio no dió muestras de turbación.

—Uno hay, recién nacido.

El semblante oscuro del monarca tomó una expresión de dolor como si le viniese a la memoria un desgarrador episodio.

—¡No es a mí, no es a mí! —exclamó.

Tal vez desfilaron ante sus ojos las sombras acusadoras de sus hijos asesinados. Y en seguida, dominando la emoción, preguntó con voz firme:

—¿Dónde está el nuevo Rey?

—Esto, oh rey, es lo que deseamos que nos digas.

—Vosotros me proponéis un milagro, un enigma superior en mucho al de Salomón —añadió—. Como veis, estoy en aquel período de la existencia en que la curiosidad es desenfrenada como en la infancia, y en que el burlarla es una crueldad. Proseguid, y yo os respetaré como los reyes se respetan unos a otros. Decidme cuanto sepáis del nuevo Rey, y yo me asociaré a vosotros para buscarlo, y cuando hayamos dado con El, yo haré lo que queráis: lo traeré a Jerusalén y lo elevaré al trono; agotaré todo mi favor con César para su proclamación y su gloria. No habrá celera entre nosotros, os lo juro. Mas antes decidme cómo ha sido que, tan separados por los mares y los desiertos, hayáis oído hablar de El.

—Os lo diremos sinceramente, oh rey.

—Hablad —dijo Herodes.

Baltasar se puso en pie y dijo con dulzura:

—Existe un Dios omnipotente.

Herodes se turbó de un modo imperceptible.

—Este Dios no ha conducido aquí, asegurándonos que encontraríamos al Redentor del mundo; que lo veríamos, y adoraríamos si creíamos en su venida; como señal, cada uno de nosotros había de ver una estrella. Su Espíritu permaneció con nosotros, oh rey, su Espíritu está con nosotros todavía.

Una emoción irresistible, opresora, se apoderó de los tres. El griego apenas pudo reprimir un grito. Herodes

fijó sus ojos rápidamente del uno al otro; estaba más receloso, más descontento que al principio.

—Creo que os burláis de mí —les dijo—; mas si no es así, proseguid. ¿Qué ha de producir la venida del nuevo Rey?

—La salvación de los hombres.

—¿De qué peligro?

—De su perversidad.

—¿Cómo?

—Por medio de las virtudes divinas, el Amor, la Fe, las Buenas obras.

—Entonces...

Herodes se detuvo; difícil era adivinar qué sentimiento reflejábase en su mirada.

—Entonces... vosotros sois los heraldos de Cristo. ¿No es así?

Baltasar se inclinó lentamente.

—Nosotros somos tus siervos, oh rey.

El monarca tocó una campanilla y apareció un siervo.

—Traed los presentes.

El siervo salió, pero volvió al poco rato, y arrodillándose ante los huéspedes, dió a cada uno un manto azul y rojo escarlata y un cinturón de oro. Los tres manifestaron su agradecimiento prosternándose al uso oriental.

—Una palabra aún —dijo Herodes así que terminó la ceremonia—. Al oficial de la puerta, y hace poco a mí mismo, habéis hablado de una estrella que apareció en Oriente.

—Sí —dijo Baltasar—; su estrella, la estrella del recién nacido.

—¿Cuándo se os apareció?

—Cuando nos fué ordenado que viniésemos.

Herodes se levantó, dando a entender que la audiencia se había terminado. Descendiendo del trono, y dirigiéndose hacia ellos, díjoles con gran amabilidad:

—Si, como creo, oh hombres ilustres, vosotros sois los heraldos del Cristo recién nacido, sabed que esta

noche he consultado a los doctores más versados en el conocimiento de las escrituras concernientes al pueblo judío, y ellos están acordes en decir que ha de haber nacido en Belén de Judea. Yo os digo, pues: Id allá, id y buscad diligentemente al tierno Niño, y cuando lo hayáis encontrado, avisadme para que también vaya yo a adorarlo. Ningún obstáculo se pondrá a vuestra partida. La paz sea con vosotros.

Y envolviéndose en su manto, salió de la estancia. El guía acompañó a los Reyes al exterior, y después al Khan. Al llegar a su puerta, el griego dijo:

—Vayamos a Belén, a Belén, oh hermanos, como nos dijo el rey.

—Sí —gritó el indo—, el Espíritu nos protege.

—Así sea —dijo Baltasar con igual entusiasmo—. Los camellos están dispuestos.

Y después de hacer un presente al mayordomo, montaron en sus sillas, pidieron las indicaciones para ir a la puerta de Jafa, y partieron. A su llegada las grandes puertas estaban abiertas y salieron a pleno campo, tomando el camino últimamente recorrido por José y María. Mientras avanzaban por la llanura de Rephaim apareció una luz, primeramente débil y lejana. Sus corazones palpitaban con violencia. La luz se hacía rápidamente más intensa, obligándoles su resplandor a cerrar los ojos. Cuando se atrevieron a mirarla nuevamente, la estrella, bella como ninguna otra, fué descendiendo lentamente hasta posarse sobre ellos. Juntaron sus manos y gritaron, llenos de inmensa alegría:

—¡Dios está con nosotros! ¡Dios está con nosotros!

Y esto fueron repitiendo durante el camino, hasta que la estrella, elevándose sobre el valle, al otro lado del mar Elías, se detuvo encima de una casa, en la cumbre de la colina próxima a la ciudad.

CAPITULO XVI

Comenzaba la tercera vela, y en Belén alboreaba allende los montes por Oriente, pero tan débilmente, que en el valle era todavía de noche. El guardián, bajo el techo del antiguo Khan, temblando de frío, estaba escuchando los primeros sonidos con que la vida, despertándose, acoge al día, cuando una luz apareció en la colina sobre la casa. Creyóla de momento una antorcha en manos de alguien; después la tomó por un meteoro; la claridad después aumentó hasta convertirse en estrella. Asombrado, dió voces y llevó a la azotea a cuantos se cobijaban entre aquellos muros. El fenómeno, con movimiento curioso, continuaba acercándose; las rocas, los árboles y los caminos, a su resplandor brillaban como iluminados por el fulgor del rayo; de pronto, su claridad se hizo irresistible.

Los más tímidos entre los espectadores cayeron de hinojos y oraron, cubriéndose los rostros con las manos; los más osados, tapándose los ojos, se ocultaron, y de cuando en cuando lanzaban temerosamente furtivas miradas. Poco después el Khan, en todo su circuito, estaba iluminado por una claridad insoportable a causa de su viveza.

Los que se arriesgaron a mirar, vieron la estrella detenida sobre la casa, enfrente de la gruta donde había nacido el Niño.

En esto llegaron los tres Reyes Magos, y apeándose de los camellos, solicitaron permiso para entrar. El guardián, disimulando su terror para recibirlos, levantó la tranca y abrió la puerta. Los camellos parecían espectros a la luz sobrenatural, y aparte del aspecto fantástico, había en los semblantes y en las actitudes de los tres visitantes una vehemencia y una exaltación que excitaron más aún los temores del guardián; durante un momento no pudo contestar a la pregunta que le habían hecho.

—¿No es esta Belén de la Judea?

Pero entre tanto llegaron algunos curiosos y dieron por él la respuesta:

—No; esto no es más que el Khan; la ciudad está más allá.

—¿No hay aquí un Niño recién nacido?

Los presentes se miraron recíprocamente con asombro, y algunos de ellos contestaron:

—Sí, sí.

—¡Mostrádnoslo! —dijo el griego impaciente.

—¡Mostrádnoslo! —añadió Baltasar, interrumpiendo su gravedad—; porque nosotros hemos visto su estrella, aquella que vosotros admiráis sobre aquella casa, y venimos para adorarlo.

El indio juntó las manos, exclamando:

—¡Dios realmente existe! Daos prisa, daos prisa. ¡Ya hemos encontrado al Salvador! ¡Benditos, benditos seamos entre todos los hombres!

La gente salió del Khan y siguió a los forasteros, que fueron conducidos, a través del patio, al recinto; a vista de la estrella, detenida aún sobre la gruta, aunque menos incandescente que antes, algunos huyeron espantados; la mayor parte, sin embargo, siguió. Al acercarse los forasteros a la casa, la estrella se elevó; cuando llegaron a la puerta, continuaba alejándose en lo alto; cuando entraron, había ya desaparecido. Y en los testigos de lo que sucedió entonces entró la convicción de que alguna relación existía entre la estrella y los extranjeros.

Cuando la puerta se abrió, todos se precipitaron en la gruta.

La estancia estaba iluminada por una linterna, con suficiente claridad para que los tres Reyes distinguiesen a la Madre y al Niño, despierto sobre sus rodillas.

—¿Es tuyo el Niño? —preguntó Baltasar a María. María respondió:

—Sí, es hijo mío.

Y cayeron de hinojos y lo adoraron.

Era un niño como los otros niños: sobre su cabeza no había aureola ni corona alguna; sus labios se abrían,

pero no para hablar; regocijábese al ver y oír sus transportes de gozo, sus invocaciones, sus súplicas.

Después de breves momentos se levantaron, y saliendo en busca de sus camellos, sacaron de sus aportaderas presentes de oro, de incienso y de mirra, que pusieron con reverencia ante el Infante.

Y lo adoraron fervorosamente.

¿Por qué?

Su fe se afirmaba en las señales enviadas por Aquel que desde entonces se reveló como Padre nuestro, y para ellos su promesa era suficiente.

Pocos hubo que vieron las señales y las comprendieron: la Madre y José; los pastores y los Reyes; pero todos creyeron igualmente que en aquel instante Dios lo era todo; el Niño, nada. Tiempo vendría en que todo dependería del Hijo.

¡Felices aquellos que creerían en El!

FIN DEL LIBRO PRIMERO



LIBRO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO

Es necesario que el lector se traslade a veinticinco años después, al principio de la administración de Valerio Grato, cuarto gobernador imperial de Judea, período notable a causa de las agitaciones políticas que atribularon a Jerusalén, precursoras del conflicto final entre romanos y judíos.

En este intervalo habíanse efectuado algunos cambios, especialmente en el orden político. Herodes el Grande había muerto un año después del nacimiento del Niño, y su muerte miserable había justificado la opinión corriente en el mundo cristiano, de que había sido castigado por la cólera divina. Como todos los grandes gobernadores de pueblos que dedican completamente su existencia a vigorizar el poderío que han creado, Herodes había soñado en transferir su trono y su corona, en ser el fundador de una dinastía. Con este propósito, en su testamento dividió el reino entre sus tres hijos: Antipas, Filipo y Arquelao, otorgando a este último, la dignidad real.

El testamento fué necesariamente sometido al emperador Augusto, quien ratificó todas sus disposiciones a excepción de una sola: rehusó a Arquelao el título de rey hasta haber dado pruebas de capacidad y de fidelidad. Lo nombró, en cambio, Etnarca, y como tal lo dejó gobernar nueve años, al cabo de los cuales, habiéndose mostrado indigno del elevado cargo e inhábil para enfrenar a los elementos turbulentos que se

agitaban a su alrededor, lo mandó desterrado a las Galias.

César no se contentó con destituir a Arquelao. Castigó al pueblo de Jerusalén de manera que hirió en lo vivo el orgullo de los soberbios custodios del Templo: redujo la Judea a provincia romana, y la incorporó a la prefectura de Siria. De modo que en lugar de un príncipe gobernando regiamente en el palacio que Herodes había construido sobre el monte Sión, la ciudad cayó en manos de un oficial subordinado, de un empleado llamado procurador, el cual se relacionaba con la corte de Roma por mediación del legado de Siria, residente en Antioquía. Para hacer más dolorosa la herida, no le fué permitido al procurador establecerse en Jerusalén: este honor fué concedido a Cesarea. Mas la humillación mayor de todas, la más irritante fué la anexión de la Samaria, la despreciada Samaria, unida a Judea como parte de la misma provincia. ¡Qué dolor para los hipócritas separatistas o fariseos, verse postergados y reídos en presencia del procurador de Cesarea para los devotos de Gerizim!

En tanta desolación sólo un consuelo quedaba al pueblo caído: el Pontífice ocupaba el palacio de Herodes en la plaza del Mercado, y estaba rodeado de un simulacro de Corte. Cuál fuese su autoridad, puede con facilidad comprenderse. El procurador se reservaba el derecho de vida y muerte. La justicia se administraba en su nombre y según las leyes romanas.

Síntoma aún más significativo: el palacio real estaba a la sazón ocupado por los oficiales de la administración imperial, con todo su cuerpo de asistentes, registradores, recaudadores, informantes y espías. Sin embargo, los obstinados soñadores de una futura libertad encontraban cierta satisfacción al pensar que el principal personaje palatino era un judío. Su sola presencia en él, día tras día, les recordaba los pactos y las promesas de los profetas y los tiempos en que Jehová gobernaba sus tribus por medio de los hijos de Aarón; esto era para ellos una señal evidente de que

Dios no había abandonado a su pueblo; así sus esperanzas no decaían y les habituaban a soportar pacientemente la servidumbre, mientras esperaban siempre la venida del Hijo de Judea que debía reinar sobre Israel.

La Judea había sido provincia romana durante más de ochenta años, período de tiempo más que suficiente para que los Césares conocieran el carácter del pueblo y comprendieran que los judíos, a pesar de su orgullo, podían ser gobernados tranquilamente mientras se respetase su religión. Inspirándose en esta experiencia, los predecesores de Grato se habían constantemente abstenido de mezclarse en las prácticas religiosas de sus súbditos. Grato, sin embargo, quiso seguir distintos senderos, y una de sus primeras medidas fué despojar a Hannás de su dignidad de primer sacerdote y de nombrar para aquel puesto a Ismael, hijo de Fabo.

Ya emanase esta decisión de Augusto, ya procediese de Grato, su inconveniencia se hizo muy pronto manifiesta. No vamos a exponer al lector un tratado de política judía, pero dos palabras acerca de ella son esenciales para la recta inteligencia de este relato.

En este tiempo existían en Judea dos partidos: el de los nobles y el separatista o popular. A la muerte de Herodes, ambos partidos de coaligaron contra Arquelao, combatiéndolo en los templos y en el palacio, en Jerusalén y en Roma, ora con intrigas, ora con armas, siempre en guerra abierta. En más de una ocasión las mudas columnatas del Moria repercutieron los gritos de los combatientes. Finalmente, lograron conducirlo al destierro. Durante esta lucha, sin embargo, los aliados tenían puesta la mira en distintos fines: los nobles odiaban a Joazar, el primer sacerdote; los separatistas, por lo contrario, eran sus celosos secuaces. Cuando el edificio de Herodes sucumbió con Arquelao, Joazar compartió su suerte; Hannás, hijo de Set, fué elegido de entre los nobles para el elevado cargo, y esto produjo la violenta escisión de los dos bandos, que se pusieron frente a frente con fiera enemistad.

En el curso de su lucha contra el infortunado Etnar-

ca, los nobles creyeron oportuno inclinarse a la parte de Roma. Previendo que al abandonarse el actual ordenamiento sería necesario un nuevo cambio político, sugirieron la conversión de Judea en provincia. Este hecho dió a los separatistas nuevo pretexto y armas nuevas; y cuando la Samaria fué incorporada a la provincia, los nobles quedaron en exigua minoría, sin otro apoyo que el de la Corte imperial y el prestigio de su casta y de sus riquezas. A despecho de todo esto, por espacio de quince años, hasta la venida de Valerio Grato, lograron mantener su supremacía así en la Corte como en el Templo.

Hannás, el ídolo de su partido, había puesto fielmente su poder al servicio de su imperial señor. Una guarnición romana ocupaba la torre Antonia; una guardia romana custodiaba las puertas del palacio; un juez romano administraba justicia en materias civiles y criminales; el sistema Fiscal romano, aplicado sin compasión, pesaba sobre la ciudad lo mismo que sobre el campo. Cada día, cada hora, de mil maneras, el pueblo era oprimido y ultrajado, comparando a su pesar la diferencia entre una vida independiente y una vida de esclavitud. Sin embargo, Hannás lo contenía en relativa tranquilidad. Roma no tenía amigo más fiel, y su falta se dejó sentir súbitamente. Después de haber entregado sus insignias a Ismael, el nuevo sacerdote se fué directamente desde los pórticos del Templo a los conciliábulos de los separatistas, poniéndose a la cabeza de una nueva coalición.

El procurador Grato, privado así de todo sostén, vió encenderse de improviso las cenizas que durante quince años parecían haberse gradualmente extinguido. Al mes de haberse Ismael posesionado del nuevo cargo, el romano creyó de necesidad visitarle en Jerusalén. Cuando desde lo alto de las murallas, acogida por un coro de silbidos y de imprecaciones, los judíos vieron a su guardia entrar por la puerta septentrional de la ciudad y dirigirse a la torre Antonia, comprendieron el verdadero motivo de la visita. La guarnición fué re-

forzada con toda una cohorte de legionarios, y el yugo podía ser agravado impunemente. Si el procurador hubiese creído oportuno dar un ejemplo, Dios sólo habría podido salvar a la primera víctima.

CAPITULO II

Presentes las anteriores explicaciones, invitamos al lector a trasladarse a uno de los jardines del palacio sobre el monte Sión. La hora es la meridiana de un día de julio, cuando el calor del estío es más intenso.

El jardín está limitado en todo su circuito por construcciones, algunas de dos pisos, el primero con las puertas y las ventanas sombreadas por multitud de *verandahs*; el superior terminado en terrazas, adornadas también y protegidas por gruesas balaustradas. Aquí y allá la continuidad de los edificios está interrumpida por bajas columnatas que permiten la circulación del aire y dejan entrever otras alas del palacio, poniendo de relieve toda su majestad y riqueza.

El jardín no es menos hermoso. Senderos sombríos serpentean a través de prados y céspedes, sobre los cuales se elevan algunos árboles altísimos, raros ejemplares de palmeras y grupos de algarrobos, nogales y albaricoqueros. El terreno va degradando suavemente desde el centro, en donde existe un profundo pilón de mármol, interrumpido a trechos por diminutas bocas, que abiertas, vierten el agua en los canales paralelos al sendero, sabio artificio para librar aquel lugar de la aridez dominante en toda aquella región.

No lejos de la fuente brilla la superficie de un pequeño estanque que alimenta a un grupo de cañas y nogales por el estilo de los que crecen en las riberas del Jordán y del Mar Muerto. Entre las plantas y el estanque, insensibles a los rayos que el sol les envía a través del aire espeso, dos jóvenes, uno de diecinueve, el otro de diecisiete años, sostienen un serio coloquio.

A primera vista se les tomaría por hermanos: hermosos ambos, ambos de cabellos y ojos negros, de rostros bronceados, de estatura proporcionada a la diferencia de su edad. El mayor tiene la cabeza descubierta. Una túnica suelta, cayéndole hasta las rodillas, y un manto azulado, arrastrado con descuido por el suelo, formaban todo su traje, que dejaba al descubierto sus piernas y brazos, oscuros como el rostro; sin embargo, cierta gracia en sus movimientos, el corte aristocrático de su semblante, la inflexión de su voz, demuestran claramente su condición. La túnica, de lana suave gris, orlada de franjas rojas en el cuello y en las mangas, y sujeta a la cintura con un cordón de seda, nos denuncia a un romano. Y si durante la conversación lanza de vez en cuando una mirada llena de altivez sobre su compañero y le habla como a un inferior, puede perdonársele por cuanto pertenece a una estirpe noble aún en Roma, circunstancia que en aquellos tiempos justificaba la arrogancia.

En las terribles guerras entre el primer César y sus grandes enemigos, un Messala había sido amigo de Bruto. Después de Filipo, sin desdoro para su nombre, se reconcilió con el vencedor, y más tarde, cuando Octavio luchó por el imperio, Messala le prestó su apoyo. Nombrado Octavio emperador augusto, recordó los servicios que le había prestado, y colmó de honores a su familia. Entre otras cosas, habiendo sido Judea reducida a provincia, envió a Jerusalén al hijo de su antiguo amigo con el encargo de recaudar los impuestos de la región, y con este empleo se había quedado, dividiendo el palacio con el primer sacerdote. El joven de quien hablamos era hijo del personaje recién descrito, y en su rostro y en sus ademanes daba muestras muy a menudo de recordar las relaciones de su abuelo con los más ilustres romanos de su tiempo.

El compañero de Messala era de constitución más endeble, y sus vestiduras, de finísima y cándida tela de lino, estaban cortadas a la moda entonces dominante en Jerusalén. Una estofa le cubría la cabeza, sujeta

con una cinta amarilla que se dividía sobre su frente y le caía sobre la espalda. Un observador experto en la distinción de razas y más conocedor de las fisonomías que de los trajes, hubiera adivinado en seguida su origen judío. La frente del romano era alta y estrecha; la nariz, aguda y aguileña; los labios, delgados y rectos; los ojos, fríos y ceñudos. Por el contrario, la frente del israelita era baja y ancha; la nariz, larga y con las ventanas túmidas; el labio superior ligeramente salido sobre el inferior, curvándose en los ángulos como el arco de Cupido, facciones que, unidas a la redondez de la barba, a los ojos grandes, al perfecto óvalo de sus mejillas, teñidas de rojo, imprimían a su rostro toda la dulzura, la fuerza y la hermosura propias de su raza.

La belleza del romano era severa y atildada; la del judío, voluptuosa y exuberante.

—¿No decías que el nuevo procurador debía llegar mañana?

La pregunta procedía del menor de ambos amigos, y había sido hecha en griego, que era en aquel tiempo el lenguaje dominante en la buena sociedad judía; había pasado del palacio al campamento y a la escuela, y de allí, nadie supo bien cómo y cuándo, al mismo Templo, a los sagrados pasadizos y pórticos del Templo.

—Sí, mañana —contestó Messala.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo oí a Ismael, el nuevo gobernador del palacio, vosotros le llamáis primer sacerdote, que anoche hablaba de ello con mi padre. Ciertó que la respuesta me hubiera parecido más digna de fe viniendo de un egipcio, cuya raza ha olvidado qué sea la verdad, o bien de un idumeo, cuyo pueblo no ha sabido nunca lo que la verdad es; mas para ser más exacto, esta mañana he visto un centurión en la Torre, y me ha dicho que se estaban haciendo preparativos para su recepción; que los armeros estaban puliendo los yelmos y los escudos, y dorando las águilas y las esferas; que los departamentos, hace tiempo deshabitados, eran ventilados y limpiados

del polvo, como para un aumento de la guarnición, la guardia del cuerpo, probablemente, del gran hombre.

Imposible es describir perfectamente la manera con que fué dada esta contestación, porque los puntos más notables y más característicos escapan constantemente al poder de la pluma. La fantasía del lector deberá venir en su ayuda, y a este respecto hemos de recordar que la reverencia era una cualidad que iba rápidamente a su ocaso en el mundo romano, o mejor, cuya moda decaía. La antigua religión había casi dejado de ser una fe; todo lo más era un simple vestido, o una expresión del pensamiento, protegida principalmente por los sacerdotes, que encontraban su compensación en los servicios del Templo, y por los poetas, que en sus versos nada podían hacer sin sus divinidades familiares; hoy existen aún cantores que se les parecen. Como la filosofía tomaba el lugar de la religión, la ironía substituía rápidamente a la reverencia, al extremo de que, en opinión de los latinos, ella era en toda conversación, y aún en las pequeñas diatribas familiares, lo que la sal para los alimentos y el aroma para el vino.

El joven Messala, educado en Roma y regresado hacía poco, había adquirido estos hábitos y éstos modales: el movimiento casi imperceptible del párpado inferior, el desdeñoso rizamiento de los labios, la lánguida pronunciación afectada como la mejor manera de expresar la idea de una general indiferencia; más aún, por las ocasiones que buscaban para ciertas pausas retóricas, se estimaban de la mayor importancia con objeto de que el oyente apreciase bien el concepto y gustase de lleno la gracia de un epigrama. Esta pausa hubo en la respuesta transcrita, después de la alusión al egipcio y al idumeo.

La rubicundez de las mejillas del joven judío se hizo más oscura, y no contestó, mirando distraídamente la profundidad del estanque.

—Nos dijimos adiós en este mismo jardín. “¡La paz del Señor sea contigo!”, fueron tus últimas palabras.

Yo te dije: "¡Los dioses te protejan!" ¿Te acuerdas? ¿Cuántos años han transcurrido desde entonces?

—Cinco —repuso el judío contemplando el agua.

—Pues bien: tú tienes motivo para estar reconocido, ¿a quién diré? ¿A los dioses? Poco importa. Tú te has desarrollado asombrosamente: los griegos te llamarían bellísimo, feliz creación de los años. Si Júpiter se contentase con un solo Ganimedes, ¡qué copero serías para el emperador! Contesta, Judá mío: ¿por qué te interesa tanto la venida del procurador?

Judá fijó los ojos en su interlocutor con la mirada grave, pensativa, penetrante, en la del romano, mientras decía:

—Sí, cinco años. Recuerdo tu partida; te marchaste a Roma; yo te ví partir y lloré, porque te quería. Los años han pasado, y tú vuelves a mí como un príncipe, no lo digo en burla, y sin embargo, yo desearía que fueses el Messala de cuando te marchaste.

Las narices del romano se contrajeron con movimiento irónico, y con voz más afectada que antes contestó:

—No un Ganimedes, sino un oráculo, Judá mío. Alguna lección de mi maestro de retórica en el Foro (yo te daré una carta para él cuando en tu experiencia te decidas a seguir mis consejos), alguna práctica en el arte de los misterios, y Delfos te acogerá como a Apolo mismo. Al sonido de tu voz solemne, la Picia descenderá de su trípode. Hablemos serios, amigo mío, ¿en qué difiero del Messala de otro tiempo? Yo oí una vez disertar al más grande lógico de la tierra. El tema de la disertación era la discusión. Recuerdo sus palabras: "Comprende bien a tu adversario antes de contestarle". Y, francamente, yo no te comprendo.

El joven se ruborizó ante la mirada cínica del romano, pero repuso con firmeza:

—Veo que has aprovechado las ocasiones que se te han presentado: de las escuelas has sacado mucho saber y gracejo. Tú hablas con la soltura de un maestro, pero tus palabras lastiman. Mi Messala, cuando me

abandonó, no tenía hiel en su naturaleza; por todo el oro del mundo no habría osado ofender la susceptibilidad de un amigo.

El romano sonrió como si hubiese escuchado un pipero, y levantó aún más fieramente su hermosa cabeza patricia.

—¡Oh mi austero Judá! No estamos en Dodona ni en Pito. Deja, pues, ese tono de oráculo, y desciende a explicaciones terrenas. ¿En qué te he ofendido?

El judío respiró largamente, y jugueteando con la cuerda que le apretaba la cintura, dijo:

—También he aprendido yo alguna cosa durante estos años. Hillel no será igual al filósofo que tú oíste, y Simeón y Shammaí son indudablemente inferiores a tu maestro del Foro. Su sabiduría no recorre caminos vedados; los que se sientan a sus pies levántanse solamente ricos de la ciencia de Dios, de la ley de Israel, llenos de amor y de respeto por todo cuanto a ellos se refiere. Frecuentando el Gran Colegio y meditando sobre cuanto en él he oído, he llegado a comprender que la Judea actual no es la Judea de otro tiempo. Conozco la diferencia que existe entre un reino independiente y una pequeña provincia sujeta, y sería más vil y más abyecto que un samaritano si no sintiese la humillación de mi país. Ismael no es el legítimo sacerdote, y no lo podrá ser mientras viva el ilustre Hannás. Es un levita, uno de aquellos devotos que por millares de años han servido al Señor Dios y a nuestra religión. Su...

Messala le interrumpió con una risotada mordaz.

—¡Ahora te comprendo! Ismael, dices tú, es un usurpador. Esto no obstante, te molesta que se pueda prestar fe a un idumeo más bien que a él. ¿Es esto lo que te ha herido? Por el ebrio hijo de Semele, ¿qué significa ser judío? Cambian los hombres y las cosas, el mismo cielo y la tierra, pero un judío, jamás. Para él no existe pasado ni futuro; es hoy lo mismo que fueron sus abuelos antes que él. Mira. Sobre esta arena yo describo un círculo. Dime, ¿qué otra cosa es la vida de un judío? Rueda, vuelve a rodar, aquí Abraham, allí

Isaac, Jacob, Dios en medio. ¡Por el Tonante! He hecho el círculo demasiado grande. Lo rehago...

Se inclinó, y apoyando el pulgar en el suelo, describió con el segundo dedo un círculo alrededor de él.

—Mira, esta huella del pulgar es el Templo, y la línea trazada por el dedo, la Judea. ¡Fuera de este espacio no existe nada bueno! ¿Las artes? Herodes, constructor de palacios, es execrado. ¿La pintura, la escultura? Contemplarlas es un pecado. La poesía la habéis encadenado a vuestros altares. ¿La elocuencia? Sólo podéis ejercitarla en vuestras sinagogas. ¿Y en la guerra? Cuanto conquistasteis en seis días, lo perdisteis en el séptimo. Tal es vuestra vida, tal vuestra ambición. ¿Y no quieres que me ría? Satisfecho de la adoración de semejante pueblo, ¿qué es vuestro Dios comparado con nuestro Júpiter romano, que nos presta sus águilas para que nuestras armas conquisten el universo? Hillel, Simeón, Shammaí, Abtalión, ¿qué valen en comparación de aquellos maestros que enseñan que todo cuanto puede aprenderse es digno de ser aprendido?

El judío se puso en pie, con las mejillas enrojecidas como el fuego.

—No, no; siéntate, Judá mío, siéntate —exclamó Messala, estrechándole las manos.

—Tú haces burla de mí.

—Escúchame aún un momento. Pronto —y el romano sonrióse despreciativamente— me vendrán a la memoria Júpiter y toda su familia griega y romana, como de costumbre, y entonces, ¡adiós seriedad! Yo te agradezco que hayas venido de la antigua casa de tus padres para darme la bienvenida y renovar, si es posible, el afecto de nuestra infancia. “Id, dijo mi maestro en su última lección, id, y si queréis llegar a la meta, recordad que Marte reina y que Eros ha recobrado la vista”. Con lo cual quería decir que el amor es nada, que la guerra es todo. Así sucede en Roma. El matrimonio es el primer paso hacia el divorcio. La virtud, un objeto de mercería. Cleopatra,

muriendo, nos legó sus artes y es vengada: tiene un sucesor bajo el techo de cada romano. El mundo corre por el mismo camino. ¡Abajo Eros y viva Marte! Yo seré soldado; pero tú, Judá mío, te compadezco, ¿qué vas a ser tú?

El judío se aproximó al estanque. Messala prosiguió:

—Sí, te compadezco, mi bellissimo Judá. Del colegio a la Sinagoga, después al Templo; del Templo, ¡oh gloria suprema!, a una silla del Sanedrín. ¡Hermosa vida en verdad! ¡Los dioses te protejan! Mientras yo...

Judá le miró y vió cómo el orgullo le teñía de púrpura las mejillas y resplandecía en sus ojos, mientras añadía:

—¡Ah!, la tierra no está aún completamente conquistada. El mar encierra aún islas ignoradas. En el Septentrión existen todavía pueblos desconocidos. La gloria de continuar la marcha de Alejandro hacia el extremo Oriente nos reserva nuevos laureles. ¿Ves cuántos caminos se abren a un romano?

Calló un instante, y después prosiguió con el acostumbrado tono de persona enojada:

—¡Una campaña en Africa, otra contra los escitas, después el mando de una legión! Aquí terminan los sueños de muchos, pero no el mío. ¡Por Júpiter! ¡Qué idea! Renunciaré a la legión por una prefectura. Piensa en la vida de un romano caudaloso: oro, vino, mujeres, juegos, poetas en los banquetes, intrigas palaciegas, dados todo el año. Esta sería una meta digna para mi existencia. ¿Una buena prefectura? Oh, Judá mío, ¿qué otra mejor que Siria? Judea es rica y Antioquía es una capital digna de los dioses. Yo seré el sucesor de Cynerio, y tú, tú compartirás conmigo la fortuna.

Los sofistas y los retóricos que concurrían a las reuniones públicas de Roma, y que tenían casi el monopolio de la instrucción de la juventud patricia, habrían aprobado estas palabras de Messala, en las cuales habrían reconocido gran parte de sus enseñanzas; pero en el joven judío producían una impresión de una novedad desagradable, muy distinta de la solemnidad de las discusiones y de las conversaciones a que estaba acos-

tumbrado. Por otra parte, Judá pertenecía a otra raza cuyas leyes, costumbres y modo de pensar vedaban la ironía y la burla. De ahí que naturalmente escuchase a su amigo con varios sentimientos: desdén primero; después, inseguridad de cómo debía acogerlo. Aquel aire de superioridad que se asumía Messala le había ofendido desde el principio, y pronto se le hizo insoportable. También aquella granizada mortificante de frases satíricas provocó su ira. Para el judío de los tiempos de Herodes el patriotismo era una pasión salvaje apenas oculta por el manto de una velada placidez de modales, y tan conexas con su historia, con la religión y con Dios, que salía al exterior inmediatamente a la menor burla de ellos. No es, pues, exageración afirmar que el discurso de Messala, en progresión lenta hasta su última pausa, produjo la más cruel tortura a su oyente, el cual al llegar aquí lo interrumpió con estudiada sonrisa:

—Son pocos los que permiten que su porvenir sea blanco de burlas. Yo no soy de este número, oh Messala.

El romano le observó un instante; después repuso:

—¿Por qué no debe decirse la verdad burlándose, aun bajo la forma de parábola? La gran Fulvia fué a pescar el otro día, y cogió más peces que todas sus compañeras. Asegúrase que había hecho dorar la punta de su anzuelo.

—Entonces, ¿no te burlabas solamente?

—Mi Judá, advierto que no te he ofrecido bastante —contestó rápidamente el romano con los ojos centelleantes—: cuando sea prefecto y domine sobre Judea, te nombraré primer sacerdote.

El judío se volvió airado.

—No montes en cólera —díjole Messala.

Judá se detuvo sin saber qué hacer.

—¡Por los dioses, Judá mío, cómo pica el sol! —exclamó el patricio al ver la perplejidad de su amigo—. Vayamos a la sombra.

Judá repuso fríamente:

—Es mejor que nos separemos, hubiera sido mejor no haber venido. Yo buscaba un amigo, y he encontrado...

—Un romano —interrumpió Messala.

El judío contrajo los puños; pero haciéndose dueño de sí con un esfuerzo, se alejó.

Messala se levantó, recogió del banco su manto, y echándoselo sobre las espaldas, fué en seguimiento de Judá. Al alcanzarlo púsole una mano en el hombro y prosiguieron el camino.

—Abrazados acostumbrábamos pasear cuando niños. Sigamos así hasta la puerta.

Messala procuraba mostrarse serio y amable, pero no podía borrar de su semblante la acostumbrada expresión satírica. Judá dejóle hacer.

—Tú eres un niño, yo soy un hombre: déjame que hable como tal.

La complacencia del romano adolecía de soberbia. Mentor aconsejando al joven Telémaco, no hubiera hablado con mayor desenvoltura.

—¿Crees en las Parcas? ¡Ah!, lo olvidaba: tú eres un saduceo; los esenios son los únicos que tienen juicio entre vosotros, pues creen en las tres hermanas. Así hago yo. Constantemente se interponen en nuestro camino. Si concibo algún proyecto, si trabajo para llevarlo a término, cuando me parece estrechar el mundo en mi mano, escucho a mis espaldas el chirrido de las tijeras. Me vuelvo, y allí está ella, la maldita Atropos. Pero, Judá mío, ¿por qué te encolerizaste cuando te hablé de suceder a Cyrenio? ¿Creías tú que yo pensaba enriquecerme depredando a tu querida Judea? Supongámoslo: esto haría, quizá, otro romano. ¿Por qué no puedo hacerlo yo?

Judá acortó el paso.

—Otros extranjeros antes que los romanos dominaron sobre Judea —dijo levantando la mano—. ¿Dónde están ahora, Messala? Judea ha sobrevivido a todos. Y lo que ha sucedido, sucederá todavía.

Messala repuso con suavidad:

—Las Parcas tienen secuaces aun fuera de los esenios. ¡Bien venido, Judá, al seno de la fe!

—No, Messala, no me cuentes entre su número. Mi fe descansa sobre la roca que fué fundamento de la fe de mis padres con anterioridad a Abraham: sobre la palabra del Señor Dios de Israel.

—No te apasiones, Judá mio. Semejante arranque de pasión hubiera encolerizado a mi maestro. Yo quisiera serte útil, hermoso rival de Ganimedes; seriamente, quisiera serte útil. Te quiero bien, todo lo bien de que soy capaz. Te he dicho que tenía intención de ser soldado. ¿Por qué no haces tú otro tanto? ¿Por qué no rebasar el estrecho círculo que, como te he demostrado, ponen como límite de tu vida tus leyes y tus costumbres?

El judío no contestó.

—¿Quiénes son hoy día los sabios? —prosiguió Messala—. No aquellos que agotan sus fuerzas en vanas discusiones acerca de cosas muertas, acerca de Baal, de Júpiter y Jehová, o sobre filosofías y religiones. Cítame un hombre célebre, oh Judá: no me importa que lo busques en Roma, en Egipto, en Oriente o aquí en Jerusalén, y Plutón se me lleve si no es el de un nombre que labró su fama con los instrumentos que le prestó el presente, que nada tuvo por sagrado que no contribuyese a este fin, que nada despreció de cuanto a este fin conducía. ¿No fué así de Herodes? ¿No fué así de los Macabeos? ¿Y del primero y segundo Césares? Sigue su ejemplo. Comienza desde ahora. Roma está dispuesta a ayudarte como ayudó al idumeo Antipatro.

El joven judío tembló de cólera, y viéndose ya próximo a la puerta del jardín, apresuró el paso, deseoso de escapar.

—¡Oh Roma, Roma! —murmuró.

—Reflexiona —replicó Messala—. Abandona las locuras de Moisés y las tradiciones; contempla de frente los acontecimientos, mira de frente a las Parcas, y te dirán que Roma es el mundo. Pregúntales qué es la Judea, y te responderán que lo que Roma quiere.

Habían llegado a la puerta. Judá se detuvo y apartó suavemente de su espalda la mano de su amigo. Después se volvió hacia Messala, llenos de lágrimas los ojos.

—Yo te comprendo, porque eres romano; tú no puedes comprenderme, porque soy israelita. Tú me has causado hoy un gran pesar, porque me has convencido de que jamás podremos ser los amigos de antaño, jamás. Separémonos. ¡La paz del Dios de mis padres sea contigo!

Messala le tendió la mano; el judío traspuso la puerta. Cuando se hubo alejado, el romano se quedó meditando un instante, después dejó a su vez el jardín, agitando la cabeza.

—Sea —murmuró—. Eros ha muerto, ¡reine Marte!

CAPITULO III

Desde la entrada a la Ciudad Santa, correspondiente a la puerta actual de San Esteban, partía hacia Occidente una calle paralela a la fachada septentrional de la torre Antonia y no muy distante de este célebre castillo. Prosiguiendo en la misma dirección hasta el valle Tiropeo, seguía un breve trecho hacia el Sur y después doblaba de nuevo hacia Occidente hasta llegar a aquella que la tradición llama puerta del Juicio, para después volver decididamente hacia el Sur. El viajero o el lector familiarizado con la sagrada localidad reconocerá en esta calle una parte de la vía Dolorosa, que tanto y tan melancólico interés tiene para todos los cristianos. Como para nuestro objeto no es necesaria la descripción de toda la calle, nos bastará indicar una casa, merecedora de más atento examen, saliente en el último ángulo de aquélla.

El edificio estaba orientado al Occidente y a Septentrión, tenía aproximadamente cuatrocientos pies de largo por lado, y como la mayoría de las casas acomoda-

dadas de Oriente, tenía dos pisos y era perfectamente cuadrangular. La calle del lado occidental medía cerca de doce pies de ancho, y la del Norte no pasaba de diez, y quien hubiese pasado arrimado a sus muros y hubiese mirado a lo alto, se hubiera sorprendido del rústico incompleto, pero fuerte e imponente aspecto que presentaban, pues formábanlos muchos bloques de piedra sin labrar y colocados unos sobre otros tales como salían de la cantera. Un perito coetáneo hubiérase considerado una fortaleza si las ventanas, más adornadas de lo usual, y la finura y elegancia de las puertas no hubiesen atenuado esta impresión.

Las ventanas que daban a Occidente eran cuatro, y dos las del lado septentrional; todas, sin embargo, a la altura del segundo piso. Las puertas eran simplemente interrupciones de los muros del piso inferior, y además de estar cubiertas de clavos y defendidas con cadenas, al extremo de resistir a los golpes de un ariete, estaban protegidas por cornisas de mármol artísticamente labradas y de volada atrevida, demostrando claramente al visitante conocedor de los usos del pueblo que el rico propietario del palacio era un saduceo en política y en religión.

Después de haberse separado del romano en la plaza del Mercado, el joven judío había tomado por esta calle y se había detenido delante de la puerta occidental del palacio que hemos descrito. Fuéle abierta la puerta, y penetró presurosamente, sin corresponder al respetuoso saludo del guardián. Para darnos cuenta de la estructura interna de la casa y para comprender las ulteriores vicisitudes del joven, sigámosle.

El pasadizo en que había penetrado parecía una estrecha galería con las paredes enmaredadas y la bóveda taladrada. Bancos de piedra, lucientes por el continuo uso, la flanqueaban. A los quince pasos llegábase a un patio limitado en todos sus lados por edificios de dos pisos: el inferior estaba circundado de pórticos, y el superior terminaba en una terraza defendida por una gruesa balaustrada.

Los criados que iban y venían por las terrazas, el rumor de los molinos en movimiento, la ropa blanca voleando en cuerdas tendidas de parte a parte, las gallinas y los polluelos libres y vagantes por el patio; las cabras, las vacas, los asnos y los caballos colocados debajo de los pórticos, un gran recipiente de agua evidentemente destinado al uso común, revelaba los usos domésticos del patio.

En el lado oriental el muro estaba interrumpido por otro pasadizo semejante al primero, y a través de él, el joven llegó a un segundo patio espacioso y cuadrado, alegrado por los arbustos florecientes y por las parras, y al cual un tazón de mármol añadía belleza y frescura.

Los pórticos aquí eran más altos, sombreados por cortinas a listas amarillas y rojas, y las columnas semejaban mástiles entretejidos de flores. Una escalinata conducía en el lado Sur a las terrazas del piso superior, sobre las cuales había tendidos grandes toldos para protegerlas de los rayos solares. Otra escalinata conducía de las terrazas a la azotea, cuyo borde en toda su periferia estaba adornado de una cornisa esculpida y de un parapeto de barro cocido de vivísimo color rojo. Por doquiera se descubría una escrupulosa limpieza que no permitía al polvo amontonarse en los ángulos y no dejaba una hoja seca en las plantas, contribuyendo así a acentuar la impresión complejamente deliciosa; tanto que un visitante, respirando aquel ambiente tranquilo y dulce, recibía idea del refinamiento y de la cultura de la familia a cuyo encuentro iba.

Dados algunos pasos por el segundo patio, el joven dobló a la derecha, y tomando un sendero a través de los arbustos, llegó a la escalera y subió a la terraza, cuyo pavimento estaba formado por piedrecillas blancas y negras, relucientes por el frecuente roce de los pies. Separando las cortinas de una puerta situada al Septentrión, entró en una habitación, que al caer la cortina volvió a quedar en la oscuridad. No obstante, el joven se dirigió con paso firme hacia un diván, so-

bre el cual se tendió boca abajo, reposando con la frente apoyada sobre los brazos entrecruzados.

Próximo el crepúsculo, una mujer llegó a la puerta y llamó; viendo que no obtenía respuesta, separó la cortina y entró.

—La cena está dispuesta y la noche se viene encima. ¿No tienes hambre? —preguntóle.

—No —repuso Judá.

—¿Estás enfermo?

—Tengo sueño.

—Tu madre ha preguntado por ti.

—¿Dónde está?

—En el pabellón de la azotea.

Judá tranquilizóse y se incorporó.

—Bien, tráeme algo que comer.

—¿Qué deseas?

—Lo que quieras, Amrah. No estoy enfermo, pero todo me es indiferente. La vida no me parece tan agradable como me parecía esta mañana. Un nuevo mal, oh Amrah mía; y tú que me conoces bien, tú que me has querido constantemente, piensa qué es lo que puede substituir a los manjares y a los medicamentos. Tráeme lo que quieras.

Las preguntas de Amrah y el tono con que las había hecho, bajo, dulce y solícito, denotaban las relaciones de familiaridad existentes entre ella y el joven judío. Amrah puso la mano sobre la frente de Judá, y después, como si estuviese satisfecha del examen, salió diciendo:

—Veré.

Al poco rato volvió a entrar llevando en un plato de madera una escudilla con leche, algunas lonchas de pan blanco, un delicado pastel hecho de granos de trigo torturado, una ave asada, miel y sal. En una extremidad del plato había una copa de plata llena de vino, y en la otra una lámpara de bronce encendida.

Así iluminada, la habitación podía verse: las paredes, estucadas; la bóveda, interrumpida por grandes vigas de encina denegridas y manchadas por la lluvia y

el tiempo; el pavimento, cubierto de piedrecitas azules y blancas, resistentes y bien conservadas; algunas sillas con los pies esculpidos a manera de pata de león; un diván poco elevado, adornado de seda azul y en parte cubierto por un inmenso chal de lana blanca; en una palabra, un dormitorio hebreo.

La luz dejó ver también a la mujer. Acercando una silla al diván, colocó sobre ella el plato, y después se arrodilló junto a su señor, dispuesta a servirlo. Su rostro era de persona cincuentenaria, de tez oscura, de ojos negros, los cuales en aquel momento estaban dulcificados por una expresión de ternura casi maternal. Un turbante blanco cubría su cabeza, dejando descubiertas las orejas, y en ellas los signos que revelaban su condición, agujeros atravesados por una gruesa lezna. Era una esclava de origen egipcio, a la cual ni siquiera el sacro quincuagésimo año habría podido devolver la libertad, ni ella la hubiera aceptado, porque el joven a quien atendía formaba la alegría de su existencia: lo había criado infante, lo había cuidado niño, y no podía dejar de servirle. Para su afecto no hubiera sido nunca hombre.

Judá habló solamente una vez durante la comida.

—¿Te acuerdas, oh Amrah mía —dijo—, de aquel Messala que solía venir a pasar conmigo días enteros?

—Lo recuerdo.

—Hace algunos años se fué a Roma, y hoy ha regresado. Hoy he ido a hacerle una visita.

Un estremecimiento hizo callar al joven.

—Ya había yo adivinado que te pasaba algo grave —dijo Amrah con profunda solicitud—. Yo no he querido nunca a Messala. Cuéntamelo todo.

Mas Judá se había enfrascado de nuevo en sus pensamientos, y a las repetidas súplicas de la esclava contestó solamente:

—Ha cambiado mucho, y no quiero tener relación ninguna con él.

Cuando Amrah salió con el servicio, Judá salió tras ella, y desde la terraza se dirigió a la azotea.

El lector debe saber algo del empleo que se da en Oriente a las azoteas de las casas. En cuanto a costumbres, el clima es en todas partes el mejor legislador. El estío en Siria obliga a las personas a buscar de día alivio bajo los sombríos pórticos; pero de noche les impele afuera de ellos apenas las sombras comienzan a envolver lentamente las laderas de los montes, como los velos que cubren a los cantores circeos. Mas las montañas están lejos, mientras que la azotea está próxima, suficientemente elevada sobre el nivel de la llanura deslumbrante, para ser visitada por las frescas brisas nocturnas y para dejar ver en todo su esplendor la estrellada bóveda del cielo. Así, toda la familia se reúne en la azotea, que se convierte en lugar de asueto, en dormitorio, alcoba, salón de música, de danza, de conversación, de meditación y de oraciones.

Las razones que en climas más fríos sugieren la decoración interior de las casas, aconsejan en Oriente el embellecimiento de la azotea. Los parapetos ordenados por Moisés, eran un primor del arte cerámica y estatuaria. Más tarde, sobre ellos se levantaron torres sencillas y fantásticas; luego los príncipes y emperadores adornaron las cimas de sus casas con pabellones de mármol y de oro. La última palabra de este lujo extravagante fueron los jardines colgantes de Babilonia.

El joven atravesó lentamente en toda su longitud la azotea y se dirigió a una torre construida en el ángulo Nordeste del palacio. A ser forastero, habría dirigido una mirada al edificio, y visto, por permitirlo aún la luz crepuscular, una masa oscura de piedras con ventanas ajimezadas y con celosías, coronada por una cúpula. Entró allí rápidamente, pasando por debajo de una cortina medio abierta. En el interior reinaba la oscuridad, a excepción de los cuatro lados, donde había las aberturas en forma de arco, a través de las cuales se descubría el cielo tachonado de estrellas. En uno de los vanos, apoyada en un almohadón del diván, aparecía confusamente la figura de una mujer envuelta en blancas vestiduras. Al ruido de sus pasos, el abanico

que ella tenía en la mano cesó de agitarse, reverberando allí donde los rayos de las estrellas se espejaban en los brillantes de que estaba adornado. La mujer se incorporó, sentándose, y preguntando:

—Judá, hijo mío, ¿eres tú?

—Soy yo, madre —repuso acelerando el paso.

Acercóse y se arrodilló ante ella, mientras le ceñía el cuello con sus brazos y lo estrechaba contra su pecho, llenándole de besos.

CAPITULO IV

La madre se colocó de nuevo cómodamente sobre el almohadón, mientras el hijo tomaba sitio en el diván, apoyando la cabeza en el materno seno. Entrambos, mirando al exterior a través de la ventana, podían ver un mar de tejados más bajos; más lejos, hacia Occidente, las cimas negreantes de los montes y el cielo deslumbrante de estrellas. La ciudad estaba tranquila. Sólo se oía el silbido del viento.

—Amrah me ha dicho que te ha sucedido algo grave —comenzó a decir, acariciando sus mejillas—. Cuando mi Judá era niño, yo permitía que sintiese molestias por cosas insignificantes; mas ahora es un hombre, y no debe olvidar (añadió suavizando su voz) que un día ha de llegar a ser mi héroe.

La madre hablaba un idioma caído casi en desuso en el país, pero que unos pocos, tan ricos de corazón como de fortuna, conservaban en su pureza para mejor distinguirse de los paganos: el idioma con que Rebeca y Raquel adormecían a Benjamín.

Sus palabras parecieron poner pensativo al joven; pero transcurrido un instante, cogió la mano que le abanicaba, y dijo:

—Hoy, madre mía, he tenido que reflexionar sobre muchas cosas que antes de ahora no habían entristecido mi mente. Mas dime ante todo, ¿qué tendré yo que ser algún día?

—¿No te lo he dicho ya? Has de llegar a ser mi héroe.

Judá no podía ver el semblante de su madre, pero conocía que bromeaba. Púsose todavía más serio.

—Tú eres muy buena y muy querida, madre mía. Nadie ha de quererte más que yo.

Besóle y volvióle a besar varias veces la mano.

—Paréceme comprender por qué tratas de evitar mi pregunta —prosiguió—. Hasta ahora mi vida te ha pertenecido. ¡Cuán dulce, cuán suave ha sido tu dominio sobre mí! Yo quisiera que durase eternamente. Pero esto no puede ser. La voluntad del Señor es que yo sea un día dueño de mí mismo; será un día de separación, y, por tanto, crudísimo para ti. Hablemos seria y animosamente. Yo seré tu héroe, pero tú has de indicarme el camino para llegar a serlo. Tú conoces la ley: "Todo hijo de Israel ha de tener una ocupación." Yo no estoy exento de la ley, y te pregunto ahora: ¿Debo ocuparme de los ganados, o cultivar la tierra, o moler los granos, o ser doctor o abogado? Buena y querida madre, ayúdame a contestar.

—Gamaliel te ha hecho hoy algunas reflexiones —observó pensativa la madre.

—Si es así, no las he entendido.

—Entonces has ido a paseo con Simeón, heredero, según dice, del ingenio de su familia.

—No, no le he visto siquiera. Yo he ido al Mercado, no al Templo: he visitado al joven Messala.

Un cambio en la inflexión de su voz atrajo la atención de la madre. Un presentimiento aceleró los latidos de su corazón; el abanico se detuvo de nuevo.

—¿Messala? ¿Y qué ha podido decirte ese joven para conturbarte de ese modo?

—Ha cambiado mucho.

—¿Quieres decir que ha vuelto hecho un romano?

—Sí.

—¡Romano! —dijo para sí la madre—. Para todo el mundo equivale a tirano. ¿Cuánto tiempo ha estado ausente?

—Cinco años.

La madre levantó la cabeza y miró a lo lejos, entre la oscuridad.

—Las costumbres de la Vía Sacra cuadran perfectamente en las calles de Egipto y de Babilonia; pero en Jerusalén, en nuestra Jerusalén, impera el Pacto.

Y absorta en este pensamiento, dejóse caer sobre la almohada.

Judá fué el primero en hablar.

—Las palabras de Messala eran de sí bastante mordaces; pero la entonación en que las dijo me las hizo intolerables.

—Me parece comprenderte. Roma, sus poetas, sus oradores, sus senadores, sus cortesanos, se desviven por afectar eso a que ellos dan el nombre de sátira.

—Yo supongo que todos los grandes pueblos son orgullosos —prosiguió el joven sin hacer caso de la interrupción—; pero el orgullo del pueblo romano es distinto de los demás. En estos últimos tiempos ha aumentado de tal modo, que apenas consideran superiores a sus dioses.

—¡Los dioses! —repuso la madre—. Más de un romano ha aceptado la oración de sus semejantes como un derecho divino.

—Messala ha tenido siempre algunos defectos. Cuando niño, yo le he visto burlarse de extranjeros a quienes Herodes recibía respetuosamente; pero a lo menos consideraba a la Judea. Hoy por vez primera ha hecho burla de nuestras costumbres y de nuestro Dios. Como tú me habrías aconsejado, me he separado para siempre de él. Y ahora, querida madre mía, quisiera yo saber con mayor certeza si tiene algún justo fundamento el desprecio de los romanos. ¿En qué soy inferior a ellos? ¿Somos acaso un pueblo más abyecto? ¿Por qué, aun en presencia de César, he de sentir el temor del esclavo? Y dime también, ¿por qué, si tengo alma, y así lo creo, no puedo ir a la conquista de los honores de este mundo donde quiera que estén? ¿Por qué no puedo blandir la espada y luchar en la guerra? Poeta,

¿por qué no podré cantar los asuntos todos? Si puedo trabajar el metal, guardar los ganados, ser mercader, ¿por qué no puedo ser artista como los griegos? Dime, oh madre mía, y esto es la causa de mi aflicción, ¿por qué no podrá un hijo de Israel hacer todo lo que es lícito a un romano?

El lector encontrará el origen de estas preguntas en el coloquio de la plaza del Mercado. La madre, escuchando a Judá con la atención de todas sus facultades, por indicios que hubieran escapado a un oyente más indiferente, por las conexiones del sujeto, por la intención de las preguntas, tal vez por el mismo acento y tono de la voz, no fué menos pronta en encontrar esa misma ilación. Incorporóse, y con voz rápida y penetrante como la del hijo, contestó:

—Comprendo. Por las amistades de su infancia, Messala era casi un judío; si hubiese permanecido a nuestro lado, se habría, quizá, convertido: tanto pueden sobre nosotros las influencias que sazonan nuestra vida. Pero los años pasados en Roma han prevalecido. Yo no me asombro del cambio; sin embargo —y bajó la voz— había podido tratarte más benignamente. De índole dura y cruel es quien puede olvidar los primeros afectos de la juventud.

Con la mano rozó suavemente su frente, introdujo los dedos en sus cabellos y se entretuvo amorosamente con ellos, mientras sus ojos se fijaban en las estrellas más altas y más brillantes. Entre su orgullo y el de su hijo estableciase una corriente de perfecta simpatía. Quería contestarle, pero al mismo tiempo por nada del mundo habría querido que su contestación no le satisficiera, ni hacerle una confesión de inferioridad que habría podido aniquilar su espíritu para toda la vida. Dudó, temerosa, de confiarse a las propias fuerzas.

—Lo que tú propones, oh Judá mío, no es asunto que pueda ser tratado dignamente por una mujer. Permíteme que suspendamos la discusión hasta mañana y que pidamos consejo al sabio Simeón.

—No me envíes al rabino —dijo Judá secamente.

—Le haré venir aquí.

—No; yo deseo algo más que una simple información. El podría hacérmela quizá mejor que tú, madre mía; pero tú puedes darme lo que él no puede: la resolución, que es alma de nuestra alma.

Mientras su mirada vagaba por el firmamento, la madre procuró comprender todo el significado de aquellas preguntas.

—Ten valor, hijo mío. Messala descende de una estirpe ilustre. Su familia ha sido eminente a través de muchas generaciones. En los días de la Roma republicana, ignoro cuántos años hace, sus antepasados eran famosos por sus virtudes cívicas y militares. Yo sólo recuerdo a un cónsul de aquel nombre; pero su familia estaba entre la de los senadores, y su protección era considerada como de las más influyentes y poderosas. Si hoy tu amigo se ha enorgullecido de sus abuelos, habrías podido reducirlo al silencio enumerando los tuyos. Si habló de las edades a través de las cuales puede seguirse su linaje, la gestas, el poderío, la riqueza de su familia, y estas ilusiones, cuando no hacen al caso, son indicios de un alma mezquina, habrías podido desafiarlo a un parangón.

Después de una breve pausa, en la que recogió sus pensamientos, la madre prosiguió:

—Una de las ideas prevalecientes en esta edad es la importancia otorgada a la nobleza de las estirpes y de las familias. Un romano que haga por ello alarde de superioridad sobre un hijo de Israel saldrá siempre derrotado. Su origen data de la fundación de Roma; los más ilustres de entre ellos no pueden remontarlo a tiempo más remoto; algunos pretenden hacerlo, pero no pueden justificar su aserción con otras pruebas que refiriéndose a la tradición. Messala, por más que hiciese, no podría. Vengamos a nosotros. ¿Lo podemos?

Si hubiese habido en la estancia más claridad, se habría visto cómo el orgullo teñía de púrpura la mejilla de la madre y hacía resplandecer sus ojos.

—Imaginémonos que un romano nos desafiase; yo podría contestarle sin jactancia y sin miedo.

Su voz tembló; un triste recuerdo cambió la forma de su discurso.

—Tu padre, oh Judá mío, duerme en la paz con sus padres; mas yo recuerdo como si fuese ayer el día en que él y yo, acompañados de muchos amigos, nos presentamos alborozados al Templo, a la presencia del Señor. Sacrificamos las palomas y dí tu nombre al sacerdote, que él escribió ante mí: "Judá, hijo de Ithamar, de la casa de Hur". Este nombre fué después transcrito en el registro que aparte se llevaba para los actos de la santa Familia. Yo ignoro cuándo tuvo principio esta costumbre del registro; mas sé que estaba en uso antes de la huída de Egipto. Hillel afirma que Abraham hizo escribir estos anales por propia cuenta con su nombre y los de sus hijos, impulsado por la promesa del Señor que separó a él y su estirpe de todas las otras razas, haciéndola la primera, la mayor, la elegida sobre la tierra. El pacto con Jacob decía lo mismo: "En tu semilla serán bendecidas todas las naciones del mundo." Esto dijo el ángel a Abraham: "Y la tierra en que reposas Yo la doy a ti y a tus descendientes."

Así habló el Señor mismo a Jacob mientras dormía en Bethel, en el camino de Harán. Más tarde, hombres sapientísimos empezaron a pensar en una justa división de la tierra prometida, y a fin de que se conociese a quién desde aquel día tenía derecho a una porción, fué inaugurado el Libro de las Generaciones. El beneficiado habría podido ser el más humilde de la familia elegida, porque el Señor Dios no hace distinciones de rango y de riqueza. Así, para que la verdad apareciese clara a los hombres que debían ser testigos de la gran venida, y para que pudiesen atribuir la gloria a quien correspondía, se exigió la inscripción en los anales con escrupulosa exactitud. ¿Fué así cumplido?

El abanico se agitó en el silencio durante un breve instante, hasta que el hijo, impaciente, repitió la pregunta de la madre:

—¿Los anales son perfectamente exactos?

—Hillel dijo que lo son, y su testimonio en este asunto es irrefragable. Nuestro pueblo ha sido a veces negligente en algunos puntos de la ley, pero nunca en éste. El buen rabino ha estudiado el Libro de las Generaciones en sus tres períodos, desde la promesa hasta la apertura del Templo, hasta el cautiverio y hasta nuestros días. Sólo una vez se interrumpieron los anales, y esto sucedió hacia fines del segundo período. Pero cuando la nación volvió del largo destierro, como primer deber hacia Dios, Zorobabel restauró los Libros, permitiéndonos de nuevo continuar la descendencia de las familias hebreas por espacio de dos mil años. Y ahora...

Se detuvo un instante como para hacer fácil a su oyente la comprensión de cuanto había dicho.

—Y ahora, ¿qué es del soberbio orgullo del romano? Por este parangón, los hijos de Israel que vigilan los ganados en el monte Rephaim son más nobles que el más ilustre de los Marcios.

—¿Y yo, madre? ¿Qué dicen de mí los Libros?

—Cuanto llevo dicho hasta aquí tiene relación con tu pregunta. Yo te contestaré. Si Messala estuviese presente, podría decir, como han dicho otros, que las huellas de tu linaje se pierden cuando los asirios se apoderaron de Jerusalén y destruyeron el Templo con todos sus ornamentos preciosos. Mas tú podrías contraponerle la pia labor de Zorobabel y responder, ciertamente, que la genealogía romana terminó cuando los bárbaros de Occidente entraron en Roma y acamparon por espacio de seis meses en sus desiertas calles. ¿Tenía el Gobierno sus anales familiares? En tal caso, ¿qué se hizo de ellos en aquellos funestos días? No, no; la verdad habla desde la fundación del Templo, y aun más allá, desde la salida de Egipto, por lo que tenemos la absoluta seguridad de que tú descienes en línea recta de Hur, compañero de Josué. Por lo que respecta a tus antepasados, ¿no es, pues, grande tu honor? ¿Deseas saber más todavía? Toma la *Torah* y abre el

Libro de los Números, y setenta y dos generaciones después de Adán encontrarás al fundador de tu casa.

Durante un rato reinó el silencio en el pabellón de la torre.

—Gracias, madre mía —dijo Judá estrechando entre sus manos las de aquélla—; te las doy de todo corazón. Tenía razón en no querer que viniese el buen rabino: él no me hubiera complacido como tú lo has hecho. Mas para ennoblecer verdaderamente a una familia, ¿es suficiente el tiempo?

—¡Ah, poca memoria, poca memoria! Nuestras pretensiones no se apoyan únicamente en el tiempo: el favor del Señor es nuestra principal gloria.

—Tú hablas de la raza, y yo, madre, de la familia, de nuestra familia. ¿Qué ha hecho, qué ha conseguido ella en los años que han seguido a Abraham? ¿Cuáles son las gestas que la colocan por encima de sus iguales?

La madre dudó, pensando tal vez que había equivocado el camino. Las noticias que Judá buscaba podían tener otro fin ulterior que el de la satisfacción del orgullo ofendido. La juventud no es más que un cascarrón pintado, dentro del cual reside una maravilla, el espíritu del hombre, el cual espera determinada edad para hacer su aparición, más precoz en unos que en otros. La madre temblaba al considerar que éste podía ser el momento decisivo de la vida de Judá; como los niños recién nacidos tienden sus inexpertas manos para coger las sombras llorando, así el alma de su hijo, ciego todavía, iba palpando en busca de su ignorado porvenir. Aquellos a quienes un joven pregunta: “¿Qué soy yo y qué debo ser?”, necesitan de toda la prudencia. Cada palabra de su contestación podrá ser en su existencia futura lo que la huella de los dedos del artista para el yeso que está modelando.

—Yo experimento la emoción, oh Judá mío —dijo acariciándole la cabeza con la mano que su hijo estrechaba entre las suyas—, yo experimento la emoción de quien lucha con un adversario todavía desconocido. Si Messala es tu enemigo, refiérme cuanto te ha dicho.

CAPITULO V

El joven israelita refirió su coloquio con Messala, deteniéndose especialmente en las expresiones de burla que había dejado escapar contra los judíos, sus costumbres y su vida.

Temerosa de hablar, la madre escuchó en silencio. Judá se había dirigido a la plaza del Mercado llevado del afecto a su compañero de infancia, que él creía encontrar tal como era cinco años antes, a su partida; por el contrario, había encontrado un hombre que en lugar de recordarle las risas y los juegos pasados, le había hablado del porvenir, le había hecho fulgurar en la mente la gloria de los conquistadores, sus riquezas, su poderío, y el visitante había regresado a su casa herido en su orgullo, pero lleno de natural ambición; la madre, celosa, sondeólo, y no sabiendo qué rumbo pudiesen tomar las aspiraciones del hijo, se atemorizó de pronto. ¿Le habrían distraído de la fe de sus padres? A sus ojos esta consecuencia apareció más terrible que cualquiera otra. No descubría más que un solo medio para evitarla, y a él se cogió con todas las fuerzas de su inteligencia, a tal punto elevadas por el afecto, que su palabra resultó casi varonil por la fogosidad, y momentos hubo en que adquirió la inspiración del poeta.

—No ha existido jamás un pueblo —empezó— que no se haya creído por lo menos igual a otro; ni una nación grande que no se haya creído máxima entre todas. Cuando el romano mira desde arriba a Israel abajo, no hace más que repetir la locura del egipcio, del asirio, del macedón; y como Dios está de nuestra parte, el resultado es siempre el mismo.

Su voz fué haciéndose más segura.

—No existe una ley que determine la superioridad de los pueblos; por tanto, es inútil la pretensión e inútiles son las discusiones. Un pueblo nace, recorre su camino y muere, ya de muerte natural, ya por insidia

de otro que le sucede en su poderío, ocupa su lugar y escribe nombres nuevos sobre sus monumentos: esta es la Historia. Si tuviese que representar simbólicamente a Dios y al hombre en la forma más sencilla, trazaría una línea recta y un círculo, y diría de la primera: "Este es Dios, porque tan sólo Él camina directamente en la eternidad"; y del círculo: "Este es el hombre, este es su camino." No quiero decir con esto que no haya diferencia entre la vida de varias naciones: no existen dos que la tengan igual. Mas la diferencia no consiste, como algunos sostienen, en la anchura del círculo que describe, no en el espacio de tierra que cubren, sino en la altura de la esfera donde se completa su círculo, siendo las esferas más altas las más próximas a Dios. Si me detuviese aquí, hijo mío, abandonaría el tema de nuestra conversación sin haber tratado de él. Prosigamos. Hay señales por las cuales se mide la altura del círculo que describe cada nación. Parangonemos, por ejemplo, el pueblo hebreo con el romano. La vida cotidiana del pueblo es la más sencilla de tales señales: Israel se ha olvidado alguna vez de Dios; Roma no le ha conocido nunca; el parangón, pues, no existe. Tu amigo, tu amigo de otro tiempo, nos echó en cara, si no he entendido mal, la falta de poetas, de artistas, de guerreros; con esto quiso significar que nosotros no hemos tenido grandes hombres, que es otra de las señales de que hablo. Para comprender bien esta acusación es necesario precederla de una definición.

Un grande hombre, oh hijo, es uno que en su vida demuestra haber sido protegido, sino llamado por Dios. El Señor echó mano de un persa para castigar a nuestros padres apóstatas, reduciéndolos a la cautividad; otro persa fué elegido para conducir a sus hijos a la Tierra Santa; más grande que entrambos, sin embargo, fué el macedón por obra de quien fué vengada la devastación de la Judea y la ruina del Templo. El especial mérito de estos hombres fué que cada uno de ellos fué elegido por el Señor para cumplir un desig-

nio divino; ni quita un ápice a su gloria el hecho de que fueran paganos.

Ten presente esta definición mientras prosigo. Existe una opinión según la cual la guerra constituye la más noble ocupación del hombre, y que antepone la gloria de los campos de batalla a todas las otras. No te seduzca esta común opinión del mundo. Es una ley que mientras exista algo que no entendamos, debemos venerar. La plegaria del bárbaro es un aullido de miedo ante la fuerza, única cualidad divina que llega claramente a concebir; de ahí su fe en los héroes. ¿Qué es Júpiter más que un héroe romano? La gloria mayor de los griegos es haber sido los primeros en colocar la Inteligencia por encima de la Fuerza. En Atenas, el orador y el filósofo fueron más reverenciados que el guerrero. El auriga y el corredor veloz son aún los ídolos del Circo; pero las coronas de siemprevivas están reservadas al cantor más delicado. Siete ciudades se disputaron el honor de haber sido cuna de un poeta. Pero el heleno no fué el primero en negar la antigua fe bárbara. No, hijo mío; aquella gloria es nuestra: Dios se reveló a nuestros padres; en nuestra religión el aullido de miedo ha cedido el lugar al *hosanna* y al salmo. Por esto el griego y el hebreo, a la cabeza de la humanidad, la habrían conducido siempre más arriba y más adelante. Mas ¡ay! la ordenación del mundo se apoya sobre la guerra como sobre una condición eterna. Por esto, sobre la Inteligencia y sobre Dios, el romano ha elevado a su César, la concentración de todo poderío, la negación de toda otra grandeza.

El imperio de los griegos fué la primavera del ingenio. ¿Qué séquito de pensadores producía la Inteligencia a cambio de la libertad que disfrutaba! Toda cosa buena tenía su gloria, y en cada cosa reinaba una perfección tan absoluta, que en todo, exceptuada la guerra, el romano ha doblado su cabeza y ha descendido a la imitación. Un griego es actualmente el modelo de los oradores en el Foro; fija la atención, y en toda canción romana, percibirás el ritmo griego; si un ro-

mano habla cuerdamente de moral, de abstracciones o de misterios de la naturaleza, es o un plagiario o un discípulo de alguna escuela que tuvo por fundador a un griego. Solamente en la guerra, lo repito, puede Roma tener pretensiones de originalidad. Sus juegos y sus espectáculos son invenciones griegas, hechas más feroces con la sangre para apagar la ferocidad de la plebe; su religión, si así puede llamarse, es un centón al que han pagado su tributo todas las otras religiones; sus dioses más venerados son los mismísimos del Olimpo: el mismo Marte, el mismo Júpiter de que tanto alardean.

De todo ello resulta, oh hijo mio, que en todo el mundo sólo nuestro Israel puede competir con la superioridad del griego y disputarle la palma de la originalidad de la Inteligencia. El egoísmo de los romanos es ciego, impenetrable como su coraza, ante las buenas cualidades de los demás pueblos. ¡Oh ladrones sin entrañas! ¡Bajo las huellas de sus talones tiembla la tierra como el grano azotado por el granizo! Nosotros hemos sucumbido como los demás, doloroso me es confesártelo, hijo mío. Los romanos se han apoderado de nuestros más elevados cargos, ocupan los lugares más sagrados, y ¿quién prevé adónde llegarán? Ellos, no lo ignoro, podrán aniquilar a la Judea como almendra triturada por el martillo, y devorar a Jerusalén, que es su aceite y su dulzura; pero la gloria de los hombres de Israel permanecerá como un faro en los cielos, inaccesible a sus manos, porque nuestra historia es la historia de Dios, que escribió con nuestras manos, que habló por nuestras lenguas, fuente suprema. El mismo de todo nuestro bien; que vivió con nosotros, Legislador en el Sinaí, Guía en el desierto, en la guerra Caudillo, Rey en nuestra gobernación; que en los momentos de duda levantó las cortinas del pabellón luciente en donde mora, y como hombre hablando a otros hombres, nos señaló el camino justo y recto de la vida, y con solemnes promesas nos unió a El con pactos eternos. ¡Oh hijo mío! ¿Puede concebirse que aquellos con

quienes Jehová moró, huésped terrible, no hayan aprendido nada de Él? ¿Que en su vida y en sus actos las cualidades comunes a los hombres no se hayan conservado en cierto modo y perfeccionado por la influencia divina? ¿Que su genio, aun después de tantos siglos, no retenga alguna celeste centella?

Por un momento el silencio de la habitación fué sólo interrumpido por el rumor del abanico.

—En el arte escultórico y en la pintura —prosiguió— Israel no ha tenido cultivadores.

La confesión fué hecha con pesar, pues como sabemos la madre de Judá pertenecía a la secta de los saduceos, cuya fe, a diferencia de la de los fariseos, permitía el amor a lo bello en todas sus formas y manifestaciones, independientemente de sus orígenes.

—Sin embargo, quien no quiera condenarnos injustamente —continuó—, no debe olvidar que la habilidad de nuestros dedos fué contenida por un decreto: “Tú no harás para ti ninguna figura esculpida, ni la imagen de otro alguno”; que fué mal interpretado por los Sopherim y tomado demasiado al pie de la letra. Y tampoco debemos olvidar que mucho antes que Dégalo apareciese en el Atica y con sus imágenes en madera transformase la escultura hasta el punto de hacer posibles las escuelas de Corinto y de Egina y los triunfos del Pecil y del Campidoglio, mucho antes que Dédalo, digo, dos isralitas, Bezaleel y Aholiab, los constructores del primer tabernáculo, famosos por su pericia en todas las ramas del arte, esculpieron los querubines que se inclinaban sobre el arca. De oro batido, no cincelado, eran estas estatuas, de aspecto a la vez divino y humano. “Y ellos extenderán sus alas en lo alto... y sus rostros nos contemplarán.” ¿Quién niega que eran bellísimos? ¿O que no fuesen las primeras estatuas?

—Ahora comprendo por qué los griegos nos han aventajado —dijo Judá con profundo interés—. ¿Y el Arca? ¡Malditos sean los babilonios que la destruyeron!

—No hables así, Judá; sé creyente. No fué destruída; sólo se perdió por demasiado oculta en alguna caverna de los montes. Un día, Hillel y Schammaí lo aseguran, un día, cuando el Señor querrá, será encontrada, e Israel danzará ante ella, cantando, como en los pasados tiempos. Y cuando contemplen entonces el semblante de los querubines de oro, por más que estén enamorados del aspecto de la marmórea Minerva, estarán dispuestos a besar la mano al judío, subyugado por su genio, adormecido por espacio de tantos millares de años.

La madre, transportada por varias pasiones, había hablado con la fogosidad y la vehemencia de un orador; y ahora, para descansar y reanudar el hilo de sus pensamientos, hizo una breve pausa.

—Eres tan buena, oh madre mía —exclamó Judá con reconocimiento—, que no me cansaré jamás de repetírtelo. Ni Schammaí ni Hillel habrían podido hablar mejor. Ya vuelvo a ser un verdadero hijo de Israel.

—¡Adulador! —exclamó—. Tú no sabes que no he hecho más que repetir los argumentos que oí exponer a Hillel en una conversación que tuvo en presencia mía con un sofista romano.

—Pero al menos la fogosidad de la palabra era tuya.

La madre prosiguió:

—¿Qué decíamos? ¡Ah, sí! Reivindicaba para nuestros padres hebreos la gloria de haber construído las primeras estatuas. Mas la habilidad del escultor, oh Judá mío, no satisface al arte, sí, como el arte, no es más que una parcial exteriorización de la grandeza. Yo me imagino la procesión de los grandes hombres descender la escalera de los siglos, divididos en grupos según sea su nacionalidad: aquí los indos, allí los egipcios, más allá los asirios. Les acompaña el sonido de las trompetas; los estandartes se agitan sobre sus cabezas. A derecha e izquierda, como reverentes espectadores, se ven generaciones innumerables. Mientras avanzan me parece oír al griego exclamar: “¡Largo! ¡A la cabeza de todos van los helenos!” Y el romano protesta: “¡Silencio! El lugar que fué tuyo ahora es mío: os hemos dejado

atrás como el polvo que hollamos con nuestros pies." Y durante todo este tiempo, desde la cola de la procesión al principio de ella, perdiéndose en lontananza, brilla una luz desconocida a los corazones de los contendientes, pero que les guía y les impele eternamente: la luz de la revelación. ¿Y quiénes son los portaluces? ¡Ah, antigua sangre judía! ¡Cómo hierve y fermenta sólo al pensarlo! ¡Por esta luz os reconocemos, oh tres veces benditos, padres de nuestra estirpe, siervos del Señor, custodios de los pactos! Vosotros sois los caudillos de la humanidad muerta y viviente. Vuestra es la vanguardia; y aun cuando cada romano fuese un César, no la perderíais.

Judá estaba profundamente conmovido.

—No te detengas, te lo ruego. Me parece oír la música de los címbalos. Espero a Miriam y a las mujeres que siguieron su canto y su danza.

La madre entró en perfecta posesión de sí, y con prontitud de espíritu supo aprovechar la conmoción del joven.

—Bien está, hijo mío. Si oyes el címbalo de la profetisa, puedes hacer lo que te suplico. Imagínate encontrarte conmigo al borde del camino por donde pasan los electos de Israel a la cabeza de la procesión. Primero avanzan los patriarcas, después los padres de las tribus. Me parece distinguir el sonido de las campanillas de sus camellos y el mugido de sus rebaños. ¿Quién es aquel que camina solo entre las filas? Un anciano de mirada límpida, de paso firme. ¡Vió al Señor cara a cara! Guerrero, poeta, orador, legislador, profeta, su grandeza es como la del sol por la mañana, que con su esplendor oscurece todas las otras glorias, aun la del primero y más ilustre de los Césares. Después de él los jueces. Luego el rey, el hijo de Jessé, el héroe en los combates, el cantor de poesías imperecederas, como la "canción del mar"; y su hijo, que, sobrepujando a todos los otros príncipes en riqueza y sabiduría, y convirtiendo el desierto en fértiles campos y florecientes ciudades, no ol-

vidaba a esta Jerusalén que el Señor eligió para su sede terrena. Inclina la cabeza, hijo mío.

Estos que siguen son los primeros y los últimos de su raza. Sus semblantes se vuelven a lo alto, como si oyesen una voz celeste y le prestasen atención. Su existencia estuvo llena de aficciones. Sus vestiduras exhalan tufo de tumba y de caverna. Una mujer habla entre ellos: "Exaltad la gloria del Señor, porque suya es la victoria." Hunde tu frente en el polvo a su presencia. Los príncipes palidecieron al acercarse ellos, las naciones temblaron al sonido de su voz y los elementos se convirtieron en servidores dóciles y en flexibles instrumentos suyos. En sus manos ocultábase todo bien y todo mal. Mira al Tisbita y a su servidor Elías. Mira al triste hijo de Hilkiah y a Zaquel, al vidente de Chebar. Y de los tres hijos de Judá que repudiaron la imagen del babilonio, contempla a aquel que en el festín de los mil capitanes confundió a los astrólogos. Y más allá, oh hijo mío, besa nuevamente el polvo, mira al dulce hijo de Amós, de cuyos labios salió la promesa del futuro Mesías.

Mientras hablaba, el abanico se agitaba violentamente; de pronto se detuvo, y bajando la voz, dijo:

—¡Estás cansado!

—No —repuso Judá—. Estaba escuchando un nuevo cántico de Israel.

La madre, deseosa de conseguir su intento, dejó sin contestación, como si no lo hubiese advertido, el cumplimiento.

—Como mejor he podido, oh Judá, he hecho desfilar ante tus ojos a los grandes hombres de nuestra nación: patriarcas, legisladores, guerreros, poetas, profetas. Ahora pasemos a Roma. Contrapón César a Moisés, Tarquino a David, Sila a los Macabeos, los mejores entre los cónsules a los jueces, Augusto a Salomón, y habrás concluido: el parangón cesa en este punto. Mas no olvides a los profetas, grandes entre los más grandes.

Y sonrióse desdeñosamente.

—Perdóname. Me viene a la memoria aquel adivino

que avisó a Cayo Julio contra los Idus de Marzo, y tuvo el presagio buscando en las entrañas de los polluelos los auspices que su señor despreciaba. Piensa, de otra parte, en Elías, sentado en la cima de la colina que domina el camino de Samaria, entre cuerpos humeantes de caudillos y soldados, en el momento de amonestar al hijo de Acab, prediciéndole la ira de Dios. Finalmente, oh Judá mío, si semejante comparación es lícita, ¿cómo juzgaremos a Jehová y a Júpiter, sino por los actos de sus fieles? En cuanto a tu porvenir, hijo mío...

Su voz se hizo trémula y las palabras salían pausadamente de sus labios.

—En cuanto a tu porvenir, hijo mío, sirve a Dios, al Señor Dios de Israel, no a Roma. Para un hijo de Abraham la gloria sólo existe sobre el camino de Dios.

—¿Podré, pues, ser soldado?

—¿Por qué no? ¿No llamó Moisés al Señor, “Dios de las batallas?”

Siguió una larga pausa.

—Tienes mi permiso —dijo la madre finalmente—, con tal de que sirvas al Señor y no a César

Judá quedó satisfecho de la condición que le impuso su madre, y poco después se adormecía. Entonces ella se levantó, le puso una almohada debajo de la cabeza, lo cubrió con un chal, y besándolo tiernamente, salió de la habitación.

CAPITULO VI

El hombre bueno, lo mismo que el malo, han de morir; pero seguros en los dictámenes de nuestra fe, decimos de aquél: “No importa: se despertará en el cielo.” A fin a este despertar es en la vida el recordar de un sueño saludable a la conciencia.

Cuando Judá se despertó, el sol estaba ya alto sobre las montañas; los pichones volaban en bandadas por el aire con las alas blancas abiertas y extendidas; y a su

vista, hacia Oriente, presentábase el Templo, monumento de oro destacándose sobre el azul del cielo. Mas ninguno de estos objetos, familiares ya a sus ojos, logró fijar su atención.

En el borde del diván estaba sentada una doncella, apenas de quince años, la cual cantaba acompañándose con el sonido de un *nebel* apoyado en sus rodillas y que ella pulsaba con suma gracia. Volvióse a ella, escuchándola, y esto es todo cuanto oyó:

Escucha, mas no respondas:
tu espíritu, sobre ondas
de azur, envía hasta mí;
con plácidos y halagüeños
murmullos, llega de sueños
el bello séquito a ti.

Al más hermoso te entrega
de todos cuantos despliega
el Paraíso ante ti;
y tu sonrisa me exprese,
mientras el sueño no cese,
que piensas, soñando, en mí.

Dejó el instrumento, y doblando las manos sobre sus rodillas, esperó que Judá hablase. Nosotros aprovecharemos este momento para añadir algunas particularidades respecto de la familia en cuya vida doméstica hemos penetrado.

Los favores de Herodes habían acumulado vastísimos bienes en manos de algunos. Cuando a esto se añadía la nobleza de linaje, la descendencia, por ejemplo, de algún famoso jefe de tribu, el feliz individuo en cuyas manos se reunían las riquezas era reputado príncipe de Jerusalén, distinción que le merecía el homenaje de sus compatriotas más pobres y el respeto, si no otra cosa, de los gentiles con quienes los negocios o las funciones sociales le ponían en contacto. En esta clase, ninguno en la vida pública y privada se había granjeado más alta estimación que el padre del adolescente cuyos pasos hemos seguido. Conservando vivo el recuerdo de su nacionalidad, había servido fielmente a su vez en la patria y en el extranjero. Sus deberes lo llevaron alguna vez a Roma, donde su comportamiento llamó la atención de Augusto, que le distinguió grandemente con su amistad.

La casa estaba llena de testimonios de estos favores reales: togas de púrpura, sillas de marfil, páteras de

oro, más estimadas que lo demás porque provenían del Emperador. Hombre semejante no podía menos de ser rico; mas su riqueza no derivaba completamente de la generosidad de sus reales protectores. Había obedecido la ley que le prescribía abrazar una profesión, pero en vez de una había abrazado varias. Centenares de pastores que cuidaban los ganados en las llanuras y en las montañas, hasta las lejanas faldas del Líbano, le llaman señor. En las ciudades y en los puertos de mar había fundado casas comerciales; sus naves le traían de España, que entonces poseía las más ricas minas conocidas, grandes cantidades de plata, mientras que sus caravanas llegaban de Oriente, dos veces al año, cargadas de sedas y de especias. Era un judío en toda la extensión de la palabra, observante de la ley y de los ritos, fiel a su lugar en la Sinagoga y en el Templo, profundamente versado en las Escrituras. Se complacía con la compañía de los doctos, y su admiración por Hillel rayaba en veneración.

Por otra parte, no era nada separatista; predicaba la hospitalidad con gentes de todos los países, y los hipócritas fariseos lo acusaban de haber invitado varias veces a su mesa a los samaritanos. Si hubiese sido pagano y hubiese vivido más tiempo, el mundo habría oído quizá hablar de él como del rival de Herodes Atico; mas había muerto en el mar diez años antes del segundo período de nuestro relato, en la flor de su edad, con sentimiento de toda la Judea. Conocemos ya a dos individuos de su familia, la viuda y el hijo; nos falta sólo conocer a la hija, la doncella a quien hemos oído cantar junto al lecho del hermano.

Era su nombre Tirzah, y bastaba verlos uno al lado de otro para comprender que eran hermanos. Las facciones de la doncella tenían la regularidad de las de Judá y denunciaban el tipo judío, poseyendo además el encanto de la ingenuidad de expresión propia de los jóvenes. La vida casera y la sencillez de las costumbres judías permitían un traje confidencial como el con que se nos aparece. Una camiseta, abrochada sobre el

hombro derecho y cruzando por debajo del brazo izquierdo, ocultaba a medias su busto, dejando desnudos los brazos. Un cinturón recogía en pliegues la vesta, indicando el principio de la sotana. El tocado de su cabeza era sencillo y gracioso: un birrete de seda de Tiro, adornado de un penacho, y sobre él un velo de la misma seda, multicolor, hermosamente recamado y dispuesto en delgados pliegues, que permitían adivinar la forma de la cabeza, sin abultarla excesivamente. Llevaba anillos en los dedos y en las orejas, brazaletes en las muñecas y en los tobillos, y alrededor del cuello, un collar de oro con una red formada por cadenillas, de las que pendían rosetones de perlas. Los bordes de sus cejas y las extremidades de los dedos estaban pintados de negro. Los cabellos caían en largas trenzas sobre sus espaldas, mientras dos bucles descendíanle por los lados hasta cubrir las orejas. En suma, una criatura de sorprendente gracia, elegancia y belleza.

—Hermosísima, Tirzah mía —dijo Judá contemplándola.

—¡Hermosísima! ¿La canción? —repuso ella.

—Sí, y también quien la ha cantado. El asunto es griego. ¿Dónde la has aprendido?

—¿Recuerdas aquel griego que cantó en el teatro el mes último? Decían que había sido cantor en la corte de Herodes y de su hermana Salomé. Apareció después de los luchadores, y el teatro ensordecía a los aplausos. A la primera nota que emitió reinó tan profundo silencio, que no perdí palabra. Así pude aprender la canción.

—Mas él cantaba en griego.

—Yo lo canto en hebreo.

—¡Oh! ¡Oh! Estoy orgulloso de mi hermanita. ¿Sabes otra?

—Muchas, mas dejémoslas por ahora. Amrah me envía a ti para decirte que te traerá la colación y que no es necesario que bajes. Llegará dentro de poco rato. Cree que estás enfermo; dice que ayer te sobrevino una terrible desgracia. ¿Qué ha sido? Dímelo, y ayu-

daré a Amrah a curarte. Ella conoce a todos los médicos egipcios, que han sido siempre muy estúpidos; mas yo poseo muchas fórmulas de los árabes, los cuales...

—Son aún más estúpidos que los egipcios —interrumpió Judá, inclinando la cabeza.

—¿Esto crees? Está bien; dejémoslo —dijo ella, acercando la mano a su oreja izquierda—. Yo poseo algo mejor y más seguro, el amuleto que hace muchos años, no sé cuántos, un mago persa dió a nuestros antepasados. Mira, la inscripción está casi borrada.

Y dióle una arracada, que Judá tomó y le devolvió diciendo:

—Aunque estuviese moribundo, Tirzah mía, no podría usar este amuleto. Es una reliquia pagana, prohibida a toda hija y a todo hijo de Abraham. Tómallo, mas no lo llesves más.

—¿Prohibida? ¡Tontería! He visto a la madre de nuestro padre llevarla todos los sábados de su vida. Ha curado a no sé cuántas personas, a más de tres. Su eficacia, mira la señal, ha sido reconocida por los rabinos.

—Yo no tengo fe en los amuletos.

Tirzah fijó los ojos, maravillada, en su hermano.

—¿Qué diría Amrah?

—El padre y la madre de Amrah creían en los remedios y en los sortilegios.

—¿Y Gamaliel?

—Gamaliel los llama malditas invenciones de los incrédulos.

Tirzah miró la arracada dudosamente.

—¿Qué debo hacer de ella?

—Llévala, hermana mía. Aumenta tu belleza, aunque creo que no tienes necesidad de ello.

Satisfecha, colocó de nuevo el amuleto en su oreja, precisamente en el momento en que Amrah entró en la estancia, llevando un lebrillo, un jarro con agua y una toalla.

No siendo Judá fariseo, las abluciones fueron sencillas y breves. La esclava salió, y Tirzah se dedicó a arreglarle los cabellos, sacando de cuando en cuando un

pequeño espejo metálico que llevaba en la cintura, a guisa de las mujeres judías, y presentándoselo a fin de que se convenciese de la maestría con que procedía en su artística tarea. Mientras tanto, la conversación no decaía.

—¿Qué dirías, Tirzah, si supieras que me voy?

La hermana, sorprendida, dejó caer los brazos.

—¿Te vas? ¿Cuándo? ¿Adónde? ¿Por qué?

Judá se echó a reír.

—¡Cuántas preguntas de una vez! ¡Curiosa!

Después, volviendo a su seriedad, añadió:

—Tú conoces la ley; nos prescribe a todos una profesión. Nuestro padre nos dió el ejemplo. Tú misma me despreciarías si gastase en la ociosidad todo cuanto acumularon su industria y su sabiduría. Voy a Roma.

—¡Oh, quiero partir contigo!

—No; tú debes permanecer con nuestra madre. Si ambos la dejásemos, moriría.

El rostro de Tirzah palideció.

—¡Ah, sí! Pero tú, ¿es necesario que tú te vayas? En Jerusalén puedes encontrar cuanto es preciso para ser comerciante, si tu ideal es éste.

—No es este mi pensamiento. La ley no ordena que el hijo siga la profesión del padre.

—¿Qué quieres ser?

—¡Soldado! —repuso él con cierta altanería.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Tirzah.

—¡Van a matarte!

—Sea, si tal es la voluntad de Dios. Pero, Tirzah, no todos los soldados mueren violentamente.

Tirzah le tendió los brazos al cuello, como para detenerlo.

—¡Somos tan felices! Quédate, hermano mío.

—La casa no seguirá siempre así. Tú misma la abandonarás dentro de poco.

—¡Nunca!

Judá sonrióse de la energía con que su hermana había hecho esta afirmación.

—Uno de estos días vendrá un príncipe de Judá o

de cualquier otra tribu a pedir a mi Tirzah, y la llevará consigo a alegrar otra casa con sus sonrisas. ¿Qué será de mí entonces?

Tirzah sonrióse tristemente.

—La guerra es una profesión —continuó Judá—. Para aprenderla bien es necesario ir a la escuela, y la mejor de las escuelas es un campamento romano.

—¿Quieres luchar por Roma? —preguntó Tirzah atemorizada.

—¿También tú, tan joven, lo temes? Todos, pues, la odian. Sí, Tirzah mía, quiero luchar por ella para que en compensación me enseñe un día cómo he de luchar contra ella.

—¿Cuándo partirás?

En esto se oyeron los pasos de Amrah que volvía.

—¡Chist! —dijo Judá—; que no llegue a sospechar nada.

La fiel esclava traía la colación, que dejó sobre un taburete. Después esperó con la toalla sobre el brazo. Los hermanos sumergieron los dedos en una taza, y estaban enjugándolos cuando les sorprendió un rumor. Prestaron atención y distinguieron los sonidos de una banda militar que partían de la calle a que daba el lado septentrional de la casa.

—¡Son los soldados del Pretorio! ¡Quiero verlos! —gritó Judá levantándose del diván y corriendo hacia la salida.

En un instante se encontró asomado al parapeto de ladrillos que rodeaba la azotea, tan absorto en el espectáculo, que no advirtió la presencia de Tirzah, que le había seguido y que se encontraba ahora a su lado.

Desde donde estaban disfrutábase de un bello panorama de azoteas y miradores que se extendían hasta junto a la mole irregular de la torre Antonia, la cual, como ya hemos dicho, servía de ciudadela a la guarnición y era la sede del gobernador. La calle, que tenía una anchura de diez pies próximamente, estaba cruzada por puentes, unos cubiertos, otros no, los cuales comenzaban a llenarse de hombres, mujeres y niños, atraídos

por la *música*. Empleamos esta palabra, a pesar de no ser la propia, para calificar aquel confuso clamor de trompetas, confundido con las notas más agudas de los *liuti*, tan gratas a los soldados.

El cortejo aproximábase a la casa de los Hur. Primeramente iba una vanguardia de infantería ligera, en su mayoría arqueros y honderos, marchando en hileras muy espaciadas; luego un cuerpo de legionarios pesadamente armados, con largos escudos y *hastae longae*, o jabalinas muy semejantes a las usadas en el sitio de Troya; seguían en seguida los músicos; después un oficial a caballo al frente de un grupo de jinetes; inmediatamente venía más infantería pesada, marchando en filas apretadas que se prolongaban hasta perderse de vista. Los miembros bronceados de los hombres; el movimiento cadencioso de los escudos, ondeando de derecha a izquierda; el brillo de las mallas, de las corazas, de los yelmos, perfectamente pulidos; las plumas agitándose sobre los cascos; el bosque de enseñas y de picas; el porte grave; la unidad casi mecánica de la masa entera, causaron una profunda impresión a Judá.

Dos objetos llamaron especialmente su atención: ante todo, el águila de la primera legión, una imagen dorada colocada sobre un asta, con las alas replegadas sobre la cabeza, pues no ignoraba que al sacarla del arsenal de la torre había sido recibida con honores divinos; después, el oficial que cabalgaba solo a la cabeza de la columna; llevaba una armadura que lo revestía completamente y tenía descubierta la cabeza; del lado derecho le pendía una espada corta, mientras que con la mano sujetaba un bastón de mando que parecía un rollo de papel blanco. En lugar de sentarse sobre la silla, sentábase sobre un trozo de seda de púrpura, la cual, junto con los arreos terminados con un bocado de oro y las riendas de seda amarilla con flecos, completaban la guarnición del caballo.

Ya desde lejos pudo observar Judá que la presencia de este hombre producía gran excitación en los es-

pectadores. Se inclinaban sobre los paramentos o se erguían audazmente amenazándole con los puños; acogíanle con gritos y voces; le escupían desde los puentes y desde las ventanas, y las mujeres le arrojaban encima sus sandalias, dando en el blanco algunas veces. Cuando se aproximó, las voces se distinguían perfectamente: “¡Ladrón, tirano, perro de un romano! ¡Abajo Ismael! ¡Devuélvenos a Hannás!”

Judá observó que, como era natural, el hombre así apostrofado no demostraba la indiferencia soberbiamente afectada de los soldados; su rostro era oscuro y bronceado, y las miradas que lanzaba de cuando en cuando a sus perseguidores eran amenazantes. Los más tímidos se retraían atemorizados.

El joven conocía la costumbre iniciada por el primer César, según la cual los generales supremos, para indicar su rango, adornaban su cabeza solamente con un ramo de laurel. Por él vino, en conocimiento de que aquel oficial era Valerio Grato, el nuevo procurador de la Judea.

Si hemos de ser veraces, el romano, avanzando bajo aquella furiosa tempestad de cólera no provocada, gozaba la simpatía del joven judío; así, cuando dió vuelta al ángulo de la casa de Judá abalanzó más aún su cuerpo sobre el parapeto para verle pasar, y al hacer esta acción apoyó una mano sobre un ladrillo que se movía hacía tiempo y que al peso de su cuerpo se desprendió enteramente y cayó. Un estremecimiento de terror invadió al joven. Extendió el brazo para cogerlo, mas la acción parecía de haberlo arrojado. Su esfuerzo no sólo fué inútil, sino que se desprendieron nuevos ladrillos. Judá dió un grito de desesperación. Los soldados de la guardia levantaron la cabeza. Lo mismo hizo el oficial, y en aquel momento un ladrillo le tocó, y cayó, como muerto, de la silla.

La cohorte se detuvo; los guardias, apeándose, corrieron a cubrir a su jefe con los escudos. Por otro lado, el pueblo, testigo del acto, no dudando un instante que el hecho era premeditado, aplaudía frenética-

mente al joven, que, asomado aún sobre el parapeto, blanco de todas las miradas, estaba inmóvil, como aterrado, mientras las consecuencias de su acción involuntaria se presentaban a su mente con terrible evidencia.

Un espíritu revoltoso se propagó con increíble rapidez de azotea a azotea por todo lo largo de la calle e invadió indistintamente a todo el pueblo. Fueron demolidos los parapetos, arrancados los ladrillos y las cornisas de barro cocido, y una granizada de proyectiles cayó sobre los legionarios que estaban debajo. Empeñóse una batalla, en la cual, naturalmente, prevalecieron la disciplina y las armas de la tropa. Pasemos por alto la lucha, el estrago, la habilidad de una parte, la desesperación y el coraje de la otra, inútiles a nuestro relato, y fijémonos más bien en el infeliz autor de todo aquel desastre. Retiróse del parapeto pálido como un cadáver.

—¡Oh, Tirzah, Tirzah! ¿Qué será de nosotros?

Ella no había presenciado el accidente, pero con el oído atento a los gritos y al clamoreo seguía con la vista la loca actividad de la gente sobre las azoteas. Sabía que algo terrible sucedía, pero ignoraba quién había sido el causante de ello, o qué parte de responsabilidad podría alcanzar a sus seres queridos.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué significa esto? —preguntó poseída de súbito terror.

—¡He matado al gobernador romano! El ladrillo le ha caído encima.

Su rostro tomó el color de la ceniza. Le echó los brazos al cuello y le miró fijamente y desolada, sin pronunciar palabra. Los temores del joven se comunicaron a la doncella, y Judá, al ver a Tirzah aterrorizada, quiso hacer un esfuerzo para reanimarse.

—No lo he hecho a propósito, Tirzah; ha sido un accidente —exclamó con fingida calma.

—¿Qué será de nosotros? —preguntó la doncella.

Asomóse nuevamente y vió la escena, cada vez más tumultuosa, que tenía lugar en la calle, y recordó la faz bronceada de Valerio Grato. Si no había muerto, ¿cuál

no sería su venganza? Y si era ya cadáver, ¿a qué extremidad el furor y la violencia del pueblo no llevarían a los legionarios? Miró a la calle y vió a los guardias ayudando al romano a montar de nuevo a caballo.

—¡Vive, vive, Tirzah! ¡Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres!

Con este grito, y serenado el semblante, retiróse y contestó a las preguntas de su hermana:

—No temas, Tirzah. Se explicará cómo ha sucedido; se acordará de nuestro padre y de sus servicios, y no nos causará ningún mal.

Iba conduciéndola hacia el pabellón, cuando de pronto el piso pareció vacilar bajo sus pies, y oyeron un estrépito como de crujir de leña, seguido de gritos de sorpresa y de agonía que provenían del patio inferior. Se detuvieron, y pararon atención. Los gritos se repitieron; luego oyéronse numerosas pisadas y el ruido de voces iracundas mezclado con otras de misericordia; después, ayes de mujeres invadidas de loco terror. Los soldados habían derribado la puerta septentrional y se habían apoderado de la casa.

Apoderóse de Judá la ansiedad de la fiera perseguida. El primer impulso fué huir; mas, ¿adónde? Sólo las alas le hubieran salvado. Tirzah, con las pupilas dilatadas por el miedo, le cogió por el brazo y preguntóle:

—Judá, ¿qué sucede?

Los esclavos eran asesinados. ¿Y su madre? ¿No era aquella su voz? Con toda la fuerza de voluntad que le quedaba, Judá exclamó:

—Quédate ahí, Tirzah. Voy a ver lo que sucede y volveré en seguida junto a ti.

Su voz era trémula. Tirzah acercósele más todavía.

Alto, estridente, no ilusión de su fantasía, oyóse un grito de su madre. Judá no vaciló un solo instante.

—¡Ven, vayamos juntos!

La terraza, a los pies de la escalera, estaba llena de soldados. Otros, con las espadas desenvainadas, saqueaban las habitaciones. Un grupo de mujeres arro-

dilladas lloraban en un ángulo. Más allá, una mujer con la vesta desgarrada y los cabellos en desorden, luchaba por desasirse de un soldado que la estrechaba entre sus brazos. Sus gritos eran más agudos que todos y se oían desde la azotea. Judá se lanzó hacia aquella mujer.

—¡Madre, madre! —gritó. Y ya iba a libertarla, cuando dos brazos robustos le sujetaron y le hicieron retroceder. Una voz dijo: “¡Es él!” Judá volvióse y reconoció... ¡a Messala!

—¿Qué! ¿Este es el asesino?— exclamó un hombre de elevada estatura que tenía todo el aspecto de un legionario—. ¡Si es todavía un niño!

—¡Oh dioses! —replicó Messala con su acostumbrada afectación—. ¿Qué diría Séneca de esta teoría, que un hombre tenga de ser viejo antes de odiar y de matar? Aquí está él; allí su madre y su hermana. Tenéis a toda la familia.

Por amor a ellas, Judá olvidóse de sus rencillas.

—¡Socórrelas, Messala! Acuérdate de nuestra infancia y protégelas. Yo, Judá, te lo ruego.

Messala hizo como que no le oía.

—Ya no tenéis necesidad de mí —dijo al oficial—. El aspecto de la calle debe ser más interesante. ¡Eros ha muerto; viva Marte!

Y dicho esto, desapareció. Judá comprendió aquellas palabras, y en la amargura de su alma elevó al cielo esta plegaria:

—En la hora de tu venganza, ¡oh Señor!, haz que sea mi mano la que le hiera.

Con sumo esfuerzo acercóse al oficial.

—Señor —dijo—; aquella mujer es mi madre. Respetadla, y respetad también a mi hermana. Dios es justo y recompensará vuestra misericordia.

El oficial pareció conmoverse.

—Conducid las mujeres a la Torre —exclamó—, mas no les causéis mal alguno. Vosotros respondéis de ellas.

Después, volviéndose a los que sujetaban a Judá, añadió:

—Ponedle las cuerdas en las muñecas. Su castigo está reservado a otros.

Se llevaron a la madre, y Tirzah, en traje de casa, atontada por el terror, siguió pasivamente a sus custodios. Judá dirigióles una última mirada, y llevóse las manos a los ojos, como para grabar indeleblemente aquella escena en su imaginación. Tal vez lloró, pero nadie se apercibió de sus lágrimas.

En él se efectuaba una metamorfosis. El lector, al recorrer atentamente estas páginas, habrá conocido suficientemente el carácter del joven judío para discernir su mansedumbre y su bondad casi femeninas, cualidades que el amor engendra y alimenta. Las circunstancias no habían despertado nunca los elementos más ásperos de su índole, si por acaso los tenía. Alguna vez había experimentado el acicate de la ambición y había soñado grandes cosas, como sueñan los niños que pasean por la ribera del mar y ven llegar y partir majestuosas naves. Pero ahora el caso era distinto. Si podemos imaginarnos un ídolo sabedor de la adoración diaria de que es objeto, derribado improvisadamente de su altar, yacente en medio de las ruinas de su pequeño mundo de afectos, podremos darnos cuenta de cuanto había sucedido a Ben Hur y de la impresión por ello en él producida. Ninguna señal exterior hacía traición a este cambio, si exceptuamos que, al levantar la cabeza en actitud de tender las manos a las cuerdas con que lo sujetaban, habían perdido sus labios la semejanza con el arco de Cupido. En aquel momento había abandonado su infancia para convertirse en hombre.

Una trompeta resonó en el patio. Cuando calló, la estancia fué abandonada por los soldados, muchos de los cuales, no atreviéndose a comparecer en las filas con el botín, lo arrojaron, cubriendo el suelo de objetos preciosos. Cuando Judá descendió, el escuadrón estaba ya formado y el oficial esperaba la ejecución de sus propias órdenes. La madre, la hija, la servidumbre, fueron sa-

cadras por la puerta septentrional, cuyos restos cubrían aún el pasadizo. Los ayes de algunos domésticos, nacidos y crecidos en la casa, eran desgarradores. Cuando vió sacar también los caballos y los demás animales, Judá comenzó a comprender el alcance de la venganza del procurador. Ni aun el edificio sería sagrado para ella. Ningún ser viviente debía permanecer entre sus muros. Si en la Judea se encontrase otro temerario que meditase el asesinato de un gobernador romano, la suerte de la poderosa casa de Hur debía servirle de aviso, y la soledad del palacio perpetuaría la memoria de la venganza.

El oficial aguardaba afuera, mientras un destacamento de soldados acomodaba interinamente la puerta. En la calle había casi cesado la refriega. Por encima de las casas, nubes de polvo indicaban los sitios en donde continuaba la lucha sobre las azoteas. La cohorte, inmóvil y resplandeciente, estaba descansando arma al brazo. Judá sólo tenía ojos para los prisioneros, pero en vano buscó a su madre y a Tirzah.

De pronto, una mujer que yacía en el suelo levantóse y corrió rápida hacia la puerta. Algunos guardias procuraron detenerla, y un grande clamoreo acogió la frustrada tentativa. La mujer corrió hacia Judá, y cayendo a sus pies le abrazó las rodillas, mientras sus crespos cabellos negros, llenos de polvo, le velaban los ojos.

—¡Oh Amrah, mi buena Amrah! —le dijo—. Dios te ayude, pues yo no puedo.

La mujer no pudo articular palabra.

Judá inclinóse sobre ella y murmuró a su oído:

—Vive, Amrah, por Tirzah y por mi madre. Ellas volverán y...

Un soldado la sujetó; mas deshaciéndose de él traspuso la puerta y se perdió en la casa vacía.

—¡Dejadla ir! —gritó el oficial—. Sellaremos la casa y morirá de hambre.

Los hombres reanudaron su tarea, y cuando hubieron terminado pasaron a hacer lo mismo en el lado occi-

dental; la puerta fué clavada, y el palacio de los Hur cerrado para siempre.

La cohorte regresó a la Torre, donde estaba ya el procurador para sanarse de sus heridas y disponer de los prisioneros. El día décimo después de estos acontecimientos efectuó su entrada en la ciudad.

CAPITULO VII

Al siguiente día una patrulla de legionarios se dirigió al desierto palacio. Después de haber cerrado las puertas, llenó de cera sus junturas, y sobre cada tablero fijó el siguiente cartelito en latín: "Propiedad del Emperador".

A medio día del subsiguiente día, un decurión con su séquito de diez jinetes se aproximó a Nazareth por su parte oriental, es decir, con dirección a Jerusalén. Nazareth era entonces un pueblecillo acurrucado en la vertiente de una colina, y tan insignificante, que su única calle solamente se veía hollada por las herraduras de los caballos de los soldados y por los pies de sus pocos habitantes. La gran llanura de Esdrelón se extendía al Sur, y desde sus alturas orientales podían descubrirse las costas mediterráneas y las regiones allende el Jordán y el Hermón. El valle que tenía a sus pies y la campiña circundante estaban distribuídos en jardines, viñas, huertos y prados. Grupos de palmeras daban tinte oriental al paisaje. Las casas, emplazadas irregularmente, eran de apariencia humilde, cuadradas, de un solo piso, enguirnaldadas por verdísimas parras. La aridez que daba a los montes de la Judea un tinte oscuro uniforme, se había detenido en los confines de Galilea.

El sonido de una trompa, señal de la aproximación de los jinetes, produjo un mágico efecto en los aldeanos, que corrieron a las puertas, curiosos y deseosos de saber qué significaba aquella inesperada visita.

Debemos recordar que Nazareth no sólo se encontraba alejada de las grandes vías, sino que pertenecía al dominio de Judá de Gamala; así podemos imaginarnos la impresión que causaría la proximidad de los legionarios. Pero cuando estuvieron más cerca y fué conocido el objeto de su venida, el temor y el odio cedieron el sitio a la curiosidad, a impulsos de la cual, el pueblo, sabiendo que sus huéspedes se detendrían en la fuente, en el lado septentrional de la población, abandonó sus casas y siguió a los soldados.

El objeto de su curiosidad era un prisionero que caminaba en medio de la tropa con la cabeza descubierta, medio desnudo, las manos atadas a la espalda. Una correa que partía de sus muñecas asegurábalo a la silla de uno de los jinetes. El polvo que levantaban los caballos envolvíalo a intervalos como una nube amarillenta.

Avanzaba a la fuerza, penosamente. Parecía muy joven. Al llegar a la fuente, el decurión se detuvo, y como la mayor parte de los soldados, apeóse. El prisionero se dejó caer sobre el polvo del camino, atontado, sin balbucir palabra. Estaba rendido.

Los aldeanos que se habían acercado, al ver que era casi un adolescente, hubieran querido socorrerle; pero no se atrevían. En esta duda, y mientras las ánforas iban de mano en mano de los soldados, vieron aparecer un hombre por el camino de Séphoris. Al reconocerle una mujer, exclamó:

—¡Mirad! Viene el carpintero. Ahora sabremos lo que esto significa.

La persona a quien se aludía era un anciano de venerable aspecto. Escasos bucles de cabellos blancos asomaban por debajo de su turbante, y una gran barba, más blanca todavía, caíale sobre el pecho y sobre la basta túnica agrisada. Acercábase lentamente, porque, además del peso de los años, llevaba el de varias herramientas: un hacha, una sierra y un cuchillo de tosca factura; evidentemente, venía de lejos. Al ver el grupo se detuvo.

—¡Oh, Rabí; buen Rabí José! —exclamó una mujer,

corriendo a su encuentro—. Aquí hay un prisionero; interroga a los soldados para que sepamos cómo se llama y cuál es su delito.

El semblante del Rabí permaneció impasible; miró al prisionero y después acercóse al oficial.

—¡La paz del Señor sea contigo! —dijo con inflexible gravedad.

—¡Y la de los dioses con vos! —repuso el decurión.

—¿Venís de Jerusalén?

—Sí.

—Vuestro prisionero es joven.

—De edad, sí.

—¿Puedo saber qué delito ha cometido?

—Un asesinato.

El pueblo repitió la palabra con asombro; Rabí José prosiguió sus preguntas.

—¿Es israelita?

—Judío —replicó el romano secamente.

La compasión de los espectadores, entibiada un momento, volvió de nuevo a despertarse.

—Nada sé de vuestras tribus —añadió—; pero puedo deciros algo de su familia. ¿Habéis oído hablar de un príncipe de Jerusalén llamado Hur? Ben Hur lo llamaban. Vivió en tiempos de Herodes.

—Lo he visto —dijo José.

—Pues éste es hijo suyo.

Levantóse una exclamación general, que el decurión se apresuró a refrenar.

—En las calles de Jerusalén, anteayer, intentó asesinar al noble Grato, arrojándole un ladrillo a la cabeza desde la azotea de un palacio, de su padre, me parece.

—¿Y le mató?

—No.

—¿Qué castigo se le ha impuesto?

—Galera perpetua.

—El Señor le ayude —exclamó José con voz poco conforme con su placidez habitual.

Mientras tanto, un joven que acompañaba a José,

pero que se había quedado modestamente detrás de él, dejó el hacha que tenía en la mano, y acercándose a la fuente, llenó de agua una escudilla. La acción fué tan tranquila, que antes que interviniesen los guardias, o hubiesen querido intervenir, se había ya inclinado sobre el prisionero, ofreciéndole un sorbo del líquido refrigerante.

Judá, al sentir una mano ligeramente apoyada sobre su espalda, se estremeció, y levantando los ojos, pudo ver un semblante que no olvidó jamás: el semblante de un adolescente de su edad, sombreado por bucles castaños con reflejos rubios; un semblante iluminado por dos ojos azules tan dulces, tan compasivos, tan llenos de amor y de santidad de propósitos, que tenían todo el influjo de un mandato, de una voluntad. El alma del judío, endurecida por días y noches de sufrimiento, y tan amargada que sólo alentaba para el mundo pensamientos de odio y de venganza, se enterneció bajo la mirada del joven y se volvió tímida como la de un niño. Acercó sus labios a la escudilla y bebió a largos sorbos. Ninguna palabra se cruzó entre ellos.

Cuando hubo concluído, la mano que se apoyaba sobre su espalda se posó sobre su cabeza, y permaneció entre sus polvorientos bucles el tiempo necesario para dar una bendición; después el joven dejó la escudilla en la piedra de la fuente, y cogiendo de nuevo su hacha, volvió al lado de José. Todas las miradas le siguieron, así las de los aldeanos como la del decurión.

La piadosa escena tuvo término. Cuando los hombres y los caballos hubieron bebido, reanudaron su camino. Mas en el ánimo del decurión se había producido un cambio; él mismo levantó del polvo al prisionero y le ayudó a colocarse sobre el caballo de uno de sus soldados. Los nazarenos regresaron a sus casas, y juntamente con ellos Rabí José y su discípulo.

Así se efectuó el primer encuentro de Judá con el Hijo de María.



LIBRO TERCERO

CAPITULO PRIMERO

La ciudad de Miseno corona el promontorio del mismo nombre a algunas millas al sudeste de Nápoles. Actualmente, sólo algunas escasas ruinas dan fe de su existencia; pero en el año de gracia 24, al cual trasladamos al lector, Miseno era uno de los puertos más importantes del litoral occidental de Italia.

El viajero que hubiese escalado el promontorio, deseoso de gozar del paronama que ofrecía, habría tenido que asomarse a un muro, y volviendo la espalda a la ciudad, hubiera abarcado con los ojos la bahía de Nápoles, tan hermosa como ahora; hubiera admirado la línea incomparable de la costa; hubiera visto el cono humeante del monte, el azul suavísimo y profundo del mar y cielo; y si hubiese fijado la mirada en el mar que tenía debajo, habría contemplado un espectáculo desconocido al moderno turista: la mitad de la flota romana de reserva, anclada a sus pies. Considerada desde este punto, no parecía teatro indigno para el encuentro de los tres señores de Roma, dispuestos a repartirse el dominio del mundo.

En aquellos tiempos el muro estaba cortado en un punto enfrente del mar, formando una especie de pasaje en que terminaba una calle, que desde aquel sitio, a modo de un gran muelle, se extendía algunos estadios por la playa.

El centinela de guardia en este pasaje vió turbado su

reposo en una fresca mañana de septiembre por una comitiva que descendía, conversando animada y rumorosamente, por la estrecha vía. Dirigió a la misma una mirada, y después volvió a su interrumpida somnolencia.

Constituían aquella comitiva una veintena de personas, la mayor parte esclavos, llevando antorchas que alumbraban poco, pero que, en cambio, humeaban mucho, y que dejaban en el aire un acre perfume de nardo índico. Los amos les precedían dándose el brazo. Uno de éstos, que aparentaba cincuenta años de edad, algo calvo y llevando sobre los escasos cabellos una corona de laurel, parecía, por las atenciones que se le prodigaban, ser objeto de alguna afectuosa ceremonia. Llevaban todos amplias togas de lana blanca con muchas franjas de púrpura en su parte inferior. Una mirada sola bastó al centinela para conocer, sin necesidad de preguntarles, que se trataba de personajes de elevado rango que acompañaban a un amigo al puerto después de una noche transcurrida festivamente. Su conversación nos proporcionará más explicaciones.

—No, Quinto mío —decía uno, dirigiéndose al de la corona de laurel—; cruel es la fortuna arrancándote tan pronto de entre nosotros. Llegaste ayer del mar de allende las Columnas, y ni siquiera has tenido tiempo de acostumbrarte a la tierra firme.

—¡Por Castor!, si puede un hombre hacer uso de una exclamación femenina —exclamó otro con voz avinada—; no nos quejemos. Nuestro Quinto va a recuperar en el mar todo cuanto perdió anoche en tierra. Jugar a los dados en una nave que se mece, es muy distinto de jugar a ellos en la sala de un festín. ¿No es verdad, Quinto?

—No injuréis a la fortuna —añadió un tercero—. Ni es ciega ni inconstante. En Anzio, cuando nuestro Arrio la consulta, le contesta accediendo, y le acompaña por el mar gobernando el timón de su nave. Ella nos lo arrebató, es cierto; pero, ¿no nos lo devuelve después siempre coronado de nuevos laureles?

—Son los griegos los que nos lo llevan —interrumpió otro—. Maldigámoslos, pues, a ellos, no a los dioses. Por aprender el arte del comercio olvidaron el de la guerra.

Así hablando, atravesaron el pasaje y llegaron al muelle que se extendía ante ellos a lo largo de la bellísima bahía, que el alba comenzaba a iluminar. En los oídos del viejo marinero, la resaca de las olas sonaba como un saludo amistoso. Respiró profundamente, como para llenar sus pulmones de la salazón de las aguas, y levantó la mano.

—Mis tesoros los adquirí en Prenesta, no en Anzio; pero ved: el viento sopla del Oeste; ¡gracias, Fortuna, madre mía! —dijo reverentemente.

Los amigos repitieron la exclamación, y los esclavos agitaron las antorchas.

—¡Hela, ya viene! —prosiguió, indicando una galera que se balanceaba al extremo del muelle—. Un marinero no necesita amante alguna. ¿Tu Lucrecia es acaso más graciosa, Cayo mío?

Contempló la nave que avanzaba, con una mirada llena de justificado orgullo. En el mástil más bajo llevaba una sola vela, y los remos se hundían, se levantaban, titilaban un instante inmóviles en el espacio, y después sumergíanse nuevamente, como las alas de un ave, con admirable ritmo.

—Sí, respetad a los dioses —dijo con los ojos puestos en la nave—; ellos son los que nos ofrecen ocasiones propicias. Nuestra es la culpa si las dejamos escapar. En cuanto a los griegos, Léntulo mío, ¿has olvidado que son griegos los piratas que voy a perseguir? Una victoria sobre ellos equivale a cien victorias sobre los africanos.

—¿Entonces te diriges al mar Egeo?

El marinero no tenía ojos más que para su nave.

—¡Qué gracia! ¡Qué gallardía! Un cisne no se movería en el agua más majestuosamente. ¡Mirad!

Mas luego añadió:

—Perdóname, Léntulo. Parto para el Egeo; y pues

mi partida está ya próxima, os diré el motivo de ella, si me prometéis el secreto. No quisiera que encontrándose con mi buen amigo el duunviro le recriminaseis por ella. No ignoráis que el comercio entre Grecia y Alejandría no es inferior al que existe entre Alejandría y Roma. El pueblo en aquellas partes del mundo ha dejado de celebrar las fiestas Cereales, y Tritolemo les ha castigado con una misérrima cosecha. De todos modos, el comercio ha aumentado tanto, que no es posible interrumpirlo un solo día. También habéis oído hablar de los piratas del Quersoneso, que anidan en Puente-Euxino; gente atrevida, ¡por las Bacantes! Dias hace llegó a Roma la noticia de que, reuniéndose en una flota numerosa, habían atravesado el Bósforo, echado a pique las galeras delante de Bizancio y de Calcedonia, invadido la Propóntida y ocupado el Egeo. Los mercaderes de granos que tienen naves en el Mediterráneo están atemorizados. Pidieron audiencia al mismo Emperador, y hoy salen de Rávena cien galeras, y de Miseno...

Hizo una breve pausa como para excitar más la curiosidad de sus amigos, y luego añadió con énfasis:

—¡De Miseno, una sola!

—¡Afortunado Quinto! Nos congratulamos por ello.

—Sólo puede augurarse bien de la elección. Te saludamos desde ahora como duunviro.

—Quinto Arrio duunviro suena mejor que Quinto Arrio tribuno.

Con estas palabras se agruparon en torno de él alegremente.

—Yo me congratulo con vosotros —dijo el amigo embriagado—; me congratulo profundamente. Mas quiero ser práctico, oh duunviro mío, y hasta que no vea que la promoción te ha valido mayor conocimiento de las *tesseræ*, reservo mi juicio sobre tu fortuna en este... en este negocio.

—¡Gracias, gracias a todos! —exclamó Arrio, dirigiéndose colectivamente a ellos—. Si llevaseis linternas,

os diría que sois augures. Haré más. Os probaré que habéis dado en el clavo. Aquí, leed.

De entre los pliegues de su toga sacó un rollo de pergamino y lo presentó a sus amigos, diciendo:

—Lo recibí ayer de Sejano, mientras estaba en la mesa.

El nombre de Sejano era ya famoso en el mundo romano; famoso, pero no tan infame como resultó después.

—¡Sejano! —exclamaron a una, estrechándose en torno del que leía la carta.

El tenor de ésta era el siguiente:

“Sejano a C. Cecilio Rufo, duunviro.—Roma, XIX Kal. Sept.—César ha recibido buenos informes acerca de Quinto Arrio, tribuno, y ha oído especialmente ponderar sus proezas en los mares de Occidente. Es voluntad del Emperador que el sobredicho Arrio sea inmediatamente enviado a Oriente. Y es también voluntad de César que reunáis cien trirremes de primera clase, perfectamente armados, y los enviéis sin demora contra los piratas del Egeo, otorgando a Quinto el mando de esta flota. Los detalles quedan a tu cuidado, Cecilio mío. La cosa urge, como verás por los relatos que incluyo para ti y para el nombrado Quinto.—Sejano”.

Arrio no prestó atención a la lectura. A medida que la nave se aproximaba, crecía la fascinación que en él producía. Seguía todos sus movimientos con ojos de enamorado; por fin agitó una de las puntas de su toga; como respuesta a esta seña, sobre el *aplustre*, adorno en forma de abanico, colocado en la popa de la nave, ondeó una bandera escarlata, mientras que aparecían sobre el puente varios marineros, los cuales se encaramaron rápidamente por las cuerdas hasta la antena y amainaron la vela. Dióse vuelta a la proa, y acelerando la velocidad de los remos, la nave se acercó al muelle con la rapidez de un pájaro. Arrio siguió la maniobra con ojos centelleantes de satisfacción. La pronta obediencia al timón, la suavidad y seguridad con que la

nave seguía su derrota, eran cualidades de grande importancia para la lucha.

—¡ Por las ninfas! —dijo uno de los amigos, devolviéndole el pergamino—. No podemos decir de ti que serás grande: ¡o eres ya. Nuestro afecto debe ser moderado por el respeto. ¿Qué más tienes que decirnos?

—Nada más —replicó Arrio—. Lo que acabáis de saber es conocido ya hace tiempo en Roma, especialmente en el palacio de César y en el Foro. El duunviro es un hombre discreto. Mis instrucciones, la localidad en donde encontraré la flota, están a bordo en pliego cerrado. Sin embargo, si esta noche sacrificáis en algún altar, no olvidéis elevar una plegaria por un amigo a quien los remos y el viento empujan más allá de Sicilia. Mas la nave está a punto de atracar. Sus oficiales me interesan, pues tendré que luchar y que viajar con ellos. No es cosa fácil atracar con una nave de esta clase en semejante playa. Dejadme juzgar su disciplina y su habilidad.

—¡ Cómo! ¿ No conoces la nave?

—Hoy la veo por vez primera, y no sé si encontraré en ella a algún amigo.

—¡ Esto sí que es bueno!

—No importa. Los hombres de mar trabajamos pronto conocimiento. Nuestro amor y nuestros odios tienen su origen en los comunes peligros.

La nave pertenecía a la clase de las llamadas *naves liburnicae*, largas, estrechas, bajas en los costados y construídas expreso para la velocidad del curso y la rapidez de las maniobras. Sus costados eran admirables. Un doble chorro de agua formábase, espumeante, delante de ella y salpicando las atrevidas curvas de la proa, cuyos flancos estaban adornados con figuras de tritones soplando en cuernos marinos. Bajo la proa, fijo en la quilla y saledizo, al nivel del agua, estaba el *rostrum*, espolón de madera reforzado y con punta de hierro, que en las batallas empleábase a modo de ariete. Una potente cornisa, artísticamente esculpura, partiendo de la proa, protegía en toda su longitud la

60
13 1/2

20
17
3
10
7

nave y le servía de baluarte. Por debajo de esta cornisa corría una triple hilera de aberturas, protegidas por pantallas de acero, a través de las cuales salían los remos, sesenta por cada lado. La proa, en forma de torre, estaba además adornada de caduceos, y dos cuerdas, sujetas en los lados, señalaban el número de áncoras aseguradas sobre el puente del trinquete. La sencillez de la arboladura revelaba que la nave confiábase principalmente al trabajo de los remos. El mástil, colocado algo hacia delante, estaba asegurado por tirantes y gúmenas a las anillas fijas en las paredes internas del baluarte. El cordelaje era el estrictamente necesario para gobernar la única grande vela rectangular y la antena de que dependía.

Exceptuados los marineros que habían subido a la cubierta para amainar la vela, y que se entretenían aún entre las jarcias, un solo hombre veíase en el puente, cerca de la proa, completamente armado, con yelmo, espada y escudo. Las ciento veinte hojas de encina, que las olas y los frecuentes pulimientos del pómez habían vuelto blancas y lucientes, se levantaban y caían como movidas por una sola mano e impelían adelante la nave con la velocidad de un vapor moderno.

Tan rápido y en apariencia tan atrevido era el curso de ella, que los amigos del tribuno se atemorizaron. De pronto, el hombre que estaba sobre la proa extendió la mano haciendo un signo especial, y en seguida todos los remos se levantaron, guardaron el equilibrio en el espacio y después cayeron verticalmente. El agua se agitó espumeante en torno de ellos; la galera recibió una sacudida y se detuvo como espantada. A una nueva señal de la mano, los remos se levantaron de nuevo, pero esta vez los de la derecha moviéronse hacia delante, mientras que los de la izquierda, avanzando hacia la proa, trabajaban a contra agua. Tres veces repitiéron los remos esta maniobra; la nave giró como sobre un quicio; después, favorecida por el viento, atracó suavemente en el muelle.

Esta maniobra hizo que pudiera verse la popa con todos sus adornos; había en ella tritones como los de la proa; el nombre estaba escrito en grandes letras en relieve; el timón, la plataforma elevada sobre que estaba sentado el timonel, majestuosa figura recubierta de una armadura con la mano sobre las cuerdas del timón, y el *aplustre*, alto, dorado, esculpido, que se curvaba sobre el timonel como una grande hoja arabescada.

Se oyó el sonido agudo de una trompeta, y por la escotilla se precipitaron al puente los soldados, todos soberbiamente armados, con yelmos de bronce, escudos y jabalinas deslumbrantes. Mientras se formaban sobre aquél en orden de batalla, los marineros se encaramaron por las jarcias y se alinearon a lo largo de la antena.

Los oficiales y los trompeteros se colocaron en sus sitios respectivos sin confusión y sin ruido. Cuando los remos tocaron en el muelle, desde el puente del timonel fué tendida una palanca.

El tribuno volvióse hacia sus amigos, y con una gravedad que no había mostrado anteriormente, dijo:

—Ahora me llama el deber, amigos míos.

Se desciñó la corona y la entregó al jugador de dados.

—¡Toma este mirto, oh favorito de las *tesserae*! —exclamó—. Si vuelvo, procuraré recobrar mis sextercios; si la victoria no me sonríe, no volveré. Cuelga esta corona en tu atrio.

Tendió los brazos a sus amigos, y uno tras otro fueron a recibir el abrazo de despedida.

—¡Que los dioses te acompañen, oh Quinto! —exclamaron.

—¡*Sálvete!* —repuso.

Saludó con la mano a los esclavos, que agitaron las antorchas; después se encaminó a la nave; bellísima por el orden perfecto de su tripulación, en líneas cerradas, con los penachos que ondeaban y los escudos y las lan-

zas centelleantes. Cuando puso el pie sobre el puente, las trompetas sonaron y sobre el *aplustre* se izó el *ve-xillum purpureum*, bandera del almirante de la flota.

CAPITULO II

El tribuno, de pie sobre el puente del timón, con la orden del *duunviro* desplegada en la mano, dirigió la palabra al *hortator* o jefe de los remeros.

—¿Cuánta gente tienes a tus órdenes?

—Doscientos cincuenta y dos remeros, y diez suplentes.

—Con recambios de...

—Ochenta y cuatro hombres.

—¿Y cómo está dividido el servicio?

—Dos horas de trabajo, dos de descanso.

El tribuno reflexionó un momento.

—La disposición es dura, y yo la reformaré; pero ahora. Los remos han de trabajar día y noche. El viento es favorable: ayude, pues, la vela a los remos.

Después, volviéndose al primer piloto o *rector*, preguntóle:

—¿Cuántos años ha que sirves?

—Treinta y dos.

—¿En qué mares principalmente?

—Entre Roma y el Oriente.

—Tú eres el hombre que me sirve.

El tribuno consultó su hoja de ruta.

—Pasado el cabo de Campanella, nos dirigiremos hacia Mesina; después, siguiendo la curva de la costa de Calabria, hasta Melito; después... ¿conoces tú las constelaciones que reinan sobre el mar Jónico?

—Las conozco.

—Entonces, desde Melitò dobla con dirección a Levante, hacia Citera. Si los dioses nos son propicios, no nos detendremos hasta anclar en la bahía de Antimona. Tu cometido es importante, y en tu pericia confío.

Arrio era hombre prudente, y aunque enriquecía los altares de Anzio y de Prenesta, consideraba que el favor de la diosa vendada más dependía de la ciencia y de la habilidad que de las ofrendas votivas. Toda la noche, como anfitrión del banquete, había comido y jugado; pero el olor del mar había despertado en él el instinto y el hábito marineros, y no quiso entregarse al descanso hasta conocer perfectamente la nave. La ciencia nada abandona al acaso. Después de haber interrogado al cabeza de los remeros y al piloto, en compañía de los demás oficiales, esto es, del comandante de la tropa, del conservador de los víveres, del jefe de las máquinas, del sobreintendente de las cocinas y de los fuegos, visitó sus varios departamentos. Nada escapaba a su inspección. Cuando hubo terminado, él solo, de toda aquella pequeña sociedad encerrada entre angostos muros de madera, conocía al dedillo todo el poder de aquella nave, sus provisiones, sus eventuales recursos en caso de guerra. No le faltaba más que el exacto conocimiento de la gente puesta a sus órdenes, que era la parte más delicada y difícil de su cometido.

Al medio día la galera encontrábase a la altura de Pesto. El viento proseguía soplando de Occidente, hinchando la vela y ayudando materialmente a los remeros. Había colocado centinela sobre cubierta. Sobre el altar, colocado en el puente del trinquete, se había vertido sal y avena; ante él había dirigido el tribuno fervientes deprecaciones a Júpiter, a Neptuno y a todas las Oceánides, acompañando sus votos de libaciones y perfumes. Y ahora, para observar mejor a su tripulación, sentábase en su espacioso camarote. Este hallábase colocado en medio de la galera, y medía setenta y cinco pies de longitud por treinta de anchura. Recibía la luz por tres anchas ventanas, y estaba sostenido por una doble hilera de robustos puntales, en el centro de los cuales aparecía el mástil de la nave, adornado de hachas, lanzas y jabalinas. A cada abertura se ascendía por sendas escaleras movibles, que en aquel momento estaban levantadas y fijadas en el techo. Esto

constituía el centro de la nave, el lugar de cita de toda la tripulación, la sala de comida, el dormitorio, el campo de ejercicio y el lugar de descanso y de recreo, cuando éste era permitido por la dura e implacable disciplina que reinaba a bordo.

En el fondo del camarote elevábase una plataforma, a la que conducían algunas gradas. En ellas sentábase el jefe de los remeros, quien tenía ante sí una plancha sonora, sobre la cual señalaba el tiempo con un martillo de bronce, y a su izquierda una clepsidra o reloj de agua, para distribuir las horas del trabajo y establecer los cambios. Encima de él, sobre la plataforma aún más elevada, protegida por una barrera dorada, estaba el camarote del tribuno, amueblado con una mesa, una cama, una *cathedra* o silla acolchonada, todo de exquisita y rica elegancia. Sentado cómodamente en esta poltrona, mecido por el uniforme vaivén de la nave, con el manto militar negligentemente echado al hombro y con la espada al cinto, Arrio observaba con ojos vigilantes a su tripulación, y era por ésta con igual atención observado. Sus ojos lo abarcaban todo, pero con mayor insistencia fijábanse en los remeros. El lector habría hecho lo mismo; sólo que a su interés se hubiera mezclado la simpatía y la compasión, al contrario del tribuno, que únicamente los consideraba como engranajes importantes de la gran máquina que se le había confiado.

El espectáculo era sencillísimo. A lo largo de los lados del camarote, fijos en el pavimento de la nave, corría, al parecer, una triple hilera de bancos; un examen más detenido mostraba varias series de asientos, en cada una de las cuales el segundo era posterior y más elevado que el primero, y el tercero posterior y más elevado que el segundo. Para colocar a los sesenta remeros de cada lado, el espacio a los mismos destinado estaba dividido en veinte bancos, distanciados un metro uno de otro. Esta disposición permitía a los remeros simultanear sus movimientos como compañía de soldados marchando con paso cadencioso en apretadas

filas, y además permitía un eventual aumento de los asientos, limitado sólo por la longitud de la galera.

En cuanto a los remeros, los del primero y segundo asiento estaban sentados, y los del tercero, que debían manejar remos más largos, estaban de pie. Los remos tenían en la empuñadura contrapesos de plomo, y estaban sujetos a flexibles correas, que hacían fáciles los más delicados movimientos, pero que, por otra parte, requerían mayor habilidad, porque una ola violenta podía de un momento a otro envolver al remero distraído y arrojarlo de su asiento. Por las ventanas entraba aire en abundancia, y la luz penetraba a través del enrejado que constituía el pavimento del pasadizo entre el puente y los baluartes laterales. Bajo varios aspectos, pues, no puede decirse que fuese mala la condición de esos hombres. Mas no debemos suponer por esto que fuera una vida placentera. Estábales prohibido hablar. Día y noche ocupaban los correspondientes lugares sin cambiar una palabra, sin ver el semblante de sus vecinos. Los breves momentos de descanso estaban dedicados al sueño o a la comida. Nunca reían; nadie los había oído cantar. La existencia de aquellos miserables era como un río subterráneo que se precipita lenta y fatigosamente a un abismo desconocido.

¡Oh Hijo de María! Si hoy también los soldados tienen corazón, tuya es la gloria. Mas en aquellos días lejanos, la cautividad significaba vida de sufrimiento en los muros, en las calles, en las minas, en los navíos. Cuando Duilio ganó la primera batalla naval de su pueblo, romanos eran los que manejaban los remos, y la gloria de la jornada se decidía entre el remero y el soldado. Esos bancos que ahora contemplamos eran indicios de las mudables vicisitudes de Roma que siguieron a la conquista del mundo, y testimoniaban a la vez la política y el ardimiento de los romanos. Casi todos los pueblos tenían allí su representación en algún prisionero de guerra, escogido por su fuerza. Allí se veía a un británico, delante de él a un libio, detrás a un sármata, más allá a un escita, a un galo, a un griego; ga-

leotes romanos junto a godos, longobardos, hebreos, etíopes, egipcios y bárbaros de la ribera de la Meótida; aquí un ateniense, ahí un salvaje pelirrojo de la Ibernia, allá un gigante cimbro de ojos azules.

El trabajo de los remeros era sobrado material para dar ocupación a su inteligencia. Echar hacia adelante el cuerpo, levantar el remo, sacudirlo, volverlo a hundir, esto era todo; movimientos que llegaban a la máxima perfección cuanto más automáticamente se hacían. Hasta el mismo temor del peligro que les causaban las furiosas olas, hizose con el tiempo meramente instintivo. El resultado del largo servicio era convertirlos en un rebaño de pobres criaturas embrutecidas, sufridas, envilecidas; cuerpos musculosos e inteligencias agostadas que viven de recuerdos, pocos en número, pero queridos, decayendo finalmente en un estado semi inconsciente, en el que el dolor se endurece y se hace un hábito, y en el que el alma adquiere una tenacidad extraordinaria.

De derecha a izquierda, hora tras hora, el tribuno dirigía su mirada, pensando en todo menos en la infelicidad de los esclavos en sus bancos. Sus movimientos precisos, iguales a ambos lados de la nave, en breve le parecieron monótonos; entonces se distrajo contemplando individualmente a los remeros, cuyas deficiencias iba anotando, a la vez que pensaba que entre los piratas encontraría sustitutos mejores.

No era necesario recordar los nombres de los esclavos que entraban en la galera como en un sepulcro; bastaban para distinguirlos los números inscritos sobre cada uno de los asientos. En su viaje de exploración, los ojos del tribuno llegaron por fin al número 60, y se detuvieron. El asiento de este número estaba algo más elevado que la plataforma, y distaba de él pocos pasos. La luz que a través del enrejado descendía sobre la cabeza del remero, lo presentaba completamente a la mirada del tribuno: de pie y desnudo hasta la cintura, como sus compañeros. Algunos rasgos fisonómicos hablaban todavía en su favor. Era muy joven; quizá

no pasaba de los veinte años. Arrio, por lo demás, no estaba completamente entregado a los dados, sino que era también conocedor físicamente de los hombres, y cuando estaba en tierra, gustaba de visitar los gimnasios y las palestras para ver y admirar a los atletas más famosos. Un profesor le había dicho en una ocasión que la fuerza dependía más bien de la calidad que de la cantidad de los músculos, y que todo ejercicio requería una cierta dosis de inteligencia a la vez que de fuerza. Habiéndose apropiado esta teoría, como la mayor parte de los hombres que tienen una idea fija, buscaba continuamente ejemplos prácticos en su apoyo. En el curso de esos estudios, raramente había encontrado un sujeto que le satisficiera completamente; mas también es cierto que ninguno le había llamado tanto la atención como el presente. A cada movimiento de remo que efectuaba, el cuerpo y el rostro del remero aparecían de perfil al observador situado en la plataforma; la acción terminaba con el cuerpo echado hacia delante. La gracia y la facilidad de este movimiento sugerían al principio dudas acerca de la realidad del esfuerzo; mas éstas quedaban súbitamente desvanecidas: la firmeza con que a cada movimiento era aferrado el remo, la arcuación que a cada impulso tomaba, revelaban la fuerza empleada a la vez que la destreza del remero, e inducían al crítico a reflexionar desde su poltrona sobre la unión de la fuerza y de la inteligencia, que formaban el alma de su teoría.

Pensando en esto, Arrio observó la juventud de aquel hombre; sin sentir gran ternura por este descubrimiento, vió que su estatura era algo superior a la mediana y que sus miembros, tanto superiores cuanto inferiores, eran de singular belleza. Quizá los brazos eran demasiado largos; pero este defecto desaparecía bajo la masa de los músculos, que en ciertos movimientos se hinchaban como manojos de cuerdas. Cada costilla se dibujaba claramente sobre el redondo cuerpo; pero esta era la sana delgadez tan deseada en las palestras. Por último, en el conjunto de los movimientos del remero se

veía tal armonía, que, además de simpatizar con la conocida teoría del tribuno, estimulaba vivamente su curiosidad.

Sintióla de ver el rostro de aquel hombre, del que sólo descubría la hermosa cabeza, colocada sobre un cuello ancho de base, pero de gran flexibilidad y gracia. Los rasgos, observados de perfil, eran orientales y tenían la delicadeza de expresión que acompaña usualmente a la aristocracia de la sangre y del espíritu. Estas observaciones avivaron más intensamente el interés del tribuno.

—¡ Por los dioses! —pensó—. ¡Ese hombre me gusta! Hace concebir esperanzas. Quiero conocerlo.

En esto el remero se volvió, mirándole, y el tribuno pudo contemplar su rostro.

—¡ Es un judío! ¡ Un adolescente!

Bajo la mirada escrutadora fija en él, los ojos del esclavo divagaron y la sangre le coloró las mejillas. El remo permaneció inerte en sus manos, pero muy pronto el martillo del *hortator*, cayendo ruidosamente, lo reclamó al deber. El remero se sobrecogió, y como si la seña fuese dirigida a él personalmente, sumergió el remo. Cuando miró nuevamente al tribuno, se asombró al contemplarle sonriente.

Mientras tanto, la galera penetraba en el estrecho de Mesina, y pasando por delante de la ciudad de este nombre, volvió la proa hacia Oriente, hasta que la humareda del Etna quedaba como una mancha sobre el horizonte.

Cada vez que Arrio descendía desde la plataforma al camarote, volvíase para observar al remero, diciendo para sí:

—Es un joven animoso. Un judío no es un bárbaro. Quiero conocerle mejor.

CAPITULO III

Cuatro días hacía que navegaban, y la *Astraea*, así se llamaba la galera, surcaba velozmente las aguas del mar Jónico; el cielo estaba sereno, y el viento, soplando constantemente de Occidente, atestiguaba el favor de los dioses.

Arrio tenía la esperanza de encontrar la flota antes de que ésta llegase a la bahía oriental de la isla de Citera, designada para la reunión, e impaciente por la espera, pasaba todo el día sobre cubierta, observando con diligencia todas las particularidades de su nave. En el camarote, sentado en su silla, sus pensamientos dirigíanse a menudo al remero núm. 60.

—¿Conoces tú a aquel hombre que ahora mismo ha abandonado su banco? —interrogó, finalmente, al *hottator*.

Los esclavos acababan de relevarse.

—¿El número 60? —preguntó el jefe.

—Sí.

El jefe miró atentamente al remero que pasaba.

—Como sabes, la embarcación ha salido del astillero hace un mes, y su tripulación me es tan nueva como la nave.

—Es un judío —observó Arrio pensativo.

—El noble Arrio tiene la mirada penetrante.

—Es muy joven —continuó Arrio.

—Pero es nuestro mejor remero —añadió el otro—. He visto su remo doblegarse hasta parecer que se partía en dos.

—¿Cómo se porta?

—Es obediente. No sé más. Una vez me pidió un favor.

—¿Cuál?

—Deseaba que le cambiase de sitio, alternándolo de derecha a izquierda.

—¿Te dijo los motivos?

—Había observado que los hombres que trabajan siempre del mismo lado resultan deformes. Añadió que en un día de tempestad o de batalla habría podido ofrecerse la conveniencia de tener que cambiarle improvisadamente de lugar, y entonces hubiera resultado inservible.

—*¡Per Pol!* La idea es nueva. ¿Qué más has observado en él?

—Es más culto que sus compañeros.

—En esto es romano —aprobó Arrio—. ¿Conoces su historia?

—Ni siquiera una palabra.

El tribuno quedó pensativo algunos instantes y se decidió a volver a su sitio.

—Si yo estoy en el puente cuando vuelva a su faena —dijo—, mándamelo. Haz que vaya solo.

Dos horas después Arrio se encontraba bajo el *aplustre* de la galera en el estado de ánimo de quien, sintiéndose atraído rápidamente hacia un suceso importante, no puede hacer otra cosa que esperar, estado de ánimo en que la filosofía infunde al hombre la calma y la indiferencia de que tiene tanta necesidad. El piloto tenía en la mano las cuerdas que gobernaban las dos ruedas del timón, una a cada lado de la nave. Algunos marineros dormitaban a la sombra que proyectaba la vela, y en lo alto, sobre la entena, vigilaba un centinela. Levantando los ojos del reloj de sol fijado bajo el *aplustre*, que servía para dirigir el curso de la nave, Arrio vió acercarse al remero.

—El jefe te llama, el noble Arrio, y me ha dicho que preguntabas por mí. Heme aquí.

Arrio examinó la figura, alta, musculosa, coloreada por el sol y por la sangre que corría impetuosa por sus venas; contemplóla con admiración, pensando en el circo; pero su porte y la voz no dejaron de causarle efecto. La voz revelaba una existencia transcurrida en un ambiente elevado y fino; los ojos eran claros y francos, más curiosos que desconfiados; y a la mirada encantadora, imperiosa, del tribuno no se bajaron ni mos-

traron señal alguna de vergüenza, de ira o de amenaza. Como tácita confirmación de la impresión favorable en él producida, el romano habló, no como un señor a su esclavo, sino como un hombre viejo a otro más joven.

—El *hortador* me ha dicho que tú eres el mejor de sus remeros.

—El *hortador* es muy bueno —repuso el galeote.

—¿Has servido mucho?

—Casi tres años.

—¿En los remos?

—No recuerdo haberlos dejado un solo día.

—La fatiga es grande; pocos hombres la soportan un año sin caer enfermos, y tú... ¡tú eres un niño todavía!

—El noble Arrio olvida que el espíritu añade tenacidad al cuerpo. Con su ayuda algunas veces el débil vive allí donde el fuerte perecería.

—Por tu acento pareces judío.

—Mis abuelos fueron judíos antes de que Roma existiese.

—El obstinado orgullo de tu pueblo no te falta —dijo Arrio, observando un destello en la mirada del remero.

—El orgullo es más vivo cuando está ceñido de cadenas.

—¿Y qué razón tienes para ser orgulloso?

—El ser judío.

Arrio se sonrió.

—No he estado nunca en Jerusalén —dijo—; pero he oído hablar de sus príncipes y he conocido a uno de ellos. Era mercader y navegaba: era digno de ser rey. ¿De qué condición eres tú?

—Debo contestarte desde el banco de la galera: soy un esclavo. Mi padre era príncipe de Jerusalén, y como mercader surcaba los mares. Era conocido y estimado en la Corte del grande Augusto.

—¿Y se llamaba?

—Ithamar, de la casa de Hur.

El tribuno levantó la mano en actitud de asombro.
—¡Tú hijo de Hur!

Después de una pausa, preguntó:

—¿Qué delito te ha traído aquí?

Judá dejó caer la cabeza sobre el pecho, que latía con fuerza y penosamente. Cuando se hubo posesionado de sí miró a la cara al tribuno y repuso:

—Fuí acusado de haber querido asesinar al procurador Valerio Grato.

—¡Tú! —exclamó Arrio, todavía más asombrado y retrocediendo un paso—. ¡Tú aquel asesino! Todo Roma habló del suceso. La noticia sorprendióme en mi nave en los mares del Norte.

Ambos se miraron en silencio.

—Yo creía que la familia de los Hur había desaparecido de la tierra.

Un torrente de tristes recuerdos inundó el corazón del joven, abatiendo su orgullo; las lágrimas brillaban en sus ojos.

—¡Madre, madre! ¡Oh mi pequeña Tirzah! ¿Dónde estáis? ¡Oh tribuno, noble tribuno! Si tú sabes alguna noticia de ellas (y juntó las manos en actitud de súplica) dímelo, dímelo todo, todo. Dime si viven, y en dónde, y de qué modo. Te lo suplico, habla.

Y se acercó a Arrio hasta tocarle el manto.

—¡Oh! Tres años han transcurrido desde aquel día terrible; tres años, oh tribuno, y cada día ha sido para mí toda una vida de miseria, una vida de sufrimientos, sin ver un rayo de esperanza, sin oír una sola palabra. ¡Oh, si como se nos olvida, pudiésemos nosotros olvidar! ¡Si yo pudiese olvidar aquella escena, mi hermana arrancada de mis brazos, la última mirada de mi madre! Yo he sentido el hálito de la peste, y el choque de las naves en el combate, y al huracán azotando las olas, y he reído, he reído mientras los otros rogaban: la muerte era para mí la libertad deseada. Inclinado sobre el remo, en el cotidiano esfuerzo de los brazos, procuraba borrar de mi mente aquellos recuerdos... Perdoname, oh tribuno; poca cosa te pido. Dime por lo

menos que están muertas, porque viviendo no pueden ser felices, si es que conocen mi desgracia. Yo he escuchado su voz llamarme de noche; yo las he visto caminar sobre las aguas. ¡Oh inextinguible amor materno! ¡Y Tirzah, inocente como un lirio, como un tierno ramo de palmera, tan fresca, tan graciosa, tan bella! Era el sol de mis días; su voz era una música, ¡y fueron mis manos las que labraron su desgracia! Yo...

—¿Admites la culpa? —interrogó Arrio severamente.

En Ben Hur se efectuó un cambio repentino. Su voz se hizo sonora, levantó sus manos crispándolas, cada uno de sus nervio parecía vibrar, sus ojos fulguraron.

—Tú has oído hablar del Dios de mis padres —dijo—, del infinito Jehová. Pues por su verdad y omnipotencia, por el afecto con que ha protegido a Israel, te juro que soy inocente.

El tribuno estaba conmovido.

—¡Oh noble romano! —prosiguió Ben Hur—. Dame una esperanza, aclara la densa oscuridad que me rodea.

Arrio dió algunos pasos, pensativo, por el puente.

—¿Fuiste condenado en juicio? —preguntó de improviso.

—¡No!

El romano levantó la mano asombrado.

—¡Ningún juicio, ningún testigo! ¿Quién te condenó?

Recordemos que el culto a la justicia entre los romanos fué ferviente aun en el período de su decadencia.

—Me ataron y me condujeron a una cárcel de la torre Annia. No ví a nadie. Nadie me habló. Al día siguiente me llevaron a la playa. Desde entonces he sido galeote.

—¿Qué habrías podido alegar en descargo tuyo?

—Era un muchacho demasiado joven para ser conspirador. Grato me era desconocido. A haber querido asesinarle, no eran aquellos ni el momento ni el sitio. Cabalgaba en pleno día en medio de una legión: mi huida hubiera sido imposible. Yo pertenecía a una fa-

milia fiel amiga de Roma. Mi padre disfrutaba del favor de Augusto. Éramos ricos, y la ruina hubiera sido segura para mí, para mi madre, para mi hermana. Por fin, la ley, que para un hijo de Israel es como el aire para los pulmones, habría detenido mi mano si tal hubiese yo intentado. No estaba loco. La muerte era preferible a la vergüenza, y créeme, lo sigue siendo todavía.

—¿Quién estaba contigo cuando tuvo lugar el hecho?

—Yo encontrábame en la azotea del palacio, el palacio de mi padre. Tirzah estaba conmigo, a mi lado, toda candor y hermosura. A la vez nos habíamos asomado a la baranda para ver pasar la legión. Un ladrillo se desprendió bajo mi mano y cayó sobre Grato. ¡Creí haberlo matado! ¡Oh, cuál fué mi espanto!

—¿Dónde estaba tu madre?

—En sus habitaciones.

—¿Qué fué de ella?

Ben Hur apretó los puños, y con voz desgarradora repuso:

—No sé. Ví que los soldados se la llevaban, y nada más supe después. De la casa arrojaron a todo ser viviente, hasta a los animales domésticos, y sellaron sus puertas a fin de que no fuese habitada de nuevo. Yo he preguntado por ella. ¡Oh, una sola palabra! ¿Quién me la dirá? Mi madre era inocente. Yo puedo perdonar; pero... yo te pido perdón, noble tribuno. Un esclavo como yo no debiera hablar de perdón ni de vergüenza. ¡Estoy condenado al remo toda la vida!

Arrio había escuchado con suma atención. Llamó en su ayuda su gran experiencia en materia de esclavos. Si los sentimientos así demostrados eran falsos, el gaileote era un cómico perfecto. Por otra parte, si eran verdaderos, la inocencia del judío era indudable, y siendo inocente, ¡cuán terrible venganza se había tomado en un hecho fortuito! ¡Toda una familia castigada! Este pensamiento le preocupó.

La existencia ruda y a veces sangrienta del tribuno no había sofocado sus buenas cualidades morales. Po-

día ser inexorable cuando su deber lo exigía; pero era también justiciero, y su ánimo se rebelaba contra la menor injusticia. Los tripulantes de la nave de que tenía el mando le llamaban el *buen tribuno*, perfecta definición de su carácter.

En este caso muchas circunstancias militaban en pro del joven. Quizá Arrio conocía, sin tenerle afecto, a Valerio Grato; quizá había conocido a Hur, su padre: Judá le había hecho esta pregunta, y como recordará el lector, no había obtenido respuesta.

El tribuno se encontraba perplejo y dudaba. Su poder era ilimitado; era señor de la embarcación. La piedad y la justicia adunadas le impulsaban a ejercer un acto de justa repación. Mas, por otra parte, decía para sí, no había prisa, o mejor dicho, la había para llegar a Citera, y no podía privarse a la nave de su mejor remero: podía esperar, informarse de otros, cerciorarse, al menos, de que era el príncipe Ben Hur. Comúnmente los esclavos eran mentirosos.

—Éstá bien —dijo por último—; vuelve a tu lugar.

Ben Hur saludó; miró a la cara de su señor, y nada descubrió en ella que le hiciese concebir una esperanza. Hizo como que se iba, y poco después volvió y le dijo:

—Si alguna vez me recuerdas, oh tribuno, piensa en la única cosa que he solicitado de ti: una sola palabra que me revelase dónde están mi madre y mi hermana.

Y se alejó.

Arrio le siguió con la mirada, en que se reflejaba la admiración.

—¡*Per Pol!* —pensó—. ¡Qué cuerpo más a propósito para el circo! ¡Qué corredor! ¡Oh dioses! ¡Qué brazo para la espada y para la manopla! Detente —añadió en alta voz.

Ben Hur se detuvo y el tribuno se le acercó.

—Si fueses libre, ¿qué harías?

—El ilustre Arrio se burla de mí —exclamó Judá con los labios trémulos.

—¡No, por los dioses, no!

—Entonces te contestaré gustoso. Mi vida tendría un

solo objeto: buscar a mi madre y a Tirzah. Cada día, cada hora, los dedicaría a este intento, hasta devolverles de nuevo la felicidad. Las serviría con más fidelidad que un esclavo. Mucho han perdido; mas, por el Dios de mis padres, yo alcanzaría para ellas el doble.

Esta respuesta no la esperaba el romano. Por un instante perdió su presencia de ánimo.

—Yo hablaba a tu ambición —dijo—. Si tu madre y tu hermana estuviesen muertas, o te fuese imposible encontrarlas, ¿qué harías tú?

Una palidez cenicienta invadió el rostro de Ben Hur, cuya mirada estaba fija en la inmensidad del mar. Hizo un esfuerzo para vencer su momentánea debilidad y se volvió al tribuno.

—¿Qué profesión seguiría? —preguntó.

—Sí.

—Tribuno, yo te contestaré sinceramente. La noche anterior al terrible día de que te he hablado obtuve el permiso para entrar en la milicia. No he cambiado de pensamiento; y en todo el mundo sólo hay una escuela militar...

—La palestra —exclamó Arrio.

—No, un campamento romano.

—Pero antes has de adiestrarte en el manejo de las armas.

Un señor no debía aconsejar a su esclavo; Arrio notó su error, y prosiguió con voz fría:

—Ahora vete, y no fantasees demasiado acerca de cuanto ha pasado entre nosotros. Quizá no he hecho más que bromear contigo; o bien, si piensas en ello —añadió después de una pausa—, elige entre la fama de gladiador o el servicio militar. El favor imperial podría ayudarte a adquirir la primera, pero ninguna recompensa existe para ti en el segundo. Tú no eres romano. Ve.

Pocos momentos después, Ben Hur se encontraba nuevamente en su banco.

La fatiga es breve si el corazón está aligerado. El remo pareció a Judá menos pesado. La esperanza fer-

mentaba en su corazón. Las últimas palabras del tribuno, "quizá no he hecho más que bromear contigo", las había olvidado. El hecho era que él había sido llamado por el grande hombre e interrogado acerca de su historia. Este era el pan de que Judá alimentaba a su espíritu hambriento. Algo satisfactorio le había de suceder, y sus labios murmuraban esta plegaria:

—¡Oh Dios! Yo soy un hijo de Israel que tanto has amado. Ayúdame, te lo ruego.

CAPITULO IV

En la bahía de Antimona, al Oriente de la isla de Citera, se reunieron las cien galeras. Después de haber empleado el primer día en revistarlas, el tribuno se dirigió a Naxos, la mayor de las Ciclades. Situada a medio camino entre las costas de Grecia y las de Asia, esta isla formaba en medio del mar como una fortaleza, desde la cual Arrio podía perseguir a los piratas, ya permaneciesen en el mar Egeo, ya se dirigiesen al Mediterráneo. Mientras la flota, en orden de batalla, se dirigía hacia la isla, vióse venir por Septentrión un galera solitaria. Arrio salióle al encuentro, y obtuvo de su capitán todos los informes de que tenía necesidad. Los piratas pertenecían a las riberas extremas del Euxino y de la laguna Meótida. Habían hecho todos sus preparativos con el mayor secreto, de modo que la primera noticia que de ellos se tuvo fué cuando pasaron el Bósforo y destruyeron la flota allí estacionada. Hasta el Hellesponto, se habían apoderado de todo cuanto salía a flor de agua. La flota componíase de cerca de setenta galeras, casi todas trirremes, perfectamente armadas y tripuladas. El almirante era griego y griegos eran también los pilotos, todos ellos muy familiarizados con los mares de Oriente. El botín era incalculable, y grande el temor que inspiraban así en el mar como en los puertos. Las ciudades cerraban sus puertas, y de noche co-

ronaban de guardias sus muros. El comercio estaba interrumpido.

—¿En dónde se encuentran precisamente los piratas?

A esta pregunta, la más esencial de todas, Arrio obtuvo del capitán esta respuesta:

—Después de haber saqueado a Hefestia, en la isla de Lemnos, el enemigo se dirigió costeando a la Tesalia, y, según las últimas noticias, ha de encontrarse en algún golfo de los existentes entre la Eubea y la Hélade.

Los habitantes de la isla, reunidos en las cumbres de las colinas para contemplar mejor el raro espectáculo de cien naves perfectamente ordenadas y navegando concertadamente, vieron entonces que la primera división tomaba de improviso la dirección Norte, seguida de las restantes, como escuadrones de caballería marchando et. columna. La noticia de las correrías de los piratas había llegado a la isla, y al ver cómo desaparecían lentamente las blancas velas por entre Rhodas y Syros, los más temerosos alegrábanse del conjurado peligro.

Roma sabía defender aún aquello que aferraba con su poderosa mano; en compensación de los tributos daba a los pueblos seguridad y protección.

El tribuno se consideraba dichoso con saber los movimientos del enemigo, y dió gracias reverentes a la diosa Fortuna. Ella le había llevado noticias ciertas y rápidas y había conducido al enemigo a una posición en donde su desastre había de ser más inmediato y completo. No ignoraba cuánto daño podía causar una sola galera en un mar abierto como el Mediterráneo y cuántas dificultades se oponían a su apresamiento y castigo. Más fácil hubiera sido la victoria y mayor el mérito si hubiese podido de un solo golpe destruir toda la flota de los corsarios.

Si el lector pone ante sí un mapa cualquiera de Grecia o del Egeo, verá que la isla de Eubea o Negroponto yace casi paralela a lo largo de la clásica costa de la Hélade, como un baluarte avanzado contra el Asia, dejando entre ella y el continente un canal de ciento vein-

te millas de longitud, y, por término medio, de ocho millas de anchura. La flota de Jerjes había traspuesto su embocadura septentrional, y también la habían pasado los audaces corsarios del Euxino, atraídos por las riquezas de las ciudades existentes a lo largo de los golfos Pelásgicos y Melieos. Arrio calculaba encontrarlos no lejos de las Termópilas, y decidió cerrarles el paso por el Norte y por el Sur. El tiempo apremiaba, y despreciando las frutas, los vinos y las mujeres de Naxos, hizo desplegar incontinenti las velas, dando a las naves su máxima velocidad, de manera que, al anochecer, el monte Ocha apareció negruzco sobre el horizonte, y el piloto anunció la proximidad de la costa de la Eubea.

A una señal de la nave almirante la flota se detuvo. Cuando volvió a ponerse en camino, Arrio dirigía una división de cincuenta galeras, con las cuales penetró en el estrecho, mientras otra división, compuesta de igual número de naves, volvió las proas al lado externo de la isla, con la orden de costearla y de penetrar en el estrecho por la embocadura septentrional.

Cierto que ninguna de las divisiones igualaba el número de las naves enemigas; pero esta ventaja estaba compensada por otras consideraciones, entre las cuales no era la última la superioridad que daban a la flota romana la disciplina y la experiencia militar. Además, el astuto tribuno había calculado que si por acaso una de las dos divisiones era destruída, la otra, encontrando al enemigo debilitado y descuidado después de la victoria, podría fácilmente vencerlo.

Mientras tanto, Ben Hur proseguía su vida de remero. El descanso en la bahía de Antimona le había infundido vigor nuevo y trabajaba animosamente. El jefe en la plataforma, mostrábase satisfecho.

Por lo general, los hombres no saben cuánto contribuye al propio bienestar el exacto conocimiento de dónde se encuentran y adónde van. La sensación de creerse perdidos es dolorosa; peor aún es la de sentirse llevados a ciegas hacia un punto desconocido. La costumbre no había ofuscado en Ben Hur hasta tal punto los sen-

tidos que no le hiciese experimentar ese sufrimiento; y encerrado en su angosta cárcel, trabajando días y noches enteros, hacíasele irresistible el deseo de saber a qué meta ignorada se dirigía la nave, en qué mares, próxima a qué tierras se encontraba. Mas ahora esta curiosidad veíase azuzada por la esperanza que el colquio con el tribuno había hecho nacer en su pecho. Prestaba atención a cualquier ruido, como si el crujido de una madera y el silbido del viento fuesen voces portadoras de algún mensaje; contemplaba el enrejado tendido sobre su cabeza y aquella poca luz que se le concedía, como esperando una explicación, y más de una vez había estado a punto de ceder al impulso de hablar a su jefe, cosa que hubiera maravillado en extremo a aquel estólido funcionario.

En el curso de su largo servicio, contemplando los escasos rayos del sol que penetraban hasta el pavimento de la cámara, había aprendido a conocer con alguna aproximación la dirección que llevaba la nave. Esto sucedía solamente en los días serenos, como eran los que la Fortuna deparaba al tribuno, y el experimento no había fallado después de su partida de Citera. Al saber que se acercaba a su patria, a Judea, paraba mientes en cualquier desviación de la ruta, y experimentó un verdadero desengaño cuando advirtió la súbita evolución hacia el Norte, efectuada, como hemos visto, después de la salida de Naxos. La causa de esta evolución le era desconocida, así como a sus compañeros de esclavitud.

Sólo una vez en tres años había subido al puente y visto el mar, y ya sabemos cuándo. Lejos estaba de pensar que detrás de la nave que él ayudaba a mover seguía una numerosa flota en orden perfecto. Cuando vino la noche la dirección continuaba siendo la misma.

Un perfume de incienso penetró por las escotillas.

—El tribuno está cabe el altar —pensó—. ¿Nos hallamos, quizá, en vísperas de una batalla?

Ben Hur había asistido a muchas sin haber visto ninguna. Desde su banco había oído tantas veces su cla-

moreo, que aquellos gritos se habían hecho familiares a sus oídos como notas musicales. Por esto había aprendido a conocer muchos de los preliminares de la batalla, de los cuales era el principal, entre los griegos lo mismo que entre los romanos, el sacrificio a los dioses. Los ritos eran iguales a los que se celebraban al iniciar un viaje, y para él, como hemos visto, eran siempre un indicio y una advertencia.

Una batalla tenía para él y para los demás galeotes un interés muy distinto del que tenía para los marineros y soldados. Para éstos significaba victoria o derrota; a los esclavos podía traerles un cambio en su condición, acaso la libertad, de todos modos, un mejoramiento.

Cuando las tinieblas se hicieron más densas, se encendieron las linternas suspendidas en las escalas, y el tribuno descendió del puente. A su voz de mando los soldados se pusieron las armaduras y pasóse revista a las armas; jabalinas, lanzas y flechas amontónáronse sobre la cubierta, junto a vasos de aceite inflamable y de pez y a torcidas de algodón.

Por fin, Ben Hur vió al tribuno colocarse en su plataforma y vestirse el yelmo y la coraza, señales indudables de que la lucha estaba próxima.

En cada banco había una pesada cadena, y con éstas el *hortator* empezó a asegurar los pies de los remeros, obligándoles así a la obediencia y privándoles, en caso de un desastre, de toda posibilidad de salvarse.

En la cámara reinaba un profundo silencio, interrumpido únicamente por el rumor de los remos girando en sus sostenes de cuero. Esta humillación, que sentían todos los galeotes, sentíala Ben Hur más vivamente que sus compañeros. A toda costa habría querido evitarla. El ruido creciente de las cadenas anunciaba la proximidad del jefe. Llegaría también hasta él; pero, ¿interveniría el tribuno en su favor?

Este pensamiento, dictado por la vanidad o por el egoísmo, se había enseñoreado súbitamente de Ben Hur, que creía que el romano no consentiría que le asegurasen. Era en aquellas circunstancias cuando se revelarían

sus sentimientos y sus propósitos con respecto a él. Si dispuesto como estaba para la batalla se acordaba de Judá, hubiera sido un indicio de la opinión favorable que de él había formado, indicio que tácitamente lo colocaba por encima de sus compañeros, y que habría justificado sus esperanzas.

Ben Hur esperaba angustiosamente. El intervalo le parecía una eternidad. A cada golpe de remo dirigía sus ojos al tribuno, que, terminados los preparativos, se había tendido sobre su lecho para descansar. Al ver esto, el número 60 tuvo un ímpetu de ira y juró no volverse más hacia aquel lado.

El *hortator* se aproximaba. Había llegado al número 1, y el estridor de las cadenas tenía un son horrible. Por fin llegó al número 60. Tranquilo en medio de su desesperación, Ben Hur detuvo su remo y tendió el pie al oficial. En esto el tribuno movióse, se incorporó e hizo una señal con la cabeza.

Una violenta emoción de alegría se apoderó del judío. El buen tribuno fijó los ojos en él y dijo algunas palabras al jefe. Ben Hur no las comprendió, pero cuando sumergió de nuevo el remo en el agua, toda la nave le parecía iluminada por un resplandor vivísimo y desconocido. La cadena pendía inerte a su lado, y el jefe, volviendo a su plataforma, comenzó a golpear la plancha sonora. Los golpes del martillo parecíanle notas de música. Con el pecho apoyado en la empuñadura de plomo, movía el remo con toda su fuerza hasta doblarlo como si quisiera romperlo.

El jefe se acercó al tribuno, y con una sonrisa le indicó el número 60.

—¡Qué fuerza! —dijo.

—¡Y qué ánimo! —repuso el tribuno—. *¡Per Pol!* Trabaja mejor sin los grillos. No se los pongas nunca más.

Y se tendió de nuevo sobre su lecho.

La nave proseguía avanzando, impelida únicamente por los remos, por el agua, levemente rizada por el viento. Toda la tripulación, a excepción de los centi-

nelas, dormía: Arrio en su camarote, los soldados sobre el pavimento.

Una vez, dos veces se habían relevado los remeros: pero Ben Hur no podía dormir. ¡Tres años de tinieblas, y por fin, ahora, un rayo de luz! ¡Náufrago desaparecido entre las olas, y actualmente a la vista de un puerto! Como un muerto que de improviso vuelve a la vida, sentía en él toda la emoción y los estremecimientos de la resurrección. No era aquel el momento de dormir. La esperanza del porvenir hace olvidar las sugerencias y los impulsos que proceden del presente y del pasado. Fundándose en el favor del tribuno, la esperanza arrebatábalo a través de caminos florecientes, hacia horizontes de púrpura y oro.

Los sufrimientos recompensados; restauradas su casa y la fortuna de su familia; su madre y su hermana nuevamente estrechadas entre sus brazos, éstas eran las ideas sobre que giraban sus dorados ensueños. Las visiones que la esperanza le ofrecía no estaban amargadas por ninguna duda. Existían verdaderamente para él, tenían toda la consistencia de cosas reales, llenando su pecho de alegría tan profunda, tan perfecta, que no daba lugar a pensamiento alguno de venganza. Messala, Grato, Roma y todos los tristes recuerdos que con ellos se relacionaban habían desaparecido para él como cosas muertas, miasmas de la tierra sobre los cuales se elevaba ligera y suavemente, escuchando el canto de las estrellas.

La profunda oscuridad que precede al alba envolvía las aguas, y la *Astraea* continuaba su derrota, cuando un centinela, descendiendo rápidamente del puente, se acercó a Arrio y lo despertó. El tribuno se puso en pie, cogió el yelmo, la espada y el escudo, y fué en busca del jefe de los marineros.

—Los piratas se acercan. ¡Apresuraos! —dijo.

Y con paso firme y confiado subió por la escalera al puente

CAPITULO V

Toda la tripulación estaba despierta y disponíase para el combate. Los oficiales ocupaban sus sitios. Los soldados habían empuñado las armas y guarnecían los baluartes en doble hilera, como los legionarios.

Sobre el puente se habían amontonado cajas de jabalinas y aljabas llenas de flechas. Junto a la escotilla central se habían colocado recipientes con aceite y proyectiles incandescentes, prontos para ser arrojados al enemigo. Encendiéronse más linternas y dispusiéronse cubos con agua para servir en caso de incendio.

Los remeros de relevo estaban alineados ante su jefe y custodiados por algunos guardias. Ben Hur, que afortunadamente se encontraba entre ellos, prestaba atención al rumor de los últimos preparativos y veía cómo los marineros amainaban las velas, tendían las redes, ordenaban los ingenios y suspendían los escudos de cuero en los parapetos de la nave. Después reinó un profundo silencio en toda la galera, un silencio lleno de incierto temor y de ansiedad.

Dióse una orden desde el puente, y fué comunicada a través de una escotilla al jefe de los esclavos. Los remos se detuvieron inmediatamente.

¿Qué significaba esto?

Cada uno de los ciento veinte esclavos encadenados a los bancos se hizo esta pregunta. No los animaba sentimiento alguno de amor patrio, de honor o de deber. Experimentaban solamente el estremecimiento de los hombres a quienes una fuerza ciega e inexorable arroja contra un peligro. El más obtuso de ellos se hizo esta pregunta, pero ninguno pensaba en lo que del suceso podía resultarle. Encadenados a los bancos, la victoria sólo habría redoblado sus cadenas, mientras que, en caso de un desastre, incendiada o echada a pique la nave, compartirían con ella su destino.

Mas Ben Hur tenía otros pensamientos. Un sonido como de muchos remos que a la vez golpeasen el agua

en torno de él, atrajo su atención. La *Astraea* tambaleóse un momento como si estuviese en medio de corrientes contrarias. Entonces comprendió que estaba próxima una gran flota, una gran flota que maniobraba, que se preparaba probablemente al ataque. A esta idea hirvióle la sangre en las venas.

Desde el puente se dió otra nueva orden. Los remos se sumergieron en el agua y la nave prosiguió lentamente su camino. Ni un rumor se oía a bordo, ni un rumor oíase en el mar, y sin embargo, todos en la cubierta se dispusieron instintivamente al ataque; la nave misma, que parecía tener esta intuición, permanecía silenciosa. Por fin, un sonoro y prolongado estridor de la trompa, que partía del puente, turbó el silencio. El jefe dejó caer el martillo, y los remeros, inclinados sobre los remos, redoblaron sus esfuerzos. La nave se deslizó hacia adelante como una criatura animada. Otras trompas se unieron al clamoreo, a derecha e izquierda y por detrás; ninguna sonó delante, de donde llegaba solamente un confuso tumulto de voces y de rumores. Produjose una sacudida violenta. Los remeros, de pie ante su jefe, vacilaron; algunos de ellos fueron derribados. La nave retrocedió, se detuvo y avanzó de nuevo con ímpetu irresistible. Por doquiera resonaron agudos gritos de hombres aterrorizados, que apagaban el estampido de las trompetas y el ruido del ataque. Después, bajo sus pies, bajo la quilla, Ben Hur sintió un choque y el sordo rumor de madera resquebrajada. Los galeotes se miraron unos a otros. Un aullido de triunfo salió del puente: ¡la proa de la nave romana había vencido! Mas, ¿quiénes eran los infelices a quienes el mar se había tragado? ¿A qué país pertenecían, qué lengua hablaban?

No hubo tregua ni descanso. La *Astraea* continuó su marcha. Algunos marineros descendieron precipitadamente por las escaleras, sumergieron las torcidas de algodón en los recipientes de aceite y las pasaron goteantes a sus compañeros que estaban en el puente. El fuego había de añadirse a los terrores del combate.

En esto la galera se inclinó de improviso sobre un

flanco, de modo que los remeros del lado opuesto a duras penas pudieron guardar el equilibrio. Oyóse un nuevo *¡vitor!* de lo romanos. Una nave enemiga, aferrada por los garfios de la gran grúa que giraba sobre la proa, fué levantada al aire para ser inmediatamente arrojada a las olas y sumergida.

El clamoreo iba en aumento por doquiera. De cuando en cuando escuchábase un crujido lúgubre seguido de voces de terror, que anunciaban que otra nave había sido echada a pique con toda su tripulación.

Mas la lucha no era completamente favorable a los romanos. A menudo un soldado o marinero eran conducidos a la cámara, donde los dejaban, heridos y a veces moribundos, sobre el pavimento.

➤ A veces nubes de humo y de vapor, oliendo a carne quemada, penetraban por las escotillas, sumergiendo la cámara en una densa obscuridad, sólo interrumpida por el resplandor de alguna que otra llama amarillenta.

Bostezando y respirando afanosamente, Ben Hur conocía que pasaban a través de las llamas de una nave incendiada, que ardía juntamente con todos sus remeros encadenados en sus bancos.

De pronto la *Astraea* se detuvo, los remos se escaparon de las manos de los galeotes, que asimismo fueron arrojados de sus asientos. Sobre el puente resonó el pisar furioso de muchos pies, y en los flancos oyóse resquebrajamiento de naves y crujimiento de remos. Los esclavos se arrojaron en tierra o huyeron en busca de escondrijos. En medio de este pánico, un cuerpo humano fué lanzado de cabeza, a través de la escotilla, a los pies de Ben Hur, un busto semidesnudo, una masa de cabellos negros cubriendo un semblante, y debajo un escudo de mimbres y de cuero: un bárbaro septentrional, al que la muerte había privado de la venganza y del botín. ¿Cómo había caído allí? ¿Los garfios de hierro lo habían arrancado del puente enemigo? No; la *Astraea* había sido abordada y el combate se daba sobre el mismo puente. Un estremecimiento de terror invadió al judío. Quizá Arrio, asaltado, estaba defendiendo su propia

vida. ¡Si hubiese muerto! ¡El Dios de Abraham no lo quiera! ¿Qué sería de sus esperanzas y de sus sueños? Madre, hermana, casa, patria, ¿debería perderlas de nuevo? El tumulto arreció sobre su cabeza; en la cámara todo era confusión; los remeros estaban inmóviles y como paralizados en sus bancos; los tripulantes corrían de un lado a otro atropelladamente; sólo el jefe, sentado ante su mesa, esperaba impasible una orden del tribuno, ejemplo de aquella admirable disciplina que había subyugado al mundo.

Este ejemplo tranquilizó a Ben Hur, que se posesionó de sí lo suficiente para reflexionar. El honor y el deber retenían al romano en su sitio; pero para él estas razones no existían. El era un esclavo, y quizá era aquel el momento de reconquistar su libertad. ¿A quién aprovecharía su sacrificio? Para él era un deber la vida, no la muerte. Su existencia pertenecía a su madre y a su hermana. Las veía aparecérsese en su ardiente fantasía, palpitantes, de carne y hueso, tendiéndole los brazos. El las salvaría. Tomó una decisión, dió dos pasos, se detuvo. ¡Ah! Una sentencia romana lo sujetaba a su destino. Mientras pesase sobre él, era inútil su huida. En todo el mundo no habría encontrado un rincón en que se pudiera creer seguro, en que no le hubiese alcanzado la venganza de Roma. Por otra parte, él tenía necesidad de la libertad concedida con todas las formalidades de la ley, para poder recorrer la Judea sin ser molestado, hasta encontrar a su madre. ¡Oh Dios! ¡Cuánto había esperado y orado para que llegase esta libertad! Por fin parecía estar próximo a obtenerla, si había de atenerse a las palabras del tribuno. ¿Mas si este bienhechor perecía? Los muertos no vuelven para mantener las promesas hechas a los vivos. No. Arrio no debía morir. Mejor era, en todo caso, morir con él, que continuar su vida de galeote.

Ben Hur tendió su vista en rededor. Sobre el techo de la cámara la lucha proseguía: los flancos de la nave rozaban aún con los de la nave enemiga. Los esclavos se revolvían en sus bancos, intentando quebrantar sus

cadenas, y al ver la inutilidad de sus esfuerzos, aullaban como locos. Los guardias estaban sobre cubierta; la disciplina había cedido el lugar al pánico. Mas el jefe estaba aún sentado en su sitio, impassible, fiel a su consigna, sin otra arma que su martillo, con el cual en vano procuraba llamar al orden a los esclavos. Ben Hur dirigióle una mirada, y después alejóse, no huyendo, sino en busca del tribuno.

En dos saltos se encontró en mitad de la escalera y pudo ver a hurtadillas un trozo de cielo fulgurante, algunas naves próximas, el mar cubierto de restos, y la lucha en la nave arreciando en torno del cuarto del piloto, en donde un puñado de romanos se defendían contra gran número de asaltantes. De pronto le faltó el terreno bajo los pies y fué arrojado atrás violentamente. El pavimento de la cámara le pareció levantarse y henderse; después, en un cerrar de ojos, toda la parte posterior de la nave se abrió en dos y hundióse, en medio de un tumulto de olas y de espuma, en el mar, que ávidamente se cerró sobre ella atrayéndola a sí como una paja.

No podemos afirmar que el joven judío hubiese contribuído activamente a su salvación. Su fuerza extraordinaria y los indescriptibles recursos que la naturaleza tiene reservados para los momentos de extremo peligro, de nada le sirvieron en aquella obscuridad, en aquel torbellino de agua y de fragmentos. El acto mismo de aguantar la respiración fué un acto meramente instintivo.

El flujo del agua lo había arrojado a la parte posterior de la cámara, en donde habría perecido ahogado si no lo hubiese sacado de allí el reflujo siguiente. Al hundirse, la enorme masa lo vomitó por una de las escotillas y le permitió ganar la superficie.

El tiempo que había pasado debajo del agua le había parecido una eternidad. Con la boca abierta respiró a pulmón lleno el aire vivificante, y goteando agua por los cabellos y por los ojos, se encaramó a una tabla que flotaba cerca de él.

La muerte lo había perseguido con manos ávidas debajo del agua. La muerte, bajo mil aspectos, lo asediaba en la superficie.

Sobre el mar se extendía una gran nube de humo, entre la cual aparecían por instantes puntos luminosos, que Ben Hur suponía procedentes de las naves incendiadas.

La batalla proseguía aún, se ignoraba con qué fortuna. De cuando en cuando pasaba junto a él, como sombra gigantesca, alguna nave. A través de la niebla se oían crujidos y ruidos de naves chocando.

Pero otro peligro más inmediato atrajo su atención. Cuando la *Astraea* se hundió, la lucha entre asaltantes y asaltados arreciaba sobre el puente, el cual se había hundido juntamente con las otras partes de la nave. Muchos de estos combatientes habían vuelto a la superficie y reanudado en ella la lucha, sirviéndose del apoyo que les deparaban tablas, mástiles y trozos de arboladura. Estrechados en abrazo mortal, se revolvían desesperadamente, asaltábanse con espadas y jabalinas, combatidos continuamente por las olas agitadas, arrojados, ya en una, ya en otra dirección, por corrientes opuestas y por remolinos, ora en la obscuridad, ora iluminados por la luz fatídica de las naves incendiadas.

Ben Hur no tenía nada que ver con aquella lucha, y se esforzó en alejarse de ella lo más pronto posible. En esto oyó rumor de remos en movimiento rítmico, y vió que se aproximaba una galera rápidamente. La majestuosa proa parecía doblemente alta, y la luz rojiza que la iluminaba le daba toda la apariencia de un dragón o de un monstruo marino. En torno de ella el mar se agitaba espumeante.

Impeliendo la tabla hacia adelante, intentó ponerse en salvo. El tiempo apremiaba, los instantes eran preciosos. En aquel momento, al alcance de su mano, vió salir del agua un yelmo dorado, después dos manos con los dedos rígidos, manos largas y fuertes, que procuraban aferrarse a su tabla. Ben Hur se detuvo asombrado. El yelmo apareció de nuevo; después dos bra-

zos se agitaron violentamente. La cabeza se echó hacia atrás, exponiendo el rostro a la claridad. La boca excesivamente abierta, los ojos dilatados por el terror, la piel de una palidez cenicienta, de moribundo: ¡una visión horrible! Pero Ben Hur dió un grito de alegría ante aquella aparición, y antes de que el hombre se hundiese por tercera vez, sujetólo por la cadena que aseguraba el yelmo bajo su barba, y atrájolo hacia el madero.

Aquel hombre era Arrio el tribuno.

Por un instante, el agua se levantó espumeante en torno de ellos, envolviéndolos como en un remolino; Ben Hur tuvo que apelar a un supremo esfuerzo para aferrarse al madero y sostener al propio tiempo el cuerpo del romano. La galera había pasado, y sus remos habían casi rozado a los dos náufragos. Impasible en medio de los cuerpos flotantes de los combatientes, había pasado dejando tras de sí una estela que las llamas próximas teñían de rojo, como la cola flameante de una serpiente. Oyóse un estruendo al que siguió un grito agudísimo, desesperado. Ben Hur experimentó un sentimiento de alegría salvaje: la *Astraea* había sido vengada.

La lucha se iba alejando. La resistencia se había trocado en fuga. Mas, ¿quiénes eran los vencedores? Ben Hur comprendía que su libertad y que la vida del tribuno dependían de la respuesta. Acomodó al romano sobre el madero y esperó. El alba se adelantaba lentamente. Ben Hur seguía su aparición con esperanza, pero también con ansiedad. ¿De qué sería portadora? Si los piratas habían vencido, la vida del romano estaba perdida.

Por fin la luz brilló en todo su esplendor. Ben Hur vió a su izquierda la tierra, pero muy lejos para poder llegar a ella nadando. Aquí y allá, sobre el mar, otros náufragos como él flotando agarrados a fragmentos. En algunos sitios, masas negras y humeantes cubrían el verdor de las aguas. A derecha, a muchas brazas de distancia, una galera estaba inclinada sobre su cos-

tado, las velas desgarradas, los remos inertes. Más lejos podían verse pequeñas manchas que se movían, quizá naves que huían o que se perseguían, quizá aves marinas de blancas alas.

Una hora transcurrió de este modo, y la angustia de Ben Hur fué en aumento. Si el socorro tardaba, Arrio podía perecer. Al ver su fría inmovilidad, llegó una vez a suponerlo ya cadáver. Le sacó de la cabeza el yelmo, y con grande dificultad le desciñó también la coraza. El corazón le latía levemente. Esta señal aumentó la confianza de Ben Hur, que se entregó a la oración y a la esperanza.

CAPITULO VI

El volver en sí del estado de semiahogo es un proceso más largo y más doloroso que el ahogamiento mismo. Ben Hur experimentó una intensa alegría cuando Arrio pudo finalmente articular alguna palabra. Después de las primeras preguntas acerca del lugar en donde se encontraba y de qué modo había sido salvado, el pensamiento del tribuno corrió súbitamente al éxito de la batalla. La incertidumbre respecto a ella estimulaba su inteligencia, y contribuyó a restaurarle las fuerzas tanto como el reposo a que le obligaba la breve superficie del madero. Después ya pudo hablar continuamente.

—Nuestra salvación —dijo— depende del resultado de la batalla. Yo reconozco todo cuanto por mí has hecho. Tú me has salvado la vida con peligro de la tuya. Lo reconozco plenamente, y suceda lo que suceda, cuenta con mi agradecimiento. Si la suerte me favorece, yo haré por ti todo cuanto un romano autoritario y poderoso puede hacer para demostrar su gratitud. Mientras ignoramos si a pesar de tu buena voluntad tú me has prestado un servicio, apelando a tu benevolencia (y dudó un instante antes de proseguir), debo pe-

dirte un favor. Prométeme que, en el caso de que la ocasión se presente, me prestarás el mejor servicio que un hombre puede prestar a otro hombre. Dame tu palabra.

—Si el favor que de mí solicitas es cosa lícita, te lo haré —dijo Ben Hur.

Arrio descansó nuevamente.

—¿Eres verdaderamente el hijo de Hur, el israelita? —preguntó después.

—Lo soy, ya te lo dije.

—Yo conocí a tu padre.

Judá se aproximó al tribuno, cuya voz se iba debilitando. Se aproximó, escuchándole con atención. Tal vez iba a darle las noticias que tanto deseaba.

—Le conocí y le amé —continuó Arrio.

Hubo otra pausa, durante la cual los pensamientos del tribuno parecían volar en otra dirección.

—Es imposible —prosiguió— que tú, su hijo, no hayas oído hablar de Catón y de Bruto. Fueron grandes hombres, mas nunca en tanto grado como en el momento de morir. Con su muerte fué para nosotros ley que un romano no debe sobrevivir a su desgracia. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Los nobles romanos acostumbran llevar un anillo. Este llevo en mi dedo. Tómalo.

Tendió la mano hacia Judá, que cumplió el mandato.

—Ahora ponlo en tu dedo.

Ben Hur obedeció.

—Esa joya te será de gran utilidad —dijo Arrio—. Poseo tierras y dinero. Soy considerado rico aún en la misma Roma. No tengo familia. Muestra ese anillo a mi liberto, que administra mis bienes durante mi ausencia; lo encontrarás en una quinta cercana a Miseno. Dile cómo llegó a tus manos y pídele cuanto quieras, no te lo rehusará. Si vivo, haré más todavía. Te devolveré la libertad, te restituiré a tu familia; o bien, podrás escoger la profesión que más te plazca. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Ahora jura. Por los dioses...

—No, tribuno, yo soy judío.

—Por tu Dios, pues, o según la fórmula más sagrada de tu fe, jura que harás cuanto te digo. Dame tu palabra.

—Noble Arrio, tu voz me denuncia que vas a pedirme algo de suma gravedad. Exponme antes tu deseo.

—¿Prometerás?

—No puedo sin saber lo que quieres... ¡Bendito sea el Dios de mis padres! ¡Mira una nave!

—¿De dónde llega?

—Del Norte.

—¿Puedes por algún signo exterior reconocer su nacionalidad?

—No. He sido siempre remero.

—¿Lleva bandera?

—No.

—¿Y no ves otro signo alguno?

—Lleva la vela desplegada, tiene tres órdenes de remos y navega con gran velocidad. Nada más veo.

—Una nave romana, después de una victoria, estaría empavesada. Debe ser una galera enemiga. Escúchame

—dijo Arrio bajando la voz—, escúchame mientras puedo hablar; si la galera pertenece a los corsarios, has salvado tu vida; quizá no te den la libertad, quizá te destinarán todavía al remo; pero no te matarán. Mas yo...

El tribuno titubeó.

—*Per Pol!* —prosiguió resueltamente—. Yo soy demasiado viejo para sobrevivir al deshonor. Has de decir a Roma que Quinto Arrio se fué a pique con su nave en medio de sus enemigos, como corresponde a un tribuno romano. Esto has de decir. Si la galera es una nave de corsarios, arrójame del madero y déjame ahogar. ¿Comprendes? Júrame que lo harás.

—Ni quiero jurar —dijo Judá con firmeza—, ni haré semejante acción. La ley que gobierna a los hijos de Israel me lo prohíbe. Toma tu anillo, oh tribuno —añadió sacándose el dedo—, toma tu anillo, y con él tus

promesas. La sentencia que me condenó vitaliciamente al remo me hizo esclavo; mas yo no soy esclavo, y menos tu liberto. Soy un hijo de Israel, y, por lo menos en este instante, libre y dueño de mis actos. Toma tu anillo.

Arrio no contestó.

—¿No lo quieres? —preguntó Judá—. No en señal de cólera ni de menosprecio, ¿entiendes?, mas para libramme de una obligación que sobre mí pesa, daré tu regalo al mar. ¡Mira, oh tribuno!

Y arrojó el anillo al agua. Arrio lo oyó caer, mas no levantó los ojos.

—Has cometido una imprudencia —dijo—. Piensa en tu condición. Yo no dependo de tí para morir. La vida es un hilo tenue que yo puedo romper sin que tú me ayudes; y si lo hago, ¿qué será de tí? Quien quiere morir se prefiere que le maten otros, porque, como nos enseña Platón, el alma se rebela contra la idea del suicidio. Si aquella nave pertenece a los piratas, yo abandonaré el mundo. Estoy decidido; soy romano, y para mí la fortuna y el honor lo son todo. Mas yo hubiera querido serte útil. Aquel anillo era la única prueba de mi voluntad, y tú lo has arrojado; ahora entrambos estamos perdidos. Yo moriré con la pena de la victoria y de la gloria perdidas; tú vivirás con el remordimiento de haber rehusado una dádiva de la fortuna que te habría permitido el cumplimiento de tus deberes. Te compezezo.

Ben Hur vió entonces con toda claridad las consecuencias de su acción, mas no titubeó.

—En tres años de esclavitud, oh tribuno, tú has sido el primero en dirigirme una mirada compasiva... No, no. Fué otro.

Su voz se bajó hasta hacerse suavísima; sus ojos se humedecieron, y vió, como si lo tuviese ante él, el semblante del adolescente que le había dado de beber en la fuente de Nazareth.

—Pero al menos tú has sido el primero que me ha preguntado el nombre; y cuando te salvé desvanecido

y medio ahogado, aunque pensé en lo mucho que podrías favorecerme, mi acción, puedes creerlo, no tuvo nada de interesada. Además, los designios que Dios manifiesta han de ser alcanzados únicamente por medios honestos. Mi conciencia me aconseja que antes que matarte es preferible morir contigo. Mi resolución es tan firme como la tuya, y aunque me ofrecieses todo Roma, oh tribuno, y estuviese en tus manos dármele, yo no te mataría. Tus Catones y tus Brutos son niños pequeñísimos comparados con el Legislador hebreo, a quien debemos obediencia.

—Mas mi súplica. Tú tienes...

—Un mandato tuyo habría pesado más en mí, y sin embargo, no lo hubiera atendido. He dicho.

Entrambos callaron, esperando.

Ben Hur contemplaba la nave. Arrio descansaba con los ojos cerrados, indiferente a todo.

—¿Estás seguro de que es una nave enemiga? —preguntó Ben Hur.

—Así lo creo —contestó Arrio.

—Se ha detenido y ha arrojado un bote al agua.

—¿Ves su bandera?

—¿No hay otro signo por el que se pudiese conocer si es romana?

—Si es romana, llevaría un yelmo en la extremidad del árbol.

—Alégrate, pues; yo veo el yelmo.

Pero Arrio no se tranquilizó.

—Los hombres del bote están recogiendo a los naufragos. Los piratas no serían tan compasivos.

—Pueden necesitar remeros —dijo Arrio, pensando acaso en las ocasiones en que él había hecho lo propio.

Ben Hur observaba atentamente la nave.

—La galera se aleja —dijo.

—¿Hacia dónde?

—A nuestra derecha hay una galera abandonada. La nave se acerca a ella. Ya está a su lado. Destaca hombres a bordo.

Entonces Arrio abrió los ojos y se incorporó, sentándose sobre la tabla.

—Da gracias a tu Dios —dijo a Ben Hur—, como yo se las doy a mis dioses. Un corsario habría hundido, no salvado la nave. Por esto y por el yelmo que lleva en su árbol la reconozco por una galera romana. La victoria es mía. La Fortuna no me ha abandonado. Nos hemos salvado. Agita la mano, llámales. Yo seré duunviro, y tú... Yo conocí a tu padre, y le amé. ¡Era un verdadero príncipe! De él aprendí que un judío no es un bárbaro. Yo te conduciré conmigo, te adoptaré por hijo. Da gracias a tu Dios y llama a los marineros. ¡Pronto! Hemos de perseguir a los piratas. Ni uno solo debe escapársenos.

Judá se levantó sobre la tabla, agitó la mano y gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Por fin los marineros del bote le vieron, y los naufragos fueron recogidos inmediatamente.

Arrio fué recibido a bordo de la galera con todos los honores debidos a un vencedor tan favorecido por la suerte. Tendido en un lecho sobre el puente, escuchó todas las particularidades del fin de la batalla. Cuando todos los sobrevivientes al naufragio fueron salvados, y se hubieron colocado guardias en la nave capturada, la galera izó la bandera almirante y corrió, con cuantas naves pudo reunir, a completar la victoria. Los otros cincuenta navíos, descendiendo por el canal, encontraron a los piratas fugitivos y los derrotaron completamente. Toda la flota enemiga fué echada a pique, a excepción de veinte galeras que se capturaron.

A su regreso a la patria, Arrio tuvo en Miseno una delirante acogida. El joven que le acompañaba llamó desde luego la atención de sus amigos, y a sus preguntas acerca de quién era, contestó el tribuno relatando con afecto y emoción la historia de su salvamento, y presentó al extranjero, omitiendo cuanto se refería a su vida de galeote. Terminado el relato, llamó a Ben Hur y dijo, poniéndole la mano en la espalda:

—Amigos míos, este es mi hijo y heredero, el cual,

teniendo que sucederme en la propiedad de mis bienes, si los dioses permiten que yo los deje, deberá en adelante llevar mi nombre. Yo os ruego que le queráis como me queréis a mí mismo.

Apenas se presentó la ocasión, la adopción se hizo formalmente. De este modo el noble romano mantuvo la promesa hecha a Ben Hur, presentándolo al mundo imperial. El mes siguiente al regreso de Arrio, en el teatro de Escauro se celebró con toda solemnidad la ceremonia del *Armilustrium*. Entre los trofeos más admirados, que ocupaban un lado del vasto recinto, figuraban veinte proas con sus correspondientes *aplustra*, tomados a las galeras capturadas; y encima de ellas, con caracteres visibles a los ochenta mil espectadores que invadían las gradas, se destacaba esta inscripción: CAPTURADAS A LOS PIRATAS EN EL GOLFO DE EURIPO POR QUINTO ARRIO, DUUNVIRO.

FIN DEL LIBRO TERCERO



LIBRO CUARTO

CAPITULO PRIMERO

Nos encontramos en el mes de julio del año de gracia 29; el lugar, Antioquía, entonces reina del Oriente, y después de Roma, la más potente si no la más populosa ciudad del mundo.

Algunos pretenden que la extravagancia y disolución de aquella época tuvieron su origen en Roma, y que de ella se propagaron a todo el Imperio, de manera que las grandes ciudades no hacían más que imitar las costumbres de la metrópoli del Tiber. Mas sobre esto tenemos nuestras dudas. Más bien parece que la reacción de la conquista se haya reflejado en la moral de los conquistadores, los cuales encontraron en Grecia y en Egipto una ancha fuente de corrupción; así, el estudioso que considere atentamente este período saldrá con la impresión de que la corriente desmoralizadora se dirigía de Oriente a Occidente, y de que la ciudad de Antioquía, sede antiquísima del poderío y del esplendor asirios, era uno de los principales afluentes de este río mortífero.

Una galera mercante avanzaba por las azuladas ondas del mar con dirección a la desembocadura del Oronte. Era antes del medio día y hacía un calor intenso; mas esto no obstante, todos cuantos podían subir al puente se encontraban sobre él, y entre ellos Ben Hur. Los cinco años transcurridos habían llevado al joven israelita a perfecta madurez. Aunque la veste de tela blanca que lo envolvía cubriese en parte sus for-

mas, su aspecto era de los más atrayentes. Por espacio de una hora, en que había permanecido sentado a la sombra de la vela, sus compañeros de viaje y sus coterráneos habían procurado hacerle hablar, y a sus preguntas había contestado con grave cortesía, pero brevemente y en lengua latina. La pureza de su acento, la distinción de sus modales y su reserva, excitaban aún más la curiosidad. Quien atentamente lo observase no podía menos de descubrir el contraste entre su apariencia, que revelaba la elegante sencillez del patricio, y ciertos detalles personales. Por ejemplo: sus brazos eran desproporcionadamente largos, y cuando el balanceo de la nave le obligaba a buscar un punto de apoyo, el grandor de sus manos y su fuerza extraordinaria se patentizaban a todos; por esto, a la curiosidad de saber quién era, añádiase la de conocer las vicisitudes de su vida. En menos palabras: su aspecto indicaba claramente que era un hombre cuyo pasado estaba lleno de aventuras.

La galera en su travesía había tocado en uno de los puertos de Chipre y recibido a bordo a un israelita de aspecto respetable, tranquilo, reservado y paternal. Ben Hur se atrevió a dirigirle algunas preguntas, y las respuestas que obtuvo inspiráronle confianza y dieron lugar a un coloquio más amistoso. Quiso la casualidad que mientras la galera avanzaba por la bahía del Oronte, otras dos naves, avistadas desde lejos, la alcanzasen, y al pasar desplegasen dos pequeñas banderas amarillas, dando pie a numerosas conjeturas acerca del significado de aquellas señales. Por fin, un pasajero fué al encuentro del respetable israelita para pedirle aclaraciones de sus dudas.

—Sí, conozco perfectamente el significado de las banderas —contestó—; no indican nacionalidad alguna, sino el distintivo de su propietario.

—¿Y este propietario lo es de muchas naves?

—Ciertamente.

—¿Le conocéis?

—Sí, he hecho con él algunos negocios.

Los pasajeros dirigieron al israelita una mirada interrogativa, como esperando nuevos detalles. Ben Hur escuchaba con grande interés.

—Vive en Antioquía —prosiguió tranquilamente el israelita—. Sus riquezas le han hecho muy conocido, y los comentarios que se hacen sobre sus negocios no le son siempre favorables. En otro tiempo había en Jerusalén un príncipe de antiquísimo linaje, llamado Hur...

Judá hacía esfuerzos para mostrar tranquilidad, pero su corazón latía con violencia.

—El príncipe era un mercader dotado del genio de los negocios. Acometió muchas empresas, así en el lejano Oriente como en los puertos de Occidente. En todas las grandes ciudades poseía sucursales, y la de Antioquía estaba confiada a un sujeto que respondía al nombre griego de Simónides, pero judío de nación, el cual decíase que había sido un esclavo de la familia. El príncipe murió ahogado; pero esto no obstante, su comercio continuó sin que disminuyese su prosperidad. Poco después una desgracia se cebó en su familia. El único hijo del príncipe, adolescente apenas, atentó contra la vida del procurador Grato, en una de las calles de Jerusalén. El crimen se frustró, y no volvióse a saber más del joven. La venganza del romano alcanzó a toda la familia, y ningún miembro de ella fué perdonado. El palacio, cerrado, sólo sirve actualmente de refugio a los pichones; sus tierras fueron confiscadas, y asimismo todos los bienes de los Hur. El procurador creyó indemnizarse de la herida recibida aplicándose una cataplasma de oro.

Los pasajeros rompieron a reír.

—¿Queréis decir que él se adjudicó parte de los bienes? —exclamó uno de ellos.

—Esto dicen —replicó el israelita—, únicamente repito lo que he oído referir; y continuando mi historia, añadiré que Simónides, el agente del príncipe en Antioquía, se puso en breve a comerciar por propia cuenta, y en un plazo de tiempo increíblemente corto, llegó a ser el primer mercader de la ciudad. Siguiendo ei

ejemplo de su señor, mandó caravanas a la India, y actualmente tiene en el mar tantas galeras cuantas bastarían para formar una flota real. Dicese que ninguno de sus negocios le ha salido mal; sus camellos sólo mueren de vejez, y ninguna de sus naves ha naufragado. Si él arroja al río un pedazo de madera, se lo devuelve convertido en oro.

—¿Y esto desde cuándo dura?

—Desde más de diez años.

—Habrá tenido grandes capitales para comenzar.

—¡Ya! Refiérese que el procurador se apoderó solamente de los bienes inmuebles del príncipe, así como de sus caballos, ganados, naves y mercancías; mas nunca pudo hechar mano de dinero, y eso que debía tenerlo en gran cantidad. Lo que ha sucedido sigue siendo un misterio.

—No para mí —interrumpió sonriendo un pasajero.

—Comprendo lo que queréis decir —replicó el judío—. Lo mismo sospechan otros; más aún: es creencia general que el dinero desaparecido ha constituido el primer capital del viejo Simónides. El mismo procurador es, o por lo menos era, de la misma opinión, pues dos veces en cinco años ha mandado torturar al mercader.

Ben Hur apretó con mayor fuerza la cuerda a la cual se había cogido con una mano.

—Dicese —prosiguió el narrador— que aquel hombre tiene todos los huesos descoyuntados. La última vez que le ví estaba sentado en un diván, y parecía una masa informe hundida entre las almohadas.

—¡Torturado hasta este punto! —exclamaron a la vez algunos de los oyentes.

—Los achaques naturales no hubieran podido deformarle de tal modo. Sin embargo, las torturas no surtieron ningún efecto. Las únicas palabras que se le pudieron arrancar fueron que todo cuanto poseía era legalmente suyo y que usaba de ello legítimamente. Actualmente está garantido contra toda ulterior perse-

cución por una licencia de comercio firmada nada menos que por Tiberio.

—¡Cara le habrá costado!

—Aquellas naves son tuyas —prosiguió el israelita sin hacer caso de la interrupción—. Acostumbran los navegantes, cuando se encuentran, izar sus enseñas como para decir: "Hemos tenido una feliz travesía."

Y aquí terminó el relato. Cuando la galera estaba ya entre las dos riberas del río, Judá preguntó al israelita:

—¿Cómo se llamaba el dueño del comerciante?

—Ben Hur, príncipe de Jerusalén.

—¿Y qué fué de la familia del príncipe?

—El hijo fué embarcado en las galeras, que es tanto como decir que está muerto. Un año es el límite ordinario de resistencia. De la viuda y de la hija nada se sabe, y quien sabe algo prefiere callar. Probablemente perecieron en una de las celdas de los castillos que costean los caminos de Judea.

Judá saludó y se dirigió al sitio del piloto. Estaba tan profundamente absorto en sus pensamientos, que apenas se fijó en las amenas orillas del río, que en todo su curso, desde el mar a la ciudad, ofrecían sorprendente aspecto, adornadas como estaban de quintas tan ricas como las de Nápoles y rodeadas de abundantes frutales y viñedos. Ni siquiera reparó en las innumerables naves que desfilaron por delante de él, ni en los cantos de los marineros. Todo el cielo estaba iluminado por una luz rosada que envolvía tierra y agua: sólo él lloraba pensativo y sombrío el semblante.

Un instante tan sólo se reportó: cuando alguien señaló el bosquecillo de Dafne, visible desde una revuelta del río.

CAPITULO II

Así que pudo verse la ciudad, los pasajeros, deseosos de no perder nada del espectáculo, acudieron todos sobre cubierta.

—El río, aquí, corre hacia Occidente —explicaba el israelita venerable, ya presentado al lector—. Yo me acuerdo de cuando sus aguas bañaban el zócalo de sus muros; pero, súbditos romanos, hemos vivido en paz, y como suele suceder en tiempos tranquilos, el comercio se ha impuesto, y ahora toda la ribera del río está cubierta de muelles y astilleros. Allí (y señalaba hacia Mediodía) se ve el monte Casio, o, como este pueblo prefiere llamarlo, la montaña de Oronte, que tiene ante él a su gemelo Anno hacia Septentrión; entre ambos se extiende la llanura de Antioquía. Más allá están las montañas Negras, de las cuales los acueductos reales nos traen agua fresquísima para regar las calles y para beber, y cuyas laderas están cubiertas de bosques llenos de pájaros y fieras.

—¿Dónde está el lago? —preguntó uno.

—Allá abajo, al Norte. Podéis ir hasta allí a caballo, si deseáis verlo, o mejor aún, embarcado, pues está unido al río por medio de un canal tributario. El bosquecillo de Dafne —añadió contestando a un tercer preguntante— fué comenzado y terminado por el mismo Apolo, quien lo prefiere al Olimpo. Quien va a él y lo contempla una vez, una sola, no se decide a abandonarlo. Hay un proverbio que nos lo explica: “Mejor es ser gusano y alimentarse de los morales de Dafne, que ser huésped de un rey.”

—¿Entonces me aconsejáis que no vaya a él?

—No; habéis de ir. Todos van: filósofos, cínicos, jóvenes alegres, mujeres y sacerdotes. Estoy tan seguro de que lo haréis, que me atrevo a daros un consejo. No os alojéis en la ciudad, pues perderíais el tiempo; id directamente a la aldea situada en los confines del bosquecillo. El camino conduce allí a través de un jardín y por entre fuentes amenísimas. Las amantes del dios y la hija de Peneo lo construyeron; en sus pórticos, en sus senderos, en sus recodos, encontraréis tipos, trajes, atractivos, imposibles en otro lugar. Mas ved los muros de la ciudad. Son la obra maestra de Jerjes, el maestro del arte mural.

Todos los ojos siguieron la dirección de su mano.

—Esta parte fué erigida por orden del primero de los Seleucidas. Después de trescientos años ha acabado por formar una sola masa con la roca sobre que descansa.

El elogio era merecidísimo. Altas, sólidas y con muchos ángulos atrevidos, curvábanse majestuosamente hacia el Mediodía.

—Coronan esas murallas cuatrocientas torres, cada una de las cuales es un depósito de agua —prosiguió el israelita—. Fijaos atentamente, y allende el muro, a pesar de su elevación, veréis en lontananza dos colinas, llamadas las crestas rivales de Sulpio, de que habréis oído hablar. El edificio que se yergue sobre la más lejana es la ciudadela, ocupada constantemente por una legión romana. En el lado opuesto, y más próximo a nosotros, está el templo de Júpiter, y debajo la fachada del palacio del gobernador, y fortaleza al mismo tiempo, contra la cual un ataque del pueblo resultaría tan inofensivo como un sople del siroco.

Mientras los marinos comenzaban a amaniar las velas, el israelita prorrumpió en estas palabras:

—¡Atención! Los que odiáis el mar, y vosotros que habéis hecho votos, preparad vuestras maldiciones y vuestras plegarias. Aquel puente, allí abajo, sobre el cual pasa la vía que conduce a Seleucia, señala el límite de nuestra navegación. Aquí las naves descargan sus mercancías, que son después transportadas a lomo de camellos. Al otro lado del puente comienza la isla sobre la cual Calinico construyó su nueva ciudad, enlazándola a la antigua con cinco grandes viaductos tan sólidos, que ni los años, ni las inundaciones, ni los terremotos, han hecho en ellos mella. En cuanto a la ciudad principal, amigos míos, bastará deciros que el recuerdo de haberla visto será por toda nuestra vida una fuente de felicidad.

Acababa de hablar, cuando la nave, girando, se acercó lentamente al muelle, presentando su costado a los muros y poniendo así de mayor relieve el admirable

espectáculo que ofrecía el río en aquel punto. Finalmente, se echaron las amarras y se retiraron los remos: el viaje había terminado. Ben Hur fué en busca del israelita.

—Permitidme una palabra antes de separarme de vos.

El israelita accedió con una leve inclinación.

—La historia de vuestro mercader me ha infundido deseos de verlo. Se llama Simónides, ¿no es cierto?

—Sí, y es israelita, aunque sea griego su nombre.

—¿Dónde podré encontrarlo?

El interrogado dirigió una mirada escrutadora antes de contestarle. Después dijo:

—Quiero evitaros una molestia. Mi hombre no presta dinero.

—Ni yo lo admito a préstamo —repuso Ben Hur, a quien la perspicacia del compañero arrancó una sonrisa.

Este levantó la cabeza y se puso un momento a reflexionar.

—Cualquiera pensaría —dijo después— que el más rico mercader de Antioquía vive en una casa digna de tanta riqueza; mas no es así. Si queréis encontrarlo de día, seguid el curso del río hasta llegar a aquel puente, allá abajo, en donde vive en una especie de construcción que parece contrafuerte de la muralla. Delante de la entrada hay un vasto desembarcadero, contantemente lleno de mercancías llegadas y a punto de partir. La flotilla que está allí anclada es suya. No podéis equivocaros.

—Recibid la expresión de mi agradecimiento.

—La paz de nuestros padres os acompañe.

—Y os acompañe a vos también.

Y se separaron.

Dos faquines que cargaron con el equipaje de Ben Hur recibieron sus órdenes.

—¡A la ciudadela! —exclamó.

Estas señas parecían indicar que Ben Hur tenía relaciones militares.

Dos grandes vías cruzándose en ángulo recto dividían la ciudad en cuarteles. Un curioso e inmenso edificio, denominado el Ninfeo, estaba a la entrada de la vía que se dirigía de Norte a Sur. Los faquines precedieron al judío caminando a paso rápido. Aunque el recién llegado procedía de Roma, no pudo menos de maravillarse a la vista de la magnificencia de aquella vía. A un lado y otro se elevaban palacios, y por el centro extendíanse dobles columnatas de mármol, con divisiones especiales para el tránsito de peones, animales y carruajes; frondosos árboles y fuentes que manaban constantes, refrescaban el ambiente. Ben Hur no estaba en disposición de apreciar debidamente aquel espectáculo. La historia de Simónides le intranquilizaba. Llegado al Onfalo, monumento de cuatro arcadas anchas como las mismas vías, llenas de magníficos bajorrelieves y dedicado a sí mismo por Epifanes, el octavo de los Seleucidas, cambió de pensamiento y dijo a los faquines:

—No iré esta noche a la ciudadela; conducidme al Khan más próximo al puente que atraviesa la vía de Seleucia.

La comitiva volvió sobre sus pasos, y en breve se encontró Ben Hur en una mansión primitiva, sí, pero de ancha estructura, situada a poca distancia del puente bajo el cual el viejo Simónides había establecido su morada.

Toda la noche la pasó Ben Hur tendido en la terraza, siempre agitado por el mismo pensamiento y diciéndose a sí a menudo:

—Por fin, por fin tendré noticias de los míos, de mi madre, de mi pequeña Tirzah. Si ellas están aún en el mundo, yo sabré encontrarlas cueste lo que cueste.

CAPITULO III

El siguiente día, muy temprano, desdeñando las hermosas vías de la ciudad, Ben Hur se encaminó a casa de Simónides. Después de haber traspuesto el arco de una

torre almenada, atravesó el muelle, y bordeando el río por entre una turba de trabajadores, llegó al puente Seleuco, donde se detuvo para dirigir una mirada en torno. Allí, adosada al puente, estaba la casa del mercader, que era una mole de piedra gris de paredes toscas, sin ningún estilo, y como dijo muy bien el viajero, formando en apariencia el contrafuerte de la muralla en que se apoyaba. Dos inmensos portales que se abrían en la fachada daban acceso al palacio. Algunos vanos, defendidos por fuertes rejas, hacían en la parte superior las veces de ventanas. De las hendiduras pendían hierbas y arbustos, mientras en otros sitios un musgo verdinegro cubría la basta piedra. Las puertas estaban abiertas y por ellas fluía sin interrupción y atropelladamente la doble corriente del vasto comercio de Simónides.

Sobre el muelle se veían amontonadas las mercancías embaladas de modo vario, y grupos de esclavos, desnudos hasta la cintura, desaparecían por entre ellas atentos a su trabajo.

Debajo del puente veíase una flotilla de galeras, unas a punto de cargar, otras de descargar géneros. En cada mástil flotaba una bandera amarilla. Desde la flotilla al muelle, de nave a nave, los esclavos iban y venían rumorosamente. En la opuesta ribera del río, a la cabeza del puente, salía del agua una muralla, por sobre la cual se divisaban las fantásticas cornisas y torrecillas del palacio imperial, que ocupaba completamente el área de la isla a que había aludido el israelita en su descripción. Mas por sugestivo que fuese el espectáculo, Ben Hur apenas le prestó atención. Absorbíale completamente el pensamiento de que había llegado, por fin, la hora de saber noticias de los suyos, si, como era en efecto, Simónides había sido realmente esclavo de su padre. Pero, ¿tendría él inconveniente en confesarlo?

Esto equivaldría al abandono de sus riquezas y de aquella soberanía comercial de que eran regios testigos el muelle y el río, y, lo que era más doloroso aún, arruinaría su fortuna ahora que se encontraba en el auge de una bellísima carrera. Por otra parte, habría sido de-

clararse voluntariamente esclavo. La sola idea de tal pregunta aparecía monstruosa; era, reducida a sus menores términos, como decir: "Tú eres mi esclavo; entregame cuanto posees, incluso tu misma persona." Esto no obstante, Ben Hur buscaba fuerzas para el inminente coloquio en la conciencia de sus propios derechos y en la esperanza que fermentaba en su corazón. Si la historia que le habían referido era cierta, Simónides y todas sus riquezas le pertenecían. Mas éstas, a decir verdad, nada le importaban. Así, cuando avanzó resueltamente hacia la puerta había ya jurado en su corazón que, con tal de obtener noticias de su madre y de Tirzah, dejaría en libertad a Simónides y nada de lo suyo le pediría. Sin titubear ya más penetró, pues, en la casa.

Su interior era sencillamente el de un vasto depósito dividido en compartimientos donde se encontraban almacenadas con el mayor orden mercancías de toda clase. A pesar de la semioscuridad y del enrarecimiento del aire, trabajábase afanosamente, y de una parte a otra iban los obreros con las sierras y con los martillos preparando las cajas de embalaje. Ben Hur siguió lentamente por una especie de sendero a través de los montones de mercancías, preguntándose si realmente el hombre de cuyo genio le rodeaban tantísimas pruebas había podido ser esclavo de su padre; si era así, ¿a qué clase había pertenecido? Si israelita, ¿era hijo de un siervo? ¿Acaso un deudor o hijo de un deudor? ¿O bien habría sido castigado y vendido a causa de robo? Estos pensamientos que cruzaban por su mente no disminuyeron, por extraño que parezca, en lo más mínimo el respeto y la admiración que sentía crecer por el mercader.

Un hombre le salió al encuentro y preguntóle:

—¿Qué se os ofrece?

—Desearía hablar con Simónides el mercader.

—Seguid por este lado.

Recorriendo un laberinto de estrechos pasos que dejaban las cajas y las balas de mercancías, llegaron al pie de una escalera que los condujo a la parte superior del

almacén. A un lado de ella elevábase la habitación de Simónides, una espaciosa fábrica coronada de una terraza, de cuya ancha cornisa vió Ben Hur con sorpresa pender flores y arbustos bellísimos. También el terrado del almacén estaba convertido en jardín, adornado de arbustos, de rosas pérsicas, de las cuales Ben Hur aspiraba con voluptuosidad el suavísimo aroma. Entrados en la casa y atravesando una especie de corredor semi-oscuro, se detuvieron ante una cortina en parte recogida, mientras su acompañante anunció en voz alta:

—Un forastero desea hablar con el señor.

Una voz limpia repuso:

—Dejadle entrar, en nombre de Dios.

El local en que Ben Hur penetró hubiera sido llamado *atrium* por un romano. Las paredes estaban revestidas de tablas de madera, de las cuales salían anaqueles y compartimientos, como se usa aún actualmente en las casas de comercio, llenos de pergaminos polvorientos y amarilleados por el tiempo. En la parte inferior y superior de los tableros corrían elegantes arrimaderos de madera, un tiempo blancos, ahora oscuros y relucientes. El techo era de bóveda, con una cúpula central cubierta de centenares de placas de mica violácea, que difundían por la estancia una luz deliciosamente suave. El pavimento estaba cubierto de pieles grises de pelaje tan largo y mórbido, que los pies se hundían en ellas y el rumor de los pasos se hacía imperceptible. En medio de la estancia, iluminada por aquella luz tranquila, veíanse dos personas: un hombre sentado en un sillón de respaldo alto y forrado de cómodos cojines; a su derecha, apoyada en el asiento, una doncella en la primavera de su edad.

A su vista Ben Hur sintió que la angre se agolpaba a sus sienes y le encendía las mejillas. Hizo una inclinación, parte por respeto, parte para ganar tiempo. A este saludo notó un gesto de sorpresa en el individuo sentado y un estremecimiento motivado por su aparición en la estancia. Cuando Ben Hur levantó la cabeza, las señales de emoción habían desaparecido, y el único cam-

bio del cuadro que ante sí tenía se había producido en la posición de la doncella, que ahora apoyaba ligeramente su mano en la espalda del anciano. Entrambos mirábanle atentamente.

—Si sois Simónides y judío (Ben Hur hizo una leve pausa), que la paz del Dios de nuestro padre Abraham sea con vos y con los vuestros.

Esta última parte fué dirigida a la doncella.

—Yo soy Simónides, judío de nacimiento —respondió el mercader con voz clara y sonora—. Os devuelvo el saludo, y al mismo tiempo os ruego que me digáis con quién tengo el honor de hablar.

Ben Hur contempló a su interlocutor, y en vez de una figura humana vió un cuerpo deforme hundido en los almohadones, cubierto de un manto de seda oscura recamada; pero sobre aquellas pobres carnes erguíase una cabeza de apariencia real, la cabeza ideal de un hombre de Estado o de un conquistador; una cabeza de barba larga y de noble y ancha frente, como Miguel Ángel la habría modelado en una estatua de César. Por las sienes le descendían canos cabellos ensortijados, que acentuaban la intensidad de la mirada de sus ojos, negrísimo y brillantes. El rostro no tenía color. Profundas arrugas daban mayor relieve a sus abultadas mejillas. En una palabra: la cabeza y el rostro indicaban un hombre más apto para mover el mundo que para dejarse mover; un hombre capaz de soportar doce veces las torturas que le habían reducido a aquel estado, sin exhalar un grito, y mucho menos hacer una confesión; un hombre que renunciaría a la vida, pero nunca a un propósito suyo; un hombre invulnerable en todo menos en sus afectos. Ben Hur tendióle la mano con la palma vuelta hacia arriba, como ofreciéndole paz al mismo tiempo que la solicitaba.

—Yo soy Judá, hijo de Ithamar, el último jefe de la casa de Hur, príncipe de Jerusalén.

El mercader sacó su diestra de entre el manto: era una mano larga y delgada, cuyas articulaciones estaban deformadas por los tormentos. Abrióla convulsivamen-

te, y esta fué la única señal de sorpresa y de emoción dada por el viejo, quien repuso con voz tranquila:

—Los príncipes de Jerusalén, príncipes por la sangre, son siempre bien venidos a esta morada: sedlo vos también. Ester, acerca una silla para ese joven.

La doncella acercó una otomana que estaba próxima, y al efectuarlo, sus ojos se encontraron con los de Ben Hur.

—La paz del Señor sea con vos —dijo ella modestamente—; sentaos y descansad.

+ La doncella no había adivinado el objeto de la visita. Las facultades de la mujer no alcanzan muy lejos. Únicamente en los sentimientos más delicados, como la piedad, la compasión, la gratitud, es donde su intuición tiene algo de maravilloso. La doncella, en su simplicidad, estaba creída de que el forastero padecía algún contratiempo y acudía allí en busca de alivio y de consuelo. Ben Hur no aceptó el asiento que se le había ofrecido, y continuó en tono profundamente respetuoso.

—Ruego a Simónides que no me considere como un intruso. Al remontar el río, he comprendido que debíais conocer a mi padre.

—En efecto, conocí al príncipe Hur. Estuvimos asociados en varias empresas comerciales, en lejanas tierras, algunas allende el mar y el desierto. Mas os ruego que os sentéis. Tú, Ester, ofrécele vino. Nehemías habla de un hijo de Hur que en sus tiempos era dueño de medio Jerusalén; es una estirpe antigua, muy antigua e ilustre. En los tiempos de Moisés y Josué algunos individuos de esa familia hallaron gracia en los ojos de Dios y compartieron gloria y honor con aquellos caudillos. No sea dicho que el descendiente de tan ilustre familia rehuse un cáliz de vino puro de Sorek, cogido en las vertientes meridionales de las colinas del Hebrón.

Apenas hubo terminado, Ester se acercó a Ben Hur con un cáliz de plata que había llenado de una ánfora puesta sobre una mesa próxima, y se lo presentó bajando los ojos. De nuevo sus miradas se encontraron, y

esta vez notó Ben Hur que la doncella era baja de estatura, pues llegaba apenas a sus hombros, pero graciosísima y de facciones delicadas, a las que dos ojos negros daban expresión suavísima.

—Es bella y buena —pensó Ben Hur—. Quizá Tirzah se le asemejaría si viviese. ¡Pobre Tirzah!

Y luego añadió en voz alta:

—No. Tu padre, si ese es tu padre...

—Yo soy Ester, hija de Simónides —repuso con dignidad la doncella.

—En tal caso, bondadosa Ester, tu padre, después de haber escuchado mi historia, no me apreciará menos por haberme negado a aceptar este precioso licor, como también espero que encontraré gracia en tus ojos. Te lo ruego, permanece todavía aquí un instante.

Entrambos, como si experimentasen un mismo impulso, se volvieron simultáneamente al mercader.

—Simónides —exclamó Ben Hur con firmeza—, mi padre tenía al morir un siervo fiel de vuestro mismo nombre, y se me ha dicho que erais vos.

Un estremecimiento sacudió los pobres miembros martirizados, y de nuevo la descarnada mano se contrajo.

—¡Ester, Ester! —gritó con voz severa el viejo—. Aquí, junto a mí, si eres hija de tu madre. ¡Aquí, digo, no allí!

La doncella miró alternativamente a uno y a otro; después dejó el cáliz sobre la mesa, y, obediente, fué a colocarse al lado de su padre con expresión de asombro no exenta de ansiedad.

Simónides levantó la mano izquierda y púsola entre la de su hija, que acaricióle afectuosamente la espalda. Después dijo tranquilamente:

—He envejecido en el comercio con los hombres, envejecido antes de tiempo; es una amarga pero saludable lección que he aprendido con los años: la desconfianza para con mis semejantes. ¡El Dios de Israel tenga compasión de quien en el término de su vida se ve obligado a hablar así! Los objetos de mi afecto son muy pocos.

Uno de ellos es esta criatura, la cual, hasta hoy, ha sido desinteresadamente mía, sirviéndome de tan dulce consuelo, que su ausencia causaría mi muerte.

Acercó los labios a la mano que tenía entre la suya con expresión sobre cuyo significado no podía haber duda. La cabeza de Ester inclinóse, y su mejilla rozó el rostro de su padre.

—El otro objeto de mi afección no es más que una memoria, de la cual puedo decir que, semejante a una bendición divina, podía abrazar a toda una familia, si yo (y aquí su voz se hizo débil y temblorosa) supiese dónde se encuentra.

Encendido el rostro, Ben Hur dió un paso hacia adelante y exclamó con ímpetu:

—¡ Mi madre y mi hermana! ¡ Oh, sí! De ellas es de quienes me habláis.

Ester, como si estas palabras hubiesen sido dirigidas a ella, levantó la cabeza; pero Simónides, recobrando su calma habitual, repuso fríamente:

—Escúchame hasta el fin. En nombre de aquellos objetos de mi amor que te he indicado, antes de responderte acerca de mis relaciones con el príncipe Hur, dame pruebas de tu identidad. ¿ Tus testimonios son documentos o son personas vivientes?

La pregunta era clara y su razón indiscutible. Ben Hur se ruborizó, juntó las manos, balbució y ofuscóse. Simónides prosiguió obligándolo:

—¡ Las pruebas, las pruebas digo! Tráelas y ponlas ante mis ojos.

Ben Hur no sabía qué decir. No había previsto esta pregunta, y ahora por primera vez advirtió la terrible realidad; los tres años transcurridos en la galera le habían privado de todas las pruebas acerca de la identidad de su persona. Quinto Arrio era el único que conocía su historia y que habría podido testimoniar en su favor. Mas como veremos después, el jefe romano había muerto. Judá había experimentado otras veces el peso de su condición solitaria; pero nunca como en este momento se dió cuenta de su gravedad.

Movido de la propia superioridad, Simónides respetó su dolor y contemplólo silenciosamente.

—Simónides —exclamó Judá al fin—; yo puedo referiros mi historia; mas vos habéis de prometerme que suspenderéis todo juicio hasta haberla terminado, y que me escucharéis benévolutamente.

—Habla —dijo Simónides, ya dueño de la situación—. Habla, y yo te escucharé tanto más gustoso cuanto que no he negado que fueses la persona que afirmas ser.

Ben Hur comenzó a referir sus vicisitudes a grandes rasgos y rápidamente, pero con aquel calor e intensidad del sentimiento que son fuente de toda elocuencia.

Como sus desventuras nos son conocidas hasta su desembarco en Miseno en compañía de Arrio, regresando victorioso del Egeo, lo seguiremos en su relato solamente a partir de dicho punto.

—Mi bienhechor era amado y protegido por el Emperador, que le colmó de merecidas recompensas. Los mercaderes de Oriente le hicieron magníficos presentes, y Arrio fué riquísimo entre los más ricos de Roma. Mas, ¿puede un judío olvidar la propia religión o el lugar de su nacimiento, la tierra santa de sus padres? El buen hombre me adoptó por hijo según el rito formal de la ley, y yo correspondí a su protección lo mejor que pude; ningún hijo ha habido más escrupuloso en cumplir sus deberes con respecto a su propio padre. El pretendía hacer de mí un erudito; quiso darme los más famosos maestros en arte, en filosofía, en retórica, en elocuencia; mas yo rehusé porque era judío, porque no podía olvidar al Señor Dios, la gloria de los profetas y la ciudad construída sobre las colinas de David y de Salomón. ¡Oh! Vos me preguntaréis por qué acepté la protección del romano. Yo le amaba, y además pensaba que merced a su apoyo y a sus influencias podría algún día aclarar el misterio que envuelve el destino de mi madre y de mi hermana. A estas razones añadíase una tercera: el deseo que sentía por instruirme en el arte de la guerra. Me he ejercitado en las palestras y en los

circos tanto como en el campamento, y en unas y otros he hecho ilustre mi nombre que, sin embargo, no es el nombre de mis padres.

Las coronas que he ganado, y que adornan hoy las paredes de mi villa de Miseno, me han sido dadas en mi calidad de hijo del duunviro Arrio. Sólo bajo este nombre soy conocido por los romanos. Mas yo no he perdido nunca de vista mi único objeto, y por esto he dejado Roma para venir a Antioquía acompañando al cónsul Majencio en la campaña que está preparando contra los parthos. Práctico en el uso de todas las armas, quiero ahora procurarme todos los conocimientos superiores necesarios a un jefe puesto al frente de sus ejércitos. El cónsul me ha admitido en su familia militar. Pero ayer, mientras nuestra nave penetraba en el Oronte, encontramos dos galeras llevando enseñas amarillas. Un compatriota mío, y conviajero desde Chipre, nos dijo que aquellas naves pertenecían a Simónides, el gran mercader de Antioquía; nos describió su vida y el asombroso auge que ha obtenido su comercio; nos habló de sus flotas, de sus caravanas y de sus viajes; finalmente, ignorando que yo tenía mayor interés en este asunto que los demás oyentes, nos dijo que Simónides era un judío, en otro tiempo siervo del príncipe Hur, y ni omitió referir las crueldades de Grato, ni el objeto de tales crueldades.

A esta alusión Simónides hundió la cabeza entre sus manos, y su hija, como para ocultar la emoción de entrambos, inclinó su rostro sobre el de su padre. Este, de pronto, levantó la vista y exclamó con voz clara:

—Sigo escuchando.

—¡Oh buen Simónides! —replicó Ben Hur avanzando un paso y reflejando en el rostro su conmoción interna—. Comprendo que no os he convencido y que todavía desconfiáis de mí.

El mercader se mantuvo rígidamente inmóvil y silencioso.

—Y comprendo no menos claramente lo dificultoso de mi situación —prosiguió Ben Hur—. Puedo, sí, pro-

bar todo cuanto he dicho de mi estancia en Roma; me bastaría acudir al cónsul, actualmente huésped del gobernador de la ciudad; pero no puedo daros las pruebas que me pedís. No puedo probar que realmente soy el hijo de mi padre; los que lo podrían testificar han muerto o han desaparecido.

Ocultó el semblante entre sus manos, hasta que Ester, presentándole de nuevo el cáliz que había rehusado, le dijo:

—Este vino es de nuestra patria, que tanto amamos; bebe, te lo ruego.

Su voz era dulce, como la de Rebeca cuando ofreció agua a Eliezer en el pozo de Nahor.

Ben Hur secóse las lágrimas que humedecían sus ojos, y bebió, diciendo:

—Hija de Simónides, tu corazón es símbolo de la bondad, y buena eres verdaderamente al compadecerte de un extranjero. El Señor te bendiga. Yo te doy gracias.

Y volviéndose de nuevo al mercader, prosiguió su relato:

—Como no tengo las pruebas que me pedís, oh Simónides, retiro la petición que os hice, y me retiro también de esta morada, que no volveré a entristecer con mi presencia. Mas no me iré sin haberos dicho que yo no he venido para esclavizaros ni para apoderarme de vuestra fortuna, que no deseo en lo más mínimo; producto es de vuestro trabajo y de vuestro genio, y toda os pertenece. Cuando el buen Quinto, mi segundo padre, emprendió el viaje que le fué fatal, me dejó heredero de una fortuna incalculable. Por tanto, si alguna vez os acordáis de mí, pensad sólo en la súplica que os hice, y que fué, lo juro por los profetas de Jehová, vuestro Señor y mío, el único objeto de mi visita. ¿Qué podéis decirme de mi madre y de Tirzah mi hermana, de la doncella que por sus años y por su belleza podría compararse con vuestra hija, consuelo y bálsamo de vuestra vida? ¡Oh! ¿Qué podéis decirme de ellas?

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Ester;

pero su padre continuaba impasible. Por fin, con voz clara y límpida, repuso:

—Te he dicho que había conocido al príncipe Ithamar de Hur. Recuerdo haber oído hablar de la desgracia que sobrevino a su familia y la pena que experimenté cuando la supe. Quien causó tanto mal a la viuda y a los hijos de mi amigo, fué el mismo que me hizo blanco de su implacable ira. Yo hice pesquisas para descubrir la suerte de la familia, mas fueron inútiles; ¡ha desaparecido!

Ben Hur no pudo reprimir un gemido de dolor.

—¡Otra esperanza desvanecida! —articuló con voz alterada—. Estoy acostumbrado a los desengaños. Os pido perdón de mi visita. Consagraré mi vida a la venganza. ¡Adiós!

En el momento de levantar la cortina que caía sobre la puerta, retrocedió para decir con sencillez conmovedora:

—Os doy gracias a entrambos.

—La paz del Señor sea contigo —repuso el mercader.

Ester no pudo hablar a causa de los sollozos.

De este modo se separaron.

CAPITULO IV

Apenas Ben Hur se hubo marchado, Simónides pareció despertar de un largo sueño: su rostro se encendió, sus ojos se animaron y con voz trémula de gozo llamó:

—¡Ester! ¡Ester! ¡Pronto!

La doncella se aproximó a la mesa y agitó una campanilla. Uno de los tableros del muro se abrió para dar paso a un hombre, que, inclinándose ante Simónides con respeto oriental, esperó sus órdenes.

—¡Malluch, aquí más cerca! —dijo con acento de mandato el mercader—. Te he de dar un encargo al

que no has de faltar aun cuando se apagase el sol en el cielo. Escucha. Un joven desciende en este momento al almacén; alto, de hermoso aspecto, vestido a la judía. Síguelo como la sombra al cuerpo, y cada noche ven a enterarme de dónde se encuentra, qué hace y con quién se trata. Procura acercarte a él y hablarle, si puedes, sin inspirar sospechas. Escucha sus conversaciones y retenlas, así como cualquier otra particularidad que me pueda revelar su carácter, sus costumbres, sus propósitos. ¿Has comprendido? ¡Ingéniate! Y oye, Malluch, si abandonase la ciudad, síguelo también y hazte amigo suyo. Si te preguntase, contéstale lo que de momento te parezca más oportuno; pero que ignore siempre que estás a mi servicio: ni una palabra de ello.

El siervo saludó de nuevo y salió. Entonces Simónides restregóse las descarnadas manos y se sonrió.

—¿Qué día es hoy, hija mía? —exclamó interrumpiendo sus manifestaciones de alegría—. ¿Qué día es hoy? Deseo recordarlo como se recuerda un día de gozo. Ve, indágalo riente, y riente dímelo, Ester mía.

A la doncella repugnábale este alborozo como cosa no natural, y como para cortarlo, repuso melancólicamente:

—También, oh padre, aunque lo quisiese, me será imposible olvidar este día.

Apenas pronunciadas estas palabras, el viejo dejó caer las manos, y su barba, apoyada sobre el pecho, se hundió en los pliegues de la carne floja que pendían de la parte inferior de su rostro.

—¡Cierto, ciertísimo, hija mía! —exclamó sin levantar los ojos—. Hoy es el vigésimo día del mes cuarto. En este mismo día, cinco años hace, murió mi Raquel, tu madre. Me condujeron a casa en el estado en que me ves, y la encontramos muerta de dolor. ¡Oh! Ella era para mí como el alcanfor para los viñedos de Engadí, como la miel de las colmenas. La sepultamos muy lejos, en lugar solitario, en una tumba excavada en la montaña. Y sólo me dejó una lucecilla para iluminar mi tene-

brosa noche, lucecilla que ha crecido con los años y se ha transformado ahora en el sol de mi vida.

Levantó la mano y la posó en la cabeza de su hija.

—Señor, yo te doy gracias por haber hecho revivir en mi Ester a mi llorada Raquel.

De pronto levantó la cabeza y dijo, como herido súbitamente por una idea:

—¿Está sereno el día?

—Así estaba antes de entrar el mancebo.

—Entonces llama a Abimelech para que me acompañe al jardín, desde donde podré ver el río y las naves, y en donde te referiré, mi querida Ester, por qué hace poco la sonrisa se posó en mis labios, y mi lengua balbuceó un cántico, y mi espíritu se hizo ligero como la gacela o el cervatillo de los montes.

Llamado por la campanilla, presentóse un siervo, que, obedeciendo las órdenes de la doncella, condujo la silla, a este efecto provista de ruedas, fuera de la cámara, sobre la terraza del piso inferior, que el anciano consideraba como su jardín. Simónides fué llevado a un sitio desde el cual podía ver las azoteas de los palacios de la isla que estaban en la parte opuesta, su puente, y a sus pies el río, en el que una nave surcaba las aguas deslumbrantes bajo el magnífico sol de la mañana. Allí el siervo le dejó solo con Ester.

El vocerío de los operarios y su rumoroso trabajo no le incomodaban, como no le incomodaba el movimiento que había en el puente, casi encima de ellos; su oído se había acostumbrado a aquel estrépito, como sus ojos a la vista que se desplegaba ante ellos.

Ester, sentada a su lado, le acariciaba la mano en espera del prometido relato. Simónides comenzó con su habitual calma:

—Ester, mientras el joven hablaba, yo te estaba observando y me pareció que era de tu agrado.

Ester, bajando los ojos, contestó:

—Padre, me inspiró confianza y dí crédito a cuanto dijo.

—¿Para ti, pues, es hijo del príncipe que yo creía perdido?

—Si no lo fuese... —interrumpió dudosa.

—¿Si no lo fuese? —repitió Simónides.

—Yo he sido sierva tuya, padre mío, desde que murió mi madre, y estando junto a ti te he visto y oído tratar prudentemente con todo género de hombres, acudiesen a ti con buenos o malos propósitos; y en verdad puedo decirte que, si aquel joven no es el príncipe Hur, nunca la mentira habrá tomado más hábilmente las apariencias de la verdad.

—Por la gloria de Salomón, hija mía, tú hablas con convicción. ¿Crees tú que tu padre ha sido esclavo suyo?

—Si bien recuerdo, no dijo esto. Lo refirió como cosa que había oído decir.

Los ojos de Simónides se posaron distraídamente un instante en las naves que tenía a sus pies. Después dijo:

—Ester, tú eres una buena hija y posees en dosis discreta nuestro discernimiento judío; no eres una niña y tienes suficiente fuerza de ánimo para escuchar una triste historia. Préstame atención, y te referiré mi historia y la de tu madre, y otras vicisitudes de nuestra vida desconocidas para ti e ignoradas por todos. Yo nací en una cabaña del valle de Hinnom, al Mediodía de Sión. Mis padres fueron esclavos dedicados al cultivo de las vides, de los olivos y de las higueras en el jardín real de Siloam, y en mi adolescencia les ayudé en aquel trabajo. Eran esclavos perpetuos. Yo fui vendido al príncipe Hur, que era entonces, después de Herodes, el hombre más rico de Jerusalén, quien me empleó en sus almacenes de Alejandría, en Egipto, en donde me sorprendió la mayor edad. Le serví seis años, y al séptimo, según la ley de Moisés, me fué dada la libertad.

Ester batió ligeramente palmas.

—¡Oh! ¿Entonces no eres ya el esclavo de su padre?

—Escucha, hija mía. Por aquellos días, en los pórticos del templo, había quienes defendían con calor que los hijos de los esclavos perpetuos venían obligados

también a sujetarse a perpetua esclavitud; pero el príncipe Hur era en todas sus cosas hombre rectísimo, e interpretaba la ley según la secta más rigurosa, aun cuando no perteneciese a ella. Declaró que yo era un judío comprado, en la verdadera significación que el gran Legislador da a esta palabra, y en documentos sellados que aún conservó me dió la libertad.

—¿Y mi madre? —preguntó Ester.

—Ten paciencia, Ester, y lo sabrás todo. Antes de concluir verás cómo me sería más fácil olvidarme de mí que de tu madre. Al terminar mi servicio acudí a Jerusalén para celebrar la Pascua. Mi señor me hospedó, y como le guardaba afecto, le supliqué que siguiera teniéndome en su servicio. Él consintió y servíle otros siete años, mas como judío e hijo de Israel, asalariado. Confióme la dirección de sus empresas comerciales de mar y tierra, y envié caravanas más allá de Susa y de Persépolis, a los países de la sed. Peligrosos eran, hija mía, aquellos viajes; pero el Señor bendijo mis fatigas. Procuré inmensos rendimientos al príncipe y vastos conocimientos a mí mismo, sin los cuales no me hubiera sido posible asumir la responsabilidad que pesó luego sobre mí.

Un día, mientras me hospedaba en Jerusalén, entró una sierva llevando una bandeja. Dirigióse a mí, y fué aquella la primera vez que ví a tu madre y la amé. Después de algún tiempo me presenté al Príncipe y la pedí para esposa. Me contestó que era esclava de por vida, pero que si yo lo deseaba, le daría la libertad para complacerme. Mas ella, judía, y a pesar de corresponder a mi amor, dijo que era feliz en su condición y en el lugar en que se encontraba, y rehusó la libertad. Súplicas, insistencias, fueron inútiles: consintiría en ser mi mujer con tal que yo consintiese en ser compañero suyo de esclavitud. Nuestro padre Jacob sirvió siete años por su Raquel. Yo hubiera podido hacer otro tanto; pero tu madre pretendía que yo fuese esclavo toda mi vida. Me separé de ella, me dirigí a otros países buscando cómo olvidarla;

mas mi amor fué más poderoso y volví. Mira aquí, Ester, mira aquí.

Y levantando un mechón de cabellos, mostróle horadado el lóbulo de la oreja izquierda.

—¿Ves la cicatriz de la lezna?

—La veo —dijo Ester—, y veo hasta qué extremo amaste a mi madre.

—¡Amarla, Ester! Era para mí más que la Sulamita para el Rey cantor; más bella, más pura que una fuente, que un arroyo del Líbano. Cuando supo mi decisión, mi señor me presentó a los jueces para que les expusiese mi voluntad; después me llevó a su casa, y atravesando mi oreja con la lezna, la clavó, como se acostumbra, en la puerta. Así me convertí en esclavo suyo por toda la vida. Así conquisté a mi Raquel. Dime ahora: ¿ha existido amor como el mío?

Ester se inclinó hacia él y lo besó. Ambos enmudecieron, pensando en la muerte que había truncado amor tan grande.

—Mi señor murió en el mar, y ésta fué mi primera desgracia —prosiguió el mercader—; el luto de su familia fué mi luto en mi casa de Antioquía, en que ya moraba. Escúchame, Ester. Cuando el príncipe murió, yo estaba al frente de su administración, y todos sus bienes estaban en mis manos. Por esto puedes calcular el afecto y la confianza que en mí tenía. Acudí a Jerusalén para rendir cuentas de mi gestión a la viuda, y ella me confirmó en mi puesto. Redoblé mi diligencia, y los negocios prosperaron de año en año. Transcurrieron así diez. Sobrevino después la catástrofe de que habló el joven, el accidente, como ha dicho, acaecido al procurador Grato. El romano, por el contrario, lo calificó de tentativa de asesinato y sacó de ella pretexto, con el consentimiento de Roma, para confiscar en provecho propio la inmensa fortuna de la viuda y de los hijos. Ni aun esto le bastó. Para evitar una apelación contra la sentencia, aherrojó a todas las partes interesadas. Desde aquel día nefasto la familia de Hur desapareció. El hijo, que yo conocí niño, fué condenado a las gale-

ras. La viuda y la hija se supone que están sepultadas en una de las muchas cárceles subterráneas de Judea, verdaderos sepulcros para quien ha traspuesto alguna vez sus umbrales. Como si el mar se las hubiese tragado, no han vuelto a aparecer. No sabemos cómo murieron, ni siquiera si han muerto efectivamente.

Los ojos de Ester estaban inundados de lágrimas.

—Tu corazón es bueno, Ester, bueno como el de tu madre, y ruego a Dios que no le toque semejante destino, el de ser pisoteado por los desapiadados y por los ciegos. Mas escúchame todavía. Fuí a Jerusalén para socorrer a mi bienhechora, y a las puertas de la ciudad fuí arrastrado y conducido a los subterráneos de la torre Antonia. No supe la causa hasta que Grato en persona vino a pedirme el dinero de la casa de Hur, pues conocedor de las prácticas judías, sabía que yo tenía grandes cantidades distribuídas en los varios mercados del mundo. Pretendió que le firmase letras de cambio a su favor. Yo me negué. El poseía las casas, las tierras, las mercancías, las naves y toda la propiedad mueble de mis señores, menos el metálico. Comprendí que si seguía hallando gracia a los ojos de Dios podría con el tiempo reconstituir su fortuna, y me opuse a las pretensiones del tirano. Me aplicó el tormento, pero resistí y tuvo que devolverme la libertad sin haber obtenido de mí nada.

Regresé a mi casa y reanudé los negocios por cuenta y a nombre de Simónides de Antioquía en substitución de el del príncipe Hur de Jerusalén. Ester, tú sabes cómo han prosperado mis negocios, de qué modo tan milagroso se han multiplicado en mis manos los millones del príncipe. Sabes también que, tres años después, mientras me dirigía a Cesarea, fuí arrestado y torturado segunda vez por Grato. Mas tampoco obtuvo de mí una confesión acerca de la suerte que había cabido al metálico de los Hur. Arruinado físicamente, volví a casa, en donde encontré que mi Raquel había muerto de dolor y de espanto por mí. La voluntad del Señor me concedió vida. Del mismo Emperador obtuve una

licencia de libre tráfico para todos los países del mundo. Hoy, alabado sea el Altísimo, hoy, Ester, mi riqueza es tal que daría envidia al mismo César.

Con un movimiento de orgullo levantó la cabeza, y sus ojos se encontraron con los de la doncella.

—¿Qué he de hacer con esta fortuna? —preguntó interpretando sus pensamientos.

—Padre mío —dijo ella sumisamente—, ¿no ha venido hoy a buscarla su legítimo propietario? ¿Y no soy también yo, oh padre mío, esclava suya? ¿Y no debemos someternos a él como la ley prescribe?

Un rayo de inefable alegría brilló en el rostro del enfermo.

—El Señor ha sido bueno para conmigo, y me ha manifestado su bondad de varias maneras; pero tú, Ester, eres el don más hermoso de cuantos me ha prodigado.

Y atrayéndola hacia él, la besó.

—Escúchame —prosiguió— y sabrás por qué me sonreí poco antes. Cuando el joven se presentó ante mí, parecióme ver a su padre rejuvenecido. Mi ánimo tuvo un impulso, como si quisiese salirle al encuentro. Sentí en mi interior que mis días de prueba y mis fatigas habían llegado a su término. A duras penas pude dominar un movimiento de mi corazón, que me impelía a revelarle mi alegría. Estaba impaciente por cogerle de la mano, por mostrarle todas mis cuentas y registros y por decirle: "Todo esto es tuyo y yo soy tu esclavo. He cumplido con mi deber; puedo esperar tranquilo la voz del Señor cuando a sí me llame". Y así lo habría hecho, Ester, así lo habría hecho si de pronto tres pensamientos no me hubiesen asaltado a un tiempo mismo. El primero me decía: cerciérate antes de que es efectivamente el hijo de tu señor. Si realmente es hijo de tu señor, me sugirió el segundo: estudia antes y conoce un poco su carácter. Piensa, Ester, cuántos herederos de colosales riquezas dilapidan el dinero y lo reducen a semilla de maldiciones.

Detúvose un instante, obligado por esta reflexión, y luego prosiguió con voz temblorosa:

—Ester, piensa en los sufrimientos que me infligió el romano; y no solamente Grato: los desapiadados ejecutores de sus órdenes, así la primera como la segunda vez, eran todos romanos, y todos reían al oír mis gritos de dolor. Piensa en mis miembros rotos, en mi cuerpo deformado; piensa en tu madre allá en la tumba solitaria; en los dolores de la familia de mi señor, si vive todavía, o en las crueldades de que fué objeto, si ya ha muerto; piensa en todo esto, oh hija mía, y dime tú si es justo que nada suceda en expiación y venganza de tantos crímenes. No me digas, como repiten los temerosos, que la venganza es del Señor. ¿No hace cumplir su voluntad por medio de los hombres al infligir penas, así como al conceder beneficios? No tiene Dios sus guerreros, más numerosos que los profetas? ¿No es su ley ojo por ojo, mano por mano, pie por pie? ¡Ah! En el transcurso de tantos años he suspirado por la venganza, la he implorado en mis oraciones. Al acumular mis riquezas, fué éste mi pensamiento, mi constante sueño. Como es cierto que hay Dios, yo me decía: ellas me servirán para castigar a los malhechores. Y cuando, aludiendo a su destreza en el manejo de las armas, dijo el joven que no tenía objeto definitivo, yo adiviné ese objeto: la venganza. Fué éste, oh Ester, el tercer pensamiento que me impuso silencio y me dió fuerza para escuchar impasible su relato, hasta que, partido el joven, mis emociones estallaron en risa de alegría.

Ester proseguía acariciando sus manos de esqueleto.

—Ha partido, oh padre. Pero, ¿volverá?

—Sí. El fiel Malluch lo vigila y lo hará venir cuando yo disponga.

—¿Y cuándo será, oh padre?

—No pronto, hija mía. El cree que todos los testigos de su identidad han muerto. Mas uno vive todavía, el cual no dejará de reconocerle si realmente es hijo de su padre.

—¿Su madre acaso?

—No. Yo mismo le presentaré ese testigo. Mientras tanto, que Dios le proteja. Llama a Abimelech.

Ester llamó al siervo, y los tres se retiraron.

CAPITULO V

Cuando Ben Hur salió del vasto almacén, el pensamiento en él dominante era el de un nuevo desengaño añadido a los muchos que había ya sufrido en la busca de sus seres queridos. Este pensamiento sumióle en gran desconsuelo. Sintióse solo en el mundo, y, joven y rico como era, la vida le pareció una carga gravísima, imposible de soportar.

Abriéndose camino entre la muchedumbre y los montones de mercancías, llegó al término del muelle. Las aguas del río parecían más profundas y más oscuras en aquel sitio, a causa de la sombra proyectada por las casas y por los árboles cercanos, y experimentó una fascinación insidiosa. La perezosa corriente parecía detenerse en su curso como aguardándole; mas vino a arrancarle de su abstracción el recuerdo de las palabras de su conviajero, que le pareció volver a oír:

—Mejor es ser gusano y alimentarse de los morales de Dafne, que ser huésped de un rey.

Retrocedió, y caminando rápidamente, regresó al Khan.

—¿El camino para Dafne? —exclamó el hospedero, sorprendido de la pregunta de Ben Hur—. ¿Es la primera vez que visitáis esta ciudad? Entonces hoy será el día más feliz de vuestra vida. No podéis equivocarlo. La primera vía hacia Mediodía conduce directamente al monte Sulpio, en cuya cima se levantan el altar de Júpiter y el anfiteatro; tomad la tercera vía transversal, apellidada columnata de Herodes; allí torced hacia la derecha y seguid la vía a través de la gran ciudad de Seleucia hasta las puertas de bronce de Epi-

fanos. En aquel sitio comienza la vía de Dafne. ¡Los dioses os protejan!

Después de haber dado algunas órdenes relativas a su bagaje, Ben Hur se puso en camino.

No le fué dificultoso encontrar la columnata de Herodes; desde ella a las puertas de bronce corría un largo pórtico de mármol, que atravesó por entre una multitud, compuesta de representantes de todas las naciones comerciales del mundo.

Era la cuarta hora del día cuando traspuso las puertas, y se encontró en medio de una interminable procesión que se dirigía al famoso bosque. La vía estaba dividida en tres partes, una para los peones, otra para los caballeros y otra para los carruajes; y éstas además, estaban subdivididas en otras dos vías paralelas por las cuales dos corrientes humanas seguían dirección opuesta. Las líneas de demarcación estaban indicadas por bajas balaustradas, interrumpidas a intervalos por estatuas que se erguían sobre sólidos pedestales. A derecha e izquierda de la vía se extendían magníficos prados y eras, exquisitamente cuidados, con los que alternaban de cuando en cuando grupos de encinas, de sicomoros y glorietas emparradas que invitaban al descanso a los transeuntes. La vía reservada a los peones estaba pavimentada con piedra rojiza, y la de los caballeros cubierta con una capa de blanca arena amalgamada hasta darle la consistencia de una acera, pero sin que, como ésta, repercutiese el golpear de los caballos y el ruido de las ruedas. Innumerables surtidores de varias y asombrosas formas arrojaban al aire sus chorros: eran debidos a reyes que así habían querido eternizar el recuerdo de sus visitas. Desde la entrada del bosque, al Sudoeste, hasta la ciudad, esta magnífica vía medía más de cuatro millas de extensión.

En el estado de ánimo en que se encontraba Ben Hur, la magnificencia del camino pasóle inadvertida; ni siquiera se fijó en la multitud que procesionalmente se dirigía al mismo sitio que él. A decir verdad, a su

preocupación uníase una buena dosis de la complacencia orgullosa propia del romano que visitaba una provincia cuando conservaba aún frescas en él las impresiones de la vida fastuosa que se observaba cotidianamente alrededor de la columna de oro levantada por Augusto en el Foro como para indicar el eje del mundo. No era posible que las provincias ofreciesen un espectáculo más grandioso.

Impaciente por la lentitud de sus vecinos, espiaba los movimientos de la multitud para aprovecharse de ellos y avanzar más rápidamente. Cuando llegó a Heraclea, aldea suburbana a medio camino entre la ciudad y el bosque, el ejercicio había disipado algo su humor sombrío y el movimiento de la regocijada multitud comenzó a hacer sentir sus efectos sobre él, predisponiendo su ánimo a impresiones más agradables. Fué lo primero que atrajo su atención un par de cabras guiadas por una hermosa doncella, unas y otra adornadas festivamente de cintas y flores. Después se detuvo a contemplar un toro inmenso, blanco como la nieve, enguinaldado de vides y llevando sobre la ancha grupa un niño desnudo, imagen del joven Baco, que, sentado en una cesta, tenía en la mano un cáliz lleno de vino, con el que hacía libaciones según las fórmulas consagradas.

Sobre qué altares se pondrían aquellas ofrendas, fué la pregunta que se hizo al continuar su camino. Pasó un caballo con las crines cortadas, como exigía la moda, montado por un jinete vestido con magnificencia. Ben Hur sonrióse al ver el orgullo del uno reflejarse en el otro. Caballos y carruajes en gran número continuaron pasando ante él por la vía que les estaba reservada, e inconscientemente aquel movimiento y aquella fiesta comenzaron a interesarle. Las personas que tenía en torno pertenecían a todas las edades, sexos y condiciones, e iban todas con sus trajes de fiesta. Un grupo estaba vestido uniformemente de blanco; otro, de negro; algunos llevaban estandartes; otros, incensarios humeantes; otros cantaban himnos e iban seguidos de individuos con flautas y tamborcillos. Si cada día acudía a él

tanta gente, ¿qué maravillas debía encerrar el bosquecillo de Dafne?

Por fin resonó un nutrido aplauso, al que se juntaron exclamaciones de júbilo, y siguiendo la indicación de muchos dedos, descubrió sobre la cima de una colina el pórtico de un templo emplazado a la entrada del bosque consagrado. Los himnos resonaron con mayor entusiasmo, la música aceleró su tiempo, y Ben Hur, a quien se había comunicado la impaciencia de la multitud, corrió, arrastrado por la impetuosa corriente, hacia el templo, y al trasponer sus umbrales, fué su primer impulso caer en adoración ante aquel sitio.

A espaldas del edificio que adornaba la entrada, y cuya construcción era de estilo severamente griego, se extendía una ancha explanada pavimentada de piedras relucientes, que apenas dejaba ver la multitud de alegres e inquietas personas que se destacaban sobre un fondo de iridiscentes chorros de agua que se elevaban de marmóreos surtidores.

Ante él, en dirección Sudoeste, se abrían las innumerables sendas de un jardín, el cual se transformaba más allá en floresta, sobre la cual, en aquel momento, se cernía una nube de un leve vapor azulado. Ben Hur contemplaba el panorama pensativo e incierto, cuando una mujer próxima a él exclamó:

—¡Bellísimo espectáculo! Mas, ¿adónde hemos de ir ahora?

Un hombre que la acompañaba, ceñida la cabeza de laurel, sonrióse y dijo:

—¡Hermosísima Bárbara! Tu pregunta me sabe a temor terreno, y hemos convenido en dejar estos pensamientos en Antioquía. Los vientos que aquí soplan son el aliento de los dioses. Abandonémonos a ellos.

—¿Y si nos perdiésemos?

—¡Oh, miedosa! Nadie se ha perdido jamás en Dafne, excepto aquellos para quienes sus puertas se han cerrado para siempre.

—¿Y quienes son éstos? —preguntó la mujer todavía conturbada.

—Los que se han entregado a la fascinación del lugar, y lo han elegido para morada suya en vida y en muerte.

Ben Hur, satisfecho de saber que nadie se había jamás perdido en el bosque de Dafne, tomó una cualquiera de las sendas que ante sí tenía, y se internó en el jardín. Una estatua levantada sobre un magnífico pedestal atrajo antes que nada sus miradas. Representaba un centauro, y una inscripción explicaba a los visitantes menos eruditos que aquel era Quirón, amado por Apolo y Diana y por ellos iniciado en los misterios de la caza, de la medicina, de la música y de la profecía. En las manos tenía un rollo sobre el cual estaban grabados con caracteres griegos algunos párrafos de un aviso:

“¡Viajero! ¿Eres extranjero?”

“I. Escucha el murmullo de los arroyuelos y no temas la lluvia de los surtidores. Así las náyades aprenderán a amarte.

“II. Céfito y Austro son las brisas amigas de Dafne; hermosas reformadoras de la vida, te preparan infinitas dulzuras. Cuando Euro sopla, Diana está de caza; si silba Bóreas, escóndete, porque Apolo está enojado.

“III. Las sombras del bosque te pertenecen durante el día; de noche pertenecen a Pan y a sus Driadas. No les inquietes.

“IV. Aliméntate parcamente del loto en las orillas de los ríos, si no quiere perder la memoria: lo que equivale a convertirse en hijo de Dafne.

“V. No inquietes a la araña que teje. Es Aracne que trabaja para Minerva.

“VI. ¿Quieres ver a Dafne llorando? Arranca un brote de una rama de laurel, y morirás.

“Vigila. Detente y sé dichoso.”

Ben Hur dejó el cuidado de interpretar el místico aviso a otros que se agolpaban en torno de él, y se apartó en el mismo instante en que se acercaba el toro blanco.

El niño iba sentado sobre la cesta, seguido de una procesión; detrás de ella venía la mujer con las cabras, y después los sonadores de flauta y tamborcillos, con otra procesión de portantes de ofrendas.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó un curioso.

Otro repuso:

—El toro, al padre Júpiter; las cabras...

—¿No era Apolo quien custodiaba el rebaño de Admeto?

—Justamente, las cabras son para Apolo.

Los años transcurridos en Roma y los pasados en la galera habían dejado intacta a Ben Hur su fe religiosa: seguía siendo judío; pero a su modo de ver, no cometía falta alguna admirando lo bello que había en el bosquecillo de Dafne. Esto no quiere decir, por otra parte, que aún cuando sus escrúpulos hubiesen sido más rígidos, los hubiera en aquel momento probablemente sofocado. Estaba excitado, no como los seres inrascibles a quienes una necesidad irrita; ni su cólera era la del obcecado que, llegada a la fuente del nada, se deshace en reproches y blasfemias; su ira era la propia de las índoles ardientes, despertada de pronto por la súbita pérdida de una esperanza.

En semejantes casos y con tales naturalezas la lucha no termina porque haya dado contra un obstáculo, sino que continúa con el destino, y sería mejor que el mismo destino revistiese una forma material y tangible que pudiera romperse con una mirada o con un golpe, o bien la de un ser viviente con el cual fuese posible desahogarse apostrofándolo con palabras candentes. El alma humana sufriría menos combatiendo con semejante adversario.

Al pensarlo fríamente, Ben Hur no hubiera ido solo al bosque; o al haber ido solo, se hubiera valido del lugar que ocupaba en la familia del cónsul para procurarse una especie de plano de la localidad en que estuviesen indicados los puntos de especial interés. Si después hubiese querido entregarse más largamente a los ocios y a las delicias de aquel sitio, se hubiera pre-

sentado con una carta de recomendación al encargado de su cuidado. Pero en el estado de ánimo en que se encontraba no era un espectador igual a la masa vulgar que se agitaba bulliciosa a su alrededor.

La divinidad del bosque no le inspiraba respeto, ni los misterios que se le ocultaban excitaban su curiosidad. Era un hombre aplastado por el dolor de un cruel desengaño, enemigo de toda dilación, animado por el ciego deseo de encontrar su propio hado y desafiarlo. Su estado era aquel estado mental que nos hace posible el cumplimiento de acciones osadas con aparente tranquilidad.

CAPITULO VI

Ben Hur se asoció a la procesión. No tenía curiosidad por saber adónde iba, y bastaba, para satisfacerle, la vaga impresión de que se dirigían todos hacia los templos, magníficos centros de atracción. De pronto volvió a murmurar: "Mejor es ser gusano y alimentarse de los morales de Dafne, que ser huésped de un Rey." Y repitiendo estas palabras como un estribillo, se preguntaba: "¿Tan dulce era la vida en el bosque? ¿En qué consistía el encanto? ¿Acaso en la doctrina filosófica explicada por los sacerdotes de los templos? ¿O era tal vez una realidad, imperceptible a los sentidos? Cada año millares de seres renuncian al mundo para penetrar allí. ¿Encontraban esta fascinación? Y cuando la habían encontrado, ¿bastaba ella a engendrar un olvido capaz de alejar de la mente todos los tedios y dolores de la vida? Si el bosque era tan benéfico para ellos, ¿por qué no había de serlo para él? Él era judío; ¿y era posible que todas las cosas buenas del mundo fuesen para todos menos para los hijos de Abraham?"

Sus facultades se concentraron para resolver la cuestión, sin atender los cantos de los oferentes ni las chan-

zas de sus compañeros. Dirigió los ojos al cielo como buscando una solución: era azulado, sí, muy azulado; resonaban en el aire los chirridos de las golondrinas; pero el mismo color tenía el cielo encima de la ciudad. Mas allá, lejos del bosque, una deliciosa brisa cargada de perfumes lo acarició un instante; entonces, como los demás, se detuvo para observar de dónde procedía la brisa.

—¿Quizá de aquel jardín de allí? —preguntó a un vecino.

—Más bien de alguna ceremonia sacerdotal: un sacrificio en honor de Diana, de Pan o de otra cualquiera divinidad silvestre.

La respuesta fue dada en su lengua nativa. Ben Hur contempló con sorpresa al desconocido.

—¿Sois judío? —le dijo.

El individuo repuso, sonriendo respetuosamente:

—Nací a pocos pasos de la plaza de Jerusalén.

Ben Hur iba a proseguir la conversación, cuando una inesperada avalancha de la multitud lo llevó a otro lado, separándole de su interlocutor. El acostumbrado vestido, una tela oscura en la cabeza atada con una cinta amarilla y un rostro judío pronunciadísimo, es cuanto Ben Hur pudo recordar del desconocido.

Había llegado a un sitio en donde las sendas comenzaban a internarse en los bosques y ofrecían, por tanto, una ocasión favorable para separarse de la ruidosa procesión. Ben Hur no tardó en aprovecharse de ella. Penetró en una selva espesa que ensordecían los cantos de mil aves. Los árboles estaban en flor o mostraban sus frutos. A sus pies extendiase una muelle alfombra de verdor, mientras plantas de jazmines y de hiedra se encaramaban por los troncos, cayendo de las ramas en forma de guirnalda. El aire estaba impregnado del perfume de la jeringuilla, de la rosa, del lirio, de la lila, de la violeta, que había visto florecer en otro tiempo en los valles que circundan la ciudad de David, y para que nada faltase a la felicidad de las ninfas y

de las náyades, un arroyuelo serpenteaba lentamente por entre las flores.

Más adelante sorprendiéronle el grito del pichón y el arrullo de la tórtola; algunos mirlos ni siquiera se movieron a su paso, y un ruiseñor permaneció tranquilo en su sitio aun cuando rozó con su brazo la rama en que se posaba; una codorniz, seguida de sus pequeños, precedíale saltando. Habiéndose detenido un instante para no azorarlos, vió de pronto salir de una mata una forma humana. Se turbó. ¿Había visto verdaderamente un sátiro? Observó con atención, y habiéndose disipado la sugestión del lugar, púsose a reir cuando vió a un inocente agricultor que llevaba en la mano una podadera. La paz sin el temor era el compendio y la significación del templo de Dafne.

Sentóse a la sombra de un cedro, cuyas raíces grises se bañaban en parte en las aguas de un arroyo. El nido de un pichón se espejaba en las límpidas ondas, y el pichón mismo, dando cabezadas, fijaba en él sus ojos, como dirigiéndole una muda invitación.

—Parece que quiera decirme —pensó Ben Hur—: “No tengo miedo de ti.” La ley que gobierna estos lugares es el Amor.

Sí, el encanto del bosque aparecíasele claramente: llenóse de alegría, y decidió unirse al ejército de los perdidos de Dafne. Encargado del cuidado y conservación de las flores y arbustos, buscando el desarrollo de las suaves bellezas de aquellos sitios, ¿no podría él, como el hombre de la falce, renunciar a las tribulaciones de la vida, renunciar olvidando y olvidado?

Mas su sangre judía se rebeló contra este proyecto. El encanto de Dafne podía satisfacer a cierta gente; pero, ¿bastaría para él? El amor es delicioso, ¡ah, sí!, mayormente después de tantos sufrimientos como había experimentado; pero, ¿lo era todo, todo en la vida?

Una profunda diferencia existía entre él y los olvidadizos secuaces de Dafne. Ellos no tenían deberes, no podían haberlos tenido nunca, mientras que él...

—¡Dios de Israel! —gritó en voz alta, levantándose

bruscamente, con el rostro encendido—. ¡Madre! ¡Tirzah! ¡Maldito el lugar, maldito el pensamiento que me separa de vosotras!

Con precipitado paso salió del bosquecillo de los aromas, y se dirigió a una corriente de agua que se deslizaba entre dos muros, atravesada por un puente. Subió a él y descubrió una serie de puentes, cada uno distintivo de los demás, que se prolongaba indefinidamente siguiendo las múltiples revueltas del río. El agua límpida, profunda y tranquila a sus pies, un poco más allá se despeñaba rumorosa y espumeante desde un banco de rocas, formando una hermosa cascada. El paisaje que se extendía ante sus ojos era encantador: anchos valles y colinas ondulosas, con bosques, lagos, edificios fantásticos, unidos unos con otros por blancos senderos y deslumbradores torrentes. Los prados eran verdes y estaban cubiertos de flores; aquí y allá, rebaños de cándidas ovejas pacían la hierba. Sus balidos, las voces y los cantos de los pastores se oían de vez en cuando en alas del viento.

Sobre cada cima veíanse sendos altares al aire libre, cada uno servido por una figura vestida de blanco, y a los cuales se dirigían numerosas procesiones de personas también de blanco vestidas. ¡Qué misterios debían ocultarse en un cuadro tan asombrosamente bello! Lentamente Ben Hur recobró el dominio de sus pensamientos y salió de la especie de éxtasis en que había caído. Una revelación iluminó de pronto su mente. Entonces fué cuando advirtió que todo el bosque era un templo, un templo vastísimo, sin muros ni bóveda. ¿Quién había visto jamás semejante cosa? El arquitecto no se había preocupado de columnas ni de pórticos, de proporciones ni de medidas. Se había servido sencillamente de la naturaleza. El arte no podía llegar a más. Así fué como el astuto hijo de Júpiter y de Calixto creó la Arcadia, y en un caso, como en otro, triunfó el genio creador griego.

Desde el puente, Ben Hur se dirigió al valle más

cercano. Se aproximó a un rebaño de ovejas, custodiado por una doncella, que con un gesto le dijo:

—¡ Ven!

Más allá el sendero rodeaba una altura, un pedestal de mármol negro coronado por una consola de mármol blanco artísticamente labrada que sustentaba un trípode de bronce. A poca distancia, una mujer, al verle, agitó una rama de sauce y exclamó a su paso:

—¡ Detente!

Y acompañó las palabras con una irresistible sonrisa de voluptuosas promesas.

Más adelante se encontró con una de las procesiones, a la cabeza de la cual un grupo de niñas, desnudas y enguinaldadas, cantaban con vocecillas estridentes, seguidas de un grupo de niños, también desnudos y bronceados por el sol, que acompañaba con danzas los cánticos de las niñas; detrás iba la procesión, toda compuesta de mujeres, que depositaban en los altares cestas de especies y de dulces, mujeres vestidas con una sencillez que poco ocultaba a la mirada. Al pasar Ben Hur, levantaron las manos y exclamaron a coro:

—¡ Detente, y ven con nosotros!

Y una griega recitó una estrofa de Anacreonte.

Pero Ben Hur prosiguió indiferente su camino hasta que llegó a la entrada de un magnífico bosque en medio del valle, en donde éste se presentaba más hermoso y encantador a los ojos del observador. De la sombra de los árboles emanaba una muelle seducción. La hierba, a sus pies, era poquísima y suave. Todas las variedades de árboles y de arbustos estaban representadas por espléndidos ejemplares, que alternaban con plantas exóticas y raras: grupos de palmeras de penachos regios; sicomoros y laureles; encinas frondosas y cedros más majetuosos que sus clásicos prototipos del Líbano; morales y terebintos y siemprevivas: un paraíso terrestre. En medio de una plazoleta levantábase una estatua de maravillosa hermosura que representaba a Dafne, la diosa protectora del lugar.

Ben Hur apartóse con un movimiento de profunda

vergüenza. En el bosquecillo de los aromas había creído descubrir el encanto misterioso de aquel lugar, en donde reinaba la paz sin el temor, y casi había cedido a aquel encanto dulce y sereno; ahora, la licencia en pleno día, allí, a los pies de Dafne, le revelaba un nuevo aspecto: el principio que imperaba en aquel sitio era el amor, pero el amor fuera de la ley. ¡Esta era la paz dulcísima de Dafne! ¡Este el objeto de la vida de sus ministros! ¡Para esto se servían los astutos sacerdotes de la Naturaleza, de los pájaros, de los ríos, de las flores, del trabajo del hombre, de la santidad de los altares, del fecundo beso del sol!

Los secuaces de la ninfa, los devotos de aquel gran templo al aire libre, aun aquellos que con el trabajo de sus brazos lo conservaban en aquel estado de magnificencia y de perfección, despertaron un sentimiento de disgusto y de desprecio en el pecho de Ben Hur desde que el móvil de sus actos no era para él un misterio. Ciertamente que existían algunos que, gimiendo bajo el peso de tribulaciones demasiado grandes para sobrellevarse, se habían dejado seducir por las promesas de paz que les ofrecía una morada en un sitio consagrado, a cuya hermosura, a falta de otros dones, pagaban tributo con su trabajo; pero tampoco lo era menos que no se componía de ellos la gran mayoría de los fieles. Anchas y doradas eran las redes que Apolo tendía en dondequiera a sus secuaces; pero ninguna igualaba al esplendor del bosque de Dafne. A esto tendían todos los libadores del mundo, los sensualistas de Oriente y de Occidente. Sus votos no se fundaban en ninguna noble elevación, en ningún celo por el dios del canto o por su infeliz amante, en ningún principio filosófico que prescribiese la calma de la soledad y el recogimiento de la Naturaleza, el consuelo de la Religión y los ritos de un amor elevado y sereno. En aquellos tiempos, únicamente dos pueblos hubieran sido capaces de llegar a semejante altura de concepción: el regido por la ley de Moisés y el regido por Brahma; ellos solos habrían podido

exclamar: "Mejor es la ley sin el amor que el amor sin la ley."

Ben Hur prosiguió su camino con la frente levantada, como quien, a pesar de apreciar las delicias que le rodean, sabe contemplarlas con la tranquilidad que se deriva de un claro conocimiento de su valor. La idea de haberse casi dejado seducir por aquellas falaces asechanzas hacía asomar de vez en cuando una sonrisa a sus labios.

CAPITULO VII

Llegó a una floresta de cipreses altos y derechos como columnas, de la cual partían las alegres notas de una trompeta. Tendido sobre la hierba, a la sombra de un árbol, vió al desconocido con quien había hablado poco antes junto al templo.

El desconocido levantóse y le salió al encuentro.

—De nuevo la paz sea con vos —dijo en tono afectuoso.

—Os doy gracias —contestó Ben Hur—. ¿Llevamos, quizá, la misma dirección?

—Yo me dirijo al estadio. ¿Y vos?

—¿Al estadio?

—Sí; la trompeta que habéis oído hace poco llamaba a los competidores

—Amigo —dijo Ben Hur—, os confieso mi ignorancia, y si queréis servirme de guía, os quedaré reconocido.

—Con mucho gusto. Escuchad. Me parece oír el ruido de los carruajes. Pronto saldrán a la pista.

Ben Hur estuvo un momento escuchando. Después reanudó la presentación interrumpida en el cruce delante de los templos.

—Yo soy hijo del duunviro Arrio. ¿Y vos?

—Yo me llamo Malluch, comerciante de Antioquía.

—Pues bien, mi buen Malluch, el son de la trompe-

ta, el estruendo de las ruedas, la perspectiva de un espectáculo han despertado mi curiosidad. Tengo algunas nociones de esos ejercicios y no soy desconocido en las palestras de Roma. Vayamos al concurso.

Malluch miróle asombrado.

—El duunviro era romano; vos, sin embargo, vestís a la judía.

—El ilustre Arrio era mi padre adoptivo —explicó Ben Hur.

—¡Ah! Comprendo. ¡Perdonad!

Saliendo de la selva, la cual formaba como el borde de una vasta llanura, se encontraron enfrente de un estadio. La pista era de tierra apisonada y regada, y su perímetro estaba indicado por ruedas negligentemente suspendidas de lanzas hincadas en el suelo. Para los espectadores se habían levantado *podia*, protegidos por toldos fijos y provistos de asientos en degradación.

En uno de aquellos *podia* sentáronse los dos recién llegados. Ben Hur contó los carruajes mientras desfilaron; eran nueve.

—¡Me gustan! —exclamó—. Yo creía que en Oriente no estaba en uso más que la biga; pero veo que también hay ambiciosos y que ha entrado la afición por las cuadrigas. Mirémoslas atentamente.

Ocho cuadrigas pasaron, unas al trote, otras al paso, y todas guiadas de modo excepcional; la novena se presentó al galope, y a su aparición Ben Hur no pudo menos de mostrar su admiración.

—He visitado las caballerizas del Emperador, Malluch, pero por nuestro padre Abraham, de bendita memoria, jamás he visto caballos más hermosos.

Los cuatro caballos se encontraban delante del podio de los judíos, cuando de pronto se desordenaron. Un agudo grito salió de uno de los espectadores del podio, y Ben Hur vió levantarse a un anciano de su asiento apretando los puños, lanzando miradas de furor, mientras el temblor de su larga barba blanca demostraba la agitación de toda su persona.

Algunos circunstantes empezaron a reír.

—Deberían respetar, al menos, sus canas. ¿Quién es ese? —preguntó Ben Hur.

—Un potentado del Desierto, que mora más allá del Moab; propietario de sementales de caballos y de camellos, y descendiente, se dice, de los caballeros del primer Faraón: el jeque Ilderim —contestó Malluch.

El auriga, mientras tanto, hacía vanos esfuerzos para domar los caballos, y cada tentativa exacerbaba más aún al jeque.

—¡Que Abaddon se lo lleve! —gritó el enfurecido patriarca—. ¡Corred, volad, hijos míos!

La orden era dada a algunos siervos, que evidentemente pertenían a su tribu.

—¿No habéis comprendido? Son hijos del Desierto, como vosotros. ¡Animo! ¡Sujetadlos pronto!

Mientras tanto, el desorden iba en aumento.

—¡Maldito romano! —continuó el jeque, amenazando con el puño al auriga—. ¿No me ha jurado que él sabría guiarlos, sí, jurado por todos los dioses bastardos de su país? ¡Eh!, repito; sujetadlos. ¿No me ha asegurado que correrían con la velocidad del águila y con la docilidad de las ovejas? ¡Maldito sea, y con él la madre mentirosa de que es hijo! ¡Mirad qué animales más espléndidos! Que se permita tocarlos con el látigo, y...

El resto de la frase se perdió entre un crujido de dientes.

—Póngase uno de vosotros delante, y hábleles: una sola palabra en la lengua del Desierto bastará a sosegarlos. ¡Loco, loco de mí que me he fiado de un romano!

Algunos de entre los más diligentes de su séquito corrieron a apaciguar los caballos, mientras un violento golpe de tos apagó la voz del anciano.

Ben Hur, que creyó comprenderle, sintió simpatía por él, pues ya fuese que se sintiese orgulloso de su propiedad, o temeroso por el resultado de la carrera, descubría en el anciano infinita ternura por sus caballos.

Eran todos bayos, sin una mancha, perfectamente parejos y de espléndidas proporciones. Sus orejas eran

delicadísimas; sus cabezas, pequeñas; sus hocicos, anchos; las narices, cuando se hinchaban, mostraban la membrana de un rojo vivo encendido; graciosamente arqueados los cuellos y adornados de crines abundantísimas que le cubrían las espaldas y el pecho. De las rodillas abajo, las patas eran delgadas y derechas; pero en la parte de arriba redondeábalas el desarrollo de fuertes músculos, como se requerían para sobrellevar la bella y armoniosa corpulencia superior; los cascos brillaban como copas de luciente ágata, y al trotar y al encabrirse los nobles corceles azotaban el aire y alguna vez la tierra con sus largas colas. El jeque los había llamado espléndidos, y había dicho la verdad.

Un segundo y más atento examen de aquellos animales reveló a Ben Hur el motivo del afecto que sentía por ellos su dueño: habían crecido a su vista, objeto de sus cuidados durante el día, sueño de sus noches bajo las tiendas del Desierto, casi hermanos con los miembros de su familia, y por él queridos como hijos. Buscando campo en que obtener una victoria sobre el odiado romano, el anciano los había llevado a la ciudad, no dudando de su éxito mientras los gobernase una mano experta; mas aquí estaba la dificultad, porque era necesaria, además de la ordinaria experiencia, una intuición especial, una corriente de íntima simpatía entre el auriga y los animales. A la ardiente naturaleza del jeque no le era posible sujetarse a la costumbre de los fríos habitantes de Occidente, que se concretaban a protestar el auriga y a despedirlo tranquilamente; como árabe y como jeque, tenía que dar ruidoso desahogo a su resentimiento y llenar el aire de improperios.

Antes de que el patriarca hubiese vaciado el saco de injurias que tenía dispuestas, una docena de manos habían sujetado los caballos por el freno y se había restablecido la tranquilidad. En el mismo instante apareció en la pista un nuevo carruaje que presentaba aspecto enteramente diverso de los precedentes, por cuanto el carruaje, el auriga y los caballos estaban aparatosamente adornados. Por razones que se verán después, es ne-

cesario describir minuciosamente al recién llegado. El vehículo pertenecía a la clásica y ya conocida categoría de bigas romanas; sus anchas ruedas estaban unidas por un largo eje, sobre el cual se apoyaba un cajón abierto por detrás. Este era el modelo primitivo de las bigas; el genio artístico de los griegos y de los romanos llegó con el tiempo a dar al tosco vehículo la forma elegante, que alcanzó su más perfecto desarrollo en la plástica representación del carro de la Aurora.

Los conductores antiguos, no menos ingeniosos y ambiciosos que los modernos, solían llamar a su más humilde tiro una *biga*, y al más lujoso, una *cuadriga*; con esta última concurrían a las solemnidades de los juegos olímpicos y a otros concursos hechos a imitación de aquéllos. Preferían además guiar los cuatro caballos alineados de frente, y para distinguirlos solían denominar a los inmediatamente próximos a la lanza, *caballos de yugo*, y a los otros, *caballos de tiro*. Sabedores de que dejando la máxima libertad de acción se obtenía la máxima velocidad, los arreos en uso eran de notoria sencillez: reducíanse a un collar, a un tirante que sujetaba el collar al freno, y a las riendas. Para uncir los caballos se aseguraba un yugo de madera a la extremidad de la lanza mediante cinchas que pasaban por anillas adaptadas. Los tirantes de los caballos de yugo estaban sujetos en el eje; los de los otros, en la saliente superior de la caja. En cuanto a las riendas, estaban unidas por una anilla en la extremidad de la lanza, de donde iban en forma de abanico a terminar en el hocico de cada caballo. El lector podrá fácilmente conocer otras particularidades siguiendo los incidentes que estamos a punto de relatar.

Los primeros competidores habían sido acogidos silenciosamente; pero el recién llegado tuvo mejor fortuna. Al adelantarse hacia el podio desde el cual presenciábamos la escena, fué saludado por ruidosas aclamaciones que atrajeron sobre él la general atención. Los caballos del centro eran negros; los de los lados, blancos como la nieve. En conformidad a las exigencias de la

moda romana, llevaban las colas recortadas, y sus cortas crines divididas en trenzas atadas con cintas rojas y amarillas.

Llegado a un sitio en que el carruaje se descubría enteramente a la vista de los espectadores del podio, éstos debieron convenir en que los gritos de admiración eran plenamente justificados. Las ruedas estaban perfectamente construídas; robustas tiras de bronce bruñido reforzaban sus ligerísimos pernos; los radios formábanlos colmillos de marfil, colocados con su natural curvatura hacia la parte exterior, con el fin de obtener la mayor perfección de concavidad, considerada entonces de la mayor importancia; los círculos eran de ébano con la plancha exterior de bronce; el eje, en armonía con las ruedas, tenía en sus extremidades sendas cabezas de tigre, y toda la parte superior del carruaje era de mimbres dorados.

La llegada de tan espléndido vehículo impulsó a Ben Hur a mirar con interés al auriga. ¿Quién era? Mientras se hacía esta pregunta no podía verle aún el rostro, y ni siquiera enteramente la figura; sin embargo, en su aspecto general y en sus movimientos había algo que no le era desconocido. ¿Quién podía ser? Los caballos se acercaron al trote. Por la esplendidez del vehículo y por el clamoreo que levantaba hacía suponer que se trataba de algún gran dignatario o de un príncipe ilustre. La presencia de un magnate en aquel sitio no hubiera estado en contradicción alguna con su condición social: sabido es que, con posterioridad, Nerón y Cómodo guiaron sus carruajes en el circo. Ben Hur se levantó y abrióse paso por entre la multitud hasta llegar a la reja que separaba el podio de la pista. Su semblante denotaba seriedad y sus movimientos demostraban impaciencia. El vehículo pasó por delante del cancel; sobre él iban dos personas, el auriga y un compañero, el Mirtilo, como clásicamente solían apellidarle los grandes señores apasionados por las carreras. Mas Ben Hur sólo era ojos para el primero, puesto en pie, con las riendas rodeando su hermoso cuerpo, que sólo en parte cubría una

túnica de paño escarlata. En la derecha llevaba un látigo; en la izquierda, ligeramente levantada y extendida, las cuatro riendas. Su actitud estaba llena de gracia y de fuerza. Los aplausos no lograban disminuir su impasibilidad. Ben Hur sintió una punzada en el corazón; su instinto y su memoria no le habían engañado: ¡el auriga era Messala!

La rara belleza de los caballos, la magnificencia del carruaje, la actitud altiva de su persona, y sobre todo la fría expresión de su rostro, sus facciones marcadas y aguileñas, características de la raza dominadora, revelaban claramente que el tiempo en nada había modificado el carácter despreciativo, osado, cínico y ambicioso del joven romano.

CAPITULO VIII

Mientras Ben Hur descendía las gradas del podio, un árabe situóse de pie en la última y dijo en voz alta a modo de pregón:

—Hombres de Oriente y de Occidente, prestadme atención; El buen jeque Ilderim os saluda. Con cuatro corceles, hijos de los favoritos de Salomón el Sabio, ha venido aquí para competir con los mejores campeones. Necesita un auriga: grandes riquezas esperan a quien sepa guiar dignamente sus caballos. Aquí y en todas partes, en la ciudad y en los circos, donde quiera que se reúnen los esforzados, haced público este ofrecimiento. Así lo quiere Ilderim, el generoso jeque, mi señor.

La anterior invitación levantó un confuso murmullo entre la multitud congregada bajo la vela. Antes de la noche se habría difundido a todos los ámbitos de Antioquía frecuentados por los aficionados a los juegos olímpicos, por los profesionales. Ben Hur se detuvo un momento, mirando indeciso, ya al heraldo, ya al jeque, y Malluch creyóle a punto de aceptar el ofre-

cimiento. Quitósele, pues, de encima un peso cuando lo vió volverse a él, dirigiéndole esta pregunta:

—Mi buen Malluch, ¿adónde iremos ahora?

Malluch repuso sonriendo:

—Si queréis seguir el ejemplo de cuantos vienen aquí por vez primera, iréis a que os digan la buenaventura

—¿Mi buenaventura? Aun cuando esta sugestión tenga para mí cierto sabor de incredulidad, vayamos a consultar a la diosa.

—¡Calma, calma, hijo de Arrio! Los sacerdotes de Apolo no hacen las cosas así. En lugar de ponerlos en contacto con una pitonisa o con una sibila, os venden un papiro y os invitan a sumergirlo en el agua de cierta fuente, al sacarlo de la cual podéis leer vuestro porvenir en verso.

La expresión de fugaz curiosidad que había animado el rostro de Ben Hur desapareció.

—Hay seres —observó amargamente— que no tienen necesidad de preocuparse de su porvenir.

—¿Entonces preferís visitar los templos?

—Los templos son griegos, ¿no es verdad?

—Los llaman griegos.

—Los helenos eran en arte maestros de lo bello; pero en arquitectura sacrificaron la variedad a la rigidez de la línea. Todos sus templos se parecen. ¿Cómo llamáis a esa fuente?

—Castalia.

—¡Ah! Su fama es universal. Vayamos a ella.

Malluch, que por el camino iba observando a su compañero, advirtió que iba triste y distraído. No miraba a las personas que pasaban junto a él y mostrábase indiferente a las maravillas que se ofrecían a su paso: caminaba silenciosa, sombría, pausadamente.

La vista de Messala había despertado en él un mundo de dolorosos recuerdos. Parecíale que sólo habían transcurrido algunas horas desde que había sido arrancado de los brazos de su madre y se habían sellado las puertas de la casa paterna. Pensaba en los sueños de venganza madurados durante los largos años transcu-

rridos en la galera y que tenían precisamente a Messala por blanco principal. Podría llegar a mostrarse misericordioso para con Grato, pero para con Messala, jamás. Y para confirmarse en su resolución solía repetirse a sí mismo:

—¿Quién nos señaló a la venganza de los perseguidores? Y cuando imploré compasión, y no para mí, ¿quién me abandonó despreciativamente?

Siempre sus sueños terminaban con la misma terrible invocación:

—El día en que lo encuentre en mi camino, ayúdame, oh Dios de mis padres, ayúdame a descubrir el medio más seguro para realizar mi venganza.

Y el encuentro iba a tener lugar, era inminente.

Si hubiese encontrado a Messala pobre y desdichado, acaso sus sentimientos hubieran sido distintos; mas lo veía más próspero que nunca, y más que nunca insolente en su prosperidad.

Así, pues, mientras Malluch le creía distraído, Ben Hur, por el contrario, estaba pensando cómo tendría efecto el deseado encuentro y a qué medios recurriría para hacerlo memorable.

Llegaron a un camino bordeado de encinas, por el cual iba y venía el público en grupos de peones, de caballeros y de mujeres conducidas en literas por esclavos, y por donde, de cuando en cuando, transitaban vehículos arrastrados con velocidad vertiginosa por fogosos caballos. A la extremidad del camino, la vía, con leve pendiente, descendía flanqueada a la derecha por un elevado margen de rocas grises, y a la izquierda, por un espacioso prado de singular frescura; en él se ofrecía a la vista del espectador la famosa fuente de Castalia.

Abriéndose paso por entre la multitud, Ben Hur se encontró ante un chorro de agua que desde la cima de una roca caía en un cuenco de mármol negro, en el que aparecía espumeante como si cayera en un embudo.

Junto al cuenco, bajo un pequeño pórtico excavado en la roca, estaba sentado un sacerdote anciano, barbu-

do, arrugado y encapuzado, un verdadero tipo de ermitaño. Por la actitud de los circunstantes hubiera sido difícil de adivinar lo que tenía mayor atracción para ellos: si el agua que burbujeaba eternamente, o el ermitaño, eternamente sentado en el mismo sitio. Oía, observaba y era observado, pero no hablaba jamás. De cuando en cuando algún devoto entregábale una moneda; él tomábala, sus astutos ojos brillaban momentáneamente y daba en cambio una hoja de papiro. Inmediatamente el devoto inmergía el papiro en el cuenco, y después sacándolo y contemplándolo a contraluz, leía en él un verso. Parece que la fama de la fuente nada tenía que temer de la pobreza de los versos. Antes de que Ben Hur pudiese a su vez consultar el oráculo, otros visitantes se adelantaron: su aspecto excitó su curiosidad no menos que la de sus compañeros. Iba delante un camello altísimo y completamente blanco, conducido por un hombre a caballo que lo sujetaba por la brida. El *houdah* o silla, sobre el lomo del camello, era extraordinariamente grande y estaba cubierto de púrpura y oro. Otros dos caballeros seguían al camello, armados de lanzas.

—¡Asombroso camello! —exclamó uno de los circunstantes.

—Algún príncipe venido de lejos —observó otro.

—Acaso un rey.

—Los reyes montan en elefantes y no en camellos.

—¡Un camello, más aún, un camello blanco! —dijo un tercero.

—Por Apolo, os diré de quién se trata. Los que veis no son reyes ni príncipes: son mujeres.

Y aquí la discusión fué interrumpida por la llegada de la comitiva. El camello, visto de cerca, no desmintió la impresión producida de lejos. Ninguno de los presentes había visto jamás un animal más alto ni majestuoso. ¡Qué ojos más negros! ¡Qué pelo blanco más fino y mórbido! ¡Cuán bien armonizaba con sus arreos dorados! Sonaban a cada paso las campanillas de plata, suspendidas a su cuello por cintas de seda roja ador-

nadas de flecos de oro, y parecía no sentir la carga que llevaba. Mas, ¿quiénes eran el hombre y la mujer sentados bajo la tienda del *houdah*? Todas las miradas estaban fijas en ellos. Si el hombre era un príncipe, necesario era convenir en la imparcialidad del tiempo, que no distingue entre poderosos y humildes, puesto que el aspecto del anciano, que nada revelaba acerca de su nacionalidad, era casi el de una momia; los curiosos congregados en la fuente no encontraron nada que envidiarle, si se exceptúa el rico chal que envolvía su cuerpo.

La mujer estaba sentada al uso oriental entre finísimos velos y encajes. En la parte superior de los brazos llevaba brazaletes en forma de serpientes, unidos con cadenillas a los brazaletes que oprimían sus muñecas. Salvo estos adornos, los brazos estaban desnudos y seductoramente torneados, formándoles digno complemento dos manos diminutas, casi infantiles, una de las cuales deslumbraba a causa de los numerosos anillos que la adornaban. El velo o redescilla que le cubría la cabeza estaba cuajado de granos de coral y rodeado de una hilera de monedas que en parte caían sobre su frente y en parte descendían por su espalda, confundidas con una espesa mata de cabello negro. Desde su elevado asiento contemplaba al público con curiosidad, y aparentemente sin advertir la curiosidad que también ella despertaba. Lo más singular era que, contra las reglas establecidas entre las damas de calidad, llevaba descubierto el semblante. Y en verdad que valía la pena de ser visto aquel rostro bellissimo, bello por su juvenil frescura, bello por su forma ovalada, bello por su transparente tez, bello por sus grandes ojos, bello por sus coralinos labios y por su blanquísima dentadura. Añádase a estos atractivos la distinción de una cabeza clásicamente modelada y de un rostro aristocrático, que le daban aire verdaderamente regio.

Así que hubo terminado su examen del lugar y de los concurrentes, la hermosa doncella dió una orden al siervo, un corpulento etíope desnudo hasta la cintura, el

cual acercó el camello a la fuente y le obligó a doblar las rodillas. Después, recibida una copa de manos de su señora, iba a llenarla, cuando un fuerte rumor de ruedas y el galopar de unos caballos vino a turbar el encanto producido por la aparición de la hermosa extranjera. Un grito de alarma desbandó al público, que dejó libre el paso.

—Aquel romano parece que pretende atropellarnos. Procurad por vos —gritó Malluch a Ben Hur, dando un salto para ponerse en salvo.

Este último volvióse y vió a Messala que a toda velocidad dirigía su coche hacia la multitud. Esta, huyendo, dejó al descubierto al camello, el cual, o inconsciente o ignorante del peligro, no se movió. El etíope estaba paralizado por el terror. El anciano hizo una tentativa inútil para salir del *houdah*, pero ni él ni la mujer tenían tiempo de salvarse. Ben Hur, colocándose delante de ellos, gritó, dirigiéndose a Messala:

—¡Detente! ¡Atrás, atrás!

Una sonrisa iluminó el semblante del patricio.

Ben Hur, viendo que no había otra salvación para los extranjeros, se abalanzó a los caballos, y cogiendo a dos de ellos por el freno, con un esfuerzo hercúleo les obligó a retroceder.

—¡Perro romano! —gritó—. ¿En tan poco tienes la vida?

La súbita sacudida hizo temblar el carro. Messala logró, merced a un esfuerzo, sostenerse, pero su complaciente Mirtilo cayó rodando por el suelo entre las risas de los circunstantes.

La incomparable desenvoltura del romano no vino a menos en esta ocasión. Deshaciéndose de las riendas en que estaba enredado, las arrojó a un lado; adelantóse hacia el camello, miró a Ben Hur y dijo, dirigiéndose al anciano y a la doncella:

—Pido perdón a entrambos; yo soy Messala, y por nuestra madre tierra os juro que no os había visto. En cuanto a esa buena gente, demasiado les he demostrado

mi destreza; quería reirme a sus expensas, y son ellos ahora los que se ríen de mí: ¡buena pro les haga!

Su sonrisa benigna y la mirada y la actitud indiferentes con que se había vuelto al público concordaban perfectamente con aquellas palabras. Todos callaron en espera de lo que diría aún. Hizo seña al buen Mirtilo de que apartara el carruaje algunos pasos, y prosiguió, contemplando osadamente a la doncella:

—Te suplico que intercedas por mí cerca de este anciano, cuyo perdón pediré más tarde con mayor insistencia si no lo obtengo ahora. Es tu padre, ¿verdad?

La doncella no contestó.

—¡Por Palas, eres hermosa! Procura que Apolo no te cambie por su perdido amor. Desearía saber qué país se enorgullece de tenerte por hija. No extravíes la mirada. El sol de la India se refleja en tus ojos, y el Egipto ha impreso sobre tus mejillas las señales del amor. ¡Por Pólux!, no te ocupes de él, bella desconocida, antes de haber perdonado a este esclavo que se rinde a tus pies.

La joven le había interrumpido para llamar a Ben Hur, que se aproximó a ella.

—Te suplico que tomes esta copa y que la llenes —le dijo—; mi padre tiene sed.

—Te serviré gustosamente —repuso el joven.

Y al volverse para prestar el servicio que se le había pedido, se encontró frente a frente de Messala. Sus miradas se cruzaron: la del judío era provocativa; los ojos del romano no expresaban más que una burlona benignidad.

—Hermosa extranjera, tan cruel cuanto hermosa —prosiguió Messala saludando con la mano—; si Apolo no te roba, me volverás a ver. No conozco tu país, y no sé a qué dios recomendarte; así, pues, ¡por todos los dioses!, no me queda más recurso que recomendarte a mí mismo.

Viendo que el Mirtilo había ya sosegado los caballos y que los tenía prontos para la partida, subió al carruaje. La doncella lo siguió con la mirada, en la que no se

leía ciertamente ninguna expresión de resentimiento; después recibió la copa que le presentaba Ben Hur y la entregó a su padre, que se la devolvió después de haber bebido un sorbo; acercóla también ella a sus labios, y después, presentándosela a Ben Hur con un gesto lleno de gracia, le dijo con inefable dulzura:

—Acéptala, te lo rogamos: está llena de bendiciones para ti.

El camello incorporóse y estaba a punto de partir cuando el anciano llamó a Ben Hur, que se acercó a él respetuosamente.

—Tú has prestado hoy un gran servicio a un extranjero —dijo—. No existe más que un Dios, y en su santo nombre te lo agradezco. Me llamo Baltasar, el egipcio. En el extenso Huerto de las Palmeras, más allá de la aldea de Dafne, el jeque Ilderim el Generoso ha plantado sus tiendas, y nosotros somos huéspedes suyos. Ve allá a preguntar por nosotros: encontrarás la bienvenida del agradecimiento.

Ben Hur quedó maravillado de la voz clara y de la dignidad de aquel viejo venerando.

Mientras contemplaba la marcha de la comitiva, vió de nuevo a Messala.

El romano alejábase como había llegado, riéndose con burlona indiferencia.

CAPITULO IX

Ordinariamente, uno de los medios más seguros para hacerse odiar de una persona, es el de portarse bien en una ocasión en que aquella persona se ha portado mal.

Por fortuna, Malluch era una excepción de la regla. El incidente de que había sido testigo había acrecido su estimación por Ben Hur, y no podía menos de admirar el coraje y la destreza de que había dado pruebas. Si hubiera podido saber algo de la historia del joven,

tendría, pensaba él, un interesante resultado de la jornada para exponer al buen Simónides.

Mientras tanto, le constaba ya que su compañero era judío e hijo adoptivo de un célebre romano; pero en su mente germinaba otro pensamiento: Messala y el hijo del duunviro no debían desconocerse uno a otro. ¿De qué naturaleza eran sus relaciones? ¿Cómo ponerlas en claro? Por más que torturaba su imaginación, no acertaba a encontrar una oportunidad para entrar en el asunto, y ya resignábase a renunciar a toda tentativa, cuando Ben Hur mismo vino en su ayuda. Cogiendo a Malluch del brazo, se separó de la multitud, que fijaba de nuevo la atención en el viejo sacerdote y en la mística fuente.

—Mi buen Malluch —preguntó Ben Hur deteniéndose—, ¿puede un hombre olvidar a su propia madre?

Esta pregunta, hecha a quemarropa y sin aplicación directa, no podía menos de turbar al interrogado, que mirando a su compañero como para leer en su semblante el verdadero significado de sus palabras, descubrió, por el contrario, tales muestras de sincera emoción, que se sintió a su vez conmovido.

—No —repuso con calor—; no, jamás.

Después, ya en completo dominio de sí mismo, añadió con calma.

—Jamás, si es israelita. Una de las primeras lecciones que yo aprendí en la Sinagoga fué la veneración para con los padres; porque, como dijo el hijo de Sirach: “Venera a tu padre con toda tu alma, y no olvides los sufrimientos de tu madre.”

El rostro de Ben Hur se enardecíó más todavía.

—Esas palabras —dijo con voz conmovida— me recuerdan mi infancia y me prueban también que tú eres un buen judío. Tú me inspiras confianza.

Soltó el brazo, al cual hasta entonces había estado cogido, y con ambas manos oprimió los pliegues de la veste que le cubría el pecho, como para sofocar un agudo dolor que lo destrozaba. Después prosiguió:

—Mi padre llevaba un nombre distinguido y gozaba

de gran consideración en Jerusalén, donde moraba. Mi madre, al morir él, estaba aún en la flor de su edad, y no sé en verdad encontrar palabras para expresar cuán buena y bella era. Tenía además una hermana, y los tres componíamos la familia, una familia tan dichosa, que podíamos justificar las palabras del viejo rabino: "Dios, no pudiendo estar en todas partes, creó las madres". Un día sobrevinole a un elevado funcionario romano una desgracia accidental en el momento en que pasaba por delante de nuestra casa seguido de una cohorte: los legionarios derribaron las puertas, saquearon la casa y nos arrestaron. Desde aquel día no he vuelto a ver a mi madre ni a mi hermana. No puedo decir si viven o están muertas, ni sé lo que les ha sucedido. Pero, Malluch, el romano del carruaje estaba presente a nuestra separación; él fué quien nos entregó a los soldados sonriéndose de un modo bárbaro, mientras mi madre, implorando piedad para sus hijos, era conducida a viva fuerza. No te sabré decir si en mí prevalece el odio o el amor. Hoy le he reconocido desde lejos, y, Malluch, aquel hombre conoce el secreto que yo daría toda mi vida por descubrir; sí, él podría decirme dónde están las pobres, si viven todavía, o si han muerto, dónde podré encontrar sus huesos.

—¿Y no querrá decírtelo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo soy judío y él es romano.

—Mas los romanos tienen lengua, y los judíos, aunque despreciados, disponen de medios eficacísimos.

—No para casos de este género. Trátase de un secreto de Estado. No debes ignorar que todos los bienes de mi padre fueron confiscados y repartidos entre nuestros enemigos.

Malluch inclinó la cabeza como para significar que comprendía perfectamente toda la fuerza del razonamiento. Después preguntó:

—¿Te ha reconocido?

—No le era posible. Fuí condenado a galera perpetua, y hace tiempo que me supone muerto.

—Me asombra que no le hayas matado —dijo Malluch cediendo a un momentáneo ímpetu de ira

—Matándolo lo habría puesto en la imposibilidad de servirme. La muerte guarda un secreto más celosamente que la conciencia de un romano.

El hombre a quien incumbía la venganza de tan atroces ofensas y que, sin embargo, sabía dominarse a sí mismo hasta el extremo de renunciar la ocasión que se le había presentado de satisfacerla, debía tener gran confianza en el porvenir, o bien concebía un plan mejor; por tanto, los pensamientos de Malluch tomaron otra dirección. Desde aquel momento dejó de ser únicamente el agente de una tercera persona y se sintió atraído hacia Ben Hur por cuenta propia. En otras palabras: Malluch se disponía a servir de todo corazón a Ben Hur por la admiración que éste le inspiraba.

Después de una breve pausa, Ben Hur añadió:

—No quiero quitarle la vida, mi buen Malluch; contra semejante medida extrema lo garantiza por ahora el secreto que oculta en su negra alma; pero sé un modo de castigarlo, y si tú quieres ayudarme, lo pondré en práctica.

—El es romano —contestó Malluch con firmeza—, y yo soy de la tribu de Judá. Te ayudaré. Si quieres de mí un juramento, prescribemelo en la forma que te parezca más solemne.

—Dame tu mano: esto me basta.

Después de darle un estrecho apretón, Ben Hur, con el corazón más aligerado, prosiguió:

—Lo que yo deseo de tí, mi buen amigo, no es cosa difícil ni menos contraria a tu conciencia. Prosigamos nuestro camino.

Tomaron por el que bordeaba el prado, ya indicado en la breve descripción que precede a la llegada a la fuente de Castalia. Ben Hur, después de breve pausa, comenzó así:

—¿Conoces al jeque Ilderim el Generoso?

—Sí.

—¿Dónde está el Huerto de las Palmeras? O mejor, ¿a qué distancia está de la aldea de Dafne?

Una sospecha se apoderó de Malluch. Recordando la imagen de la hermosa doncella que habían encontrado en la fuente y la simpatía que graciosamente había demostrado por Ben Hur, preguntábase si la obligación de quien quería salvar o vengar a su propia madre corría el peligro de verse postergada por una aventura amorosa. Esto no obstante, repuso:

—A caballo se llega al Huerto de las Palmeras en dos horas; pero un camello recorre esta distancia en una sola.

—Gracias. ¿Puedes decirme también si se dió gran publicidad al anuncio de los juegos de que me hablaste y cuándo tendrán lugar?

Las preguntas eran sugestivas, y si no lograron devolver a Malluch la confianza, lo cierto es que estimularon vivamente su curiosidad.

—¡Oh, sí! Los juegos serán espléndidos. El prefecto es rico, y aun cuando no necesita de su cargo, no es, como la mayoría de los hombres ricos, insensible al aumento de sus riquezas. Así, aunque no sea más que para tener un amigo en la corte, se ha propuesto festejar solemnemente al cónsul Majencio, que es aquí esperado para ultimar los preparativos contra los partos. Los acaudalados de Antioquía, que en estos preparativos tienen sus ventajas, obtuvieron del prefecto permiso para contribuir a las fiestas. Un mes hace ya que los heraldos proclaman la apertura del circo para la ceremonia. El solo nombre del prefecto bastaría a garantizar la variedad y magnificencia de los juegos, particularmente en Oriente; mas cuando a sus promesas se añaden las de los ricachos de Antioquía, se puede asegurar que el concurso será extraordinario. Los premios ofrecidos son magníficos.

—¿Y el circo? Me han dicho que sólo le era superior el circo Máximo.

—¿El de Roma quieres decir? Sí: nuestro circo es

capaz para doscientos mil espectadores, y en el vuestro caben unos setenta mil más. Así el de Roma, como el nuestro, son de mármol, y su distribución interior perfectamente igual.

—¿Y el reglamento, es igual también?

Malluch se sonrió.

—Si Antioquía se atreviese a obrar por sí misma, oh hijo de Arrio, Roma no tendría tanto dominio como tiene. El reglamento del circo Máximo es el que rige también aquí, con una sola excepción: en Roma cada carrera está limitada a cuatro coches; aquí, por el contrario, su número es ilimitado.

—¡Ah, la costumbre griega!

—Sí, Antioquía es más griega que romana.

—Entonces, Malluch, ¿yo podré elegir mi propio coche?

—Tu coche y tus caballos; no existe ninguna restricción a este propósito.

Mientras contestaba a las preguntas de Ben Hur, Malluch no pudo menos de observar la creciente satisfacción con que eran acogidas sus palabras.

—Malluch, otra pregunta más: ¿cuándo se celebrará la fiesta?

—¡Ah, sí!, se me había olvidado —se apresuró a decir el interrogado—. Mañana, no; pasado mañana, si los dioses marinos, para hablar a la romana, le son favorables, llegará el cónsul. Así, pues —y se puso a contar por los dedos—, los juegos comenzarán de aquí a seis días.

—El plazo es corto, Malluch, pero me basta. (Estas últimas palabras fueron pronunciadas con energía). ¡Por los profetas de Israel! Volveré a empuñar las riendas. Mas, ¿cómo podremos tener la certeza de que Messala estará entre los competidores?

Malluch vió claramente el plan tramado para humillar al romano, y como digno descendiente de Jacob, olvidando toda otra consideración, corrió con el pensamiento a apreciar las probabilidades favorables o contrarias. Su voz se hizo trémula al preguntar:

—¿Eres suficientemente adiestrado?

—No temas, amigo mío. De tres años a esta parte los vencedores del circo Máximo deben sus laureles únicamente a mi condescendencia. Pregúntalo a ellos mismos, y te dirán que no exagero. En las últimas carreras, el Emperador en persona me ofreció su particular protección a condición de que guiase sus caballos.

—¿Y no aceptaste? —preguntó Malluch con vivo interés.

—Yo —prosiguió Ben Hur con voz insegura—, yo soy judío y no me atreví, aun cuando llevase un nombre romano, asumirme profesionalmente un oficio que hubiera cubierto de vergüenza el nombre de mi padre en los pórticos y en los patios del Templo. Nada me impedía adiestrarme en las palestras; pero el circo me habría deshonrado, y si aquí hago una excepción, Malluch, te juro que no es por el premio o por la merced reservada al vencedor.

—Detente, retira el juramento —interrumpió Malluch—; la merced es de diez mil sextercios, una fortuna para toda la vida.

—No para mí, aun cuando el prefecto la triplicase cincuenta veces. Yo quiero otra cosa; quiero lo que vale más que todas las rentas imperiales desde el primer año del Imperio hasta el presente: humillar a mi enemigo. Tú sabes que la venganza está permitida por la ley.

Con una sonrisa de aprobación, como queriendo decir: "Bien, muy bien, los judíos nos entendemos", Malluch repuso:

—Messala correrá, no lo dudes. Lo ha hecho ya público en las calles, en los baños, en los teatros, y no volverá atrás, porque su nombre está inscrito en las tablillas de apuestas de todos los jóvenes jugadores de Antioquía.

—¿Se hacen apuestas por él, has dicho?

—Sí, y por esto viene cada día a ejercitarse ostentosamente.

—¡Ah! ¿Aquellos son, pues, el coche y los caballos de que se servirá? Muy bien; gracias, mi buen Malluch. Tú me has prestado hoy un gran servicio y ya tengo de qué alegrarme. Ahora condúceme al Huerto de las Palmeras y preséntame al jeque Ilderim el Generoso.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo. Mañana sus caballos podrían haber sido confiados a otro.

—¿Tanto te placen?

Ben Hur repuso con entusiasmo:

—Les ví desde el podio un solo instante, porque en seguida apareció Messala y no pude verlos más; pero aquella mirada me bastó para reconocer que su raza es la maravilla y la gloria del Desierto. No he visto ejemplares de su sangre más que en las caballerizas de César; pero vistos una vez, se reconocen siempre. Si mañana, por ejemplo, te encontrase, oh Malluch, aun cuando no me saludases, te reconocería por tu semblante, por tu figura, por tus maneras. Pues bien, con igual seguridad y por los mismos signos reconocería aquellos caballos. Si es cierto sólo la mitad de lo que de ellos se dice, y yo logro doblegarlos a mi voluntad, podré...

—¿Ganar los sextercios? —interrogó Malluch riéndose.

—No —repuso Ben Hur con viveza—; haré lo que mejor cuadra a un hijo de Jacob: humillaré públicamente a mi enemigo. Pero —añadió impaciente—, no perdamos tiempo. ¿Cómo podemos llegar más rápidamente a la tienda del jeque?

Malluch reflexionó un momento.

—Lo mejor será encaminarnos directamente a la aldea, afortunadamente muy próxima; si logramos encontrar dos buenos camellos, bastará con una hora de viaje.

—En marcha, pues.

La aldea estaba formada por palacios rodeados de jardines, intermediados por algunos khanes o caravan-

serrallos magníficos. No fué difícil a los dos judíos encontrar un par de camellos, y montados en ellos, tomaron el camino del Huerto de las Palmeras.

CAPITULO X

Pasada la aldea, el terreno presentábase ondulado y cultivado con esmero; constituía el Huerto de Antioquia, cada palmo de cuyo terreno producía un tesoro. Las ásperas laderas de las colinas estaban cortadas a terrazas, y hasta sus elevados arbustos alegraban la vista con las vides que se les enlazaban, de las cuales pendían bellísimos racimos de purpurinas uvas. Allende extensos melonares y bosquecillos de naranjos y cidros descubriáanse las blancas moradas de los arrendatarios. Dondequiera que se dirigía la vista veíase a la Abundancia, sonriente hija de la Paz, vestida de sus más alegres y atractivos colores.

De cuando en cuando los accidentes del terreno dejaban ver en el horizonte las alturas del Tauro y del Líbano, entre los cuales el Oronte seguía plácidamente su curso.

Nuestros viajeros llegaron al río y siguieron su sinuoso curso, ora venciendo rápidas cuestas, ora descendiendo a algún valle a través de terrenos señalados como áreas para construcciones de quintas. Ya gozábase de la sombra placentera proyectada por las ramas de las encinas, de los sicomoros y de los mirtos, ya del perfume de las plantas aromáticas. Contribuía en gran manera a la poesía del ambiente la vecindad del río, en el cual se reflejaban los oblicuos rayos del sol.

Innumerables embarcaciones surcaban sus aguas en dirección opuesta, emblemas y vehículos de vida, ricas de sugerencias y evocando imágenes de ciudades lejanas, de pueblos extranjeros y comerciales.

Los dos amigos prosiguieron silenciosamente su camino hasta que llegaron a un lago formado por las re-

gurgitaciones del río, y cuya agua era límpida, profunda y tranquila. Una añosa palmera dominaba el ángulo de la ensenada, y Malluch, tomando por la izquierda del árbol, batió palmas, exclamando:

—Mira, mira, ese es el Huerto de las Palmeras.

El espectáculo que se ofreció a sus miradas sólo podría tener semejante en algún favorecido oasis de Arabia o en alguna factoría de las riberas del Nilo. Ben Hur vió desplegarse ante él una vasta llanura cubierta por una alfombra verde de rara frescura.

Grupos de palmeras seculares de colosal elevación, de ramas regulares, de frondas empenachadas y como modeladas en cera, se perdían en el azulado cielo. El lago, fresco y límpido, alimentaba con sus aguas las raíces de los viejos árboles. ¿Era acaso una repetición el bosquecillo de Dafne? Las palmas, como si hubiesen adivinado el pensamiento de Ben Hur, y quisiesen a su modo seducirlo, parecían agitarse a su paso y escarcharlo de fresco rocío.

El camino seguía paralelo a la ribera del lago, desde la cual se veía la opuesta, sombreada también de palmeras, con exclusión de todo otro árbol.

—Mira aquella palmera —exclamó Malluch señalando un árbol gigantesco—. Cada anillo de su tronco indica un año de vida. Cuéntalos desde la raíz a la cúspide, y si el jeque te dice que el bosque fué plantado antes de que fuesen conocidas en Antioquía las Seléucidas, ten por cierto que te dice la verdad.

No es posible contemplar una arrogante palmera sin sentirse penetrado de la sutil sugestión que emana de este soberbio vegetal, el cual parece transformarse a los ojos del que lo contempla, infundiéndole un sentimiento de complacencia y de admiración. Así se explican los homenajes prodigados a la palmera por todo el Oriente, comenzando por los artistas de los primeros reyes, los cuales no supieron encontrar mejor modelo para las columnas de sus palacios y de sus templos.

Ben Hur preguntó:

—Hoy, cuando ví a Ilderim en el estadio, me hizo el

efecto de un hombre vulgarísimo, a quien nuestros rabinos de Jerusalén hubieran despreciado como a un perro de Edom. ¿Cómo fué que vino en posesión del Huerto, y cómo lo hace para librarse de la avidez de los gobernadores romanos?

—Si el tiempo ennoblece la sangre —repuso Malluch con calor—, el viejo Ilderim, oh hijo de Arrio, es un hombre en el mejor sentido de la palabra, aun cuando sea un edomita incircunciso. Sus padres fueron todos jeques. Uno de ellos, que vivió no sé en qué época, prestó una vez un servicio a un rey perseguido por sus enemigos. La leyenda refiere que le dió para su defensa mil jinetes que conocían todos los senderos y escondites del Desierto, y los cuales tuvieron oculto al rey hasta que se presentó ocasión de destruir al enemigo y de colocar al monarca en su trono. Este, agradecido, dió al hijo del Desierto este delicioso lugar para él y para sus sucesores perpetuamente. Nadie ha pensado jamás en disputarles la posesión. Los gobernadores creen que les interesa mantener buenas relaciones con una tribu a la cual Dios ha concedido hombres, caballos, camellos y riquezas, y sobre todo la supremacía sobre muchas existentes en las arterias que enlazan a Antioquía con las demás ciudades. De la buena voluntad de estos hombres depende la libertad del paso y la seguridad de los caminos, y el mismo prefecto se considera feliz cada vez que Ilderim, denominado el Generoso por muchos de sus actos de liberalidad, va a hacerle una visita acompañado de sus mujeres, de sus hijos y de sus siervos, todos montados en camellos y caballos, como solían hacerlo nuestros padres Abraham y Jacob.

—¿Cómo se explica, pues —preguntó Ben Hur, que le había escuchado con vivo interés, sin advertir la lentitud de los camellos—, que se mesase hoy la barba de rabia y se maldijese a sí mismo por haber prestado fe a un romano? Si César le hubiese oído, hubiera tenido razón en decir: “No quiero amigos semejantes; libradme de ellos”.

—Y no se hubiera ciertamente equivocado —repuso Malluch sonriendo—. Ilderim no ama a Roma, y tiene un motivo para quejarse de ella. Hace tres años los parthos capturaron una caravana en el camino de Bozra a Damasco, la cual llevaba, entre otras cosas, el tributo de todo un distrito. Mataron a todos los hombres de la caravana, lo que los censores hubieran en Roma fácilmente perdonado con tal de que hubiesen sido respetadas las sumas imperiales. Los recaudadores de las tasas llamados a responder del daño recurrieron a César, quien hizo responsable a Herodes. Este se indemnizó secuestrando algunos valores de Ilderim, con el pretexto de que él debía velar por la seguridad de los caminos imperiales. El jeque apeló a César, y César le dió una contestación en todo digna de una esfinge. Desde entonces el anciano se consume de rabia y no le falta nunca ocasión para desahogarla.

—Esto no le sirve de nada, Malluch.

—Esto —prosiguió el otro— requiere otra explicación, que te daré si te aproximas: hablemos en voz baja, la hospitalidad del jeque empieza a demostrarse; oye esas muchachas qué te dicen.

Los camellos se detuvieron, y Ben Hur vió algunas doncellas vestidas al modo de las aldeanas siríacas, que le ofrecían cestillas de dátiles. La fruta era recién cogida y no podía ser rehusada. Agachóse, tomó algunos, y en aquel instante un hombre, acurrucado bajo el árbol junto al cual los animales se habían detenido, gritó:

—La paz sea con vosotros. ¡Bien venidos seáis!

Después de haber dado gracias a las doncellas, los dos amigos prosiguieron su camino.

—Has de saber —añadió Malluch, interrumpiéndose de vez en cuando para tomar un datil—, que Simónides el mercader me honra con su confianza, y que alguna vez se digna aconsejarse de mí; por lo cual, frecuentando su casa, trabé conocimiento con muchos de sus amigos, los cuales, sabedores de nuestra familiari-

dad, hablaron con libertad en presencia mía. De este modo logré yo intimar con el jeque Ilderim.

Por un instante Ben Hur distrajo su atención. Presentóse a su mente la imagen pura, gentil y suplicante de Ester. Los ojos negros de la doncella, resplandeciendo con aquella luz característica de las mujeres judías, se fijaron modestamente en los suyos; parecióle oír el roce de las vestiduras y su voz melodiosa ofreciéndole el cáliz de vino. Recordó con complacencia la piedad de su mirada, más expresiva que cualquier palabra, y se entregó a aquel recuerdo. La visión, llena de inefable dulzura, desapareció como por encanto así que se volvió hacia Malluch.

—Hace algunos días —prosiguió este último— el viejo árabe fué a visitar a Simónides y me encontró con él. No me pasó desapercibida cierta turbación suya, y por deferencia hice ademán de retirarme: él mismo me detuvo. “Si eres israelita, me dijo, quédate, porque tengo una historia extraña que contar”. El énfasis con que acentuó la palabra *israelita* excitó mi curiosidad, y me quedé. He de ser breve, porque nos acercamos a la tienda. He aquí en pocas palabras el asunto de su relato: Muchos años hace, tres extranjeros llegaron a la tienda de Ilderim en el Desierto: un indio, un griego y un egipcio. Viajaban en camellos, los más grandes que había visto y completamente blancos. Ilderim les dió la bienvenida y los hospedó. A la mañana siguiente se levantaron y entonaron una oración muy nueva para Ilderim, dirigida a Dios y a su Hijo. Su contenido era misterioso. Después del desayuno, el egipcio explicó quiénes eran y de dónde venían. Cada uno de ellos había visto una estrella, a la vez que oído una voz ordenándoles dirigirse a Jerusalén y preguntar: “¿Dónde está Aquel que ha nacido Rey de los judíos?” Los tres obedecieron. Desde Jerusalén la estrella guióles a Belén, en donde, en una gruta, encontraron a un recién nacido que adoraron, cayendo de hinojos ante El. Cumplido este acto de adoración, acompañado de preciosos regalos, y proclamando quién El era, huyeron con sus

camellos y se refugiaron en la tienda del jeque, pues no dudaban que si Herodes, aquel que era llamado el Grande, los hubiese encontrado, hubiéralos condenado a muerte. Fiel a su costumbre, el jeque los hospedó y los tuvo ocultos por un año, al fin del cual ellos partieron dejándole dones de gran valor y tomando cada uno dirección distinta.

—¡Es una historia maravillosa! —exclamó Ben Hur—. ¿Qué has dicho que tenían que preguntar una vez llegados a Jerusalén?

—Debían preguntar: ¿Dónde está Aquel que ha nacido Rey de los judíos?

—¿Y nada más?

—Había otras particularidades, pero no las recuerdo.

—¿Y encontraron al Infante?

—Sí, y lo adoraron.

—Malluch, esto es un milagro.

—Ilderim es hombre serio, aunque excitable como todos los árabes. Es incapaz de una mentira.

Malluch hablaba con seguridad. Después de una pausa, de que los camellos se aprovecharon para pacer, separándose del camino, Ben Hur preguntó de nuevo:

—¿No ha sabido Ilderim nada más de los tres hombres? ¿Qué fué de ellos?

—¡Ah, sí! Este fué precisamente el motivo de la visita a Simónides. La víspera de aquel día había reaparecido el egipcio.

—¿En dónde?

—Aquí, a la entrada de la tienda a que nos dirigimos.

—¿Cómo lo reconoció?

—De igual modo que conociste tú hoy los caballos: por su aspecto.

—¿Nada más?

—Iba montado en el mismo camello blanco y llevaba el mismo nombre: Baltasar el egipcio.

—¿Será un milagro del Señor? —preguntó Ben Hur agitado.

—¿Por qué? —preguntó a su vez, sorprendido el amigo.

—¿No dijiste Baltasar?

—Sí, Baltasar el egipcio.

—Pues este es el nombre del viejo que hemos visto hoy en la fuente.

—Ciertamente —replicó con viveza Malluch, a quien de pronto se comunicó la agitación del compañero; el camello era el mismo, y tú has salvado la vida a ese hombre.

—Y la mujer —continuó Ben Hur como hablando entre sí—, la mujer es su hija.

Y quedando pensativo, calló.

No será difícil al lector adivinar cómo el precedente diálogo evocará una segunda visión femenil, ante la cual Ben Hur permaneció más largamente absorto que ante la primera; mas nos equivocariamos si de esta circunstancia dedujésemos que Ben Hur sentía por ella más fascinación. La siguiente pregunta que después de una larga pausa dirigió a Malluch indica la dirección de su pensamiento:

—Dime, Malluch, ¿debían preguntar los tres extranjeros en dónde estaba Aquel que había de ser Rey de los judíos?

—No precisamente esto, sino más bien en dónde estaba *Aquel que había nacido Rey de los judíos*. Estas son las palabras que oyó el anciano jeque en el Desierto, y desde aquel día espera el advenimiento del Rey. Y nadie puede hacer vacilar su fe.

—¿Y justamente un Rey?

—Sí. Y con él la caída de Roma: esto dice el anciano.

Siguió un nuevo período de silencio, del que Ben Hur sentía necesidad para recoger las propias ideas y refrenar la agitación de su ánimo. Después dijo:

—Ese anciano es uno de los muchos millones de hombres que tienen graves ofensas que vengar, y por tanto, esta extraña teoría suya, Malluch, es alimento precioso de sus esperanzas, si se considera que durante

la dominación romana sólo un Herodes puede ser rey de los judíos. ¿Oíste tú lo que Simónides repuso?

—Si Ilderim es hombre grave, Simónides, por su parte, es hombre sensato —replicó Malluch—; oí también su parecer, y... Mas escucha, alguien nos sigue.

Oíase, efectivamente, rumor de caballos y de ruedas acercándose rápidamente. En breve los dos judíos fueron alcanzados por Ilderim, que a caballo, y seguido de una larga comitiva, en la cual figuraban los cuatro caballos árabes, regresaba del bosquecillo de Dafne. El jeque iba con la cabeza inclinada sobre el pecho, como persona postrada; pero a la vista de los dos que le precedían en el regreso, se animó y saludóles afablemente.

—La paz sea con vosotros. ¡Ah, amigo mío Malluch! Dime que estás de llegada y no de partida, y que me traes algún mensaje de parte del buen Simónides, a quien deseo que el Señor de sus padres mantenga por muchos años en vida. Seguidme entrambos. Tengo pan y fruta que ofreceréis, y más si os agrada: *arrack* y carne de cabrito. Venid.

Siguiéronle hasta la entrada de la tienda, en donde se apeó y les recibió presentándoles una bandeja sobre la que había tres cálices llenos de un líquido espumoso, que vertió de un odre ennegrecido por el humo, que pendía del mástil central.

—Bebed —dijo cordialmente—; bebed, porque éste es el talismán que garantiza la incolumidad a quien penetra en las tiendas de los hijos del Desierto.

Cada cual tomó su copa y la vació.

—Entrad ahora en nombre de Dios.

Apenas entrados, Malluch llamó aparte al jeque y le habló en voz baja; después se dirigió a Ben Hur, diciéndole:

—He hablado de ti al jeque, y mañana te dejará probar los caballos. Ya he hecho cuanto podía por ti; a ti corresponde lo restante. Me vuelvo, pues, a Antioquía. Una persona me espera esta noche, y me es preciso verla. Regresaré mañana y haré lo posible, si todo

marcha bien, por permanecer contigo hasta que hayan terminado los juegos.

Y después de cambiarse saludos y bendiciones, Malluch se puso en camino nuevamente.

CAPITULO XI

A la hora en que el resplandor argentino de la nueva luna iluminaba las torres almenadas del palacio del monte Sulpio, dos terceras partes de la población de Antioquía descansaban de las fatigas del día, gozando sobre las terrazas de las casas del aire refrescado por la brisa nocturna. Simónides, acomodado en su sillón, que habíale llegado a ser indispensable, contemplaba desde su propia terraza el río y las embarcaciones en él ancladas. La muralla que erguíase a su espalda proyectaba su sombra en el agua hasta llegar a la opuesta orilla, y encima proseguía el rumor de pasos sobre el puente. Ester, junto a su padre, sostenía ante él un plato que contenía su cena frugal, compuesta de lonjas delgadas como hostias, un poco de miel y una taza de leche, en la cual Simónides mojaba las lonjas después de haberlas untado con aquélla.

—Malluch tarda en volver esta noche —murmuró el israelita, descubriendo así el pensamiento que le preocupaba.

—¿Tú crees que vendrá? —preguntó Ester.

—A menos que haya tenido que tomar el camino del mar o del Desierto, vendrá.

Simónides hablaba tranquilamente, como hombre que tiene seguridad de lo que dice.

—También podría escribir —sugirió tímidamente la doncella.

—No, Ester. Malluch ya me habría advertido por escrito si hubiese pensado no volver, y pues no me lo ha advertido, estoy seguro de que vendrá.

—Esperémosle —suspiró la doncella.

Había no sé qué en el tono con que dejó escapar esta palabra, que el viejo se estremeció. El más tierno pajarillo no puede posarse sobre una ramita sin comunicar una vibración, aunque ligera, a todas las fibras del árbol; el organismo humano no es menos sensible algunas veces a las palabras más insignificantes.

—¿Deseas que vuelva, Ester?

—Sí —repuso ella mirando a sus ojos.

—¿Por qué? ¿Puedes decírmelo? —persistió el padre.

—Porque...

Detúvose y luego prosiguió:

—Porque el joven es...

Y detúvose de nuevo.

—Nuestro señor, quieres decir.

—Sí.

—Y tú sigues pensando que yo no debo dejarle partir sin decirle que, si quiere, puede tomar posesión de nosotros y de todo, ¿comprendes, Ester? de todo: de las mercancías, del dinero, de las naves, de los esclavos y de mi inmenso crédito, de ese manto de oro y plata tejido para mí por aquella divinidad tan adorada por los hombres: el Exito.

Ester no contestó.

—¿No te conmueves siquiera? —insistió el padre, no sin un tinte de amargura—. Está bien, Ester. Siempre he experimentado que, por terrible que sea la realidad, nunca se hace insoportable una vez rasgadas las negras nubes a través de las cuales nos aterrorizaba primeramente; no, nunca, ni siquiera el tormento. Supongo que así sucederá también con la muerte. A la luz de esta filosofía, es de presumir que la esclavitud de que vamos al encuentro acabe por parecernos dulce. ¡Cuán agradable me es desde ahora pensar en la felicidad de nuestro dueño! Las riquezas no le habrán costado nada, ni un momento de angustia, ni una gota de sudor, ni siquiera un pensamiento. Irán a sus manos mientras está en la flor de sus años, sin haberlas siquiera soñado. Y perdona, Ester, este pequeño desahogo a

mi vanidad, si añadido que entrará en posesión también de lo que todo el oro del mundo no podría darle; hablo de ti, mi tesoro, mi flor predilecta, germinada en la tumba de mi llorada Raquel.

La atrajo amorosamente hacia él y le dió dos besos: uno para ella, otro para la pobre muerta.

—No hables así —dijo la doncella cuando el anciano le apartó la mano con que le había acariciado el cuello—; ese joven merece mejor opinión: también ha sufrido y nos devolverá la libertad.

—¡Ah, Ester! Tú eres de nobles instintos y tú sabes cómo me dejo llevar por ellos cada vez que me encuentro perplejo en mi juicio acerca del carácter de alguna persona; pero —y aquí su voz se hizo más vibrante— no son estos pobres miembros, no este cuerpo torturado y desfigurado lo que le daré. ¡Oh, no! Yo le daré un alma que ha sabido triunfar de los tormentos y de la malignidad romana, más cruel aún que esos mismos tormentos; yo le daré una mente que sabe descubrir el oro a una distancia mayor que la a que llegaron las naves de Salomón; una mente ejercitada en concebir empresas.

Aquí sonrió de complacencia, y después prosiguió, animándose paulatinamente:

—Mas, ¿no sabes, Ester, que antes de que la nueva luna entre en el próximo cuarto yo podría conmover el mundo y hacer vacilar al mismo César? Porque has de saber, hija mía, que yo poseo aquella facultad más preciosa que un cuerpo perfecto, más preciosa que el ardimiento, que la voluntad, que la experiencia; aquella facultad divina que los poderosos no saben apreciar suficientemente y que el vulgo conoce apenas: la facultad de sujetar a los hombres a mis propósitos hasta su perfecto cumplimiento, lo que hace que mi persona se multiplique en legiones de centenares y de millares de personas. Por esto los capitanes de mis naves atraviesan los mares y me traen el premio de honrados afanes; por esto Malluch sigue a nuestro joven señor y nos traerá...

El rumor de pasos que se aproximaban a la terraza hizo interrumpirle.

—¡Ah, Ester! ¿No te lo dije? Ya está aquí, y ahora tendremos noticias. Por ti, mi dulcísima hija, mi cándida azucena, suplico a Dios, que no ha olvidado a la grey errante de Israel, que sean favorables.

Malluch se presentó.

—La paz sea contigo, mi buen señor —dijo inclinándose—, y también contigo, Ester, la más virtuosa de las hijas.

Y colocóse ante ellos en actitud respetuosa. Con su presencia, humilde como la de un siervo, contrastaba la familiar cordialidad de sus palabras, de modo que era difícil determinar de qué naturaleza eran sus relaciones con ambos.

Simónides, hombre práctico, apenas devuelto el saludo, entró súbitamente en materia.

—¿Qué tienes que decirme acerca de aquel joven, mi buen Malluch?

Los acontecimientos de aquel día fueron relatados por el siervo tranquilamente y con toda sencillez, sin interrupción ninguna del anciano, cuya inmovilidad no se turbó un instante.

—Gracias, mi buen Malluch —exclamó cuando hubo terminado—. Nadie lo hubiera hecho mejor que tú. ¿Qué tienes que decirme acerca de la nacionalidad del joven?

—Es israelita, mi buen señor, y pertenece a la tribu de Judá.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Parece que no te ha hablado gran cosa de su vida.

—Ha aprendido a ser prudente, mejor dicho, desconfiado. Eludió todas mis tentativas para hacerle hablar, hasta que partimos de la fuente Castalia para la aldea de Dafne.

—¡Lugar abominable! ¿Por qué ha ido a él?

—Creo que por curiosidad, como puede decirse de la mayoría de los que van por primera vez; mas, cosa ex-

traña, nada le ha interesado de cuanto ha visto. Por ejemplo, no ha visitado el templo y sólo ha preguntado si era griego. A decir verdad, tiene ese joven una pena de que quisiera librarse, y ha ido al bosquecillo de Dafne para olvidarla.

—Si fuese así, estaría bien —murmuró Simónides.

Después añadió más fuerte:

—Malluch, la maldición de nuestros tiempos es la prodigalidad: los pobres se empobrecen queriendo imitar a los ricos, y los ricos quieren parecer príncipes. ¿Has descubierto en ese joven síntomas de esta locura? ¿Demostró posesión de riquezas prodigando monedas de Roma o Israel?

—No, maestro.

—Sin embargo, Malluch, en semejante lugar, donde abundan los incentivos para el deleite, no puede menos de haberte hecho alguna oferta de generoso tratamiento que justificaría, por otra parte, su juventud.

—Ni ha comido, ni ha bebido en mi compañía.

—¿Por sus palabras has podido conjeturar cuál era su pensamiento dominante? Como sabes, no hablamos, no ejecutamos y no decidimos ninguna cuestión grave que nos incumbe, sin obedecer a un móvil. ¿Qué puedes decirme acerca de este particular?

—Respecto a esto, Simónides, puedo contestar con perfecta seguridad. En primer lugar, le espolea el deseo de encontrar a su madre y a su hermana. Después guarda rencor a Roma, y como Messala, de quien te he hablado, ha tomado parte, de un modo u otro, en los sucesos que le han llevado a la desgracia, el objeto que persigue actualmente es vengarse de él, humillándolo. El encuentro en la fuente ofrecióle una ocasión, mas no quiso aprovecharla porque no era bastante pública.

—Messala es muy influyente —observó gravemente Simónides.

—Sí, pero su próximo encuentro se efectuará en el Circo.

—¿Y qué?

—El hijo de Arrio vencerá.

—¿Cómo lo sabes?

Malluch se sonrió.

—Lo juzgo por sus palabras.

—¿Y por nada más?

—Lo juzgo también por lo que vale más aún, por el espíritu que le anima.

—Está bien; pero dime, Malluch: esta idea de venganza, ¿qué tendencia tiene? ¿Tiene por mira a los pocos que le ofendieron, o comprende también a la masa? Y además, ¿no podría ser este deseo de venganza el sueño pasajero de un joven sensible, antes que el firme propósito de una voluntad irrevocable? Tú sabes perfectamente, Malluch, que la idea de venganza, si es un simple parto del pensamiento, no es más que una burbuja de jabón, mientras que la pasión verdadera es una enfermedad del corazón, que de éste se extiende al cerebro, alimentándose de uno y otro.

Por primera vez dió aquí Simónides señales de agitación, hablando rápidamente y con la viveza que presta la convicción.

—Mi buen señor —repuso Malluch—, una de las razones que me convencieron de que el mancebo era judío fué precisamente la intensidad de su odio. Aunque estaba receloso, cosa natural en quien ha vivido tanto tiempo en ambiente tan sospechoso como el romano, sin embargo, dos veces se transparentó el odio en sus ojos: la primera, cuando quiso conocer los sentimientos de Ilderim con respecto a Roma; después, cuando al referirle la historia del jeque y del hombre sabio llegué a la pregunta: ¿Dónde está Aquel que ha nacido Rey de los judíos?

Simónides se estremeció y preguntó ávidamente:

—Mi buen Malluch, repíteme sus palabras, sus palabras precisas, para que pueda juzgar de la impresión que en él produjo este misterio.

—Insistió en conocer exactamente los términos en que se había formulado la pregunta, esto es, si “era” o si había “nacido para ser”. Daba grande importancia a la aparente diferencia de las dos expresiones.

Simónides recobró su calma y prosiguió escuchando atentamente.

—Entonces —prosiguió Malluch— le expliqué el parecer de Ilderim, esto es, que el Rey edificaría su trono encima de las ruinas de Roma; y su rostro se encendió como brasa, mientras con voz conmovida me preguntó: ¿Quién sino un Herodes puede ser Rey mientras dure el dominio de Roma?

—¿Qué quería decir con esto?

—Que el imperio ha de ser destruído antes de que otro pueda reinar en él.

Simónides dejó vagar por un momento su mirada sobre sus gallardas embarcaciones; después despidió a Malluch con estas palabras:

—Basta, Malluch; ve a cenar y a disponerte para regresar al Huerto de las Palmeras. Debes ayudar al joven en la lucha para que se dispone. Entra por la mañana y te daré una carta para Ilderim.

Y después añadió, como hablando consigo:

—Es probable que también yo vaya al circo.

Así que Malluch, cambiadas las bendiciones de costumbre, se hubo retirado, Simónides tomó un buen sorbo de leche y pareció recobrase. Después, volviéndose a Ester, díjole que no se le ofrecía nada más, y la invitó a ocupar su acostumbrado sitio junto al sillón.

—El Señor es bueno para mí —exclamó fervorosamente—; sí, su bondad es verdaderamente grande. Sus designios están ocultos por el misterio, pero alguna vez nos permite entreverlos. Ya soy viejo, hija mía, y ha de llamarme pronto; pero mientras mi última hora se acerca y mi esperanza comenzaba a desvanecerse, me envía este mensajero suyo para infundirme nueva confianza. Yo vislumbro la proximidad de un gran acontecimiento que ha de ser para todo el mundo la aurora de un nuevo día. Sí, sí; ahora veo por qué razón especial he sido favorecido de tantas riquezas y cuál es el objeto a que están destinadas. En verdad, hija mía, ha entrado en mí un nuevo soplo de vida.

Ester se juntó más a él, como para calmar aquella divagación de la mente.

—El Rey ha nacido —continuó Simónides— y ha de haber llegado a la flor de la virilidad. Baltasar dijo que era un niño en el regazo de su madre cuando lo vió, lo adoró y lo colmó de presentes. Ilderim afirma que en el mes de diciembre cumplieron veintisiete años desde que Baltasar y sus compañeros fueron a refugiarse en su tienda para librarse de Herodes; su advenimiento, pues, no puede demorarse mucho: esta misma noche, mañana quizá. Santos Patriarcas de Israel, ¡qué felicidad sólo al pensarlo! Parece escuchar el fragor de las murallas derrumbándose y el estrépito de la universal ruina; sí, y el júbilo de los hombres al ver que se abre la tierra para tragarse a Roma, y las risas y los cantos de las masas al recibir la asombrosa noticia de que ya no existe Roma.

Un exceso de alegría, que terminó en una risotada, le hizo interrumpirse. Después, volviéndose a su hija, prosiguió:

—¿Qué te parece, Ester? Yo, el hombre de negocios, me siento poeta como Miriam y David. En mi mente, capaz sólo de números y datos, siento en este momento ruido de címbalos, de arpas y de gritos de gente que se agolpa en torno de un trono. ¡Ah! No quiero pensar en ello todavía; pero cuando el Rey venga tendrá necesidad de dinero y de hombres, porque, como nacido de mujer, es, después de todo, hombre, y como tal, sujeto, como tú y yo, a las necesidades humanas. Mediante dinero encontrará procuradores y custodios, y para los hombres habrá menester jefes. ¿No ves tú qué horizonte se despliega ante mí y ante nuestro joven señor, qué campo de gloria y de venganza nos espera? Y después, y después...

Detúvose como herido por el egoísmo de una visión, en la cual su querida hija no tenía parte alguna, y concluyó besándola:

—Y después, ¡qué cosecha de felicidad para la hija de tu madre!

Esta seguía pensativa. Entonces el anciano se dió cuenta de la diversidad de sus naturalezas y de la ley por la cual lo que es causa de alegría o de temor para unos, no lo es siempre para los demás. Su compañera era todavía una niña.

—¿En qué piensas, Ester? —preguntóle tomando el tono de voz habitual—. Cualquiera que sea tu deseo, dímelo si está en mí todavía satisfacerlo. Nuestro poder, como sabes, es inconstante. Mañana quizá sea tarde.

La doncella repuso con ingenuidad casi infantil:

—Mándalo llamar, padre mío. Manda por él esta misma noche. No dejes que se presente en el Circo.

—¡Ah! —suspiró el padre.

Y de nuevo recorrió con la mirada el río, que estaba débilmente iluminado por las estrellas, pues la luna había transpuesto el monte Sulpio.

¿Hemos de decirlo, lector? Amargos celos atormentaban el corazón de Simónides. ¿Amaba acaso Ester a su joven señor? No, no podía ser, pues ella era demasiado joven. Esto no obstante, no podía desasirse de esta idea, que proseguía martirizándolo. La doncella tenía diez y seis años: recordábalo perfectamente. El último aniversario de su nacimiento lo habían festejado con la botadura de una nave; su bandera amarilla llevaba el nombre de Ester. Sin embargo, en este momento el recuerdo de la edad sorprendióle como una revelación. Existen realidades que se nos presentan produciéndonos sentimientos de tristeza, como, por ejemplo, el hecho de que vamos envejeciendo, y más terrible aún la idea de que hemos de morir. Una reflexión de este género fué precisamente la que penetró en el corazón de Simónides y le arrancó un suspiro, casi un lamento.

No bastaba que aquella idolatrada criatura, en la flor de la primavera, hiciese el sacrificio de la libertad, sino que también su corazón, del cual conocía él la infinita ternura, debía ser propiedad del joven señor. El demonio, que tiene la misión de torturarnos con

temores y angustias, muy raramente se contenta con hacer las cosas a medias. En la amargura del momento, el animoso anciano se olvidó de sus vastos proyectos y de su milagroso Rey. Mas haciendo un violento esfuerzo para dominarse, preguntó con aparente calma.

—¿Que no deje que se presente en el Circo, Ester?
¿Y por qué?

—Padre, porque no es lugar para un hijo de Israel.

—¡Oh, mi religiosa Ester! ¿Y por ningún motivo más?

El tono indagador de la pregunta penetró profundamente en el corazón de la doncella y aceleró sus latidos, haciéndola enmudecer; se sintió indignada, y al mismo tiempo invadida por una extraña sensación de bienestar.

—A aquel joven han de pasar nuestras riquezas —dijo Simónides, acariciándole la mano y hablándole con creciente ternura—, nuestras naves, nuestro dinero, todo, todo, hija mía. Sin embargo, ¿ves?, me parecía que no había de ser pobre aun entregándose todo, porque me queda tu afecto, que tanto me recuerda el de mi malograda Raquel. Dime, Ester, ¿también ha de ser dueño de ese afecto?

Ester reclinóse silenciosamente sobre el pecho del anciano.

—Habla, Ester. Soy fuerte todavía. Habla, es mucho mejor que yo lo sepa.

La doncella levantó entonces la cabeza y pronunció solemnemente estas palabras:

—Padre, consuélate. Jamás te abandonaré. Aun cuando llegase a amarle, seré siempre, como ahora soy, tu esclava.

Y besóle respetuosamente en la frente.

—Sí —prosiguió—. Parecióme hermoso a los ojos; su voz suplicante excitó mi compasión, tiemblo al pensar que un peligro pueda amenazarle. Gustosa volvería a verle. Mas, oh padre mío, el amor que no se ve correspondido no es amor perfecto, y así esperaré pacien-

temente, recordando que soy hija tuya y de mi madre.

—¡Oh Ester, verdaderamente eres una bendición del Señor! Una bendición bastante a enriquecerme aun cuando se perdiese mi fortuna toda. ¡Dios te proteja, hija querida!

Poco después, obedeciendo órdenes, un doméstico empujó el sillón de nuevo hacia la estancia, donde Simónides permaneció largo rato en la penumbra crepuscular pensando en el advenimiento del Rey, mientras Ester se retiraba a su cámara para dormir el sueño de los inocentes.

CAPITULO XII

El palacio frontero de la casa de Simónides, a la otra orilla del río, dicese que fué construído por el célebre Epifanes, arquitecto formado en la escuela pérsica, no en la griega, y más amante de lo grandioso que de lo clásico. Un alto muro circundaba la isla, sirviendo al doble objeto de protegerla contra las invasiones fluviales y contra los asaltos de la población. Esto no obstante, los legados la habían abandonado como residencia, alegando la insalubridad del aire en aquel sitio, y habíanse construído otro palacio en la vertiente occidental del monte Sulpio. No faltaron maliciosos que atribuyeron este cambio, no a motivos de higiene, sino a la mayor seguridad que ofrecía a los gobernadores romanos la proximidad de los grandes cuarteles o ciudadelas que había en la parte oriental del monte. La sospecha era suficientemente justificada. La pretendida insalubridad del palacio construído en la isla no impedía, sin embargo, que se tuviese limpio y en perfecto orden, ni que cuando un cónsul, general de ejército, rey o príncipe forastero, visitaba a Antioquía, se hospedase en sus salas. Era un laberinto de jardines, baños, atrios, estancias, pabellones, todos espléndidamente adornados y amueblados como correspondía a la regia resi-

dencia de la primera ciudad de Oriente. Mas como nosotros no hemos de entrar más que en una de las habitaciones, dejamos la minuciosa descripción del palacio a la férvida imaginación del lector.

El departamento a que le conducimos era una ancha sala pavimentada de luciente mármol, y a la que dan luz, de día, anchas ventanas en las que hacían las veces de cristales láminas de mica coloreada. En las paredes, una serie de telamones representando gigantes en varias actitudes de dolorosa fatiga, sostenían una cornisa arabescada en que se apoyaba la bóveda pintada de varios colores, azul, verde, púrpura de Siro y oro. En torno de la sala corría un diván cubierto de sedas indianas y de chales de Cachemira. Constituían el mobiliario varias mesas y escabeles de factura egipcia tallados grotescamente.

Hemos dejado a Simónides en su poltrona haciendo proyectos para ayudar al milagroso Rey, cuyo advenimiento creía próximo. Ester duerme. Abandonando aquella tranquila morada, atravesemos el río, y dejando atrás los leones escultrados que vigilan la puerta, y los innumerables atrios y patios babilónicos, penetremos en la sala que hemos descrito.

Cinco candelabros penden del techo, sujetos por cadenas de bronce, uno en cada ángulo, y el quinto en el centro; pirámides inmensas de luz que iluminan los rostros de los atlantes y los arabescos de la cornisa. En torno de las mesas, de pie o sentadas, o yendo inquietas de un grupo a otro, hay reunidas cerca de cien personas, que hemos de examinar atentamente. Son todas jóvenes, algunas casi adolescentes, italianos de nacimiento, casi todos romanos de nacionalidad. Hablan el latín en toda su pureza, y visten trajes cortados a la última moda tiberina, esto es, túnicas de manga corta y que llegan sólo a la rodilla. Sobre los divanes y sobre los escabeles yacen abandonadas las togas y las *lacernae*, de que se han despojado a causa del calor, algunas de las cuales están listadas de púrpura. Sobre los divanes

se ven también algunos cuerpos adormecidos, a quienes han vencido el sueño o los vapores de Baco.

El vocerío es alto y continuado, aunque interrumpido alguna vez por una risotada o por un grito de rabia o de alegría; pero domina sobre todos los otros sonidos, el estrépito seco de los dados o *tesseræ* de marfil, agitados en los bolsones y arrojados rumorosamente sobre las mesas, o de los peones, *hostes*, movidos sobre el tablero de ajedrez.

¿Quiénes forman esa sociedad?

—Buen Flavio —dice un jugador en actitud de colocar una pieza—, ¿ves aquella *lacerna* encima del diván? Apenas ha salido de las manos del cortador, y su hebillas es de oro macizo.

—¿Y qué? —preguntó Flavio, atento a su juego—. Otras he visto parecidas. ¿Qué quieres decir?

—Nada. La daría gustoso con tal de encontrar un hombre que lo supiese todo.

—¡Hermoso truco! Mas juega...

—Juego. Partida.

—¡Es verdad, por Júpiter! ¡Juguemos otra!

—Con mucho gusto.

—¿Qué será la puesta?

—Un sextercio.

Sacaron sus tablillas respectivas, y con un estilete anotaron la partida. Mientras ordenaba de nuevo las piezas, Flavio volvió sobre la observación del amigo.

—¡Un hombre que lo sepa todo! ¡*Hercle!* Los oráculos se morirían de hambre. ¿Qué harías tú con semejante prodigio?

—Hacerlo contestar a una sola pregunta, Flavio; después arrojarlo al río.

—¿Y la pregunta?

—Quisiera que me dijese la hora y el minuto en que llegará mañana el cónsul Majencio.

—¡Muy bien, perfectamente! ¿Y por qué también el minuto?

—¿Has probado alguna vez a estar con la cabeza descubierta cuando es más fuerte el sol de Siria, esperando

en el muelle? Los fuegos de Vesta son tibios en su parangón, y por Júpiter Estátor, si he de morir, prefiero morir en Roma. Esto es un infierno; allí, situado en medio del Foro, con la mano extendida así, me parecería tocar la bóveda de los dioses. ¡Ah, por Venus! Flavio mío, he hablado demasiado. De nuevo he perdido. ¡Mala Fortuna!

—¿Otra más?

—¡Naturalmente! He de reconquistar mi sextercio.

—Sea.

Y continuaron jugando hasta que la luz del naciente día comenzó a hacer palidecer la claridad de las velas.

Como la mayor parte de sus compañeros, eran agregados militares al sevicio del cónsul, cuya llegada aguardaban.

Durante el anterior diálogo había penetrado en la estancia un nuevo grupo, que, inadvertido al principio, fué acercándose a la mesa central.

Los que lo componían tenían todas las señales de haber pasado la noche banqueteando. Algunos a duras penas podían tenerse sobre sus piernas.

Oprimía las sienes de su jefe una guirnalda que lo indicaba como anfitrión de la terminada fiesta. El vino no había hecho en él efecto alguno, o había aumentado sólo la rara belleza de su rostro, del tipo romano más puro.

Caminaba con la cabeza erguida; la sangre le coloreaba los labios y las mejillas; relampagueábanle los ojos, y de los pliegues de su cándida toga y de todo su porte se desprendía un aire real.

Al acercarse a la mesa abrióse paso entre los circunstantes empujando a derecha e izquierda a quien le estorbaba, con el mayor descuido y sin pedir perdones. Cuando por fin se detuvo, inclinándose sobre los jugadores, todos se volvieron a él exclamando en voz alta:

—¡Messala! ¡Messala!

Los más apartados hicieron eco a aquel grito. Los

grupos se disolvieron, mesas y juegos fueron abandonados, y todos formaron círculo en torno de él.

Messala acogió esta demostración con la mayor indiferencia, y procedió inmediatamente a dar una prueba de los métodos que le habían granjeado tanta popularidad.

—Salud a ti, Druso, amigo mío —dijo a un jugador que estaba a su derecha—. Salud, y préstame por un momento tus tablillas.

Miró la superficie encerada de éstas y las anotaciones del juego, y después arrojólas desdeñosamente sobre la mesa.

—¡Denarios, no más que denarios, la moneda de los carreteros y de los carniceros! —dijo con sonrisa despreciativa—. ¡Por la ebria Semele, cómo ha decaído Roma, cuando un señor pasa las noches suplicando a la Fortuna que le permita un denario!

El descendiente de los Drusos se ruborizó hasta los cabellos, pero los espectadores no le permitieron hablar, apiñándose en torno de la mesa, dando gritos de “¡Messala! ¡Messala!”

—Hombres del Tiber —prosiguió éste, arrebatando un bolsón de dados de las manos de un jugador—. ¿Quién es el más favorecido de los dioses? El romano. ¿Quién es el legislador de las naciones? El romano. ¿Quién es, por derecho de espada, el señor del mundo?

La compañía era muy susceptible de exaltarse, y la idea de supremacía expuesta por Messala era a todos familiar desde su infancia. Así, repusieron a coro:

—¡El romano! ¡El romano!

—Sin embargo, sin embargo, algo existe que es superior al romano.

El patricio movió la cabeza, y después de una pausa estudiada, repitió con desprecio:

—¿Habéis oído? Alguien existe superior al mejor romano.

—¡Hércules! —exclamó uno.

—¡Baco! —gritó otro.

—¡Júpiter, Júpiter! —atronó la multitud.

—No —dijo Messala—, me refiero a hombres.

—¡El nombre, el nombre! —preguntaron.

—Lo diré: aquel que a la perfección de Roma ha añadido la perfección oriental; aquel que al brazo del conquistador sabe unir el arte de gozar.

—¡*Per Pol!* Después de todo, todavía es romano —exclamó uno.

Sonó un nutrido aplauso, y Messala prosiguió:

—En Oriente no tenemos divinidades; solamente imperan Baco, Venus y la Fortuna, y la mayor de todas es esta última. De aquí nuestro dicho: ¿Quién se atreve a lo que yo me atrevo? Palabras dignas del Senado, dignas de la batalla, dignas mayormente de quien, como yo, busca lo mejor y no teme lo peor, desafiándole.

Su voz, al principio declamatoria, hízose ahora familiar, aunque sin perder su conquistado ascendiente.

—En la caja de la ciudadela tengo cinco talentos. He aquí los resguardos.

Del seno de la túnica sacó un rollo, y arrojándolo sobre la mesa, prosiguió entre religioso silencio, y siendo blanco de todas las miradas:

—Aquella suma os dará la medida de mi osadía. ¿Quién se atreve a tanto? ¿Silencio? ¿La puesta es demasiado grande? Retiraré un talento. ¿Qué! ¿Todos callados? Pues bien, tres talentos, tres tan sólo; dos, uno, uno por lo menos, uno solo, por el honor del río en cuyas márgenes habéis nacido. La Roma de Oriente desafía a la Roma de Occidente. No perdamos tiempo: el bárbaro Oronte contra el sagrado Tíber.

Agitó los dados esperando.

—El Oronte contra el Tíber —repitió con énfasis despreciativa.

Nadie se movió. Entonces arrojó el bolsón al suelo, y riéndose, recogió sus resguardos.

—¡Ah, ah! ¡Por Júpiter Olímpico! Ahora sé que habéis venido a buscar fortuna en Antioquía. ¡Cecilio!

—¡Aquí estoy, Messala! —gritó detrás de él un hombre—. Aquí estoy consumiéndome entre la multi-

tud en busca de la limosna de una dracma para el banquero del Averno. Mas, por Plutón, estos hombres no poseen un óbolo entre todos.

La salida provocó una risotada general. Sólo Messala no perdió su gravedad, y dijo:

—Ve, Cecilio, a la estancia de donde venimos, y ordena a los domésticos que traigan las ánforas y los cálices. Si nuestros compatriotas mendicantes de Siria no tienen dinero, quiero, por lo menos, probar si tienen garganta. ¡Apresúrate!

Después dirigióse a Druso con una risotada que resonó por la estancia.

—¡Ah, ah, amigo mío! No te ofendas porque he colocado a César al nivel de un denario. Lo hice para avergonzar a esos aguiluchos de nuestra antigua Roma. ¡Ven, Druso, ven!

Recogió el bolsón y agitó alegremente los dados.

—¿A qué puesta jugamos?

La invitación era franca, cordial, seductora. Druso cedió a ella inmediatamente.

—¡Por las ninfas! Sí, acepto —exclamó risueño—. Jugaré contigo, Messala: un denario.

Un joven de rostro casi infantil observaba la escena desde un ángulo de la mesa. De súbito Messala volvióse a él.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El joven excusóse tímidamente.

—¡No, por César, no! No quise ofenderte. Tengo necesidad de un secretario que tome nota de mis partidas. ¿Quieres tú serlo?

El joven arrojó sus tablillas y se aproximó presuroso a Messala.

—¡Detente, Messala, detente! —exclamó Druso—. Ignoro si trae desgracia entretener los dados por una pregunta. Pero se me ha ocurrido una idea, y debo comunicártela aun cuando Venus me azotase con su cinto.

—No, Druso mío; cuando Venus se descíñe el cinto,

es Venus amorosa. ¿Mas tu pregunta? Espera que los eche, suceda lo que suceda. Así.

Vació el bolsón sobre la mesa, y cubrió con él los dados.

Druso preguntó:

—¿Has visto alguna vez a un tal Quinto Arrio?

—¿Al duunviro?

—No, a su hijo.

—No sabía que tuviese un hijo.

—Bien, no importa —añadió Druso—. Bástete saber que ese Arrio se te parece como Cástor a Pólux.

La observación desencadenó una tempestad de confirmaciones.

—¡Es cierto, es verdad! ¡Sus ojos! ¡Su semblante! —gritaron.

—¿Qué? —insinuó uno despreciativamente—. Messala es romano; Arrio, israelita.

—Tienes razón —exclamó un tercero—. Es israelita.

Messala atajó la discusión inminente.

—La verdad no ha llegado aún, Druso mío, y como ves, tengo la Fortuna por los cabellos. En cuanto a Arrio, aceptaré tu parecer con tal que me digas algo más de él.

—Judío o romano, ¡por el gran dios Pan, y sin faltarte al respeto, oh Messala! Arrio es hermoso, valiente, sagaz. El emperador ofrecióle su favor, y él rehusólo. Rodéale cierto ambiente misterioso, y se mantiene apartado de todos como si se considerase superior a ellos. En las palestras no tenía rival; luchaba con los gigantes del Rhin y con los toros sármatas como si fuesen juguetes. El duunviro dejólo heredero de una fortuna colosal. Su pasión son las armas, y no piensa sino en la guerra. Majencio lo admitió a su servicio y debía llegar junto con nosotros; mas lo perdimos de vista en Rávena. Esto no obstante, ha llegado. Esta mañana hemos oído hablar de él. ¡*Per Pol!* En lugar de venir al palacio o de presentarse en la ciudadela, ha dejado sus bagajes en un Khan y ha desaparecido nuevamente.

Messala había escuchado el principio de este relato con cortés indiferencia; pero su atención fué creciendo poco a poco, y al terminar levantó del bolsón la mano y gritó:

—¡Cayo! ¿Me escuchas?

Un joven que estaba a su lado, su Mirtilo o compañero de carruaje, respondió:

—Te escucho, Messala, porque estoy junto a ti y soy tu amigo.

—¿Te acuerdas del hombre que te proporcionó aquel vuelco?

—¡Por los rizos de Baco! ¿No he de acordarme, con la espalda dolorida que me refresca su memoria?

—Entonces da gracias al Hado: he encontrado tu enemigo. Escucha.

Messala volvióse a Druso.

—Dame más detalles ¡*Per Pol!* de ese joven, que es a la vez romano y judío, combinación verdaderamente bonita. ¿Cómo viste, Druso mío?

—Al uso hebraico.

—¿Lo oyes, Cayo? El individuo es joven, uno; tiene el aspecto de romano, dos; gusta vestir a la hebrea, tres; en la palestra ha ganado lauros con la fuerza de su brazo, de que ha dado una prueba con nuestro carruaje, cuatro. Prosigue, Druso, e ilumina más a tu amigo. Sin duda que ese Arrio tendrá ciertos conocimientos lingüísticos, de otro modo no podría ser hoy judío, y romano al siguiente día; pero el idioma de Atenas, ¿lo conoce?

—Con tal pureza, Messala, que podría concurrir a los certámenes ístmicos.

—¿Atiendes, Cayo? —dijo Messala—. Tu amigo conoce el griego, lo que, según mi cálculo, hace cinco. ¿Qué dices a ello?

—Tú lo has descubierto, oh Messala —repuso Cayo.

—Perdóname, Druso; perdonadme todos que hable de enigmas y adivinos —dijo Messala con seductora familiaridad—. Mas he de apelar aún a tu cortesía. ¡Mira! —y cubrió de nuevo con la mano el bolsón de

ios dados—. ¡Mira cómo oculto los secretos de la Picia! Tú has dicho, me parece, que la persona de ese Arrio está rodeada de cierto aire misterioso. Explicáte.

—No es nada, Messala, nada —replicó Druso—. Es casi una leyenda; cuando el viejo Arrio partió para luchar con los piratas, no tenía esposa ni hijos; regresó con un joven, ese de quien te hablo, y al siguiente día lo adoptó.

—¿Lo adoptó? —repitió Messala—. ¡Por los dioses! Tú avivas mi curiosidad. ¿Y en dónde encontró el duunviro a ese adolescente? ¿Y quién era él?

—¿Quién podrá contestarte mejor, oh Messala, que el joven Arrio en persona? ¡*Per Pot!* En la batalla, el duunviro, entonces solamente tribuno, perdió su galera. En su nave fueron encontrados él y otra persona, los únicos supervivientes de la tripulación, aferrados a la misma tabla. Dicen que el compañero del duunviro era judío.

—¡Un judío! —repitió Messala.

—...Y además, esclavo,

—¡Cómo, Druso!... ¿Un esclavo?

—Cuando ambos fueron recogidos y trasladados al puente, el tribuno vestía su armadura y el otro la túnica de remero.

Messala se levantó.

—¡Un gale...!

No concluyó la palabra degradante, y miró al rostro a sus compañeros como si despertase de un sueño.

En esto entraron los siervos con ánforas de vino, cestas de frutas y de dulces, platos y cálices de plata y oro. Oyóse un murmullo de entusiasmo. Messala se reportó, y subiendo encima de una silla, dijo con voz chillona:

—Hombres del Tíber, esperando al cónsul, nuestro jefe, no ofendamos a Baco, nuestro dios. ¿Quién será nuestro anfitrión?

Druso se puso en pie.

—¿Quién será nuestro anfitrión sino aquel que nos da la fiesta? Contestad, romanos.

Un grito unánime acogió estas palabras.

Messala desciñóse la guirnalda y la dió a Druso, quien, encaramándose a la mesa y en presencia de todos, la volvió a colocar en la cabeza de Messala, consagrándolo rey de la fiesta.

Este dijo:

—Han venido conmigo algunos amigos con quienes ya he banquetado esta noche. A fin de que nuestra fiesta se celebre en conformidad a los sagrados ritos, traedme al más ebrio de todos ellos.

Un clamor de voces repuso:

—¡Aquí esta! ¡Está aquí!

Y del suelo, donde había caído, levantaron a un joven de tan exquisita y afeminada belleza, que hubiera podido pasar por el mismísimo dios del vino, pero desprendidos de la cabeza la corona y de las manos el tirso.

—Colocadlo encima de la mesa —ordenó el rey.

Fueron inútiles los esfuerzos; no podía permanecer sentado.

—Ayúdalo, Druso, si quieres que la bella Niobe te ayude a ti algún día.

Druso sostuvo al ebrio entre sus brazos.

Entonces Messala, en medio de un religioso silencio, habló así a aquella cuba:

—¡Oh, Baco, el mayor entre los dioses! Muéstrate propicio esta noche a nosotros tus fieles. Por mí y por mis compañeros, yo colgaré esta guirnalda —y se la quitó reverentemente de la cabeza—, yo colgaré esta guirnalda mañana en tu altar del bosquecillo de Dafne.

Hizo una inclinación, colocó la guirnalda sobre sus sienes, y después, levantando el bolsón, descubrió los dados, diciendo:

—¡Mira, Druso! ¡Por el asno de Sileno! El denario es mío.

Un estrepitoso aplauso general hizo retemblar la bóveda y a los atlantes que la sustentaban.

Y comenzó la orgía.

CAPITULO XIII

El jeque Ilderim era un personaje demasiado importante para viajar sin un séquito digno de su condición de jefe de tribu y de primer patriarca de los desiertos al Oeste de la Siria. Tal era su fama entre los hijos del Desierto; los habitantes de las ciudades teníanlo simplemente por uno de los más ricos señores de Oriente, y rico era, en efecto, de dinero y de servidumbre, de camellos y de caballos y de ganado de todo género, de que hacía gala con el orgullo infantil del bárbaro oriental. No se extrañe, pues, el lector cuando lo oiga hablar en su tienda del Huerto de las Palmeras; en efecto, poseía un magnífico *dovar*, formado por tres grandes pabellones: uno para él, otro para los huéspedes y un tercero para su esposa favorita y para sus mujeres, y por una decena de tiendas menores ocupadas por sus siervos y por algunos miembros de su tribu, hombres de valor experimentado, diestros en el manejo de la lanza y del arco y excelentes jinetes.

A decir verdad, tanto aparato militar no le exigía ningún peligro que pudiesen correr sus bienes en el Huerto de las Palmeras; mas tenía tan arraigadas sus costumbres, que no podía prescindir de él. Aumentaba el sentimiento de su dignidad, y al propio tiempo confirmábale la seguridad de los camellos, caballos y rebaños que pacían en el recinto del *dovar*.

Ilderim era observante escrupuloso de las costumbres del Desierto, y su vida en el Huerto de las Palmeras era reproducción exacta de las antiguas costumbres patriarcales practicadas en los tiempos de Israel.

Al llegar una mañana al Huerto había detenido su caballo y clavado su lanza en el terreno, como general que toma posesión de la tierra conquistada, diciendo: "Plantad aquí mi tienda; la puerta hacia el Sur; el lago delante, así; y bajo estos árboles, los hijos del Desierto podrán esperar el ocaso." Y esto dicho, se

acercó a un grupo de palmeras, acariciando uno de sus gruesos troncos, como lo haría con el cuello de un caballo o con la mejilla de su hijo favorito.

¿Quién sino un jeque puede con pleno derecho decir a la caravana: "¡Alto! Plantad aquí las tiendas?" Donde había hincado la lanza fué colocado el primer pie derecho de su pabellón. Después fueron hincados otros ocho mástiles, formando tres hileras de tres pies derechos cada una. Llamados las mujeres y los niños, descargaron las velas del lomo de los camellos. ¿No eran ellas quienes habían trasquilado las cabras más negras del rebaño? ¿No habían reducido su lana a hilo, y el hilo a tejido, y unido las varias piezas hasta formar toda la grande impermeable cubierta del techo, de color oscuro, pero que desde lejos parecía negro, como las tiendas de Kedar? Con risadas y gritos de alegría fué extendida la cubierta sobre los mástiles, y sus extremos asegurados con cuerdas en el suelo. Y cuando las paredes de mimbres cubiertas de estofa rojiza fueron colocadas en sus sitios, última piedra usada en la arquitectura del Desierto, ¡con qué muda ansiedad todo el séquito del jeque esperó el juicio del grande hombre! Había entrado en la casa, la había examinado, confrontándola con la dirección del sol, de los árboles y del lago, y frotándose las manos había exclamado: "¡Muy bien! Terminad el *dovar* como sabéis, y esta noche el *arrak*, la miel y la carne de cabrito alegrarán nuestras mesas. Id con Dios, hijos míos, y no olvidéis los caballos y los camellos. ¡Marchaos!"

Sólo algunos siervos se habían quedado para completar el interior de la tienda. A lo largo de la hilera de mástiles del centro suspendieron una cortina, dividiendo la tienda en dos departamentos: uno destinado a Il-derim exclusivamente; el otro, a sus caballos, los joyeles de Salomón, que él mismo hizo entrar conduciéndolos con la mano y soltándolos después de besarlos y acariciarlos afectuosamente.

En torno del mástil central se habían ordenado trofeos de armas, de entre las cuales se destacaban el es-

cudo y la cimitarra del señor, cuya hoja rivalizaba en esplendor con las piedras de que estaba sembrada la empuñadura. Cuando los siervos hubieron entrado y colgado en la estancia los arneses de los caballos y la vestidura del jeque, éste se declaró satisfecho y los despidió.

En este intervalo se presentaron las mujeres, las cuales dispusieron el diván, tan indispensable a su dignidad personal como la barba blanca y fluente que le cubría el pecho. En torno del diván desplegaron alfombras que llegaban hasta la misma entrada de la tienda. Después rellenaron de agua los jarros y suspendieron las odres de *arrak* al alcance de la mano.

Así fué levantada la tienda del jeque Ilderim, junto al lago de agua dulce, en el Huerto de las Palmeras.

Nosotros hemos dejado a Ben Hur a la puerta de esta tienda. Muy pronto se presentaron varios siervos que le sacaron las sandalias y le hicieron entrar.

—¡Bien venido seas! Siéntate y descansa —le dijo el dueño de la tienda con mucha cordialidad y hablando el dialecto jerosolimitano—. Tenemos en el Desierto un proverbio —prosiguió Ilderim, pasando los dedos a través de los pelos de su cándida barba— que dice que un buen apetito es la promesa de una larga vida. ¿Lo conoces tú?

—Según ese proverbio, oh jeque, yo viviré cien años. Soy un lobo hambriento.

—Mas nosotros no te ahuyentaremos como a un lobo. Te daremos el más tierno bocado de la grey.

Ilderim batió las manos, y presentóse un siervo.

—Busca al extranjero en la tienda de los huéspedes, y dile que yo, Ilderim, le deseo una paz eterna como la corriente de las aguas.

El siervo se inclinó.

—Dile además —prosiguió el jeque— que he venido con un amigo, y que si Baltasar el Sabio quiere compartir nuestro pan, bastará para los tres y aún quedará para las aves del bosque.

El siervo se retiró.

—Ahora descansenmos.

Ilderim acomodóse sobre el diván, entrecruzando las piernas; después preguntó gravemente:

—Tú eres mi huésped y vas a probar mi sal dentro de poco. Perdóname, pues, esta pregunta: ¿Quién eres tú?

—Jeque Ilderim —dijo Ben Hur, sosteniendo impasible la mirada escrutadora de su interlocutor—, no es que yo quiera esquivar tu justa pregunta; pero dime, ¿no ha habido jamás en tu vida un momento en que responder a semejante pregunta hubiera sido para ti un delito?

—Por el esplendor de Sałomón, sí —repuso Ilderim—. El hacer traición a sí mismo es aún mayor delito que el traicionar a la propia tribu.

—Yo te doy gracias, buen jeque —exclamó Ben Hur—. Tu contestación me revela que tú querías garantirme contra las pretensiones de un desconocido, y no indagar las vicisitudes de mi pobre vida.

El jeque hizo una inclinación, y Ben Hur prosiguió:

—En primer lugar, yo no soy romano, como mi nombre parece indicar.

Ilderim aferróse la barba con ambas manos y miró a su compañero con ojos que brillaban sutilmente bajo sus cejas contraídas.

—En segundo lugar —añadió Ben Hur—, yo soy hebreo de la tribu de Judá.

El jeque arqueó un poco las cejas.

—Todavía más, jeque: yo soy un hebreo que siento por los romanos un odio en comparación del cual es el tuyo infantil despecho.

El anciano se mesaba la barba con velocidad nerviosa, y sus ojos parecían cerrarse.

—Más todavía, jeque Ilderim: yo te juro por el pacto que Dios selló con mis padres, que si tú me proporcionas la venganza que yo busco, el oro y la gloria serán para ti enteramente.

Ilderim abrió los ojos, levantó la cabeza, sonrióse. La satisfacción se leía en cada rasgo de su rostro.

—¡Basta! —dijo—. Si en las palabras que has pronunciado en tu lengua se oculta la mentira, ni el mismo Salomón podría descubrirla. Yo creo que tú no eres romano, y que, como hebreo, tienes una injuria que vengar en los romanos. Mas, ¿puedo estar seguro de tu destreza? ¿Qué experiencia tienes en las carreras de carros? Y los caballos, ¿puedes doblegarlos a tu voluntad, hacer que te conozcan, que te amen? ¿Sabes con una palabra lanzarlos al galope, a la carrera? Y ¿puedes, en el postrer momento, desde los senos de tu alma comunicarles el deseo de la victoria, espolearlos al último supremo esfuerzo? Este don, hijo mío, no es concedido a todos. ¡Por el esplendor de Dios!, yo he conocido un rey que dominaba millones de hombres y no sabía hacerse obedecer de un caballo. ¿Me comprendes? Yo no hablo de aquellos brutos obtusos cuyo vulgar destino es servir al hombre como esclavos, envilecidos en la sangre y en el alma, sin un impulso, sin ninguna ambición, sino de caballos como los míos, los reyes de su especie, cuyo linaje se remonta a los tiempos de los primeros Faraones; mis amigos y compañeros, que comparten mi mesa y mi tienda, casi humanizados en sus relaciones conmigo; que han añadido a su instinto nuestra inteligencia; que han compenetrado sus sentidos con nuestra alma, hasta llegar a experimentar nuestros sentimientos, ambición, amor, odio o desprecio; héroes en la guerra y en la paz fieles y mansos como mujeres. ¡Hola!

Presentóse un siervo.

—Haced que vengan mis árabes.

El siervo levantó una parte de la cortina divisoria, dejando ver un grupo de caballos, los cuales titubearon un momento como para asegurarse de que la invitación había sido hecha en serio.

—¡Venid! —exclamó Ilderim—. ¿Por qué os detenéis? Todo cuanto poseo, ¿no es vuestro? ¡Venid, digo!

Los caballos se aproximaron lentamente.

—Hijo de Israel —dijo el jeque—, tu Moisés era un grande hombre; pero no puedo menos de reirme cuando pienso que concedió a tus padres el perezoso buey y el

estólido asno, y les prohibió la posesión del caballo. ¡Ja, ja! ¿Crees tú que hubiera hecho lo propio a haber visto éste, y ése y aquél?

Y tendió las manos hacia los caballos, acariciando con orgullo y ternura indescriptibles la cabeza del más próximo.

—No es cierto, jeque, no es cierto —exclamó Ben Hur con calor—. Además de ser un legislador amado de Dios, Moisés era un guerrero. ¿Cómo, pues, podía despreciar semejantes animales?

Una cabeza admirablemente torneada, con ojos grandes, dulces como los del ciervo y casi velados por un denso pelaje, con orejas pequeñas y apuntadas, se acercó a Ben Hur alargando las narices y moviendo el labio superior. “¿Quién eres tú?”, parecía preguntarle, como si hubiese tenido el don de la palabra.

—Los calumniadores ¡sean breves sus días! —exclamó el jeque como rechazando una ofensa personal—, os dirán que nuestros mejores caballos proceden de los pastos Neseos en la Persia. ¡Es falso! Dios dió al primer árabe una desmesurada extensión de arena, algunas montañas sin árboles, acá y allá alguna fuente amarga, y le dijo: “¡He aquí tu país!” Y cuando el pobre hombre se lamentó, el Omnipotente apiadóse de él y le dijo: “¡Regocíjate! Yo te bendeciré y exaltaré sobre todos los demás hombres.” El árabe, después de darle gracias por su promesa, se puso en busca de la bendición. Primeramente exploró los confines de su tierra, y no encontró nada. Después trazó el camino del Desierto, y anduvo, anduvo hasta que en su centro encontró una isla verdeante y bellísima, y en el corazón de la isla encontró dos manadas paciendo, una de camellos, otra de caballos. Aceptólos con alegría y los estimó como dones que eran de Dios. Y de aquella isla de verdor salieron todos los caballos del mundo: por Oriente, hasta los prados Neseos; por Septentrión, hasta las tierras azotadas por los vientos helados. No dudes de mi relato, si quieres que un árabe te dé crédito. Ahora te mostraré las pruebas.

Ilderim batió las manos.

—Tráeme los anales de la tribu —ordenó a un siervo.

Mientras aguardaba, el jeque jugueteaba con los caballos, pasando los dedos a través de sus crines y acariciándoles el cuello y la frente. Al poco rato se presentaron seis hombres transportando algunas cajas de cedro reforzadas con guarniciones de hierro.

—No —dijo Ilderim cuando las hubieron dejado en tierra—, no son necesarias todas; me bastan las de los registros de los caballos. Abrid aquélla y llevaos las restantes.

La caja fué abierta, descubriendo una serie de tablillas de marfil ensartadas en anillas de plata; como el espesor de las tablillas no era mayor que el de una hostia, cada anilla contenía centenares de ellas.

—Yo sé —dijo Ilderim cogiendo una de las anillas—, yo sé con cuánto celo y cuidado, hijo mío, los sacerdotes del Templo de tu ciudad inscriben el nombre de cada recién nacido, con el fin de que todo hijo de Israel pueda seguir la serie de sus mayores hasta los tiempos de los patriarcas. Mis padres, su memoria florezca eternamente, no creyeron pecaminoso aplicar aquella idea aun a sus mudos servidores. ¡Mira!

Ben Hur cogió una de las anillas, y separando las tablillas de marfil pudo ver en cada una la huella de toscos jeroglíficos árabes, trazados con la punta de un hierro candente.

—¿Puedes leerlos, hijo de Israel?

—No; explícame su significado.

—Sabe, pues, que cada tablilla recuerda el nombre de un caballo de pura sangre nacido en los pasados siglos bajo las tiendas de mis padres, y además el nombre del padre y de la madre. Fíjate en sus edades.

Algunas de las tablillas estaban casi consumidas, y su escritura era imperceptible. Todas estaban amarillentas por la acción del tiempo.

—En esa caja conservo toda la historia documentada de aquella raza de que son descendientes estos caballos, y como éstos solicitan ahora tu atención y tus

caricias, así sus padres, siglo tras siglo, se presentaron en las tiendas de mis antepasados para recibir de sus manos la ración de avena y de sus labios una caricia. Si yo soy el rey del Desierto, oh hijo de Israel, esos son mis ministros. Quítamelos, y seré como el enfermo a quien la caravana abandona a la muerte en medio del Desierto. ¡Por la espada de Salomón! Yo podría referirte maravillas realizadas por esos caballos sobre la patria arena; pero ahora, enganchados al carruaje, por primera vez bajo el yugo, no sé por qué, pero tengo miedo. El éxito me parece tan difícil, que yo te juro que el día que te presentes a mí victorioso será el más feliz de mi vida. Y ahora hablemos de ti.

—Comprendo —dijo Ben Hur—, por qué el árabe quiere a sus caballos como a sus hijos, y sé también por qué los caballos árabes son los primeros del mundo; pero, mi buen jeque, yo desearía que me juzgases, no por mis palabras, sino por mis hechos. Las promesas fallan algunas veces; permíteme que yo pruebe tus caballos en una llanura próxima.

El semblante de Ilderim irradió de gozo y abrió los labios para hablar.

—¡Espera, buen jeque, espera! —añadió Ben Hur—. Déjame que prosiga. De los maestros de Roma aprendí yo muchas cosas, sin soñar que llegaría un tiempo en que me aprovecharía de ellas contra Roma misma. Yo puedo asegurarte que esos hijos del Desierto, aun cuando tengan todos la velocidad del águila y la resistencia del león, nada harán si no se les habitúa antes a correr juntamente bajo el yugo. Porque has de reflexionar, oh jeque, que de los cuatro, uno es el más rápido y otro el más tardío, y que mientras éste determina la velocidad de la carrera, el primero le ofrece los mayores obstáculos. Así ha sucedido hoy; el auriga no pudo hacerlos correr en armonía. Mi tentativa podrá tener el mismo resultado, y si es así, tú mismo lo verás. Por el contrario, si logro que los cuatro corran como un solo caballo, dóciles a mi voluntad, te juro que tú ga-

narás los sextercios y la corona, y que yo habré consumado mi venganza. ¿Qué contestas?

Ilderim escuchaba acariciándose la barba. Después dijo sonriendo:

—Yo te creo, hijo de Israel. Tenemos en el Desierto un proverbio que dice: "Si quieres hacer agradable la cena con palabras, yo te prometo un océano de manteca." Mañana probarás los caballos.

En este momento se oyeron pasos en la parte exterior de la tienda.

—¡La cena! Mirala. Y he aquí también a mi amigo Baltasar, que te haré conocer. Sabe referir una historia que un israelita jamás se cansaría de escuchar.

Luego dijo a los siervos.

—Llevaos los registros y conducid mis joyeles a su departamento.

Y sus órdenes fueron cumplidas.

CAPITULO XIV

Si el lector se traslada con el pensamiento a la cena de los tres sabios en su primer encuentro en el Desierto, podrá formarse idea de la comida que se disponía bajo la tienda de Ilderim. La diferencia consistía más en la perfección del servicio que en la calidad de los alimentos. Tres cobertores fueron extendidos sobre la alfombra y próximos al diván; junto a éste se colocó una mesa que no tenía más de un pie de elevación, cubierta por un mantel. En un ángulo de la tienda había un horno portátil, al cuidado de una esclava, que atendía sólo a proveer a los huéspedes de pan fresco, o, mejor, de una especie de tortas calientes que hacían las veces de aquél.

Mientras tanto, Baltasar fué conducido al diván, donde Ben Hur e Ilderim lo recibieron de pie. Un ancho manto negro envolvía su delgado cuerpo; su paso era débil; sus movimientos, lentos y cautelosos. Apoyaba

una mano en un bastón, y la otra en un siervo que le acompañaba.

—La paz sea contigo —dijo Ilderim respetuosamente—. Paz y salud.

El egipcio irguió la cabeza.

—Y a ti, buen jeque, y a los tuyos, la paz y la bendición del Dios único.

La salutación fué cortés y devota, y causó a Ben Hur profunda impresión. Además, la bendición había sido en parte dirigida a él, y mientras hablaba el anciano contemplábalo con sus grandes ojos luminosos, despertando en su pecho una emoción nueva y misteriosa. Varias veces durante la cena miró Ben Hur a hurtadillas aquel semblante descarnado y rugoso, y siempre notó en él una expresión blanda, plácida, afable como la de un niño.

—Este joven, oh Baltasar —dijo Ilderim poniendo la mano sobre el brazo de Ben Hur—, compartirá hoy el pan con nosotros.

El egipcio miró nuevamente al joven, y una expresión de duda y de sorpresa se reflejó en su rostro. El jeque prosiguió:

—Le he prometido que mañana le dejaría probar mis caballos, y si la prueba va bien, él los guiará en las carreras del Circo.

Baltasar continuaba mirándolo.

—Viene perfectamente recomendado —añadió Ilderim, preocupado por aquel examen—. Es hijo de Arrio, ilustre almirante romano, aunque (el jeque titubeó, y después se echó a reír) se declara israelita de la tribu de Judá. Y, ¡por el esplendor de Dios!, yo lo creo.

Baltasar no pudo demorar más una explicación.

—Hoy —dijo—, generoso jeque, mi vida ha estado en peligro, y no hubiera escapado de él si un mancebo, en todo semejante a éste, no hubiese corrido, y cuando todos huían, no me hubiese salvado.

Después, volviéndose directamente a Ben Hur, le dijo:

—¿No fuiste tú?

—Yo no puedo afirmarlo en estos términos —repuso modestamente Ben Hur—. Yo he detenido simplemente los caballos del insolente romano cuando iban a precipitarse sobre tu camello cerca de la fuente de Castalia. Tu hija me entregó un cáliz de plata.

Del seno de la túnica sacó el cáliz y presentólo a Baltasar. El rostro del egipcio se iluminó.

—Dios te ha enviado hoy en mi ayuda junto a la fuente —dijo con voz trémula, tendiendo la mano a Ben Hur—, y ahora te envía a mí nuevamente. Yo le doy gracias, y dáselas tú también, porque el favor que El me hace me permitirá ofrecerte una grande recompensa. El cáliz es tuyo, acéptalo.

Ben Hur volvió a guardarlo, y Baltasar, leyendo una pregunta en el rostro del jeque, le refirió la escena de la fuente.

—¿Por qué no me has dicho una sola palabra? —dijo Ilderim a Ben Hur—. No podías buscar mejor recomendación. ¿No soy yo árabe y jeque de mi tribu? ¿No es para mí sagrada la persona de un huésped, y su protección no es un deber para mí? Lo que tú has hecho por él, por mí lo has hecho, y de mí has de recibir la recompensa.

Su voz se había hecho aguda e ingrata a causa de la emoción.

—Perdóname, buen jeque, te lo suplico. Yo no busco recompensa ninguna. El servicio que presté a tu excelente huésped lo hubiera también prestado a tu más humilde esclavo.

—Pero él es mi amigo y mi huésped, no mi siervo. ¡Ah! ¡por el esplendor de Dios!, te lo repito, Baltasar: este joven no es romano.

Después se separó de ellos para dar órdenes a los domésticos, que habían casi terminado los preparativos de la cena.

El egipcio dió un paso hacia Ben Hur y le habló con su dulce voz de niño:

—¿Cómo dijo el jeque que he de llamarte? Tu nombre es romano, si mal no recuerdo.

—Arrio, hijo de Arrio.

—Pero tú no eres romano.

—Toda mi familia fué hebrea.

—¿Fué has dicho? ¿No vive, acaso?

La pregunta bien merecía contestación, pero Ilderim no permitió que Ben Hur la diera.

—Venid —dijo—, la cena está dispuesta.

Ben Hur ofreció el brazo a Baltasar y lo acompañó hasta la mesa, en torno de la cual se sentaron los tres, entrecruzando las piernas al uso oriental. Los siervos presentaron a cada uno un recipiente con agua, y cuando se hubieron lavado las manos, a una señal del jeque reinó profundo silencio y la voz del egipcio se levantó trémula y solemne:

—¡Oh Padre del Universo, Señor nuestro! Todo cuanto poseemos aquí es tuyo: acepta nuestro agradecimiento y bendícenos para que podamos continuar siempre obrando según tus deseos.

Era la oración que el buen hombre había elevado al cielo juntamente con el griego Gaspar y con el indo Melchor bajo la tienda del desierto. Las mismas palabras pronunciadas a la vez en tres lenguas distintas habían patentizado el milagro de la presencia divina.

La cena a que dirigimos ahora nuestra atención está compuesta de los más exquisitos manjares del Oriente: tortas recién salidas del horno, legumbres, carne asada, pasteles, leche, miel y manteca, todo sin el moderno aparato de platos, tenedores, cuchillos y cucharas. Durante la cena se habló poco. Pero cuando les dieron nuevamente aguamanos y empezó la segunda parte de la comida, los postres, los ánimos se dispusieron a escuchar y a hablar.

En semejante compañía, un árabe, un judío, un egipcio, tres creyentes en un solo Dios, no podía haber en aquella época más que un tema de conversación; y de los tres, ¿quién debía llevar la palabra más que aquel a quien Dios se había revelado? ¿De qué había de hablar sino de aquello de que estaba llamado a dar testimonio?

CAPITULO XV

El sol se ocultaba detrás de las montañas que proyectaban su gigantesca sombra sobre el Huerto de las Palmeras, y al brevísimo crepúsculo sucedió rápidamente la oscuridad de la noche. Los domésticos llevaron a la tienda cuatro candelabros de bronce y los colocaron encima de la mesa, uno en cada ángulo. Cada candelabro tenía cuatro brazos, y de cada brazo pendía una pequeña lámpara de plata. La brillante luz iluminaba al grupo, que prosiguió la conversación en dialecto siríaco, familiar a los habitantes de Oriente.

El egipcio relató la historia del encuentro de los tres en el Desierto, y convino con el jeque que fué en Diciembre, veintisiete años hacía, cuando él y sus compañeros, huyendo de Herodes, pidieron hospitalidad en su tienda. El relato fué escuchado con intenso interés; los mismos domésticos se demoraban más de lo permitido para poder sorprender todos los detalles. Ben Hur lo acogió como correspondía a un hombre que escuchaba una revelación de suma importancia para toda la Humanidad, y especialmente para el pueblo de Israel. En su mente, como podremos ver, iba tomando cuerpo una idea que debía cambiar todo el curso de su vida y absorber todas sus fuerzas. Las palabras de Baltasar produjeron impresión profunda en el joven hebreo, que no dudó un solo momento de la veracidad de cuanto había oído.

Para el jeque Ilderim la historia no era nueva. La había oído referir a los tres sabios en circunstancias que no daban lugar a duda. La había dado crédito y había librado de la ira de Herodes a los fugitivos. Hoy uno de los tres sentábase de nuevo, huésped reverenciado, a su mesa, y sus labios repetían el mismo relato. Pero en la mente de Ilderim aquellos hechos no tenían la importancia con que se aparecían a Ben Hur. Ilderim era árabe, y su interés no podía ser más que de orden

general, mientras que Ben Hur era un hebreo. Desde la cuna había oído hablar del Mesías. Sus estudios en la escuela habíanle hecho familiar con todo cuanto tenía relación con ese Ser, que formaba a la vez la esperanza, el temor y la gloria del pueblo elegido. Los profetas lo habían anunciado, y su venida era el tema de las interminables disquisiciones de los rabinos. En las sinagogas, en las escuelas, en el Templo, en los días de fiesta y de ayuno, en público y en privado, los doctores lo predicaban, de manera que todos los hijos de Abraham, cualquiera que fuese su condición, vivían en la esperanza del Mesías, y frecuentemente con férrea severidad regulaban su vida en conformidad con aquel suceso.

Ciertamente, originábanse muchas dudas, inseguridades y grandes controversias entre los mismos hebreos acerca del Mesías; pero todas convergían a un mismo punto: ¿cuándo tendría lugar su venida? Sin embargo, el pueblo elegido estaba unánimemente persuadido de que, fuera cual fuera la hora de su venida, el Mesías sería el *Rey de los judíos*, su Rey político, su César. El había de dirigir sus armas a la conquista de la tierra, y por su bien y en nombre de Dios había de dominarlos eternamente. Sobre esta creencia los fariseos o separatistas (esta palabra tenía un sentido más político que religioso) fantaseaban en los pórticos y en torno de los altares del Templo, y habían levantado sobre ella un edificio de esperanzas más colosales que los sueños del macedón. Estos no abrazaban más que la tierra: el edificio de los fariseos cubría la tierra y tocaba el cielo con sus pináculos. En la atrevida y desenfrenada fantasía de aquel impío egoísmo, Dios omnipotente había de ser un simple instrumento para la expansión victoriosa del nombre judaico.

Volviendo a Ben Hur, debemos observar que dos circunstancias de su vida lo habían conservado relativamente inmune de los efectos de esta audaz religión, predicada por los fariseos. En primer lugar, su padre pertenecía a la secta de los seduceos, que se podrían lla-

mar los liberales de su tiempo. Estos respetaban rigurosamente los libros de la Ley transmitidos por Moisés, pero tenían en alto desprecio las adiciones y los comentarios de la ciencia rabínica. Aun cuando formasen una secta, su religión era más una doctrina filosófica que una fe: no huían los placeres de la vida y sabían admirar las bellezas artísticas y literarias de las razas paganas. En política eran los adversarios más tenaces de los separatistas.

Estos principios paternos habíalos heredado el hijo, si bien la catástrofe que le había sobrevenido en su juvenil edad fué un óbice para su consolidación. Pero aquí se hizo sentir la segunda de las influencias a que hemos aludido. Cinco años de permanencia en Roma habían dejado impresión profunda en el ánimo de Ben Hur. Roma estaba entonces en el apogeo de su gloria, si no de su poderío, y era el centro político y comercial de todas las naciones. Alrededor de la áurea piedra miliar del Foro, hoy día tan desierto, se daban cita todas las corrientes de la actividad humana.

Los refinamientos sociales, las obras del ingenio, la gloria de las empresas militares y civiles no podían ser indiferentes al hijo de Arrio, que desde su magnífica quinta de Miseno pasaba al palacio de César en medio de la muchedumbre de reyes, príncipes, embajadores, rehenes, delegados, clientes procedentes de todas las partes del mundo y esperando ansiosos la respuesta de un hombre. Es verdad que las fiestas de Pascua congregaban en Jerusalén asambleas no menos numerosas y espléndidas; pero cuando se sentaba bajo la purpúrea vela del circo Máximo, como uno de los trescientos cincuenta mil espectadores, era imposible que se le ocurriese el pensamiento de que quizá en la gran familia humana existían ramas no menos dignas, por sus sufrimientos y por su paciencia en soportarlos, de ser blanco de la piedad divina y de compartir con el pequeño pueblo de Israel la prometida gloria.

Pero si este pensamiento le había asaltado, no podía ciertamente olvidar una consideración importante. La

miseria de las masas, la abyección de su estado, no tenían relación alguna con la religión: sus lamentos no provenían, en verdad, de la falta de dioses. En los encinares de la Bretaña predicaban los druidas; Odino y Freya tenían indisputable dominio en la Galia y en la Germania; el Egipto se sentía feliz con sus cocodrilos y con sus gatos; los persas eran devotos de Ormuzd y Arimanes, teniéndolos en igual veneración; la esperanza del Nirvana sostenía aún al indio por el árido camino de Brahma; la hermosísima alma griega, cuando no disputaba sobre filosofía, cantaba los dioses y los héroes de Homero; mientras que en Roma nada era más común ni más del comercio público que los dioses. Según el capricho del momento, los señores del mundo trasladaban su adoración y sus sacrificios, ya al uno, ya al otro altar, regocijándose y riéndose del caos que habían creado.

Después de haber usurpado todas las divinidades del mundo, deificaban a sus Césares, dándoles altares y sacerdotes. No; la infelicidad de los tiempos no la causaba la religión: causábanla el mal gobierno, los infinitos atropellos y las usurpaciones de los tiranos. El abismo verdaderamente infernal en que los hombres habían caído, y contra el que imploraban un libertador, derivaba tan sólo de causas políticas. Las plegarias, iguales por doquiera, en Alejandría, en Atenas, en Jerusalén, se hacían por un rey libertador y victorioso, no por un Dios digno de adoración.

Al estudiar aquella época después de un lapso de dos mil años, es cuando vemos y reconocemos que sólo en el terreno religioso, que únicamente por la venida del verdadero Dios podían disiparse las tinieblas y la confusión de aquellos tiempos; pero los hombres de entonces, a pesar de su agudeza y de su serenidad, sólo veían su salvación en la ruina y en la humillación de Roma: con la caída del tirano todo se habría transformado; de ahí las plegarias, las conjuraciones, las revueltas, los sacrificios, los crímenes, las lágrimas y la sangre inútilmente prodigados.

Ben Hur estaba en un todo conforme con la opinión predominante entre sus contemporáneos no romanos.

Los cinco años transcurridos en la metrópoli le habían permitido estudiar de cerca las desventuras de los oprimidos y le habían persuadido que los males que afligían al mundo eran esencialmente de orden político, y sólo podían ser remediados con la espada. Con este intento, para poder un día aplicar al mundo este remedio heroico, se había trasladado a Oriente.

En las palestras de Roma habíase familiarizado con el uso de las armas; pero el arte de la guerra tiene necesidad de otras escuelas en donde la inteligencia se aguza y se adiestra tanto como el cuerpo.

El cargo de jefe, el más arduo de todos, no podía estudiarse más que en los campos de batalla. Este designio, además, tenía la ventaja de abrazar aun los menores proyectos de venganza que alimentaba. Pensaba, y no sin razón, que sus ofensas personales serían más seguramente vengadas en la guerra que en la paz.

Los sentimientos con que escuchó el relato de Baltasar podrán ahora ser fácilmente comprendidos. La narración llegaba a las fibras más sensibles de su ánimo. Su corazón palpitó y sintió una alegría profunda, casi salvaje, al pensar que aquel Niño tan milagrosamente encontrado podía ser el Mesías.

Lleno de asombro porque Israel había permanecido indiferente ante la revelación de este acontecimiento y porque él mismo no la había conocido hasta aquel instante, ofreciéronsele dos preguntas en las cuales se concentraba de momento toda la importancia del hecho: ¿Dónde estaba el Niño? ¿Cuál es su misión?

Ben Hur dirigiólas a Baltasar.

CAPITULO XVI

—¡Oh, si supiese contestaros! —repuso Baltasar con expresión sencilla y devota—. Si supiese en dónde está, ¡cómo iría gustosamente a su encuentro! Ni muros ni montañas me podrían separar de El.

—¿Has intentado, pues, encontrarlo? —preguntó Ben Hur.

Una leve sonrisa iluminó el semblante del egipcio.

—Mi primer propósito después de haber dejado el refugio del Desierto, fué saber lo que había sido del Niño.

Baltasar dirigió a Ilderim una mirada llena de gratitud, y prosiguió diciendo:

—Mas sólo había transcurrido un año, y yo no me atrevía a volver de nuevo a Judea, porque el sanguinario Herodes reinaba en ella todavía. En Egipto, a mi regreso, referí la historia milagrosa a algunos amigos, los cuales la dieron crédito y no se cansaron nunca de oírla repetir. Ellos fueron por mi cuenta en busca de las huellas del Niño. Primero se dirigieron a Belén y encontraron el Khan y la gruta; pero el guardián que estaba junto a la puerta la noche en que apareció la estrella había desaparecido. El rey lo había enviado a buscar y no se le había vuelto a ver.

—Pero encontraron alguna prueba, indudablemente —dijo Ben Hur.

—Sí, pruebas escritas con sangre; una aldea sumida en luto, madres que lloraban a sus hijos. No sé si sabes que cuando Herodes estuvo convencido de nuestra huida, ordenó a sus soldados que matasen a todos los niños de Belén. Ni uno solo escapó. Mis mensajeros regresaron más creyentes que antes, pero anunciándome que el Niño había muerto, inmolado como los otros niños.

—¡Muerto! —exclamó Ben Hur aterrorizado—. ¿Muerto has dicho?

—¡No, hijo mío, no he dicho eso! Yo he dicho que mis mensajeros me anunciaron que el niño había muerto. Yo no les dí crédito entonces, ni se lo doy todavía.

—Comprendo. Has tenido noticias posteriores.

—No —dijo Baltasar bajando los ojos—. El Espíritu no tenía más misión que conducirnos a presencia del Niño. Cuando salimos de la gruta, después de haber visto al recién nacido y depositado a sus pies nuestros do-

nes, buscamos la estrella, mas había desaparecido. La última inspiración del Altísimo de que me acuerdo fué la que nos encaminó a Ilderim buscando la salvación.

—Sí —dijo el anciano acariciándose nerviosamente la barba—. Vosotros me dijisteis que un Espíritu os encaminaba a mí. Lo recuerdo.

—No he tenido ninguna noticia posterior —prosiguió el egipcio, observando el descorazonamiento de Ben Hur—; pero, hijo mío, he reflexionado mucho sobre una cosa, y mi fe en su existencia es tan firme hoy como lo fué cuando el Espíritu me llamó a orillas del lago. Si queréis escucharme, os diré por qué tengo la creencia de que el Niño vive.

Ilderim y Ben Hur hicieron una inclinación de cabeza en señal de asentimiento, y recogieron todas las fuerzas de su entendimiento para lograr más clara inteligencia. Los domésticos, movidos por igual curiosidad, se acercaron temblorosos al diván. En la tienda reinaba profundo silencio.

—Los tres creemos en Dios.

Baltasar, al decir estas palabras, bajó la cabeza. Luego prosiguió:

—Y Dios es la verdad. Los montes podrán reducirse a polvo, los mares podran secarse, pero su palabra será, porque su palabra es la verdad.

El tono de su voz era por demás solemne, y concisa su palabra.

—La voz de Dios que me habló a orillas del lago, me dijo: “¡Bendito seas, hijo de Mizraim! La redención vendrá. Con otras dos personas, llegadas de las extremas partes del mundo, tú verás al Salvador.” Yo he visto al Salvador, pero la primera parte de la promesa no se ha cumplido todavía. ¿Comprendéis ahora? Si el Niño está muerto, la Redención no puede efectuarse, la promesa es vana, y Dios... no, no puedo pensarlo.

Levantó las manos como horrorizándose.

—La Redención es el fin para que nació el Niño, y mientras esté en pie la promesa, ni siquiera la muerte

puede oponérsele y separarlo de su misión hasta que no esté terminada. Ésta es la razón de mi fe.

Baltasar se detuvo para tomar aliento.

—¿Quieres beber? El vino está aquí, mira —dijo Ilderim respetuosamente.

Baltasar acercó la copa a sus labios y continuó:

—El Salvador que ví había nacido del vientre de una mujer, y estaba sujeto, como nosotros, a todas las enfermedades de la carne, y aun a la misma muerte. Considerad ahora el fin que le aguardaba. ¿No requiere semejante obra un hombre, un hombre en el pleno vigor de sus fuerzas, sabio, firme, discreto? Para hacerse tal, tenía necesidad de crecer como nosotros. Reflexionad a cuántos peligros estaba expuesto en el intervalo de su infancia a su madurez. Herodes era enemigo suyo; no menos enemiga le hubiera sido Roma; en cuanto a Israel, el afecto y la fe del pueblo hacia El hubieran sido una razón más para que los tiranos amenazasen su vida. Ved, pues, que el mejor medio para proteger los débiles años de su adolescencia era tenerlo oculto en la oscuridad. Por esto me digo, y os lo repito, que el Niño no está muerto, sino solamente escondido, y que reaparecerá seguramente, porque su misión lo reclama. En estas razones fundo mi esperanza. ¿No son acaso buenas?

Los pequeños ojos negros de Ilderim brillaron de satisfacción, y Ben Hur, saliendo de su abatimiento, dijo con firmeza y cordialidad:

—No seré yo quien las combata. Prosigue, te lo ruego.

—Pues bien —prosiguió el egipcio más calurosamente—; viendo que el Niño vivía y que era manifiesta voluntad de Dios que fuese encontrado, me armé de paciencia y esperé confiadamente. Hoy espero todavía. El vive, celando en sí un gran secreto. Poco importa que no pueda ir a El y que ignore el lugar donde se encuentra. El vive, como creo en la promesa de Dios y en la existencia del Altísimo. El vive.

Ben Hur se estremeció. Su duda se había desvanecido.

—¿Dónde crees que se encuentra? —preguntó en voz baja y pausada, como quien siente en sus labios la opresión de un sagrado silencio.

Baltasar miróle con bondad y contestó diciendo:

—Hace pocos días estaba yo sentado en el umbral de mi casa, junto a las orillas del Nilo, meditando. Un hombre de treinta años, me decía, debiera ya haber arado su campo y plantado la simiente, pues el tiempo de la sazón o de la cosecha es asaz breve. El Niño tiene ahora veintisiete años; el tiempo de trabajar se le acerca. Yo me hice la misma pregunta que me has hecho, oh hijo mío, y vine aquí como etapa oportuna para dirigirme al país de tus padres. ¿Dónde deberá aparecer sino en la Judea, y en qué ciudad sino en Jerusalén? ¿Quiénes han de ser los primeros en recibir las bendiciones que trae, sino los hijos de Abraham, Isaac y Jacob, los escogidos del Señor? Si yo tuviera que ir en su busca, recorrería las aldeas y las cabañas situadas en las faldas de los montes de Judea y Galilea, que contemplan a Oriente el valle del Jordán. Allí está en este momento. De pie en el umbral de una puerta, o en la cumbre de una colina, ha visto esta tarde ocultarse el sol tras de los montes; ha transcurrido otro día, y se acerca el tiempo en que ese Niño será la luz del mundo.

Baltasar calló; tenía el brazo levantado y señalaba con el dedo la dirección de la Judea.

La sensación duró largo rato; los tres, sentados en torno de la mesa, estaban callados y pensativos. Por fin, Ben Hur rompió el silencio.

—Baltasar —exclamó—, comprendo que has sido singularmente favorecido, y sé además que eres verdaderamente un sabio. No está en mis fuerzas poder-te expresar lo reconocido que te estoy por cuanto me has referido. Tú me has advertido de la proximidad de un grande acontecimiento, y has comunicado tu fe a mi corazón. Completa la obra, te lo ruego, y hábla-

me de la misión de Aquel que esperas, a fin de que pueda yo esperar también con la fe y la paciencia de un hijo de Israel. Tú has dicho que habría de ser Salvador; mas, ¿no será también rey de los judíos?

—Hijo mío —dijo Baltasar con su benignidad acostumbrada—, su misión está todavía en el seno de Dios. Todo cuanto pienso lo he deducido de las palabras que oí en contestación a mi plegaria. ¿He de repetirte lo que la voz me dijo?

—Sé mi maestro.

—La razón que me impulsó a predicar en Alejandría y en las aldeas del Nilo, que me sacó de la soledad a que me condujo el Espíritu, fué la miserable condición en que habían caído los hombres por haber olvidado, yo creo, el recto conocimiento de Dios. Yo me compadecí de los sufrimientos de mis semejantes, no de una clase, sino de todas. En tan profundo abismo habían caído, que no me parecía que pudiera existir salvación para ellos si Dios no les tendía la mano, y yo supliqué a Dios que viniese y que me fuese permitido verle. “Tus trabajos te han dado la victoria. La Redención vendrá. Tú verás al Salvador”. Así dijo la voz, y a su eco, que resonaba en mis oídos, me dirigí a Jerusalén. ¿Y para quién ha de ser la Redención? ¡Para todo el mundo! ¿Y de qué modo se hará manifiesta? ¡Fortalece tu espíritu, hijo mío! Yo sé que los hombres creen que no habrá alegría sobre la tierra hasta que las siete colinas de Roma sean raídas de ella.

Lo que quiere decir que los males que nos afligen no provienen, como creo, del desconocimiento del verdadero Dios, sino de la mala gobernación de los príncipes. Mas, ¿no sabemos que todos los gobiernos son malos, despreciadores de Dios y de la religión? ¿Cuántos reyes conoces que hayan sido mejores que sus súbditos? ¡Ah, no! La Redención no puede tener fines políticos, no abatirá príncipes y poderíos, ni arrojará estatuas de sus pedestales para poner otras en ellos. Si fuese así, la sabiduría de Dios dejaría de

ser milagrosa e inescrutable. Yo os declaro, aun cuando sea un ciego que se dirige a otros ciegos, que la Redención significa la venida de Dios sobre la tierra para mejorar y rescatar las almas de todos.

La desilusión pintábase en el semblante de Ben Hur. Su cabeza se inclinó; si no estaba convencido, tampoco sentíase capaz de combatir la opinión del egipcio. Mas no sucedió lo mismo con Ilderim.

—¡Por el esplendor de Dios! —gritó impulsivamente—. El camino del mundo, desde un principio establecido, no puede ser cambiado. En toda comunión de individuos ha de haber una cabeza visible, un jefe revestido de plena autoridad; de lo contrario, toda reforma es inútil.

Baltasar repuso con gravedad:

—Tu sabiduría, buen jeque, es mundana; tú olvidas que precisamente de los errores del mundo hemos de ser redimidos. El hombre, como individuo, obedezca a su rey; pero el alma y su salvación pertenecen a Dios.

Ilderim calló y agitó la cabeza. Ben Hur reanudó la discusión.

—Padre —dijo—, si así puedo llamarte, ¿por quién preguntaste en las puertas de Jerusalén?

El jeque dirigióle una mirada de satisfacción.

—Me fué ordenado que preguntase al pueblo —dijo tranquilamente Baltasar— dónde estaba Aquel que había nacido Rey de los judíos.

—¿Y tú lo viste en la gruta próxima a Belén?

—Lo vimos, lo adoramos y cada uno de nosotros le ofreció sendos dones: Melchor, oro; Gaspar, incienso, y yo, mirra.

—Cuando refieres hechos, oh padre, comprenderte y creerte son una sola cosa —exclamó Ben Hur—; mas cuando viertes opiniones, yo no puedo imaginar qué especie de Rey quieres hacer del Niño; no, yo no puedo despojar a un príncipe de sus deberes ni de su autoridad.

—Hijo mío —repuso Baltasar—, los hombres ve-

mos mejor las cosas pequeñas y próximas que las grandes y lejanas. Tú no ves más que el título "Rey de los judíos"; si levantas los ojos y los fijas allende el misterio, el obstáculo desaparecerá. Una palabra con respecto al título. Tu Israel ha visto días más felices, días en que Dios llamó a tus gentes su pueblo y en que habló a éste por boca de los profetas. En aquellos días Dios prometió el Salvador que yo he visto, llamándole Rey de los judíos; la apariencia debe conformarse con la promesa, aunque sólo sea por amor a la palabra. Por esto pregunté por El bajo este nombre en las puertas de Jerusalén. Mas pasemos adelante. Tú acaso consideras la dignidad del Niño; si es así, reflexiona que es muy pobre gloria ser el sucesor de Herodes. Dios puede hacer mucho más por sus preferidos; si el Padre Omnipotente hubiese tenido necesidad de un título y hubiese descendido a escogerlo de entre las vanidades de los hombres, ¿por qué no escogió la corona del César, o por qué no me impuso que buscase al Redentor bajo aquel nombre? Piensa más bien en la substancia, hijo mío, y pregúntate de qué será Rey Aquel que esperamos. Esta es la llave del misterio.

Baltasar elevó devotamente los ojos al cielo.

—Existe un reino en la tierra, pero que no es de la tierra, un reino que traspone los confines del mundo. Su existencia es un hecho, como nuestro corazón es una realidad; hecho que, invisible para nosotros, nos rodea desde la cuna a la muerte. Ningún hombre lo verá antes de que haya conocido a su propia alma, porque aquel reino no es para él, sino para su alma. A vista de la gloria de aquel reino, los más grandes imperios del mundo son tinieblas y silencio.

—Lo que tú dices, padre —interrumpió Ben Hur—, es un enigma para mí. Yo no he oído hablar jamás de semejante reino.

—Ni yo tampoco —dijo Ilderim.

—Y yo no puedo decir nada más —añadió Baltasar, bajando humildemente los ojos—. Lo que ese rei-

no sea y cómo podrá llegarse a él, nadie lo sabrá antes de que el Niño haya tomado posesión. El posee la llave de la invisible puerta, y El la abrirá de par en par para los elegidos que le habrán amado, y que serán únicamente los redimidos.

Siguió a estas palabras una larga pausa, que Baltasar interpretó como fin de la conversación.

—Buen jeque —dijo con voz tranquila—, mañana o pasado iré a la ciudad. Mi hija desea ver los preparativos de los juegos. En cuanto a ti, hijo mío, volveré a verte aún. A ambos os deseo paz y reposo para esta noche.

Levantáronse. El jeque y Ben Hur siguieron al egipcio con los ojos hasta que la cortina cayó detrás de él.

—Jeque Ilderim —exclamó Ben Hur—, cosas muy extrañas he escuchado esta noche. Permíteme, te ruego, que dé un paseo por la orilla del lago, a fin de entregarme a la meditación.

—Ve, y yo te seguiré dentro de poco.

Después de lavarse nuevamente las manos, a una señal del dueño, un doméstico presentó a Ben Hur las sandalias. El joven salió de la tienda.

CAPITULO XVII

No lejos del *dovar* erguíase un grupo de palmeras que proyectaban su sombra en parte sobre la tierra y en parte sobre el agua. Un ruiseñor cantaba entre sus ramas; Ben Hur detúvose a escucharle; en otro momento los gorjeos del ave, las notas vibrantes de su canción amorosa, hubieran desvanecido todas sus preocupaciones, pero el relato del egipcio era demasiado grave para olvidarlo.

La noche era plácida. Ni un soplo de aire rizaba la superficie del lago. Todas las estrellas de Oriente resplandecían en el cielo. El estío reinaba como soberano.

La fantasía de Ben Hur estaba enardecida, excitados

sus nervios, su voluntad vacilante. En aquel estado de alma, las palmeras, el cielo, el aire, parecíanle los de la lejana zona meridional en que había buscado, en su desesperación, refugio Baltasar; el espejo tranquilo del estanque trasladaba su pensamiento al pequeño lago tributario del Nilo, en cuyas riberas se había aparecido el Espíritu al santo hombre. ¿Y si no fuese una casualidad esta semejanza? ¿Si la visión hubiese de aparecerse también a él? Se detuvo, ansioso y temeroso al mismo tiempo. Cuando por fin cedió la fiebre y pudo posesionarse de sí mismo, comenzó a pensar.

Habíale sido explicado el objeto de su existencia. En todas sus reflexiones anteriores habíasele presentado la visión de un gran abismo, tan grande, que no le había sido posible colmarlo o bordearlo. Cuando se hubiese aleccionado en el arte de la guerra y hubiese conocido perfectamente su obligación de jefe, ¿a qué fin hubiera dirigido sus fuerzas? Naturalmente, soñaba en la revolución. Pero para impulsar a los hombres a ella, para asegurarse el apoyo de los amigos o de los que se le adhiriesen, además de las causas generales de odio y de disgusto eran necesarias causas inmediatas, pretextos, y, sobre todo, una meta. Bien combate quien tiene una afrenta que lavar, una injuria que vengar; pero combate mucho mejor quien, impulsado por los agravios recibidos, ve claramente ante sí la meta gloriosa de sus esfuerzos, una meta que le dará al mismo tiempo bálsamo para sus heridas, recompensa al valor, gratitud después de la muerte. Su ejército, naturalmente, lo hubiera encontrado entre sus compaisanos. Los sufrimientos de Israel eran comunes a todos los hijos de Abraham, y eran palanca suficiente para levantar a la nación. Sí, la causa existía, pero el fin, ¿cuál debía ser?

Horas, días enteros había dedicado al estudio de esta parte de su plan, y siempre con la misma conclusión: una idea vaga, incierta, de independencia nacional. ¿Bastaba ésta? No podía contestar negativamente, porque habría derribado de un golpe todas sus esperanzas;

ni podía contestar que sí, porque se lo impedía su juicio. Por otra parte, no estaba muy seguro de que Israel hubiera bastado por sí solo para combatir victoriosamente contra Roma. Conocía perfectamente los inmensos recursos de su enemigo: sus armas, sus artes, superiores a las armas. Una alianza universal era del todo imposible, a menos que (¡cuántas veces lo había pensado!) saliese un héroe del seno de una de las naciones oprimidas, y con sus victorias llenase de fama al mundo, convocando a todos los pueblos bajo su bandera. ¡Qué gloria para su Judea si ella fuese la llamada a ser la Macedonia de este nuevo Alejandro! Pero ¡ay! bajo el gobierno de los rabinos era posible el valor, pero no la disciplina. El antiguo escarnio de Messala en el jardín de Herodes resonaba aún en sus oídos: "Todo lo que los hebreos conquistan en los seis primeros días, lo pierden en el séptimo".

Así sucedió que cada vez que llegaba ante aquel abismo, se detenía irresoluto en sus bordes. Había acabado por perder la esperanza y confiar sólo en la casualidad, que, Dios queriendo, podía depararle el suspirado héroe. En tal estado de alma, fáciles son de adivinar los efectos de la sumaria exposición que Malluch le había hecho del relato de Baltasar. La había escuchado con satisfacción inmensa y pasmosa, con el sentimiento de que aquí se encerraba la solución de todo el problema, de que el héroe deseado estaba aquí y era un hijo de la tribu leonina y Rey de los judíos. Detrás del héroe, el mundo en armas.

El Rey implicaba un reino: había de ser un guerrero glorioso como David, sabio y magnífico como Salomón; su reino sería el escollo contra el cual se estrellaría el poderío romano. Se encendería una guerra colosal, y después de la agonía del mundo, la paz, la paz bajo el domino judaico. El corazón de Ben Hur palpita con violencia, apareciéndosele de improviso la visión de Jerusalén capital del mundo, y de Sión trono del Señor universal.

Habíale parecido una gran fortuna poder encontrar

en la tienda el hombre que había visto al Rey. Debía haberle oído hablar, debía haber aprendido de él los detalles de la gran transformación futura, y especialmente debía saber el tiempo en que tendría lugar. Si fuese inminente, Ben Hur hubiera abandonado la campaña de Majencio y hubiera emprendido en seguida los trabajos de organización y de armamento de las tribus de Israel. Ahora, como hemos visto, Ben Hur había oído de labios de Baltasar el milagroso relato. ¿Estaba satisfecho?

Una gran incertidumbre le turbaba y oscurecía sus pensamientos con respecto a lo porvenir. La incertidumbre referíase más al reino que al Rey. “¿Qué reino será éste?”, era la pregunta que incesantemente le atormentaba el cerebro.

Así, desde un principio aparecían las cuestiones que debían acompañar al Niño en su muerte y sobrevivirle, incomprensibles en su tiempo, objeto de controversia en el nuestro, un enigma para todos aquellos que no saben comprender la dualidad del ser humano: el alma inmortal en cuerpo perecedero.

“¿Qué reino será?”, seguía preguntándose.

Para nosotros, lector, la contestación nos ha sido dada por el mismo Niño; pero Ben Hur sólo había oído las palabras de Baltasar: “Sobre este mundo existe un reino que no es terreno, no para los hombres, sino para sus almas, reino en que brilla incomparable gloria”.

¿Qué extraño era que en la mente de un joven aquellas palabras sonasen como un enigma?

“La mano del hombre no penetra en él, decíase con la desesperación en el corazón. El Rey de ese reino no tiene necesidad de hombres, ni de obreros, ni de consejeros, ni de soldados. La tierra ha de finar, ha de rehacerse después, y nuevos principios de gobierno han de substituir a los antiguos. Alguna cosa ha de existir superior a las armas que arroje de su trono a la Fuerza. ¿Qué cosa será?”

¡Oh lector! Esto que no podemos ver, él no sabía comprenderlo. El poder del Amor no se había patenti-

zado aún claramente a ningún hombre. Y nadie había venido a predicar que para el gobierno de los hombres y para los fines de aquél la paz y el orden, el Amor es más grande y más eficaz que la Fuerza.

Mientras estaba entregado a estas fantasías, una mano, la mano de Ilderim, se posó ligeramente sobre sus hombros.

—He de decirte una palabra, oh hijo de Arrio —dijo deteniéndose a su lado—, una palabra y me retiraré, porque la noche se nos echa encima.

—¡Seas bien venido, oh jeque!

—Presta fe a lo que acabas de oír —prosiguió Ilderim sin interrumpirse—, a todo menos a lo que se refiere al reino que el Niño inaugurará sobre la tierra. No tomes resolución alguna hasta haber oído a Simónides, mercader y hombre irreprochable de Antioquía, al cual te presentaré. El te citará todos los textos de los profetas, indicando la página y el libro, de manera que nadie podrá negar que el Niño será realmente Rey de los judíos; sí, ¡por el esplendor de Dios!, un rey como fué Herodes, pero mejor y más grande. Y entonces, créelo, saborearás la dulzura de la venganza. He dicho. La paz sea contigo.

—¡Detente, jeque!

Ilderim no le oyó.

—¡De nuevo Simónides! —exclamó Ben Hur con amargura—. Simónides aquí, Simónides allá, ora de unos labios, ora de otros. ¿Este siervo de mi padre no quiere, pues, dejarme en paz? Pero él es rico, y en esto, al menos, es más sabio que el egipcio. ¡Ah!, ¡por el sagrado pacto! ¡No será al hombre que hizo traición a la fe que un semejante suyo puso en él a quien yo acuda en busca de consuelo! Mas, ¿qué oigo? ¡Un canto! ¿Es la voz de mujer o voz de ángel? Parece aproximarse.

Del lago, con dirección al *dovar*, llegaban las notas de una canción. La voz melodiosa deslizábase por encima de las aguas, y a través de los troncos de las palmeras, muy pronto oyóse rumor de remos meciéndose

con pausado ritmo; después percibiéronse las palabras, palabras en lengua griega purísima, el idioma que mejor que cualquier otro lenguaje de aquel tiempo se prestaba a la expresión de los afectos.

¡Oh tierra que el misterio perfumea
y se extiende de Siria allende el mar!
¿Cuándo será que con los ojos vea
lo que sólo me es dado recordar?

En las ruinas de Menfis, sacudido
por el viento, susurra el palmeral;
corre el Nilo, y el eco de un gemido
a los montes transmite el arenal.

¡Oh Nilo, Nilo! El corazón te añora.
¡En ti a mis padres y a mis reyes ví!
¡Riberas verdes que el sol alto dora!
¡Himnos y sonos que llegáis a mí!

Oigo perderse de Memnón el canto
de llanuras inmensas a través.
Fluye a mis ojos impotente llanto.
¡Oh Nilo, Nilo! ¿Te veré otra vez?

Las últimas palabras fueron pronunciadas junto al grupo de palmeras a cuya sombra se había detenido Ben Hur. La tristeza de aquellos acentos se comunicó a su espíritu. La barca, que se deslizó negra y silenciosa por el espejo rielante de las aguas, parecía el paso de un pensamiento oscuro a través de límpido y alegre horizonte de un alma. Ben Hur suspiró.

—La reconozco por el canto: la hija de Baltasar.
¡Qué hermoso! ¡Y qué hermosa es también ella!

Recordó sus grandes ojos bajo las prolongadas cejas, el óvalo de sus rosadas mejillas, sus labios rojos y gruesos y toda la gracia de su delgada y lánguida figura.

—¡Qué hermosa es también ella! —repitió.

Y su corazón contestó latiendo más velozmente.

Entonces, casi en el mismo instante, otro semblante más joven, de igual belleza, pero más infantil y dulce, se ofreció a su imaginación como si saliese de lo profundo del lago.

—¡Ester! —exclamó sonriendo—. Una estrella se me ha aparecido, según era mi deseo.

Y con lentitud emprendió el regreso a la tienda.

Su existencia había sido azotada por los sufrimientos y erizada de pensamientos de venganza; no había habido lugar para el amor. ¿Era este el principio de una era más dichosa?

Dos mujeres a la vez se habían cruzado en su camino. Ester le había ofrecido un cáliz. Lo mismo había hecho la egipcia. Las dos se le habían aparecido simultáneamente bajo las palmeras.

¿Cuál prevalecería de ellas?

FIN DEL LIBRO CUARTO



LIBRO QUINTO

CAPITULO PRIMERO

A la mañana siguiente a las bacanales celebradas en la gran sala del palacio, veíase el diván lleno de jóvenes patricios dormitando. Majencio podía llegar y toda la ciudad salirle al encuentro, las legiones descender del monte Sulpio y presentarle armas, del Ninfeo al Omfalo celebrarse procesiones y fiestas espléndidas y fastuosas, como sabía improvisar el Oriente, y aquellos jóvenes hubieran continuado durmiendo su ignominioso sueño sobre el diván, en el que habían caído o en el que les habían colocado los brazos de esclavos indiferentes. Sin embargo, no todos los que habían tomado parte en la orgía encontrábanse en tan vergonzoso estado. Cuando la luz del día comenzó a formar espirales a través de las hendeduras de los postigos, Messala se levantó y se desciñó la guirnalda que oprimía sus sienes, queriendo significar con esto el término de la crápula; envolvióse después en su toga, y sin pronunciar palabra y dando su postrer mirada a la escena, salió para dirigirse a su departamento. Cicerón no se hubiera retirado con mayor gravedad de una sesión senatorial nocturna.

Tres horas después, dos correos penetraron en su estancia, recibiendo de sus manos cada uno sendos pliegos sellados conteniendo una carta para Valerio Grato, el procurador, residente aún en Cesarea. La importancia de la carta y de su urgente entrega deduciase de las órdenes dadas: un correo debía llevarla por mar;

el otro, por tierra, y ambos debían hacerlo con la mayor celeridad.

Es necesario que el lector tenga conocimiento de su contenido.

“Antioquía, XII Kalendas julio.

”MESSALA A GRATO.

”¡Oh Midas mío! No te ofendas, te ruego, por este renombre, porque deriva del afecto y del reconocimiento que te profeso, y es al mismo tiempo la confesión de que eres el más afortunado de entre los hombres. Por otra parte, tus orejas son tales como te las ha dado tu madre, y no tienes de ello la culpa.

”¡Oh Midas mío! He de referirte cosas asombrosas que, aunque descansan aún sobre meras conjeturas, no han de dejar de merecer tu atención. Permíteme, en primer lugar, que yo refresque tu memoria. ¿Te acuerdas, hace ya muchos años, de la familia de un príncipe de Jerusalén, muy antigua y más extraordinariamente rica, por nombre Ben Hur? Si tu memoria es tardía en recordarte este hecho, yo creo que cierta cicatriz que adorna todavía tu ilustre cabeza te será estímulo y ayuda eficaz para ello.

”Como castigo del probado asesinato (¡hagan los dioses que para tranquilidad de nuestras conciencias, jamás se pruebe que fué un accidente fortuito!), la familia fué arrestada y confiscados sus bienes.

”Nuestra decisión mereció la aprobación del César (¡nunca falten flores sobre su tumba!); por esto no es vergonzoso aludir a las sumas que por aquella fuente penetraron en nuestras arcas. Por lo que a mí concierne, mi gratitud será eterna, como espero que sea eterno también el goce de aquella parte de bienes que tu munificencia me asignó.

”Para reivindicar tu prudencia, cualidad por la cual

no brillaba el hijo de Gordias, a quien te he comparado, recordaré además las disposiciones que tomaste para con los individuos de la familia Hur, con el fin de que el silencio de la tumba nos asegurase el tranquilo goce de nuestras ganancias y de que a la vez el remordimiento de haber vertido sangre no nos manchase la tierna conciencia. Tú recordarás lo que hiciste de la madre y de la hermana del malhechor, y si ahora cedo a la curiosidad de saber si están vivas o muertas, es porque sé que tu ánimo generoso me sabrá perdonar fácilmente.

"Mas pasemos a lo más esencial. Para ello me permito recordarte que el reo fué condenado perpetuamente al remo; así decía la sentencia, que leí con mis propios ojos y que fué dirigida al tribuno que mandaba la galera.

"¡Y ahora préstame atención, excelentísimo Frigio!

"Si calculamos el límite común de la vida de un gaileote, el asesino por ti tan justamente castigado debiera haber muerto, o, para usar una forma más poética, una de las tres mil Oceánides debiera haberlo tomado por esposo, por lo menos hace cinco años. Y si me perdonas esta momentánea debilidad, ¡oh el más excelente de los hombres! por el afecto que le profesé en mi juventud y aun por su gran hermosura (yo solía llamarlo mi Ganimedes), debiera por derecho haber caído en brazos de la más bella de entre las hijas de Nereo. En esta opinión he vivido todos estos años en el pacífico y tranquilo goce de la fortuna de que le soy en parte deudor. Hágote esta confesión sin querer disminuir un ápice la deuda de gratitud que para contigo tengo.

"Y llego al punto más interesante.

"La noche última, mientras ejercía de anfitrión en una fiesta organizada por algunos jóvenes recién venidos de Roma (su tierna edad y su inexperiencia habían apelado a mi compasión), llegó a mis oídos una historia singular. Hoy, como sabes, llega Majencio, el cónsul, para dirigir la campaña contra los parthos. En-

tre los ambiciosos que le acompañan figura un sujeto, hijo del difunto duunviro Quinto Arrio, y acerca del cual me proporcioné algunos detalles curiosos. Cuando Arrio fué a combatir a los piratas, cuya derrota le granjeó los últimos honores, no tenía familia: cuando regresó de la expedición condujo consigo un heredero.

"Prepárate a escuchar grandes cosas.

"El heredero de que te hablo es el Ben Hur que enviaste a galeras, y que, según nuestros cálculos, debiera estar difunto hace cinco años, cuando, por el contrario, vuelve rico, poderoso y probablemente con la ciudadanía romana, para... ¡Ah!, tú estás lo suficientemente encumbrado para no temer nada; pero yo, ¡oh Midas!, yo estoy en peligro, y no es necesario que te diga por qué. ¿Quién lo comprenderá mejor que tú? ¿Qué dices a esto, amigo Grato?

"Cuando Arrio, el padre adoptivo de esta aparición oceánica, trabó combate con los piratas, su nave fué echada a pique y toda la tripulación pereció menos dos personas: Arrio y este heredero suyo.

"Los oficiales que los recogieron del madero sobre que flotaban dicen que el compañero del afortunado tribuno era un joven y que vestía la túnica de forzado. Esto debiera bastar para convencerte; mas para el caso de que tú, óptimo Midas, no estuvieses aún plenamente convencido, añadiré que ayer la Fortuna me puso frente a frente de ese hijo de Arrio, y yo te juro, aun cuando de momento no lo reconociera, que es el mismo Ben Hur que fué durante algunos años mi compañero de infancia; aquel Ben Hur hecho hombre, que aun cuando fuese el último de los esclavos, debe en estos momentos abrigar proyectos de venganza (esto haría yo en su lugar), venganza que no se detendría ni ante la muerte misma, venganza por la patria, por la madre, por la hermana perdidas, por los años pasados en el remo, por la fortuna, en fin, que le arrebatamos.

"No dudo, mi bienhechor y amigo, que el peligro que corren tus sextercios, si no tu piel, te habrá sacado de tu habitual escepticismo, y que habrás llamado ya

en tu auxilio tu poderosa inventiva. Sería inferirte una ofensa preguntarte qué hemos de hacer. Déjame más bien decir que yo soy tu cliente, o mejor, que tú eres el Ulises de cuya boca espero los más sabios consejos. Me entrego a ti completamente. Sé pronto como Mercurio y hábil como César.

"El sol está ya alto. Dentro de una hora partirán dos mensajeros con sendas copias selladas de esta carta: el uno irá por tierra, el otro por mar, de tanta importancia considero la presencia de nuestro enemigo en esta parte del mundo romano. Yo esperaré en esta ciudad tu respuesta. La estancia en ella de Ben Hur dependerá, naturalmente, del cónsul, el cual, aunque trabajase noche y día, tendrá que demorarse un mes por lo menos; ya sabes lo que cuesta reunir un ejército y proveerlo de todo lo necesario para una campaña en un país lejano y desierto.

"Ayer encontré al judío en el bosquecillo de Dafne, y si no está allí en este momento, está indudablemente en sus cercanías, por lo cual me será muy fácil vigilarlo. Y si quisieras saber en dónde se encuentra en este instante, apostarí a que en el Huerto de las Palmeras, bajo la tienda de aquel viejo traidor, el jeque Ilderim, que no tardará en caer en nuestras manos. No te sorprendas si Majencio, como medida preliminar, embarca al árabe en la primera galera que regrese y lo manda a Roma.

"No extrañes mi solicitud por informarte diariamente de nuestro amigo, porque es de alta importancia para ti, oh ilustre, saber dónde se encuentra. Bajo tu hábil dirección he aprendido tanta prudencia humana cuanta basta para conocer que en toda empresa son especialmente necesarios tres elementos: tiempo, lugar y medio.

"Si tú crees que este es el lugar oportuno, no dudes en confiar la ejecución de tus planes a tu amigo y discípulo,

MESSALA."

CAPITULO II

Poco más o menos, a la misma hora en que abandonaban la estancia de Messala los correos, muy de mañana todavía, penetraba Ben Hur en la tienda de Ilderim. Se había bañado en el lago, se había desayunado, e iba vestido con una simple túnica sin mangas, que apenas le llegaba a las rodillas.

El jeque lo saludó desde el diván.

—La paz sea contigo, hijo de Arrio —exclamó admirado.

Y efectivamente, no recordaba haber visto jamás un tipo más espléndido de juventud ni de varonil belleza. Después prosiguió:

—Los caballos están prontos y yo también. ¿Lo estás tú?

—La paz que tú me aseguras, mi buen jeque, esa te deseo. Estoy dispuesto.

Ilderim batió palmas.

—Haré que traigan los caballos. Siéntate.

—¿Están enganchados?

—No.

—Entonces permite que yo mismo los saque —dijo Ben Hur—. Es necesario que yo trabaje con conocimiento con tus árabes, que sepa su nombre, oh jeque, a fin de que pueda hablarles. También conviene que conozca el carácter particular de cada uno, porque los caballos son como los hombres: si audaces, hay que enfrenarlos; si tímidos, que animarlos y espolearlos con el elogio.

—¿Y el coche? —preguntó el jeque.

—Lo dejaremos por hoy. En su lugar, hazme traer un quinto caballo, sin ensillar y rápido como el rayo.

La curiosidad de Ilderim iba en aumento; por esto llamó precipitadamente a un doméstico.

—Los arreos para cuatro caballos —ordenó—, y las bridas de Sirio.

Ilderim se levantó.

—Sirio es mi caballo favorito, oh hijo de Arrio. Hemos sido compañeros por espacio de veinte años en la tienda, en la lucha, en la caravana. Voy a mostrártelo.

Se acercó a la cortina divisora, y levantóla. Ben Hur penetró en la cuadra. Los caballos acudieron a Ilderim en grupo. Uno de cabeza pequeña, de ojos brillantes, de cuello arqueado, de crines finas y ondulantes como la cabellera de una niña, relinchó de gozo al verle.

—Buen caballo —dijo el jeque, acariciándole el hocico—. Buen caballo, buenos días.

Y volviéndose a Ben Hur, añadió:

—Este es Sirio, padre de los otros cuatro. La madre, demasiado hermosa para que se la exponga a los peligros de un viaje por tierras extrañas, se ha quedado en el Desierto. Y yo dudo, oh hijo de Arrio —prosiguió sonriente—, yo dudo que la tribu pueda soportar su ausencia. Ella es nuestra gloria, nuestro orgullo. Diez mil jinetes, hijos del Desierto, preguntarán hoy, como cada día: “¿Cómo está Mira?” Y a la respuesta: “Está bien”, exclamarán: “¡Dios es grande! ¡Bendito sea el nombre del Señor!”

—Mira, Sirio, ¿no son nombres de estrellas, oh jeque?— preguntó Ben Hur, presentando la palma de la mano a los caballos.

—¿Y por qué no? —replicó Ilderim—. ¿No has pasado ninguna noche en el Desierto?

—No.

—Entonces no puedes tú saber de cuánto somos los árabes deudores a las estrellas. Nosotros tomamos sus nombres por gratitud y los damos a nuestros predilectos en señal de amor. Mis padres dieron a todos sus caballos nombres de estrellas. Y aun estos cuatro que aquí ves los tienen: Rigel, Antares, Atahir y Aldebarán, el menor, pero no el menos rápido de los hermanos. El te llevará en dirección contraria del viento tan velozmente, que te parecerá escuchar en tus oídos las olas del golfo de Akaba, y te conducirá adondequiera que le ordenes, sí, por la gloria de Salomón, aunque sea ante las fauces de un león, si tú tienes valor para exponerte a ellas.

El doméstico se presentó con los arreos. Ben Hur enjaezó por sí mismo los caballos, los sacó fuera de la tienda y les puso las riendas.

—Traedme a Sirio —dijo.

Un árabe no habría sabido saltar sobre el lomo del caballo con mayor ligereza que él.

—Y ahora dadme las riendas.

Le dieron los cuatro juegos, y él las separó cuidadosamente.

—Mi buen jeque —exclamó—, ya estoy dispuesto. Envía un guía que me preceda y me indique el campo en donde los podré ejercitar, y haz que algunos hombres lleven allí agua.

La partida se realizó sin dificultad. Los caballos no tenían temor alguno. Parecía que se había establecido una corriente de mutua simpatía entre ellos y el auriga, el cual había cumplido su cometido con la calma y la confianza que engendran el respeto. Ben Hur, montado en Sirio, guiábalos como si estuviese de pie en el coche. Ilderim se regocijó. Acariciábase la barba y se sonreía de satisfacción, murmurando: “¡Por el esplendor de Dios, no, no es el romano!” Seguiales a pie, y toda la población del dovar, hombres, mujeres y niños, se precipitó fuera de las tiendas para asistir al espectáculo.

El campo era ancho y llano, perfectamente a propósito para los ejercicios, que Ben Hur ejecutó sin demora, primero guiando los cuatro caballos lentamente, en línea recta, y después en grandes círculos; luego poniéndolos al trote y después al galope, estrechando cada vez más los círculos, y haciéndolos voltear por fin con irregularidad, ya a derecha, ya a izquierda, y en todas direcciones. Transcurrida una hora de este modo, volvió a poner al paso los caballos y se acercó a Ilderim.

—Mi tarea toca a su fin, pues sólo falta el ejercicio —dijo—. Me congratulo contigo, jeque Ilderim, que posees semejantes servidores. Mira —continuó, desmontándose y acariciando a los caballos—, mira, ni una mancha de sudor en sus arreos; respiran como si empezasen a correr ahora mismo. Me congratulo contigo, je-

que Ilderim, y si Dios nos protege (y fijó sus brillantes ojos en el rostro del anciano), nuestra será la victoria y...

Se detuvo, ruborizóse y se inclinó levemente. Al lado de Ilderim vió de pronto a Baltasar, apoyándose en su bastón, y a dos mujeres veladas. Contempló atentamente a una de ellas, mientras su corazón latía velozmente, y se dijo: "¡Es ella! ¡La egipcia!"

Ilderim terminó la frase dejada en suspenso:

—Nuestras serán la victoria y la venganza.

Después añadió en voz alta:

—Estoy tranquilo y me siento feliz, hijo de Arrio; tú eres mi hombre. Si el resultado corresponde al principio, no tendrás motivo para lamentarte de la generosidad de los árabes.

—Yo te doy gracias, mi buen jeque —repuso Ben Hur con modestia—. Deja que tus siervos den de beber a los caballos.

Sirvióles él mismo el agua, y después, volviendo a montar en Sirio, siguió el curso de instrucción, pasando, como antes, del paso al trote y del trote al galope, con mayor rapidez todavía. Finalmente, encaminó los caballos a la pista, haciéndoles emprender veloz carrera. Los espectadores se interesaron y prorrumpieron en frecuentes aplausos por la rara habilidad del conductor y por el elegante porte de los caballos, que no daban señal de la menor fatiga.

Durante estos ejercicios se presentó Malluch en el campo, y pasando inadvertido por entre la multitud, que tenía fija su atención en los caballos, acercóse al jeque.

—Traigo un mensaje para ti, oh jeque —dijo cuando creyó que había llegado el momento oportuno para hablar—, un mensaje de parte del mercader Simónides.

—¡Simónides! —exclamó el árabe—. ¡Ah! Bien está. ¡Que Abaddón mate a todos sus enemigos!

—Me ha encargado que te desee en primer lugar la paz del Señor —continuó Malluch—, y después que te entregue este despacho, con súplica de que lo leas inmediatamente,

Ilderim, sin moverse del sitio, rompió el sello del pliego a él dirigido, y sacó de su interior dos cartas, que leyó consecutivamente:

“SIMÓNIDES AL JEQUE ILDERIM.

”¡Oh amigo! En primer lugar ten la seguridad de que siempre ocupas en mi corazón un sitio. Después préstame atención.

”Encuétrase actualmente en tu *dovar* un joven de noble aspecto, que se hace pasar por hijo de Arrio, y tal es efectivamente por adopción. Ese joven me es muy querido. La historia de su vida es asombrosa, y yo te la referiré si vienes hoy o mañana a verme. Tengo, por otra parte, necesidad de tus consejos.

”En tanto, secunda todos sus deseos mientras no vayan contra la ley o el honor. Si tuviese necesidad de dinero, yo salgo fiador.

”A nadie digas el interés que por él me tomo.

”Recuérdame a tu otro ilustre huésped. El, su hija, tú mismo y cuantos quieras invitar, serán mis huéspedes en el Circo el día de las carreras. Tengo señalados los sitios.

”Paz a ti y a los tuyos.

”Tu eterno amigo,

SIMÓNIDES.”

“SIMÓNIDES AL JEQUE ILDERIM.

”¡Oh amigo! Debo ponerte en guardia. ¡Está alerta!

”Cuando un elevado personaje romano, investido de la real autoridad, se aproxima, todos cuantos no son romanos y poseen bienes y dinero es necesario que se pongan sobre aviso. Hoy llega el ^acónsul Majencio. ¡Alerta!

”Otra advertencia más: se ha tramado una conspiración contra ti, y Herodes debe andar mezclado en ella, pues tú posees muchos bienes en sus dominios.

"Envía mensajeros de tu confianza a los caminos del Sur de la ciudad, con orden de que detengan y registren a todos los correos que vengan o salgan de Antioquía, y si encuentran algún despacho referente a ti, te lo entreguen.

"La presente debías recibirla anoche, pero todavía no es tarde si te apresuras. Si los correos han salido esta mañana de Antioquía, tus árabes conocen los atajos y podrán alcanzarlos.

"No te detengas. Quema esta carta una vez leída.

"¡Oh amigo! Tu amigo,

SIMÓNIDES."

Ilderim leyó la carta segunda vez, la dobló y la ocultó en su cinto. Los ejercicios ecuestres terminaron al poco rato, después de una duración total de casi dos horas. Ben Hur, poniendo al paso los caballos, dirigiólos hacia Ilderim.

—Con tu permiso, oh jeque —le dijo—, conduciré tus árabes a tu tienda para repetir esta tarde los ejercicios.

Ilderim fué en su compañía.

—Haz lo que quieras, hijo mío. Tú has obtenido de ellos en dos horas lo que el romano (¡los chacales devoren sus huesos!) no pudo conseguir en otras tantas semanas. ¡Venceremos, por el esplendor de Dios, venceremos!

Llegados a la tienda, Ben Hur permaneció junto a los caballos mientras los cepillaban y pulían; después, habiendo tomado un baño en el lago y bebido un sorbo de arrak con el jeque, se vistió de nuevo el hábito hebreo y dió un paseo con Malluch por el Huerto.

Después de algunas palabras de escaso interés, Ben Hur dijo a su compañero:

—Te daré una orden para que retires mi equipaje del Khan cercano al puente de Seleucia. Traémelo hoy mismo, a ser posible. Perdona, mi buen Malluch, que abuse de tu amabilidad.

Malluch se declaró dispuesto a servirle en lo que quisiera.

—Gracias, Malluch, gracias —exclamó Ben Hur—. Acepto tu ofrecimiento, recordando que pertenecemos a la misma tribu y que nuestro enemigo es romano. En primer lugar, tú eres hombre de negocios, mientras temo que nuestro jeque no lo sea.

—Los árabes no acostumbran serlo —observó Malluch.

—No, yo no dudo de su previsión, Malluch; pero bueno será asegurarnos. Para impedir que a última hora se presente un obstáculo o dificultad para la carrera, debieras avistarte con el intendente del Circo y comprobar si Ilderim ha cumplido con todas las formalidades requeridas. Me prestarás además un gran servicio si puedes procurarte una copia del reglamento. Quisiera saber qué colores he de llevar, y especialmente el número de la cripta que he de ocupar; si estaré próximo a Messala, a la derecha o a la izquierda, y si no lo estoy, procura que me cambien de sitio para estar cerca de él. Malluch, ¿tienes buena memoria?

—Alguna vez me ha faltado, oh hijo de Arrio, pero nunca cuando, como en este caso, tenía interesado el corazón.

—Entonces voy a darte otro encargo. Ayer ví que Messala estaba orgulloso de su coche, y con razón, porque ni aun los de los Césares le aventajan en belleza ni elegancia. ¿No podrías aprovecharte de esa debilidad suya para averiguar si es ligero o si es pesado? Desearía saber con seguridad su peso y sus medidas; mas si no puedes averiguar todo esto, entérate, cuando menos, de la altura a que están del suelo sus ejes. ¿Comprendes, Malluch? No quiero que tenga ventaja alguna sobre mí. No quiero vencerle solamente, sino también humillarle. Únicamente así será completo mi triunfo.

—Comprendo, comprendo —contestó Malluch—. Es necesario tirar una línea recta desde el centro del eje hasta el suelo.

—Sí, Malluch mío: alégrate, pues es la última de mis comisiones. Ahora volvamos al *dovar*.

Poco después Malluch regresaba a la ciudad.

En el intervalo un mensajero, montado en rápido corcel, había sido enviado, según las instrucciones de Simónides, por el camino que desde Antioquía conduce a Jerusalén. Era un árabe y no llevaba órdenes escritas.

CAPITULO III

—Iras, hija de Baltasar, te envía saludos y un mensaje —dijo un siervo a Ben Hur, que estaba descansando en su tienda.

—Cumple el mensaje.

—Solicita de ti si quieres acompañarla en la barca por el lago.

—Yo mismo le daré la respuesta. Gracias.

Lleváronle las sandalias, y al poco rato Ben Hur salió en busca de la egipcia. La sombra de los montes iba estrechándose sobre el Huerto de las Palmeras, precediendo a la noche. De lejos, a través de los árboles, llegaban el sonido de las campanillas, los mugidos de los animales y las voces de los pastores que volvían de apacentar los rebaños. La vida en el Huerto de las Palmeras era en todos sus aspectos la misma, sencilla y pastoril, de los árabes en los oasis del Desierto.

El jeque Ilderim, después de haber asistido a los ejercicios de la tarde, que fueron una repetición de los de la mañana, había partido para la ciudad con objeto de ver a Simónides, y probablemente no regresaría aquella noche. Ben Hur, que había quedado solo, después de dar un último vistazo a los caballos, se había lavado y cambiado la ropa, y ya cenado, estaba descansando de las fatigas del día.

No es prudente ni honesto pretender quitar importancia a la belleza como cualidad. Ningún alma ele-

vada puede sustraerse a su fascinación. La historia de Pigmalión y de su estatua es poética en la forma, pero tiene su base en la naturaleza humana. La belleza es una potencia y su fuerza arrastraba a Ben Hur. X

La egipcia era para él una mujer asombrosamente hermosa. Veíala como se le apareció por primera vez en la fuente, y sentía el influjo de su voz, dulce al expresar su reconocimiento; sufría todo el encanto de aquellos ojos grandes, negros, brillantes, de forma de almendra, ojos más elocuentes que la palabra; veía su figura elevada, flexible, llena de gracia y de elegancia, envuelta en los ricos pliegues de sus vestiduras, y pensaba que si el alma era igual al cuerpo que la albergaba, sería verdaderamente otra Sulamita, y en el mismo sentido, terrible como ejército desplegado en batalla. Así, cada vez que su imagen se presentaba a su fantasía, recordaba todo el apasionado cántico de Salomón, como inspirado por su presencia. Con tales sentimientos, deseaba saber si era justificada la impresión en él producida. No era amor lo que experimentaba, era admiración, era curiosidad, heraldos, sin embargo, muchas veces, que preceden al amor.

El embarcadero consistía en una breve escalera que descendía al lago, y en una plataforma iluminada por algunos faroles. Así que llegó a la escalinata se detuvo, sorprendido por la visión.

Una barca descansaba ligeramente sobre las ondas como una cáscara de huevo sobrenadando. Un etíope, el conductor del camello en la fuente Castalia, ocupaba el sitio del remero, vestido de blanquísimo lino, que hacía resaltar más aún el ébano de su semblante. La popa de la embarcación estaba cubierta de cojines y alfombras teñidos con el rojo color de Tiro. Junto al timón estaba sentada la misma egipcia, hundida en una masa de chales indios y envuelta como por una nube de velos y cintas delicados.

En la mirada que la dirigió, Ben Hur tuvo la impresión confusa y deliciosa que su conjunto producía, y su corazón latió con violencia.

—Ven —díjole la egipcia al ver que se detenía—, ven, o me harás creer que eres un humilde marinero.

El rubor de sus mejillas se aumentó. ¿Conocía, quizá, algunos pormenores de su vida marinera? Por fin descendió hasta la plataforma.

—Temía... —dijo sentándose junto a la egipcia.

—¿Qué?

—Hundir la barca —repuso Ben Hur sonriendo.

—Espera a hacerlo cuando estemos en medio del lago —repuso ella, haciendo una señal al etíope, que sumergió en seguida en el agua los remos.

Si el Amor y Ben Hur eran enemigos, el último estuvo a punto de ser derrotado. La egipcia estaba sentada junto a él, y Ben Hur no cesaba de contemplar a la que había evocado en su imaginación el ideal de la Sulamita. Con los ojos negros fijos en los de ella, ni se apercebía de las estrellas que lentamente iban apareciendo en el cielo. La noche hubiera podido envolverlo todo, pero su mirada habría arrojado un rayo de luz a través de las más densas tinieblas. Y después, ¿quién ignora cómo despierta pensamientos de amor el sosiego de las aguas de un lago bajo la bóveda estrellada del firmamento, en una templada noche de verano, cuando los corazones que latén uno junto al otro son jóvenes y los cerebros llenos de ilusiones?

—Cédeme el timón —exclamó Ben Hur.

—No —repuso ella—; eso sería trocar los papeles. Yo te he invitado, y tú eres mi huésped. Quiero comenzar a liquidar la deuda que contigo tengo. Puedes hablar, y yo te escucharé, o bien hablaré yo, pero tú escucha. Puedes elegir. Mas yo decidiré adónde vamos y qué curso hemos de seguir.

—¿Y adónde iremos?

—Ya te has asustado nuevamente.

—¡Oh, hermosa egipcia! He hecho la primera pregunta natural a un prisionero.

—Llámame Egipto.

—Preferiría llamarte Iras.

—Piensa en ese nombre, pero llámame Egipto.

—Egipto es un país y comprende muchos pueblos.

—Sí, sí, ¡y qué país!

—Comprendo, nos dirigimos a Egipto.

—¡Si fuese verdad lo que has dicho! Me sentiría dichosa.

Y esto diciendo, se le escapó un suspiro.

—No soy yo entonces tu pensamiento único —exclamó Ben Hur.

—¡Ah! ¡Bien comprendo que no has estado allí nunca!

—Nunca, efectivamente.

—¡Oh! Es una tierra donde se desconoce la desdicha, meta y deseo de los demás pueblos, madre de todos los dioses, y por esto bendita sobremanera. Allí, oh hijo de Arrio, quien es feliz lo es con felicidad doblada. Allí el desgraciado que toca una sola vez el agua del sagrado río, olvida su dolor y canta y ríe como los niños.

—¿No hay allí pobres como en otras partes?

—Los pobres en Egipto desean poco y sienten aún menos necesidades. Un griego o un romano no podría comprenderlos.

—Yo no soy griego ni romano —protestó el judío.

Ella rompió a reír.

—Tengo un jardín lleno de rosales, y en medio de él yérguese una planta cuyas flores vencen a todas las demás. ¿De dónde crees que es originaria?

—¿De Persia, patria de las rosas?

—No.

—¿De la India, entonces?

—No.

—¡Ah! De una isla de la Hélade.

—Te lo diré. Un viajero la encontró lánguida y semimuerta en el camino que cruza la llanura de Rephaim.

—¡Oh! ¿En la Judea?

—Yo la planté en la tierra que el Nilo, al retirarse, había dejado descubierta y en donde el tibio aire del Sur podía mecerla y el sol besarla; la planta creció

llena de gratitud y de afecto. Ahora me siento a su sombra, y ella me recompensa con su perfume. Como sucede con las rosas, así con los hijos de Israel. ¿Dónde podrán llegar a la perfección sino en Egipto?

—Moisés fué uno entre mil.

—No; te olvidas del gran intérprete de los sueños.

—Los Faraones han muerto.

—¡Ah, sí! El río sobre cuyas riberas moraban murmuraba ahora sus nenias junto a sus tumbas. Pero el mismo sol sigue calentando el mismo aire para el mismo pueblo.

—Alejandría no es más que una ciudad romana.

—Sólo ha cambiado de cetro. César le arrancó la espada y en su lugar dejóle el cáliz de la sabiduría. Ven conmigo al Bruccheio y te mostraré las escuelas de las naciones; al Serapeo, y verás las maravillas de la arquitectura; a la Biblioteca, y leerás las obras inmortales; al Teatro, y oirás los versos de los griegos y de los indos; al puerto, y admirarás los triunfos del comercio. Cruza conmigo las calles, oh hijo de Arrio, y cuando los filósofos se habrán dispersado, y los maestros del arte se habrán ido, y los dioses habrán vuelto a sus altares, y del día que se apaga no quedarán más que los recuerdos, llegarán a tu oído las historias que han deleitado a la humanidad desde su cuna, y los cantos que no morirán jamás.

Mientras escuchaba a la egipcia, Ben Hur transportóse con el pensamiento a aquella otra noche estrellada, sobre la terraza de su casa de Jerusalén, cuando su madre, con todo el fervor poético que el patriotismo le prestaba, hacía la apología de las pasadas glorias de Israel.

—Ahora comprendo por qué quieres que te llame Egipto. ¿Me cantarás una canción si te doy este nombre? Anoche me pareció oírte cantar.

—Era una canción del Nilo —contestó la egipcia—, una lamentación que canto cuando me parece respirar el perfume del Desierto y oír el murmullo del antiguo río; deja más bien que te cante una balada inda. Cuan-

do vengas a Alejandría te conduciré al ángulo de una calle en donde podrás oírla cantar a la hija del Ganges que me la enseñó. Kapila, como sabes, fué uno de los sabios más grandes de la India.

Y como si el canto fuese su forma habitual de expresarse, comenzó:

KAPILA

—Kapila, héroe sublime,
flor de la juventud,
¿cómo igualarme, dime,
podría a ti en virtud?

Sonriente el sabio exclama,
frenando el corredor:

—Aquel que todo lo ama,
ignora qué es temor.

Kapila, viejo y cano,
oficia en el altar:

—Di, tu saber arcano,
¿cómo podré emular?

Kapila, reverente,
dice con grave voz:

—Aquel es omnisciente
que sabe amar a Dios.

Aún no había acabado Ben Hur de manifestar su reconocimiento a la egipcia por la canción, cuando la quilla de la barca rozó la arena y la proa tocó tierra.

—¡Corto ha sido el viaje, oh Egipto! —exclamó.

—¡Y el descanso todavía más breve! —repuso ella, mientras un fuerte golpe de remos les volvía agua adentro.

—Ahora me cederás el timón —dijo Ben Hur.

—¡Oh, no! A ti el coche, a mí la barca. No estamos más que en la mitad del lago. Has roto el pacto y no cantaré más. Ya hemos estado en Egipto, vayamos ahora al bosquecillo de Dafne.

—¿Sin un canto que alegre nuestro camino? —suplicó el judío.

—Dime algo referente al romano que puso en riesgo nuestra vida.

La petición pareció a Ben Hur desagradable.

—Quisiera que este lago fuese el Nilo —dijo, eludiéndola—. Los reyes y las reinas, después de haber dormido tantos años, podrían salir de sus tumbas y viajar con nosotros.

—Perteneían a la raza de los colosos y hundirían la

barca. Preferiría a los pigmeos. Mas háblame del romano. Es muy malo, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Es de noble familia? ¿Es rico?

—No puedo hablar de sus riquezas.

—¡Qué hermosos caballos los suyos! Su carruaje era de oro, y de marfil las ruedas. Mas, ¡qué audacia! Los espectadores se echaron a reír cuando se fué, ellos que por poco no son atropellados por sus caballos.

El recuerdo hizo reír a la egipcia.

—Era gentualla —dijo Ben Hur con amargura.

—El debe ser uno de aquellos monstruos que dicen que se crían actualmente en Roma. Apolos voraces como Cerberos. ¿Vive en Antioquía?

—En Oriente.

—Egipto le convendría más.

—Lo dudo. Cleopatra ha muerto.

En este instante divisaron las lámparas que ardían delante de los pabellones de Ilderim.

—¡El dovar! —murmuró la egipcia.

—¡Ah! Entonces no hemos estado en Egipto. No he visto Karnac, Pilé ni Abidos. Este no es el Nilo. He oído una balada inda, y el viaje ha sido un sueño.

—¡Pilé! ¡Karnac! Más bien debe pesarte no haber visto los Ramesidas de Simbele, que hacen elevar el pensamiento a Dios, Criador del cielo y de la tierra. O mejor, ¿por qué dolerte de ello? Vayamos al río, y si no puedo cantar (la egipcia sonrióse), porque he dicho que no cantaré, te puedo referir historias del Egipto.

—Prosigue, sí, hasta que raye el alba, y vuelva la noche, y salga el sol de un nuevo día —dijo Ben Hur con vehemencia.

—¿De qué quieres que te hable? ¿De los matemáticos?

—¡Oh, no!

—¿De los filósofos?

—No, no.

—¿De los magos y de los genios?

—¡Si así lo quieres!

—¿De guerra?

—Sí.

—¿De amor?

—Sí.

—Te hablaré de un remedio contra el amor. Es la historia de una reina. Escucha atenta y respetuosamente. El papiro, hoy día en poder de los sacerdotes de Pilé, fué encontrado en las mismas manos de la reina.

NE-NE-HOFRA

I

Las vidas humanas no corren paralelas. Ninguna vida recorre una línea recta. La existencia más perfecta se desarrolla como un círculo y termina donde empieza.

Las vidas perfectas son los tesoros de Dios; en los días de fiesta Dios las lleva en el anular de la mano izquierda, aquella que está próxima a su corazón.

II

Ne-Ne-Hofra moraba en una casa de Essuán, junto a la primera catarata, y el estrépito de la eterna batalla entre el río y las rocas resonaba como una música en sus oídos.

Su belleza aumentaba de día en día; así llegóse a decir de ella como de las adormideras que había en el jardín de su padre: “¿Qué sucederá en el tiempo de su florecencia?” Cada año de su vida era como el principio de una canción más deliciosa que la precedente.

Hija del Norte y del Sur, aquél le había infundido su ingenio; el último, sus pasiones; y cuando Bóreas y el Siroco la veían, rompían a reír diciendo: “¡Es nuestra!”

Todo cuanto hay de bello en la Naturaleza contri-

buía a aumentar su hermosura y regocijábale con su presencia. Cuando pasaba, las aves descendían a posarse sobre sus hombros, los céfiros le besaban el rostro, el cándido loto se erguía sobre su tallo para mirarla, el río solemne se detenía a su paso, las palmeras anunciábanla desde lejos meciendo sus frondosas comas, y los unos parecían decir: "Yo le dí mi gracia"; los otros: "Yo le dí mi pureza", y los otros: "Yo le dí mi hermosura".

A los doce años Ne-Ne-Hofra era la delicia de Essuán; a los dieciséis, la fama de su belleza se había extendido por el universo, y a los veinte, no pasaba día que no llegasen a su puerta príncipes del Desierto sobre rápidos camellos, y señores de Egipto en doradas galeras; y todos partíanse desolados, diciendo: "La hemos visto: no es una mujer, sino Ator en persona".

III

De los trescientos treinta sucesores del buen rey Manasés, dieciocho fueron etíopes, y Oretes el último de ellos. Tenía ciento diez años, y había ocupado el trono a los setenta y seis. Bajo su reinado, el pueblo vivió en prosperidad y la tierra fructificó en abundancia. Su virtud era la prudencia, porque habiendo visto tantas cosas podía conocerla bien. Vivía en Menfis, donde tenía sus palacios, sus arsenales y sus tesoros.

La esposa del buen rey murió. Este la amaba y la lloró amargamente, hasta que un sacerdote, revistiéndose de valor, le dijo:

—Oretes, yo me asombro de que un rey tan sabio y poderoso no sepa encontrar remedio para un mal como éste.

—Dime el remedio —repuso el rey.

El sacerdote besó la tierra por tres veces y contestó:

—En Essuán vive Ne-Ne-Hofra, hermosa como Ator. Mándala llamar. Ha rehusado la mano de príncipes y reyes; mas, ¿quién puede rehusar la de Oretes?

IV

Ne-Ne-Hofra descendió el Nilo en una galera de oro y de perlas, escoltada por una flotilla de embarcaciones multicolores. Toda la Nubia y el Egipto, millares de personas de las tierras de los Montes de la Luna se habían aglomerado en las riberas del río para ver el cortejo.

A través de un ejército de esfinges y de una doble hilera de leones alados, fué conducida ante el trono de Oretes. Éste la levantó, la hizo sentarse a su lado, ciñóla el brazo con el *ureus*, la besó y la hizo su reina.

Pero esto no bastaba al sabio Oretes. El quería amor, y quería que la reina fuera feliz con el suyo. Al efecto tratóla con la mayor dulzura, le mostró todos sus tesoros, ciudades, palacios, sus ejércitos y sus flotas: la condujo a través de subterráneos donde estaban amontonadas sus joyas, diciendo:

—¡Oh Ne-Ne-Hofra! Dame un beso de amor, y todo será tuyo.

Y ella, pensando que, si no le amaba aún, podría amarle con el tiempo, lo besó, no una, sino tres veces, a pesar de sus ciento diez años.

El primer año se deslizó felizmente y pareció asaz breve; el tercer año fué muy infeliz y le pareció asaz largo. Entonces comprendió Ne-Ne-Hofra que lo que ella creía amor por Oretes no era más que admiración por su poderío. La alegría se ausentó de su corazón, las lágrimas asomaban continuamente a sus ojos y las rosas de sus mejillas palidieron: languidecía y marchitábase lentamente. Unos decían que las Erinias la perseguían por su crueldad para con algún amante; otros, que estaba amenazada por la envidia de un dios, celoso de Oretes. Cualquiera que fuese la causa, todos los remedios de los astrólogos y de los magos resultaron inútiles. Ne-Ne-Hofra estaba condenada a morir.

Oretes eligió una cripta en la montaña donde estaban las tumbas de las reinas, y llamando a su presen-

cia a los primeros arquitectos de Menfis, les ordenó que construyeran un sepulcro que superase en magnificencia a los mausoleos reales.

—¡Oh reina mía, bellísima como Ator! —exclamaba el rey, en quien los ciento trece años no habían apagado las llamas del amor—. Dime, te lo ruego, qué mal es el tuyo. Yo veo cómo te mueres paulatinamente.

—¡Ah! Dejarías de amarme si te lo dijese —repuso ella temblando de miedo.

—¿Que no te amaría? He de amarte todavía más. Te lo juro por los genios de Amentes y por el ojo de Osiris. Habla —le dijo con la pasión de un amante, con la autoridad de un rey.

—Escucha, pues —contestó Ne-Ne-Hofra—. En una gruta próxima a Essuán vive un anacoreta, el más viejo y el más santo de su clase. Se llama Menofas y fué mi maestro y mi amigo. Oretes, mándalo llamar y él te dirá lo que saber deseas, ayudándote al mismo tiempo a encontrar remedio para mi mal.

Oretes se despidió lleno de gozo: le parecía tener cien años menos.

V

—¡Habla! —dijo Oretes a Menofas en el palacio de Menfis.

Y Menofas le dijo:

—Poderosísimo monarca, si tú fueses joven no te contestaría, porque todavía tengo apego a la vida. Así te diré que la reina, como todo mortal, paga la pena de un delito.

—¡De un delito! —rugió el rey.

Menofas se inclinó profundamente.

—Sí, un delito contra ella misma.

—No estoy de humor para descifrar enigmas.

—No es ningún enigma lo que digo. Ne-Ne-Hofra creció a mis ojos y me confiaba todas las particularidades de su vida. Ella amaba a un tal Barbec, hijo del jardinero de su padre.

La frente de Oretes se serenó.

—Con aquel amor en su corazón, oh rey, vino ella a tus brazos. Aquel amor es el que la lleva a la muerte.

—¿Dónde está el hijo del jardinero? —preguntó Oretes.

—En Essuán.

El rey salió y expidió dos órdenes. Dijo a un oficial:

—Ve a Essuán y tráeme un joven llamado Barbec. Lo hallarás en el jardín del padre de Ne-Ne-Hofra.

Y a otro oficial le dijo:

—Reune operarios, animales y útiles y constrúyeme en el lago Chemmis una isla con un templo, un palacio y un jardín lleno de flores y árboles, una isla que flote libremente a merced del viento. Constrúyela y haz que esté terminada para la próxima luna llena.

Después dijo a la reina:

—Regocíjate. Lo sé todo y he mandado llamar a Barbec.

Ne-Ne-Hofra le besó las manos.

—Será por espacio de un año completamente tuyo y nadie turbará allí vuestros amores.

Ne-Ne-Hofra besó los pies del rey; éste la levantó y le dió un beso. Las rosas volvieron a sus mejillas, la púrpura a sus labios, la risa a su corazón.

VI

Por espacio de un año Ne-Ne-Hofra y Barbec el jardinero paseáronse a merced de los céfiros por el azul lago de Chemmis. La isla era una maravilla, y por espacio de un año, un año entero, moraron en ella como en un paraíso, sin que les viera nadie. Después la reina regresó al palacio de Menfis.

—¿A quién amas tú más? —preguntóle el rey.

Ella le dió un beso en la mejilla y dijo:

—Vuelve a tomarme, oh buen rey; ya estoy curada.

Oretes se sonrió a pesar de su ciento catorce años.

—Menofas tenía razón —exclamó—. ¡Ah, ah! El remedio para el amor es el amor.

—Así es —repuso ella.

Mas de pronto la frente del monarca se arrugó y su voz se hizo terrible.

—No fué así para mi.

Ne-Ne-Hofra lo contempló aterrorizada.

—Mujer perversa —prosiguió—, tu ofensa a Oretes hombre la perdono, mas tu ofensa a Oretes rey ha de ser castigada.

Ella se arrojó a sus pies.

—¡Silencio! —dijo él—. ¡Estás muerta!

Batió palmas y una terrible procesión desfiló por su estancia, una procesión de *paraquistas* o embalsamadores, cada uno con un instrumento de su desagradable arte.

El rey les señaló a Ne-Ne-Hofra.

—Está muerta. Cumplid vuestro deber.

Transcurridos setenta y dos días, Ne-Ne-Hofra, hermosa como Ator, fué trasladada a la cripta para ella escogida el año anterior y puesta a dormir junto a sus reales compañeras. Mas ningún fúnebre cortejo atravesó en honor suyo el sagrado lago.

Al terminar el relato, Ben Hur hallábase sentado a los pies de la egipcia, y la mano con que ella guiaba el timón estaba prisionera entre las suyas.

—Menofas estaba equivocado —dijo él.

—¿Por qué?

—El amor vive amando.

—¿No hay, pues, remedio para él?

—Sí, Oretes lo encontró.

—¿Cuál?

—La muerte.

—Tú eres un buen oyente, hijo de Arrio.

Y así, hablando y refiriendo fábulas y cuentos, pasaron las horas. Cuando desembarcaron, díjole la egipcia:

—Mañana iremos a la ciudad.

—¿Y acudirás a los juegos? —preguntó Ben Hur.

—¡Oh, sí!

—Te enviaré mis colores.

Y así se separaron.



CAPITULO IV

Ilderim regresó al dovar al día siguiente, muy cerca de la hora tercera. Cuando se apeó, un hombre de su tribu se le acercó y le dijo:

—Oh jeque, me ha sido entregado este pliego con orden de ponerlo en tus manos y de que lo leas en seguida. Si hay contestación, yo esperaré lo que dispongas.

Ilderim abrió inmediatamente el pliego, cuyo sello había sido ya roto. Iba dirigido *A Valerio Grato, Cesarea*.

—¡Que Ababdón se lo lleve! —murmuró el jeque al ver que la carta estaba en latín.

Si hubiese estado escrita en griego o en árabe, no hubiera tenido ninguna dificultad para leerla. Lo único que pudo descifrar fué la firma, escrita en grandes caracteres romanos: MESSALA, que leyó guiñando el ojo.

—¿Dónde está el joven judío? —preguntó.

—En el campo con los caballos —repuso un doméstico.

El jeque, ocultando el pliego en su cinturón, volvió a montar a caballo. En aquel momento se presentó un forastero, procedente, al parecer, de la ciudad.

—Vengo en busca del jeque Ilderim, llamado el Generoso —dijo el forastero.

Su traje y su lengua decían claramente que era un romano.

Si Ilderim no sabía leer el latín, lo sabía hablar, sin embargo. Así repuso con dignidad:

—Yo soy el jeque Ilderim.

El forastero bajó los ojos, volvió a levantarlos, y dijo con estudiada humildad:

—He sabido que buscabais un auriga para los juegos.

El labio de Ilderim se contrajo desdeñosamente bajo los blancos bigotes.

—Sigue tu camino —contestó—. Ya tengo auriga.

Volvióse en actitud de partir; pero el forastero, titubeando, quiso seguir la conversación.

—Jequé, yo soy aficionadísimo a los caballos, y me han dicho que los vuestros eran los más hermosos del mundo.

El viejo había sido herido en su flaco; detuvo el caballo e iba casi a ceder a la adulación. Luego repuso:

—No, hoy no, hoy no. Te los mostraré en otra ocasión. Ahora estoy ocupadísimo.

Puso el caballo al trote, mientras el extranjero tomó lentamente el camino de la ciudad, sonriente como un hombre satisfecho de sí mismo. Había cumplido su comisión.

Y cada día, hasta el solemnísimo de los juegos, un hombre, alguna vez dos o tres, se presentaban al jeque en el Huerto de las Palmeras, con el pretexto de sollicitar el empleo de auriga.

De este medio se valía Messala para vigilar a Ben Hur.

CAPITULO V

El jeque esperó, muy satisfecho, a que Ben Hur concluyese sus ejercicios de la mañana.

—Esta tarde, oh jeque, podrás ya quedarte con Sirio —dijo Ben Hur acariciando el cuello del viejo caballo—, y me darás el carruaje en su lugar.

—¿Tan pronto? —preguntó Ilderim.

—Caballos como los tuyos sólo necesitan un día para adiestrarse: no tienen miedo, tienen la inteligencia de

un hombre y desean el ejercicio. Este (y sacudió las riendas sobre la espalda del más joven de los cuatro), al que tú llamaste Aldebarán, si mal no recuerdo, es el más veloz. En una vuelta al estadio avanzaría a los otros en tres veces la longitud de su cuerpo.

Ilderim se acarició la barba, relampagueándole los ojos.

—Aldebarán es el más veloz —dijo—. ¿Y el más tardo?

—Helo ahí —y Ben Hur sacudió las riendas sobre Antares—, Mas vencerá, porque, oh jeque, lo haré correr todo el día, y al tramontar el sol podrá llegar a su máxima velocidad.

—Tienes razón nuevamente —dijo Ilderim.

—Mas tengo una duda, oh jeque.

El jeque se puso serio.

—En su avidez por triunfar, un romano transige hasta con su honor. En sus juegos, en todos sus juegos practican una infinidad de astucias y engaños: en las carreras de coches, su mala fe no perdona a los caballos, ni al auriga, ni al dueño. Por esto, mi buen jeque, mira bien todo cuanto haces. Hasta que las carreras no estén terminadas, no dejes que ningún extraño se acerque a los caballos, y para más asegurarte, pon una guardia armada que vele por ellos noche y día. Entonces no tendré duda acerca del éxito de la lucha.

A la puerta de la tienda se apearon.

—Se hará cuanto tú dices. Por el esplendor de Dios, ninguna mano deberá acercarse a ellos, exceptuada la de los fieles. Esta misma noche pondré centinelas. Mas mira, hijo de Arrio (Ilderim sacó de su cinturón el pliego y lo desdobló lentamente, mientras tomaba asiento en el diván), mira, hijo de Arrio, y ayúdame con tu latín.

Y entregó a Ben Hur el despacho.

—Ten, lee, lee en voz alta, traduciendo las palabras en la lengua de tus padres. El latín es abominable.

Ben Hur estaba de buen humor y comenzó la lectura inmediatamente. "Messala a Grato". Se detuvo.

Tuvo como un presentimiento, y el corazón empezó a latirle con violencia. Su agitación no pasó inadvertida a Ilderim.

—Prosigue; estoy esperando.

Ben Hur excusóse y reanudó la lectura del papiro, que, como habrá adivinado el lector, era una copia de la carta con tanto cuidado enviada por Messala a Grato la mañana siguiente a la orgía palaciega.

Los primeros párrafos eran sólo notables en cuanto revelaban que el escritor no había perdido aquellas cualidades de burla y de ironía que adornaban su juvenil lenguaje. Mas cuando el lector llegó al pasaje dedicado a recordar a Grato la familia de los Hur, su voz se hizo trémula y dos veces tuvo que detenerse para tomar aliento. Haciendo un esfuerzo, prosiguió: "Recordaré además las disposiciones que tomaste para con los individuos de la familia Hur (aquí la voz del lector fué interrumpida por un sollozo), con el fin de que el silencio de la tumba nos asegurase el tranquilo goce de nuestras ganancias, y de que a la vez el remordimiento de haber vertido sangre no nos manchase la tierna conciencia".

Ben Hur no pudo proseguir. El papiro se desprendió de sus manos y cubrióse con ellas el semblante.

—¡Han muerto, han muerto! ¡Estoy solo en el mundo!

El jeque era mudo, pero sensible espectador de la amargura del joven. Levantóse y dijo:

—Hijo de Arrio, yo he de pedirte perdón. Lee tú solo la carta. Cuando te sientas con fuerzas para comunicarme su contenido, mándame llamar.

Y salió de la tienda. La delicada idea era digna de él.

Ben Hur se dejó caer sobre el diván y dió libre curso a su dolor. Cuando se hubo calmado algún tanto, recordando que no le era todavía conocido todo el texto de la carta, prosiguió su lectura: "Tú recordarás lo que hiciste de la madre y de la hermana del malhechor, y si ahora cedo a la curiosidad de saber si están vivas o muertas..." Ben Hur se estremeció, relejó las últi-

mas palabras, y dejó escapar una exclamación de alegría.

—¡Ignora si están muertas! No lo sabe —exclamó—. ¡Bendito sea el nombre del Señor! No he perdido la esperanza.

Dominado por este pensamiento, prosiguió hasta el final la lectura.

—No están muertas —dijo después de reflexionar breve rato—, no están muertas; de lo contrario, lo sabría.

Una segunda lectura, más atenta que la primera, le confirmó en esta opinión. Entonces mandó llamar al jeque.

—Cuando vine por vez primera a tu hospitalaria tienda, oh jeque —dijo sosegadamente así que el árabe se hubo acomodado en el diván y estuvieron solos—, yo no tenía intención de hablarte de mi vida, fuera de la parte necesaria para demostrarte mi destreza y experiencia en gobernar los caballos. No quise referirte mi historia. Pero la casualidad que ha hecho llegar esta carta a mis manos es tan rara, que siento la necesidad de revelártelo todo. Me anima en este propósito el hecho de que ambos estamos amenazados por el mismo enemigo, contra el cual es preciso que procedamos de acuerdo. Yo te leeré la carta y te daré la explicación, después de la cual comprenderás fácilmente el motivo de mi emoción. Si la consideraste debilidad o sentimentalismo infantil, sabrás reformar tu juicio y disculparme.

El jeque escuchó en absoluto silencio hasta que Ben Hur llegó al párrafo en que se hacía mención especial de su persona. “Ayer encontré al judío en el bosquecillo de Dafne, decía la carta, y si no está allí en este momento, está indudablemente en sus cercanías, por lo cual me será muy fácil vigilarlo. Y si quisieses saber en dónde se encuentra en este instante, apostararía que en el Huerto de las Palmeras”.

—¡Ah! —exclamó Ilderim, aferrándose la barba.

—“...en el Huerto de las Palmeras —repitió Ben

Hur—, bajo la tienda de aquel viejo traidor, el jeque Ilderim...”

—¡Traidor! ¿Yo? —gritó el viejo con voz estridente, mientras los labios y la barba le temblaban de ira y las venas de la frente y del cuello se le hinchaban como para reventar.

—Un momento, jeque —exclamó Ben Hur—. Esta es la opinión de Messala; escucha ahora su amenaza: “Bajo la tienda de aquel viejo traidor, el jeque Ilderim, que no tardará en caer en nuestras manos. No te sorprendas si Majencio, como medida preliminar, embarca al árabe en la primera galera que regrese, y lo manda a Roma”.

—¡A Roma! ¡A mí, a Ilderim, jefe de diez mil caballeros con lanzas, a mí a Roma!

Se puso en pie con las manos extendidas, los dedos abiertos convulsivamente y los ojos brillantes como los de una serpiente.

—¡Oh Dios! No; por todos los dioses, exceptuados los de Roma, ¿cuándo se pondrá fin a tanta insolencia? Hombre libre soy; pueblo libre es mi pueblo. ¿Hemos de morir esclavos, o peor, ha de ser mi vida la del perro que se arrastra a los pies de su dueño? ¿Esto que es mío ya no es mío? ¿Por el aire que respiro, he de depender de Roma? ¡Oh! ¡Si pudiese volver a mi juventud! ¡Oh, si pudiese sacudir de mis espaldas veinte años, o diez, o cinco!

Apretó los dientes y agitó los brazos sobre su cabeza; después, bajo el impulso de una nueva idea, adelantó dos pasos hacia Ben Hur y le aferró con vehemencia el brazo.

—Si yo fuese como tú, hijo de Arrio, joven, fuerte, diestro en las armas; si tuviese una desgracia como la tuya que me impulsase a la venganza, una injuria tal que sacrificase el odio, ¡fuera máscaras, hijo de Hur! ¡Hijo de Hur, yo digo!...

A este nombre la sangre de Ben Hur casi se paralizó en sus venas; asombrado, confuso, fijó sus ojos en

los del árabe, que le miraban de cerca, animados de una llama salvaje.

—Hijo de Hur, yo digo, si yo fuese como tú, con tus afrentas, con tus recuerdos, no tendría, no podría tener tranquilidad. Añadiría a mis sufrimientos los del mundo, y me consagraría a la venganza. Por mar y por tierra, en todos los países predicaría la rebelión contra el romano. Cada guerra de independencia me encontraría entre sus combatientes, y en cada batalla contra Roma haría fulgurar mi espada. Me haría partho, a falta de cosa mejor. Y si los hombres no me secundasen, no interrumpiría, no, mis esfuerzos. ¡Por el esplendor de Dios! Habitaría entre los lobos, entre los tigres, entre los leones, con esperanza de azuzarlos contra el común enemigo. Todas las armas serían lícitas, toda muerte justificada, mientras fuesen romanas las víctimas. ¡A las llamas todo cuanto es romano! De noche suplicaría a los dioses, lo mismo a los buenos que a los malos, que me prestasen sus terrores, sus tempestades, sus carestías, el frío, el calor y todos los innumerables venenos que dejan en libertad por el aire, y todo, todo lo arrojaría sobre la cabeza de los romanos. ¡Oh, yo no podría dormir! Yo, yo...

El jeque se detuvo por falta de aliento y permaneció mudo, jadeante, pálido, con los puños cerrados.

De todo su apasionado arranque de ira, Ben Hur retuvo solamente una vaga impresión de ojos fulgurantes, de voz estridente, de una cólera sobrado intensa para ser expresada coherentemente con palabras. Por vez primera después de ocho años el desdichado joven había sido llamado por su verdadero nombre. Un hombre, cuando menos, le conocía, y le reconocía sin pedirle pruebas, ¡y éste era un árabe del Desierto! ¿Cómo había llegado a este conocimiento? ¿Por la carta? No. La carta hablaba de las crueldades infligidas a su familia, refería la historia de los propios sufrimientos, pero no decía que fuese la víctima providencialmente salvada de la ira romana. Esto era lo que hubiera querido explicar al jeque después de terminada la

lectura. La alegría y la esperanza brotaron en su pecho, y con calma forzada preguntó:

—Dime, buen jeque, ¿cómo has venido en posesión de esta carta?

—Mis gentes custodian los caminos que conducen a la ciudad —repuso Ilderim bruscamente—. La arrebaron a un correo.

—¿Saben que esas gentes son tuyas?

—No. A los ojos del público pasan por ladrones, a quienes tengo el deber de coger y castigar.

—Otra pregunta, jeque. Tú me llamaste hijo de Hur, el nombre de mi padre. Yo creía ser desconocido a todos. ¿Cómo has sabido mi nombre?

Ilderim titubeó; después, cobrando ánimo, repuso:

—Yo te conozco; mas no tengo permiso para decirte más.

—¿Alguien te tiene bajo su dominio?

El jeque calló e hizo ademán de marcharse; pero observando la ansiedad de Ben Hur, retrocedió y dijo:

—No hablemos más de ello por ahora. Me voy a la ciudad; cuando regrese te hablaré con toda libertad. Dame la carta.

Ilderim recogió cuidadosamente los papeles y los metió en su bolsa.

—¿Qué me dices —preguntó con energía— de lo que te he propuesto? Yo te he expuesto lo que haría en tu lugar, y tú nada has contestado todavía.

—Quería contestarte, oh jeque, y te contestaré.

El semblante de Ben Hur se contrajo como bajo el esfuerzo de una voluntad imperiosa.

—Todo cuanto has dicho haré, por lo menos todo cuanto es humanamente posible. Yo he consagrado mi vida a la venganza. Este ha sido mi único pensamiento por espacio de cinco años. Sin tregua, sin reposo, despreciando los atractivos de Roma y las tentaciones de la juventud, he empleado todas las fuerzas de mi ánimo en este único objeto. Mi educación tuvo por única meta la venganza. Yo he tenido los más famosos maestros; mas ¡ay! no los de retórica o filosofía. No tenía

tiempo para estos. Las artes esenciales al hombre de armas eran mi ocupación; viví con gladiadores y con vendedores del circo y con los centuriones en los campamentos romanos, y todos se mostraron orgullosos de tenerme por discípulo. Oh jeque, yo soy un soldado; pero para realizar los sueños que alimentaba tenía necesidad de ser un general. Con este intento me he juntado a la expedición contra los parthos; cuando ésta haya terminado, entonces, si el Señor me da fuerza y vida (y apretó los puños, expresándose con vehemencia), entonces, cuando seré un enemigo perfeccionado en la escuela de Roma, Roma deberá pagarme todas todas mis desgracias con la sangre de sus hijos. Esta es mi respuesta, oh jeque.

Ilderim le echó los brazos al cuello y lo besó, diciendo en voz baja, casi cortada por la emoción:

—Si tu Dios no te protege, entonces, hijo de Hur, será señal de que ya ha muerto. Oye lo que te prometo, lo que te juro, si tú quieres. Yo mismo y todo cuanto poseo, hombres, caballos, camellos, y hasta el Desierto, están a tu disposición para disponerte a la lucha. ¡Te lo juro! Y basta por ahora. Me verás o sabrás de mí antes de la noche.

Y volviéndose bruscamente, salió de la tienda para tomar al poco rato, montado en su caballo, el camino de la ciudad.

CAPITULO VI

La carta interceptada era por varias razones importantísima para Ben Hur. Era un testimonio de que su autor había sido cómplice en las desgracias de su familia, de que había sancionado el plan propuesto por Valerio Grato a este objeto, de que había recibido parte de los bienes confiscados, de que disfrutaba aún en aquel momento; de que temía la inesperada aparición de aquel a quien llamaba el principal malhechor, y en

la cual veía una amenaza para su propia seguridad y para la de Grato, y, en fin, de que estaba dispuesto a secundar cualquier otro plan que el fecundo cerebro del procurador de Judea supiese tramar para quitar de en medio al común enemigo.

En especial esta última consideración, el aviso de un próximo peligro dió mucho que pensar a Ben Hur, que había quedado solo en la tienda después de la partida de Ilderim. Sus adversarios eran personas poderosas y astutas. Si ellos le temían, él tenía mayor motivo para temerlos. Procuró aclarar bien la situación y reflexionar de qué modo el odio de aquéllos podría manifestarse; pero sus pensamientos eran constantemente turbados por la visión de la madre y de la hermana. Poco importaba que el fundamento de esta persuasión suya fuese débil, si descansaba enteramente en el hecho de que Messala no tenía noticia de su muerte: la alegría que experimentaba sofocaba toda duda. Por fin había encontrado una persona que sabía en dónde estaban ocultas, y en la exaltación del momento, su hallazgo le parecía ya inminente, un suceso de próxima realización. En medio de estos pensamientos y sentimientos creía, con cierta especie de mística certeza, que Dios iba a escogerlo para el cumplimiento de una gran misión.

Por lo demás, recordando las palabras de Ilderim, maravillábase de dónde el árabe hubiese podido sacar las noticias acerca de su historia; no de Malluch, ciertamente; tampoco de Simónides, cuyo interés estaba, por el contrario, en ocultarlo todo. ¿Messala? La idea era ridícula. Toda conjetura le llevaba al mismo resultado negativo. "Menos mal", pensaba Ben Hur, consolándose de que la fuente de donde el jeque había aprendido su nombre y las vicisitudes de su vida no podía ser más que un amigo, que algún día se presentaría. "Un poco de paciencia, un poco de espera." Quizá la ida del jeque a la ciudad tenía relación con el asunto: era posible que la carta favoreciera una revelación completa. Y paciente se hubiera mostrado si hubiese podido tener la segu-

ridad de que Tirzah y su madre le esperaban en circunstancias tales que les permitiera tener las mismas esperanzas que él tenía, en otras palabras: si la conciencia no le punzase con mil acusaciones por su inactividad.

Para huir de estos remordimientos fuese a pasear bajo los árboles del huerto, ora deteniéndose a contemplar a los recolectores de dátiles, ora a seguir el vuelo de los pájaros que iban a ocultarse entre el follaje de las palmeras, ora el curso de los enjambres de abejas que rumorosas circundaban los arbustos florecientes y cargados de bayas.

Paso a paso llegó a las orillas del lago. Sus límpidas aguas, apenas rizadas por el viento, que acudían con sumiso murmullo a besar voluptuosamente las riberas, le recordaban la imagen de la egipcia y su maravillosa belleza, y el recuerdo de aquella noche, endulzada por sus palabras y sus cantos, le llenaban el corazón de suavidad infinita. Pensaba en la fascinación de sus movimientos, en la armonía de su risa, en sus lisonjas y en sus arrumacos, en el muelle tacto de su pequeña mano que apretaba la suya contra el mango del timón. De ella su pensamiento volaba a Baltasar y a su milagroso relato, y de éste al Rey de los judíos, que el santo hombre con tan profunda convicción creía vivo y suponía próximo. Y aquí su imaginación se detuvo, indagando el misterio de aquel extraño personaje y sacando de sus reflexiones la satisfacción de que iba en su busca.

Nada es más fácil que la refutación de un pensamiento contrario a nuestros deseos, y Ben Hur refutó enérgicamente la definición que Baltasar había dado del futuro reino. El concepto de un reino espiritual, si no era intolerable a las doctrinas saduceas de que estaba saturado, parecíale una deducción sacada de las profundidades de una fe sobrado abstracta y soñadora. Un reino de la Judea, ¡oh, sí!, esto era más comprensible; semejante reino había existido, y por la misma razón podía volver. Y su orgullo se satisfacía al pensar en un reino nuevo más vasto en sus dominios, más rico y más espléndido que el antiguo; un Rey bajo el cual él encontraría servi-

cio y venganza. En este estado de ánimo regresó al *dovar*.

Terminada la colación, para esperar la tarde, Ben Hur hizo conducir delante de la tienda el carruaje, del que quiso hacer un atento examen. Esta palabra sólo expresa pobremente el interés y el cuidado que dedicó a la observación de los más mínimos detalles del vehículo. Con satisfacción, que parecerá después más comprensible, vió que era de tipo griego, a su entender, preferible al romano. Su anchura era mayor en el espacio que medía de rueda a rueda, más bajo su eje y más pesado; pero la desventaja del mayor peso sería compensada por la resistencia de sus árabes. Por lo general, los constructores de coches en Roma fabricaban solamente vehículos para carreras, sacrificando la seguridad a la ligereza, y la resistencia a la gracia; mientras que los carros de Aquiles y del *Rey de los hombres, designados para la guerra y sus peligros*, eran aún los modelos preferidos en los juegos ístmicos y de Olimpia.

Después enganchó los caballos y los guió al campo de los ejercicios, donde los tuvo por espacio de varias horas bajo el yugó, obligándolos a todo género de evoluciones. Cuando regresó al *dovar* así que anochecía, su ánimo estaba más tranquilo y había decidido aplazar toda medida contra Messala hasta el día de las carreras. El placer de medirse con su enemigo en presencia de todo el Oriente era una fruición de que no sabía privarse. Su confianza en la propia habilidad y en el resultado final era absoluta. En cuanto a los caballos, ellos serían sus compañeros en la gloriosa empresa.

—¡Que se prepare! ¡Que vigile! ¿No es verdad, Antares, Aldebarán? ¿No es cierto, Rigel, mi buen caballo? ¿Y a ti, Altahir, rey de los corceles, no deberá temerte? ¡Magníficos! ¡Magníficos!

Así hablaba a los caballos en los intervalos de reposo, yendo del uno al otro y acariciándoles la cabeza.

Ya anochecido, Ben Hur estaba sentado a la puerta de la tienda, esperando a Ilderim, que no había regre-

sado aún de la ciudad. No sentía impaciencia, ni duda, ni temor. El jeque le había avisado. Por el contrario, fuese que estaba satisfecho del buen comportamiento de los caballos, o el suave descanso que sucede a un día fatigoso, o la cena, a que había hecho largo honor, o la reacción que por una próspera ley de la naturaleza sigue siempre a la depresión y a la tristeza, el joven estaba de buen humor y casi alegre. Parecíale que la Providencia lo había tomado bajo su especial protección.

Por fin oyóse el galopar de un caballo, y Malluch se apeó enfrente de la tienda.

—Hijo de Arrio —exclamó después de haber cambiado los usuales saludos—, el jeque Ilderim te suplica que tomes un caballo y me sigas a la ciudad inmediatamente.

Ben Hur, sin hacer pregunta alguna, entró en el recinto en donde pensaban los caballos. Aldebarán se le acercó como ofreciéndole sus servicios. El lo acarició afectuosamente, pero pasó a escoger otro, aunque no de los cuatro, pues eran sagrados para las carreras.

En breve tiempo los dos jinetes recorrieron silenciosamente el camino que les separaba de Antioquía. Antes de llegar al puente de Seleucia atravesaron el río en una barca y penetraron en la ciudad por el lado occidental. El camino era más largo, pero Ben Hur no hizo la menor observación, pues pensó que sería una precaución necesaria.

Cruzaron el muelle de Simónides, y frente a la puerta del gran almacén Malluch detuvo su caballo.

—Hemos llegado —dijo—. Apéate. ✓

Ben Hur reconoció aquel sitio.

—¿Dónde está el jeque?

—Ven conmigo. Te llevaré a su presencia.

Un criado se hizo cargo de los caballos, y antes casi de que Ben Hur se diese claramente cuenta de cuanto sucedía, encontróse de nuevo ante la puerta del pabellón de la terraza, y oyó una voz que dijo:

—Entrad, en nombre del Señor.

CAPITULO VII

Malluch se detuvo a la puerta, Ben Hur penetró en la estancia, que era la misma en que por primera vez había visto a Simónides. Nada había cambiado en ella aparentemente, fuera de que junto al sillón del anciano se había colocado un gran candelabro de bronce con muchos brazos, de los que pendían numerosas lámparas de plata, todas encendidas. La luz era clara e iluminaba los tableros de las paredes, la dorada cornisa y la bóveda de rosada mica.

Ben Hur dió dos pasos y se detuvo. Tres personas había allí presentes, contemplándole: Simónides, Ildeirim y Ester. Miró a los tres consecutivamente, como buscando contestación a una pregunta medio formulada en su cerebro: "¿Qué querrán de mí los tres?" A la que siguió esta otra: "¿Son amigos o enemigos?"

Finalmente, sus ojos se posaron en Ester. Los dos hombres le habían contestado con expresión bondadosa, pero lo que leyó en el semblante de la doncella era algo más espiritual que, aun cuando escapase a toda definición, penetró profundamente en su ánimo. Tuvo por un instante la visión de otro rostro, el de la egipcia; pero se disipó súbitamente.

—Hijo de Hur.

Ben Hur volvióse bruscamente hacia quien así le llamaba.

—Hijo de Hur —repitió el mercader silabeando con énfasis solemne las palabras, como para imprimirle bien en la mente todo el significado del apóstrofe—. La paz del Señor, Dios de nuestros padres, sea contigo. Acéptala de mí y de mis hijos.

El anciano estaba sentado en su poltrona, y Ben Hur olvidó por un instante sus deformes miembros para no ver más que su cabeza majestuosa, su rostro pálido, su aire imperioso y sus ojos negros y brillantes. Después de cruzar los brazos sobre el pecho, el anciano se incli-

nó. Su actitud, relacionada con su saludo, no podía ser comprendida, y no lo fué.

—Simónides —repuso Ben Hur conmovido—; la paz que tú me ofreces yo la acepto. Como un hijo a su padre te la devuelvo. Sentiría que hubiera entre nosotros alguna mala inteligencia.

Así, con delicadeza, procuró eludir la sumisión del mercader, y a la relación entre el señor y el siervo quiso substituir un vínculo más elevado y más santo.

Simónides dejó caer los brazos, y volviéndose a Ester, dijo:

—Una silla para el señor, hija mía.

Esta se apresuró a acercarla y permaneció de pie, con las mejillas cubiertas por el rubor, mirando ya al uno, ya al otro, de Ben Hur a Simónides, de Simónides a Ben Hur. Después de breve pausa, Ben Hur tomó de sus manos la silla, y acercándola al sillón del mercader, dijo:

—Me sentaré aquí.

Sus ojos se encontraron con los de la doncella por espacio de un segundo. Este breve instante bastó para que la doncella comprendiese que Ben Hur no ignoraba cuánta era su gratitud, y Ben Hur que ella hacía justicia a su clemencia y a su generosidad.

Simónides se inclinó y exclamó, exhalando un suspiro de alivio:

—Ester, hija mía, tráeme los documentos.

La doncella se dirigió a un armario disimulado en la pared, lo abrió y sacó un rollo de papiros, que entregó a su padre.

—Tuviste razón en decir, hijo de Hur —empezó Simónides, desdoblando las hojas—, que evitásemos una mala inteligencia. En previsión de esta pregunta, que yo te habría hecho espontáneamente si tú no te hubieras anticipado, he preparado algunas notas que aclaran la situación. Dos son los puntos que necesitan ser explicados: la propiedad, primero, y después nuestras relaciones. La exposición es clara respecto de ambas ¿Quieres leerla?

Ben Hur tendió la mano para tomar los documentos, mas no sin dirigir una mirada a Ilderim.

—No —dijo Simónides—; la presencia del jeque no es óbice para la lectura; las cuentas que encontrarás tienen necesidad de un testigo. Al pie de ellas verás el nombre de Ilderim. El está al corriente de todo y es amigo tuyo. Todo cuanto ha sido para mí, lo será para ti también.

Simónides miró al árabe con una sonrisa, a la que éste correspondió con una inclinación de cabeza, exclamando:

—Tú lo has dicho.

Ben Hur repuso:

—Ya he recibido yo otras pruebas de su amistad, y me tocaría a mí mostrarme digno de ella.

Y añadió en seguida:

—Más tarde, oh Simónides, leeré con detención estos documentos; por ahora vuelve a tomarlos, y si no te es enojoso, exponme brevemente su contenido.

Simónides admitió el rollo.

—Ester, ponte aquí a mi lado y ve tomando los papiros a medida que te los entregue.

La doncella se colocó junto a la poltrona, apoyando ligeramente su mano derecha sobre la espalda del anciano. Formaban así un solo grupo, y cuando él hablaba, parecía que la rendición de cuentas procedía de entrambos.

—Este —exclamó Simónides desdoblado el primer documento— contiene la relación de las sumas que yo tuve de tu padre y que salvé de la confiscación romana. No eran bienes, solamente dinero, y aun de éste se hubieran apoderado los ladrones si no fuera que, según las costumbres hebreas, se encontraba bajo la forma de letras de cambio sobre los mercados de Rôma, Alejandría, Damasco, Cartago, Valencia y otras ciudades menores. La suma salvada de este modo ascendía a ciento veinte talentos hebraicos.

Entregó el documento a Ester y desdobló el segundo.

—Yo me encargué de esta suma. Ahora escucha mis

créditos. Verás cómo con esta palabra sólo quiero significar las ganancias obtenidas con aquella suma.

De varias hojas fué leyendo las siguientes cifras, que transcribimos omitiendo las fracciones:

CREDITOS

Naves	60 talentos.
Mercancías en almacén.....	110 "
Cargas de tránsito.....	35 "
Camellos, caballos, etc.....	20 "
Almacenes	10 "
Letras de cambio.....	64 "
Dinero contante.....	254 "
 TOTAL	 553 talentos.

—Añade a éstos y a los 553 talentos ganados el capital originario recibido de tu padre, y tendrás 673 talentos, todos tuyos, que te hacen, oh hijo de Hur, el súbdito más rico de la tierra.

Y tomando los papiros de las manos de Ester, entrególos, excepto uno, a Ben Hur.

El orgullo que se transparentaba en su ademán nada tenía de ofensivo; podía derivar del sentimiento del propio deber bien cumplido, o referirse únicamente a Ben Hur.

—Y ahora nada hay —añadió bajando la voz, pero no la mirada—, nada hay que no puedas hacer.

El momento era solemne. Simónides volvió a cruzar los brazos sobre el pecho. Ester estaba ansiosa. Ilderim se acariciaba la barba nerviosamente. Una fortuna que llegue de improviso es la prueba de fuego del carácter humano.

Tomando el rollo, Ben Hur levantóse, luchando con la propia emoción.

—Todo esto es como una luz celeste enviada para disipar las tinieblas de una noche que yo creía que había de ser eterna: tan larga era y tan huérfana de toda es-

peranza —dijo con voz ronca—. Yo doy gracias al Señor, que no me ha abandonado, y después a ti, oh Simónides; tu fidelidad me es compensación de la crueldad de los demás y reivindica la naturaleza humana. “Nada hay que no pueda hacer”. Pues sea: tú me eres testigo, jeque Ilderim. Escucha bien mis palabras y recuérdalas; y tú también, Ester, ángel bueno de ese buen hombre, escúchame.

Tendió la mano con el rollo a Simónides.

—Todo lo que estos documentos contienen, naves, casas, mercancías, camellos, caballos, dinero, todo te lo restituyo, oh Simónides, confirmándolo a ti y a los tuyos para siempre.

Ester lloraba a la vez que sonreía; Ilderim aferró con ambas manos su barba, mientras los ojos le brillaban como carbunclos; Simónides solamente permanecía tranquilo.

—Confirmándolo a ti y a los tuyos para siempre —prosiguió Ben Hur—, con una excepción y con un pacto.

Sus oyentes detuvieron la respiración para escuchar mejor sus palabras.

—Tú deberás restituirme los 120 talentos que pertenecían a mi padre.

El semblante de Ilderim se serenó.

—Y deberás ayudarme con todas tus fuerzas y con todos tus bienes a buscar a mi madre y a mi hermana.

Simónides estaba conmovido. Cogiéndole de la mano, le dijo:

—Reconozco el espíritu que te anima, oh hijo de Hur, y agradezco al Señor que me haya enviado un hombre como tú. Como serví a tu padre, seguiré sirviéndote; pero no puedo aceptar tus generosas proposiciones.

Desdoblando la última hoja, prosiguió:

—Aún no lo has visto todo. Toma esto y lee, lee en voz alta.

Ben Hur tomó la hoja y leyó:

“Enumeración de los esclavos de Hur, hecha por Simónides, su administrador:

”1. Amrah, egipcia, custodia del palacio en Jerusalén.

”2. Simónides, administrador en Antioquía.

”3. Ester, hija de Simónides.”

En cuantas reflexiones había hecho acerca de Simónides, nunca, ni remotamente, había pensado Ben Hur que, según la ley, los hijos han de seguir la condición de los padres. En todas sus visiones, la suave persona de Ester figuraba como una rival de la egipcia, objeto de su afecto y quizá de su amor. La revelación que acababa de hacersele inspiró en él una extraña repugnancia, y al ver que la doncella se ruborizaba y bajaba los ojos mientras él arrollaba de nuevo el papiro, exclamó:

—Un hombre con seiscientos talentos es verdaderamente rico y puede hacer lo que le plazca; pero más preciosos que el dinero, más preciosos que los bienes, son la inteligencia que ha sabido acumular aquella riqueza, y el corazón que en medio de ella no se ha dejado corromper. ¡Oh Simónides, y tú, Ester, no temáis! El jeque Ilderim atestiguará que desde este momento os declaro libres y que confirmaré vuestra libertad con una escritura. ¿Os basta esto?

—Hijo de Hur —replicó Simónides—, tú haces dulce la misma esclavitud. O yo me engaño, o tú no puedes ni con todas tus riquezas devolvernos la libertad. Yo soy tu esclavo porque espontáneamente me dejé horadar la oreja con la lezna por la mano de tu padre, y la cicatriz permanece todavía.

—¿Y mi padre hizo eso?

—No le vituperes —se apresuró a decir Simónides—. El me aceptó por esclavo de esta categoría, porque yo le supliqué que lo hiciera. Jamás me he arrepentido de ello. Fué éste el precio que pagué por Raquel, la madre de mi hija; porque Raquel no hubiera querido ser mi mujer si yo no hubiese consentido esclavizarme como ella.

—¿Raquel era esclava perpetua?

—Sí.

Ben Hur recorría nerviosamente la estancia; estaba contristado por no poder realizar su deseo.

—Yo era rico —dijo deteniéndose de pronto—, rico por las donaciones del generoso duunviro; ahora me toca esta fortuna colosal y aquel que la ha sabido acumular. ¿No hay el dedo de Dios en todo esto? Aconséjame, oh Simónides. Ayúdame a descubrir la verdad. Haz que yo me haga digno de mi nombre, y si tú eres mi esclavo según la ley, yo lo seré tuyo de hecho. Habla.

El semblante de Simónides irradiaba.

—¡Oh hijo de mi difunto señor! Yo haré más que ayudarte; yo pondré a tu servicio todo el vigor de mi inteligencia y de mi corazón. Mi cuerpo no sirve ya para nada; pero con el corazón y con la inteligencia te serviré. ¡Lo juro por el altar de nuestro Dios! Dígnate solamente confirmarme en el cargo que hasta ahora he ejercido.

—¿Qué cargo?

—Administrador de tus bienes.

—Lo eres desde este instante; ¿quieres que te lo ratifique por escrito?

—Tu palabra me basta, como me bastó la de tu padre. Y tú, hija de Raquel, habla —añadió Simónides, cogiendo la mano que Ester pasaba sobre su espalda.

Después de un instante de confusión, la doncella se dirigió a Ben Hur, y con gracia y dignidad sorprendentes le dijo:

—Yo no soy distinta de mi madre, y pues ya está muerta, deja, oh señor, que siga en el cuidado de mi padre.

Ben Hur, tomándole la mano, la acompañó hasta la poltrona.

—Sé una buena hija —dijo—. Hágase tu voluntad.

La doncella ciñó de nuevo el cuello de su padre, y durante un rato reinó en aquella estancia el silencio.

CAPITULO VIII

Simónides levantó la cabeza.

—Ester —exclamó dulcemente—, la noche avanza: tráenos de beber, a fin de que lo que nos queda aún por decir no nos cause fatiga.

La doncella tocó la campanilla. Un doméstico entró con pan y vino.

—Un punto oscuro existe todavía que hemos de aclarar, mi buen señor —dijo Simónides—. En lo sucesivo nuestras vidas deberán correr juntamente como dos ríos que han juntado sus aguas y se dirigen al mismo mar. Es mejor que disipemos toda nube. Cuando te marchaste de mi casa el otro día, tú creíste que yo te había negado todos los derechos que ahora en toda su amplitud te reconozco. Pero no fué así. Ester puede atestiguar que te reconocí, y que no te perdí de vista te lo puede decir Malluch. Quien...

—¡Malluch! —exclamó Ben Hur.

—Quien está como yo clavado en una poltrona, tiene que servirse de muchas manos si quiere mover el mundo de que está separado por tan cruel barrera. Yo tengo muchas manos de esas, y Malluch es una de las mejores. Y alguna vez (y dirigió una mirada de gratitud al jeque), alguna vez me dirijo a otros corazones generosos, como Ilderim, animoso y bueno. El te dirá si yo te he repudiado u olvidado.

Ben Hur miró al árabe.

—¿Este es aquel que te ha hablado de mí, Ilderim?

Ilderim hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Cómo puede conocerse sin una prueba, oh mi señor —prosiguió Simónides—, lo que es un hombre? Yo te reconocí por la semejanza con tu padre; pero no conocía tu índole ni tus costumbres. Hay gentes para quienes las riquezas son una maldición. ¿Eras tú uno de estos seres? Yo envié a Malluch para comprobarlo, y

por sus ojos ví y oí por sus oídos. No le injuríes: sólo me ha hablado bien de tí.

—No le critico —dijo Ben Hur cordialmente—; yo sólo apruebo tu prudencia.

—Tus palabras me placen —continuó el mercader—, me placen sobremanera. Mi temor de una mala inteligencia se ha desvanecido. Y ahora los ríos corran por su lecho en la dirección que Dios indicará.

Después de una breve pausa, añadió:

—Como el tejedor, sentado al telar, ve correr veloces las lanzaderas y crecer la tela bajo su mirada, y cubrirse de figuras y de arabescos, mientras él acaricia fúlgidos ensueños para el porvenir, así en mis manos se acumulaba el dinero, y yo me asombraba de esta prosperidad, y a menudo me preguntaba a qué sería debida. Yo veía que una mano que no era la mía encaminaba todos mis negocios. El simoún, que sepultaba las caravanas de los demás en el Desierto, respetaba las mías; las tempestades, que llenaban los mares de naufragos y arrojaban los restos a las playas, aceleraban el curso de mis naves. Y lo que es todavía más extraño, yo, tan dependiente de todo el mundo, inmóvil en mi silla como una cosa muerta, no he sido estafado jamás por ninguno de mis agentes. Los elementos están sujetos a mi servicio, y todos mis siervos me han sido fieles.

—Es verdaderamente extraño —exclamó Ben Hur.

—Esto me dije, hasta venir, oh señor, a tu misma conclusión: que era un designio de Dios, y como tú, me pregunté: ¿cuál será su objeto? La inteligencia divina no se mueve sino con un intento. Y durante todos estos años me he repetido la misma pregunta, aguardando una respuesta que sabía que Dios había de darme algún día. He aquí llegado el momento.

Ben Hur escuchaba con atención creciente.

—Hace ya muchos años, yo estaba sentado con tu madre, oh Ester, en el camino que llega a Jerusalén por Oriente, junto a las tumbas de los reyes, cuando tres hombres, montados sobre grandes camellos blancos y nunca vistos en la ciudad santa, pasaron por delante de

mí. Eran extranjeros y venían de apartadas regiones. El primero se detuvo y me dijo: "¿Dónde está Aquel que ha nacido Rey de los judíos?" Y como para calmar mi curiosidad, prosiguió: "Nosotros hemos visto su estrella en Oriente, y hemos venido para adorarle." Y no sabía qué responderles, pero les acompañé hasta las puertas de Jerusalén, donde repitieron la misma pregunta a los guardias. Todos cuantos la oyeron quedaron asombrados y creyeron que se trataba del esperado Mesías. Con el tiempo olvidé estas circunstancias, que ahora me han venido nuevamente a la memoria. ¿Has visto a Baltasar?

—Sí, y he oído su relato —contestó Ben Hur.

—¡Un milagro! ¡Un verdadero milagro! —exclamó Simónides—. Cuando él me lo refirió parecióme escuchar la respuesta por tantos años esperada. La idea de Dios apareció claramente ante mis ojos. El Rey que vendrá será pobre, pobre y sin amigos, sin séquito, sin ejército, sin flotas, sin ciudades ni plazas fuertes. Tendrá que formar su reino, y Roma será destruída y raída de la haz de la tierra. ¡Mira, oh señor, mira! Tú lleno de fuerza, tú adiestrado en las armas, tú rico, ¡qué oportunidad te ofrece el Señor! ¿No aprovecharás la ocasión y no harás tuyo este deber? ¿Qué gloria más perfecta podrá apetecer un hombre?

Simónides había pronunciado este llamamiento con toda su alma.

—¡Y el reino, y el reino! —contestó Ben Hur—. Baltasar dice que solamente será el reino de las almas.

El orgullo judío estaba aún arraigado en Simónides, que con un ligero tono de desprecio replicó:

—Baltasar ha sido testigo de cosas maravillosas, oh señor, de milagros; y cuando él los refiere, mi fe se inclina ante él, porque él los ha visto y oído. Mas por otro lado, él es hijo de Mizraim, aun cuando no sea un prosélito. No es, pues, creíble que posea conocimientos capaces de obligarnos a creer ciegamente todo cuanto se refiera a los intentos de Dios para con Israel. Los profetas, como él, recibían la luz directamente del cielo;

ellos son muchos, y él es solo. Yo debo creer a los profetas. Ester, tráeme la Torah.

Después prosiguió, sin esperarla:

—¿Se puede rechazar el testimonio de todo un pueblo, oh señor? Desde Tiro, en el Norte, hasta la capital de Edom, en el extremo Sur, no encontrarás un pastor o un mendigo que no te diga que el reino del que ha de venir será como el de David o el de Salomón.

En esto volvió a entrar Ester, trayendo un montón de rollos encerrados en estuches adornados de arabescos y con extrañas letras de oro.

Simónides los recibió y los ordenó encima de una mesa. Desdoblado ya uno, ya otro de los viejos papiros, consolidó su argumentación con copiosas citas, de que nosotros, para abreviar, haremos gracia al lector. Del libro de Enoch a los Salmos de David, de las profecías de Ezra, de Jeremías y de Daniel, claras como tañidos de trompeta, salían las palabras anunciadoras del reino del Rey que había de venir, de su gloria, de su triunfo.

Ben Hur inclinó la frente conmovido y exclamó:

—¡Yo creo! ¡Yo creo!

—Entonces —dijo Simónides—, si el Rey ha de ser pobre, ¿no lo ayudará mi señor con las riquezas que posee abundantemente?

—¿Ayudarlo? Hasta mi último siclo y mi último suspiro. Mas, ¿por qué crees que vendrá pobre?

—Escucha la palabra del Señor, tal como la entendió Zacarías. Mira cómo entrará el Rey en Jerusalén.

Y leyó.

“Alegraté, oh hija de Sión. Mira a tu rey que viene con la justicia y con la salvación, humildemente, montado en un asno.”

Ben Hur movió la cabeza y miró a lo lejos.

—¿Qué ves allí, oh señor?

—¡Roma! —dijo tristemente—. ¡Roma y sus legiones! He vivido con ellas en sus campamentos y las conozco.

—¡Ah! —exclamó Simónides—. Tú conducirás las

legiones del Rey, estarás al frente de millones de hombres.

—¡Millones de hombres! —interrumpió Ben Hur. Simónides quedóse un momento pensativo.

—No te preocupe la cuestión del número —dijo. Ben Hur le miró.

—Tú ves a un lado al Rey humilde y pobre, y al otro las nutridas legiones de Roma, y te preguntas: ¿Qué va a poder hacer?

—Este era mi pensamiento.

—¡Oh, mi señor —prosiguió Simónides—, tú no conoces la fuerza de Israel. Tú te lo figuras como un viejo caduco que llora amargas lágrimas junto a las riberas de Babilonia. Pero ve a Jerusalén el día de Pascua y detente en el Xisto y en la vía de los Vendedores, y cuenta la gente que pasa. La promesa que hizo el Señor a nuestro padre Jacob se ha cumplido con creces; nos hemos multiplicado infinitamente a pesar de la esclavitud en Egipto, del cautiverio en Babilonia, de la dominación romana. Mas no debes mirar tan sólo a los límites de nuestra raza, sino que has de pensar en el desarrollo de nuestra fe, que abraza tantos pueblos en el Asia, y contar los ejércitos de fieles que esperan el antiguo grito de alarma: “¡Israel, a tus tiendas!” A centenares y a millares están esparcidos por la Persia, por Egipto, en el Africa, en los mercados de Occidente, en España y en Londres, en Grecia y en sus islas, en el Ponto y en Antioquía, y aun en la misma maldita ciudad de las siete colinas. Es un cortejo de naciones, una selva de espadas que aguarda la venida del Rey.

Estas palabras fueron dichas con fervor y con inspiración. En Ilderim produjeron el efecto de un estampido de clarín.

—¡Oh, si volviese a mi juventud! —exclamó poniéndose en pie.

Ben Hur no se movió. Comprendía que este discurso tendía a invitarlo a sacrificar toda su vida y su fortuna al servicio del Ser misterioso en el cual se concentraban las esperanzas de Simónides y del egipcio. La idea,

como hemos visto, no era nueva, sino que se le había ocurrido repetidas veces después de las palabras de Malluch y después de la cena con Baltasar; pero había chocado contra obstáculos, y no se había resuelto en una resolución cierta. Ahora ya no. Una mano maestra había recogido la vasta trama y había puesto en orden los hilos. Aquellas palabras aladas produjeron en él el mismo efecto que si una puerta invisible se hubiese abierto de improviso, inundándolo de un chorro de luz, recorriéndole un nuevo y esplendente porvenir en el que el ensueño de toda su vida, aquel ensueño acariciado entre las cadenas y sobre el remo y en las palestras de Roma, encontraba su lugar y prometía esclarecerse. Una última duda le quedaba.

—Admitamos todo cuanto dices, oh Simónides, esto es, que el Rey vendrá y que su reino será como el de Salomón. Supongamos también que yo estoy dispuesto a poner mi persona y mis riquezas a su servicio; todavía más, que las vicisitudes de mi vida y la vasta fortuna por tí acumulada hayan sido ordenadas por Dios para este objeto: ¿hemos de trabajar, acaso, a ciegas? ¿Esperaremos la venida del Rey? ¿Que El nos llame? Tú tienes la experiencia de los años. Contéstame.

Simónides repuso sin vacilar:

—No tenemos otro remedio, ninguno. Esta carta (y sacó el consabido mensaje de Messala) es la señal de la lucha. Nosotros no somos bastante fuertes para resistir la alianza de Messala con Grato; nos faltan: la influencia en Roma, y aquí, la fuerza. Ellos te matarán si aguardas. Contempla en mi persona cuál es su misericordia.

Un temblor le invadió al recuerdo de sus tormentos.

—¡Oh mi señor! —prosiguió—, ¿tu ánimo es fuerte?

Ben Hur no le comprendió.

—Yo recuerdo cuán hermosa me parecía a tu edad la vida —añadió Simónides.

—Sin embargo —dijo Ben Hur—, fuiste capaz de un grande sacrificio.

—Sí, por amor.

—¿No está mi vida dominada por motivos igualmente poderosos?

Simónides sacudió la cabeza.

—Por la ambición.

—La ambición está vedada a los hijos de Israel.

—¡Por la venganza!

Era una centella cayendo en un mar inflamable. Los ojos del anciano fulguraron, sus dedos se crisparon y repuso con vehemencia:

—La venganza es un derecho del hebreo. Así lo dice la ley.

—Un camello, hasta un perro, recuerdan la ofensa —gritó Ilderim.

—Hay algo que hacer antes de la venida del Rey, un trabajo preparatorio. La mano de Israel saldrá en su defensa, no hay duda; mas ¡ay! es una mano que la paz ha encogido, que la guerra debe desdoblar. Entre los millones de judíos no hay disciplina, no hay un solo capitán. Yo no hablo de los mercenarios de Herodes, que se aliarían con nuestros enemigos. Esta paz satisface al romano y es fruto de su política; mas está próximo un cambio, en que el pastor arrojará el cayado y blandirá la espada y la lanza, y los ganados que pacen se convertirán en devorantes leones. Cada cual, oh hijo mío, deberá ocupar su sitio a la derecha del Rey. ¿Y a quién cabrá este honor sino al que haya realizado este trabajo?

El semblante de Ben Hur estaba encendido.

—Lo veo; pero háblame con claridad. Una cosa es decir: esto debe hacerse, y otra cómo debe hacerse.

Simónides bebió un sorbo de vino que Ester le estaba ofreciendo. Después prosiguió:

—El jeque y tú, mi señor, tendréis cada uno su parte. Yo permaneceré aquí en mi negocio, a fin de que no se agoten los fondos, y estaré a la mira. Tú irás a Jerusalén y más allá de los montes, y comenzarás a reunir a los hombres de armas de Israel, dividiéndolos en decenas y en centenas, escogiéndoles jefes y ejercitándoles en las armas, que yo te enviaré y que ocultarás en

Los sitios secretos. Partiendo de la Perea, irás al país de los galileos, y después a Jerusalén. En la Perea tendrás a tus espaldas el Desierto con Ilderim y sus jinetes. El protegerá los caminos y te será útil de muchas maneras. Nadie habrá de saber nada de nada hasta que el proyecto esté en su madurez. He hablado ya a Ilderim. ¿Qué te parece?

Ben Hur dirigió una mirada al jeque.

—Todo está como él ha dicho, hijo de Hur —repu- so el árabe—. Yo le he dado palabra, y se ha declara- do satisfecho; mas a ti prestaremos juramento yo y todas las gentes de mi tribu.

Los tres, Simónides, Ilderim, Ester, fijaron sus ojos en Ben Hur.

—Cada hombre —contestó lentamente el joven ju- dío—, en uno u otro momento de su vida, acerca a sus labios la copa del placer y prueba su delicioso líquido; no así yo. Veo, Simónides, y tú generoso jeque, a qué tienden vuestros propósitos. Si yo los acepto y emprendo este proyecto, ¡adiós paz y hermosas esperanzas de una vida tranquila! Las puertas que ahora se me fran- quean se cerrarán tras de mí para no reabrirse nunca más, porque Roma posee todas sus llaves: su amena- za me seguirá dondequiera. Huyendo de sus secuaces, las tumbas y las cavernas serán mi morada, y mi últi- mo asilo el Desierto.

Un sollozo interrumpió sus palabras; todos se vol- vieron hacia Ester, que había ocultado su rostro en el pecho de su padre.

—¡Jamás lo habría creído de ti, Ester —dijo Simón- ides con dulzura, tiernamente conmovido.

—Bien está, Simónides —dijo Ben Hur—. La sen- tencia parece menos dura al condenado cuando sabe que alguien se apiada de él. Yo iba a decirte que no me queda más recurso que aceptar la parte que me destináis. Y como demorándome aquí me expondría a una muerte innoble, me lanzaré en seguida a esta em- presa.

—¿Hemos de sellar por escrito nuestra alianza?
—preguntó Simónides, recordando sus hábitos comerciales.

—Me basta tu palabra —dijo Ben Hur.

—Y a mí también —añadió Ilderim.

Así, sencillamente, se cerró el contrato que había de operar un cambio en la existencia de Ben Hur.

—¡El Señor Dios de Abraham proteja nuestra empresa! —exclamó Simónides.

—Y ahora, amigos, una última palabra —dijo Ben Hur con semblante más alegre—. Si me lo permitís, quiero ser señor de mí mismo hasta después de los juegos. No es probable que me amenace ningún peligro de parte de Messala antes de que llegue aquí la respuesta del procurador, y esto no puede suceder antes de siete u ocho días. Nuestro encuentro en el Circo es un placer que compraría a cualquier precio.

Ilderim, contentísimo, accedió en seguida, y Simónides, más práctico, añadió:

—Bien está, señor; esta dilación me permitirá prestarte un servicio. Tú me hablaste de una herencia que te había dejado Arrio. ¿Consiste en bienes?

—Una quinta en Míseno y varias casas en Roma.

—Pues bien; yo propongo que sean vendidas y que su precio sea depositado en lugar seguro. Autorízame y enviaré inmediatamente un agente. Por esta vez, al menos, nos burlaremos de los ladrones imperiales.

—Mañana tendrás la nota y los poderes.

—Entonces, si no hay más, el trabajo por esta noche ha terminado —dijo Simónides.

Ilderim se acarició la barba con complacencia, diciendo:

—Y terminado perfectamente.

—Éster, ofrécenos pan y vino —añadió Simónides—. El jeque Ilderim nos honrará esta noche y mañana con su presencia, ¿y tú, mi señor?

—Manda ensillar los caballos —dijo Ben Hur—. Yo regreso al Huerto. El enemigo no me espíará si parto

ahora, y además (y dirigió a Ilderim una mirada) los cuatro se alegrarán de verme.

Empezaba a rayar la aurora cuando él y Malluch se apeaban a la puerta de la tienda.

CAPITULO IX

La siguiente noche, muy cerca de la hora cuarta, Ben Hur estaba en la terraza del gran almacén, al lado de Ester. A sus pies se agitaba la misma rumorosa multitud de operarios, marineros, faquines, que trabajando a la luz de las antorchas, tenían el aspecto de genios de alguna fantástica fábula oriental. Estábase cargando una galera que debía partir al amanecer. Simónides no había vuelto aún de su despacho, en donde debía permanecer hasta el último instante para dar al capitán del buque la orden de dirigirse directamente al puerto de Ostia, desembarcar en él a un pasajero y continuar después su ruta hasta Valencia, en la costa de España.

“El pasajero es un agente de Simónides y se dirige a Roma para vender los bienes dejados por el duunviro Arrio. Cuando la embarcación habrá levado anclas, y su proa estará vuelta a Occidente, Ben Hur quedará irrevocablemente sujeto a la empresa de que se habló la noche antecedente. Si quiere mudar de pensamiento, si se arrepiente del acuerdo tomado con Ilderim, está todavía a tiempo de revocarlo. El es el señor, y no tiene más que pronunciar una palabra.”

Tales eran sus pensamientos mientras desde lo alto de la terraza, cruzado de brazos, miraba fijamente ante sí, como hombre agitado por una duda. Joven, bello, rico, acostumbrado a los círculos aristocráticos de Roma, ¡con cuántas y elocuentes voces las tentaciones del mundo le lanzaban sus seductores llamamientos! ¡Cuán gravosa debía parecerle la vida de sacrificios y de peligros que estaba a punto de abrazar! Po-

demos imaginarnos los argumentos que le solicitaban: la empresa desesperada de una lucha con César; la incertidumbre que oscurecía la venida del Rey y todo cuanto a El se refería; los negocios, los honores, la autoridad que podían proporcionarle las riquezas, y sobre todo, la vida tranquila entre los nuevos amigos que había encontrado. Sólo aquellos que durante muchos años han peregrinado solos y tristes de un país en otro, pueden apreciar la fuerza de este último llamamiento. Añadamos a estos argumentos la voz del mundo, astuta, acaricadora, que siempre murmura al débil: "Detente! No te muevas de donde estás bien", presentando siempre los flancos más atractivos de la vida. La voz del mundo tenía esta vez en su ayuda la de una mujer.

—¿Has estado alguna vez en Roma? —preguntó a su compañera.

—No —repuso Ester.

—¿Te gustaría visitarla?

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Tengo miedo de ella —dijo con voz levemente trémula.

Ben Hur miró la diminuta figura de mujer que tenía a su lado. En la penumbra no podía distinguirse bien su semblante; sus mismas formas estaban esfumadas. La imagen de Tirzah se le representó en la mente, y se apoderó de él una gran ternura. Así su perdida hermana estaba con él sobre la terraza aquella mañana fatal del accidente de Grato. ¡Pobre Tirzah! ¿Dónde estaría entonces? Ester le pareció una santa a aquella evocación triste. No podría considerarla nunca como una esclava, y si lo era legalmente, esto le movería a usar con ella las mayores cortesía y respeto.

—Yo no puedo representarme Roma —exclamó la joven con voz tranquila y hablando con dulce expresión de mujer—, yo no puedo representarme a Roma como una ciudad llena de templos y de palacios, inun-

dada de habitantes; para mí es un monstruo que extiende sus garras por todos los países, que fascina a los hombres con el mágico brillo de sus ojos verdes y siniestros, y les acarrea la ruina; un monstruo nunca ahito de sangre. ¿Por qué?...

La joven titubeó, bajó los ojos y se detuvo.

—Prosigue —dijo Ben Hur, infundiéndole ánimo.

Ella se aproximó más a él y levantó sus ojos hasta fijarlos en los del joven.

—¿Por qué quieres procurarte su enemistad? ¿Por qué no vivir en paz con ella y vivir tranquilos? Tú has tenido muchas penas; has sobrevivido a las asechanzas de tus adversarios, has sufrido durante toda tu juventud. ¿Por qué no dedicar al placer todos los años que te restan?

El rostro de la joven parecía volverse cada vez más pálido y aproximarse más a él a medida que hablaba. Ben Hur se inclinó hacia ella y le preguntó sumisamente:

—¿Qué querrías tú que hiciese, Ester?

Después de vacilar un momento, la joven preguntó:

—¿Es muy hermosa la quinta que tienes cerca de Roma?

—Bellísima: un palacio rodeado de jardines y bosques, con fuentes, estatuas, colinas cubiertas de viñedo, con vistas al Vesubio y a Nápoles, junto al mar azul poblado de blancas velas inquietas. César posee otra quinta allí cerca, pero en Roma dicen que la antigua quinta de Arrio es más hermosa.

—¿Y la vida es allí tranquila?

—Nunca hubo para mí días de estío o noches de plenilunio más felices que cuando moraba en ella y no me importunaban las visitas. Ahora que su antiguo señor ha muerto y la propiedad es mía, no hay nada que interrumpa su silencio sino el murmullo de los arroyos y de las fuentes y los cantos de las aves. El día sucede al día. Las flores se abren, muestran al sol sus mil colores, después se marchitan y dan lugar a nuevos pimpollos y a frutos. El cielo es igual siempre, se-

reno, interrumpido a veces por algún *cirrus* cándido, pasajero. Ester, aquella era una casa demasiado tranquila, que me ponía inquieto, colérico, persuadiéndome de mi inutilidad y de mi poltronería, a mí que tanto tenía que hacer.

La joven miró a lo lejos sobre el río.

—¿Por qué me preguntas todo esto? —añadió Ben Hur.

—¡Ah, mi señor!...

—No, Ester, así no. Llámame amigo, hermano si quieres; yo no soy tu señor ni quiero serlo. Llámame hermano.

Ben Hur no pudo ver el rubor que tiñó las mejillas de la joven, ni el relámpago de alegría que brilló en sus ojos.

—No puedo comprender —prosiguió ella— cómo prefieres tú a una vida como ésta, una...

—Una vida de violencia, quizá de sangre— dijo él completando el período.

—Sí, cómo prefieres semejante vida a la alegre existencia en aquella bellísima quinta.

—Ester, te equivocas. No se trata de preferencias. ¡Ay de mí! El romano no me permite elegir. Yo parto porque es necesario. Si permanezco aquí, sólo me aguarda la muerte en el puñal de un sicario, en una copa envenenada, en la sentencia de un magistrado corrompido y comprado. Messala y el procurador Valerio Grato son ricos merced al botín de mis bienes paternos, y el temor de perder todas sus ganancias les impulsará a cualquier exceso. Una transacción pacífica con ellos es imposible, y aunque me dijese que era fácil comprar su amistad, oh Ester, yo creo que no lo haría. No he nacido para la paz, y la inquietud que experimentaba bajo los marmóreos pórticos de mi quinta me perseguiría por donde quiera. Y después, ¿no tengo el deber sagrado de buscar a mis seres queridos? Si no los encuentro, ¿no es mi deber vengarme de aquellos que les han sumido en el sufrimiento? Y si han muerto, ¿he de dejar que escapen sus asesinos?

No; el afecto más santo no me haría conciliar el sueño de la paz mientras mi conciencia me punzase con el remordimiento de haber faltado a mi deber.

—Entonces, ¿todo es vano? —preguntó la joven con voz lastimera.

Ben Hur estrechó su mano.

—¿Mi felicidad te interesa tanto?

—Sí —repuso ella sencillamente.

La mano era tibia y pequeña y se estremecía entre la suya. Entonces la imagen de la egipcia brilló ante sus ojos, vehemente, atrevida, con su adulación sagaz, con su espíritu pronto, con su maravillosa hermosura. Ben Hur aproximó a sus labios la mano de Ester y dijola:

—Ester, tú serás para mí una segunda Tirzah.

—¿Quién es Tirzah?

—La hermana que el bandido romano me quitó y de quien yo voy en busca.

En aquel instante un haz de luz se proyectó sobre la terraza. Volviéronse, y vieron a Simónides que se acercaba en su poltrona, empujada por un doméstico. La puerta abierta dejaba ver la estancia iluminada.

Al mismo tiempo la galera en el río levó anclas, dió una vuelta, y después de un prolongado hurra de los marineros y de un confuso agitación de antorchas, se deslizó con dirección al mar, dejando a Ben Hur ceñido a la causa del *Rey que había de venir*.

CAPITULO X

El día precedente a los juegos, durante la siesta, todos los bienes muebles de Ilderim fueron transportados a la ciudad y depositados en un Khan próximo al Circo. Sus siervos, gente armada, caballos, bueyes, cabras, camellos, formaban una larga procesión pintoresca y rumorosa, que excitó la hilaridad de cuantas personas se encontraron con ella. Por otra parte, el

jeque, por lo común irascible, acogía aquellas demostraciones con la mayor moderación y buen humor. Por el contrario, pensaba que si, como tenía motivos para creerlo, era vigilado, los espías romanos podrían describir a las autoridades la pompa semibárbara con que había acudido a las carreras. Los romanos se hubieran reído, la ciudad se habría divertido y las sospechas se habrían quietado. El día siguiente, toda aquella multitud de hombres y de animales se encontraría camino del Desierto, dejando sólo lo necesario para el buen éxito de las carreras. En otros términos: Ilderim estaba a punto de partir, sus tiendas habían sido desmontadas, el dovar deshecho, sólo doce horas bastaban para ponerlo todo en salvo. Así, el viejo árabe estaba preparado para cualquier golpe eventual por parte de Messala.

Ni él ni Ben Hur ignoraban la influencia de su enemigo, aun cuando tuviesen la opinión de que no se realizaría ningún acto de hostilidad antes del día de las carreras. Si Messala fuese vencido, entonces había que esperar cosa peor. Probablemente, que no esperaría ni las instrucciones de Grato.

Dispuestos para todo, cabalgaban el uno al lado del otro por el camino de Antioquía. Por él encontraron a Malluch, quien ni con una seña ni con una palabra dió a entender que conocía las nuevas relaciones entre Simónides y Ben Hur y el acuerdo tomado por los dos juntamente con Ilderim. Cambiados los saludos, sacó una carta, que entregó al jeque, diciendo:

—He aquí el programa de las carreras, recién salido; encontrarás tus caballos y el orden de partida. Me congratulo anticipadamente de tu victoria, óptimo jeque.

Y volviéndose a Ben Hur, añadió:

—Y a ti también, hijo de Arrio, mi enhorabuena. Todas las condiciones necesarias se han llenado, y ahora nada te impide ya medirte con Messala.

—Gracias, Malluch —dijo Ben Hur.

Malluch prosiguió:

—Tu color es blanco, y el de Messala, púrpura y oro. Los niños los venden por las calles, y mañana todos los árabes y los hebreos llevarán tu divisa. Verás cómo en el Circo los colores blanco y rojo se dividirán la gradería.

—La gradería, pero no la tribuna de la puerta Pompeya.

—No; el escarlata y el rojo predominarán; pero si nosotros vencemos (Malluch se estremecía de gozo), si vencemos, ¡cómo temblarán aquellos señores! Ellos apostarán todos por Messala, naturalmente, y en su desprecio por todo cuanto no es romano, sus apuestas serán de dos, de tres, de cinco, porque él es uno de ellos.

Y continuó bajando la voz:

—No está bien que un hebreo de buena fama en el Templo tome parte en las apuestas; mas, confidencialmente, yo tendré un amigo cerca del palco del Cónsul, el cual aceptará sus ofertas a dos, a cinco, a diez; su locura podrá llegar hasta esto. He puesto a su disposición seis mil siclos.

—No, Malluch —dijo Ben Hur—. Un romano no apuesta más que en su moneda. Si encuentras esta noche a tu amigo, ábrele un crédito de cuantos sextercios quiera. Y dile, Malluch, que haga apuestas con Messala y con sus amigos. Los cuatro de Ilderim contra los de Messala.

Malluch estuvo un momento pensativo.

—Por lo visto, todo el interés de la carrera estará concentrado en vosotros dos.

—Eso es justamente lo que deseo, Malluch.

—Lo veo, lo veo.

—Sí, Malluch; si quieres ayudarme, trabaja para que toda la atención del público la atraiga nuestra carrera, la de Messala y la mía.

—Un medio hay —dijo Malluch con viveza.

—Ponlo en práctica —contestó Ben Hur.

—Ofreciendo sumas enormes en apuestas contra él

se llamaría la atención de la ciudad. Si son aceptadas, tanto mejor.

Y esto diciendo, Malluch investigó el semblante de Ben Hur.

—¿No he de recuperar parte de los bienes de que me despojaron? —dijo Ben Hur casi para sí—. Quizá no se presente ocasión más propicia. Y si pudiese humillar su orgullo y sumirle en la ruina, ¿podría tomarlo a mal Jacob nuestro padre?

Una decisión firme se diseñó en sus facciones varoniles, y acentuando las palabras prosiguió:

—Sí, Malluch. Sea. No deseches ninguna apuesta. Si no bastan sextercios, talentos. Cinco, diez, veinte talentos. Si encuentras quien los acepte, hasta cincuenta, mientras la apuesta se haga con Messala.

—Es una suma ingente —dijo Malluch—. Necesito garantía.

—La tendrás. Ve a Simónides y dile que quiero que se haga esto, que me he propuesto arruinar a mi enemigo, y que semejante ocasión no se me ofrecerá nunca más. Ve, Malluch. El Señor de nuestros padres está con nosotros.

Y Malluch, contentísimo, después de haberle saludado, hizo ademán de marcharse; pero después, medítandolo, volvió sobre sus pasos.

—Otra cosa deseaba decirte, hijo de Arrio. Yo no he podido examinar personalmente el carruaje de Messala, pero lo he hecho medir por otro. El eje de la rueda está a un palmo más del suelo que el tuyo.

—¡Un palmo! ¿Tanto? —gritó Ben Hur con alegría.

Y después añadió casi al oído:

—Malluch, si eres hijo de Judá y fiel a tu gente, toma sitio en la gradería encima de la puerta del Triunfo, de cara a las pilastras, y observa bien cuando demos las vueltas; obsérvalo bien, porque si la fortuna me favorece, yo... No, Malluch, mejor es no hablar de ello. Procurate solamente un sitio, y fija tu atención.

En esto interrumpiéndoles una exclamación de Ilderim.

—¡Ah! Por el esplendor de Dios, ¿qué significa esto?

Y se acercó a Ben Hur, mostrándole el programa.

—Lee —dijo Ben Hur.

—No, lee tú.

Ben Hur cogió la hoja, firmada por el prefecto de la provincia, como promotor de los juegos. Advertía al público que en primer lugar se celebraría una grandiosa cabalgata, y que después de los acostumbrados sacrificios al dios Conso tendrían principio los juegos: carreras a pie, saltos, pugilatos, todo por el orden ya fijado. El cartel contenía los nombres de los competidores, su nacionalidad, las escuelas de que procedían, las carreras en que habían tomado parte, los premios ganados y los premios que se ofrecían. Estos eran cuantiosos, y estaban anunciados con grandes letras iluminadas, dando fe del tiempo transcurrido y del cambio producido en las costumbres, desde cuando la sencilla corona de laurel o de pino bastaban al vencedor, más sediento de gloria que de riquezas.

Ben Hur pasó rápidamente la vista por esta parte del programa, hasta llegar al anuncio de las carreras. Leyólo atentamente. Poníase en conocimiento del respetable público que Antioquía asistiría a un espectáculo jamás visto. Las fiestas se daban en honor del Cónsul. El premio consistía en cien mil sextercios y en una corona de laurel. Después seguían los detalles. Los competidores eran seis, todos en cuadrigas, y debían partir simultaneamente. He aquí la descripción:

I. Una cuadriga de Lisipo, de Corinto: dos grises, uno bayo y otro negro. Inscritos el año anterior en Alejandría y en Corinto, y ambas veces vencedores. Auriga, Lisipo. Color, amarillo.

II. Una cuadriga de Messala, de Roma: dos blancos y dos negros, que ganaron el premio Circense en el Circo Máximo el año anterior. Auriga, Messala. Color, escarlata y oro.

III. Una cuadriga de Cleante, de Atenas: tres grises y uno bayo, vencedores en los Juegos ístmicos el año precedente. Auriga, Cleante. Color, verde.

IV. Una cuadriga de Diceo, de Bizancio: dos ne-

gros, uno gris y otro blanco, vencedores el año anterior en Bizancio. Auriga, Diceo. Color, negro.

V. Una cuadriga de Admeto, de Sidón: todos grises, vencedores tres veces en el estadio de Cesarea. Auriga, Admeto. Color, azul.

VI. Una cuadriga de Ilderim, jeque del Desierto: todos bayos. Primera carrera: Auriga, Ben Hur, de Judea. Color, blanco.

¡Ben Hur de Judea, auriga!

¿Por qué este nombre en lugar del de Arrio? Ben Hur fijó sus ojos en Ilderim. Esta había sido la causa de la exclamación del árabe. La misma idea fulguró en el cerebro de entrambos.

¡Aquella era la mano de Messala!

CAPITULO XI

Apenas había anochecido, el Omfalo, el centro de la ciudad, estaba invadido por una multitud clamorosa y festiva, que se dividía en dos corrientes, una hacia el Ninfeo, a Oriente, y la otra a lo largo de las columnatas de Herodes, a Occidente. Ningún marco más grandioso y más adaptado a este alegre y no imaginado espectáculo podía imaginarse, que aquellas asombrosas vías, flanqueadas de pórticos marmóreos, donativos de príncipes y reyes a la ciudad reina del Oriente. La oscuridad se había desvanecido como la melancolía. Antorchas y braseros iluminaban la ondulante masa del pueblo, que, cantando, riendo y gritando, se entregaba a los placeres de Apolo y de Baco.

Las muchas naciones que allí tenían su representación, si hubieran admirado a un forastero, no eran cosa nueva en Antioquía. Una de las misiones del gran Imperio parece haber sido la fusión de los hombres y la aproximación de los pueblos lejanos. Y a todo centro de autoridad romana afluían, como a Roma, los repre-

sentantes de los diversos países con sus divinidades y con sus costumbres.

Sin embargo, un detalle había aquella noche en Antioquía que no podía pasar inadvertido al observador. No había persona que no llevase los colores de una de las cuadrigas anunciadas para las carreras del siguiente día. Ya era una cinta, ya un distintivo, ora un pañuelo, ora una pluma, que daban a entender la preferencia, y también a veces la nacionalidad del que los llevaba; así, el verde indicaba a los amigos de Cleante el ateniense, y el negro a los del bizantino, costumbre antiquísima, que databa probablemente desde las primeras carreras en tiempos de Orestes, y útil tema de estudio para el que se proponga indagar hasta qué punto de locura pueden dejarse arrastrar los hombres. Un examen superficial hubiera demostrado que los colores predominantes eran tres: verde, blanco y oro y púrpura mezclados.

Mas abandonemos la vía y dirijámonos al palacio situado en la isla.

Los cinco grandes candelabros de la espaciosa sala están recién encendidos. La concurrencia es idéntica a la que presentamos anteriormente al lector. El diván gime bajo el acostumbrado peso de los durmientes y de las ropas echadas de cualquier modo, y de las mesas sale el mismo rumor de dados.

Pero esta vez la mayoría no está ocupada en el juego. Los jóvenes pasean aquí y allá por parejas, o de tres en tres, o se detienen a discutir en grupo. Muchos bostezan; los asuntos de conversación son fútiles. ¿Qué tiempo hará mañana? ¿Han terminado los preparativos para los juegos? Las leyes del Circo de Antioquía, ¿son iguales a las de Roma? A decir verdad, los jóvenes patricios se aburren terriblemente. El pesado trabajo del día ha terminado; lo que equivale a decir que, si pudiésemos dar una ojeada a las tablillas de marfil, las veríamos cubiertas de notas y de apuestas, apuestas sobre los luchadores, sobre las carreras a pie, sobre el pugilato, sobre todos los números del programa, exceptuadas las carreras de carruajes.

¿Y por qué no sobre éstas?

Amigo lector, porque no puede encontrarse un alma que quiera arriesgar un denario contra Messala.

En la sala no hay más colores que los suyos.

Nadie piensa en su derrota.

¿No son conocidas su habilidad y destreza? ¿No fué educado por un *lanista* (1) imperial? Sus caballos, ¿no ganaron el gran premio en el Circo Máximo? Y después, ¡ah, sí!, ¿no es acaso romano?

En un ángulo, tendido cómodamente sobre el diván, está el mismo Messala. En torno de él, de pie o sentados, sus cortesanos le importunan con preguntas, dirigidas todas al mismo objeto.

Entran Cecilio y Druso.

—¡Ah! —exclama el joven príncipe, dejándose caer sobre el diván, a los pies de Messala—. ¡Ah, por Baco! Estoy cansado.

—¿Adónde has ido?

—Por las vías hasta el Omfalo, y aún más allá. Hay verdaderos ríos de gente. La ciudad no se ha visto nunca tan atestada. Dicen que mañana se reunirá en el circo todo el mundo.

Messala rióse despreciativamente.

—¡Idiotas! ¿No han visto nunca los juegos circenses, presididos por el mismo César? Mas di, Druso mío, ¿qué has visto?

—Nada.

—¿Nada? ¿No te acuerdas? —dijo Cecilio.

—¿De qué? —repuso Druso.

—De la comitiva de los blancos.

—¡Asombroso! —exclamó Druso—. Hemos encontrado un grupo de blancos con un estandarte... Mas, ¡ja, ja, ja!

(1) Así se llamaban los maestros de los gladiadores, que recogían o compraban a los que destinaban a los juegos, en los cuales les adiestraban con puñales de madera, además de procurarles el sustento, hasta que, ya hábiles, los presentaban. (N. del T.)

Y se tendió de espaldas riendo.

—Mi cruel Druso, ¿por qué no prosigues? —dijo Messala.

—Eran la hez del Desietto y pordioseros del Templo de Jerusalén.

—¿Tenían algo que ver conmigo?

—No —interrumpió Cecilio—. Druso teme que os riáis a sus expensas. Mas yo no temo, Messala...

—Habla tú entonces.

—Pues bien, hemos detenido la comitiva y...

—Les hemos ofrecido una apuesta —dijo Druso interrumpiendo y sacando las palabras de la boca a su parásito—. Un hombre pequeño y lleno de arrugas salió de las filas y aceptó. Yo saqué mis tablillas. “¿Quién es tu campeón?”, preguntéle. “Ben Hur el hebreo”, me repuso. Yo añadí: “¿Cuánto apostáis por él?” Y contestóme: “Un... un...” Perdóname, Messala; mas, por el rayo de Júpiter, no puedo evitar la risa. ¡Ja, ja, ja!

Los circustantes volviéronse hacia Cecilio; Messala le miró también.

—¡Un siclo! —dijo éste.

—¡Un siclo! ¡Un siclo!

Una risotada general siguió a la respuesta.

—¿Y qué hizo Druso? —preguntó Messala.

En aquel momento oyóse rumor junto a la puerta, y los jóvenes se precipitaron hacia ella. Como el rumor aumentase, Cecilio se levantó del diván, volviéndose antes a decir:

—El noble Druso, oh Messala, guardó sus tablillas y renunció al siclo.

—¡Un blanco! ¡Un blanco!

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Éstas y otras exclamaciones resonaron en la sala, sofocando todas las conversaciones. Los jugadores abandonaron las bolsas; los adormecidos se desvelaron, se restregaron los ojos, sacaron sus tablillas y se unieron al grupo.

—Yo apuesto...

—Y yo...

—Y yo también...

La persona a quien se hacía tan calurosa acogida era el respetable hebreo con quien trabamos conocimiento, juntamente con Ben Hur, a bordo de la nave que le conducía desde Chipre a Antioquía.

Su apostura era grave, cortés, atenta. Su vestido era tan blanco como el turbante que le ceñía la cabeza. Saludando y sonriendo se acercó lentamente a la mesa central. Al llegar a ella recogió con digno ademán los pliegues de la toga, se sentó y levantó la mano. El brillo de una sortija en su anular contribuyó no poco al silencio que siguió.

—¡Romanos, ilustres romanos, yo os saludo! —dijo.

—¡Me place su desenfado, por Júpiter! ¿Quién es? —preguntó Druso.

—Un perro de Israel, por nombre Samballat, proveedor del ejército, domiciliado en Roma, inmensamente rico, enriquecido defraudando a los romanos. Cabeza fina, que sabe tejer tramas más sutiles que las de las arañas. ¡Vamos, por la zona de Venus! Veamos si podemos hacerle soltar el dinero.

Esto diciendo, Messala se levantó y se reunió, juntamente con Druso, al grupo que rodeaba al hebreo.

—He sabido en la vía —decía éste sacando sus tablillas y colocándolas abiertas encima de la mesa— que reinaba la desesperación en este palacio porque no se encontraba quien aceptase apuestas contra Messala. Los dioses, sabedlo, desean sacrificios, y heme aquí dispuesto. Ved mi color. Pasemos a los hechos. Primero apuntemos, luego añadiremos las sumas. ¿Qué apostáis por Messala?

Su audacia parecía paralizar a su auditorio.

—¡Pronto! —dijo—. Ya tengo una apuesta con el Cónsul.

Este estímulo surtió su efecto.

—¡Dos contra uno! —gritaron media docena de voces.

—¡Cómo! ¿Sólo dos contra uno cuando vuestro campeón es un romano?

—¡Tres!

—¿Tres? ¿Sólo tres? ¡Y mi favorito no es más que un perro hebreo! Apuntad cuatro.

—Sea —exclamó un joven que no pudo sufrir la burla.

—¡Cinco! ¡Ofrecedme cinco! —dijo en seguida el proveedor.

Un profundo silencio reinó en la asamblea.

—El Cónsul, señor mío y vuestro, me espera.

El silencio pareció a muchos ultrajante.

—¡Dadme cinco, por el honor de Roma, cinco!

—¡Sean cinco! —exclamó una voz.

Un clamoroso vítor acogió estas palabras. Produjose en el grupo un movimiento que lo dividió a derecha e izquierda, y apareció Messala.

—Sean cinco —dijo.

Y Samballat, sonriendo, se dispuso a escribir.

—Si César muriese mañana, Roma no quedaría abandonada. Ya hay quien es digno de ocupar su sitio. Dadme seis.

—Sean seis —contestó Messala.

Resonó un vítor más fuerte que el primero.

—Sean seis —repitió Messala—, seis contra uno, la diferencia entre un romano y un hebreo. Y ahora que la has descubierto, oh protector de la carne de cerdo, pasemos a la apuesta. ¡Pronto, la suma! El Cónsul podría mandarte llamar y nos quedaríamos privados de tu presencia.

Samballat no hizo caso de la risotada que acogió estas palabras, y después de escribir tranquilamente, presentó sus tablillas a Messala.

—¡Lee, lee! —gritaron todos.

Y Messala leyó:

“Mem.—Carrera de carruajes. Messala, de Roma. apuesta con Samballat, también de Roma, diciendo que

vencerá al hebreo Ben Hur. Puesta, veinte talentos. Diferencia en favor de Samballat, seis contra uno.

Testigos.

SAMBALLAT.”

Ni una palabra, ni un suspiro turbaron el profundo silencio que en la sala reinaba. Nadie se movió. Messala contemplaba las tablillas, mientras los ojos del proveedor se fijaban en él. Aquella mirada le humillaba, y pensó rápidamente. Desde allí había dado a sus compañeros la consigna. Ellos se lo habrían recordado. Si se negaba a firmar, su superioridad se desvanecía para siempre. Sin embargo, no podía firmar, pues no poseía la suma de cien talentos, ni siquiera un quinto de ella. Su mente se oscureció, su lengua se trababa, sus mejillas palidieron. Un instante permaneció en aquel estado; después le asaltó una idea.

—¡Perro judío! —dijo—. ¿Dónde tienes tú veinte talentos? Muéstralos.

—Helos —repuso presentando una hoja a Messala.

—¡Lee, lee! —exclamaron todos.

Messala leyó:

“*Antioquia, Tamuz, día 16.*—El portador, Samballat, de Roma, tiene abierto crédito por la suma de cincuenta talentos, moneda romana.—SIMÓNIDES.”

—¡Cincuenta talentos! ¡Cincuenta talentos! —vociferó la reunión, asombrada.

Druso dió una patada al suelo.

—¡Por Hércules! —gritó—. El papel miente y el hebreo es un farsante. ¿Quién más que César tiene cincuenta talentos a la orden? ¡Abajo el blanco insolente!

Veinte gargantas repitieron aquel furioso aullido; pero Samballat permaneció sentado tranquilamente, con igual sonrisa provocativa en los labios. Por fin Messala habló.

—¡Silencio! Uno contra uno, conciudadanos, uno contra uno, por amor a nuestro hermoso nombre romano.

Su intervención oportuna salvó su dignidad y le reconquistó la vacilante supremacía.

—¡Oh perro circuncidado! —continuó, dirigiéndose a Samballat—. Tú dijiste seis contra uno, ¿no es cierto?

—Sí —repuso tranquilamente el hebreo.

—Entonces, déjame escoger la apuesta.

—Como quieras, a condición de que, si es una bagatela, pueda rehusarla.

—Escribe cinco en lugar de veinte.

—¿Tanto posees?

—¡Por la madre de los dioses, te enseñaré los resguardos!

—No, no. Me basta la palabra de un romano tan ilustre. Mas elijamos una cifra par. ¿Escribo seis talentos?

—Escribe.

Se trocaron las tablillas. Samballat se levantó, y con un signo de desdén, en lugar de sonreirse como al principio, midió a los circunstantes. Sabía perfectamente con quiénes trataba.

—Romanos —añadió—, otra nueva apuesta, si os atrevéis. Yo apunto cinco talentos contra cinco por la victoria del blanco. Os desafío colectivamente.

Todos se asombraron de nuevo.

—¡Cómo! ¿Se habrá de decir mañana en el Circo que un perro de Israel ha penetrado en una sala llena de patricios romanos, y entre éstos un pariente de César, ofreciéndoles cinco talentos a la par, que ellos no han tenido el valor de aceptar?

La ofensa era terrible.

—¡Calla, insolente! —dijo Druso—. Escribe la oferta y déjala encima de la mesa. Mañana, cuando hayamos averiguado que posees verdaderamente tanto dinero para jugarlo, yo, Druso, te prometo que será aceptada.

Samballat escribió nuevamente, y levantándose, dijo con inalterable calma:

—Hela, Druso. Te dejo la oferta: cuando esté firmada, mándamela antes de empezar la carrera; me encontrarás cerca del Cónsul, en la tribuna que hay encima de la Puerta Pomposa. Paz a ti; paz a todos vosotros.

Y haciendo una reverencia, salió, sin hacer caso del clamoreo que le acompañó hasta la puerta.

Aquella noche la historia de la apuesta prodigiosa corrió de boca en boca por todas las calles y plazas de Antioquía; y Ben Hur, velando junto a sus cuatro caballos, la oyó referir, y supo además que toda la fortuna de Messala estaba empeñada en ella.

Y se durmió sonriendo.

CAPITULO XII .

El Circo de Antioquía levantábase en la ribera derecha o meridional del río, casi enfrente del palacio, y en nada difería substancialmente de los otros edificios de este género.

Los juegos eran, en el verdadero sentido de la palabra, una dádiva hecha al pueblo: la entrada era, por tanto, libre, y a pesar de la vasta capacidad del anfiteatro, era tanto el temor que tenía la gente de no encontrar sitio, que desde las primeras horas del día precedente a los juegos había ocupado todos los alrededores del Circo, los cuales presentaban el aspecto de un campamento militar.

A media noche fueron abiertas las puertas, y la plebe se arremolinó a través de ellas, ocupando rápidamente los sitios a ella destinados. Sólo un terremoto ó el asalto de un ejército hubiera podido desalojarla de allí. Acabó de pasar la noche durmiendo sobre las gradas, hizo colación en ellas y esperó pacientemente el comienzo del espectáculo.

A primera hora del día empezaron a llegar las personas de rango, que tenían sitios numerados, las más ricas y más nobles de entre ellas, montadas a caballo o llevadas en litera, con séquito de domésticos uniformados.

A la hora segunda, la vía conductora desde la ciudad al Circo presentaba el aspecto de un verdadero río de personas.

Cuando la mano del reloj de la ciudadela señaló que había transcurrido la primera mitad de la hora segunda, la legión, con todo su aparato de estandartes y enseñas, descendió del monte Sulpio, y cuando la última fila de la cohorte última desapareció allende el puente, pudo decirse literalmente que Antioquía había sido abandonada, no porque el Circo pudiese contener toda la multitud, sino porque toda la multitud había acudido al Circo.

Una galera ricamente adornada fué a buscar al Cónsul en la isla, y cuando el gran personaje descendió al embarcadero y la legión presentó armas, por un instante la pompa militar hizo olvidar a los espectadores el mayor atractivo del Circo.

A la hora tercia podía decirse que el anfiteatro estaba completamente lleno: un heraldo tocó la trompeta, imponiendo silencio, y las miradas de más de cien mil personas se fijaron en un edificio que había en la parte oriental del estadio. Allí elevábase la célebre Puerta Pomposa, un arco poderoso encima del cual estaba la tribuna consular, magníficamente adornada de estandartes y flores, en donde, rodeado de las enseñas de la legión, sentábase el Cónsul Majencio. A un lado y otro del arco, a nivel del suelo, abríanse las *carceres* o estancias, cada una defendida por un cancel. Sobre ella deslizábase una cornisa coronada por una baja balaustrada, detrás de la cual se levantaban progresivamente anchas graderías de mármol, ocupadas por un espléndido concurso de altos dignatarios militares y civiles. Esta mole ocupaba toda la anchura del edificio del Circo y estaba flanqueada de torres, las cuales, aña-

diendo elegancia a la arquitectura del edificio, servían de punto de apoyo a los *velaria* o grandes toldos de púrpura, unidos unos a otros, que proyectaban sombra apacible sobre la augusta asamblea de la tribuna.

Imagínese ahora el lector que pertenece al número de los favorecidos, que se sientan en este sitio privilegiado. A derecha e izquierda, debajo de las dos torres, verá las dos entradas principales. Inmediatamente a sus pies se extiende la pista, cubierta de arena blanca y finísima. Por el centro de la pista corre un muro de diez o doce pies de ancho, de cinco o seis de altura y precisamente de ciento ochenta metros de longitud, o sea un estadio olímpico. A entrambas cabezas de este muro se levantan sobre sendos pedestales de mármol tres desproporcionadas columnas cónicas de piedra gris, ricamente esculpidas. Estas son las dos metas en torno de las cuales correrán los contendientes. Los corredores entrarán en la pista por la derecha de la meta más próxima y tendrán siempre el muro a su izquierda. El comienzo y el término de la carrera tiene lugar de cara a la tribuna consular, y por esta razón aquellos son los sitios más solicitados del Circo.

El límite exterior de la pista está señalado por un muro liso, sólido, próximamente de quince pies de altura, coronado por una balaustrada igual a la que hemos visto sobre las *carceres*. Si recorremos la curva de este balcón, la encontraremos interrumpida por tres puntos, en los que se abren otras tantas puertas, dos al Norte y una al Oeste; esta última, adornada de magníficas esculturas y bajorrelieves, es llamada Puerta del Triunfo, porque, terminados los juegos, los vencedores trasponen su arco con la cabeza coronada de laurel y seguidos de un cortejo triunfal.

Inmediatamente después de la balaustra lateral ascienden en largas filas paralelas, y sobrepuestas una a otra, las gradas para los espectadores, ofreciendo un espectáculo curioso e imponente el de una masa ingente de pueblo con vestidos diversos y multicolores.

Estos sitios populares no estaban cubiertos con toldo, privilegio exclusivo de la tribuna.

Teniendo ahora ante la vista todo el conjunto del Circo, imagínese el lector el profundo silencio impuesto por los sonidos de las trompetas, doblemente de notar después del vocerío y del ruido que le habían precedido, y durante el cual las miradas de la multitud estaban concentradas en la Puerta Pomposa.

Salió de ésta un sonido de voces y de instrumentos, y súbitamente apareció el coro de la procesión con que se abre el espectáculo. Primero el prefecto y las autoridades civiles, patronos de la fiesta, con amplias vestes y con las cabezas enguarnaldadas; después las insignias de los dioses, unas sobre plataformas llevadas en hombros por los esclavos, otras en grandes carros espléndidamente adornados, y luego los contendientes en los varios juegos, cada uno con su traje característico.

Atravesando lentamente la pista, la procesión comienza a dar la vuelta al circuito. El espectáculo es magnífico, imponente. Como ola que va agrandándose consecutivamente, precédela un murmullo de exclamaciones que expresan curiosidad y admiración. Si las figuras de cartón representando a los dioses están impasibles y silenciosas, el director de los juegos y las autoridades no se muestran insensibles a la voz del aplauso popular. Sonríen y saludan a derecha e izquierda.

Los atletas son recibidos con más rumoroso favor, porque no hay uno solo entre los ciento setenta mil espectadores que no haya apostado un siclo o un denario por uno de aquellos campeones. Los nombres de los favoritos corren de labio en labio, y desde la tribuna y desde las graderías llueven sobre ellos guarnaldas y flores sueltas. Mas si los atletas son recibidos con tales muestras de admiración, ¿qué decir de la ovación tributada a la aparición de las cuadrigas? Al esplendor de los carruajes, a la gracia y belleza de los caballos, añaden los aurigas la fascinación personal

de su aspecto. Sus túnicas, cortas, sin mangas, son de los colores prescritos. Un caballero va acompañando cada carruaje, a excepción del de Ben Hur, que ha rehusado este honor, acaso por desconfianza. Todos cubren sus cabezas con yelmos; él sólo la muestra descubierta.

Al aproximarse, los espectadores se ponen de pie encima de los bancos y el clamoreo es altísimo, ensordecedor, al mismo tiempo que la lluvia de flores desde la balaustrada se convierte en un diluvio y cubre hombres, caballos y vehículos. En seguida se ve que algunos de los conductores son más favorecidos que otros, y a esta revelación sigue otra: la de que no hay individuo del público, hombres, mujeres y aún niños, que no esté adornado con los colores de uno de los contendientes, casi siempre en forma de lazo colocado sobre el pecho o en los cabellos; hay lazos verdes, amarillos, azules; pero examinando atentamente a la multitud, se ve que los colores predominantes son dos: el blanco y el oro y púrpura mezclados.

En una fiesta moderna, o en una reunión como ésta, en que se han apostado sumas enormes a favor de algunos de los concurrentes, la preferencia se determinaría por las cualidades de los caballos y por la habilidad probada de los aurigas: aquí, sin embargo, era la nacionalidad la que daba la norma.

Si el bizantino y el sidonio sólo tenían un exiguo número de partidarios, la razón había de buscarse en el hecho de que sus ciudades estaban escasamente representadas en los bancos. Por otra parte, los griegos, bastante numerosos, estaban divididos entre el corinto y el ateniense, lo que hacía que presentasen un número relativamente pobre de colores verdes y amarillos. El escarlata y oro de Messala no habría tenido mejor suerte si los ciudadanos de Antioquía, raza proverbial de cortesanos y parásitos, no hubiesen favorecido con su apoyo a los romanos, adoptando el color de su preferencia. Quedaba la población de los alrededores, los hebreos, los siriacos, los árabes, y éstos, por

solidaridad con Ben Hur e Ilderim, por la confianza que tenían en los caballos del jeque, y en primer lugar, por odio al romano, a quien esperaban ver vencido y humillado, ostentaban el color blanco, y formaban el partido más rumoroso, si no el más numeroso de todos.

A medida que los vehículos avanzaban por la pista, la excitación aumenta; al llegar a la segunda meta, en especial en las galerías en que el blanco es el color dominante, los gritos del público son estruendosos y las flores caen con más abundancia.

—¡Messala! ¡Messala!

—¡Ben Hur! ¡Ben Hur!

No se oyen otros gritos.

Pasado el cortejo, cada cual vuelve a ocupar su sitio y prosiguen los comentarios.

—¡Por Baco! ¡Qué hermoso estaba! —exclama una mujer a quien el lazo que llevaba en sus cabellos denuncia partidaria del romano.

—¡Y su coche qué magnífico! —añade un vecino suyo del propio partido.

—Todo es de oro y marfil. Júpiter le conceda la victoria.

En el banco posterior las opiniones eran distintas.

—¡Cien siclos por el hebreo! —gritó una voz estridente.

—No seas temerario— le aconsejó un amigo—. Estos juegos están prohibidos por la Ley, y la maldición del Señor podría caer sobre un israelita.

—Es cierto. Pero, ¿has visto alguna vez un aire más seguro y desenvuelto? ¡Qué brazo el suyo!

—¡Y qué caballos! —dice un tercero.

—Y asegúrase que conoce todos los ardides de los romanos —añade un cuarto.

Una mujer completa el elogio.

—Sí, y es más hermoso que el romano.

Animado por estos elogios, el hombre grita nuevamente:

—¡Cien siclos por el hebreo!

—¡Cretino! —le grita un ciudadano de Antioquía

que ocupa uno de los bancos posteriores—. ¿No sabes que ya se han jugado cincuenta talentos contra él, uno contra seis sobre Messala? Esconde tus siclos si no quieres que Abraham te castigue.

—¡Oh asno antioqueño, cesa de rebuznar! ¿No sabes tú que Messala ha apostado contra sí mismo?

La respuesta era astutamente falsa.

Así, de banco en banco aumentaba el vocerío y las discusiones, no todas pacíficas.

Cuando, por fin, el cortejo hubo terminado y la Puerta Pomposa se hubo cerrado tras del último portaestandarte, Ben Hur sabía que su deseo estaba cumplido.

Las miradas de todo el Oriente estaban fijas en su carrera con Messala.

CAPITULO XIII

Muy cerca de la hora décimoquinta, para hablar en estilo moderno, la primera parte del programa se había efectuado: sólo faltaba la carrera de carruajes. El director eligió este momento para dar un breve descanso. Los vomitoria fueron abiertos, y cuantos pudieron salieron al pórtico exterior, donde se había establecido un puesto de bebidas. Los que se quedaron bostezaban, bromeaban, consultaban sus tablillas y liquidaban sus apuestas; las distinción de clases se había olvidado: la multitud estaba dividida únicamente en dos grandes categorías: la de los vencedores, alegres y habladores, y la de los vencidos, tristes y silenciosos.

Mientras tanto, una tercera clase de espectadores, constituida por ciudadanos deseosos tan sólo de ver la carrera de carruajes, aprovechó el intervalo para entrar en el Circo y ocupar sitios reservados, creyendo de este modo burlar la atención del público. Entre ellos veíase a Simónides y su comitiva, que buscaban sus sitios en la tribuna del lado septentrional, enfrente de la consular.

Cuatro criados conducían al mercader en su silla, excitando, al subir la gradería, la viva curiosidad de los espectadores. Alguien le nombró. Los más próximos lo oyeron y lo repitieron de boca en boca. Los más apartados se encaramaron en los bancos para contemplar al hombre acerca del cual la habladuría popular había tejido una historia milagrosa.

Ilderim fué acogido calurosamente; pero nadie conocía a Baltasar ni a las dos mujeres que le seguían, cuidadosamente veladas.

El público abrió paso respetuosamente a la comitiva, y los acomodadores del Circo les designaron unos sitios cerca de la balaustrada, cubiertos con ropas y a' mohadas.

Las mujeres eran Iras y Éster.

Esta última, apenas hubo tomado asiento, corrió con mirada asustada el Circo y arrebujóse más todavía en el velo; pero la egipcia, dejándolo volar sobre sus espaldas, se ofreció libremente a las miradas del público, con la desenvoltura que habitualmente es fruto de largo trato social.

Estaban aún ocupados los recién venidos en el examen general del magnífico espectáculo que se ofrecía a sus ojos, principiando por el Cónsul y por los más próximos a ellos, cuando algunos hombres con la librea del Circo comenzaron a tender una cuerda blanqueada de un balcón al otro, de cara a las columnas de la primera meta.

Al mismo tiempo seis hombres salieron de la Puerta Pomposa y se situaron enfrente de las *carceres*, uno en cada una, preparativo que acogió la multitud con prolongados murmullos.

—¡Mira, mira! El verde tiene el número 4, a la derecha; es el ateniense.

—Y Messala... sí, tiene el número 2.

—El corintio.

—¡Mira el blanco! Se detiene en el número 1, a la izquierda.

—No, es el negro que se ha detenido; el blanco tiene el número 2.

—Ciertamente.

Hemos de advertir que cada uno de los seis hombres vestía una túnica del color que correspondía a su auriga; por esto, cuando se detenían enfrente de cada cancel, el pueblo sabía inmediatamente cuál era la cuadra en que estaba su favorito.

—¿Has visto alguna vez a Messala? —preguntó a Ester la egipcia.

La hebrea se estremeció y contestó negativamente. Messala era el enemigo de su padre y de Ben Hur.

—¡Es hermoso como Apolo!

Mientras Iras hablaba, sus grandes ojos resplandecían y su abanico se agitaba con violencia. Ester la miró, pensando:

—¿Será más hermoso que Ben Hur?

Después oyó que Ilderim decía a su padre:

—Sí, su cuadra tiene el número 2, a la izquierda de la Puerta Pomposa.

Y creída de que se refería a Ben Hur, miró con dirección a aquel lado. Sus labios modularon una plegaria.

Al poco rato llegó Samballat.

—Ahora vengo de las cuadras, oh jeque —exclamó saludando gravemente a Ilderim, que se acariciaba la barba nerviosamente y le miraba con mirada interrogativa—. Los caballos están en perfecto estado.

Ilderim repuso sencillamente:

—Si son vencidos, ruégole a Dios que los venzan otros que no sean los de Messala.

Dirigiéndose a Simónides y sacando una tablilla, Samballat prosiguió:

—He de decirte algo que de fijo te interesará. Cuando ayer te mostré la escritura de la primera apuesta, te dije que había dejado otra sobre la mesa del palacio, la cual, si era aceptada, había de serme entregada antes de la carrera. Mírala.

Simónides cogió la tablilla y leyó la anotación atentamente.

—Lo sé —dijo—. Un emisario suyo ha venido hoy a preguntarme si te había abierto realmente crédito por esa suma. Guarda bien la tablilla. Si pierdes, ya sabes dónde encontrarás el dinero; si vences (su mirada expresó una grande resolución), si vences, amigo, procura que ninguno escape, que paguen hasta el último síclo. Esto será hacer solamente lo que con nosotros harían.

—Confía en mí —dijo el proveedor.

—¿Quieres sentarte a nuestro lado? —preguntó Simónides.

—¡Gracias! —contestó Samballat—. Pero si dejas al Cónsul, ¿quién cuidará de enfrenar la exaltación de la joven Roma allí en el fondo? La paz sea contigo y con vosotros todos.

Por el Circo resonaron algunos trompetazos anunciando la continuación del espectáculo y llamando a los asistentes a sus respectivos sitios. Al mismo tiempo algunos esclavos aparecieron en la pista, y encaramándose sobre el muro divisorio, fijaron en el entablamento próximo a la meta occidental siete esferas de madera dorada; después, regresando a la primera meta, colocaron en ella otras tantas esculturas representando delfines.

—¿Para qué sirven esas esferas y esos peces?, oh jeque —preguntó Baltasar.

—No has asistido nunca a una carrera?

—Nunca.

—Pues bien; sirven para contar el número de vueltas; al final de cada vuelta se retiran un pez y una esfera.

Los preparativos habían terminado. Un trompetero, uniformado vistosamente, se colocó cerca del director, dispuesto a secundar con una señal las indicaciones del mismo. De pronto la agitación de la multitud se aquietó, y el vocerío se calmó como por encanto. Todos los rostros estaban vueltos a Oriente, y los ojos se

fijaron en las seis cuadras que encerraban a los competidores.

El rubor insólito que cubrió las pálidas mejillas de Simónides revelaba que también él participaba de la excitación general.

—Fíjate en el romano —dijo la hermosa egipcia a Ester, que no la oyó porque con el corazón palpitante y con los ojos inmóviles aguardaba la aparición de Ben Hur.

Hemos de recordar que el edificio que contenía las cuadras tenía la forma de un segmento de círculo y se extendía enfrente y a la derecha de la primera meta, señalado por la cuerda blanqueada de que hemos hablado.

Oyóse un agudo y prolongado son de trompeta. Los *starters*, como podríamos llamarlos en lenguaje deportivo moderno, se alinearon bajo las columnas de la meta, prontos a ayudar a los aurigas en el caso de que alguno de los caballos se asustase.

Resonó un segundo trompetazo, y los guardias abrieron las cuadras. Primero salieron a caballo los siervos asignados a los carruajes, en número de cinco, porque Ben Hur había rechazado el suyo. La cuerda enyesada fué soltada para darles paso, y colocada después de nuevo. Aunque espléndidamente vestidos, nadie se fijó en ellos, porque en las cuadras el pisar de los caballos y las voces de los aurigas atraían todas las miradas a los canceledos abiertos.

Un tercer trompetazo resonó en el Circo.

Los acomodadores, situados en las gradas, agitaron las manos, dando voces de:

—¡Sentarse! ¡Sentarse!

Predicaban en desierto.

Como proyectiles salidos de la boca de gigantescos cañones, precipitáronse las seis cuadrigas en la pista, y la inmensa multitud, poniéndose en pie como un solo hombre, ensordeció el Circo con un grito unánime. ¡Para esto había estado esperando pacientemente tantas horas! ¡Este era el momento supremo, sueño de sus

noches y asunto de sus conversaciones desde el día de la proclamación de los juegos!

—¡Helo! ¡Helo! Míralo —exclamó Iras, señalando a Messala.

—Le veo —repuso Ester contemplando a Ben Hur.

Dejó caer su velo, y, por un instante, la pequeña hebra se sintió animosa. Comprendía el entusiasmo por realizar un acto heroico a los ojos de la multitud, y por qué en estos casos es posible que los hombres se sonrían a vista de la muerte.

Los competidores eran visibles desde todos los lados del Circo, pero la carrera no había empezado todavía; antes tenían que trasponer la cuerda, cuyo oficio era igualar las condiciones de la salida. Si los caballos se hubiesen acercado a ella impetuosamente, cocheros y caballos, cogidos en ella, podían salir maltrechos; por el contrario, si se hubiesen acercado tímidamente, corrían riesgo de permanecer distanciados ya desde el principio de la carrera, y de todos modos perdían la posibilidad de conquistar el lado interior de la pista, objeto de la ambición común.

La dificultad de esta empresa, sus peligros y sus consecuencias, eran muy conocidas por los espectadores. La victoria debía sonreír al más hábil.

...Llama, hijo caro,
llama a tu corazón todo tu ingenio,
si el premio quieres que tu mano alcance;
arte y no fuerza necesita el hombre.

Este era el consejo de Néstor a su hijo Arquíloco al entregarle las riendas antes de la carrera, consejo que podía dirigirse útilmente a cada uno de los aurigas.

Cada conductor al salir miraba primero la cuerda y después el muro interior, de modo que, dirigiéndose al mismo punto a toda carrera, parecía inevitable un choque. Y no era esto solo, sino que podía suceder que el director, en el último instante, descontento de la partida, no diese la señal de dejar caer la cuerda, o no la diese a tiempo.

El espacio intermedio tenía 250 pies aproximadamente de largo. ¡Ay sí, sugestionado por las miradas de millares de espectadores, o atraído por la exclamación insidiosa del adversario, o por el grito animador, pero no menos peligroso, de un amigo, el auriga hubiese distraído la vista un solo instante! Firme el pulso, los ojos fijos, los conductores avanzaban.

El toque divino que da la última perfección a la belleza es la animación. Esfuércese el lector por imaginarse aquel espectáculo, al cual nuestros modernos tiempos no sabrían contraponer otro igual; contemple ante todo la pista, inmensa, cubierta de deslumbradora arena blanca, cerrada en sus extremos por grisáceos muros; mire sobre este perfecto campo los seis carruajes ligeros, graciosos, relucientes; el de Messala, espléndido, de oro y de marfil; fijese en los aurigas, con el cuerpo tieso, rígido, los miembros desnudos y bronceados, en la diestra los largos látigos, y en la izquierda, cuidadosamente separadas, las riendas tendidas hasta el extremo de las lanzas; observe aquellos caballos que se distinguen tanto por su belleza como por su velocidad, las crines sueltas, los cuerpos erguidos, las narices hinchidas, las piernas delgadas, pero robustas, como varas de hierro, cada uno de los músculos de sus espléndidos cuerpos llenos de vida, ora tendido, ora contraído, justificando al mundo que ha tomado de ellos su unidad de fuerza; mire las sombras que, siguiendo a los coches, al auriga y a los caballos, raen la tierra; contemple con los ojos de su imaginación todo esto, y podrá comprender toda la satisfacción y el delirio que se habían apoderado de aquella multitud, para la cual este espectáculo no era una vana creación de la fantasía, sino realidad verdadera y palpitante.

Las seis cuadrigas se dirigían por el camino más breve hacia el mismo punto: el muro; ceder hubiera sido como renunciar a la victoria. ¿Y quién hubiera cambiado de propósito en medio de aquella rápida carrera, entre los gritos de la multitud, que resonaban en los oídos de los aurigas como el rugido de un mar tempestuoso?

El trompetero que estaba cerca del director dió un toque poderoso. Nadie lo oyó a la distancia de veinte pasos. Mas al ver la acción los jueces de campo dejaron caer la cuerda en el momento mismo en que el casco de uno de los caballos de Messala iba a pisarla. El impávido romano sacudió su látigo, que se desplegó silbante en el aire, aflojó las riendas, inclinó el cuerpo hacia delante, y dando un grito de triunfo se lanzó a la muralla.

—¡Júpiter está con nosotros! ¡Júpiter está con nosotros! —aulló el partido romano en el frenesí de su entusiasmo.

Al dar la vuelta, la cabeza de león con que terminaba el eje de sus ruedas rozó la pierna anterior del caballo del ateniense, arrojando al animal asustado encima de su aparejo en la lanza. Entrambos vacilaron y tropezaron. Los guardianes corrieron hacia ellos y los cogieron por las bridas. Los millares de espectadores de la gradería contuvieron la respiración; pero en la tribuna consular los gritos y el clamoreo proseguían.

—¡Júpiter está con nosotros! —aulló Druso.

—¡Messala vencerá! ¡Júpiter está con nosotros! —repetieron sus amigos viendo a Messala a la cabeza de todos.

Samballat, con sus tablillas en la mano, se volvió hacia ellos. Un estrépito, seguido de gritos desgarradores, le obligó a mirar nuevamente a la pista. Habiendo pasado Messala, el corintio había quedado a la derecha del ateniense, y éste intentó en esta dirección sujetar a su asustada cuadriga; mas en aquel instante quiso la desgracia que la rueda del bizantino chocase de flanco con su coche, arrojando al auriga por el suelo; dando un grito de rabia y terror, el mismo Cleante cayó bajo las patas de sus propios caballos; ¡horrible espectáculo ante el cual Ester se cubrió los ojos!

El corintio, el bizantino, el sidonio, siguieron adelante.

Samballat dirigió una mirada a Ben Hur y se volvió de nuevo hacia Druso y sus compañeros.

—Cien sextercios por el hebreo —exclamó.

—Aceptados —contestó Druso.

—¡Otros cien por el hebreo! —gritó Samballat.

Nadie le prestó atención. Gritó nuevamente; pero el espectáculo que presentaba la pista absorbía toda su atención y estaban muy ocupados en gritar:

—¡Messala! ¡Messala! ¡Júpiter está con nosotros!

Cuando Ester se aventuró a mirar otra vez, algunos siervos estaban sacando los caballos y el coche destrozado, mientras otros se llevaban al auriga; de los bancos ocupados por los griegos sólo partían gritos de rabia y exclamaciones de venganza.

La judía juntó sus manos por tanta felicidad; Ben Hur, incólume, corría al lado mismo del romano. Detrás de ellos, en grupo, seguían el sidonio, el corintio y el bizantino.

La carrera había comenzado. La multitud contenía la respiración.

CAPITULO XIV

Ben Hur, conforme hemos visto, se encontraba en el extremo izquierdo de los seis. Por un momento, como los otros, quedó cegado por el vivo resplandor de la arena; sin embargo, procuró distinguir a sus adversarios y adivinar sus propósitos. Dirigió una mirada escrutadora a Messala. El frío orgullo del patricio romano se reflejaba, como de costumbre, en su bellissimo rostro, a cuyas facciones prestaba mayor majestad el yelmo; pero fuese juicio de su fantasía o efecto de la sombra bronceína que se proyectaba sobre su semblante, en aquel momento el judío creyó ver toda el alma de su rival transparentándose a través de la hermosura de aquel cuerpo, alma cruel, astuta, recelosa y resuelta.

Al mismo tiempo, el espíritu de Ben Hur se afirmó en un poderoso esfuerzo de voluntad. A cualquier precio, a cualquier riesgo, hubiera humillado a su enemi-

go. Premios, amigos, apuestas, honores, todo desaparecía ante aquel único deliberado propósito. Ni siquiera la muerte le hubiera detenido. Y a pesar de todo, ninguna pasión encendía su pecho; la sangre no dejó de circular desde el corazón al cerebro, y de éste al corazón; ningún impulso experimentaba de arrojarse a ciegas en brazos de la Fortuna, porque en la Fortuna él no creía. Confiaba en sí, en el plan con anterioridad preparado, y recogió todas las fuerzas de su cuerpo, todas las energías de su inteligencia para poder realizarlo.

Ya a la salida advirtió que el ímpetu de Messala le habría, salvo el caso de un encuentro o de que la cuerda no hubiese caído, conducido infaliblemente a ganar el muro interno; y como un relámpago le asaltó el pensamiento de que Messala *sabía* que la cuerda había de caer en el último momento. Un acuerdo con el director podía fácilmente obtenerlo, y el acuerdo era probabilísimo si se considera que el prefecto era romano y que podía tener interés en el triunfo de su conciudadano, el cual, además de gozar de mucha popularidad, arriesgaba en el juego su fortuna. Ninguna otra razón podía explicar la confianza con que Messala impelía hacia adelante a su cuadriga cuando los otros competidores procuraban detener las propias, ninguna otra razón, excepto la locura.

Pero ver una cosa y aprovecharse de ella son dos cosas diversas. Por de pronto Ben Hur renunció al muro. La cuerda cayó, y todas las cuadrigas, menos la suya, penetraron en la pista al doble impulso de los látigos y de las voces. Él se dirigió a la derecha, y con toda la velocidad de que eran capaces sus árabes atajó oblicuamente el camino a sus adversarios; de modo que, mientras la multitud temblaba ante el infortunio del ateniese, y el sidonio, el bizantino y el corintio procuraban con toda destreza evitar los choques de su adversario, Ben Hur pasó como una flecha por delante de ellos y colocóse rueda con rueda, por el lado exterior, con el carruaje de Messala. La maravillosa habilidad que de-

mostró trasladándose de este modo del extremo izquierdo al derecho, no pasó inadvertida a los ojos vigilantes de las graderías: el Circo amenazó hundirse bajo el estrépito de los aplausos. Entonces batió palmas Ester; entonces Samballat, sonriente, ofreció de nuevo sus cien sextercios sin obtener respuesta, y entonces por primera vez los romanos sospecharon que Messala había encontrado su igual, tal vez su superior, en la persona de un israelita.

Uno al lado del otro, separados por una distancia casi imperceptible, los dos carruajes se acercaban a la primera meta. El plinto sobre el que se erguían los tres pilares, visto desde el Oeste, presentaba el aspecto de un muro en forma de semicírculo, ofreciendo la convexidad de la curva a los espectadores, paralela con la opuesta concavidad del balcón de fachada. Esta prueba constituía la prueba del fuego de los aurigas: al mismo Oreste le había fallido. El general silencio que reinaba en el concurso testificaba el interés con que el público seguía esta fase. El golpear de los caballos y el rumor de las ruedas se percibían distintamente. Entonces, por primera vez, pareció que Messala advertía la presencia de Ben Hur, y súbitamente toda su audacia se manifestó de sorprendente modo.

—¡Abajo Eros, viva Marte! —gritó restallando el látigo—. ¡Abajo Eros, viva Marte! —repitió asestando sobre el lomo de los árabes de Ben Hur un latigazo como nunca habían recibido. La acción fué vista por todo el público, y el asombro fué general. El silencio, de tan intenso, llegó a ser terrible; en los bancos próximos al Cónsul los más animosos contuvieron la respiración, esperando el fin con las pupilas dilatadas. Sólo un momento duró la tensión; después, como rumor de trueno, estalló la indignación del público.

Los cuatro caballos saltaron asustados y se precipitaron adelante. Nadie los había jamás tocado sino en señal de afecto; se habían criado, como los niños, entre caricias, y su confianza en los hombres era conmo-

vedora. ¿Qué habían de hacer aquellos delicados seres más que lanzarse adelante como locos? El carro se tambaleó. Ninguna duda existe de que toda experiencia es útil en la vida. ¿De dónde sacó Ben Hur en aquel momento el vigor de su brazo y su puño de hierro? ¿De dónde sino de los largos años vividos junto al remo? ¿Y qué era el tambalearse del carro comparado con la violenta sacudida de la nave azotada por la furia de las gigantes olas? Sostúvose en su sitio, aflojó las riendas sobre la cabeza de los animales, hablándoles con voz acariciadora y procurando únicamente conducirlos incólumes en torno del peligroso ángulo. Así, antes de que la agitación del público se hubiese calmado, había reconquistado su dominio sobre ellos. Y no sólo esto: al aproximarse a la segunda meta encontróse nuevamente al lado de Messala, atrayéndose la simpatía y los votos de todos los espectadores no romanos. Este sentimiento se manifestaba con tal evidencia, que Messala, a pesar de toda su audacia, no creyó oportuno bromear otra vez.

Cuando los carruajes pasaban la meta, Ester pudo ver el semblante de Ben Hur, un poco pálido, algo levantado, pero tranquilo y resuelto.

De pronto un hombre se encaramó en el extremo occidental del muro divisorio y sacó una de las esferas; igual operación se efectuó en el otro extremo con uno de los delfines.

Del mismo modo desaparecieron la segunda esfera y el segundo delfín, y después la esfera y el delfín terceros.

Tres vueltas habían dado: Messala ocupaba aún la parte interior de la pista; Ben Hur hacía galopar sus corceles por la externa. La carrera ofrecía el aspecto de una de aquellas carreras dobles tan populares en el segundo período de la edad imperial: en la primera, Messala y Ben Hur; el sidonio, el corintio y el bizantino, en la segunda.

Entre tanto los acomodadores habían logrado hacer

sentar a la multitud, aun cuando el clamoreo continuase precediendo a los corredores.

En la quinta vuelta el sidonio llegó a colocarse a la misma línea de Ben Hur, pero muy pronto perdió la ventaja. La sexta comenzó sin que se notase cambio alguno en las relativas posiciones.

Gradualmente la velocidad iba aumentando; poco a poco la sangre de los aurigas iba caldeándose. Hombres y caballos parecía que conocían que la crisis final se aproximaba.

El interés que al principio de la carrera se había concentrado en la lucha entre Messala y Ben Hur, acompañado de la general simpatía hacia este último, se cambió en ansiedad y temor por él. Desde todos los bancos los espectadores tendían las vista, siguiendo con ella, silenciosos e inmóviles, los caballos de ambos competidores. Ilderim dejó de acariciarse la barba, y Ester olvidó su timidez.

—¡Cien sextercios por el hebreo! —gritó Samballat a los romanos que ocupaban la tribuna consular.

Nadie contestó.

—¡Un talento, cinco talentos, diez, si queréis!

Y agitaba sus tablillas en son de desafío.

—Yo ganaré tus sextercios —dijo un joven romano, disponiéndose a escribir.

—No lo hagas —le avisó un amigo.

—¿Por qué?

—Messala ha alcanzado su máxima velocidad. Mira cómo se apoya en el borde de su carro y afloja las riendas. Fíjate ahora en el hebreo.

El joven dirigió hacia él su vista.

—¡Por Hércules! —exclamó palideciendo—. El perro se esfuerza por detenerlos. Lo veo, lo veo. Si los dioses no ayudan a nuestro amigo, será derrotado por el israelita. Pero no, todavía no. ¡Júpiter está con nosotros! ¡Júpiter está con nosotros!

Esta exclamación, que simultáneamente salió de todas las gargantas romanas, hizo temblar el velario sobre la cabeza del Cónsul. Si era cierto que Messala

había alcanzado su máxima velocidad, el resultado correspondía al esfuerzo. Lenta, pero visiblemente, iba ganando terreno. Sus caballos corrían con la cabeza baja y el cuello tendido; desde la galería parecía que rozasen el suelo; sus narices parecían inyectadas en sangre; los ojos les salían de los órbitas. Verdaderamente, ¡los caballos hacían todo lo posible! Mas, ¿podrían soportar aquel paso por mucho tiempo? Sólo estaban al principio de la sexta vuelta. Volaban. Al rodear la segunda meta, los caballos de Ben Hur quedaron detrás del carruaje del romano. La alegría de los partidarios de Messala no tuvo límites; gritaban, aullaban, agitaban en el aire sus distintivos, y Samballat iba llenando sus tablillas con las apuestas que ofrecían. Malluch, situado en la tribuna de encima de la Puerta del Triunfo, a duras penas pudo contener sus lágrimas; recordaba que Ben Hur le había dicho que ocurriría *algo* al dar la vuelta a las columnas occidentales, y habían dado ya cinco vueltas sin que nada sucediese. Y decía para sí: "Esperemos la sexta." Y la sexta se estaba dando, y, sin embargo, Ben Hur galopaba a la zaga del coche enemigo. En la tribuna oriental los acompañantes de Simónides callaban. El mercader tenía la cabeza inclinada sobre el pecho. Ilderim mesábase la barba y fruncía las cejas, hasta el punto de ocultarle los ojos. Ester apenas respiraba. Sólo Iras parecía contenta.

Por la penúltima vez los carruajes recorrían la pista. Messala a la cabeza; detrás de él Ben Hur. Era la antigua carrera de Homero:

"Van delante,
golpeando veloces, los corceles
fereceos de Eumelo; detrás de ellos
Diomedes conduce sus troyanos,
a tan corta distancia, que parece
que en el carro de Eumelo van montados,
calentando su espalda con su aliento
y tocándole ya con sus cabezas".

Así llegaron a la primera meta y le dieron vuelta.

Messala, temeroso de perder la ventaja alcanzada, siguió rasando el muro hasta casi tocarlo; un palmo más a la izquierda, y carruaje y auriga hubieran volcado; sin embargo, después de dada la vuelta, nadie, al contemplar las huellas de los carros, hubiera podido decir: "Por aquí pasó Messala, por aquí el judío"; ambos dejaban un solo surco.

Ester vió el semblante de Ben Hur y le pareció más pálido que antes.

Simónides, más agudo observador que Ester, susurró al oído de Ilderim:

—Jeque, yo no soy buen juez, pero creo que Ben Hur está fraguando un proyecto en su mente. Su rostro me lo indica.

A lo que Ilderim repuso:

—¿Has visto a los caballos cuán frescos y brillantes estaban? Por el esplendor de Dios, no parece que hayan corrido. Mas ahora, ¡atención!

Quedaban una sola esfera y un solo delfín, y todo el pueblo respiró sabiendo que había ya llegado el principio del fin.

El sidonio dejó caer la correa de su látigo sobre el lomo de sus caballos, y casi locos del dolor y del miedo, los nobles animales se lanzaron adelante desesperadamente, amenazando ocupar el primer sitio. Pero el esfuerzo se agotó en la primera. El bizantino y el corintio hicieron igual tentativa con el mismo resultado, y desde entonces pudieron considerarse fuera de juego. Con una prontitud fácilmente explicable, todos los partidos, menos el romano, dirigieron sus votos a Ben Hur, animándolo con gritos salvajes.

—¡Ben Hur! ¡Ben Hur! —aullaron.

Y el retumbo de millares de voces llegó como una oleada hasta la tribuna consular.

—¡Hebreo, adelante!

—¡Al muro, al muro!

—¡Suelta tus árabes! ¡Látigo y rienda!

—¡Ahora o nunca!

Sobre el antepecho de la balaustrada se inclinaban mil cuerpos, tendiendo hacia él las manos.

O no lo oyó, o no podía hacer más; ya estaban a mitad de la última vuelta y no se había operado cambio alguno.

Messala, para darla, comenzó a tirar de las riendas de los caballos de la izquierda, lo que necesariamente hizo disminuir su velocidad. Su corazón latía en previsión de su próximo triunfo; más de un altar se había enriquecido con sus dones; el genio romano había de prevalecer. Sobre los tres pilares, a seiscientos pies de distancia, estaban fama, fortuna, honores y un triunfo que el odio hacía inefablemente dulce. ¡Todo esto le esperaba! En aquel instante, Malluch, desde la gradería, vió a Ben Hur echarse hacia adelante sobre el borde del carruaje y soltar las riendas sobre las espaldas de sus árabes. Los anillos del látigo se deshicieron en el aire con un silbo como de serpiente. No les tocó, pero su chasquido amenazador surtió el mismo efecto.

Al pasar de su posición rígida y tranquila a esta rapidez de acción, su rostro se encendió y sus ojos fulguraron; parecía que a través de las riendas se comunicaba su voluntad a los caballos, los cuales, como animados de un mismo impulso, correspondieron con un salto que los colocó al flanco del carro romano. Messala, cerca de la peligrosa vuelta de la meta, oyó, pero no quiso volver la cabeza. El público no le hizo advertencia alguna. El profundo silencio del Circo sólo era interrumpido por el rumor de los carruajes y la voz de Ben Hur, que en pura lengua aramea, lo mismo que el jeque, animaba a los caballos:

—¡Sus, Atair! ¡Sus, Rigel! ¡Antares, adelante! ¡Ahora va a flaquear tu ánimo, noble Aldebarán? Ya oigo cantar a las gentes del Desierto; ya oigo a las mujeres y a los niños cantar la canción de las estrellas. ¡Atair, Antares, Rigel, Aldebarán, victoria! Y este canto será eterno. ¡Caballos, adelante! Mañana os acogerán las tiendas de vuestros padres. ¡Adelante,

Antares! La tribu nos espera y el señor nos mira. ¡Victoria, victoria! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ah, ah! ¡El orgulloso está humillado! ¡La mano que nos hirió yace en el polvo! ¡Nuestra es la gloria! ¡Ah, ah! ¡Quietos! ¡La labor ha terminado! ¡Basta! ¡Alto!

Nada más sencillo, nada más instantáneo.

En el momento escogido para el golpe final, Messala estaba dando vuelta a la meta. Para pasarle delante, Ben Hur tenía que cortarle el camino, y precisamente recorriendo el mismo círculo con un radio algo mayor. Los millares de personas que ocupaban las gradas lo comprendieron todo: vieron la señal que dió Ben Hur, la magnífica respuesta, los cuatro caballos de flanco con el carruaje de Messala, la rueda interna del coche de Ben Hur detrás del carro del romano; todo lo vieron y comprendieron. Después oyeron un golpe seco que hizo temblar todo el Circo y vieron caer sobre la pista una lluvia de astillas blancas. El carro del romano se tambaleó y se inclinó sobre el costado derecho, tocando el suelo con la extremidad el eje. Dió dos saltos más y después cayó completamente destrozado, y Messala, enredado en las riendas, fué precipitado de cabeza entre sus propios caballos. Para aumentar el horror del espectáculo, el sidonio, que rasaba el muro a la zaga de Messala, no pudo detenerse o desviarse, y con toda su velocidad cayó sobre los restos del carruaje romano, en medio de los caballos de éste casi locos de terror.

Poco después, a través de la nube de polvo que veló por un momento la escena, se le vió retirarse, mientras el corintio y el bizantino seguían disparados como flechas el carruaje de Ben Hur. Los espectadores se pusieron de pie sobre los bancos, dando un prolongado grito. Algunos vieron a Messala debajo de las patas de los caballos y de las ruedas de ambos vehículos. No se movía, parecía muerto. Pero la mayoría sólo tenía ojos para Ben Hur. No advirtieron el hábil movimiento por el que, inclinándose un poco hacia la izquierda, había introducido en la delicada rue-

da de Messala la férrea punta de su eje, destrozándola; pero vieron el cambio operado. Sintieronse compenetrados de la súbita llama de su espíritu, de la heroica resolución, de la furiosa energía con que sus ojos, ademanes y voz lograron animar de improviso a sus árabes. Aquello no era correr, era más bien largos saltos de leones subyugados. A no ser por la pesadez del carro, se hubiera dicho que volaban. Cuando el bizantino y el corintio estaban aun a medio camino, Ben Hur daba la vuelta a la última meta.

¡Había ganado la carrera!

El Cónsul se levantó; el público gritó con toda la fuerza de sus pulmones; el director descendió de su asiento para ir al encuentro de los vencedores.

El afortunado vencedor del pugilato era un gigantesco sajón de cabellos rojos y de aspecto brutal, en quien, al mirarle por segunda vez, reconoció Ben Hur a su antiguo maestro en Roma, de quien había sido el alumno favorito. Después dirigió su vista al palco de Simónides. Todos le saludaron con la mano. Ester permaneció sentada; pero Iras se levantó, y con un gracioso movimiento del abanico le envió un beso, favor no menos embriagante, aunque sepamos, oh lector, que estaba destinado a Messala si hubiese éste obtenido la victoria.

El cortejo, saludado con nuevo y general aplauso, atravesó lentamente la Puerta Triunfal.

La fiesta había terminado.

CAPITULO XV

Ben Hur e Ilderim habían acordado partir a media noche del mismo día y seguir el camino recorrido por la caravana que había salido con treinta horas de anterioridad.

El jeque se sentía feliz; a pesar de haberle ofrecido presentes de rey, Ben Hur rehusó admitirlos, insistien-

do en que le bastaba la humillación infligida a su enemigo.

La generosa discusión no tenía trazas de terminar.

—Piensa —decía el jeque— todo lo que has hecho por mí. La fama de Mira y de sus hijos se pregonará en todas las tiendas negras, desde el Akaba al Océano, y a través de las tierras del Eufrates hasta el mar de Escitia. Y cuantos hablen de ellos me ensalzarán a mí y olvidarán que me encuentro al declinar de la vida. Todas las lanzas nómadas del desierto acudirán a mí y me reconocerán por su jeque. Tú no sabes qué significa el dominio que ahora tendré sobre el Desierto. Príncipes y mercaderes me pagarán innumerables tributos. Sí, por la espada de Salomón, César mismo tendrá que doblegarse ante mí. ¿Y tú no quieres nada, nada?

Y Ben Hur contestaba:

—No, jeque; ¿no tengo acaso tu afecto y tu ayuda? El incremento de tu poderío podrá ser útil al Rey que vendrá. ¿Quién dirá que no te haya sido concedido con este objeto? En la obra que voy a emprender tendré necesidad de ti. Rehusando hoy, podré pedir con mayor libertad después.

Mientras disputaban con tanta viveza, llegaron dos mensajeros. Malluch y un desconocido. El primero tuvo, naturalmente, la precedencia. Después de haber nuevamente manifestado su alegría por los sucesos del día, vino al objeto de su visita.

—Simónides me manda decirnos que después de los juegos algunos romanos se han apresurado a protestar contra el pago del premio.

Ilderim se irguió, gritando con voz estridente:

—¡Por el poder de Dios! El Oriente decidirá si la carrera ha sido ganada legalmente.

—No, buen jeque —dijo Malluch—; el director ha pagado.

—Está bien.

—Al decirle que Ben Hur chocó con la rueda de

Messala, el director rióse y recordóles el latigazo que recibieron los árabes al principio de la carrera.

—¿Y el ateniense?

—Ha muerto.

—¡Muerto! —exclamó Ben Hur.

—¡Muerto! —repitió Ilderim—. Sólo los monstruos romanos tienen suerte. Messala escapó.

—Sí, oh jeque, escapó con vida, pero ella le será de gran peso. Los médicos dicen que vivirá, pero que no podrá caminar nunca.

Ben Hur elevó los ojos al cielo silenciosamente. Representósele Messala hundido en su silla como Simónides, y como él llevado en hombros de los esclavos. Los buenos soportan fácilmente las enfermedades; mas, ¿cómo la soportaría, con su orgullo y su ambición, Messala?

—Simónides os hace saber además —prosiguió Malluch— que Samballat tropieza con dificultades. Druso y los que con él firmaron han apelado al Cónsul Majencio acerca del pago de los cinco talentos perdidos, y el Cónsul ha encomendado su decisión al César. También Messala se niega a pagar, y Samballat, siguiendo el ejemplo de Druso, ha puesto el asunto en manos del Cónsul. Los mejores romanos dicen que los que protestan deberán pagar, y todos los partidos contrarios opinan lo mismo. En la ciudad no se oye hablar más que de este escándalo.

—¿Y qué dice Simónides? —preguntó Ben Hur.

—Mi señor se ríe y está satisfecho. Si el romano paga, está arruinado, y si no paga, deshonorado. La política imperial decidirá. Ofender al Oriente sería un mal principio de la campaña contra los parthos; ofender al jeque Ilderim sería enemistarse con el Desierto, a través del cual corren todas las líneas de operaciones de Majencio. Por esto Simónides me encarga deciros que estéis tranquilos: Messala pagará.

El rostro de Ilderim se serenó súbitamente.

—Y ahora, vamos —exclamó, refregándose las manos—. El asunto queda en manos de Simónides, y no

puede salir mal. Mientras tanto la gloria es nuestra. Ordenaré que dispongan los caballos.

—Detente —dijo Malluch—. Allí fuera he dejado un mensajero. ¿Quieres verlo?

—¡Por el esplendor de Dios! Le había olvidado.

Malluch se retiró, dejando el paso a un joven de delicada apariencia y corteses maneras, el cual, doblando una rodilla, cumplió su mensaje.

—Iras, hija de Baltasar, envía al jeque Ilderim saludos y felicitaciones por la victoria alcanzada.

—La hija de mi amigo es atentísima —dijo Ilderim, brillándole los ojos—; llévale esta joya en señal de mi agradecimiento.

Y esto diciendo, se sacó del dedo un anillo.

—Lo haré como dices, oh jeque —prosiguió el page—. La hija del egipcio me ha dado también otro encargo. Ruega además al jeque Ilderim que notifique al joven Ben Hur que su padre mora actualmente en el palacio de Iderneo, en donde ella recibirá al joven judío mañana, después de la hora cuarta. Y si juntamente con sus congratulaciones, el jeque Ilderim quiere aceptar su reconocimiento por este segundo favor, Iras será felicísima.

El jeque miró a Ben Hur, que se ruborizó de alegría.

—¿Qué he de contestar? —preguntó.

—Oh, jeque, si me lo permites, iré a ver a la hermosa egipcia.

Ilderim sonrióse y dijo:

—La juventud no pasa más que una vez: ¿no debe el hombre aprovecharse de ella?

Ben Hur volvióse al mensajero:

—Dirás a la que te envía que yo, Ben Hur, me consideraré dichoso yendo a verla mañana al medio día en el palacio de Iderneo, en donde mora.

El adolescente irguióse, y después de una profunda inclinación de cabeza se alejó.

A media noche Ilderim se puso en camino, dejando un caballo y un guía para Ben Hur, que debía seguirle.

Y Ben Hur se quedó solo en Antioquía.

CAPITULO XVI

El día siguiente, media hora antes de la señalada para la cita, Ben Hur, saliendo del Omfalo, en el corazón de la ciudad, y atravesando las columnatas de Herodes, se dirigió al palacio de Iderneo.

Desde la calle penetró primero en un vestíbulo, desde el cual dos escaleras conducían a una galería superior. Leones alados la flanqueaban, y en el centro una gigantesca grulla dejaba caer de su pico en una ancha taza de mármol la cristalina agua. Los leones, la grulla, las escaleras recordaban el Egipto. Las paredes, los suelos, la bóveda, las escaleras, eran de piedra gris. Encima del vestíbulo, en la plataforma de la escalera, levantábase un pórtico tan ligero, de tanta gracia y de proporciones tan exquisitas, que sólo un cincel griego lo podía ejecutar. Columnas y arcos de mármol blanquísimos destacábanse como lirios sobre el color gris de la piedra.

Ben Hur se detuvo a la sombra del pórtico para admirar la delicadeza de su dibujo y la pureza del mármol; después penetró en el palacio. La ancha puerta estaba abierta para recibirle. El pasadizo en que se internó era elevado, pero estrecho, pavimentado con losas rojizas, con las paredes de igual color; pero esta misma sencillez avisaba y disponía el ánimo para las bellezas que habían de venir después.

Avanzaba lentamente, como saboreando el señorial silencio del lugar y pensando en el inminente coloquio con Iras, que lo estaría esperando con sus cantos y sus relatos, con la viveza de su espíritu, con su voz delicadamente sugestiva. Lo había mandado llamar una noche, sobre el lago, en el Huerto de las Palmeras; ahora le invitaba de nuevo en su magnífico palacio de Iderneo. Avanzaba como entregado a un delicioso sueño.

El pasadizo lo condujo ante una puerta cerrada, delante de la cual se detuvo; mas sus anchas hojas se

abrieron por sí solas sin rechinar, silenciosamente. Ninguna llave había girado en la cerradura; ninguna mano le había franqueado la entrada. La singularidad del caso le pasó inadvertida ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos.

Por el vano de la puerta pudo ver el vasto atrio de una casa romana de una magnificencia y riqueza fabulosas. Era imposible fijar la anchura de la sala, admirablemente disimulada por la armonía de sus proporciones. Bajando la vista, se admiró de estar pisando el pecho de una Leda que acariciaba el cuello de un cisne, y mirando en torno vió que todo el pavimento era un gran mosaico representando asuntos mitológicos. Alrededor de los muros, esparcidos por la sala en artístico desorden, había sillas y escabeles de formas artísticas distintas, mesas ricamente esculpidas y otomanas cubiertas con mórbidas pieles, que invitaban a recostarse sobre ellas. Todos estos muebles, juntamente con las esculturas y bajorrelieves de las paredes, se reflejaban en el lúcido pavimento y parecían sobrenadar en la superficie transparente de un lago.

El techo era abovedado, interrumpido en su centro por una gran abertura, a través de la cual derramábase la luz del día y transparentábase el azul del cielo. El *impluvium* que correspondía a la abertura estaba rodeado de una verja de bronce; las columnas doradas que sustentaban la bóveda en torno de la abertura brillaban como llama viva allí donde las hería el sol, y sus reflejos sobre el suelo parecían prolongarse a profundidad infinita. Raros candelabros pendían del techo o salían de las paredes en fantásticas curvas, alternando con estatuas y jarrones, formando en conjunto una sala digna de la quinta que sobre el Palatino compró Cicerón a Craso, o de aquella todavía más célebre por su rara magnificencia, la quinta Tusculana de Escauro.

Absorto en la admiración de cuanto veía, Ben Hur se paseaba por la sala, esperando. No estaba impaciente. Cuando Iras estuviera dispuesta, se presentaría o le

mandaría a llamar. En toda casa romana el atrio era la sala de recibo de los huéspedes.

Dos, tres vueltas dió por la habitación; luego se detuvo debajo de la abertura a contemplar la azul inmensidad del cielo que se extendía sobre su cabeza; después, no satisfecho aún, apoyóse en una columna para estudiar los efectos de luz y sombra. Mas no se presentaba nadie.

La espera empezó a fatigarle y comenzó a pensar sobre las posibles causas del retardo de Iras. Examinó de nuevo los dibujos del pavimento, pero le deleitaron menos que antes y aun llegó a descubrir algunos defectos. A intervalos se detenía a escuchar. La impaciencia comenzaba a ponerle frenético, y el silencio que le rodeaba se le hizo enojoso. Una vaga inquietud apoderóse de él y procuró inútilmente sofocarla.

—¿Estará dándose la última pincelada a los párpados, o quizá estará tejiendo una guirnalda para obsesquiarme? ¿Procurará aparecérseme más bella con el fin de que perdone su tardanza?

En tales reflexiones procuró buscar remedio a su fastidio y a la fiebre que le devoraba.

Sentóse a admirar un candelabro, un plinto correde-ro de bronce; en un lado se elevaban las ramas de una palmera; en el otro, una figura de mujer arrodillada ante un arca; las lámparas pendían a manera de frutos de las ramas del árbol; una maravilla en su género. Pero la ansiedad de aquel silencio no cedía ante la contemplación de tan bellísimo objeto. Aguzaba el oído, pero no oía el más leve rumor. El palacio estaba silencioso como una tumba.

Quizá había sido víctima de una equivocación. No, el mensajero había sido enviado por la egipcia, y aquel era el palacio de Iderneo. Después recordó que la puerta se había abierto misteriosamente, por sí sola, sin ruido. Iría a cerciorarse. Se dirigió hacia ella. Por más que se esforzó en caminar de puntillas, sus pasos resonaron desagradablemente y llegó a sentir miedo. Púsose nervioso. La pesada cerradura romana resistió a

la primera tentativa que hizo para abrirla; probó de nuevo, y la sangre se le heló en las venas; finalmente, intentó abrir la cerradura con un supremo esfuerzo; la puerta no se movió siquiera. Le sobrecogió el presentimiento de un peligro, y por un momento permaneció irresoluto. Mas, ¿quién en Antioquía tenía motivos para quererle mal?

—¡Messala!

¿Y este palacio de Iderneo? Había visto Egipto en el vestibulo; Atenas en el blanco pórtico; pero aquí, en el atrio, se le representaba Roma; todo cuanto le rodeaba denunciaba pertenencia romana. Ciertamente que el palacio estaba en una de las vías más populosas de la ciudad; mas precisamente por esta razón podía haber sido elegido por el genio audaz de su enemigo.

El atrio sufrió una metamorfosis: a pesar de su elegancia y de su belleza, no era más que una trampa. El temor nos lo pinta todo negro.

La idea de haber sido cogido como un pájaro en la liga ponía a Ben Hur fuera de sí.

A derecha e izquierda del atrio aparecían varias puertas que conducían probablemente a los dormitorios: intentó abrir una, pero sin resultado. Quizá haciendo ruido acudiría gente; pero se avergonzó de esta idea, y arrojándose sobre un diván, recogió sus pensamientos.

Evidentemente estaba preso; pero, ¿por qué motivo?, ¿por quién? ¿Era obra de Messala? Incorporóse, miró en torno y apuntó en sus labios una sonrisa de burla. De las paredes pendían armas, y armas había también encima de las mesas: sabría defenderse. ¿El hambre? Muchos pájaros habían muerto de ella en jaulas de oro; pero no pasaría así con él. Las estatuas de bronce y los muebles le podían servir de arietes, y su fuerza, triplicada por la ira y la desesperación, sabría derribar una puerta.

Messala no acudiría: no podía moverse del lecho, estaba paralizado como Simónides; sin embargo, podía enviarle otros sicarios comprados y dispuestos a cualquier delito. Ben Hur se levantó y examinó nuevamen-

te las puertas. Llamó una vez; pero el eco de su voz le llenó de pavor. Decidió esperar con calma por algún espacio antes de hacer una última tentativa.

En semejantes situaciones la mente tiene sus flujos y reflujos, con intervalos de tranquilidad entre unos y otros. Por fin, después de madura reflexión, concluyó pensando que se trataba sólo de un error o de un accidente. El palacio debía pertenecer indudablemente a alguien; tendría, por lo menos, un custodio, y éste acudiría a abrirle, si no dentro de una, dentro de dos horas. ¡Paciencia!

Con este pensamiento decidióse a esperar.

Había transcurrido media hora, que a Ben Hur le pareció muy larga, cuando la puerta por donde había entrado se abrió y cerróse silenciosamente, sin que él lo advirtiese, pues estaba sentado en la parte opuesta de la sala.

El rumor de los pasos le sobresaltó.

—¡Iras ya viene! —pensó, sintiendo a un tiempo alivio y alegría.

Mas los pasos eran pesados y acompañados del ruido que producen unas sandalias toscas.

Se puso de pie, y silenciosamente apostóse detrás de las columnas doradas que había en el centro de la sala. Al poco rato le pareció oír voces, voces de hombre, pero no pudo comprender lo que decían, porque hablaban un lenguaje desconocido en Oriente.

Después de examinar la estancia superficialmente, los extranjeros avanzaron por la izquierda, y Ben Hur pudo verlos; eran dos hombres, uno grueso, entrambos de elevada estatura y vestidos con túnicas cortas. No tenían aire ni de señores ni de domésticos de la casa. Todo cuanto veían excitaba su admiración, y se detenían a veces a tocar los objetos con curiosidad salvaje. Eran dos tipos vulgares, que parecían profanar el atrio con su presencia. Por otra parte, su aire seguro y desenvuelto revelaba una intención determinada. ¿Cuál?

Charlando con viveza, y deteniéndose ya aquí, ya allí, se acercaron a la columna detrás de la cual estaba Ben

Hur. Un chorro de luz inundaba el pavimento a poca distancia, iluminando el mosaico, que se pusieron a contemplar, permitiendo así a Ben Hur examinarlos detenidamente.

El prolongado silencio y el aire de misterio que reinaban en el palacio habían puesto a Ben Hur algo nervioso, y un estremecimiento de temor recorrió todas sus fibras cuando reconoció en el primero y más grueso de los extranjeros a aquel germano que había conocido en Roma, y que el día anterior en el Circo se había llevado el premio del pugilato; el rostro bronceado del hombre, señalado por las cicatrices de las innumerables luchas sostenidas y por las huellas de brutales vicios: los miembros vigorosos, verdaderas maravillas de lo que el ejercicio y la disciplina de la palestra pueden producir, amagaban una amenaza que era imposible desconocer. El instinto le dijo que el momento para un asesinato había sido demasiado bien escogido para ser fruto de una casualidad. Fijó su vista ansiosa en el compañero del gigante; un joven de ojos negros y de cabello oscuro, en la apariencia hebreo; y observó que ambos llevaban el traje propio del anfiteatro. De la suma de todas estas circunstancias sólo pudo deducir Ben Hur una conclusión: ¡había caído en una emboscada! Privado de humana ayuda, no tenía más recurso que morir en tan espléndida cárcel.

Dudoso e incierto, miraba ya al uno, ya al otro de aquellos hombres, mientras en su mente se desenvolvía aquel último milagro de la memoria en visperas de oscurecerse para siempre, la cual presenta a la conciencia del moribundo toda su vida pasada, y hace desfilan ante sus ojos el menor detalle de su existencia con toda la evidencia de la realidad. Hasta hacía pocos días él había sido el perseguido, el cordero. Mas ya se había efectuado en su vida el cambio que lo debía convertir en agresor y lo había de lanzar a aquel gran sueño de venganza y de gloria de que la jornada del día anterior había sido el primero e importantísimo paso. ¡Ave: había encontrado a su primera víctima! En un espíri-

tu puramente cristiano, esta imagen habría producido la debilidad del remordimiento. No así en Ben Hur, cuya alma había sido modelada sobre las doctrinas del gran legislador de su pueblo. El castigo de Messala era merecido, era justo. Dios era quien le había concedido la victoria, y este pensamiento acreció su confianza. Y no era esto sólo. Le habían dicho, y las circunstancias se lo habían asimismo confirmado, que el cielo le había elegido para una misión santa, como santo era el Rey que había de venir, una misión que legitimaba y consagraba la venganza cuando era necesaria. ¿Por qué, en los umbrales apenas de su grande empresa, tenía que asustarse?

Deshizo el nudo de la faja que le ceñía la cintura, y dejó caer al suelo la ancha vestidura blanca que llevaba, según la moda judía, para quedar sólo con la túnica, ni más ni menos que sus adversarios. Cruzando los brazos sobre su pecho, y apoyando la espalda en la columna, aguardó tranquilamente.

El examen del mosaico fué breve.

En seguida el germano se volvió y murmuró algunas palabras al oído de su compañero; entrambos miraron a Ben Hur. Cambiaron unas pocas palabras más en su lengua y avanzaron hacia él.

—¿Quiénes sois? —preguntó Ben Hur.

El germano se sonrió, sin que por ello se atenuase la brutal fiereza de su rostro, y repuso:

—Bárbaros.

—Este es el palacio de Iderneo. ¿Qué buscáis? Deteneos y contestad.

Su voz era tranquila, pero imperiosa. Ambos se detuvieron, y a su vez el germano preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Un romano.

El gigante echó atrás la cabeza, y dilatando la boca soltó una carcajada.

—¡Ja, ja, ja! He oído decir que un dios nació de una vaca a consecuencia de haber ésta lamido una pie-

dra de sal; pero no hay dios capaz de hacer un romano de un judío.

Después habló nuevamente a su compañero, y aproximáronse.

—¡Alto! —dijo Ben Hur separándose de la columna—. Una palabra.

Otra vez se detuvieron.

—¿Una palabra? —repitió el sajón, entrecruzando sobre el pecho sus poderosos brazos—. ¿Una palabra? Habla.

—Tú eres Thord el Germano.

Los azules ojos del gigante se abrieron por la sorpresa.

—Fuiste *lanista* en Roma.

Thord hizo una señal afirmativa.

—Yo fui tu discípulo.

—No —dijo Thord agitando la cabeza—. ¡Por la barba de Irmino! Nunca he tenido en mis manos un judío.

—Yo puedo probar mi aserto.

—¿Cómo?

—Vosotros venís aquí a matarme.

—Es cierto.

—Entonces deja que este hombre luche conmigo a solas, y te daré la prueba sobre su cuerpo.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos del germano. Murmuró dos palabras al oído de su compañero, a que éste dió su asentimiento. Después, volviéndose hacia Ben Hur, dijo con la complacencia de un niño que se divierte:

—Esperad que os dé la señal.

Dándole repetidos empujones con el pie, aproximó un diván, y con la mayor tranquilidad se tendió sobre él cómodamente. Después dijo con la mayor naturalidad:

—Empezad. ¡Ahora!

Sin preámbulos, Ben Hur se adelantó hacia su adversario.

—Defiéndete —le dijo.

El adversario levantó las manos y se dispuso a la lucha.

Colocados así uno enfrente del otro, no ofrecían en apariencia disparidad alguna; por el contrario, se parecían como dos hermanos.

El extranjero apuntaba en sus labios una sonrisa de confianza, mientras que el rostro de Ben Hur expresaba una seriedad y una resolución que hubiera sonado como advertencia y amenaza a quien hubiese conocido mejor su habilidad.

Entrambos sabían que la lucha era mortal. Ben Hur descargó un golpe con su diestra. El extranjero lo desvió avanzando ligeramente el brazo izquierdo. Antes de que pudiese ponerse otra vez en guardia, Ben Hur le aferró la muñeca con un apretón que los años pasados en el remo habían hecho terrible como un mordisco. La sorpresa fué completa.

Lanzarse hacia adelante, impulsar el brazo aprisionado, primero debajo de la barba del adversario, y después sobre su hombro derecho; hacer dar una media vuelta al hombre, de modo que presentase sin defensa el flanco izquierdo; asestarle un puñetazo, un solo puñetazo sobre la nuca, detrás de la oreja, fué faena de pocos segundos. El sicario cayó al suelo pesadamente, sin exhalar un grito, quedando inmóvil.

Ben Hur volvióse hacia Thord.

—¡Ah! ¿Qué? ¡Por la barba de Irminio! —gritó éste, atónito, levantándose.

Después se echó a reír.

—¡Ja, ja, ja! No lo hubiera hecho mejor yo mismo.

Contempló a Ben Hur tranquilamente de la cabeza a los pies y se acercó a él con patente admiración.

—Es mi treta, la treta que por espacio de diez años he practicado en las escuelas de Roma. Tú no eres judío. ¿Quién eres?

—¿Conociste al duunviro Arrio?

—¿Quinto Arrio? Sí, era mi señor.

—Arrio tenía un hijo.

—Sí —dijo Thord, mientras sus brutales facciones

se animaban con un relámpago de satisfacción—. Yo conocí a ese joven; hubiera sido el rey de los gladiadores. César le ofreció su favor. Yo le enseñé a dar ese golpe que tú acabas de dar, un golpe sólo posible a un puño y a un brazo como los míos. Más de una corona me ha valido.

—Pues bien, yo soy el hijo de Arrio.

Thord se le acercó y lo examinó atentamente; después sus azules ojos brillaron con placer ingenuo, y riendo, le tendió la mano.

—¡Ja, ja, ja! El me dijo que encontraría a un judío, a un perro judío, con la muerte del cual prestaría un servicio a los dioses.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Ben Hur, estrechándole la mano.

—¡El, Messala! ¡Ja, ja, ja!

—¿Cuándo, Thord?

—Anoche.

—Creía que estaba herido.

—No volverá ya a caminar. Me habló desde su lecho, entre lamentos y maldiciones.

Era un cuadro vivo de la realidad trazado con pocas palabras. Ben-Hur comprendió que el romano, a sobrevivir, le conservaría odio inextinguible y le sería siempre peligroso. Sólo la venganza le quedaba para endulzar su vida de miserias, pues sabido es que Samballat le había ganado toda la fortuna.

Ben Hur fijó sus ojos en lo porvenir, y vió de cuántos modos su enemigo podría estorbar sus designios e inutilizar la grande obra acometida en servicio del futuro Rey.

¿Por qué no recurrir a los medios empleados por el romano? Ese hombre, sobornado para asesinarle, se vendería también para matar a Messala. Y él podía ofrecerle una suma mayor.

La tentación era fuerte, y estaba ya a punto de ceder a ella cuando sus ojos se encontraron casualmente con el cadáver de su adversario, descubierto el rostro pálido tan semejante al suyo.

Le asaltó un pensamiento y preguntó:

—Thord, ¿cuánto te dió Messala para que me mataras?

—Mil sextercios.

—Los tendrás, y si ejecutas puntualmente mis órdenes, te añadiré tres mil por mi parte.

El gigante descubrió en alta voz su pensamiento.

—Ayer gané cinco mil sextercios; más mil del romano hacen seis mil. Dame tú cuatro mil, buen Arrio, y yo te ayudaré, aun cuando Thord, mi divino homónimo, me mate con su martillo. Dame cuatro mil sextercios, y a una sola palabra tuya mato al mentiroso patricio. No tengo más que tapar su boca con mi mano: así.

El ademán que acompañó a estas palabras era sugestivo.

—Comprendo —dijo Ben Hur—; diez mil sextercios son una fortuna. Te permitirán ir a Roma y abrir una nueva taberna en las cercanías del Circo Máximo y vivir como corresponde al primero de los *lanistas*.

Hasta las antiguas cicatrices del rostro del gigante se enrojecieron de alegría.

—Yo te daré cuatro mil sextercios —prosiguió Ben Hur—, sin pedirte que viertas nueva sangre. Escucha. ¿Tu compañero no tenía acentuado parecido conmigo?

—Os hubiera creído dos manzanas de un mismo árbol.

—Pues bien, si yo me pongo su túnica y le visto a él con mis hábitos, podemos partirnos tranquilamente y tú recibir igualmente tus sextercios de Messala. No tienes más que darle a entender que el difunto soy yo.

Thord rió hasta saltársele las lágrimas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ganar tan fácilmente diez mil sextercios en dos días! ¡Y una taberna junto al Circo! ¡Todo por una mentira, sin verter una gota de sangre. ¡Ja, ja, ja! Dame tu mano, ¡oh hijo de Arrio! Si vas a Roma alguna vez, no te olvides de visitar la taberna de Thord el Germano. ¡Por la barba de Irmino! Te daré

el mejor vino de Roma, aun cuando tenga que ir a robarlo de las bodegas de César.

Se dieron otro apretón de manos, después del cual disfrazaron el cadáver, cuya túnica y sandalias se vistió Ben Hur. Cuando estuvieron listos, el gigante golpeó la puerta, que se abrió. Descendieron a la calle, y así que llegaron al Omfalo se separaron.

—¡No te olvides de la taberna junto al Circo, oh hijo de Arrio! ¡Ja, ja, ja! ¡Por la barba de Irmino! Nunca se ganó mejor otra fortuna. ¡Los dioses velen por ti!

Esta fué la despedida del gladiador.

Al dejar el atrio, Ben Hur había dirigido una última mirada al sicario que yacía en tierra con su traje hebreo, y había quedado satisfecho. La semejanza era perfecta. Si, como era de esperar, Thord callaba, el engaño no corría trazas de ser descubierto.

Aquella noche, en casa de Simónides, Ben Hur refirió al mercader cuanto le había sucedido en el palacio de Iderneo, y ambos convinieron en que, pasados algunos días, se haría una denuncia con el fin de descubrir el paradero del desaparecido hijo de Arrio. Para ello acudirían al mismo Majencio, y entonces si el misterio no se descubría, Messala y Grato quedarían dichosos y contentos con la creencia de la muerte de Ben Hur, mientras éste se habría dirigido con toda libertad a Jerusalén con objeto de practicar averiguaciones acerca del paradero de su familia.

Al marcharse, Simónides, sentado en su poltrona encima de la terraza, dió al joven la bendición del Señor con paternal afecto, mientras que Ester le acompañó hasta la escalera.

—Si llego a encontrar a mi madre, oh Ester, tú irás a reunirte con ella en Jerusalén y serás una hermana para mi Tirzah.

Y al pronunciar estas palabras, la besó.

¿Fué solamente un ósculo de hermano?

El joven cruzó el río y se dirigió al desierto Huer-

to de las Palmeras, en donde le esperaba un guía con dos caballos.

—Este es el tuyo —díjole el árabe indicándole uno.

Ben Hur lo miró: era Aldebarán, el más rápido y el más hermoso de los hijos de Mira, y después de Sirio, el preferido de su señor. Ben Hur sabía que en aquel regalo iba envuelto el corazón del anciano jeque.

El cadáver encontrado en el atrio fué sepultado; un correo de Messala partió el mismo día para Cesarea con el fin de anunciar a Valerio Grato la muerte de Ben Hur, esta vez cierta e indudable.

No mucho tiempo después de estos sucesos, en los alrededores del Circo Máximo abrióse una taberna con esta muestra: *Thord el Germano*.

FIN DEL LIBRO QUINTO



LIBRO SEXTO

CAPITULO PRIMERO

Los sucesos que vamos a narrar acaecieron tres días después de la noche en que Ben Hur abandonó Antioquía para ir a reunirse en el Desierto con el jeque Ilderim.

Un gran acontecimiento, grande por lo menos con respecto a la suerte de nuestro héroe, ha tenido efecto: a Valerio Grato ha sustituido Poncio Pilatos.

La destitución, hagámoslo constar, costó a Simónides cinco talentos en moneda romana, pagados a Sejano, que entonces estaba en el apogeo de su poderío como favorito imperial; el fin de esta tentativa fué disminuir los peligros que podían rodear a Ben Hur durante su permanencia en Jerusalén o en sus alrededores, permanencia que hacía necesaria la busca de su familia. A este piadoso fin dedicaba el siervo las ganancias obtenidas sobre Druso y sus compañeros, los cuales, por el solo hecho de haber pagado sus apuestas, se granjearon, como es lógico, la envidia de Messala, cuya reputación en Roma no llegó nunca más a recobrar la antigua fama. A pesar de ser breve el tiempo que residían en Jerusalén los romanos, los judíos sabían que el cambio no podía, por lo pronto, traerles grandes ventajas.

Las cohortes enviadas a sustituir la guarnición de Antioquía efectuaron su entrada en la ciudad al anochecer. Al siguiente día el primer espectáculo que se ofreció al pueblo fué el de los muros de la antigua To-

rre adornados con enseñas militares, que consistían en bustos de los emperadores, completados con águilas y esferas, representando el mundo. Una numerosa multitud se encaminó a Cesarea, donde moraba Pilatos, para suplicarle que mandase quitar aquellas imágenes odiadas. Cinco días con sus noches circundó las puertas de su palacio, sin conseguir nada, hasta que por fin accedió a celebrar una reunión con los jefes en el Circo. Cuando estuvieron reunidos allí, les rodeó de soldados; pero en vez de encontrar resistencia, encontrólos humildes y dispuestos a sacrificar sus vidas. Vencido por este nuevo método, Pilatos concedió lo que se le había pedido, e hizo conducir las imágenes y las enseñas a Cesarea, en donde Grato, reflexionándolo justamente, había tenido ocultos aquellos signos de abominación durante los once años de su gobierno.

Aun los hombres más malvados ocultan a veces con buenas acciones su perversidad. Pilatos ordenó hacer una inspección en todas las cárceles de Judea y una lista con los nombres de todas las personas encarceladas, juntamente con una relación de los delitos de que se les acusaba. Sin duda el motivo era el tan común entre los oficiales que entran en el ejercicio de sus funciones: el temor de la responsabilidad, que correspondería a su antecesor. El pueblo, sin embargo, pensando en el bien que podía reportarle dicha medida, elogiaba a Pilatos, y por un corto período se alegró y consoló con su advenimiento. Las pesquisas efectuadas proporcionaban revelaciones asombrosas. Centenares de personas fueron puestas en libertad por no haber cometido delito; otras, a quienes hacía años se creía ya muertas, volvían a gozar la luz de que habían sido privadas en sombrías cárceles; y, lo que es peor todavía, se encontraron cárceles subterráneas de que no se tenía noticia y de las que se habían ya olvidado las mismas autoridades carcelarias. Precisamente sobre una de estas prisiones desconocidas en Jerusalén llamamos la atención del lector.

La Torre Antonia, que, como ya hemos dicho, ocu-

paba dos tercios del área sagrada en el monte Moria, fué en su principio un castillo construído por los macedonios. Más tarde, Juan Hircano convirti6 el palacio en fortaleza para la defensa del Templo, y en aquella época era considerado inexpugnable. Pero a su advenimiento, Herodes, con su atrevido genio, reforzó sus muros y ensanch6los, dejando en medio una vasta construcción capaz para todas las dependencias necesarias a una fortaleza, como son oficinas, cuarteles, armerías, almacenes, cisternas y, no últimas en importancia, prisiones de toda clase. Nivel6 la roca maciza y la excav6 para echar los cimientos de una construcción, uniéndola al Templo con una enorme columnata, desde cuya cima se descubrían perfectamente los patios del sagrado edificio. En tales condiciones la Torre fué a parar desde sus manos a las de los romanos, los cuales no tardaron en descubrir sus ventajas y a destinarla a usos más dignos. Durante el gobierno de Grato era una ciudadela fortificada y una cárcel subterránea para los revolucionarios. ¡Ay si las tropas salían de aquellas puertas para reprimir un desorden! ¡Ay del hebreo que entrase en ella como arrestado! Mas después de esta pequeña digresión, reanudemos el hilo de nuestra historia.

La orden del nuevo procurador, que solicitaba una relación de las personas encarceladas, fué recibida en la Torre Antonia y cumplida solícitamente; dos días habían transcurrido desde que el último prisionero había sido llamado a declarar. El informe próximo a ser despachado, estaba sobre la mesa del tribuno; dentro de cinco minutos sería remitido a Pilatos, que habitaba el palacio del monte Sión.

La oficina del tribuno era espaciosa y fresca, amueblada en conformidad con la importancia de funcionario investido con tan importante cargo. El tribuno parecía fatigado e impaciente; así que le hubiesen ido a buscar el informe, subiría a la terraza de la columnata para respirar y pasearse, contemplando a los hebreos en los patios del Templo. Sus dependientes y criados

compartían con él su impaciencia. Mientras esperaba, apareció un hombre en la puerta; hacía resonar un manojo de llaves, cada una pesada como un martillo, con lo cual logró atraerse la atención del tribuno.

—¡Ah, Gesio! Entra —díjole.

Mientras el recién venido se aproximaba a la mesa detrás de la cual estaba sentado el jefe en una silla de brazos, todos los presentes le contemplaron, y al observar en su semblante cierta expresión de miedo o de disgusto, permanecieron silenciosos para poder mejor escucharle.

—¡Oh tribuno! —comenzó, haciendo una profunda reverencia—, tengo temor de disgustarte diciendo lo que debo decirte.

—¿Otra equivocación? ¿Eh, Gesio? ¿Otra condena injusta?

—Si pudiese convencerme de que no es más que un simple error, no tendría temor semejante.

—¿Se trata, pues, de un crimen? ¿O bien de una transgresión a una orden dada? Puedes ofender a César y renegar de los dioses, y vivir, sin embargo, pero no si la ofensa se refiere a las águilas. Tú lo sabes, Gesio. Mas prosigue.

—Cumplen ahora ocho años desde que Valerio Grato me nombró custodio de los presos aquí en la Torre —dijo con calma el hombre—. Recuerdo aún el día en que inauguré mi servicio. Había habido un motín el día anterior, y la sangre había corrido por las calles. Matamos algunos judíos, y también tuvimos víctimas por nuestra parte. El motín se produjo, por lo menos así me lo dijeron, con motivo de una tentativa de asesinato contra Grato, que cayó del caballo a consecuencia de habersele arrojado una teja desde una azotea. Yo encontré a Grato sentado precisamente donde te sientas tú, oh tribuno, y con la cabeza vendada. Me notificó mi nombramiento y me entregó estas llaves, numeradas en correspondencia con los calabozos: eran las insignias de mi cargo, y jamás podía abandonarlas. Encima de la mesa había un rollo de pergaminos. Lla-

mándome, los desarrolló. "Este, prosiguió, muestra la disposición del último piso; éste la del segundo, y el otro la del primero. Te los confío." Yo los tomé, y él añadió: "Ya tienes las llaves y los planos; ve ahora inmediatamente a enterarte del reglamento de las cárceles; visita todas las celdas, y observa en qué condiciones se encuentran.

Cuando sea necesaria alguna reparación para mejor seguridad de los presos, ordena lo que mejor te parezca, porque, mientras yo mande, serás tú el jefe de la cárcel, y nadie en ella tendrá tu autoridad." Saludé, y me disponía a marcharme, cuando me llamó nuevamente. "¡Ah! Me olvidaba, añadió; dame el plano del segundo piso." Se lo entregué y lo extendió sobre la mesa. "Gesio, ¿ves este calabozo?" Y puso el dedo sobre el marcado con el número V. En él hay tres hombres de carácter revolucionario. Dueños de un secreto de Estado, pagan ahora su curiosidad, la cual (y me miró severamente) es, en casos como éste, mucho peor que un delito. En pena de la culpa cometida se les han quitado los ojos y la lengua, y así deberán permanecer toda su vida. Sólo podrán recibir cada día la comida y bebida a través de una cavidad practicada en el muro. ¿Comprendes, Gesio?" Hice signos afirmativos. "Bien está, dijo; ahora voy a recomendarte otra cosa que no debes olvidar jamás", y me miró de modo amenazador. "La puerta de esa celda, la celda número V del mismo piso, ésta, Gesio (y puso el dedo sobre el croquis de la celda para que me quedase impresa), no deberá jamás abrirse por ningún motivo, ni para dejar entrar o salir a nadie, ni siquiera tú mismo." "Pero, ¿y si mueren?", pregunté. "Si mueren, repuso, la celda será su tumba. La celda está infectada de lepra, ¿comprendes?" Y esto dicho, me despidió.

Gesio calló, y de su túnica sacó tres pergaminos murgrientos por el tiempo y por el uso; eligiendo uno, lo extendió encima de la mesa ante el tribuno, diciendo simplemente:

—Este es el primer piso.

Todos los presentes examinaron la planta.

CORREDOR					●
V	IV	III	II	I	

—Esta es precisamente, oh tribuno, la misma planta que recibí de Grato. Mira; esta es la celda número V —dijo Gesio.

—Lo veo —repuso el tribuno—. Prosigue. La celda está infectada de lepra...

—Desearía hacerte una pregunta —interrumpió el carcelero.

El tribuno demostró con un signo su aquiescencia.

—¿No tenía yo el derecho, después de las afirmaciones que se me hicieron, de creer que el plano era exactísimo?

—No podías creer otra cosa.

—Pues bien, el plano no es exacto.

El tribuno le miró sorprendido.

—No es exacto —replicó el custodio—. Sólo indica cinco calabozos en ese piso, y los calabozos son seis.

—¿Seis, dices?

—Os mostraré el plano como es en realidad, o como creo que es.

Sobre una de las tablillas de su memorándum diseñó el plano que sigue y lo presentó al tribuno:

CORREDOR					●
V	IV	III	II	I	
VI					

—Has hecho perfectamente —dijo el tribuno examinando el diseño y creyendo que el relato había termi-

nado—. Haré corregir el plano, o mejor dicho, hacer un nuevo plano para tu uso. Ven a buscarlo mañana.

Y dicho esto, se levantó.

—Oyeme un momento, oh tribuno.

—Mañana, Gesio, mañana.

—Lo que me resta que decirte es de suma urgencia.

El tribuno volvió a ocupar su sitio condescendentemente.

—Seré breve —dijo con humildad el carcelero—. Pero permíteme que antes te pregunte una cosa: ¿No tenía el derecho de creer a Grato con respecto a cuanto me dijo acerca de los presos de la celda número V?

—Sí, tu obligación era creer que en la celda existían tres prisioneros de Estado, mudos y ciegos.

—Pues bien —dijo el carcelero—, ni siquiera esto era verdad.

—¿No? —interrumpió con interés el tribuno.

—Oyeme y juzga tú mismo, oh tribuno. Conforme me ordenaste, he visitado todas las celdas, comenzando por las del piso último, y terminando por las del inferior. La orden de que la puerta de la celda número V no se abriese nunca había sido respetada: por espacio de ocho años se introdujeron diariamente por el agujero existente en el muro comida y bebida para tres hombres. Ayer quise abrir la puerta para ver a los miserables que contra toda previsión habían podido vivir tan largo tiempo. La llave no entraba en la cerradura. Empujamos la puerta, y cayó destrozada sobre sus goznes. Al penetrar sólo encontré a un hombre viejo, ciego, mudo y desnudo. Sus cabellos le caían en desorden sobre la espalda. Su piel estaba endurecida como pergamino. Tendió las manos y mostró sus uñas largas y retorcidas como las garras de un ave. Le pregunté donde estaban sus compañeros, y sacudió la cabeza negativamente. En la esperanza de encontrarlos, registramos el calabozo. Las paredes y el suelo estaban desnudos. Si allí dentro hubieran estado encerrados tres hombres, y dos de ellos hubiesen muerto, por lo menos se habrían encontrado los huesos.

—Por esto crees...

—Creo, oh tribuno, que sólo ha habido allí un prisionero durante estos ocho años.

El tribuno miró al carcelero con ojos profundamente escrutadores, y dijo:

—Ten cuidado. Tú acusas a Valerio Grato de algo más que de una mentira.

Gesio se inclinó, pero dijo:

—Pudo haber sido víctima de un engaño.

—No; él tenía razón —replicó con viveza el tribuno—. Resulta de tu mismo relato. ¿No has dicho hace poco que durante ocho años se han suministrado comida y bebida para tres hombres?

Los presentes aprobaron la perspicacia de su jefe; pero Gesio no parecía darse por vencido.

—No has oído aún siquiera la mitad de mi relato, oh tribuno. Cuando lo hayas oído por entero, serás de mi mismo parecer. ¿Quieres saber qué hice de aquel hombre? Le hice dar un baño, mandé que lo calzaran y vistieran, y después lo conduje a la puerta de la Torre y le devolví la libertad. Creí haberme librado de él; pero hoy ha vuelto y ha sido conducido a mi presencia; con signos y con lágrimas me ha dado a entender que su deseo era retornar a la celda, y se lo he concedido. Mientras se lo llevaban, se ha separado un momento, me ha besado los pies, y después con mudas pero conmovedoras súplicas, ha insistido para que le acompañase. He accedido. El misterio de los tres hombres estaba todavía impreso en mi memoria, y me recordaba la conciencia no haber llevado hasta el fin mis averiguaciones. Ahora estoy satisfecho de haber accedido a las súplicas de aquel ciego.

Todos los circunstantes guardaron profundo silencio.

—Cuando llegamos a la celda y el prisionero lo supo, me cogió presurosamente la mano y me condujo enfrente de una cavidad semejante a aquella a través de la cual le pasábamos desde el corredor la comida. A pesar de tener la anchura de un yelmo, no me había fijado en ella el día anterior. Sin soltar mi mano, acercó su

rostro a la cavidad y dió un grito semejante al rugir de una fiera. Una voz débil contestó. Asombrado, llamé fuertemente: "¡Hola!", pero al principio no obtuve respuesta alguna. Llamé de nuevo, y entonces oí estas palabras: "¡Bendito seas, Dios mío!" Mi sorpresa fué en aumento, oh tribuno; la voz era de mujer. Le pregunté: "¿Quién eres?", y me replicó: "Una mujer de Israel, aquí sepultada con su hija. Socorrednos pronto o moriremos." Les di seguridad de mis buenas disposiciones y corrí aquí para saber tu voluntad.

El tribuno se levantó apresuradamente.

—Tenías razón, Gesio —dijo—, y ahora comprendo. El plano es falso, y también es una falsedad la historia de los tres hombres. Romanos ha habido mejores que Valerio Grato.

—Sí —dijo el carcelero—, puesto que he sabido que el prisionero había dado con regularidad a la mujer la comida y bebida recibidas.

—La razón es clara —dijo el tribuno.

Y observando el semblante de sus amigos y reflexionando que haría bien en tener testigos, añadió:

—Salvemos a las dos mujeres. Venid todos.

Gesio se mostraba satisfecho.

—Será necesario perforar la pared —dijo—. Yo pude encontrar el sitio en donde se abría la puerta, pero ha sido tapiada con piedra y cal.

El tribuno se detuvo para decir a su escribano:

—Manda allí hombres con los instrumentos necesarios. Date prisa y conserva el plano, que parece exacto.

Poco después se encaminaban todos a la cárcel.

CAPITULO II

Para comprender cómo vivieron madre e hija durante estos ocho años, hemos de recordar el primor y la cultura del ambiente en que estaban habituadas a vivir. Las condiciones nos son agradables o desagradables, se-

gún nuestras costumbres y nuestros sentimientos. No sería una paradoja afirmar que si acaeciese un imprevisto éxodo de todos los hombres del mundo hacia el Paraíso, tal como nos lo representa la doctrina cristiana, no resultaría un paraíso para los más, y, por otra parte, los sufrimientos del infierno no nos llegarían a todos con igual intensidad. Justamente para dar una idea adecuada de las morales torturas que esperaban a las dos mujeres en la cárcel de la Torre Antonia, es que al principio de nuestro relato nos hemos detenido en describir el palacio de los Hur con tanta riqueza de pormenores, y la escena desarrollada entre Judá y su madre en la terraza del mismo. La compasión y la simpatía del lector serán tanto mayores cuanto más, abstrayéndose de los simples dolores físicos, pueda imaginarse los sufrimientos morales e intelectuales de las dos mujeres. Recordemos la conversación entre madre e hijo, en la cual ella le hablaba de Dios, de su pueblo escogido, de los héroes, ya con la doctrina de un filósofo, ya con la inspiración de un poeta, pero siempre con el corazón de madre; y en posesión de tales pensamientos, descendamos a su celda.

—Una mujer de Israel, aquí sepultada con su hija. Socorrednos pronto o moriremos.

Ésta fué la contestación que Gesio, el carcelero, oyó salir de la celda VI, según el dibujo por él trazado ante el tribuno. El lector reconocerá por esta contestación quiénes eran las infelices, y exclamará sin duda: “¡He aquí, por fin, a la madre y a la hermana de Ben Hur!”

Efectivamente, ellas eran.

Ocho años antes, la mañana de su apresamiento, fueron conducidas a la Torre, en donde Grato había dispuesto que las encerrasen. Había escogido aquel lugar porque era el que estaba bajo su más inmediata vigilancia, y la celda VI, porque estaba separada de las otras y además infectada de lepra, con lo cual daba a entender que era su voluntad que las presas estuviesen encerradas, no en una cárcel segura y sana, sino en una verdadera tumba. Por esto fueron allí conducidas por

esclavos en un momento que no hubiese testigos, esclavos a los que, después de cumplir el mandamiento cruel y de tapiar la puerta, se hizo desaparecer, sin que se supiese nada más de ellos. A fin de que las víctimas sufriesen más prolongado martirio, Grato colocó en una celda próxima a aquélla un condenado ciego y mudo para que les pasase los alimentos a través de una cavidad.

El pobre hombre no podría nunca relatar su historia ni reconocer a sus prisioneras o a sus jueces. Así, con una astucia debida en parte a Messala, el romano, con el pretexto de castigar a una banda de asesinos, encontró modo de confiscar los bienes de los Hur, de los cuales nada llegó a las arcas imperiales. Como cumplimiento de la última parte de su proyecto, Grato redujo a silencio al antiguo carcelero, no por temor de que se enterase de lo ocurrido, puesto que en realidad nada podía saber, sino porque, conociendo como conocía los subterráneos, hubiera sido imposible ocultárselo largo tiempo. Con sorprendente habilidad hizo el procurador trazar nuevos planos topográficos, omitiendo, como hemos visto, la celda VI; las infelices presas podían considerarse sepultadas para siempre.

La celda VI era exactamente igual a la que había diseñado Gesio. No ha sido posible obtener datos exactos sobre sus dimensiones; sólo se sabe que era estrecha, abierta en la roca viva.

Al principio el castillo de los Macedonios estaba separado del Templo por una estrecha roca. Los obreros, deseosos de construir una serie de cámaras, comenzaron a excavar la fachada Norte de esta roca, y continuaron internándose, dejando un techo natural rocoso; después construyeron las celdas V, IV, III, II y I, sin ponerlas en comunicación con el número VI. Únicamente la celda V tenía una cavidad que las comunicaba. Después construyeron el corredor y la escalera que debía conducir al piso superior.

El procedimiento fué igual al empleado en las tumbas de los reyes, que se ven hoy todavía a poca distan-

cia de Jerusalén, sólo que, terminadas las excavaciones, la celda VI fué cerrada por su lado exterior con un muro en el cual se dejaron estrechas aberturas para el paso del aire. Cuando Herodes se apoderó del templo y de la torre, hizo reconstruir estos muros más sólidamente y cerró todas las aberturas, menos una, la cual, si bien permitía pasar un poco de luz y de aire puro, dejaba la celda en la oscuridad más desoladora.

Las dos mujeres estaban acurrucadas junto al muro en que se abría la abertura, la una sentada, la otra medio echada, apoyándose en la desnuda roca. Estaban completamente faltas de vestidos, y la luz, penetrando desde lo alto, les daba el aspecto de espectros. Su recíproco afecto, todavía vivo, se nos revela viéndolas una en brazos de otra. La riqueza, los consuelos y las esperanzas pueden desaparecer, pero el amor permanece. El amor es eterno.

El terreno sobre el cual las mujeres están tendidas es completamente liso. ¿Quién puede contar los momentos que durante los ocho años habían permanecido sentadas delante de la única abertura, a través de la cual un tímido pero amigo rayo de luz reavivaba sus esperanzas?

Cuando la luz aparecía, comprendían que alboreaba; cuando se iba, sabían que descendía la noche, en ningún sitio tan larga y tan oscura como allí... ¿El mundo? A través de aquella hendidura, como si hubiese sido ancha y alta como la puerta de un real palacio, recorríanlo con su fantasía, la una en busca del hijo, y la otra en la del hermano. Creíanle navegando por el mar o desembarcando en las islas, hoy en ésta, mañana en otra ciudad, pero viajando siempre, sin tregua, ya que, lo mismo que vivían ellas esperándolo, debía vivir él buscándolas. ¡Cuántas veces, a pesar de su separación, se unían con él en el pensamiento! El mayor consuelo para ellas era decirse: "Mientras viva, no nos olvidará, y mientras él se acuerde de nosotras, no nos abandonará la esperanza." ¿Quién puede comprender, si no

lo ha experimentado, toda la fuerza que puede infundir un nunca?

El recuerdo de aquellos días pasados tan miserablemente nos impone el respeto; sus padecimientos les revisten a nuestros ojos de santidad. Aun sin aproximarnos al calabozo, comprendemos que han de haber sufrido una gran transformación, no debida al tiempo ni a su encierro. La madre era bella como mujer, la hija bella como doncella. Ni un amigo podía decir hoy de ambas la misma cosa. Sus cabellos eran largos, desgreñados, completamente canos, y de toda su persona desprendíase un aire de repulsión que habría detenido al visitante más animoso. Quizá sufrían por la atmósfera malsana, por las torturas del hambre y de la sed, que no podían satisfacer desde que su servidor, el forzado ciego y mudo, les había sido quitado. Tirzah, lamentándose, se apoyó en su madre y le ciñó el cuello con sus brazos al mismo tiempo que le daba un beso.

—Tranquilízate, Tirzah, vendrán; Dios es bueno. Nos hemos acordado siempre de El y no nos hemos olvidado de invocarle cada vez que oíamos el sonido de las trompetas del Templo. Mira, todavía es claro y el sol brilla. No pueden ser más que las siete. Alguien vendrá. Yo creo, y Dios es bueno.

Así habló la madre. Sus palabras eran sencillas y persuasivas, aun cuando Tirzah, que había cumplido trece años cuando la vimos por vez última, ahora, aun añadiéndole los ocho de cárcel, no fuese más que una niña.

—Probaré a ser fuerte, madre —dijo—. Tus sufrimientos deben ser tan grandes como los míos y yo quiero absolutamente vivir para ti y para mi hermano. Mas mi lengua y mis labios se abrasan. ¡Quién sabe dónde se encuentra ahora! ¡Quién sabe si logrará salvarnos!

Sus voces impresionaban de modo extraño: eran duras, agudas, de sonido metálico.

La madre estrechó contra su pecho a su hija y le dijo:

—Anoche soñé, Tirzah, y le ví cerca de mí como te veo a ti ahora. Hemos de dar crédito a los sueños: también nuestros padres se lo daban. El señor les habló así diferentes veces. Me parecía encontrarme contigo en el Patio de las mujeres, frente por frente de la Puerta Magnífica, y en compañía de muchas personas, cuando Judá entró mirando a un lado y a otro; le ví de pie en el umbral de la puerta. Mi corazón latió violentamente. Adiviné que venía en busca nuestra, y corrí a su encuentro abriéndole los brazos y llamándolo por su nombre. Me oyó, me miró, pero no me reconoció. La visión desapareció en un momento.

—¿No sucedería acaso así, oh madre, si realmente le encontrásemos? ¡Estamos tan cambiadas! ¡Quién sabe si nos reconocería!

—Sí, podría darse el caso de que no nos reconociese; pero...

Y la madre inclinó su cabeza; su semblante se anubló como si fuese herida por agudo dolor. Después, volviendo a tomar la palabra, añadió:

—Pero podríamos hacer que nos reconociera.

Tirzah levantó los brazos al cielo y pidió con voz lastimera:

—Dame agua, oh madre, un poco de agua. Una sola gota me bastaría.

La madre tendió la vista en derredor, confundida al verse impotente para satisfacer la sed de su hija.

Había nombrado a Dios tantas veces, le había prometido tanto en nombre suyo, que le parecía un escarnio el repetir la súplica.

Pasó una sombra por delante de la hendedura, oscureciendo la débil claridad, y pensó en la muerte que iba cada vez más avicinándose y le esperaba así que su fe se extinguiera.

Inconsciente de lo que hacía, hablando como un autómata, sólo porque debía hablar para confortar a su hija, exclamó:

—Ten paciencia, Tirzah; ya vienen; están ahí casi.

Le pareció oír un rumor proveniente de la celda ve-

cina, su única comunicación con el mundo exterior. En efecto, no se equivocaba. Después de uno o dos minutos el grito del forzado resonó a través de la celda. Tirzah lo oyó también, y ambas se levantaron estrechándose las manos.

—¡Gracias al Señor para siempre! —exclamó la madre con el fervor de una persona que hubiese recobrado la fe y la esperanza.

—¡Hola! —oyeron gritar; y después: —¿Quién eres?

La voz era desconocida. ¿Qué sucedía? Exceptuadas las palabras que había cambiado con Tirzah, eran éstas las primeras y únicas que había oído durante ocho años. ¡Qué gran salto, de la muerte a la vida, y qué salto más repentino!

—Una mujer de Israel, aquí sepultada con su hija. Socorrednos pronto o moriremos.

—Animaos. Ya volveré. *

Las mujeres rompieron a llorar: habían sido encontradas e iba a prestárseles socorro. De deseo en deseo, sus esperanzas volaban veloces como las golondinas. Pues habían sido encontradas, se las pondría en libertad. Recobrarían todo cuanto habían perdido: casa, amigos, posesiones, libertad, hijo y hermano. La escasa luz les celaba aún las bellezas del día; pero olvidando sus sufrimientos, la sed, el hambre y el peligro continuo de morir, ambas mujeres cayeron al suelo llorando, estrechamente abrazadas una a otra.

No tuvieron que esperar mucho: Gesio fué lo más breve posible, y el tribuno era hombre activo.

—Prisioneras —gritó desde la abertura—, ¿en dónde estáis?

—Aquí —repuso la madre levantándose.

Y al mismo tiempo oyó un rumor, procedente del otro lado, como de golpes dados contra el muro, golpes rápidos, sonoros, dados por ferrados instrumentos. Madre e hija permanecieron silenciosas, sabedoras de lo que esto significaba: un camino de libertad se abría ante ellas. Como hombres encerrados por largo tiem-

po en profundas minas oyen la llegada de sus salvadores, anunciada por el martillo y por el pico, ellas sentían que sus corazones latían más velozmente y sus ojos se fijaban en el sitio de donde los golpes procedían. Los brazos que trabajaban al otro lado eran fuertes; las manos, hábiles, y la buena voluntad no faltaba seguramente. Los golpes se hacían cada vez más vigorosos; a intervalos caía estrepitosamente un trozo de muro, y la libertad iba avicinándose. Se escuchaban las voces de los operarios. Y... ¡oh alegría!, un resplandor de luz rojiza, de luz de antorcha, espiraleaba a través de una hendidura, alejando las tinieblas con una claridad intensa, hermosa como los primeros rayos de la mañana.

—¡Es él, madre, es él! ¡Por fin nos ha encontrado!
—gritó Tirzah con toda la viveza de su juventud.

Pero la madre repuso dulcemente:

—¡Dios es bueno!

Una piedra cayó dentro de la celda, después otra, después una masa entera, y la puerta se abrió. Penetró un hombre desfigurado por el polvo y por la cal, y levantando sobre su cabeza una antorcha, se detuvo. Siguiéronle otros dos o tres, también con antorchas, y se pusieron a un lado para dar paso al tribuno.

El respeto a las mujeres no es del todo una cosa convencional, sino un natural homenaje a su sexo. El tribuno se detuvo al ver que se refugiaban en un rincón, no por temor, mas por vergüenza; ¡y, oh lector, no sólo por vergüenza! Desde la oscuridad en que se habían escondido salieron estas palabras las más desgarradoras, las más tristes, las más desesperantes:

—¡No os acerquéis! ¡Estamos infectadas! ¡Estamos infectadas!

Los hombres, mirándose unos a otros, levantaron las antorchas.

—¡Estamos infectadas! ¡Estamos infectadas! —repite-
ron las mujeres con prolongado gemido.

Parecía más bien el grito de un espíritu que, huyendo del Paraíso, retrocediese de nuevo a la vida.

La viuda y madre cumplió su deber ; pero convenci6se en seguida de que la libertad por que habían soñado y orado no la recuperarían nunca enteramente, y de que jamás podrían alcanzar aquel fruto de oro que vislumbraban a lo lejos.

¡Ella y Tirzah eran leprosas!

Tal vez no sepa el lector completamente lo que esta palabra significa.

Considérela con relación a la ley de aquel tiempo, muy poco modificada en el nuestro.

“Cuatro desgracias, dice el Talmud, hacen de los hombres unos parias: la ceguera, la lepra, la pobreza y la esterilidad.”

Ser leproso significa ser tratado como muerto, alejado de la ciudad, de los parientes, obligado a hablar sólo desde distancia con los seres más queridos del mundo, condenado a vivir siempre con los leprosos, maltratado, rechazado de las ceremonias del Templo o de la Sinagoga, sujeto a ir cubierto de andrajos, con la boca tapada, siempre que no sea para exclamar: “¡Somos impuros! ¡Somos impuros!” y forzado a buscar refugio en un lugar salvaje o en una tumba, a convertirse en espectro, a ser una carga para los otros más que para sí mismo, a vivir esperando solamente la muerte.

Una vez, la madre no recordaba el día ni el año, porque en aquella celda de tortura no podían tener idea del tiempo, sintió como si tuviese una llaga seca en la palma de su mano derecha, y procuró lavarla. La llaga se extendió, a pesar de ello, por toda la mano ; pero la mujer no dijo nada hasta que Tirzah se quejó del mismo mal. El agua era escasa, pero la economizaba para usar de ella como remedio. La mano fué poco a poco llagándose enteramente, la piel cayó y las uñas se desprendieron completamente de los dedos. Sin embargo, no sentía un gran dolor, pero sí un malestar creciente y continuado. Sus labios comenzaron a secarse y agrietarse.

Un día, la madre, amante de la limpieza, pensando

que quizá el mal dependía de las condiciones de la cárcel, y temerosa de que el semblante de Tirzah hubiese sido invadido por la enfermedad terrible, la aproximó a la luz y la contempló horrorizada: las cejas de la doncella eran blancas como la nieve. ¡Oh, qué angustia ante semejante certeza! La madre permaneció por largo tiempo callada, inmóvil, paralizada y dominada por un solo pensamiento: "¡Leprosas! ¡Leprosas!" Cuando volvió a posesionarse de sí, la madre no pensó en ella, sino en su hija: su ternura le infundió valor y la dispuso a un último y heroico sacrificio. Sepultó en su corazón el triste descubrimiento, redobló sus cuidados para con Tirzah, y con asombrosa e inagotable constancia prosiguió manteniendo a su hija en la ignorancia de cuanto la rodeaba, procurando infundirle esperanza de que no era cosa grave. Repitió sus recuerdos, refirió las acostumbradas historias, inventó otras nuevas, escuchó con placer inmenso los cánticos de Tirzah, ya que en sus labios los salmos del Rey poeta endulzaban la soledad y mantenían vivo en ambas el recuerdo de Dios y del mundo, que parecía haberlas olvidado.

Lentamente, con constancia, con horrible certeza la infección se propagaba, blaqueando sus cabezas, royendo sus labios, sus párpados, cubriéndoles de llagas el cuerpo: después se extendió a sus gargantas, haciendo trémulas sus voces, y por fin llegó a sus articulaciones, endureciendo los tejidos y los cartílagos. Su madre estaba perfectamente segura de que por fin invalidaría sus pulmones, sus arterias y hasta sus huesos, haciendo cada progreso de la enfermedad más repulsivas a las enfermas y prosiguiendo así hasta la muerte, que podía tardar muchos años. Llegó, por último, uno de los días más temidos por la madre, el día en que el deber la obligó a revelar a Tirzah el nombre de la temible enfermedad, y horrorizadas de la tremenda agonía que se les preparaba, rogaron juntas a fin de que la muerte viniese a devolverles la libertad.

Llegaron también los días en que las infelices comen-

taban y veían pacientemente la repugnante transformación de sus personas, y sin embargo, se aferraban de nuevo a la vida. Un vínculo las sujetaba todavía a la tierra. Procuraban alentarse mutuamente y olvidar la soledad hablando y pensando en Ben Hur. Haciéndose la ilusión de volverle a ver, y no dudando de que se habría mantenido siempre religioso y que su felicidad consistiría en volverlas a abrazar, encontraban placer torciendo y retorciendo este tenue hilo de su esperanza. Fué justamente en uno de estos momentos cuando se presentó Gesio a socorrerlas después de doce horas de ayuno.

Las antorchas iluminaban con su resplandor la cárcel: la libertad había llegado.

—¡Dios es bueno! —gritó la madre.

El tribuno entró inmediatamente. El sentimiento del deber movió a la madre, y desde el rincón en donde se había refugiado gritó:

—¡No os acerquéis! ¡Estamos infectadas!

¡Qué angustia no produjo a la madre el cumplimiento del propio deber! Mas la alegría de la liberación no le impidió medir todas las consecuencias de la próxima libertad. ¡La vida feliz de otro tiempo no volvería más! Si por casualidad pasasen por delante de su casa, sería sólo para acercarse a la puerta y exhalar el acostumbrado grito. Proseguirían su camino con el ardiente deseo de un amor más vivo que nunca, más inefable, porque nunca sería recompensado. Su mismo hijo, en quien había pensado constantemente, si llegaba a encontrarla, debía mantenerse lejos de ella. Y si le tendía los brazos, llamándola: “¡Madre! ¡madre!”, debía contestarle ésta con verdadero amor materno: “¡Aléjate! ¡Estoy infectada!” Y aquella otra hija que ella procuraba cubrir con su blanca y desgreñada cabellera, debía convertirse en su miserable compañera de la suerte única, de la vida maldita que les restaba. La valerosa mujer aceptó el destino e hizo resonar aquel grito que desde tiempo inmemorial era característico de los leprosos: “¡Estamos infectadas, estamos infectadas!”

El tribuno lo oyó con horror, mas no se movió.

—¿Quiénes sois?

—Dos mujeres que se mueren de hambre y de sed. Mas (y no vaciló en decirlo la madre), no os acerquéis, no toquéis ni el pavimento ni las paredes: ¡todo está infectado, infectado!

—Refiéreme tu vida, oh mujer; dime tu nombre, declárame cuándo, por qué causa y por obra de quién fuiste aquí encerrada.

—Hubo un tiempo en esta ciudad de Jerusalén un príncipe llamado Ben Hur, el amigo de los generosos romanos y a quien tenía César por amigo. Yo soy su viuda y ésta nuestra hija. ¿Cómo puedo decirte la causa de mi encierro si la ignoro, a menos de ser rica? Valerio Grato podrá decirnos quién era nuestro enemigo y cuándo comenzó nuestro encierro. Mirad en qué estado nos vemos, y tened compasión de nosotras.

El aire se había enrarecido a causa del hedor y del humo de las antorchas. El romano mandó que se le acercase uno de los portantes de ellas, y escribió la respuesta, palabra por palabra. Ésta era clara y comprensible y contenía a la vez una historia, una acusación y una súplica. Una persona vulgar no hubiera podido hacer otra igual, y el tribuno no pudo menos de creer y de compadecerse.

—Tú serás socorrida, oh mujer —dijo guardando su tablilla—. Te enviaré alimento y bebida.

—Y ropa y agua limpias, te lo rogamos, oh generoso romano.

—Hágase como deseáis —repuso él.

—¡Dios es bueno! —dijo la mujer sollozando—. ¡Que su paz sea con vos!

—Mas yo no podré volver a veros —añadió el tribuno—. Disponéos, y esta noche os haré acompañar hasta la puerta de la Torre para ponerlos en libertad. Ya conocéis la ley. Adiós.

Dió algunas órdenes a sus hombres y después salió.

Pocos momentos después penetraron en la celda otros esclavos llevando un gran recipiente con agua, una án-

fora, toallas y un plato con pan y carne. Igualmente les llevaron vestidos para que se los pusieran, los cuales dejaron en el suelo al alcance de las prisioneras, a fin de que pudieran cogerlos fácilmente, alejándose luego.

Hacia la mitad de la primera vigilia, las mujeres fueron conducidas a la puerta y después dejadas en la calle. Así se libró de ellas el romano, y ellas pudieron ser aún otra vez dueñas de sí en la ciudad de sus padres.

Contemplaron las estrellas, hermosas y lucentes como en otros tiempos, y se preguntaron mutuamente:

—¿Qué sucederá ahora? ¿Adónde nos dirigiremos?

CAPITULO III

Al mismo tiempo que Gesio, el guardián, se presentaba al tribuno en la Torre Antonia, un hombre subía por la vertiente oriental del monte de los Olivos. El camino era escabroso y polvoriento, y la vegetación a ambos lados estaba abrasada por el sol estival. El viajero podía llamarse afortunado, ya porque era joven y vigoroso, ya porque vestía ligerísimo traje. Avanzaba despacio, mirando en torno, no con la mirada cauta y ansiosa de quien no está muy seguro del camino, sino más bien con la expresión del que, después de una larga ausencia, vuelve a ver lugares conocidos, expresión placentera que parecía decir: "Estoy contento de veros de nuevo; dejadme contemplar si habéis cambiado mucho."

A intervalos se detenía en su ascensión, dirigiendo atrás la mirada sobre el espléndido panorama que se desplegaba a su vista y que limitaban las montañas de Moab; pero a medida que se acercaba a la cima, apretaba más el paso, olvidándose de la fatiga. Para llegar a ella tomó a la izquierda un sendero en otro tiempo más frecuentado. Se detuvo de súbito, como si una mano invisible lo sujetase. Dirigiendo una rápida ojeada al espléndido paisaje que tenía delante, sus ojos se

dilataron, sus mejillas sonrojáronse y la respiración se hizo más frecuente.

El viajero era Ben Hur, y el sitio Jerusalén. No la ciudad santa de hoy día, sino la ciudad santa tal como la dejó Herodes, la ciudad santa de Cristo. Si ahora, contemplada desde el antiguo monte de los Olivos, es hermosa todavía, ¿qué debía parecerle a Ben Hur entonces?

Sentóse sobre una roca, y quitándose el lienzo blanco que le ceñía la cabeza, púsose a observar minuciosamente. Muchos después de él y en épocas diversas han contemplado a Jerusalén desde aquella cima: El hijo de Vespasiano, los sarracenos, los cruzados, conquistadores todos, y muchos peregrinos de todas las partes del mundo; pero probablemente ninguno de ellos ha contemplado aquel panorama con sentimiento más doloroso y más amargo que el de Ben Hur. Los recuerdos de los pasados tiempos, de la familia, de las conversaciones de su infancia, de sus propias vicisitudes, agolpábanse a su mente. La ciudad con sus edificios era testimonio viviente y eterno de los delitos, de la devoción, de las debilidades, del genio y de la religión de su pueblo. A pesar del recuerdo de Roma, Ben Hur estaba encantado. Aquella vista hubiéralo embriagado de vanagloria si no le hubiese asaltado el pensamiento de que aquel magnífico dominio no pertenecía ya a sus compatriotas; que la adoración en el Templo dependía del beneplácito de extranjeros; que la colina en donde David se había detenido era asiento de un palacio mármóreo, desde donde dictaban sus edictos los crueles dominadores, que con ellos perseguían a los creyentes. Mas su satisfacción y sus dolores eran comunes a todos los hebreos de aquel tiempo; Ben Hur acrecíalos con reflexiones personales, recuerdos que no había podido olvidar jamás, y que la vista de su patria le renovaba con más viva intensidad.

Un paisaje de colinas sufre pocas transformaciones, y si las colinas son rocosas, apenas son advertibles. El espectáculo que la naturaleza ofrecía a Ben Hur era

igual al que la naturaleza de aquellos lugares ofrece hoy, exceptuado el panorama de la ciudad, que está, naturalmente, cambiado por la mano incansable del hombre, cada vez más civilizado.

El sol caldeaba la vertiente occidental del monte de los Olivos más que la oriental, y por eso los hombres daban a aquélla la preferencia. Los viñedos, de que el monte estaba parcialmente revestido, y los pocos árboles esparcidos, en su mayoría higueras y añosos olivos salvajes, estaban verdeantes. En la hondonada, junto al enjuto lecho del Cedrón, el verdor era más hermoso y más grato a la vista; allí terminaba el monte de los Olivos y comenzaba el Moria, placentero, blanco como la nieve, construido por Salomón y completado por Herodes. Desde allí los ojos subían de roca en roca hasta el pórtico de Salomón, que formaba el pedestal del monumento de que era zócalo la colina; la vista se perdía en el patio de los gentiles, en el de los israelitas, en el de las mujeres, en el de los sacerdotes, cada uno de los cuales era una mole de blancas columnas de mármol, sobrepuestos uno a otro como otras tantas terrazas sobre las cuales, formando la corona de esta soberbia mole, infinitamente sagrados, bellos, majestuosos, deslumbrantes de oro, se erguían el Pabellón, el Tabernáculo, el *Sancta Sanctorum*.

El Arca no estaba allí, pero Jehová vivía en la fe de los hijos de Israel. En ninguna otra parte se hubiera podido encontrar un templo, un monumento comparable a este edificio extraordinario. Y de todo ello no resta hoy una sola piedra. ¿Quién lo reconstruirá? ¿Cuándo comenzará esta reconstrucción? Esta es la pregunta que se dirige todo peregrino que se detiene en el sitio ocupado ahora por Ben Hur, convencido de que la respuesta sólo puede venir de Dios, que custodia celosamente sus secretos.

Ben Hur dirigió sus miradas a las azoteas del Templo, y después a la colina de Sión, llena de sacros recuerdos. Sabía que el valle se extendía allá abajo, profundamente encerrado entre el Moria y el Sión, y atra-

vesado por el Xisto y lleno de jardines y de palacios, pero sus ojos se fijaban con mayor avidez en la majestuosa agrupación de edificios que coronaba la colina real: la casa de Caifás, la Sinagoga central, el Pretorio romano, el Hípico y los tristes pero soberbios cenotafios Faseló y Marianna saliendo del fondo del Garreb, purpureante en lontananza. Y cuando entre todos reconoció el palacio de Herodes, ¿pudo pensar, quizá, en otra cosa que en el Rey que había de venir, soberano de quien él se profesaba devoto y cuyo camino pretendía allanar? Su imaginación voló velozmente al día en que el nuevo Rey sería proclamado y tomaría posesión del Moria, del sagrado Templo, de Sión y de sus torres, y de sus palacios, de la amenazante Antonia, a la diestra del Templo, de la nueva ciudad de Bezetha, todavía sin murar, acogido por millones de judíos que le aclamarían con palmas y con banderas, cantando himnos de alegría porque el Señor había triunfado y les había hecho señores del mundo.

Se dice que el soñar es un fenómeno de la noche más que del día. Si se estudiase mejor, se vería que casi todos los propósitos se hacen en una especie de somnolencia. Soñar es el premio del que trabaja, el vino que sostiene nuestras fuerzas, que nos hace amar al trabajo, porque la fatiga que éste engendra es propicia al sueño. Vivir es soñar. Sólo después de la muerte no se sueña. Nadie se ría, pues, de Ben Hur por sus fantasías, porque quienquiera que allí y en iguales condiciones de ánimo se hubiese encontrado, habría hecho lo mismo.

El sol estaba próximo a su ocaso. Por un momento, el refulgente disco parecía ocultarse en las lejanas cimas de las montañas del Oeste, tiñiendo el cielo encima de la ciudad de un color cobrizo y dorando sus muros y sus torres. Después desapareció. En el sosiego del crepúsculo, los pensamientos de Ben Hur se dirigieron a la casa paterna, y fijaba sus ojos en un punto del cielo un poco al Norte de la fachada del *Sancta Sanctorum*; verticalmente a él, en la dirección del hilo

de la plomada, se encontraba la casa de su padre, si existía todavía.

El suave influjo de aquella hora enternecía sus pensamientos, y echando a un lado sus ambiciones, pensó únicamente en el deber que le llevaba a Jerusalén.

Una noche, mientras estaba con Ilderim en el Desierto escogiendo con ojo de soldado un lugar a propósito para la batalla, llegó un mensajero con la noticia de que Grato había sido destituido, y en su lugar nombrado Poncio Pilatos.

Messala, reducido a la impotencia, suponía muerto a Ben Hur. Grato no tenía ya poder alguno. ¿Por qué aplazar ya por más tiempo la busca de la madre y de la hermana? Ahora no había nada que temer. Si él no podía recorrer personalmente las prisiones de Judea, otro podría hacerlo por él. Si las desaparecidas eran encontradas, Pilatos no podía tener ningún motivo para retenerlas, y en caso de tenerlo sería tan baladí, que cedería a la menor oferta de dinero. Una vez encontradas, las conduciría a lugar seguro, y después, con la mente más sosegada y la conciencia tranquila por haber cumplido este primer deber, se dedicaría completamente al *Rey esperado*. Su resolución fué tomada súbitamente. Aquella misma noche se aconsejó con Ilderim, y obtuvo su asentimiento. Tres árabes lo acompañaron a Jericó, en donde él los dejó con los caballos para seguir solo y a pie el camino. Malluch debía encontrarle en Jerusalén. Los designios de Ben Hur eran muy vagos. En previsión de lo futuro, procuraba mantenerse oculto a las autoridades, especialmente romanas. Malluch era un hombre astuto y fiel, tal como convenía para efectuar las pesquisas.

¿Por dónde comenzar? Este era el problema, del que no tenía una idea clara. Habría deseado comenzar por la Torre Antonia. La tradición de que no era posible vivir largo tiempo en los oscuros laberintos de las tristes celdas, infundía más terror en los judíos que la fuerte guarnición que custodiaba el castillo. Podían muy bien estar sepultadas allí. Por otra parte, el instinto nos ense-

ña a comenzar las pesquisas por el sitio en donde se perdieron de vista los últimos vestigios, y él no podía olvidar que la última mirada que había recibido de sus perdidos seres era precisamente cuando los guardias los arrastraban en dirección a la Torre. Si ahora no estaban allí, indudablemente habían estado, y quedaría algún recuerdo del hecho, algún rastro que seguir.

Además del instinto, una esperanza lo impulsaba. Había sabido por Simónides que Amrah, la nodriza egipcia, vivía todavía. El lector recordará perfectamente que la fiel criada, la mañana en que la desgracia se desplomó sobre los Hur, escapó de manos de los guardias y volvió al palacio, en donde permaneció encerrada. Simónides había atendido a su subsistencia durante los años siguientes, de manera que se encontraba todavía allí sola, ocupando la gran casa que Grato no había logrado vender a pesar de todas sus ofertas. La historia de sus legítimos propietarios bastaba para ahuyentar a los compradores, lo mismo que a los simples arrendatarios. Al pasar por delante de ella las gentes murmuraban y decían que estaba invadida por los espíritus; semejante superstición derivaba probablemente de las apariciones de la pobre y anciana Amrah, ya en las azoteas, ya en alguna ventana de los patios. Ciertamente, ningún otro espíritu hubiera podido habitarla con mayor constancia, y ninguna otra cosa se prestaba mejor al secreto, al misterio de su vida retirada.

Ben Hur imaginábase que si podía ver a la anciana, ésta le sería de gran ayuda en las averiguaciones que iba a comenzar. De todos modos, al verla en aquel sitio, tan lleno para él de queridos recuerdos, sería un augurio dichoso para el hallazgo de su familia. Por esto, antes que a otra parte, quería dirigirse a la casa paterna en busca de Amrah. Tomada esta determinación se levantó pocos momentos después de ponerse el sol y comenzó a descender del monte por el sendero que desde la cima se dirigía al Nordeste. Abajo, casi al pie del mismo, próximo al lecho del Cedrón, el sendero se bifurcaba con el camino que conducía a la al-

dea de Siloam y al estanque del mismo nombre. Allí juntóse con un pastor que conducía sus ovejas al mercado. Háblóle, y en su compañía, pasando por Getsemaní, entró en la ciudad por la Puerta de los Peces.

CAPITULO IV

Ya era muy de noche cuando Ben Hur, separándose del pastor enfrente de la Puerta, se internó por una calle que se dirigía hacia el Sur. Las pocas personas que encontró le saludaron. Las guijas del empedrado eran punzantes; las casas, a entrambos lados, eran bajas, oscuras, sombrías; las puertas estaban cerradas; de las azoteas salían a intervalos voces de mujeres que adormecían a sus hijos. El aislamiento en que se encontraba, la noche, la incertidumbre que rodeaba el objeto de su venida, todo contribuía a entristecerle. Caminando pensativo, llegó a un profundo recipiente de agua, conocido ahora con el nombre de piscina de Betsaida, en el cual el cielo se reflejaba tranquilamente. Mirando hacia arriba descubrió la muralla septentrional de la Torre Antonia, masa amenazadora que se destacaba sobre el fondo gris del cielo. Detúvose como si hubiese escuchado el *¿quién vive?* de un centinela. La Torre era tan alta y fuerte, descansaba sobre cimientos tan seguros, que parecía en la oscuridad una gigantesca nube; si su madre hubiese estado encerrada en ella, hubiera sido impotente para salvarla.

¿Qué podría hacer para sacarla de aquella tumba? Nada. Un ejército hubiera atacado en vano con catapultas y arietes aquella fachada de piedra. La gran torre del Sudeste parecía contemplarle con aire despreciativo; entonces consideró cuán débiles son las fuerzas de los hombres, y que Dios es la única esperanza de los desdichados; pero Dios es muchas veces, por motivos inescrutables, tardío en obrar. Oprimido por la duda y por el presentimiento, tomó la calle fronte-

ra a la Torre y la siguió lentamente, manteniéndose al Oeste. Sabía que en Bezetha había un Khan en donde podría encontrar alojamiento durante su estancia en la ciudad, pero en aquel momento no podía resistir al deseo de volver a ver su casa. Su corazón le dirigía a aquel sitio.

El antiguo y solemne saludo que recibía de las pocas personas que encontraba no le había parecido nunca tan agradable. Al poco rato toda la parte oriental del cielo comenzó a platearse y a brillar. Cosas primeramente invisibles, en especial las altas torres del monte Sión, se iluminaron con claridad espectral, pareciendo castillos suspendidos en el aire.

Llego, por fin, a la casa de sus padres. Cuantos lean estas páginas adivinarán los sentimientos que invadían al joven. Algunos habrán tenido casas en que vivieron dichosos durante su juventud, paraísos de donde salieran con alegría infantil, con lágrimas en los ojos, y a los cuales volverían; lugares de risas y de cantos, de amistades más queridas que los triunfos todos de la vida.

Ben Hur se detuvo junto a la puerta septentrional de la antigua casa. La cera empleada para sellar sus hojas permanecía intacta, y sobre el tablero se leía: "Propiedad del emperador."

Nadie había entrado ni salido de ella desde el día terrible de la separación. ¿Llamaría como en otro tiempo? Bien sabía él que era inútil. Sin embargo, no podía resistir a la tentación. Amrah podría oírle y mirar desde una de las ventanas o a través de los resquicios de una puerta. Cogiendo un guijarro, se encaramó en la grada de piedra y dió tres golpes. El eco le contestó con lentitud. Golpeó otra vez más fuertemente, después otra, deteniéndose cada vez para escuchar. Ningún ruido interrumpió el silencio. Pasando al otro lado de la calle, miró atentamente a las ventanas: estaban cerradas y silenciosas. El alero del tejado destacábase claramente sobre el cielo iluminado; nada podía moverse sin que él dejase de verlo, y efectivamente, nada se

movió. De la fachada septentrional se dirigió a la occidental, donde se abrían cuatro ventanas, que miró larga y ansiosamente, pero con el mismo resultado. Unas veces su corazón se llenaba de deseos impotentes, otras estremeciase ante las ilusiones de su fantasía. Amrah no dió señal de vida; ni siquiera se vislumbró un fantasma.

Entonces se aproximó silenciosamente a la fachada meridional. También su puerta estaba sellada y tenía el correspondiente cartelito. El armónico resplandor de la luna de Agosto, apareciendo sobre la cresta del Olivete, llamado después Monte de la Ofensa, permitía leer las palabras, y Ben Hur las leyó presa de muda e impotente ira. Todo cuanto podía hacer era arrancar el cartel de sus clavos y arrojarlo al foso. Sentóse en las gradas y suplicó a Dios que apresurase el advenimiento del nuevo Rey. Este desahogo le tranquilizó algo; luego fué rindiéndose a las fatigas del largo viaje, realizado bajo los ardores del sol; inclinó lentamente la cabeza y quedó dormido profundamente.

Pocos momentos después, dos mujeres descendían por la calle que conducía a la Torre Antonia, acercándose a la morada de los Hur. Avanzaban ocultamente, con paso tímido, deteniéndose a intervalos para escuchar. Al llegar a la esquina del edificio dijo la una a la otra imperceptiblemente:

—Ya hemos llegado, Tirzah.

Y Tirzah, después de haber mirado en torno, cogió por la mano a su madre y apoyóse en ella pesadamente, sollozando, sin proferir palabra.

—Sigamos, hija mía, sigamos, porque...

La madre vaciló y estremecióse; después, esforzándose para estar tranquila, prosiguió:

—Porque al despuntar el día nos arrojarán de las puertas de la ciudad, que se cerrarán por siempre para nosotras.

Tirzah cayó sobre el empedrado.

—¡Ah, sí! —exclamó entre sollozos—. Lo había ol-

vidado. Creía dirigirme a casa. Pero somos leprosas y no tenemos hogar. Pertenece a los muertos.

La madre se inclinó, y levantándola tiernamente, dijo:

—Nada hemos de temer. Sigamos nuestro camino.

Y, en efecto, con sólo levantar sus brazos descarnados hubieran puesto en fuga a una legión entera.

Avanzando cautelosamente, rozando el muro, se deslizaron como dos espectros hasta la puerta, ante la cual se detuvieron. Al ver el cartelito, subieron a la grada y leyeron: "Propiedad del emperador."

Entonces la madre juntó las manos, y con los ojos vueltos al cielo, lloró con indecible angustia.

—¿Qué sucede, madre? ¡Me espantas!

A lo que repuso lentamente:

—¡Oh, Tirzah, los pobres mueren! ¡El ha muerto!

—¿Quién, madre mía?

—¡Tu hermano! Todo se lo quitaron, todo, hasta nuestra casa.

—¡Pobre! —exclamó Tirzah con mirada vaga.

—Ya no podrá ayudarnos.

—¿Qué haremos, pues, oh madre?

—Mañana, mañana, hija mía, buscaremos un sitio junto a un camino y pediremos limosna, como hacen los leprosos: mendigaremos.

Tirzah se apoyó de nuevo en su madre, y con voz apagada balbució:

—¡Morir, morir!

—No —dijo la madre prontamente—. Dios ha marcado nuestra hora, y nosotras creemos en Dios. Aun en esto le seremos fieles. Sigamos.

Mientras hablaba cogió a Tirzah por la mano, y juntas doblaron la esquina Oeste de la casa, siempre arriadas al muro. No encontrando a nadie, prosiguieron hasta la otra esquina, esquivando la claridad de la luna, que iluminaba toda la fachada meridional y parte de la calle.

Mas la madre tenía un vivo deseo, y después de mirar enfrente y a lo alto, penetró en el área iluminada,

llevando consigo a Tirzah. Entonces contempló en todo su horror su desgracia: los labios y las mejillas agrietados, los ojos escamosos, las manos descarnadas, los cabellos en mechones endurecidos por un pus repugnante, y como las cejas, horrorosamente blancos. No era posible adivinar cuál era la madre y cuál la hija: ambas parecían igualmente viejas y caducas.

—¡Chist! —murmuró la madre—. Hay alguien acurrucado sobre la grada: un hombre. Demos la vuelta y acerquémonos.

Cruzaron la calle rápidamente, y manteniéndose en la sombra, prosiguieron hasta delante de la puerta, en donde se detuvieron.

—¡Duerme, Tirzah!

El hombre permanecía inmóvil.

—Quédate aquí, mientras yo veo si puedo abrir la puerta.

La madre se acercó cautelosamente, sin hacer ruido, y tocó la puerta. No tuvo tiempo de cerciorarse si había cedido, porque en aquel momento el hombre suspiró, y revolviéndose inquietamente, hizo mover el lienzo que le envolvía la cabeza, dejando al descubierto su rostro, iluminado claramente por el fulgor de la luna. Miróle y se estremeció; volvió a mirarle, inclinándose levemente, y juntó las manos y elevó al cielo los ojos en muda súplica. Así permaneció un instante, luego corrió en busca de Tirzah.

—Tan cierto es que Dios existe, como que aquel hombre es mi hijo y tu hermano —díjole en voz baja.

—¿Mi hermano? ¿Judá?

La madre le cogió la mano con vehemencia.

—Ven —prosiguió en voz siempre baja y anhelante—; vayamos a contemplarle juntas una vez más, sólo una vez. ¡Después, oh Señor, ayuda a tus siervas!

Atravesaron la calle cogidas de la mano, ligeras, silenciosas como fantasmas. Cuando sus sombras se proyectaron sobre Ben Hur, ambas se detuvieron. Una de las manos apoyábase en la grada con la palma vuelta

hacia arriba. Tirzah cayó de hinojos e iba a besarla, mas la madre la contuvo.

—No, si te es cara su vida, no le toques. ¡Estamos infectadas! ¡Estamos infectadas! —murmuró.

Tirzah se apartó como si fuese él el leproso.

Ben Hur era bello, de una belleza varonil. Sus mejillas y su frente estaban bronceadas por el sol y por el aire del Desierto; bajo sus bigotes rubios aparecían rojos y frescos sus labios, y blanquísimos sus dientes; su barba suave no ocultaba la plena redondez de su garganta. ¡Qué hermoso aparecía a los ojos de la madre! ¡Qué deseo más ardiente la devoraba de echarle los brazos al cuello, de oprimir contra su pecho su cabeza y de besarle como hacía en los tiempos de su juventud! ¿Dónde encontró la fuerza para resistir al impulso? En su amor, oh lector, en su amor maternal, que, si bien lo reflexionas, en esto difiere de otro cualquier afecto: que, tierno por el objeto, puede ser infinitamente tiránico por sí mismo; de ahí toda la infinita fuerza del sacrificio. Aunque le hubiesen asegurado, que recobraría la salud y la fortuna, por ninguna bendición de esta vida, ni aun por la vida misma, se hubiera permitido acercarse a sus mejillas sus labios infecciosos. Y sin embargo, quería tocarlo; ¿en aquel mismo instante en que lo encuentra ha de renunciar a él para siempre? Haced que una madre os describa la amargura de este pensamiento. Cayó de hinojos, y arrastrándose hasta sus pies, acercó sus labios a la suela de una sandalia, volviéndolos a acercarse otra y otra vez, e infundió toda su alma en aquellos besos.

Ben Hur se movió y agitó la mano. Echáronse hacia atrás y le oyeron murmurar en sueños:

—¿Dónde está mi madre, Amrah?

Y volvió a caer en profundo sueño. Tirzah lo devoraba ardientemente con los ojos. La madre hundió su rostro en el polvo, buscando cómo sofocar un sollozo profundo y fuerte que parecía iba a reventar su corazón. Casi deseaba que se despertara. Judá había preguntado por ella: no la había olvidado, pues hasta en

sueños la recordaba. ¿No bastaba esto? La madre hizo una señal a Tirzah, se levantó y dirigiendo al hijo dormido una última mirada, como si quisiese grabar eternamente en el corazón su imagen, volvió a cruzar con lentitud la calle. En el otro lado, ocultas por la sombra que proyectaba el muro, se detuvieron, y contemplándole de rodillas, aguardaron a que despertase. Esperaban un milagro, no sabían cuál. A nosotros no nos es posible medir la paciencia de un amor como el suyo.

Al poco rato, mientras Ben Hur dormía, todavía otra mujer apareció en la esquina del palacio. Las dos leprosas, acurrucadas en la sombra, la distinguieron perfectamente, iluminada como estaba por la luna: una figura diminuta, encorvada, de tez morena, de cabellos grises, vestida decentemente al modo que los siervos y llevando una cesta con verduras.

Al ver al hombre tendido sobre la grada, la recién venida se detuvo; después, como si hubiese tomado una resolución, continuó de puntillas su camino. Pasó junto al durmiente, se acercó a la puerta, abrió el cerrojo y puso las manos en la abertura. Uno de los anchos tableros que constituían la hoja izquierda giró sobre sí mismo sin hacer ruido. La mujer dejó la cesta en la parte interior e iba a entrar, cuando cediendo a la curiosidad, se inclinó para dar una ojeada al forastero, cuyo rostro se veía completamente.

Las espectadoras del otro lado de la calle oyeron una exclamación sofocada y vieron que la mujer se restregaba los ojos como para renovar su fuerza, se inclinaba de nuevo, juntaba las manos, miraba asombrada en torno, volvía a inclinarse otra vez sobre el dormido, le cogía la mano y se la besaba tiernamente. ¡Ah, aquello que tanto deseaban y que no se atrevían a hacer ellas! Despertado por aquella acción, Ben Hur, instintivamente, retiró la mano, y al hacerlo, sus ojos se encontraron con los de la mujer.

—¡Amrah, Amrah! ¿Eres tú? —le dijo.

La anciana no pudo contestar a estas palabras, mas se arrojó a su cuello llorando de alegría. Judá se sepa-

ró delicadamente de sus brazos, y levantando el viejo y rugoso semblante de la sierva, todo bañado en lágrimas, lo besó con alegría no menos intensa que la por ella manifestada.

Después, madre e hija oyeron claramente estas palabras:

—Mi madre... Tirzah... dime lo que ha sido de ellas. Habla, te lo ruego.

Amrah rompió a llorar de nuevo.

—¿Las has visto, Amrah? ¿Sabes dónde están? Dime que están en casa.

Tirzah hizo un movimiento para dirigirse hacia él; pero la madre, adivinando su intento, la detuvo por la mano, murmurando:

—No, no, por su vida. ¡Estamos infectadas! ¡Estamos infectadas!

Su amor, en su magnanimidad, llegaba a ser tiránico. Aunque sus corazones estaban desgarrados, no debía Ben Hur, por culpa de la madre y de la hermana, contaminarse de lepra como ellas. Por eso venció el amor.

Mientras tanto Amrah, a que dirigía Ben Hur tiernas súplicas, lloraba cada vez con mayor sentimiento.

—¿Ibas a entrar? —prosiguió el último al ver el postigo abierto—. ¡Vamos, pues, yo iré contigo!

Y al decir esto se levantó.

—Los romanos, la maldición de Dios caiga sobre ellos, los romanos mintieron. La casa es mía. Levántate, Amrah, y entremos.

Un momento después habían desaparecido, dejando solas en la oscuridad a las dos mujeres. Con mirada ávida contemplaban aquella puerta que no había de abrirse jamás para ellas, y se abrazaron estrechamente. Habían cumplido con su deber: su amor había sido puesto a prueba, y había vencido.

Al amanecer fueron encontradas por los guardias, que las arrojaron de la ciudad y apedrearon.

—¡Fuera de aquí! ¡Ya habéis muerto para el mundo! ¡Fuera!

Esta sentencia, que resonaba amenazadora en sus oídos, fué su única despedida.

CAPITULO V.

En nuestros días, los viajeros de Tierra Santa que buscan el bellissimo Jardín del Rey tienen que descender al lecho del Cedrón y proseguir por la curva de Ghón hasta llegar a la antigua fuente de En-rogel. Aquí descansan, beben un sorbo de agua fresca y regalada, contemplan las grandes piedras que forman el brocal del pozo, sondean su profundidad, se ríen del modo de sacar agua en uso en otros tiempos, y después de haber dado una moneda al pobre diablo que preside el acto, vuelven la vista atrás. Entonces es cuando el panorama de Jerusalén aparece más imponente a sus miradas. Aquí, los montes Moria y Sión, degradando en suave vertiente hacia la antigua ciudad de David; allí, en la cima de las colinas, las ruinas de los palacios reales, la elegante mezquita del Harán, los poderosos baluartes del Hípico, amenazador aún a pesar de estar en ruinas. A la derecha se ve el Monte de la Ofensa, solitario y peñascoso; a la izquierda, la colina del Mal Consejo, que tan misteriosa como terriblemente famosa han hecho las leyendas rabínicas y monásticas. Su base, según la tradición, cubre la entrada del infierno, el Gehenna de la religión judaica.

En la vertiente oriental, frontera a la ciudad, se abren cavernas y se levantan innumerables tumbas, que en los tiempos de que hablamos estaban habitadas por leprosos, no aisladamente, sino formando una verdadera colonia. Aquel era su territorio, allí habían fundado su ciudad, en la que moraban solos, abandonados de todo el mundo, como si la maldición de Dios hubiese impreso en ellos visiblemente su estigma.

Dos mañanas después de los sucesos referidos en el anterior capítulo, Amrah se aproximó al pozo de En-rogel y sentóse sobre una piedra. Cualquiera la hubiera tomado por la doméstica de una familia acomodada. Una ánfora y una cesta cubierta con un blanco lienzo, que

consigo llevaba, habíalas dejado en tierra junto a sí. Se quitó el chal con que cubría su cabeza, entrecruzó las manos sobre sus rodillas, y fijando su vista en dirección al campo de Aceldama, permaneció en actitud de quien espera. Era muy temprano, y ella fué la primera en llegar al pozo. Poco después llegó un hombre que llevaba una cuerda y un cubo de cuero. Saludó a la diminuta mujer de faz oscura, desarrolló la cuerda, la amarrió al cubo, y así esperó a los parroquianos.

Amrah permanecía silenciosa, sin decir palabra. Al ver el ánfora, el hombre le preguntó si deseaba que se la llenase; mas ella le constestó costésmente:

—Todavía no.

Y el hombre ya no se cuidó de ella.

Cuando el sol apareció sobre el monte Olivete, los parroquianos fueron llegando. Mas ella continuó siempre en su sitio, volviendo los ojos de cuando en cuando hacia la cima de las colinas, y ni se movió siquiera cuando el sol, ya más alto, comenzó a picar. Mientras espera hablemos nosotros de sus propósitos. Su costumbre era dirigirse al mercado entrada la noche. Saliendo de casa sin ser vista, se dirigía a las tiendas del Tiropeo o a las que hay junto a la Puerta de los Peces, hacía sus compras de carne y legumbres y regresaba, encerrándose nuevamente en casa. La alegría que experimentó al encontrarse con Ben Hur en el antiguo palacio puede imaginarse fácilmente. Nada, nada podía decirle con respecto a su señora y a Tirzah. El joven hebreo le propuso que fuese a vivir en un sitio menos solitario, pero ella rehusó. Ella, en cambio, hubiera querido que él ocupase su habitación, que estaba tal como la había dejado; pero el peligro de ser descubierto era demasiado grande, y Ben Hur deseaba sobre todo evitar pesquisas. Prometiéndola, pues, visitarla lo más a menudo posible, yendo y volviéndose de noche. La sierva se dió por contenta con aquella promesa, y en su satisfacción se esmeró por hacerle agradables aquellas visitas clandestinas. No consideraba que ya era un hombre y que sus gustos juveniles podían haber cambiado.

Recordaba que cuando niño era sumamente aficionado a los dulces, y decidió prepararlos de varias clases y tenerlos siempre en la mesa para cuando llegase. ¿No era ésta una idea feliz? Así, la noche siguiente, más temprano que de costumbre, salió con su cesto y se dirigió al mercado de la Puerta de los Peces. Yendo de una parte a otra en busca de la mejor miel, oyó a un hombre relatar una historia. Qué historia era ésta, el lector podrá fácilmente adivinarla cuando sepa que el narrador era uno de los hombres que habían penetrado con antorchas en la Torre Antonia cuando fué demolida la puerta de la celda número VI. Se enteró de todos los pormenores del hallazgo, así como de los nombres de los presos, y escuchó el relato conteniendo la respiración, temerosa de perder una sola palabra. Terminadas sus compras, regresó a casa, creyendo que era víctima de un sueño. ¡Qué alegría iba a proporcionar a su protegido! ¡Había encontrado a su madre! Colocó el cesto a un lado, riendo y llorando alternativamente. De pronto se detuvo y pensó que decirle a Ben Hur que su madre y Tirzah estaban contaminadas de lepra sería matarlo: se dirigiría indudablemente a la horrible ciudad de la colina del Mal Consejo, llamando a la puerta de las cavernas infectadas, preguntando por ellas sin descanso, y la enfermedad le atacaría seguramente: uno mismo sería entonces su destino. Amrah retorciase las manos. ¿Qué debía hacer? Como otros muchos antes y después de ella, buscando, si no prudencia, inspiración en la intensidad de su afecto, llegó a una conclusión peregrina.

Los leprosos, sabíalo como todo el mundo, solían descender cada mañana de sus sepulcrales moradas y hacer provisión de agua para todo el día en el pozo de En-ro-gel. Llevaban allí sus ánforas, las depositaban en el suelo y aguardaban, a larga distancia, que se las llenasen. Sin duda que su señora y Tirzah acudirían al pozo; la ley era inexorable y no admitía distinción. Un leproso rico no era mejor tratado que uno pobre. Amrah decidió, pues, no decir palabra a Ben Hur de la historia que

había oído, e ir ella misma al pozo y esperar. El hambre y la sed impulsarían a las desventuradas, y creía poderlas reconocer a primera vista. Y si así no fuese, ¿cómo dejarían de reconocerla ellas?

Por esto, cuando llegó Ben Hur hablaron de cosas indiferentes. Al día siguiente había de llegar Malluch, y comenzarían las pesquisas sin pérdida de tiempo. Ben Hur estaba impaciente. Para distraerse, deseaba visitar los sitios sagrados de las cercanías. Aunque el secreto pesase sobre la conciencia de la buena mujer y sus labios ardiesen con el deseo de revelarlo, guardó silencio.

Así que Ben Hur se marchó, se dió prisa para prepararle una buena comida con que pudiese satisfacer el hambre a su regreso. Y al rayar el alba se proveyó de una ánfora y tomó el camino que conduce a En-rogel, saliendo por la Puerta de los Peces, que era una de las primeras en abrirse. Poco después de salir el sol, cuando la gente se agolpaba en torno del pozo y una media docena de cubos se ponían en movimiento al mismo tiempo para despachar a todos mientras duraba la brisa matinal, los moradores de la triste colina comenzaron a levantarse y a agitarse en el interior de sus tumbas. Algo más tarde aparecieron en grupos, en su mayor parte formados por niños, algunos de tierna edad. Unos se dirigían ocultamente a la cima de la roca, mujeres con ánforas sobre sus hombros, hombres ancianos que apenas podían tenerse, apoyándose en bastones o en muletas; otros se apoyaban en el hombro de sus compañeros, o del todo imposibilitados, eran conducidos en literas por sus amigos. Aquel dolor común a tantos seres que se amaban en su desgracia, encontraba lenitivo en esta recíproca ayuda.

Desde el sitio que ocupaba junto al pozo, Amrah examinaba aquellos grupos de espectros. Más de una vez creyó reconocer a las infelices en cuya busca iba. Estaba convencida de que se habían refugiado en la colina y de que acudirían también al pozo; mas quizá esperaban a que se hubiesen alejado todos.

Casi en la base de la roca existía una tumba que más de una vez había llamado la atención de Amrah por la anchura de su entrada, junto a la cual había una piedra de grandes dimensiones. El sol penetraba en ella libremente en las horas más ardientes, y parecía estar desierta, pues servía únicamente de refugio a alguno que otro perro que regresaba de sus cotidianas correrías.

Con sorpresa vió salir la egipcia de esta caverna a dos mujeres, una de las cuales medio sostenía y medio conducía a la otra; ambas tenían los cabellos blancos, parecían viejas, pero sus vestidos no estaban destrozados y tendían la vista en torno como si aquel lugar fuese desconocido para ellas. Amrah creyó hasta verlas retroceder ante el espectáculo de aquel repugnante conjunto de que formaban parte. Su corazón latió con mayor violencia y observó a ambas mujeres con atención creciente. Permanecieron breve espacio inmóviles cerca de la tumba, y después avanzaron lentamente, acercándose con pena al pozo. Varias voces les advirtieron que se detuvieran, pero ellas prosiguieron su camino, hasta que el hombre que sacaba el agua cogió algunos guijarros para ahuyentarlas. Todos los circunstantes las maldijeron, y el ejército de leprosos que pululaba en la colina les gritó, avisándolas, con voz estridente:

—¡Estáis infectadas! ¡Estáis infectadas!

—Ciertamente —pensó Amrah—, esas dos criaturas no conocen todavía las costumbres de los leprosos.

Levantóse y fué a su encuentro, llevando consigo la cesta y el ánfora. La alarma en torno del pozo calmóse súbitamente.

—¡Qué loca! —dijo una mujer riéndose—, ¡qué loca! ¡Proporcionar pan a los leprosos!

—¡Y pensar que ha venido aquí a eso expresamente! —observó otra—. Yo, a lo menos, hubiera esperado encontrarme con ellas casualmente delante de la puerta.

Amrah, animada de más nobles sentimientos, avanzaba. ¡Y si se hubiese engañado! Cuanto más se acercaba, más sentía que un nudo le apretaba la garganta.

y más crecían su confusión y sus dudas. Al llegar a cuatro o cinco pasos del lugar en que ellas se encontraban, se detuvo. ¡Dios santo! ¿Y era aquella la señora a quien tanto amaba? ¿Eran aquellas las manos que había besado tantas veces en señal de agradecimiento? Su imagen era un tiempo para ella el tipo más puro de belleza mujeril, tipo que conservaba fielmente grabado en su memoria. ¿Era aquella la Tirzah que había amantado cuando niña, cuyos dolores había calmado, cuyos pasatiempos infantiles había compartido? ¿La sonriente, la dulce Tirzah, el consuelo de la casa, la bendición prometida para su vejez, su señora, su tesoro? El alma de la buena mujer se entristeció a aquella vista.

—¡Si son dos viejas! —murmuró para sí—. No las he visto nunca. Me he equivocado.

Y se volvió para retroceder.

—¡Amrah! —gritó una de las leprosas.

La egipcia dejó caer el ánfora y volvió la cabeza temblorosa.

—¿Quién me llama? —preguntó.

—¡Amrah!

Los asombrados ojos de la sierva se fijaron en el rostro de las dos mujeres.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Nosotras somos las que tú buscas.

Amrah cayó de hinojos.

—¡Oh señora mía, señora mía! ¡Alabado sea el Dios que a ti me conduce!

Y la pobre criatura, llena de emoción, avanzó arrastrándose.

—¡Detente, Amrah! No te acerques más. ¡Estamos infectadas! ¡Estamos infectadas!

Estas palabras bastaron. La sierva cayó en tierra con el rostro entre las manos, sollozando tan fuertemente que hasta la oyeron los que estaban junto al pozo. De súbito se volvió a levantar sobre sus rodillas.

—¡Oh, señora mía! ¿Dónde está Tirzah?

—Aquí estoy, Amrah, aquí estoy. ¿Quieres traerme un poco de agua?

El instinto de obediencia de la sierva reapareció inmediatamente. Echándose atrás los cabellos que le caían sobre el rostro, Amrah levantóse, fué en busca del cesto y lo destapó.

—Mirad —dijo—, aquí os traía pan y carne.

E iba a extender la servilleta, cuando oyó que su señora le decía:

—No lo hagas, Amrah. Aquellos de allí abajo te podrían apedrear y negarnos el agua. Deja el cesto, toma el ánfora, llénala y tráela hasta aquí. Por hoy nos habrás prestado el mayor servicio que te es lícito prestarnos. ¡Pronto, Amrah!

Los circunstantes ante quienes tenía lugar esta escena abrieron paso a la sierva y la ayudaron a llenar el ánfora, conmovidos por el dolor que manifestaba su rostro.

—¿Quiénes son? —preguntó una mujer.

Amrah contestó humildemente:

—¡En otro tiempo eran tan buenas para mí!

Colocando el ánfora sobre su hombro, se apresuró a volver hacia ellas, y por olvido se les hubiera aproximado si los gritos de ¡infectadas!, ¡infectadas!, ¡ten cuidado!, no la hubiesen detenido. Dejando el agua junto al cesto, retrocedió algunos pasos y se detuvo.

—¡Gracias, Amrah! —dijo su señora recogiendo las provisiones—. ¡Corazón de oro!

—¿No puedo hacer nada más por vosotras? —preguntó Amrah.

La mano de la leprosa estaba encima del ánfora, y la mujer se abrasaba de sed; mas se detuvo, y levantándose, dijo resueltamente:

—Sí, yo sé que Judá ha regresado a casa. Le ví la otra noche junto a la puerta, durmiendo sobre la grada, y tú hiciste que se levantase.

Amrah juntó las manos.

—¡Oh señora mía! ¿Visteis todo eso y no acudisteis?

—Hubiera sido querer matarle. Yo no puedo estrecharlo ya en mis brazos. No puedo besarlo ya. ¡Oh Amrah, Amrah! Tú le quieres, ¡lo sé.

—Sí —dijo efusivamente la sierva, rompiendo a llorar de nuevo y arrodillándose—. ¡Por él daría mi vida!

—Dame una prueba de lo que dices.

—Estoy dispuesta.

—No le digas ni dónde estamos, ni que nos has visto. No le digas ni una palabra, Amrah.

—Pero él os busca. Ha venido de lejos para buscaros.

—Y no debe encontrarnos. El no puede compartir nuestra desgracia. Escucha, Amrah. Sírvenos, como hoy, cada día. Tráenos lo necesario. Ahora vete. Volverás cada mañana y cada tarde, y...

Su voz temblaba, y su voluntad de hierro parecía querer doblarse.

—...Y nos hablarás de él, Amrah; mas a él ni una palabra de nosotras. ¿Has comprendido?

—¡Oh! ¡Será tan duro para mí oírle hablar de vosotras y ver cómo se afana por buscaros, contemplar su dolor y no poderle decir siquiera que vivís!

—Puedes decirle que estamos buenas, Amrah.

La sierva bajó la cabeza silenciosamente.

—No —prosiguió la señora—; mejor es que calles completamente. Vete y vuelve esta tarde; te esperaremos. ¡Adiós! ¡Adiós!

—La carga será muy dura de llevar, señora mía —dijo Amrah ocultando entre sus manos el rostro.

—¡Mucho más duro sería verle a él en el estado en que nos encontramos! —repuso la madre, entregando el cesto a Tirzah—. Vuelve esta tarde —repitió cogiendo el ánfora y dirigiéndose a su caverna.

Amrah esperó de rodillas a que desapareciesen, y después emprendió el camino de regreso.

Por la tarde volvió, y desde entonces su único pensamiento fué servirles mañana y noche para que no les faltara lo indispensable. La tumba, aunque desierta y desnuda, era para aquellas desventuradas menos tris-

te que la celda de la Torre Antonia. Su entrada, cuando estaba abierta, dejaba penetrar la luz, y ante ella se extendía un panorama lleno de vida, aunque lejano e inasequible. Así se les hacía menos horrible la esperanza de la muerte.

CAPITULO VI

En la mañana del primer día del mes séptimo, Tishri en hebreo, y entre nosotros Octubre, Ben Hur abandonó malhumorado el lecho que ocupaba en el Khan. Después de la llegada de Malluch, poco tiempo habían perdido conversando. Este había comenzado sus pesquisas en la Torre Antonia, dirigiéndose directa y osadamente al tribuno, a quien refirió la historia de los Hur y los pormenores del accidente ocurrido a Grato, poniendo de relieve la inocencia de los condenados. El objeto de su visita era averiguar si sobrevivía algún individuo de la desgraciada familia, y en este caso elevar un memorial a César rogándole que restituyera a los sobrevivientes los bienes y los derechos civiles. Malluch tenía la confianza de que su súplica recabaría por orden imperial una inquisición, de la cual nada habían de temer los amigos de la familia. El tribuno contestó a Malluch refiriéndole con todos sus pormenores el hallazgo de las dos mujeres en las cárceles de la Torre Antonia y le leyó el informe que había ordenado hacer de todo lo ocurrido. De este informe pudo obtener Malluch un traslado, con el que corrió al encuentro de Ben Hur.

No es posible describir el efecto que produjo en el joven la terrible historia. Su dolor no se desahogó en lágrimas ni exclamaciones: era demasiado hondo para traducirse en manifestaciones ruidosas. Permaneció sentado y silencioso por un momento, pálido el rostro y el corazón lleno de pensamientos que lo torturaban y que a intervalos expresaba con palabras sueltas y dichas en voz baja.

—¡Son leprosas! ¡Son leprosas! Ellas... mi madre... Tirzah... ¡Son leprosas!... ¡Oh Dios mío!

Presa de vivo sentimiento, acudió a su mente la idea de la venganza. Levantóse y dijo resueltamente:

—Voy en su busca. Podrían hallarse moribundas.

—¿Adónde irás a buscarlas?

—Sólo en un sitio las podré encontrar.

Malluch lo impidió, y obtuvo, tras de muchos esfuerzos, que la dirección de las pesquisas fuese confiada a él. Juntos se dirigieron a la puerta fronteriza a la colina del Mal Consejo, donde los leprosos se reunían. Allí permanecieron todo el día repartiendo limosnas, y así continuaron durante lo restante del quinto mes y durante todo el sexto, siempre infructuosamente. La espantosa ciudad que coronaba la colina fué registrada completamente por los mismos leprosos, a quienes eran incentivo las crecidas ofertas que se les hicieron. No escapó al registro la antigua tumba, cuyas moradoras fueron asediadas a preguntas; mas a nadie quisieron revelar su propio secreto.

Las tentativas de Ben Hur fueron, por tanto, vanas. Por fin, en la mañana del primer día del mes séptimo llegó a oídos suyos la noticia de que, poco tiempo antes, dos mujeres contaminadas de lepra habían sido arrojadas de la ciudad por la Puerta de los Peces. Prosiguiendo sus indagaciones y confrontando fechas, Ben Hur dedujo que aquellas desventuradas no podían ser otras que las que él buscaba. Mas de esta seguridad sólo pudo sacar una triste conclusión: ¿en dónde se encontraban? ¿qué había sido de ellas?

No bastaba que fuesen leprosas, pensaba el hijo con la amargura que el lector puede suponer; no bastaba que fuesen leprosas, sino que habían sido arrojadas de su ciudad nativa. ¿Habría muerto su madre? ¡Muerta abandonada! ¿Vivía Tirzah? ¿O era él solo quien vivía? ¿Y todo por qué? ¿Cuánto tiempo, Señor, cuánto tiempo había de durar aquella Roma?

Lleno de ira, sin esperanza, ardiendo en deseos de venganza, penetró en el patio del Khan y lo encontró

lleno de gente llegada durante la noche. Mientras se desayunaba, prestó oído a las conversaciones de los circunstantes, y en especial a la de algunos jóvenes fuertes y robustos, cuyo modo de hablar los denunciaba provincianos. El aspecto varonil y vigoroso de su semblante, la actitud de su cabeza, sus miradas, revelaban una viveza y tenacidad no comunes en el bajo pueblo de Jerusalén. Transparentábase en sus modales un brío que, según algunos, era efecto de una vida sana en países montuosos, pero que con más seguridad podemos atribuir al régimen de libertad que disfrutaban. Eran galileos que habían acudido a la ciudad por varias razones, y en primer lugar, para tomar parte en la fiesta de las Trompetas, que debía celebrarse aquel día. Desde el primer momento le interesaron, pues procedían de una región en que confiaba encontrar eficaz apoyo para su proyectada empresa. Mientras los observaba, acariciaba en su fantasía los heroicos hechos que podían realizarse con semejantes soldados, adiestrados en la severa disciplina romana.

Un hombre entró en el patio. Tenía el rostro encendido, y sus ojos chispeantes denotaban cierta agitación.

—¿Qué hacéis? —preguntó a los galileos—. Los rabinos y los principales de entre nosotros se dirigen al Templo a ver a Pilatos. Venid. Daos prisa. Vayamos también con ellos.

Súbitamente le rodearon todos.

—¿A ver a Pilatos? ¿Y qué hará Pilatos?

—Se ha descubierto una iniquidad. El nuevo acueducto de Pilatos ha de ser pagado con el dinero del Templo.

—¡Cómo! ¿Con el santo tesoro?

Y repitieron en coro esta pregunta, llenos los ojos de indignación.

—Es el *Corban*, el dinero de Dios. ¡Ah! ¡Que se atreva a tocar el bárbaro un solo siclo de ese dinero!

—Venid —gritó el mensajero—. La manifestación

atraviesa el puente. Toda la ciudad les sigue. Pueden necesitar de nosotros. Daos prisa.

En un cerrar de ojos todos estuvieron dispuestos. Descubierta la cabeza y con túnicas cortas y sin mangas, presentaban el aspecto característico de los segadores y de los barqueros de su país. Sin más que apretarse las fajas para arreglarse las ropas, se dispusieron a salir del Khan.

Entonces Ben Hur se adelantó hacia ellos y les dijo:

—¡Hombres de Galilea! Yo soy un hijo de Judá. ¿Me queréis con vosotros?

—Acaso tengamos que luchar —le observaron.

—En este caso no seré yo el primero en huir.

La respuesta fué de su agrado, y el mensajero dijo:

—Tienes apariencia de robusto. Siguenos.

Ben Hur se despojó del manto.

—¿Prevéis que habrá lucha? —preguntó tranquilamente mientras ceñíase en la cintura la faja.

—Sí.

—¿Con quién?

—Con el cuerpo romano de guardia.

—¿Son legionarios?

—¿Y de qué otros podría fiarse un romano?

—¿Qué armas adoptaréis para batiros?

Le miraron silenciosamente.

—Bien —prosiguió—, haremos lo que podamos; pero, ¿no sería mejor elegir un jefe? Los legionarios tienen siempre uno que los manda, y por esto pueden obrar como si les impulsase una sola voluntad.

Los galileos le miraron con curiosidad, casi como si la idea les pareciese nueva.

—A lo menos prometamos no dividirnos y estar siempre unidos —añadió—. Ya estoy listo. ¿Y vosotros?

—También lo estamos. Adelante.

El Khan, no conviene olvidarlo, estaba en Bezetha, la nueva ciudad, y para llegar al Pretorio, como llamaban los romanos al palacio de Herodes sobre el monte Sión, los galileos habían de cruzar la llanura al No-

roeste del Templo. Por calles y atajos atravesaron rápidamente el distrito de Akra, dirigiéndose a la torre de Mariana, desde cuyo punto en pocos pasos se llegaba a la fortaleza. Por el camino encontraron a mucha gente que, como ellos, iba a saber noticias de la nueva iniquidad perpetrada por los romanos. Por fin llegaron a los muros del Pretorio, en que ya habían entrado los ancianos y los rabinos, dejando afuera una multitud inmensa y exaltada. A la puerta había un centurión con un cuerpo de guardia completamente armado, formado junto al magnífico muro de mármol. El sol reverberaba sobre los yelmos y los escudos de los soldados, que eran indiferentes por igual a sus ardientes rayos y a los gritos e insultos del populacho. Por las bronceínas puertas continuaba entrando una corriente de ciudadanos, mientras otra, más exigua, salía.

—¿Qué sucede? —preguntó un galileo a uno de los salientes.

—Nada —contestó—. Los rabinos están delante de la puerta de palacio y solicitan ver a Pilatos. El les ha negado la audiencia, y ellos le han enviado a decir que no se moverán de allí hasta que sean atendidos. Todavía están esperando.

—Entremos —dijo Ben Hur tranquilamente, previendo lo que probablemente no prevenían sus compañeros, o sea una disensión surgida entre el gobernador y los solicitantes, disensión que era muy fácil tomase todo el carácter de una seria tentativa de rebelión.

Allende la puerta limitaba el paso una doble hilera de árboles cubiertos de hojas, y que daban sombra a rústicos bancos. La gente, al entrar y salir, evitaba cautamente la sombra de aquellos árboles, porque, aunque parezca extraño, una orden rabínica, que parecía fundarse en la divina ley, prohibía que dentro de los muros de Jerusalén creciese árbol alguno. Por esto se dice que el Rey Sabio, deseando un jardín para recreo de su esposa egipcia, se vió obligado a buscárselo en la afluencia de los valles más allá de En-rogel. Por en-

cima de las copas de los árboles descubriase la fachada del Palacio.

Volviendo hacia la derecha, la comitiva penetró en una ancha plaza, a izquierda de la cual se elevaba la habitación del gobernador. La plaza estaba llena de una multitud exaltada. Todos tenían la vista fija en un pórtico, bajo el cual se veía una gran puerta cerrada, guardada por otro destacamento de legionarios. La multitud era tan compacta, que los recién llegados no hubieran podido avanzar aunque hubiesen querido; quedáronse atrás, atentos a cuanto sucedía. Cerca del pórtico divisaron los altos turbantes de los rabinos, cuya impaciencia se comunicaba a la multitud que estaba a sus espaldas. A intervalos oíase este grito:

—Pilatos, si eres el gobernador, ¿por qué no sales? Preséntate.

De pronto un hombre se abrió paso por entre la multitud; su semblante estaba encendido por la cólera.

—Israel no tiene ya ni voz ni voto —gritó—. En esta santa tierra no somos más que perros de Roma.

—¿Creéis acaso que saldrá?

—¡Salir! ¿No ha dicho ya que no tres veces?

—¿Qué harán, pues, los rabinos?

—Como en Cesarea, permanecerán aquí hasta que se les conceda audiencia.

—No se atreverá con el tesoro, ¿no es cierto? —preguntó uno de los galileos.

—¿Quién lo sabe? ¿No fué acaso un romano quien profanó el *Sancta Sanctorum*? Para ellos nada hay sagrado.

Transcurrió una hora, y como Pilatos no se dignó contestar, los rabinos y la multitud no se movieron. Llegó el medio día, y con él un aguacero que descargó sobre los solicitantes; pero no se notó el menor cambio en la situación, a no ser, si esto era ya posible, que la multitud iba en aumento como su indignación. El vocerío era continuado. “¡Que salga! ¡Que salga!” A veces se añadían frases irrespetuosas. Ben Hur manteníase rodeado de sus amigos. Suponía que el orgulloso romano

se cansaría al fin, y que, por tanto, el desenlace del drama no podía hacerse esperar mucho. Pilatos sólo esperaba que el pueblo le diese ocasión para recurrir a la violencia. Y ésta llegó. En medio de la confusión oyóse rumor de golpes, seguido de gritos de dolor y de rabia.

Los venerables ancianos que estaban junto al pórtico volviéronse asustados. La gente que estaba detrás de ellos intentó avanzar. Los que ocupaban el centro de la plaza esforzábanse por escapar del tumulto, y por un instante, el choque de las dos fuerzas contrarias fué terrible. Mil voces levantáronse para protestar, y la sorpresa se transformó rápidamente en pánico. Ben Hur permanecía tranquilo.

—¿Puedes ver lo que pasa? —preguntó a uno de los galileos.

—No.

—Te levantaré.

Cogió al hombre por la cintura y lo levantó en alto.

—¿Qué sucede?

—Varios hombres armados de palos están apaleando a la multitud. Van vestidos como los hebreos.

—¿Quiénes son?

—Romanos, como es cierto que Dios existe. Romanos disfrazados de hebreos. Sus varas se agitan y no respetan a nadie. Ahora ha caído un rabino. ¡Miserables!

Ben Hur dejó al hombre en el suelo.

—Hombres de Galilea —dijo—, es un ardid de Pilatos. Haced ahora lo que os digo: ataquemos a los hombres de los palos.

Los galileos cobraron ánimos.

—Sí, sí —repitieron.

—Retrocedamos hasta los árboles que hay junto a la puerta, y encontraremos que la idea de Herodes, aunque contraria a nuestra ley, no está falta de utilidad. Seguidme.

Dirigiéronse allí con paso rápido, y cogiendo las ramas con todas sus fuerzas, las desgajaron de sus troncos. En un instante quedaron todos provistos de nudo-

sos garrotes. Al volver a la plaza encontraron a la multitud precipitándose hacia la puerta, mientras detrás de ella continuaba el clamoreo de un coro de gritos, de lamentos y de maldiciones.

—Arrímaos a la pared —gritó Ben Hur—, y dejad pasar a los fugitivos.

Así, firmes, arrimados al muro de la derecha, podían dejar paso a la multitud, que de otro modo los hubiera arrastrado en su loca carrera.

—Uníos ahora y seguidme.

Las órdenes de Ben Hur eran fielmente cumplidas, y sus compañeros le siguieron compactos por entre el gentío. Cuando los romanos, apaleando a la gente y persiguiéndola, se encontraron frente a frente con los galileos, ansiosos de luchar y armados con iguales armas, quedaron sorprendidos. La gritería aumentó. Los garrotes chocaron con golpes secos e impetuosos; el odio por tanto tiempo contenido de los galileos se desencadenó con todo el ímpetu de su fogoso natural. Ninguno cumplió con su deber mejor que Ben Hur, cuya maestría y disciplina sirvieron admirablemente en esta ocasión, porque no tan sólo sabía herir y parar, sino que la longitud de su brazo, su habilidad perfecta y su asombrosa fuerza le aseguraban en dondequiera la victoria. Era a un mismo tiempo soldado y capitán. El palo que blandía era poderoso, y bastaba un golpe para derribar a un adversario. Vigilaba cuidadosamente todos los pormenores de la lucha, y con la voz y con el ejemplo animaba a sus amigos a la pelea. Sus voces infundían tanto valor a sus secuaces cuanto temor a sus contrarios. Ante tamaña sorpresa, los romanos se retiraron, primero ordenadamente, después presentaron la espalda y huyeron hacia los pórticos. Los impetuosos galileos hubieran querido perseguirlos hasta las escaleras, pero Ben Hur, muy juiciosamente, los detuvo.

—¡Alto! —les gritó—. El centurión llegará pronto con la guardia. Ellos tienen espadas y escudos; no podemos medirnos con ellos. Hemos hecho todo lo humanamente posible. Retrocedamos, pues, hacia la puerta.

Obedecieronle, aunque de mal grado, pues la vista de sus compaisanos que yacían en el suelo, unos retorciéndose y gimiendo, otros pidiendo auxilio, otros mudos como muertos, excitaba continuamente su ira. Pero no todos los heridos eran hebreos, y esto, en medio de todo, era un consuelo.

—¡Perros de Israel, deteneos! —gritóles el centurión al ver que se marchaban.

Ben Hur soltó la carcajada y repúsole en su lengua:

—Si nosotros perros de Israel, vosotros sois chacales de Roma. Esperáanos, ya volveremos otra vez.

Los galileos, riendo y mofándose, prosiguieron su camino. Fuera de la puerta agitábase una multitud como no la había visto Ben Hur igual ni siquiera en el Circo de Antioquía. Las azoteas de las casas, las calles, toda la vertiente de la colina, estaban llenas de gente, que se lamentaba y lloraba. Sus gritos e imprecaciones ensordecían el aire. La guardia no opuso ningún obstáculo a la salida de los galileos; pero apenas en la calle, el centurión que estaba antes de guardia en el pórtico se presentó en la puerta, y dirigiéndose a Ben Hur le dijo:

—¡Hola, insolente! ¿Eres romano o hebreo?

Ben Hur contestó:

—Soy hijo de Judá, nacido aquí mismo. ¿Qué me quieres?

—Quédate y lucharemos.

—¿Uno por parte?

—Como quieras.

Ben Hur se sonrió.

—¡Oh valeroso quirite! ¡Digno hijo del bastardo Júpiter romano! No tengo armas.

—Te daré las mías —repuso el centurión—. Ya haré que me preste otras la guardia.

Los circunstantes, al oír el diálogo, guardaron silencio, silencio que fué propagándose aun a los más apartados. No hacía mucho que Ben Hur había vencido a un romano ante Antioquía toda y ante el lejano Oriente. Si ahora podía humillar a otro a vista de Jerusalén, el honor alcanzado sería de gran utilidad a la causa del

nuevo Rey. Por tanto, no vaciló. Avanzando animoso hacia el centurión, le dijo:

—Estoy pronto. Préstame tu espada y el escudo.

—¿Y el yelmo y la coraza? —preguntó el romano.

—Consérvalos. No se me ajustarían.

Ben Hur recibió las armas, y el centurión se puso en guardia.

Los soldados, formados junto a la puerta, permanecieron inmóviles como meros espectadores. La multitud, que estaba en el lado opuesto, llena de inquietud, se preguntaba con curiosidad:

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Nadie lo sabía.

La supremacía de las armas romanas consistía en tres cosas: sumisión a la disciplina, orden de las legiones en batalla y una singular habilidad en el manejo de la espada. En la lucha nunca herían con el filo de ella, sino que la manejaban de punta, ya avanzando, ya retirándose, tomando casi siempre por blanco el rostro del enemigo.

Todo esto lo sabía muy bien Ben Hur, que dijo al romano antes de comenzar el ataque.

—Soy un hijo de Judá, pero no te he dicho que soy discípulo de un *lanista* de Roma. ¡Defiéndete!

Ben Hur dió un paso hacia su adversario. Se miraron mutuamente un momento por encima del borde superior de sus escudos, y después el romano, adelantando la espada, dirigióle una estocada al pecho. El hebreo se sonrió desdeñosamente. Entonces el romano intentó asestarle otra en el rostro. Ben Hur se ladeó hacia la izquierda rápido como un rayo, y se arrojó sobre su adversario, sujetando con el propio escudo el brazo del enemigo. Dió un paso de frente y otro hacia la izquierda, dejando el flanco derecho del romano completamente descubierto, y entonces hirió certeramente al centurión, que cayó pesadamente de bruces, haciendo resonar con ruido sordo el empedrado. El hebreo había vencido.

Con el pie sobre la espada de su enemigo, levantó el escudo sobre su cabeza, según costumbre de los gladi-

dores, y saludó a los soldados que estaban firmes delante de la puerta. Cuando el pueblo comprendió que la victoria era de Ben Hur, volvióse loco de alegría. De boca en boca, hasta el lejano Xisto, con la rapidez de la luz, se propaló la noticia, y dondequiera el pueblo agitaba los chales y los pañuelos, aplaudía y voceaba, y a haberlo permitido Ben Hur, los galileos lo hubieran llevado triunfalmente sobre sus hombros.

A un oficial subalterno que se destacó de la puerta, díjole el hebreo:

—Tu camarada ha muerto como un soldado. Su espada y su escudo son míos.

Y se confundió con la multitud. Cuando estuvo algo apartado, habló así a sus galileos:

—Hermanos, bien os portasteis. Separémonos ya para que no nos espíen. Esta noche podremos encontrarnos en el Khan de Betania. Allí os propondré una cosa que tiene para Israel suma importancia.

—¿Quién eres? —le preguntaron.

—Un hijo de Judá —repuso sencillamente.

La multitud, deseosa de contemplarlo, se agolpó en torno de Ben Hur y de sus compañeros.

—¿Iréis a Betania? —preguntó.

—Sí, iremos.

—Entonces llevad con vosotros esta espada y este escudo para que pueda reconocerlos.

Y avanzando por entre la multitud, que iba siempre en aumento, desapareció.

Pilatos permitió la entrada en el palacio para recoger los muertos y heridos en la refriega; pero el dolor del pueblo a vista de aquel espectáculo fué aliviado por la victoria del desconocido campeón, a quien todo el mundo buscaba y exaltaba. El abatido espíritu de la nación se sintió levantado por el valeroso hecho, y en las calles como en el Templo, aun en medio de las solemnidades del culto, volvieron a recordarse las antiguas hazañas de los Macabeos, y las personas prudentes movían la cabeza murmurando en voz baja:

—Tened paciencia, sólo un poco de paciencia, oh her-

manos, y la gloria de Israel reverdecerá. Tengamos confianza en Dios.

De este modo adquirió Ben Hur su supremacía entre los galileos y preparó el camino a mayores servicios en pro de la causa del *Rey que había de venir*.

¿Con qué resultado? Lo veremos inmediatamente

FIN DEL LIBRO SEXTO



LIBRO SEPTIMO

CAPITULO PRIMERO

Después de celebrada en el Khan de Betania la reunión acordada, Ben Hur acompañó a los galileos a su país, en donde su hazaña en la antigua plaza del Mercado le granjeó fama y autoridad. Antes de terminarse el invierno, había reunido tres legiones, organizándolas al modo romano. Hubiera podido tener doble más, porque el espíritu guerrero de aquel pueblo no se había adormecido; pero dadas las sospechas de Roma y la proximidad de Herodes, que hubiera visto una amenaza en estos ejercicios campales, fué prudente consejo limitar su número.

Adiestraba a los oficiales por sí mismo en el manejo de las armas, particularmente de la espada y de la lanza, y en las maniobras propias para la formación de las legiones, y después los mandaba a sus casas para que a su vez instruyesen a sus compañeros. En breve estos ejercicios se convirtieron en pasatiempo para el pueblo. Como puede suponerse, la tarea exigía paciencia y habilidad, celo, confianza y devoción de su parte, y la mayor de entre las dotes de un jefe de pueblo, la de infundir en los demás los sentimientos que nos animan, dote que Ben Hur poseía en alto grado y que empleaba con gran eficacia. ¡Cómo trabajaba! ¡Qué profunda abnegación y sacrificio de sí mismo! Mas aun con todo esto, no habría logrado lo que se proponía si no hubiese tenido el apoyo de Simónides, que le proveía de ar-

mas y de dinero, y el de Ilderim, que velaba por él en el Desierto y le llevaba víveres y provisiones. Y también entonces hubieran sido inútiles sus esfuerzos si no le hubiese secundado el carácter de los galileos. Bajo este nombre se comprendían las cuatro tribus de Aser, Zabulón, Isacar y Neftalí, que moraban en los distritos que se les habían designado desde un principio. El judío nacido junto al Templo despreciaba a sus cohermanos del Norte; pero en su contra tenía este testimonio del Talmud eterno: "El galileo ama el honor, el judío, el dinero." Animados de un odio a Roma, igual tan sólo al afecto que sentían por la propia tierra, los galileos eran los primeros en entrar en el campo y los últimos en retirarse. Ciento cincuenta mil galileos perecieron en la última guerra con Roma. Con motivo de las grandes festividades, trasladábanse a Jerusalén con tiendas y caballos, como un ejército. Eran amantes de la libertad y tolerantes hasta con los gentiles.

Estaban justamente orgullosos de las bellísimas ciudades, romanas por su aspecto, que Herodes había construído en Sêfora y en Tiberíades, y a cuyo embellecimiento habían contribuído con el trabajo de sus brazos. Conciudadanos suyos eran los pueblos de todo el mundo, y vivían en paz con ellos. El autor del *Cantar de los Cantares* y el profeta Oseas, que tanto contribuyeron a la gloria del nombre judaico, eran galileos. En semejante pueblo, tan diestro, tan arrogante, tan valeroso, dotado de tanto celo y de tan férvida fantasía, el relato de la venida del nuevo Rey no pudo menos de tener extraordinaria eficacia. El solo hecho de que venía para abatir el romano orgullo hubiera sido suficiente para que secundasen a Ben Hur; pero cuando por añadidura se les dijo que sería más poderoso que César, más sabio que Salomón, y que su reino duraría eternamente, el llamamiento fué irresistible y les afilió a su causa en cuerpo y alma. Preguntaron a Ben Hur en qué fundaba su creencia, y les contestó que en los Profetas, hablándoles además de Baltasar, que estaba esperando en Antioquía. Creyéronle ciegamente porque vieron en

sus palabras la antigua y siempre amada tradición del Mesías que el Señor les había comunicado, y porque el sueño durante tanto tiempo acariciado iba a realizarse finalmente en plazo cierto y seguro. El advenimiento del Rey no era una mera suposición: el Rey había ya llegado.

Los meses del invierno transcurrieron rápidamente para Ben Hur, y cuando llegó la primavera con sus continuas lluvias, ya había convencido a todos, de modo que pudo decirles con complacencia:

—Amigos, venga ahora el buen Rey. Sólo tendrá que decirnos dónde quiere establecer su trono, y nosotros, con nuestra espada, se lo conquistaremos.

Y cuantos le trataron durante todo este tiempo no le conocieron por otro nombre, ni le dieron otro que el de *hijo de Judá*.

Una tarde en que Ben Hur descansaba en la Tracónitida, con algunos de sus galileos, a la entrada de la caverna que le servía de morada, se le presentó un correo árabe y le entregó una carta concebida en los siguientes términos:

“Jerusalén, Nisan IV.

”Ha aparecido entre nosotros un hombre a quien todos toman por Elías. Ha vivido muchos años en la soledad del desierto, y a nuestros ojos es un verdadero profeta: tal nos lo revelan sus palabras, cuya esencia es que ha de llegar dentro de poco un Hombre más grande que él, y a quien espera en la orilla oriental del Jordán. Yo le he visto y le he oído. Aquel a quien espera es verdaderamente un Rey. Ven y júzgale por ti mismo. Toda Jerusalén corre en pos del profeta, y tanta es la gente que acude a verlo, que la orilla en que mora está como el monte Olivete en los últimos días de la Pascua.— MALLUCH.”

El semblante de Ben Hur resplandeció de alegría.
—Esta carta, amigos míos —dijo a los galileos—,

esta carta me anuncia la próxima realización de nuestras esperanzas. El heraldo del Rey ya ha aparecido y le ha anunciado.

La lectura de la carta produjo general alborozo en los galileos.

—Preparaos, pues —añadió—, y mañana dirigíos a vuestros hogares. Cuando lleguéis, dad aviso a vuestros subordinados y tenedles dispuestos para que se reúnan a una orden mía. Por mí y por vosotros iré a ver si el Rey ha llegado realmente, y os lo comunicaré. Entre tanto, vivamos con la alegría de la promesa.

Y entrando en la caverna, escribió sendas cartas a Ilderim y a Simónides, comunicándoles las noticias recibidas y hablándoles de su propósito de dirigirse a Jerusalén inmediatamente. Entregó las cartas a rápidos mensajeros, y cuando llegó la noche y empezaron a cintilar las estrellas, montó a caballo, y acompañado de un guía árabe, se dirigió al Jordán, tomando el camino que siguen las caravanas entre Rabbath, Ammón y Damasco.

El guía era inteligente y Aldebarán veloz; no es, pues, extraño que a media noche hubiesen salido ya del valle que durante tantos meses les había servido de morada.

CAPITULO II

Ben Hur tenía intención de detenerse, al despuntar el día, en un lugar seguro, no apartado del camino; pero habiéndole sorprendido el alba cuando aún se encontraba en el Desierto, prosiguió confiado en las palabras del guía, que le había prometido llevarlo en breve a un valle rodeado de grandes rocas, en donde una fuente, algunos morales y un poco de hierba ofrecían alimento y forraje a hombres y animales. Mientras Ben Hur cabalgaba entregado a la meditación de los grandes sucesos que habían de sobrevenir y de los

grandes cambios que se realizarían en los destinos de las naciones, el guía, siempre vigilante, atrajo su atención sobre un punto que se movía en el horizonte a sus espaldas. El Desierto extendía en derredor sus monótonas ondas de arena amarilla y brillante bajo los ardientes rayos del sol, sin una palmera ni una mata de hierba. Sólo hacia la izquierda, pero muy a lo lejos, se descubría una cadena de bajas montañas. En aquella extensión tan vasta nada podía ocultarse largo tiempo.

—Es un camello —dijo súbitamente el guía.

—¿Seguido de otros? —preguntó Ben Hur.

—Solo. No, un hombre síguele a caballo; el guía probablemente.

Poco rato después, el mismo Ben Hur pudo distinguir que el camello era blanco y de estatura tan descomunal, que le recordó inmediatamente el asombroso cuadrúpedo que por primera vez vió en la fuente de la gruta de Dafne, conduciendo a Baltasar y a Iras. No había otro semejante. Pensando que podría ser el egipcio, fué retardando sensiblemente el paso hasta que pudo claramente distinguir a dos personas sentadas debajo del baldaquino del camello.

¿Serían Baltasar e Iras? ¿Se les daría a conocer? ¿Dejaría que atravesasen solos el Desierto? Mientras estaba indeciso sobre lo que debía de hacer, el camello, con su paso largo y ondulante, les dió alcance. Oyó el retintín de los cascabeles, admiró la rica gualdrapa que tanto había admirado la multitud en la fuente de Castalia, y reconoció también al etíope que acompañaba siempre al egipcio. El gigantesco camello se detuvo al lado de su caballo, y Ben Hur, al levantar la cabeza, se encontró en presencia de Iras, de Iras en persona, que levantando la cortina, le miraba con ojos llenos de sorpresa y de alegría.

—Las bendiciones del verdadero Dios lluevan sobre ti —dijo Baltasar con voz temblorosa.

—Y su paz sea contigo y con los tuyos —contestó Ben Hur.

—Mi vista está debilitada por los años —continuó

Baltasar—, pero creo reconocer en ti al hijo de Hur, al huésped de Ilderim el Generoso.

—Y tú eres Baltasar, el sabio egipcio. Tus palabras a propósito de ciertos santos acontecimientos futuros no son extrañas a este nuestro encuentro en el Desierto. ¿Qué buscas en estos sitios solitarios?

—Quien está con Dios, no está nunca solo, y Dios está en todas partes —repuso gravemente Baltasar—. A no mucha distancia de nosotros sigue una caravana que va a Alejandría, y como ha de pasar por Jerusalén, había pensado aprovecharme de su compañía hasta la ciudad santa, a la cual me dirijo. Sin embargo, esta mañana, impaciente de la lentitud de su viaje, debida especialmente a ir escoltada a caballo por una cohorte romana, nos levantamos temprano y nos pusimos en camino. Contra los ladrones del Desierto nos protege un sello del jeque Ilderim, y contra los animales feroces, la protección divina.

Ben Hur hizo una inclinación de cabeza y dijo:

—El sello del buen jeque es la mejor salvaguardia para quien se aventura por el Desierto, y rápido ha de ser el león que quiera alcanzar a este rey de su especie.

Y mientras hablaba, acariciaba el cuello del camello.

—Sin embargo —dijo Iras con sonrisa que no pasó inadvertida al joven, cuyos ojos, conviene confesarlo, había dirigido frecuentemente a ella durante el coloquio con el anciano—; sin embargo, mejor sería para él haberse desayunado; también los reyes padecen hambre y dolor de cabeza. Si tú eres el propio Ben Hur de quien me habló mi padre, y que tuve yo el gusto de conocer, estoy cierta de que tendrás sumo gusto de mostrarnos el camino más corto a la más cercana fuente, con el fin de que podamos bendecir con el agua nuestro matinal desayuno en el Desierto.

Ben Hur se apresuró a contestar:

—¡Oh hermosa egipcia! Excitas mi compasión. Ten un poco de paciencia y encontraremos la fuente que deseas, y cuyas aguas serán, te lo prometo, tan refri-

gerantes como las de la famosa Castalia. Con tu permiso, apresuremos la marcha.

—Te doy la bendición del sediento —contestó ella—, y te ofrezco en cambio un pedazo de pan procedente del horno de la ciudad, untado con manteca fresca de los opulentos prados de Damasco.

—¡Bocado apetecible! Prosigamos.

Ben Hur se puso a la cabeza de la comitiva con su guía, pues el paso del camello impedía cualquier conversación larga. Al poco rato llegaron a un torrente, que remontaron por la orilla derecha. El lecho estaba húmedo por recientes lluvias, y era muy accidentado. A intervalos se ensanchaba, sus orillas se hacían rocosas y el agua se deslizaba rumorosa por entre elevados peñascos, o se precipitaba entre nubes de espuma en pequeñas cataratas. Por fin, después de atravesar esta hondonada, los viajeros penetraron en un delicioso valle, que a sus ojos, acostumbrados a la estéril y amarillenta extensión del Desierto, les parecía un paraíso terrenal. El agua del torrente se dividía aquí en multitud de arroyuelos, que serpenteaban y se entrelazaban por entre islas de verdor y espesos cañaverales.

Algunos árboles, procedentes de los profundos valles del Jordán, alegraban con sus flores el vallecillo, sobre el cual parecía velar en real actitud una altísima palmera. Las vertientes que cerraban el valle estaban cubiertas de vides. A la izquierda elevábase una roca que servía de entrada a un bosquecillo de morales, los cuales revelaban con su verdor la presencia de la fuente que buscaban los viajeros. A ella les condujo el guía, indiferente a los chirridos de las perdices y de otras aves de hermoso plumaje que huían de sus escondrijos asustadas. El agua manaba de un agujero excavado en la peña, a que una mano experta había dado forma de nicho. Esculpida sobre ella, en grandes caracteres hebraicos, estaba la palabra *Dios*. Sin duda el escultor habíase detenido allí por varios días, y en prenda de gratitud por el agua bebida había dejado impreso

el nombre del Señor. Desde este nicho el manantial corría por una pradera cubierta de verdísimo musgo e iba a precipitarse en un estanque transparente como cristal, para ocultarse después por entre grupos de árboles y desaparecer en la sedienta arena.

El terreno que rodeaba al estanque revelaba, por la escasez de sus senderos y por la falta de huellas, que no era muy frecuentado. Los caballos quedaron libres por un momento, y el etíope ayudó a Baltasar y a Iras a apearse del camello. Ya el pie en tierra, el anciano se volvió de cara a Levante, cruzó reverentemente las manos sobre su pecho y murmuró una oración.

—Tráemé una copa —dijo impaciente Iras.

El esclavo sacó un vaso de cristal del fondo del baldaquino y lo presentó a la egipcia. Esta dijo después a Ben Hur:

—Quiero ser tu copera en la fuente.

Y se dirigieron juntos a ella. Ben Hur hubiera querido servirle el agua a Iras, mas ésta rehusó la oferta; sumergió el vaso en el manantial y lo tuvo allí hasta que estuvo fresco y lleno de agua. Después ofreciólo al judío.

—No —dijo éste, apartando la graciosa mano y sin ver más que los grandes ojos ocultos bajo las enarcadas cejas—; te lo ruego, este es mi deber.

La egipcia insistió:

—En mi país, oh hijo de Hur, hay un proverbio que dice: "Más vale ser copero de un hombre afortunado que ministro de un rey."

—¿Afortunado? —preguntó.

Su voz, su mirada, expresaban su sorpresa. Por eso Iras se apresuró a añadir:

—Los dioses nos revelan su amistad dándonos en testimonio una muestra de su favor. ¿No fuiste tú vencedor en el Circo?

Ben Hur sintió subírsele el rubor a las mejillas.

—Esta es una muestra; mas existe otra. Tú has vencido a un romano luchando con él a espada.

El rubor llególe hasta la raíz de los cabellos, no ya

por el triunfo en sí, sino por la satisfacción que experimentaba al pensar que la egipcia había seguido con tanto interés las vicisitudes de su vida. Pero pronto una reflexión vino a enturbiar su alegría. Sabía que la fama de aquel combate se había esparcido por todo Oriente, pero que eran muy pocos los que conocían el nombre del vencedor. Sólo Malluch, Ilderim y Simónides lo sabían; ¿podría alguno de ellos haber confiado a aquella mujer el secreto? Luchaba entre el asombro y el contento, y al ver su confusión la egipcia se levantó, y manteniendo la copa sobre el agua, dijo:

—¡Oh dioses de Egipto! Yo os doy gracias por haberme mostrado a un héroe, y también porque la víctima del palacio de Iderneo no fué mi rey entre los hombres. Sea en honor vuestro.

Vertió en el estanque parte del contenido de la copa y bebió lo restante. Después, separando el cristal de sus labios, exclamó riendo:

—¡Oh hijo de Hur! ¿Es verdad, pues, que cuanto más valeroso es el hombre más fácilmente se deja subyugar por una mujer? Toma la copa y mira si puedes en ella encontrar inspiración para dedicarme una galantería.

Ben Hur tomó la copa y se inclinó para llenarla.

—Un hijo de Israel no tiene dioses a quienes ofrecer libaciones —dijo jugueteando con el agua para disimular su creciente turbación.

¿Qué más sabía de él la egipcia? ¿La habían enterado de las relaciones que existían entre él y Simónides, o del tratado con Ilderim? ¿Era conocedora hasta de esto? Inmediatamente le asaltó una sospecha: alguien había descubierto secretos de tanta gravedad. Precisamente se dirigía a Jerusalén, en donde más que en otra parte la revelación de sus designios al enemigo sería perjudicial para él, para sus aliados, para su causa. ¿Podía ser la egipcia su enemiga?

Cuando la copa se hubo refrescado, la llenó, levantóse, y afectando una indiferencia que no sentía, dijo:

—¡Oh hermosísima! A ser egipcio, griego o romano, diría:

Y levantó la copa sobre su cabeza.

—Dioses, os doy gracias porque habéis dejado en el mundo, a pesar de todos sus males y de todos sus sufrimientos, el encanto de la belleza y las dulzuras del amor, y bebo a la salud de aquella que mejor los representa, de Iras, la más hermosa de las hijas del Nilo.

La egipcia posó su mano suavemente en el hombro de Ben Hur.

—Has transgredido la ley. Los dioses a quienes has ofrecido tu libación son falsos. ¿No te podría denunciar a los rabinos?

—¡Oh! —dijo él riendo—, sería lo menos que podría hacer una persona que conoce tantísimos secretos de Estado.

—Todavía más. Acudiré a la pequeña hebrea que cultiva las rosas en la terraza del gran mercader de Antioquía. Ante los rabinos te acusaré de impío, ante ella...

—¿Qué?

—Repetiré lo que me has dicho al levantar la copa y tomando a los dioses por testigos.

Ben Hur permaneció callado, como si esperase que la egipcia prosiguiera. En su imaginación representósele Ester al lado de su padre, oyendo atentamente los mensajes que él le dirigía, y algunas veces, leyéndolos ella misma. En su presencia había referido a Simónides lo que le sucedió en el palacio de Iderneo. Ella e Iras se conocían: ésta era astuta y mundana; aquélla, sencilla y afectuosa, muy fácil de ser engañada. Ni Simónides ni Ilderim podían haber faltado a su promesa, ya que a nadie más que a ellos podían ser fatales las consecuencias de semejante revelación. ¿Sería Ester la que habría informado a la egipcia? No era que le acusase, pero le asaltó esta duda, llenándole de desconfianza y de recelo.

Antes de que pudiese contestar a la alusión hecha

a la pequeña hebrea, Baltasar se aproximó al estanque.

—De mucho te somos deudores, hijo de Hur —dijo con aire grave—. Este valle es hermosísimo, y sus prados, sus árboles y la sombra nos invitan a detenernos y a descansar; aquí la primavera brilla como un diamante y me habla de un Dios de amor. No hay bastantes palabras para darte gracias por el goce que nos has deparado; bebe con nosotros y comparte nuestro pan.

—Mas permitidme antes que os sirva.

Y al decir esto, Ben Hur llenó la copa y ofrecióla a Baltasar, que levantó los ojos en señal de muda súplica.

Mientras tanto el esclavo trajo las toallas, y los tres, después de haberse lavado y secado la manos, sentáronse al uso oriental bajo la misma tienda que muchos años antes había servido de refugio a los tres Magos en el Desierto.

CAPITULO III

La tienda se armó cómodamente a la sombra de un árbol y próxima a un arroyuelo; sobre ella pendían inmóviles de las ramas las prolongadas hojas, y más lejos descubriáanse esbeltos grupos de cañas erguidas como flechas. De cuando en cuando, a través de la perlada bruma, una abeja, volviendo con su perfumado botín, pasaba murmurando y desaparecía, y una perdiz, saliendo de las matas, bebía en el manantial, llamaba a su compañera y perdíase en el espacio. El sosiego del valle, la frescura del aire, la belleza del sitio, el religioso silencio, parecían haber enternecido el ánimo del egipcio; su voz, sus movimientos, sus maneras, eran extraordinariamente afables, y a veces, cuando contemplaba a Ben Hur en conversación con Iras, adquirían sus ojos expresión de infinita piedad.

—Cuando te alcanzamos, oh hijo de Hur —dijo Bal-

tasar al final de la comida—, nos pareció que también te dirigiás a Jerusalén, como nosotros. ¿Sera inconveniencia preguntarte si efectivamente te diriges allí?

—Sí, voy a la ciudad santa.

—La grande necesidad que tengo de evitarme fatigas me obliga también a preguntarte si hay otro camino más breve que el Rabbath-Ammón.

—Otro hay más escabroso, pero más corto, que conduce desde Gerasa a Rabbath-Gilead; y éste es el que yo sigo.

—Éstoy impaciente —dijo Baltasar—. No hace mucho turban mi sueño frecuentes ensueños, o mejor, la repetición del mismo ensueño. Una voz constantemente me grita: “¡Aprisa, levántate! Aquel a quien tan ardientemente esperas ha llegado”.

—¿Os referís a aquel que ha de ser Rey de los judíos? —preguntó Ben Hur, contemplando al egipcio con asombro.

—Sí.

—¿Entonces nada habéis oído decir de Él?

—Nada, fuera de las palabras que te he dicho.

—Pues yo tengo de Él noticias que te alegrarán como a mí me alegraron.

Ben Hur sacó de entre los pliegues de su túnica la carta que había recibido de Malluch. El egipcio la tomó con mano trémula. La leyó en voz alta y con emoción creciente; las venas de su cuello se hincharon y latieron con violencia. Al llegar al final levantó los ojos en acción de gracias y de súplica. Nada preguntó, porque no tenía dudas.

—¡Cuán bueno has sido para conmigo, oh Dios! —exclamó—. Sí, sí, te lo ruego, permíteme ver al Salvador y adorarlo, y tu siervo estará dispuesto para la muerte.

Estas palabras, su acento, lo extraordinario de la sencilla súplica dejaron en Ben Hur una impresión nueva y duradera. Dios no se le había aparecido nunca tan próximo y verdadero; parecía que estaba allí inclinado sobre ellos o sentado a su flanco, como un amigo

desinteresado, como un padre que ama igualmente a todos sus hijos, padre lo mismo para los judíos que para los paganos. La idea de que ese Dios pudiese enviar a la humanidad un Salvador en lugar de un Rey se le representó a Ben Hur con claridad tan nueva, tan esplendente, que llegó a apreciar la mayor importancia de este don y a la vez la mayor coherencia del mismo con la naturaleza de la Divinidad. Por esto no pudo menos de preguntar:

—Y ahora que ha venido, oh Baltasar, ¿persistes en creer que será, no un Rey, sino un Salvador?

Baltasar le dirigió una mirada tan profunda como tierna.

—¿Cómo he de contestarte? —dijo—. El Espíritu que en forma de estrella fué durante tanto tiempo mi guía, no se me ha aparecido desde que te encontré en la tienda del buen jeque. Sin embargo, creo que la voz que me habla en sueños es su voz misma, y exceptuada ésta, no he tenido otras revelaciones.

—Quiero recordarte los puntos de nuestra discusión —dijo Ben Hur respetuosamente—: tú opinabas que había de ser un Rey, pero no como César, y que su soberanía había de ser espiritual, no terrena.

—Efectivamente —replicó el egipcio—, y me mantengo aún en esta opinión. He aquí la divergencia de nuestra fe: tú creías encontrar un Rey para los hombres, yo un Salvador para las almas.

Detúvose con expresión de quien procura recoger un pensamiento demasiado elevado y profundo para ser traducido en palabras.

—Permite, oh hijo de Hur —añadió después de esta pausa—, que te ayude a comprender claramente lo que yo creo, porque si logro demostrarte la superioridad del reino espiritual sobre cualquiera manifestación del esplendor cesáreo, comprenderás mejor la razón que hace interesarme por el misterioso Ser de quien vamos en busca. No puedo decirte cuándo tuvo origen la idea del alma. Es probable que nuestros primeros padres la tuvieran ya cuando salieron del Paraíso, que fué su mo-

rada. Lo que sabemos, sin embargo, es que esta idea no se ha perdido nunca completamente.

"Si en algunas épocas se ofuscó y desvaneció, si en otras estuvo rodeada de dudas, Dios prosiguió enviándonos de cuando en cuando inteligencias superiores que nos volvían a la fe y confirmaban nuestras esperanzas. ¿Por qué ha de existir un alma en cada hombre? ¡Oh hijo de Hur! Considera la necesidad e indispensabilidad de semejante creencia. ¡Acostarse, morir y aniquilarse eternamente! El hombre se ha revelado siempre contra ese fin; aún más, no ha existido hombre alguno que en lo íntimo de su corazón haya dejado de aspirar a algo más elevado y mejor. Los grandes monumentos de Egipto y del Asia son los gritos de impotencia de los pueblos contra el olvido de la muerte, lo mismo que las inscripciones, las estatuas y la misma Historia. El más grande de nuestros reyes egipcios hizo esculpir su efigie en una colina de maciza roca. Cada día acudía allí con numeroso séquito para contemplar los progresos de la obra; por fin se terminó: no ha existido efigie más bella, más exacta, más duradera. ¿No podemos imaginarnos a aquel rey exclamando en aquel momento, lleno de orgullo: "Venga ya la muerte; yo no moriré por completo"? Su deseo ha sido satisfecho: la estatua dura todavía. Pero, ¿es de este modo como aseguramos la futura vida?

"Vivir en la memoria de los hombres, una memoria vana como la luz de la luna que ilumina la frente de la estatua, una historia de piedra, ¡y nada más! Mientras tanto, ¿qué ha sido del rey? En las tumbas reales yace un cuerpo embalsamado que un tiempo fué el suyo, una efigie no tan hermosa, con seguridad, como la del Desierto; pero, ¿dónde está, oh hijo de Hur, ese rey? ¿Ha caído acaso en la nada? Dos mil años han transcurrido desde el día en que era un viviente como tú y yo. ¿Su último suspiro fué la señal de su desaparición? Afirmarlo sería blasfemar de Dios. Aceptemos más bien la doctrina que nos promete la verdadera vida después de muertos; no un recuerdo marmóreo, sino la vida con

movimientos, sensaciones, inteligencia, vida de duración eterna, aunque varia en sus formas y condiciones. ¿Preguntas cuál es esta doctrina? Dios nos da al nacer un alma, sometiéndola a esta sencilla ley: la inmortalidad se consigue sólo por mediación del alma. ¿Puedes tú comprender plenamente el placer que se experimenta pensando en la posesión del alma? Esta idea despoja a la muerte de todos sus horrores, reduciéndola a un cambio por mejorarse. El cuerpo sepultado es como la semilla de que ha de brotar la nueva vida. Mira en qué estado yo me encuentro: débil, exhausto, viejo, demacrado, inútil; mira mi rostro apergaminado; piensa en la deficiencia de mis sentidos; escucha mi voz temblorosa. ¡Ah!, ¡qué alegría me produce la promesa que me asegura que, cuando la tumba se abrirá para recoger mis pobres despojos corruptos y consumidos, las puertas ahora invisibles del universo, que otra cosa no es que el palacio de Dios, se abrirán para recibirme, alma inmortal y libre!

”Yo quisiera poder describir el éxtasis de aquella futura vida, pero la palabra sólo puede dar de ella una confusa idea. Y ahora, oh hijo de Hur, conociendo todo esto, ¿deberé preocuparme por lo accidental? ¿Cuál será la morada? ¿Qué forma tendrá mi alma? ¿Si comerá o beberá? ¿Si tendrá alas? No. Confiemos solamente en Dios y pensemos que El, Arquitecto de este hermosísimo mundo material, Maestro del color y de la forma, no podrá demostrarse inferior en lo que respecta a nuestra morada espiritual. Su amor nos lo garantiza.”

El buen hombre calló y llevó la copa a sus labios con mano trémula. Lo mismo Iras que Ben Hur sentíanse conmovidos, y este último parecía como que vislumbraba una luz nueva y viva que esclarecía las tinieblas de su mente; comprendía la posibilidad de un reino inmaterial mayor y más importante que el imperio terreno, y pensó que, después de todo, un Salvador que ofrecía a los hombres reino semejante era más divino que otro rey cualquiera.

—Doloroso es considerar —continuó el egipcio— que

la idea de esa vida espiritual es una luz casi apagada en el mundo. De cuando en cuando, es cierto, se encontrará algún filósofo que te hablará de un alma, fundándose en sus doctrinas; pero como los filósofos no se basan en la fe y no creen en el hecho de que esta alma exista, el fin de ella está para ellos envuelto en la oscuridad. Toda criatura animada posee una inteligencia, que puede medirse en conformidad a sus deseos. ¿Y no ves tú un profundo sentido en el hecho de que sólo al hombre fué dada la facultad de razonar sobre lo futuro? Por este signo reconozco que Dios quiso darnos a comprender que hemos sido criados para otra vida mejor, vida que es la mayor necesidad de nuestra naturaleza. Mas, ¡ay! cuán mal comprendido ha sido este supremo deseo de nuestro Yo. Los hombres no ven más que la vida terrena, y los príncipes y los sacerdotes nada hacen para iluminarlos o dirigirlos a una meta más alta. Piensa ahora en lo que nos espera; por lo que a mí toca, y hablando con toda sinceridad de la fe, no daría una sola hora de mi vida espiritual por mil años de mi vida como hombre.

El egipcio pareció olvidarse de sus oyentes, y continuó como hablando consigo mismo:

—Esta vida tiene sus problemas, y hay hombres que consumen todos sus días en estudiarlos; pero, ¿qué decir de los problemas de la vida futura? Una sola mirada a Dios, y todos los misterios por que tanto nos afanamos en la tierra brillarían claramente ante nuestros ojos. Todo el Universo se me revelaría. Yo poseería la divina sabiduría, contemplaría todas las glorias, saborearía todos los placeres. Y en comparación con todo esto, las mayores ambiciones de esta vida, todos sus goces y todas sus pasiones, serían como sonido de cascales huecos.

Baltasar se detuvo como para recordarse del estado de éxtasis en que había caído, y dirigiéndose al joven, díjole después de saludarle gravemente:

—Perdóname, oh hijo de Hur, si la visión de los goces futuros me ha desviado del asunto. Mas si consi-

deras la perfección de la vida que nos espera después de la muerte, y cómo las pasiones y la ignorancia humana han ofuscado nuestra íntima percepción de ella, comprenderás cuán necesaria es la presencia de un Salvador, infinitamente más necesaria que el advenimiento de un Rey; y cuando vayas al encuentro del Hombre que esperamos, te convencerás de que ha de mostrárnos tal verdaderamente, y no como un guerrero armado de espada o como un monarca con el cetro. Y ahora se nos presenta esta cuestión práctica. ¿Con qué indicios lo reconoceremos? Si tú prosigues en tu creencia, la de que ha de ser un Rey como Herodes, deberás naturalmente buscar un hombre vestido de oro y púrpura. Mas si es tal cual yo le espero, se nos mostrará pobre, humilde, en nada desemejante en apariencia de los demás hombres. ¿Por qué signo lo reconoceré? Sencillamente: El ha de mostrarme, y a toda la humanidad, el camino de la vida eterna, la pura, la bellísima vida del alma.

El silencio que siguió a estas palabras fué interrumpido de nuevo por Baltasar.

—Levantémonos —dijo—, levantémonos y prosigamos nuestro camino. Lo que he dicho ha aumentado más mi impaciencia por ver a Aquel que está constantemente fijo en mi mente. Sirva esto para sincerarme ante ti, hijo de Hur, y ante ti, hija mía, de la prisa que tengo.

A una señal suya el esclavo sacó vino de un odre, del que se sirvieron y bebieron, y después de haber sacudido las servilletas se levantaron.

Mientras el esclavo guardaba todo lo sobrante en los cajones del baldaquino y el árabe conducía los caballos, los tres amigos se lavaron las manos en el manantial.

En poco tiempo volvieron a cruzar el torrente, con intención de alcanzar a la caravana que les había precedido.

CAPITULO IV

La caravana, alejándose por el Desierto, presentaba muy pintoresco aspecto; sus movimientos remedaban las ondulaciones de una serpiente. Poco a poco, aquella fatigosa lentitud se hizo insoportable a Baltasar, que era de suyo impaciente, y a una indicación suya, la comitiva decidió proseguir sola el viaje.

Si el lector es joven, o si guarda aún un recuerdo del romanticismo de su juventud, podrá formarse idea del placer con que Ben Hur, cabalgando junto al camello de los egipcios, dirigió la última mirada a la larga columna humana que desaparecía sobre la brillante llanura.

La presencia de Iras fascinaba grandemente al joven hebreo. Si ella le contemplaba desde su elevado sitio, él se apresuraba a aproximarse a ella, y si le hablaba, su corazón latía con violencia. El deseo de complacerla siempre se trocó en impulso constante. Los objetos que hallaban por el camino, aunque comunes, le parecían interesantes desde que ella llamaba su atención sobre ellos; una golondrina que volaba por el aire, si ella se la indicaba con el dedo, le parecía que se perdía en una aureola luminosa; si un trozo de cuarzo o una lámina de mica brillaban sobre la arena bajo los rayos solares, corría como un relámpago a llevárselos; y si ella los arrojaba en señal de desilusión, sin pensar en la fatiga que le habían costado, él, disgustado de ver que no tenían valor alguno, afanábase en buscar algo mejor, un rubí o tal vez un diamante. Así, el color purpurino de los lejanos montes parecía más intenso y más bello si ella se lo mostraba dedicándole una exclamación de alabanza; y cuando a intervalos el toldo del baldaquino se bajaba, parecía que una improvisada oscuridad descendía del cielo. En esta predisposición, mecido por aquella dulce influencia, ¿cómo habría podido resistir largamente al encanto de la bella egipcia, cuyo poder

acrecía la soledad del desierto, a la vez que aumentaba el peligro?

En amor, el más débil físicamente es muchas veces el más fuerte. El héroe se ablanda como la cera en las manos de una doncella. Iras estaba plenamente convencida del influjo que ejercía en el ánimo de Ben Hur. Por la mañana había sacado de la maleta que llevaba en el baldaquín una redecilla de monedas de oro y se la había colocado de manera que sus lucientes colgajos le cayesen por la frente y sobre las mejillas, confundándose con la mata de sus cabellos negros. De la misma maleta había tomado algunas joyas, anillos, pendientes, un collar de perlas y un chal recamado con hilos de oro, completando el efecto total con un pañuelo de blonda indiana artísticamente colocado sobre las espaldas. En este traje procuraba atraerse a Ben Hur con innumerables coqueterías, con mil halagos en el hablar y con sus graciosos movimientos, llenándolo de sonrisas, riendo con intercadencias muy parecidas a las de la flauta, y asediándolo continuamente con miradas, ya tiernas, ya esplendentes de luz. Con semejantes artes privó Cleopatra de su gloria a Antonio; sin embargo, la que labró su ruina no era tan hermosa como esta compatriota suya.

Rápidamente se encontraron a medio día, y casi sin que lo advirtiesen se les vino la noche encima. Cuando el sol traspuso el Torreón del antiguo Bashan, la comitiva se detuvo junto a un estanque de agua límpida que la lluvia había acumulado en un sitio del Desierto. Allí se armó la tienda, se dispuso la cena y se hicieron los preparativos para pasar la noche. La segunda guardia correspondía a Ben Hur. Este estaba de pie delante de la tienda con la lanza en la mano, a la distancia de un brazo del soñoliento camello, contemplando, ya las estrellas que brillaban sobre su cabeza, ya la inmensidad del Desierto, que la oscuridad de la noche envolvía. El silencio era intenso; sólo de cuando en cuando una ardiente brisa cruzaba la atmósfera, pero sin distraerle, absorto como estaba su pensamiento en la egipcia, de la

cual enumeraba los encantos, y procurando adivinar, ya cómo había llegado a ser dueña de sus secretos, ya el uso que de ellos haría. Y durante todo el tiempo de vela el espíritu de Iras estuvo próximo a él y le murmuraba dulces tentaciones al oído.

En el momento preciso en que iba a ceder a la fascinación, una mano blanca y brillante en la oscuridad crepuscular se posó ligeramente en su hombro. Ben Hur se estremeció al contacto y se volvió. ¡Era Iras!

—Te creía durmiendo —dijo después de un instante.

—El sueño es para los ancianos y para los niños. He salido para contemplar a mis amigas, las estrellas del Sur, aquellas que ahora brillan sobre el Nilo. ¿Te he sorprendido acaso?

Ben Hur cogió la mano que reposaba sobre su hombro, y dijo:

—Sí; pero, ¿lo he sido por un enemigo?

—¡Oh, no! Ser enemigo significa odiar, y el odio es una enfermedad que Isis mantiene alejada de mí. Isis me besó en el corazón cuando yo era niña.

—Tu modo de hablar es muy distinto del de tu padre. ¿No eres de su misma fe?

—Quizá lo hubiera sido —dijo en voz baja—, quizá lo hubiera sido si hubiese visto lo que él. Podré serlo cuando tenga su edad. Para la juventud no debiera existir más religión que la poesía y la filosofía, y no es poesía ni no se inspira en el amor y en el vino, y no es filosofía, si no enseña a justificar las pasajeras locuras de una estación. El Dios de mi padre es demasiado terrible para mí. Ni lo encontré en la gruta de Dafne, ni creo que exista en los atrios de Roma. Mas tengo un deseo, hijo de Hur.

—¡Un deseo! ¿Y cómo no darle satisfacción?

—Te someteré a la prueba.

—Habla, pues.

—Es muy sencillo. Deseo protegerte.

Y al hablar se acercó más a él.

Ben Hur rióse y repuso dulcemente:

—¡Oh Egipto!, iba a decir *querida* Egipto, ¿no es la esfinge nativa de tu patria?

—¿Y qué?

—Tú eres uno de sus enigmas. Ten compasión y dame la clave que me permita comprenderte. ¿Para qué necesito tu protección? ¿Y cómo puedes protegerme?

• Iras le retiró la mano, y volviéndose hacia el camello, le habló cariñosamente y acarició su enorme cabeza como si fuera raramente hermosa.

—¡Oh tú, el último, el más rápido y el más grande de los animales de Jacob! También tropiezas tú alguna vez cuando el camino es escabroso y la carga pesada. Mas, ¿en qué consiste que conoces con una palabra la intención de quien te guía, y siempre te muestras agradecido aunque la ayuda provenga de una mujer? Quiero besarte...

Y bajó y tocó con sus labios la ancha frente lanuda, añadiendo inmediatamente:

—... porque en tu mente no abrigas sombra de sospecha.

Ben Hur, conteniéndose, dijo tranquilamente:

—Tu reconvención ha dado en el mismo blanco, ¡oh Egipto! Mas aun cuando dijese que no, ¿no podría ser que yo estuviese obligado por un juramento, o que de mi silencio dependiesen la vida y la suerte de otros?

—¿Podría ser? —dijo la egipcia fríamente—. Es.

Ben Hur retrocedió un paso, y preguntó lleno de asombro:

—¿Cómo lo sabes?

Iras repuso sonriendo:

—¿Por qué han de negar los hombres que los sentidos de las mujeres son más penetrantes que los suyos? Yo he contemplado tu rostro durante el día. No tenía más que mirarlo para leer que en tu mente se agitaba una idea, y para descubrir esta idea, ¿qué tenía que hacer más que recordar tus conversaciones con mi padre?

Bajó la voz con singular destreza, y acercándose a él de manera que su hálito le rozase la mejilla, dijo:

—Hijo de Hur, hijo de Hur, ¿no es cierto que Aquel de quien vas en busca ha de ser Rey de los judíos?

El corazón de Ben Hur latió violentamente.

—¿Un Rey de los judíos como Herodes, pero más grande?

Los ojos de Ben Hur divagaron por el espacio hasta fijarse en las estrellas; después su mirada se encontró con la de la egipcia y se detuvo. Su perfumado aliento le caldeaba el rostro.

—Desde la mañana —prosiguió Iras— hemos estado soñando. Si yo te refiero mis sueños, ¿harás tú con los tuyos otro tanto? ¡Qué! ¿Callas todavía?

La egipcia rechazó la mano de Ben Hur e hizo ademán de alejarse, mas éste la detuvo y dijo con vehemencia:

—¡Quédate! ¡Quédate y habla!

Iras retrocedió y apoyó la mano sobre el hombro del judío.

—¡Habla y refiéreme tus sueños, oh Egipto! Ni el Tisbita ni el Legislador rechazarían una súplica tuya. Sé compasiva, apiádate, te lo ruego.

La súplica pareció pasar inadvertida a Iras, pues después de mirarle y de buscar refugio en sus brazos, dijo con lentitud:

—Mi sueño representóme un formidable combate por mar y tierra, con estruendo de armas y choque de ejércitos, como si hubiesen vuelto al mundo César y Pompeyo, y con ellos Antonio y Octavio. Levantóse una nube de polvo y de ceniza, el mundo se cubrió y Roma no volvió a verse. Todo el poderío se restituyó al Oriente; de la nube salió otra raza de héroes que dividió la tierra en satrapías más ricas que las de Darío y Jerjes. Y mientras el sueño se desvanecía, oh hijo de Hur, y después que se hubo desvanecido, yo proseguía preguntándome: ¿De qué no será digno quien sirva al Rey mejor y más pronto?

Ben Hur se estremeció de nuevo. Era la misma pregunta que le había preocupado durante todo el día. Por fin creía haber encontrado el guía que le faltaba.

—¡Oh! ¡oh! —repuso—. Te comprendo. Tú quieres ayudarme a alcanzar las satrapías y las coronas. Bien lo veo. Y no habrá habido nunca, nunca, reina tan inteligente, tan hermosa, tan majestuosa, como tú. Mas ¡ay de mí, querida Egipto! El sueño que me has referido sólo promete premio a los que lo conquistan con las armas, y tú no eres más que mujer, aunque Isis te haya besado en el corazón. Las coronas son dádivas celestes, y no son para la cabeza de la mujer, a menos que tú hayas encontrado un camino más seguro que el de la espada. Si es así, oh Egipto, muéstramelo y lo recorreré, aunque sólo sea por amor tuyo.

La egipcia se deshizo de él y dijo:

—Tiende tu sobrevesta sobre la arena, aquí, cerca del camello, para que pueda descansar apovando en él la cabeza. Me sentaré y te referiré una historia muy conocida en las riberas del Nilo, y popular también en Alejandría, en donde la aprendí.

Ben Hur hizo lo que le decía, hincando antes la lanza en el suelo al alcance de la mano.

—¿Y ahora qué he de hacer? —preguntó quejumbroso así que se hubo sentado Iras—. ¿En Alejandría, los oyentes están de pie o sentados?

Desde su sitio, reclinada en el viejo animal, ella repuso riendo:

—El público que acude en torno de los narradores es obstinado y hace lo que mejor le parece.

Ben Hur, sin más palabra, se reclinó sobre la arena.

—Ya estoy dispuesto —dijo.

—He aquí el título de mi relato:

De qué manera descendió al mundo la belleza.

Has de saber primeramente que Isis fué y es, en mi concepto, la más hermosa de las diosas. Osiris, su marido, aunque sabio y poderoso, algunas veces se sentía herido de celos por ella, porque solamente en sus amores se parecen los dioses a los mortales.

El palacio de la divina esposa era de plata y estaba

situado en la más alta montaña de la Luna, desde la cual se dirigía frecuentemente al Sol, fuente de la eterna luz, y en donde Osiris tenía su palacio de oro, que ciega con su esplendor a los hombres que se atreven a mirarlo.

Una vez, los dioses no cuentan por días, mientras se hallaba con él bajo el techo del dorado palacio, Isis fijó por casualidad sus ojos en lontananza, en el extremo límite del universo, y vió pasar a Indra con un ejército de monos cabalgando en sendas águilas. El amigo de las cosas vivientes, así es llamado Indra, regresaba victorioso de la última guerra con el odioso Rasaka, seguido del héroe Rama y de Sita, su esposa, la más bella de las mujeres después de Isis.

La esposa de Osiris se incorporó, y desciñéndose el cinturón de estrellas, lo agitó saludando a Sita, saludo a que correspondió Rama agitando a su vez el luciente escudo. De pronto, de entre el ejército en marcha y la divina pareja del palacio de oro se interpuso algo que parecía la noche e impedía completamente la visión; mas no era la noche, sino Osiris que arrugaba el ceño.

El asunto de su conversación en aquel momento era tal cual sólo a los dioses corresponde. Mas Osiris se levantó y dijo majestuosamente:

—Regresa a tu morada. Yo solo emprenderé el trabajo. Para hacer una criatura completamente feliz no necesito de tu ayuda.

Isis tenía los ojos tan grandes como los de la sagrada vaca, y al mismo tiempo dulces. Volvióse sonriente de cara a su señor, y poniéndose en pie, le dijo.

—Te saludo, Osiris; sólo te digo hasta más ver, porque sé que no tardarás en llamarme; imposible es que sin mi ayuda hagas una criatura perfectamente feliz.

—Veremos —dijo el dios.

La esposa regresó a su palacio de plata sobre los montes de la luna, y sentándose en la cima de la torre más alta, se inclinó sobre su telar.

En la mente de Osiris se agitaban grandes ideas: tal

era el esfuerzo de su voluntad, que en la bóveda celeste las estrellas temblaron y algunas se desprendieron y cayeron. Isis las vió caer desde su torre, pero nada dijo, y siguió tranquilamente bordando.

Muy pronto apareció delante del disco solar un punto negro, que fué creciendo paulatinamente hasta alcanzar mayores dimensiones que la luna.

Isis supo que aquello era un nuevo mundo, un gigantesco planeta que arrojó su sombra sobre su palacio, demostrándole cuánto era el enojo del dios su esposo. Mas prosiguió bordando sobre su telar.

Poco a poco, de la masa confusa del nuevo planeta se destacaron montañas y mares, ríos y torrentes. Después vió algo que se agitaba, y se paró asombrada. El primer hombre, atónito, abrió sus ojos al Sol en señal de tácito reconocimiento a la fuente común del calor y de la vida. Y en torno suyo floreció la tierra, y se cubrió de selvas y de prados, y se llenó de toda clase de animales.

Y el hombre se sentía feliz y no se cansaba de contemplar con ojos llenos de asombro aquellas desconocidas bellezas. E Isis oyó a través de la atmósfera, como fragor de trueno lejano, una carcajada de burla:

—¿He tenido necesidad de tu ayuda? Mira una criatura perfectamente feliz.

Pero Isis se inclinó silenciosa sobre su telar. Esperaba.

No pasó mucho tiempo sin realizarse una transformación en el primer hombre: tornóse melancólico y se pasaba días enteros a la orilla de un río, absorto y aburrido. Y mientras Isis observaba con alborozo este cambio, la bóveda celeste volvió a estremecerse, por lo que Isis conoció que la inteligencia creadora de Osiris se consagraba de nuevo al trabajo. Y he aquí que la Tierra, hasta entonces masa gris y fría, fulguró en mil colores: las montañas se tiñeron de púrpura; los valles, de verde; el mar, de azul, y las nubes, de innumerables tintas. Y el hombre palmoteó de alegría, sintiéndose curado y feliz nuevamente.

Isis se sonrió desde su torre del argentado palacio.

Mas en breve el hombre se cansó de los colores, y presa de la misma apatía, recorrió suspirando y desconsolado el mundo. Y otra vez se oyó el trueno de la voluntad del dios creador, y a la vez se vió al hombre parar el oído y escuchar; su semblante irradió de gozo, y por primera vez tuvo la percepción del sonido: el viento le murmuraba ignotas armonías, y música eran el movimiento de las hojas, el rumor de los arroyuelos y los variados trinos de las aves en el bosque.

El hombre era feliz.

Entonces Isis se puso pensativa, y a pesar de admirar el genio de su divino esposo, dijo para sí:

—Color, Movimiento, Sonido, Luz, no existen más elementos de belleza, y todos los tiene el mundo.

Si el hombre sintiese de nuevo el fastidio, Osiris tendría necesidad de acudir a ella. La aguja seguía bordando la plateada tela. Y el hombre fué feliz largo tiempo; parecía que no había de aburrirse ya más. Pero Isis no era impaciente y resistía en silencio las sonrisas del sol. Esperó, esperó, y por fin vió señales de otro cambio en el hombre. Los sonidos se hicieron familiares a su oído; la costumbre lo hizo indiferente al chirrido del grillo, como al canto del ruisëñor, como al rugido del mar. Fué languideciendo y se arrojó desolado en las riberas del río, permaneciendo inmóvil.

Isis, movida a compasión, quiso hablar:

—Señor mío, tu criatura está agonizando.

Osiris, comprendióla, calló: no podía hacer nada más.

—¿He de ayudarle? —preguntó ella.

Pero Osiris, sobrado orgulloso, ni contestó.

Entonces Isis dió la última puntada a su tela argentada, formó con ella un rollo cintilante y lo arrojó al espacio, de manera que cayese junto al hombre. Y éste, al oír el rumor de la caída, levantó la cabeza y contempló. ¡Oh maravilla! Una mujer, la mujer primera, se inclinó sobre él para socorrerle. Le tendió la mano. El la tomó, incorporóse, y desde entonces no sintió jamás el fastidio y fué eternamente dichoso.

—Este es, oh hijo de Hur, el génesis de la belleza tal como lo refieren en las riberas del Nilo.

Iras calló.

—¡Bella y graciosa fábula —dijo Ben Hur súbitamente—, pero imperfecta! ¿Qué hizo después Osiris?

—Te lo diré. Llamó junto a sí a su esposa, y en lo sucesivo vivieron dichosos, ayudándose recíprocamente.

—¿Y no he hacer yo como el primer hombre? ¡Oh amor, amor!

Y apoyó la cabeza ligéramente en las rodillas de Iras.

—Tú encontrarás al Rey —dijo ésta, poniendo la mano cariñosamente sobre sus cabellos—. Tú encontrarás al Rey, le servirás fielmente, con tu espada conquistarás inmensos tesoros, y su más valeroso soldado será mi héroe.

Ben Hur volvióse y vió el rostro de Iras inclinado sobre él. En todo el firmamento no había en aquel instante dos estrellas más brillantes que aquellos ojos que le miraban. Ben Hur, poniéndose en pie, le dijo:

—¡Oh Egipto, Egipto! Si el Rey tiene coronas que regalar, una será para mí, y yo te la ofreceré para que la pongas en tu cabeza. Tú serás reina, mi reina. ¡Ninguna más hermosa que tú! ¡Seremos dichosos! ¡Seremos dichosos!

—Y tú me lo confiarás todo, ¿no es cierto? Y dejarás que te ayude en todo.

La pregunta mitigó su entusiasmo.

—¿No basta que te ame? —preguntó.

—Amor perfecto quiere decir confianza perfecta. Pero no importa; ya aprenderás a conocerme mejor. Y soltándole la mano, se incorporó.

—¡Muy cruel eres! —le increpó Ben Hur.

La egipcia se dispuso a partir. Mas antes se detuvo junto al camello, y rozando con los labios la cabeza del animal, dijo:

—Tú eres el más noble de tu raza, porque tu amor no se ve turbado por la sospecha.

Y penetró en la tienda.

CAPITULO V

Después de tres días de viaje, la comitiva se detuvo, cerca de medio día, a orillas del río Jablok, donde había acampadas próximamente unas cien personas, en la mayoría pastores que descansaban allí con sus ganados. Apenas se apearon del camello, se les acercó un hombre con un cántaro lleno de agua y una taza, invitándoles a que bebieran. Animado por la cortesía con que ellos aceptaron su ofrecimiento, dijo contemplando el camello:

—Regreso de las orillas del Jordán, en donde hay en la actualidad gran número de personas, algunas procedentes de lejanos países y que viajan como vosotros, mis ilustres amigos; mas nadie posee un camello como el vuestro. ¡Magnífico animal! ¿De qué raza procede?

Baltasar satisfizo la curiosidad del interlocutor y fué a reposar; pero Ben Hur, más curioso, preguntó:

—¿En qué parte del río se encuentra esa multitud?

—En Bethabara.

—Es un vado, por lo común, muy solitario. No me explico —añadió Ben Hur— cómo es ahora más frecuentado.

—Comprendo —replicó el extranjero—. Vos venís de lejos y no habéis oído las buenas nuevas.

—¿Cuáles?

—Un hombre ha venido del Desierto, un verdadero santo; de sus labios brotan palabras extrañas que seducen a cuantos las oyen. Se llama Juan el Nazareno, hijo de Zacarías, y se llama a sí mismo Precursor del Mesías.

La egipcia también prestaba atención a estas noticias.

—Dícese que Juan ha pasado su vida desde la infancia en una caverna cercana a Engadi, orando y viviendo más frugalmente que los esenios. Muchas gentes acuden a escucharle, y de allí vuelvo yo con algunos.

—¿Todos tus compañeros han estado allí?

—La mayoría van ahora, y pocos somos los que de allí venimos.

—¿Y qué predica?

—Una nueva doctrina, antes de ahora no oída en Israel, según dicen. El la llama la doctrina del bautismo. Los rabinos dudan si darle acogida, y nosotros no sabemos qué hacer. Unos le han preguntado si era el Cristo; otros, si era Elías; mas a todos ha contestado: "Yo soy la voz del que clama en el Desierto: Preparad el camino del Señor".

En este instante fué llamado por sus compañeros, y mientras se alejaba, Baltasar preguntó con voz trémula:

—¡Buen hombre! Decidnos si podremos encontrar al predicador en el sitio donde lo dejastéis.

—Sí, en Bethabara.

—¿Quién puede ser este nazareno —dijo Ben Hur a Iras— sino el heraldo de nuestro Rey?

¡Tan fácilmente se había dejado persuadir de que la hija se interesaba más que su anciano padre por el misterioso personaje que buscaba! Sin embargo, el padre, cuyos fatigados ojos fulguraron al oír la nueva, se levantó y dijo:

—Démonos prisa; ya he descansado.

Y se pusieron a ayudar al esclavo.

Pocas palabras se cambiaron cuando por la noche acamparon en un palmeral al Este de Ramot-Gilead.

—Levantémonos temprano, hijo de Hur —dijo el anciano—. El Salvador podría aparecer antes de que llegásemos nosotros.

—El Rey no puede estar muy lejos de su heraldo— murmuró Iras descendiendo del camello.

—Mañana lo veremos —contestó Ben Hur besándole la mano.

Muy cerca de la hora tercia del siguiente día, después de seguir por el sendero que costea la falda del monte Gilead, y que había tomado desde su salida de Armoth, la comitiva llegó a la árida estepa que se ex-

tiende a Septentrión del sagrado río. La sangre de Ben Hur circulaba rápidamente por sus venas sólo al considerar que estaba próximo al vado.

—Regocíjate, Baltasar —dijo—; no tardaremos en llegar.

El guía apresuró el paso del camello, y muy pronto divisaron cabañas, tiendas y animales paciendo, y gran multitud de personas reunidas junto a la ribera aquende y allende del río. Comprendiendo que el eremita predicaba, avivaron más el paso; pero a medida que se acercaban advirtieron que la muchedumbre comenzaba a reducirse y dispersarse.

¡Habían llegado demasiado tarde!

—Detengámonos aquí —dijo Ben Hur a Baltasar, que se entregaba a la desesperación—; quizá el Nazareno venga por este lado.

La gente estaba asaz preocupada en la discusión de cuanto había oído para parar mientes en los recién llegados. Cuando ya algunos centenares de personas se habían ido, y parecía ya que la ocasión de ver al Nazareno había pasado, vieron adelantarse hacia ellos, por la orilla del río, a una persona de tan raro aspecto, que les hizo olvidar cuanto les rodeaba.

El aspecto del hombre era rudo y grosero, casi salvaje. Su rostro flaco, escuálido y del color del pergamino. Por sus espaldas y hasta la cintura caíale en bucles abundante cabellera tostada por el sol. Sus ojos eran brillantes; todo el lado derecho de su persona estaba desnudo, del mismo color que su rostro y casi sin carnes; lo restante de su cuerpo cubríalo una camisa de piel de camello, sucia como la tela de las tiendas de los beduinos, y sujeta a la cintura por un largo cinturón de piel sin curtir. Llevaba los pies desnudos, y de la espalda le pendía un zurrón. Apoyaba su mano en un bastón, aun cuando sus movimientos fuesen vivos, decididos y extrañamente inquietos; de cuando en cuando se apartaba de encima de los ojos sus rebeldes bucles y miraba alrededor como si buscase a alguien.

La bella egipcia contempló al hijo del Desierto con

sorpresa, por no decir con espanto. Luego, levantando las cortinas del baldaquino, dijo a Ben Hur, que cabalgaba al lado suyo:

—¿Es ése el heraldo precursor de tu Rey?

—Es un nazareno —repuso sin levantar los ojos.

A la verdad, él también se sentía contrariado. A pesar de su familiaridad con los ascetas de Engadí, sus vestidos, su indiferencia a todo, su constancia en los votos, que les obligaban a sufrir los más terribles dolores, su vida solitaria y refractaria al trato con sus semejantes, como si no perteneciesen a la misma raza; y a pesar de que ya sabía que iba a encontrar a un nazareno que se llamaba a sí mismo la "voz que nos llega del Desierto", el sueño de Ben Hur acerca de un Rey omnipotente había tan profundamente impresionado su pensamiento, que no dudaba que encontraría en el Precursor algún indicio del esplendor de Aquel a quien anunciaba. Al contemplar aquella figura salvaje, recordó las largas filas de cortesanos que estaba acostumbrado a ver en las termas y en las galerías imperiales de Roma, y en su imaginación aumentaron el disgusto y la vergüenza. Por esto, en su confusión, sólo pudo contestar:

—Es un nazareno.

Baltasar, empero, no se desanimaba. Sabía que los caminos del Señor no son siempre tales cuales los desean los hombres. Había visto al Salvador, cuando infante, en un pesebre; su fe lo había predispuesto a la rústica sencillez que debía rodear la reaparición divina. Aguardó, pues, en actitud reverente, las manos cruzadas sobre el pecho y murmurando una plegaria.

No esperaba a un Rey.

En momento de tanto interés para los recién llegados, y en que cada uno era presa de una emoción distinta, otro hombre estaba sentado, no muy lejos, sobre una piedra cabe la ribera del río, pensando tal vez en el sermón que acababa de oír. De pronto levantóse y caminó lentamente en la misma dirección que llevaba el Nazareno y como si desease encontrarse con él

muy cerca del sitio en que estaba el camello. Los dos, el predicador y el forastero, fueron caminando hasta encontrarse. A diez pasos de distancia el predicador se detuvo, apartó de sus ojos los cabellos que le impedían la visión, miró fijamente al forastero y levantó las manos como señalándolo a la multitud para que se detuviese a contemplarlo. Todos se detuvieron admirados. El silencio era profundísimo. El Nazareno levantó pausadamente el bastón que sujetaba con su diestra, señalando con él en dirección al forastero. Todos los circunstantes fijaron en él sus miradas atentamente. Lo mismo hicieron Baltasar y Ben Hur.

El hombre avanzaba hacia ellos con lentitud: era de estatura algo más que mediana, delgado, y sus movimientos, tranquilos y circunspectos, denotaban un hombre acostumbrado a meditar largamente sobre graves problemas y se adaptaban perfectamente a su traje, consistente en un hábito con anchas mangas, que le llegaba hasta los tobillos, y un sobrehábito llamado *tallith*. En la mano izquierda llevaba el paño de la cabeza, que era de color rojizo. Su traje estaba amarillento por el polvo y sucio de lodo. Las borlas de su cinturón eran azules y blancas, como las prescribía a los rabinos la Ley. Sus sandalias, sencillísimas. No usaba ni bolsa ni bastón. Mas ninguno de estos pormenores llamó la atención de nuestros tres protagonistas, a quienes únicamente atraía la cabeza, y en especial el semblante del desconocido, que difundía una inefable fascinación. Como hemos dicho, llevaba la primera descubierta, y sus cabellos, de color castaño dorado, ligeramente rubios cuando los hería el sol, dividíanse en mitad de la cabeza para descender en largos bucles sobre sus hombros. Bajo su frente anchurosa y baja, sombreados por negras y arqueadas cejas, brillaban sus grandes ojos azules, suavizados por larguísimas pestañas, como se ve alguna vez en los niños, pero muy raramente o casi nunca en los hombres.

Difícil era determinar si sus facciones eran griegas o hebraicas. Por su delicadeza, la nariz y la boca perte-

nećían más bien al tipo griego, y ante la dulzura de sus ojos, la palidez de su rostro, la sedosidad de sus cabellos y de su rizada barba, que formaban un conjunto inexplicable de suavidad y de belleza, un soldado se habría sonreído al encontrarle, una mujer se hubiera sentido instintivamente atraída a amarle, y un niño le hubiera tendido la diminuta mano y le hubiera otorgado toda la confianza de su alma juvenil. La expresión dominante de su fisonomía hubiera sido atribuída por distintos observadores, al mismo tiempo y con igual justicia, a la inteligencia, al amor, a la piedad o al dolor; en menos palabras: era una compenetración de todas estas cualidades. Su mirada revelaba una alma pura, llamada a ver y a compadecer la corrupción de aquellos por entre quienes pasaba. Esto no obstante, nadie hubiera observado en su rostro la menor huella de debilidad, ni aun aquellos que saben que el amor, el dolor y la piedad son el resultado de una fuerza moral capaz de soportar cualquier sufrimiento, por más que no lo sean las fuerzas físicas. Este ha sido el poder que ha sostenido a los mártires y los santos.

Lentamente seguía aproximándose a nuestros tres protagonistas. Ben Hur, no cabe dudarle, con la lanza en la mano, era digno de atraerse las miradas de un rey; sin embargo, los ojos del que se acercaba no se fijaban en él ni en la maravillosa belleza de Iras, sino en el viejo y caduco Baltasar. El silencio era profundo.

El Nazareno, tendiendo el bastón hacia el recién llegado, gritó en voz alta:

—Ved al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

Los circunstantes, asombrados de la acción y de la frase, disponíanse a escuchar lo que seguiría a estas extrañas palabras, cuyo sentido no abarcaba su inteligencia. Mas en Baltasar produjeron un efecto irresistible. Había venido para ver otra vez al Salvador. La fe que le había granjeado tal privilegio cuando era joven, se había ido confirmando con los años, concediendo a su mirada una penetración superior a la de sus com-

pañeros, una fuerza que le permitía reconocer en la sola apariencia a Aquel a quien buscaba.

Más bien que llamarla milagro, podemos considerar esta fuerza como una facultad de un alma que conservaba aún huellas de sus relaciones con la divinidad, a cuya presencia había sido admitida otras veces, o como la justa recompensa de una vida de santidad sin ejemplo en aquella época, una vida que era por sí misma un milagro. Tenía ante él al Ideal de su fe, perfecto en su rostro, en sus facciones, en su traje, en sus movimientos, en su edad. ¡Cuán reconocido se sentía! ¿Por qué no había de suceder algo que revelase la identidad del recién venido?

Como para asegurar al tembloroso egipcio, el eremita repitió las palabras:

—Ved al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

Baltasar cayó de hinojos. El no tenía necesidad de explicaciones, y como si el eremita lo supiese, se volvió hacia los que le miraban asombrados y prosiguió:

—Este es Aquel de quien he dicho: Yo no le conocía, pero a fin de que se manifieste a Israel, he venido a bautizarle con el agua. Y ví al Espíritu descender desde el cielo sobre El en forma de paloma. Yo no le conocía, pero aquel que me envió a bautizarle con el agua me dijo: "Aquel sobre cuya cabeza verás descender al Espíritu, Ese es el que buscas." Y yo lo he visto y testifico...

Se detuvo, y señalando con el bastón extendido al forastero de la blanca túnica, concluyó:

—Y testifico que *Ese es el Hijo de Dios*.

—¡Es El! ¡Es El! —gritó Baltasar con los ojos llenos de lágrimas.

Y cayó en tierra desvanecido.

Mientras tanto Ben Hur había estado estudiando la fisonomía del forastero, pero con interés muy distinto que los demás. Seducíanle la perfección de sus facciones, la nobleza, la ternura, la humildad y la santidad de su persona. Pero en su mente no cabía otro pensa-

miento que éste: “¿Qué es ese Hombre? ¿Mesías o Rey?” No hubo jamás aparición menos majestuosa; sólo a la vista de aquella presencia tranquila y benigna la idea de la guerra y de la conquista y el deseo de dominar le parecían una profanación. “Baltasar debe tener razón, murmuró entre sí, y Simónides estar en un error. Ese Hombre no ha venido a restablecer el trono de Salomón, ni tiene el carácter ni el genio de Herodes; podrá ser Rey, pero no de un reino más grande que Roma.”

Sin embargo, hemos de advertir que todo esto no era una conclusión absoluta para Ben Hur, sino una simple impresión; y mientras iba formándose ésta contemplando el maravilloso aspecto del forastero, su memoria esforzabase febrilmente en reavivar un recuerdo pasado. “Ciertamente, se decía, yo he visto ya a ese Hombre; pero, ¿dónde y cuándo?” Y, en efecto; aquella mirada tan tranquila, tan piadosa, tan dulce, se había vuelto hacia él otra vez, como ahora se volyía hacia Baltasar. De improviso, como iluminada por un súbito rayo de sol, se le representó la escena junto al pozo de Nazareth, cuando los legionarios romanos le conducían a la galera. A este recuerdo todo su cuerpo se estremeció. Aquellas manos le habían prestado auxilio cuando sufría. Aquel semblante habíasele quedado desde entonces grabado en la mente. Era tanta la emoción que experimentaba, que las palabras del predicador le pasaron inadvertidas. Sólo oyó las últimas, tan maravillosas, que todavía resuenan en el mundo: *¡Ése es el Hijo de Dios!*

Ben Hur se apeó del caballo para rendir homenaje a su bienhechor; pero Iras gritóle:

—¡Hijo de Hur, socorro! ¡Mi padre se está muriendo!

Detúvose, volvió la vista atrás y se apresuró a socorrer al anciano. Iras le dió un vaso, y Ben Hur, dando orden al esclavo de que hiciera arrodillar al camello, corrió al río en busca de agua. Cuando volvió, el forastero había desaparecido.

Por fin Baltasar recobró los sentidos, y extendiendo sus brazos, preguntó débilmente:

—¿En dónde está?

—¿Quién? —preguntó Iras.

Un rayo de inefable felicidad fulguró en el rostro del buen hombre, como si hubiese visto satisfecho con creces su último deseo, y contestó:

—El, el Redentor, el Hijo de Dios, a quien he podido ver por segunda vez.

—¿Crees tú que es realmente el Hijo de Dios? —preguntó Iras a Ben Hur en voz baja.

—Estoy lleno de asombro; aguardemos.

No supo qué contestar más.

El siguiente día, mientras los tres prestaban atención al eremita, éste se interrumpió a medio discurso y exclamó:

—¡Ved al Cordero de Dios!

Siguiendo la dirección de su mano, pudieron ver nuevamente al forastero. Mientras Ben Hur examinaba su delicada figura y su aspecto augusto y santo, que respiraba tristeza, le asaltó esta nueva idea:

—Baltasar y Simónides, ambos tienen razón. ¿No puede el Redentor ser también un Rey?

Y preguntó al que estaba más próximo:

—¿Quién es aquel Hombre que pasa por allí?

Y el otro, riéndose burlonamente, repuso:

—Es hijo de un carpintero de Nazareth.



LIBRO OCTAVO

CAPITULO PRIMERO

—Éster, Éster, llama al siervo y haz que me traiga un vaso de agua.

—¿No lo preferirías de vino, padre mío?

—Dile que traiga una y otro.

Nos encontramos en el pabellón de la terraza del antiguo palacio de los Hur en Jerusalén. Desde la baranda que daba al patio, Éster llamó a un criado en el preciso momento en que otro iba a su encuentro, saludándola respetuosamente:

—Un pliego para el señor —dijo, entregándole una carta envuelta en un trozo de lienzo atado y sellado.

Conviene decir aquí al lector que estamos en el vigésimo primer día de Marzo, tres años después de la anunciación de Cristo en Bethabara. En este espacio de tiempo, Ben Hur, que no podía sufrir el abandono y el estado ruinoso del palacio de su padre, había comprado la casa a Poncio Pilatos, por mediación de Malluch, y con las oportunas reparaciones había devuelto su esplendor primitivo a puertas, patios, escaleras, terrazas, paredes y techos, al extremo de que no sólo no quedase la menor huella de los trágicos acontecimientos por que había pasado la familia, sino que su riqueza excedía tal vez a la primitiva, pues en cada ángulo encontraba el visitante pruebas del buen gusto que el joven propietario había adquirido durante su estancia en la quinta de Miseno y en la capital romana. Sin embargo, Ben Hur no quiso pasar aún a los ojos del público por su

propietario. Según él, no había llegado todavía el momento, y por este mismo motivo no había siquiera tomado su verdadero nombre.

Sin olvidar sus trabajos preparatorios en Galilea, seguía atentamente la obra del Nazareno, personaje que cada vez le parecía más misterioso, y cuyos prodigios, muchas veces efectuados a su presencia, le llenaban de angustiosas dudas acerca de su personalidad y de su misión. De cuando en cuando acudía a la ciudad santa a pasar unos días en la casa paterna, pero siempre de incógnito y como huésped. Mas estas visitas no eran debidas únicamente a la necesidad de descanso. Baltasar e Iras se alojaron en el palacio, y Ben Hur no era insensible al encanto de la doncella, y el padre, aunque muy debilitado corporalmente, poseía todavía tanto vigor intelectual, que interesaba aún vivamente al joven con sus admirables discursos acerca de la divinidad del errante taumaturgo a quien todos esperaban. ✕

En cuanto a Simónides y a Ester, hacía pocos días que habían llegado de Antioquía después de un viaje muy fatigoso para el anciano, que fué conducido en un palanquín colgado entre dos camellos, que no siempre caminaban al mismo paso. Mas una vez llegado, parecía le poco al anciano lo que alcanzaba a ver de su ciudad nativa. Su distracción era pasar el día en la terraza, acomodado en una poltrona semejante a la que había dejado en Antioquía. A la sombra del pabellón respiraba con alegría la brisa de los cercanos montes; contemplaba la salida del sol, seguía su curso hasta el ocaso y tenía el pensamiento fijo en lo pasado. Con Ester a su lado le era más fácil, allí a la vista del cielo, recordar la imagen de aquella otra doncella por él tan amada en su juventud, de aquella que había sido su mujer, y cuyo amor hacia ella había ido aumentando con los años. A pesar de esto, no descuidaba los negocios. Diariamente un mensajero le llevaba carta de Samballat, a quien había confiado la dirección de su casa de Antioquía, y también cada día partía para aquella ciudad un mensajero llevando instrucciones tan minuciosas,

que no podían dar lugar a ninguna iniciativa que no fuese la propia, ni a ninguna eventualidad, salvo aquellas que por querer de Dios escapan siempre a la previsión del más clarividente de los hombres.

Mientras Ester volvía al pabellón, el sol que iluminaba la azotea de la casa la envolvió en una ola de esplendor que hizo resaltar más aún la gracia de su persona, la perfecta regularidad de su rostro sonrosado, respirando juventud y lozanía, y su mirada inteligente, hermo-seada por una expresión de infinita bondad. En una palabra: la presentaba como una mujer digna de amarse con toda el alma, y cuyo amor había de ser ambicionado como el colmo de la felicidad.

Contempló el pliego, se detuvo, lo miró segunda vez más atentamente y se ruborizó al conocer el sello de Ben Hur. Entonces apresuró el paso y depositó el pliego en manos de su padre. Simónides, después de una breve pausa, examinó también el sello. Y abriendo el pliego, entregó a la doncella su contenido, diciéndole:

—Lee.

Los ojos de su padre estaban fijos en ella mientras hablaba, y una expresión de tristeza se dibujó en su semblante.

—Veo que sabes de quién viene, Ester.

—Sí, de... nuestro... señor.

Aunque las palabras fueron dichas con embarazo, ninguna turbación apareció en la mirada que las acompañó.

El anciano inclinó lentamente la cabeza sobre el pecho.

—Tú le amas, Ester —dijo con voz tranquila.

—Sí —repuso la doncella.

—¿Has reflexionado bien lo que haces?

—He intentado probar de no pensar en él, oh padre, y sólo acordarme, como es mi deber, de que es nuestro dueño. Mas el esfuerzo ha sido inútil.

—Eres una buena hija, sí, una buena hija, como lo era tu madre —murmuró pensativo el anciano.

Y después de un instante prosiguió:

—Dios me perdone, pero estoy seguro de que tu amor

se hubiera visto correspondido a haber yo conservado todo cuanto tenía en mi poder, como estaba en el derecho de hacerlo. ¡Es muy grande la eficacia del dinero!

—Peor para mí si hubieses hecho como dices, pues entonces yo sería indigna de sus miradas y no podría enorgullecerme de ti. ¿Quieres que lea?

—Un momento —exclamó—. Permíteme que a buen fin te haga conocer, hija mía, en toda su extensión tu desgracia. Ponderándola conmigo, quizá llegue a parecerme menos terrible. Ester, su corazón ya no le pertenece.

—Lo sé —contestó ésta tranquilamente.

—La egipcia lo ha cogido en sus redes —prosiguió Simónides—, y esa mujer reúne a toda la astucia de su raza una belleza fascinadora. Mucha belleza y mucha astucia; pero lo mismo que sus semejantes, poquísimos corazón. La hija que desprecia a su propio padre, no labrará tampoco la felicidad de su esposo.

—¿Merece que la acuses de este modo?

—Baltasar —continuó Simónides—, es un sabio singularmente favorecido por Dios a pesar de ser gentil, y su fe le ennoblece; pues bien, su hija hace mofa de él. Ayer mismo la oí decir, hablando de su padre, las siguientes palabras: “Las locuras de la juventud son perdonables, pero nada digno de admiración hay en los ancianos, si se exceptúa la sabiduría; cuando ésta se ha agotado, lo mejor que pueden hacer aquéllos es morir-se.” ¡Palabras crueles, propias de un romano! Yo, puedes creerlo, me las apliqué a mí mismo, sabiendo como sé que no está muy lejos de mí la debilidad que ella echa en cara a su padre. Pero tú, Ester, tú no dirás nunca de mí, ¿no es cierto?, que sería mejor que me muriese. No, nunca, porque tu madre era una hija de Judá.

Con los ojos llenos de lágrimas, Ester besó a su padre murmurando:

—Soy hija de mi madre.

—Sí, e hija mía, hija mía, que eres para mí lo mismo que para Salomón el Templo.

Después de breve pausa, apoyó la mano en el hombro de su hija y añadió:

—Cuando haya tomado por esposa a la egipcia, oh Ester mía, su pensamiento volará a ti con arrepentimiento. Su espíritu se verá conturbado, porque entonces advertirá que ha sido solamente el instrumento de la ambición rastrera de esa mujer. Roma es la meta de sus ensueños. Para ella es él solamente el hijo del duunviro Arrio, no de Hur, príncipe de Jerusalén.

Ester no quiso disimular siquiera el efecto de estas palabras.

—¡Sálvale, padre! Todavía es tiempo —suplicó.

El anciano repuso, con un movimiento negativo de cabeza:

—Se puede salvar a un hombre que se ahoga, pero es imposible salvar a un hombre enamorado.

—Mas tú puedes influir mucho sobre él; solo está en el mundo: muéstrale el peligro, ábrele los ojos para que vea el carácter de esa mujer.

—Esto le libraría quizá de ella, pero no te lo entregaría a ti. No —y se fruncieron sus cejas—; yo soy un siervo como lo fueron mis padres, de generación en generación; ¿cómo, pues, me atreveré a decirle: “Mira, señor, yo tengo una hija que es mucho más bella que la egipcia y que te ama mucho más?” Por algo he vivido libre y poderoso muchos años; no, aquellas palabras abrasarían mi lengua, las mismas peñas de esas viejas colinas enrojecerían de vergüenza por mí. No, por todos los Patriarcas, Ester; antes que proferirlas, preferiría descender contigo al sepulcro de mi pobre esposa.

El rostro de Ester tenía el color de la brasa.

—No he pretendido nunca que le hablastes así, padre mío; al decirte lo que he dicho pensaba tan sólo en él, en su felicidad, no en la mía. Si me he atrevido a amarle, precisamente por ello sabré conservarme digna de su respeto; así podré excusar a mis ojos mi locura. Ahora deja que lea la carta.

—Sí, léela.

Ester leyó rápidamente, como para poner término cuanto antes a aquel enojoso asunto:

"Nisan, 8.º día, en el camino de Galilea a Jerusalén.

"El Nazareno se ha puesto en camino. Sin que Él lo sepa, le sigo con un legión de los míos. Otra segunda viene detrás de ella. La Pascua sirve de pretexto a la aglomeración. Al partirse nos dijo: "Iremos a Jerusalén, y todas las cosas que han escrito de mí los profetas tendrán su cumplimiento."

"Nuestra espera llega a su término.

"Date prisa.

"La paz sea contigo, Simónides.

BEN HUR."

Ester devolvió la carta a su padre, ahogando a duras penas un sollozo. ¡Ni una sola palabra para ella, ni siquiera un saludo! ¿Qué le habría costado a Ben Hur añadir: "La paz sea con los tuyos?" Por primera vez en su vida sintió la doncella la mordedura de los celos.

—El octavo día —repitió Simónides—, el octavo día, y hoy, Ester, es...

—El noveno —contestó la hija.

—Entonces deben encontrarse ya en Bethania.

—Y es posible que podamos verle esta noche— añadió ella, olvidando por un momento el propio desengaño con la alegría de aquella perspectiva.

—Sí, puede serlo, puede serlo. Mañana es la fiesta del pan ázimo, y probablemente querrá asistir a ella. Quizá veamos también al Nazareno. Sí, los veremos a ambos, Ester.

En este momento se presentó el siervo con el vino y el agua. Ester sirvió de ellos a su padre, y mientras prestaba este servicio se presentó Iras en la terraza. A los ojos de la hebrea nunca había sido tan hermosa la egipcia como en aquel momento. Sus vestiduras, leves como gasa, volateaban en torno y la envolvían como

nubecilla vaporosa; su frente, su cuello, sus brazos, deslumbraban a causa de las grandes joyas, tan en uso entre su pueblo. Alegre el rostro, graciosa en cada movimiento de su cuerpo, sabedora de la propia belleza, pero sin afectación, así era Iras. Ester, al verla, sintió un nudo en el corazón, y se aproximó más a su padre.

—Paz a vos, Simónides, y paz a la gentil Ester —comenzó diciendo la joven egipcia—. Sea dicho sin ofenderos, me recordáis entrambos a aquellos sacerdotes de Persia que al declinar el día suben a la cima del Templo para dirigir sus plegarias al sol que tramonta. Si descoñocéis este rito, permitidme que llame a mi padre, tan versado en la magia.

—Bella egipcia —replicó el mercader, inclinando con grave cortesía la cabeza—, vuestro padre es hombre tal que no se ofendería si me oyese decir que su ciencia pérsica es la mínima parte de su sabiduría.

Iras sonrióse irónicamente.

—Hablando filosóficamente, a ejemplo tuyo —contestó—, una parte mínima supone necesariamente una parte mayor. Ahora bien, decidme amablemente, ¿cuál estimáis vos que sea la parte mayor de aquella cualidad que os place atribuirle?

Simónides dirigió a la egipcia una mirada severa.

—La verdadera sabiduría se dirige siempre a Dios; la más pura sabiduría consiste en el conocimiento de Dios, y yo no conozco a nadie que la posea en mayor grado, o que mejor la manifieste en la palabra y en sus actos, que el buen Baltasar.

Y para cortar la conversación, levantó la copa y bebió un sorbo.

La egipcia, algo picada, se volvió hacia Ester.

—Un hombre que guarda millones en sus arcas y que posee flotas de embarcaciones no puede comprender en qué encontramos deleite las mujeres. Dejémosle. Allí, junto al muro, podremos hablar nosotras dos.

Se acercaron a la balaustrada y se detuvieron en el preciso sitio en donde años antes había Ben Hur re-

movido aquel trozo de teja que fué a dar en la cabeza de Grato.

—¿Has estado alguna vez en Roma? —preguntó Iras jugueteando con uno de los brazales, que se había sacado del brazo.

—No —repuso Ester tímidamente.

—¿Y no has deseado nunca ir a ella?

—Tampoco.

—¡Ah, qué pobre ha sido tu vida!

El suspiro que acompañó aquellas palabras no habría podido ser más elocuente si la egipcia hubiese querido conmiserar con él su propio destino. Un instante después rompió en una carcajada, y exclamó:

—¡Ah, pobre ingenua mía! Los pajarillos que aún no han dejado el nido saben muy poco menos que tú.

Mas advirtiendo la confusión de Ester, cambió de táctica y prosiguió en tono confidencial:

—Ea, no te enfades; yo bromeaba. Deja que bese la herida y que te diga lo que a nadie más diría.

Y después de otra carcajada, que disimuló hábilmente el relámpago que fulguró en sus ojos, dijo:

—¡Viene el Rey!

Ester la miró sorprendida.

—El Nazareno —prosiguió Iras—. Aquel de quien han hablado tanto nuestros padres y por quien tanto ha trabajado Ben Hur.

Y añadió, bajando la voz:

—El Nazareno llegará mañana; Ben Hur estará aquí esta noche.

Ester hizo un esfuerzo para disimular su agitación, pero no lo logró: bajó los ojos, se ruborizó, y no pudo ver la sonrisa de triunfo que animó el semblante de la egipcia.

—Mira. Aquí está la prueba.

Y sacó un rollo de su cinturón.

—¡Congratúlate, amiga mía! Estará aquí esta noche. Ben Hur posee un magnífico palacio junto al Tíber y ha prometido regalármelo; ser la señora quiere decir ser...

El rumor de pasos acelerados en la calle le hizo interrumpirse, y asomando la cabeza por la balaustrada, la retiró súbitamente, exclamando:

—¡Bendita sea Isis! Es él, es Ben Hur. ¡Llega precisamente mientras hablábamos de él! Si esto no es de buen augurio, tampoco existirán los dioses. ¡Ester, abrázame!

La hebrea la miró con la cara encendida y con ojos que expresaban, quizá por primera vez en su vida, un sentimiento no muy lejano de la ira. Como si no bastase la prohibición que se le había impuesto de pensar, excepto en sueños, en el hombre a quien amaba, debía oír cómo su afortunada rival le confiaba, victoriosa, sus propios triunfos y sus brillantes esperanzas para el porvenir. ¡A ella, sierva de un siervo, ni una palabra, ni siquiera una señal, mientras que la egipcia podría vanagloriarse de una carta cuyo contenido se adivinaba fácilmente! ¡Era demasiado! Por esto no pudo contenerse de decir:

—¿Tanto le amas tú, o es que amas mucho más a Roma?

La egipcia avanzó un paso, inclinó su altiva cabeza hasta tocar casi la de la hebrea, y preguntó a su vez:

—¿Qué te importa a ti, oh hija de Simónides?

Esta, presa cada vez más de mayor agitación, comenzó:

—El es...

Pero un pensamiento que relampagueó en su cerebro detuvo en sus labios la palabra que iba a pronunciar, y confusa, temblorosa, cuando pudo recobrar algo la calma, concluyó:

—El es el amigo de mi padre.

Por nada del mundo habría podido confesar en aquel momento su condición de esclava.

Iras sonrióse levemente.

—¿Y nada más que esto? —preguntó burlonamente—. ¡Ah! Por los dioses egipcios del amor, quédate con tus besos. Tú misma me acabas de enseñar que

otros más inestimables me esperan aquí en Judea. Voy a recibirlos. ¡La paz sea contigo!

Ester siguió a su rival con la mirada hasta que, bajando lentamente los escalones, desapareció. Entonces ocultó el rostro entre sus manos y prorrumpió en lágrimas, lágrimas de vergüenza y de dolor, mientras que, para acrecer el estado de exaltación en que se hallaba, repercutían en su mente con nueva y aguda significación las palabras de su padre: "Tu amor se hubiera visto correspondido a haber yo conservado todo cuanto tenía en mi poder, como estaba en el derecho de hacerlo."

Cuando la desdichada doncella hubo recobrado la calma, las estrellas cintilaban ya en la bóveda celeste, iluminando débilmente la ciudad y la cadena de montes que la circundan. Ester regresó al pabellón y volvió a ocupar su sitio de costumbre al lado de su padre. Evidentemente quería el destino que aquella y sólo aquella fuese la obra a que debía consagrar, si no la vida, por lo menos su juventud; y sea dicho en elogio suyo, ahora que había pasado el primer ímpetu de amargura, la idea de aquel deber aportó a su corazón dulces consuelos.

CAPITULO II

Una hora después de la escena ocurrida en la terraza, Baltasar y Simónides, este último acompañado de Ester, se encontraban en la sala mayor del palacio, donde interrumpió su conversación la llegada de Ben Hur y de Iras. El joven hebreo, precediendo a su compañera, se aproximó primero a Baltasar, cambiando los saludos de costumbre, y después se volvió hacia Simónides; pero a la vista de Ester se detuvo.

Sucede a veces que nuestro corazón se muestra capaz de acoger a un tiempo dos pasiones dominantes: el ardor de la una no impide la coexistencia de la

otra, mientras ésta permanezca en un estado algo más que latente. Las esperanzas y los sueños alimentados por Ben Hur, la influencia ejercida sobre él por las condiciones del país, juntamente con los encantos de la hermosa egipcia, habían hecho del joven, en el más amplio significado mundano de la palabra, un hombre ambicioso, y a medida que esta pasión se desarrollaba iban las resoluciones y los impulsos de otros tiempos debilitándose imperceptible pero seguramente, hasta casi perderse en el olvido. Mas no le juzguemos demasiado severamente. El olvido es un pecado muy propio de la juventud, y además, en el caso particular de Ben Hur, era muy natural que sus desgracias y el misterio que envolvía el destino de su familia le preocupasen tanto menos cuanto más se acercaba a la meta de sus nuevas aspiraciones.

Como hemos dicho, quedó sorprendido al ver la transformación que el tiempo había realizado en el aspecto de la bellísima Ester, y en el instante en que se detuvo a contemplarla, una voz interior se apresuró a recordarle las promesas olvidadas y los deberes relegados. Por un momento se sintió turbado; pero después, recobrándose, exclamó:

—¡Paz a ti, dulce Ester, y a ti, Simónides, que eres el padre de esa huérfana! ¡La bendición de Dios os proteja!

Ester oyó estas palabras con los ojos fijos en el pavimento. Simónides contestó:

—Te repito el saludo que te ha dirigido el buen Baltasar. Hijo de Hur, bien venido seas a la mansión paterna. Siéntate y refiérenos tu viaje, lo que has hecho y lo que sepas del maravilloso Nazareno. Siéntate entre nosotros dos, con el fin de que no perdamos una sola palabra.

Ester, con presurosa solicitud, le aproximó una silla.

—Gracias —le dijo Ben Hur con agradecimiento.

Después de tomar los tres asiento y de cambiar algunas palabras, el joven hebreo comenzó así:

—Voy a hablaros del Nazareno.

Los dos ancianos fijaron en él con vivo interés los ojos.

—Le he seguido durante muchos días, espiondo con febril ansiedad todos sus actos. Le he visto en todas las posibles circunstancias en que es dado vigilar y juzgar a un hombre, y desde ahora os digo que al mismo tiempo que tengo la certeza de que es un hombre como yo, no la tengo menor de que posee algo más que la humanidad.

—¿Qué? ¿De qué manera?

—Voy a explicároslo.

Una persona entró en aquel momento a interrumpirles. Ben Hur volvióse, exhaló un grito de júbilo y levantándose corrió presuroso a su encuentro.

—¡Amrah —exclamó—, mi buena y anciana Amrah!

Esta aproximóse lentamente, y tanta era la alegría que se reflejaba en el rostro de la afectuosa anciana, que ninguno de los circunstantes advirtió que estaba amarillento y lleno de arrugas, como pergamino viejo. Arrojóse a los pies de su señor, le abrazó las rodillas y le besó repetidamente las manos; y cuando Ben Hur, abrazándola, le preguntó: "Mi buena Amrah, ¿nada sabes de ellas, ni una palabra, ni un indicio?", la pobre cilla rompió en sollozos, más elocuentes que cualquier palabra.

Reinó un instante de silencio; por fin Ben Hur, esforzándose en contener sus lágrimas, como hombre que se avergüenza en presencia de otros, dijo solemnemente:

—¡Cúmplase la voluntad divina!

Después, logrando dominar la propia emoción, prosiguió:

—Ven, Amrah, siéntate junto a mí. ¿No? ¿No quieres? Bueno, quédate a mis pies mientras refiero a mis buenos amigos la historia de un Hombre extraordinario que ha venido al mundo.

La anciana se separó, y sentándose en tierra, con la espalda apoyada en la pared y las manos cerradas so-

bre las rodillas, manifestó claramente a todos que su único deseo era la contemplación de su señor.

Ben Hur, después de una inclinación de cabeza, dijo así a los dos ancianos:

—No quisiera contestar a la pregunta que me habéis hecho sobre el Nazareno, sin referiros antes lo que le he visto hacer, con tanto más motivo cuanto que mañana llegará a esta ciudad para dirigirse al Templo, que llama El la casa de su Padre, en donde se nos dará a conocer. Así sabremos mañana quién de vosotros, Baltasar o Simónides, tiene razón.

Baltasar se frotó las temblorosas manos, y preguntó:

—¿Adónde podré ir para contemplarlo?

—El tumulto de gentes será mucho; mejor será, por tanto, que vayáis a las terrazas de los pórticos del Templo, o bien encima del pórtico de Salomón.

—¿Vendrás tú con nosotros?

—No —contestó Ben Hur—. Mis amigos acaso tengan necesidad de mí durante la procesión.

—¿La procesión? —preguntó asombrado Simónides—. ¿Viaja fastuosamente, con cortejo?

Ben Hur se apresuró a contestar:

—Lleva consigo doce hombres, pescadores, agricultores y un hospedero, todos de condición humilde; viajan a pie, sin temor al viento, al frío, a la lluvia ni al sol. Al verles detenerse al anochecer para comer un pedazo de pan antes de acostarse sobre el desnudo suelo en el camino público, me parece contemplar una horda de pastores que regresan del mercado con sus rebaños. Sólo cuando el Nazareno se quita el lienzo de la cabeza para mirar a alguien o sacudirse el polvo del camino, me es dado reconocer que no sólo es su compañero, sino también su Maestro, y no menos su superior que su amigo. Vosotros —añadió después de una breve pausa— sois hombres experimentados. Sabéis tan bien como yo que muchas veces somos esclavos de impulsos irresistibles, y que es poco menos que ley de nuestra naturaleza que consagremos nuestra vi-

da a conseguir el bienestar y la felicidad; recordando, pues, esta ley, que nos permite conocernos a nosotros mismos, ¿qué diréis vosotros de un hombre que pudiendo ser rico por la facultad que posee de convertir en oro las piedras que pisa, prefiere vivir en la indigencia?

—Los griegos lo llamarían filósofo —observó Iras.

—No, hija mía —dijo Baltasar—, los filósofos no han poseído nunca facultad semejante.

—¿Y cómo sabes que la posee ese Hombre?

Ben Hur contestó con viveza:

—Le he visto convertir el agua en vino.

—¡Extraño, extrañísimo! —murmuró Simónides—.

Pero lo que más me asombra es que prefiera la pobreza pudiendo poseer tesoros. ¿Y es tan pobre como dices?

—Nada posee, ni ambiciona los bienes de nadie; por el contrario, compadece a los ricos. Mas prosigamos. ¿Qué diríais si vieseis a un hombre multiplicar siete panes y dos pescados en cantidad suficiente para satisfacer el hambre de cinco mil personas y dejarles aún llenos los cestos?

—¿Esto le has visto hacer? —preguntó Simónides.

—Sí, y yo mismo he comido de esos panes y de esos pescados. Mas hay cosas todavía más asombrosas. ¿Qué diríais de un hombre dotado de la virtud de sanar a los enfermos, al extremo de que con sólo tocar la orla de su túnica, y más sencillamente, con dirigirles la palabra desde lejos, obtiene su curación? Esto he visto yo, no una, sino repetidas veces. Al salir de la ciudad de Jericó, dos ciegos que había en el camino llamaron al Nazareno: les tocó los ojos y vieron. Le fué presentado un paralítico, absolutamente incapaz de movimiento alguno; el Nazareno dijo sencillamente: "Ve a tu casa", y el hombre se marchó por sus pasos. ¿Qué decís de todo esto?

El mercader no sabía qué contestar.

—¿Creéis acaso, como yo he oído decirlo, que el Nazareno no es más que un habilísimo charlatán? Os referiré cosas mayores que he presenciado. ¿Conocéis

esa maldición de Dios, la lepra, cuyo único alivio es la muerte?

Al oír estas palabras, Amrah se estremeció y estuvo a punto de levantarse; mas después se aquietó, prestando atento oído.

—¿Qué diríais, pues —prosiguió Ben Hur cada vez más entusiasmado—, si hubieseis visto lo que voy a referiros? Un leproso se presentó al Nazareno mientras me encontraba con El en Galilea, y le gritó: “Señor, si tú quieres, puedes sanarme.” Y El tocó al leproso con una mano, diciéndole: “Purificado seas.” E instantáneamente aquel hombre quedó sano como lo estábamos los que en gran número fuimos testigos de su curación.

Amrah escuchaba agitada y febricitante; sus facultades mentales, debilitadas, consintieronla apenas seguir y comprender las palabras de su señor.

—Después —continuó Ben Hur—, diez leprosos acudieron a El a la vez, y cayendo a sus pies gritáronle: “¡Maestro, Maestro, tened piedad de nosotros!” El Nazareno les repuso: “Id a presentaros al sacerdote, como la ley prescribe, y antes de que lleguéis a él estaréis curados.”

—¿Y sanaron?

—Durante el camino su enfermedad desapareció, no dejándoles el menor rastro que se la recordase, si se exceptúa las sucias vestimentas.

—Nada igual a esto se había oído en Israel antes de ahora —murmuró Simónides.

Amrah, sin que nadie lo notara, se levantó y salió de la estancia.

—Imaginad qué pensamientos debían suscitarme semejantes hechos, realizados ante mis propios ojos —prosiguió Ben Hur—. Sin embargo, mis dudas, mis sospechas, mi asombro, debían recibir nuevo alimento. El pueblo galileo es, como no ignoráis, turbulento e impetuoso. Después de tantos años de espera, nadie era capaz de enfrenarlo. “No se atreve a proclamarse, decían todos; pues bien, obliguémosle nosotros.” Yo

mismo, lo confieso, estaba impaciente. Si había de ser Rey, ¿a qué esperar más? Las legiones estaban a punto. Un día, mientras predicaba a la orilla del mar, quisimos a todo trance coronarle; mas, de pronto, desapareció, para reaparecer en seguida a bordo de una barca que se alejaba de la costa. Mi buen Simónides, los deseos que hacen enloquecer a los demás hombres le son a El desconocidos; las riquezas, el poder, hasta la corona real que le ofrece el amor de un gran pueblo, no tienen para él ningún atractivo. ¿Qué decís de esto?

El mercader, con la cabeza reclinada sobre el pecho, estaba totalmente absorto en profunda meditación. Al fin, levantado la cabeza, repuso con voz firme:

—El Señor vive, y las palabras de los profetas no son mentira. No es todavía el tiempo; la jornada de mañana decidirá.

—Así sea —añadió Baltasar sonriéndose.

Y Ben Hur también dijo:

—Así sea.

Luego prosiguió:

—Todavía no he terminado. De estos hechos tan admirables, y que no dan lugar a duda en quien como yo los ha presenciado, pasemos a otros todavía más maravillosos, que desde la creación del mundo han sido siempre considerados como imposibles al poder humano. Decidme, ¿ha existido jamás alguien que haya arrancado su presa a la muerte, que haya restituído la vida a quien la había perdido?

—Dios —repuso Baltasar en tono reverente.

—¡Oh sabio egipcio! Yo no quería pronunciar ese nombre que vos mismo ponéis en mis labios. ¿Qué diríais vos, y qué diría Simónides, si hubieseis visto, como yo, a un hombre que con pocas palabras, sin ceremonias y sin mayor esfuerzo que el de una madre para despertar a su hijo dormido, deshace la obra de la muerte? Lo siguiente acaeció en Naim. Ibamos a entrar en la ciudad, cuando nos encontramos con un cortejo que acompañaba un cadáver al cementerio, y detrás del cual iba una mujer llorando inconsolable-

mente. Movido a piedad, el Nazareno le dirigió la palabra, y después, tocando el ataúd, dijo al yaciente: "Levántate", e inmediatamente el difunto se levantó y habló.

—Sólo Dios puede hacer esto —exclamó Baltasar mirando a Simónides.

—Y ved —prosiguió el narrador— que sólo os refiero lo que yo he visto en presencia de otras muchas personas. Por el camino, mientras me dirigía aquí, fuí testigo de un hecho más increíble todavía. En Bethania había un hombre llamado Lázaro, que murió y fué sepultado. Hacía ya cuatro días que había muerto, y el Nazareno se hizo acompañar ante él. Levantada la piedra que cerraba la tumba, descubrimos el cadáver amortajado y en descomposición. Muchos éramos los presentes, y todos oímos claramente las palabras del Nazareno, pronunciadas en alta voz: "¡Lázaro, sal afuera!" Y no es posible describir la admiración que sentimos al ver a aquel hombre levantarse y adelantarse hacia nosotros, envuelto en el sudario. "Sacadle la sábana —ordenó el Nazareno— y dejadle andar." Y cuando le hubieron quitado el sudario, vimos el rostro del resucitado animarse otra vez con la sangre que corría nuevamente por su demacrado cuerpo, y al hombre tomar el mismo aspecto que tenía antes de enfermar. Todavía vive y puede ir a verle quien quiera: vosotros mismos podéis irle a ver mañana. Y no tengo más que añadir; sólo os pregunto: ¿No es verdad que posee algo más que la humanidad?

La pregunta, hecha en tono solemne, fué acogida primeramente en silencio; mas en seguida dió motivo a una larga discusión, que se prolongó hasta media noche. Simónides no podía resolverse a renunciar a la interpretación que él daba a las profecías, y Ben Hur sostenía que ambos ancianos tenían razón, porque, según él, el Nazareno era el Redentor, como quería Baltasar, y también el Rey predestinado, como sostenía Simónides. Por último, se levantó y dijo:

—Mañana lo veremos. Sea la paz con todos vosotros. Y se despidió para regresar a Bethania.

CAPITULO III

Al día siguiente, apenas se abrió la puerta llamada de las Ovejas, Amrah fué la primera en salir de la ciudad llevando una cesta al brazo. Ninguna pregunta le dirigieron los guardas, porque, acostumbrados a verla con regularidad cada mañana, suponíanla sierva fiel de alguien, y esto les bastaba.

Ya fuera de la ciudad, la anciana se encaminó en dirección al valle oriental. La vertiente del Olivete, de color verde oscuro, estaba cubierta de blancas tiendas, recién plantadas allí por el pueblo que acudía a las fiestas. La hora era demasiado matinal para que pudiese haber allí concurso de gentes; pero aunque lo hubiese habido, nadie hubiera molestado a la decrepita caminante. Cruzó Getsemaní, dejó a un lado las tumbas que hay en el cruce de los caminos de Bethania, y traspuso el sepulcral villorrio de Siloam. A intervalos aquel pobre cuerpo fatigado tambaleábase, y hasta una vez le fué preciso a la pobrecilla sentarse para tomar aliento; volvió a levantarse con gran fatiga y prosiguió con creciente prisa su camino. Si las majestuosas rocas que se erguían a ambos lados del camino hubiesen tenido orejas, la hubieran oído hablar entre sí, y si hubiesen estado provistas de ojos, la hubieran visto mirar con frecuencia a la cima del monte, como reprochando su lentitud al alba. Y si además les hubiese sido concedido hablar, hubiéranse dicho: "Nuestra amiga tiene hoy grande prisa; las bocas que tiene que saciar deben estar muy hambrientas."

Cuando por fin llegó al jardín del Rey acertó el paso, pues estaba a la vista de la horrible ciudad de los leprosos, que se extendía largo trecho alrededor de la atrincherada colina meridional de Hinnom. Como el lector habrá ya supuesto, Amrah iba en busca de su señora, cuya tumba dominaba el pozo de En-rogel. La desventurada mujer se había ya levantado y estaba jun-

to a la puerta, mientras Tirzah, todavía en el interior, dormía. La enfermedad había hecho rápidos progresos en aquellos tres años. Plenamente convencida del horror de su persona, la viuda princesa estaba siempre celosamente cubierta de pies a cabeza, y, salvo muy rara vez, no se mostraba a Tirzah siquiera.

Aquella madrugada estaba tomando el aire con la cabeza descubierta, en la seguridad de que a aquella hora nadie había de verla. La claridad era, sin embargo, suficiente para dejar ver los estragos que la lepra había hecho en su cuerpo. Los cabellos blancos, de aspereza rebelde a todo tratamiento, caían sobre su espalda como alambres plateados; los párpados, los labios, la nariz, la parte carnosa de las mejillas, o habían desaparecido o estaban reducidos a pestilentes llagas. El cuello era una masa de escamas de color ceniciento. La mano que le colgaba fuera de los pliegues de su vestido tenía la rigidez de un esqueleto; las uñas habían desaparecido, y las articulaciones de los dedos estaban en parte descubiertas hasta el hueso, o bien impedidas por nudos llenos de secreción rojiza. La cabeza, el cuello y las manos indicaban de modo horrible cuál debía ser el estado de todo el cuerpo. Bastaba verla para no extrañar que la viuda del príncipe Hur hubiese conservado el incógnito durante tantos años. La infeliz estaba pensando que dentro de poco, así que el sol doraría la cresta del Olivete, no tardaría en llegar Amrah, la cual, después de detenerse en el pozo, se dirigiría a una roca que promediaba el espacio entre éste y la falda del monte, y allí colocaría el contenido del cesto y el ánfora llena de agua fresca.

De toda su felicidad pasada era esta visita lo único que le quedaba a la pobre mártir. Así podía recibir noticias de su amado hijo, y consolarse con el pensamiento de que, por lo menos, él estaba sano y próspero. Aun cuando deficientes, aquellas noticias constituían siempre un bálsamo para su corazón lacerado. Cuando sabía que estaba de regreso en la casa paterna, salía de su celda sepulcral al rayar el alba y permanecía sentada

hasta el medio día, y desde el medio día hasta el ocaso, inmóvil como una estatua de blanco mármol, con la mirada vuelta siempre hacia allí, más allá del Templo, donde estaba su casa, tan llena de queridos recuerdos, ahora más querida que nunca porque la habitaba su propio hijo.

No, nada más le quedaba. Tirzah podía ya contarse entre los muertos, y la existencia que llevaba no era más que un martirio lento cuyo fin le precisaba esperar.

La naturaleza era pobre en los alrededores de aquel cerro; ningún risueño horizonte se ofrecía a la mirada que lograrse evitar la monotonía a los ojos del espectador. Los animales huían de aquel sitio como si conociesen su historia y el uso a que estaba destinado; las plantas se marchitaban apenas se vestían de verdor; el viento desarraigaba los secos arbustos y mecía desapiadadamente las aridecidas jaras. La universal desolación estaba dondequiera acentuada por los numerosos emblemas de mortalidad: sepulcros y nada más que sepulcros, todos recién blanqueados para indicio de los peregrinos; hasta la bóveda azul del cielo, por el penoso contraste entre el esplendor lejano y la miseria con que aquella pobre leprosa estaba en inmediato contacto, hacía más insoportable aquel maldito albergue. ¡Qué alivio podía proporcionarle la luz del sol que no estuviese amargado por el pensamiento de que sin aquella luz ni ella ni su hija serían objeto de horror para ellas y para los extraños! Y si me preguntáis por qué aquella madre no ponía término a su martirio, os contestaré: "Porque la ley lo prohibía." Un pagano podrá reirse de esta respuesta, pero nunca un hijo de Israel.

Mientras la infeliz estaba pensado tristemente en su desgracia, se le presentó una mujer ansiosa y vacilante, como oprimida por el cansancio.

La viuda se puso de pie, se cubrió rápidamente la cabeza y gritó con voz singularmente áspera:

—¡Estoy infectada! ¡Estoy infectada!

Un momento después, sin que pudiese darse cuenta de ello, Amrah se había precipitado a sus plantas. Todo

el amor acumulado en el espacio de tantos años y comprimido en el corazón de aquella excelente criatura, se desató de una vez: entre lágrimas y protestas apasionadas, besó y volvió a besar el vestido de su señora, que después de intentar inútilmente librarse de ella, no tuvo más recurso que procurar calmar la agitación de la fiel criada.

—¿Qué has hecho, Amrah? —exclamó—. ¿Con esta desobediencia pretendes demostrar tu afecto hacia nosotras? ¡Desdichada! Estás perdida, y... tu señor, ¡ah!, ya no podrás volver jamás a él.

Amrah, a los pies de la viuda, proseguía sollozando.

—La prohibición de la ley te alcanza a ti también. No puedes regresar a Jerusalén. ¿Qué será de nosotras? ¿Quién nos procurará alimentos? ¡Ah, desdichada, nos has perdido!

—¡Piedad! ¡Piedad! —clamaba Amrah hundiendo en el polvo la cabeza.

—A ti tocaba apiadarte de nosotras. ¿Adónde huiremos? No nos queda esperanza alguna. ¡Sierva infiel! ¿No pesaba ya bastante sobre nosotras la divina cólera?

Tirzah, despertada por aquellas voces, apareció en el umbral de la tumba. La pluma se niega a describir minuciosamente el aspecto de aquella desventurada. Medio desnuda, cubierta de escamas y lívidas cicatrices, casi ciega, con las piernas y las extremidades deformes y grotescamente hinchadas, no parecía la misma criatura que conocimos hermosa, seductora y llena de gracia infantil.

—Madre, ¿es Amrah?

La sierva hizo ademán de abalanzarse a ella.

—¡Detente, Amrah! —gritó la viuda imperiosamente—. Te prohíbo tocarla. Levántate y huye antes de que te vea alguien. Pero no... lo olvidaba..., ¡es demasiado tarde! Desde ahora has de permanecer aquí y compartir nuestra propia suerte. Levántate, digo.

Amrah se levantó sobre sus rodillas, y luchando con la emoción que la agitaba, a duras penas pudo proferir:

—¡Oh mi buena señora! No soy infiel, no soy ingrata. Te traigo buenas noticias.

—¿De Judá?

Al hacer ávidamente esta pregunta le quedó en parte descubierta la cabeza.

—Hay un hombre extraordinario —continuó Amrah con voz hueca— que tiene el poder de curaros. Pronuncia sólo una palabra, e inmediatamente... los enfermos... sanan... y los muertos vuelven a la vida. He venido... para acompañaros a él.

—¡Pobre Amrah! —murmuró Tirzah con tono compasivo.

—No —gritó con calor la anciana, comprendiendo el significado de aquella exclamación—; no, por Dios vivo, por el Dios de Israel, por el Dios vuestro y el mío, yo os juro que digo la verdad. Seguidme, os lo ruego; no perdamos tiempo. Esta misma mañana se dirigirá a la ciudad. Mirad, ya avanza el día. Pronto, comed alguna cosa, y partamos.

La madre era toda oídos. ¿Había llegado ya a ella la fama de aquel hombre prodigioso?

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—Un nazareno.

—¿Quién te ha hablado de él?

—Judá.

—¿Judá? ¡Cómo! ¿Está ya en casa?

—Llegó anoche mismo.

La pobre leprosa, violentándose para amortiguar los acelerados latidos de su corazón, permaneció un momento silenciosa.

—¿Y es Judá quien te ha enviado a decírmelo? —

—No, Judá cree que habéis muerto.

—Cuéntase que un profeta sanó una vez a un leproso —dijo pensativa la madre, volviéndose hacia Tirzah—; pero había recibido de Dios poder para ello.

Y añadió, mirando de nuevo a Amrah:

—¿Cómo sabe mi hijo que tiene igual poder ese hombre?

—Judá ha viajado con él, ha oído cómo los leprosos

le invocaban y después los ha visto alejarse sanos: primero a uno, después a diez, después los ha curado a todos.

La viuda calló nuevamente, pero su descarnada mano temblaba visiblemente. Acaso esforzabase en dar al relato la sanción de la fe, la cual es siempre absolutista en sus exigencias, o en persuadirse de que su estado no era distinto del de los otros infelices a quienes Cristo había curado milagrosamente.

No era que dudase de la exactitud del hecho, puesto que su hijo testimoniaba la autenticidad, sino que procuraba comprender la facultad merced a la cual un hombre podía realizar milagros. Bien está que se investigue el hecho; mas para comprender la facultad de quien el hecho procede es indispensable comprender a Dios; y aquel que espera hasta que ha comprendido aquel misterio está destinado a morir esperando. La viuda estuvo perpleja breve rato. Después, dirigiéndose a Tirzah, exclamó:

—¡Ese Hombre no puede ser otro que el Mesías!

Y no pronunció estas palabras con la frialdad de quien racionalmente resuelve una duda, sino de la mujer de Israel versada en las promesas hechas por Dios a su pueblo, de la mujer juiciosa y dispuesta a regocijarse del más mínimo síntoma que señale el cumplimiento de aquellas promesas. Después prosiguió con animación creciente:

—Me viene a la memoria que, hace muchos años, por Jerusalén y por toda Judea corrió la noticia de su nacimiento; sí, lo recuerdo. Ahora ya debe ser un hombre; sí, así debe ser, ¡es El! Amrah, iremos contigo. Tráenos el ánfora del agua, que encontrarás en el sepulcro, y disponnos la comida: comeremos y después partiremos.

El desayuno, por efecto de la agitación, que había quitado a las mujeres el apetito, fué brevísimo. Al ponerse en camino les asaltó una duda: el Nazareno venía de Bethania, y desde aquella ciudad tres caminos conducían a Jerusalén: uno, por el primer altillo del Oli-

vete; el segundo, por la falda del mismo monte, y el tercero, por entre el segundo altillo y el monte denominado de la Ofensa. No distaban mucho uno de otro, pero sí lo bastante para impedir a aquellas infelices ver al Nazareno en caso de que no siguiesen el mismo camino que El. Pocas palabras bastaron para convencer a la madre de que Amrah no conocía el país más allá del valle de Cedrón, y de que sabía aún menos las intenciones del Hombre esperado. Por tanto, incumbiéndole a ella dirigir la expedición, no se perdió en inútiles conjeturas.

—Iremos primero a Bethfage —exclamó—, y una vez llegadas allí, si el Señor quiere ayudarnos, decidiremos lo que más conviene.

Descendieron de la colina hasta Tophet, cerca del jardín del Rey, y se detuvieron en el sendero que habían abierto a través de los siglos las huellas de numerosos caminantes.

—No creo que siga este camino —observó la viuda—; será mejor escoger el del campo por entre las rocas y los árboles. Hoy es día de fiesta y veo en aquella vertiente señales de multitud que está esperando. Cruzando por aquí el monte de la Ofensa, podremos esquivarla.

Tirzah, que había caminado ya hasta allí con mucha dificultad, al oír esto perdió los ánimos.

—El monte es muy escarpado, ¡oh madre!, y no podré subirlo.

—Ten presente que vamos en busca de la salud y de la vida. Mira, hija mía, cómo brilla el sol; y si aquellas mujeres que se dirigen a ese pozo cercano nos divisan, nos perseguirán a pedradas. Vamos, haz un esfuerzo por esta vez.

Así la pobre madre, aun cuando sufría ella también atroces torturas, procuraba infundir ánimo a su hija. Amrah acudió en su ayuda, y si hasta entonces no había tocado el cuerpo de las dos leprosas, ahora, a despecho de las consecuencias y aun de las órdenes de su señora, aquella mujer sublime, por abnegación, se acercó a

Tirzah, y cogiéndole amorosamente el brazo, que rodeó a su cuello, le dijo:

—Apóyate en mí: soy fuerte, aunque anciana; el camino es corto. Vamos, ámate.

La vertiente de la colina que se disponían a subir estaba llena de zanjas y de ruínas de antiguas construcciones; pero cuando por fin se detuvieron en la cima para tomar aliento y se encontraron frente por frente del espléndido panorama que limitaba el Templo con sus bellas terrazas, el monte Sión y sus blancas torres confundiendo con las nubes, la madre sintió con nueva fuerza el deseo de vivir.

—Mira, Tirzah —exclamó—, cómo las losas de oro de la Puerta Magnífica reflejan los rayos del sol como si quisieran devolver el esplendor que reciben. ¿No te acuerdas del tiempo en que allí nos dirigíamos ambas? ¡Oh, cuán dulce será regresar allí! Piensa, querida, que nuestra casa no está muy lejos; me parece descubrir la al otro lado del sagrado Templo. ¡Y Judá estará para recibirnos!

De la vertiente del altillo medio, llena de mirtos y de olivos, vieron salir sutiles columnas de humo que anunciaban la actividad matinal de los peregrinos y que advertían a las mujeres la necesidad de apresurarse. Mas por muchos esfuerzos que hiciese la buena de Amrah para facilitar el descenso a la doncella, ésta exhalaba a cada paso un gemido de dolor, cayendo, por fin, rendida a tierra así que llegaron al camino entre el monte de la Ofensa y el altillo del Olivete.

—Adelántate con Amrah, madre, y déjame aquí —murmuró con voz apagada.

—No, no, Tirzah. ¿Para qué quiero la salud si tú no la consigues? Y cuando Judá me pregunte por ti, ¿qué le contestaré si ahora te abandono?

—Dile que le he amado.

La madre, que se había inclinado sobre su extenuada hija, levantóse y tendió la vista en torno, desesperada. La alegría que la esperanza de una curación le había infundido era más por la hija que por sí misma.

Tirzah era joven y viviría lo suficiente para poder olvidar aquellos terribles años.

En el momento en que aquella mujer heroica iba a renunciar a toda ulterior tentativa, entregándose a la voluntad de Dios, vió que un hombre se adelantaba a largos pasos por el camino oriental.

—¡Animo, Tirzah, consuélate! —dijo, sintiendo renacer en su pecho la esperanza—. Veo a alguien que sin duda nos dará noticias del que buscamos.

—Eres tan buena, oh madre, que llegas a olvidar lo que nosotras somos. Aquel extranjero huirá después de habernos maldecido, si no es que la empresa con nosotras a pedradas.

—Veremos.

Era todo cuanto podía contestar, sabiendo el trato que acostumbraban recibir de sus conciudadanos los pobres leprosos.

Como ya hemos dicho, el camino a cuyo borde estaban agrupadas las tres mujeres no era más que un sendero abierto naturalmente por el frecuente paso de caminantes, serpeante entre montones de piedra calcárea. Si aquel desconocido seguía el sendero, tenía que encontrarse irremisiblemente con las tres infelices. Y así sucedió. Mas cuando estuvo a distancia suficiente para oír el grito que la ley obligaba dar a los leprosos, la viuda se descubrió la cabeza y gritó:

—¡Estamos infectadas! ¡Estamos infectadas!

Con sorpresa infinita el desconocido no se detuvo, sino que se acercó a ellas tranquilamente.

—¿Qué queréis? —les preguntó desde una distancia de cuatro pasos.

—¡Contempla nuestro estado! Precávete —dijo la viuda.

—Mujer, soy un enviado de Aquel que sólo tiene necesidad de decir una palabra a los que están como vosotras para sanarlos. No tengo miedo.

—¿El Nazareno?

—El Mesías —contestó.

—¿Y es cierto que irá hoy a la ciudad?

—En este momento está en Bethfage.

—¿Y qué camino seguirá?

—Este mismo.

La mujer juntó las manos y levantó al cielo los ojos.

—¿Quién crees tú que es El? —preguntó el desconocido, movido a compasión.

—El Hijo de Dios —repuso con convicción la interrogada.

—Aguárdate aquí, y pues le sigue una multitud inmensa, mejor será que subas sobre aquella blanca roca, debajo de aquel árbol, y cuando pase no dudes un momento; llámale y no tengas temor. Si tu fe es igual a tu convicción, El oirá tu voz aun cuando rugiese la tempestad en el cielo. Yo voy a anunciar su llegada al pueblo de Israel, que se ha reunido en la ciudad y en sus alrededores. La paz sea contigo y con los tuyos.

El mensajero prosiguió su camino.

—¿Has oído, Tirzah? ¿Has oído? El Nazareno vendrá por este camino y nos escuchará. Ven, hija mía, hasta aquella roca; ánimo, no hay más que un paso.

Tirzah hizo un esfuerzo, y ayudada por Amrah se levantó. Pero apenas había dado algunos pasos, Amrah dijo:

—Un momento. El extranjero vuelve.

Y se detuvieron a esperarlo.

—Buena mujer, perdona. He pensado que el sol será muy ardiente ya cuando pase por aquí el Nazareno, y que en la próxima ciudad podré fácilmente encontrar lo que necesito. Este agua puede serte a ti más necesaria que a mí. Tómala, y buen provecho os haga. No os olvidéis de llamarle cuando pase.

Y esto diciendo, les ofreció una calabaza llena de agua, entregándosela a la mano en lugar de dejarla en tierra.

—¿Eres judío? —preguntó sorprendida la viuda.

—Soy judío, y más que judío soy discípulo de Cristo, quien nos enseña diariamente con la palabra y con el ejemplo lo que en este momento por ti hago. Hace ya mucho tiempo que el mundo conoce la palabra ca-

ridad, pero sin haberla comprendido. La paz sea contigo y con los tuyos.

Marchóse, y las tres mujeres se encaminaron a la roca que el hombre les había indicado, distante unos treinta pasos del camino. Cobijáronse a la sombra de un árbol, cuyas ramas se extendían por encima de la roca, y probaron el agua de la calabaza, que les fué de grande alivio.

Tirzah se adormeció. La madre y Amrah callaron, a fin de no turbar su tranquilo sueño.

CAPITULO IV

Durante la hora tercia, el camino frontero al lugar que ocupaban las leprosas comenzó a animarse por el creciente concurso de gente que se encaminaba a Bethfage y a Bethania; pero al principio de la hora cuarta, una multitud extraordinaria apareció en la cima del Olivete, y las dos mujeres vieron con asombro que toda aquella gente llevaba en las manos ramas de palmera recién cortadas. Mientras procuraban desentrañar lo que aquello significaba, el rumor de otra multitud, que procedía del lado oriental, atrajo hacia aquella dirección sus miradas. Entonces le pareció a la madre que era el momento de despertar a Tirzah.

—¿Qué significa esto? —preguntó ésta.

—Ya viene —contestó la madre—. Ésos que vemos han salido de la ciudad y van a su encuentro; aquellos cuyas voces llegan hasta nosotras son los amigos que le acompañan. Posible es que el encuentro entre unos y otros tenga lugar aquí delante.

—Si es así, temo que no va a oírnos.

El mismo temor invadió a la viuda.

—Amrah —preguntó—, cuando Judá refirió la curación de los diez, ¿con qué palabras dijo que invocaron al Nazareno los leprosos?

—Dijeron: “Señor, ten piedad de nosotros”; o bien: “Maestro, apiádate.”

—¿Nada más?

—Judá no repitió otras palabras.

—Sin embargo, no se me ocurren otras —dijo para sí la viuda.

Mientras tanto, la multitud que procedía del lado oriental iba avanzando lentamente. Cuando por fin llegó a una distancia relativamente cercana, los ojos de las leprosas se fijaron en un individuo montado en un jumento y alrededor de quien la multitud saltaba y cantaba delirante. Llevaba la cabeza descubierta, y su vestido era blanco. Su rostro, de color aceitunado, estaba sombreado por larga cabellera castaña. No miraba a derecha ni a izquierda, y parecía abstraído del tumulto que le rodeaba, mientras que la expresión de profunda melancolía de su mirada demostraba su indiferencia hacia la popular demostración de que era objeto. Detrás de Él seguía la multitud en procesión interminable, con inmenso clamoreo de gritos y de cantos. No había necesidad de que nadie dijese a las leprosas: “¡He aquí al Nazareno!”

—Aquí está, Tirzah —dijo la madre—. Ven, hija mía.

Y se colocó delante de la blanca roca, y cayó de hinojos, mientras su hija y la sierva se ponían a su lado.

Al aparecer la turba con el Nazareno, los procedentes de la ciudad se detuvieron y comenzaron a agitar las verdes palmas, entonando a coro un cántico cuyas palabras eran: “¡Bendito sea el Rey de Israel, que viene en nombre del Señor!” A este cántico contestaron los miles de voces de la otra multitud con un grito que cruzó el espacio como imprevisto y violento mugido de viento. La voz de las pobres mujeres se perdía en medio de aquel estruendo, y sólo un milagro podía hacer que se oyese. Había llegado el momento, y si no lo aprovechaban súbitamente, la ocasión habría pasado para siempre.

—Acerquémonos más, hija mía; no puede oírnos —dijo la madre.

Levantóse y avanzó tambaleándose. Extendió a lo

alto sus brazos escuálidos, y con voz estridente dió el acostumbrado grito. El pueblo, al ver aquel rostro espantoso, enmudeció de pronto. Tirzah, débil y asustada, cayó en tierra.

—¡Las leprosas! ¡Las leprosas!

—¡Apedreadlas!

—¡Las malditas de Dios! ¡Matadlas!

Estas y otras imprecaciones confundieronse con los hosannas de otros grupos de la multitud, demasiado apartados para comprender el motivo de la interrupción. Algunos había, empero, que, habiendo seguido al Maestro durante mucho tiempo, no se mostraban insensibles a su ejemplo, hombres en quienes el espíritu de caridad había penetrado en parte. Estos permanecieron silenciosos y miraron al Maestro, que se detuvo delante de las mujeres. La viuda levantó los ojos y los fijó conmovida en aquel semblante tranquilo, bellísimo, lleno de ternura y de piedad.

—¡Oh Maestro, Maestro! Ved en qué estado nos encontramos. ¡Vos podéis curarnos! ¡Tened piedad de nosotras, tened piedad!

—¿Crees tú que yo puedo curaros? —preguntó el Maestro.

—Vos sois Aquel de quien hablan los profetas, Vos sois el Mesías —contestó la mujer.

A estas palabras sus ojos fulguraron de esperanza.

—Mujer —exclamó el Nazareno—, grande es tu fe; sea como deseas.

Detúvose un instante como estático y olvidado de los que le rodeaban, y después, sin añadir palabra, se volvió a poner en camino, mientras la mujer exclamaba reconocida:

—¡Gloria al Señor Altísimo! ¡Bendito, tres veces bendito sea el Hijo que nos ha enviado!

Y la multitud jubilante, cantando hosannas y agitando las palmas, siguió al Nazareno.

La viuda se cubrió la cabeza, y abrazando a Tirzah, exclamó transportada de alegría:

—Levanta los ojos, hija mía. ¡Me lo ha prometido! El es el verdadero Mesías; estamos curadas.

Y ambas cayeron de rodillas, permaneciendo así mientras la procesión desfilaba. La cola de ésta había apenas desaparecido por la cima del monte, y el eco de los cánticos resonaba aún en el aire, cuando ya comenzó a manifestarse el milagro. El primer síntoma lo notaron las leprosas en la región cardíaca, en donde aumentó la circulación de la sangre; ésta fué acelerándose por todo el cuerpo, comunicando a aquellos pobres miembros una sensación de inefable bienestar. Madre e hija sentían que renacían y que volvían a ser lo que habían sido en un tiempo de que ya habían perdido el recuerdo. A la vez, como para completar su purificación, un nuevo vigor invadió su espíritu, elevándolo a un verdadero estado de éxtasis, y la conciencia del cambio que iba operándose en ellas engendró un indecible sentimiento de felicidad celeste, de la cual habían de conservar las huellas por toda la vida.

A esta milagrosa transformación asistía, además de Amrah, otro testigo. El lector recordará la constancia con que Ben Hur seguía al Nazareno en todas sus peregrinaciones, y si tiene presente la conversación de la noche precedente, no se sorprenderá de que el joven judío estuviese presente al encuentro de las dos leprosas, de que hubiese oído la invocación de la madre, de que hubiese visto su repugnante cara y de que no se le escapara la respuesta del Nazareno. Su interés por Este era más vivo que nunca, como vivo era el deseo que tenía de desvanecer toda duda acerca de la misión de aquel Hombre prodigioso; y este deseo suyo se había hecho aún más intenso por la convicción de que aquel mismo día, antes de ponerse el sol, había de ser proclamada la verdad.

Habíase, por tanto, separado del cortejo, y sentado sobre una piedra lo había visto desaparecer, no sin cambiar antes sendos saludos con algunos individuos confundidos entre la multitud que desfilaba a su vista. Eran galileos, legionarios suyos, que llevaban cortas

espadas ocultas debajo del manto. Poco después pasó un árabe de bronceado rostro, conduciendo dos caballos del diestro. Ben Hur le hizo seña de que se acercara, y cuando la multitud se hubo alejado, le dijo:

—Espérame aquí; deseo llegar pronto a la ciudad, y Aldebarán me será útil.

Y después de haber acariciado la espaciosa frente del bellissimo animal, se dirigió hacia las mujeres. No conviene olvidar que para él eran unas desconocidas, y que sólo le interesaban como sujetos de una experiencia sobrenatural, cuyo resultado tal vez podía ayudarle a resolver el misterio que tanto le preocupaba.

Mientras iba avanzando dirigió la mirada casualmente a la viejecita que junto a la blanca roca ocultaba su rostro entre las manos.

—¡Por el Señor vivo! ¡Si es Amrah! —dijo para sí.

Aceleró el paso, y se acercó a ella sin fijarse en las leprosas.

—Amrah —gritó—, ¿qué haces aquí?

La sierva se precipitó a sus pies, cegada por las lágrimas que le arrancaba la lucha entre la alegría y el temor, e incapaz por el momento de proferir una palabra. Por fin pudo exclamar:

—¡Oh amo mío! ¡Oh amo mío! ¡Cuán bueno es el Señor!

El conocimiento que adquirimos en fuerza de la simpatía que nos inspiran otros en momentos de dura prueba es un fenómeno poco comprendido y vago; pero es singular que aquella simpatía nos permita, entre otras cosas, identificarnos con los demás de modo tal, que muchas veces sus dolores y sus alegrías se convierten en sensaciones nuestras. Así la pobre Amrah, separada y con el rostro oculto, conocía la transformación que se había operado en las leprosas sin que se le hubiese dicho una palabra, y conociéndola, compartía completamente con ellas los sentimientos que experimentaban. Su aspecto, sus palabras, sus ademanes, le hacían traición, y con presentimiento rápido Ben Hur dirigió su pensamiento hacia las leprosas, y

se volvió a ellas en el mismo momento en que se levantaban del suelo. El corazón cesó de latirle: quedó un instante como petrificado, mudo, sobrecogido. La mujer que había visto enfrente del Nazareno estaba allí, con las manos juntas y los ojos, llenos de lágrimas, mirando al cielo.

La transformación habría bastado por sí sola a justificar su asombro; pero era sólo en pequeñísima parte la causa de la conmoción profunda que sentía. ¿Podía dar crédito a sus propios ojos? ¿Era sueño, o era realidad? ¿Quién era aquella que tanto se asemejaba a su madre, a su madre tal como era el mismo día en que le fué arrebatada por el romano, si se exceptúan algunos cabellos grises? ¿Y quién estaba a su lado sino Tirzah? Más bella y en su madurez, pero en todo lo demás la Tirzah primera, tal como la había dejado en la mañana fatal de su separación. Ben Hur las creía muertas, y con el tiempo habíase resignado a aquella convicción; no es que hubiese dejado de llorarlas, sino que con el término de su esperanza se habían alejado sus imágenes en el sentido de no figurar ya en sus planes ni en sus sueños del porvenir. Al verlas ahora delante de él, dudando de lo que le aseguraban sus ojos, tendió una mano sobre la cabeza de la sierva y balbució con voz trémula:

—¡Amrah, Amrah! ¿Mi madre? ¿Tirzah? Dime si es cierto, si no me engaño.

—Señor, habladles —contestó aquélla.

Ben Hur no esperó más; abrió los brazos y se abalanzó hacia las mujeres, gritando:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Tirzah! ¡Soy yo!

A la exclamación del hijo siguieron las de la madre y de Tirzah, que con no menor ímpetu corrieron hacia él; mas de pronto la madre se detuvo, retrocedió asustada y dió un grito alarmante:

—¡Estoy infectada! ¡Estoy infectada! Detente, Judá, no te me acerques.

No era por efecto de la costumbre que la pobre mujer diera aquel grito; era el amor materno que, superior

a cualquier otro impulso y a cualquiera otra consideración, se manifestaba; rápida como el rayo le había asaltado la duda de que, aunque curada, subsistía el peligro de transmitir la enfermedad al hijo querido por el contacto con sus vestiduras. Mas semejante temor no fué en él obstáculo, o más bien, a Ben Hur no le asaltó siquiera. Un instante después, los tres, por tanto tiempo separados, derramaban lágrimas de alegría unidos en un solo y estrecho abrazo.

Cuando pasada la primera efusión recobraron la calma, las primeras palabras de la madre fueron:

—En medio de nuestra felicidad, oh hijos míos, no olvidemos la gratitud. Inauguremos nuestra vida dirigiendo una oración a Aquel a quien todo lo debemos.

Y postrados de hinojos, la viuda recitó en voz alta un salmo de acción de gracias. Tirzah iba repitiendo una tras otra las palabras, y lo mismo hizo Ben Hur, aunque era evidente que su fe no igualaba a la de su hermana, pues así que se levantaron, preguntó:

—En Nazaret, su patria, dicen que ese hombre es hijo de un carpintero. ¿Quién debe ser?

Y mirándole con igual ternura que en los pasados tiempos, la madre le contestó como había contestado al Nazareno:

—¡Es el Mesías!

—¿Y de quién procede su poder?

—Podemos deducirlo del uso que hace de él. ¿Puedes decirme si ha hecho algún mal en su vida?

—No, nunca.

—Si es así, yo te digo que su poder procede de Dios mismo.

No es cosa fácil emanciparse de pronto a maneras de pensar arraigadas en nosotros con el transcurso de los años; así, cuando Ben Hur se preguntaba qué atractivos podía ofrecer a semejante Hombre la vanidad de este mundo, la propia ambición no le permitía reconocer el error en que estaba, persistiendo en medir a Cristo, como hacemos también nosotros, por lo que él era. Y en

verdad, mejor haríamos si nos midiésemos por lo que es Cristo.

Naturalmente, fué la madre la que primero recordó las necesidades prácticas de la vida.

—¿Qué haremos ahora, hijo mío? ¿Adónde iremos?

Ben Hur, vuelto a la realidad, no pudo menos de cerciorarse de cómo se habían borrado las más mínimas huellas de la enfermedad, y de cómo ambas mujeres habían recobrado su belleza primitiva. Quitóse el manto y lo echó sobre los hombros de Tirzah, diciéndole con una sonrisa de fraternal orgullo:

—Las miradas de los caminantes te hubiesen antes esquivado; ahora no deben ofender tu pudor.

Y al despojarse del manto, dejó al descubierto la espada que llevaba al cinto.

—¿Es tiempo de guerra? —preguntó con curiosidad la madre.

—No.

—¿Por qué, pues, vas armado?

—El Nazareno podría necesitar de mi defensa —repuso Ben Hur, celándole parcialmente la verdad.

—¿Tiene enemigos? ¿Quiénes son?

—¡Ay, madre mía, no son todos romanos!

—¿No es, por ventura, hijo de Israel y hombre pacífico?

—Nadie amó la paz tanto como El; pero a los ojos de los rabinos y de los doctores es reo de un gran delito.

—¿Qué delito?

—A sus ojos, un gentil no circuncidado es tan merecedor de la divina gracia como un judío de costumbres austeras. Nos predica una nueva ley.

La madre no contestó. El venturoso grupo se cobijó a la sombra del árbol cuyas ramas se extendían por encima de la roca. Dominando la impaciencia que sentía por reunir en la casa paterna a sus queridas prendas y por oír de sus labios la historia de su vida, Ben Hur les expuso la necesidad absoluta de sujetarse a lo que disponía la ley con respecto a los que se encontraban en su caso, y llamando después al árabe, le ordenó que les

precediese con los caballos hasta la puerta de Bethesda, y luego ellos se encaminaron al Monte de la Ofensa. Fácilmente se comprende que el regreso se efectuó de muy diverso modo que la partida. Caminando con paso rápido y con la alegría en el corazón, llegaron en breve a una tumba próxima a la de Absalón, y que dominaba el valle de Cedrón. Después de asegurarse de que nadie la habitaba, las mujeres tomaron posesión de ella y Ben Hur las dejó para atender solícitamente a lo que su nueva condición pedía.

CAPITULO V

Ben Hur levantó dos tiendas en el valle superior de Cedrón, a pocos pasos de la tumba de los reyes, las amuebló convenientemente, y condujo a ellas a su madre y a su hermana para que morasen en ellas mientras esperaban el certificado de libre circulación que había de expedirles el sacerdote inspector.

Al ceder a los impulsos de su corazón y al cumplir con sus deberes de hijo, el joven se había puesto en la imposibilidad de asistir a las ceremonias de la gran fiesta, o de poner siquiera el pie en uno de los patios del Templo, restricción que le hizo dulce el poderse dedicar enteramente a su adorada familia.

Relatos de vicisitudes como las suyas, de tristes acontecimientos en el curso de varios años, de sufrimientos físicos y de aun más agudos dolores morales, suelen necesariamente ocupar mucho tiempo, pues rara vez los incidentes se siguen en ordenada conexión. Ben Hur escuchó el relato de las dos mujeres, disimulando bajo aparente calma los sentimientos que despertaba en su pecho, sentimientos de ira y de venganza que aumentaban en intensidad a medida que se acumulaban las horrosas revelaciones. Locas ideas cruzaban por su cerebro, y aun más locos proyectos nacían en él, como, por ejemplo, el de insurreccionar la Galilea, llenándose de sal-

vaje alegría sólo al considerar una general matanza de los aborrecidos opresores. Por fortuna, la razón, refrenando aquellos impulsos apasionados, no tardó en recobrar su dominio y en hacerle presente la inutilidad de cualquier tentativa que no fuese resultado de una acción concorde de todo Israel. Después de lo cual sus pensamientos y sus esperanzas volvieron a su punto de partida, esto es, al Nazareno y a sus propósitos. Hubo un momento en que su exaltada fantasía le llevó a improvisar la siguiente invocación en boca del Hombre prodigioso: "Escúchame, Israel: yo soy el Prometido por Dios, nacido Rey de los judíos, que viene a inaugurar el imperio de que hablaron los profetas. ¡Levántate, y conquista el mundo!" ¡Ah!, si el Nazareno llegase a pronunciar estas palabras, ¡qué revolución estallar! ¡Cuántos labios las repetirían gozosos en todos los países, levantado ejércitos en masa! Mas, ¿las habría pronunciado?

En su impaciencia por dar principio a su obra, Ben Hur esperaba la respuesta de acontecimientos terrenos, perdiendo de vista la doble naturaleza del Nazareno y, por tanto, la hipótesis de que en Él lo divino superase a lo humano. En el milagro operado en Tirzah y en su madre descubría sólo una facultad sobradamente amplia para colocar la corona judaica sobre las ruinas de Italia, más que suficiente para reconstituir la sociedad y congregar a los hombres en una gran familia purificada y dichosa. Y cuando esta obra se hubiese realizado, ¿quién podría negar que la paz, sólo entonces posible, no era digna misión de un hijo de Dios? ¿Quién podía negar entonces la redención debida a Cristo? Y haciendo pura abstracción de toda consideración de orden político, ¿qué cosecha de gloria no le alcanzaría a él como hombre? No, ningún mortal tendría valor para renunciar a semejante porvenir.

Mientras tanto, en el valle de Cedrón y hacia Bezetha, en especial a lo largo del camino que conducía a la Puerta de Damasco, iban levántandose tiendas, cabañas y barracas de toda clase para albergue de los peregrinos

que acudían a celebrar la Pascua. Ben Hur entró en relaciones con muchos de aquellos extranjeros, y cada vez que volvía a sus tiendas asombrábase de su número extraordinario, siempre en aumento. Y cuando descubrió que todas las partes del mundo, desde la India a la Europa septentrional, tenían allí su representación, y cuando pudo comprobar que toda aquella gente, a pesar de no conocer una sola sílaba de hebreo, había acudido allí con el mismo objeto, o sea, para la celebración de la fiesta, se apoderó de él una idea casi supersticiosa. ¿No podía él, después de todo, haber comprendido al Nazareno? ¿No podía ser que Éste, aguardando pacientemente, hubiese disimulado con habilidad una tácita preparación para el cumplimiento de su misión gloriosa? Y en efecto, ¡cuánto más propicia era esta ocasión que aquella en que los galileos, cerca de Gennezareth, habían querido a viva fuerza coronarlo! Allí el sufragio se limitaba a pocos millares; aquí, a un llamamiento suyo, contestarían millones de voces. Siguiendo por este orden de ideas, y pasando de deducción en deducción, Ben Hur se regocijó pensando en la gloriosa perspectiva que se desplegaba ante sus ojos, al propio tiempo que aumentaba en él la admiración hacia aquel Hombre melancólico que, bajo el manto de infinita dulzura y de asombrosa abnegación, ocultaba la sagacidad de un hombre de Estado y el genio de un conquistador.

De cuando en cuando iban a visitarle hombres de bronceado rostro y de copiosa barba, con los cuales sostenía secretos coloquios. A las preguntas que acerca de ellos le dirigía su madre, contestaba sencillamente: "Son amigos míos de Galilea." Por mediación de ellos estaba al corriente de cuanto hacía el Nazareno y de las asechanzas de sus enemigos, rabinos y romanos. Sabía que la vida de aquel Ser extraordinario corría peligro, pero rebelábase a creer que existiese alguien bastante temerario para atentar contra su vida en el momento de su mayor popularidad, y se consolaba pensando en la seguridad que le ofrecía la cifra enorme de sus admiradores. En su corazón, Ben Hur confiaba sobre todo

en el poder milagroso de Cristo, sin pasarle siquiera por la cabeza la idea de que quien lo utilizaba para el bien ajeno, no hubiera querido nunca utilizarlo en defensa propia.

Conviene tener presente que estos incidentes ocurrían, según nuestro calendario, entre el vigésimo y el vigésimoquinto días del mes de Marzo. Por la noche de este último día, Ben Hur, no pudiendo refrenar por más tiempo su impaciencia, montó a caballo y partió para la ciudad, prometiendo regresar aquella misma noche. El caballo galopaba briosamente. Los caminos, los risueños viñedos que los flanqueaban, estaban silenciosos; las casas desiertas y apagadas las hogueras junto a las tiendas, porque en la víspera de la Pascua todos acudían a la ciudad, llenando los patios del Templo, en donde se inmolaban los corderos. El jinete entró por la puerta Septentrional en Jerusalén, festivamente iluminada en honor del Señor.

CAPITULO VI

Ben Hur se apeó a la puerta del Khan u hospedería de la que hacía más de treinta años habían partido los tres sabios con dirección a Belén. Dejó su caballo al cuidado de sus siervos árabes, y en breve llegó a la casa paterna, en cuya gran sala penetró. Llamó a Malluch, pero éste estaba ausente; envió entonces a saludar a sus amigos, el mercader y el egipcio, pero también éstos se habían hecho conducir en literas para asistir a la celebración; el egipcio, le dijeron, estaba en un estado sumamente débil y parecía muy abatido. El encargado de pedir noticias de Baltasar se había dirigido a su hija, la cual se presentó al saber la llegada del señor, que era probablemente lo que Ben Hur deseaba. Ligera como una sílfide, apareció envuelta en blancas gasas, que revoloteaban en torno, ocultando entre sus pliegues su hermoso cuerpo de diosa. Si hemos de decir la verdad,

durante la agitación suscitada por los últimos acontecimientos, Ben Hur se había acordado muy rara vez de la egipcia. Ahora, al reaparecerse en todo el esplendor de su belleza, irresistiblemente fascinadora, hizo ademán de abalanzarse a ella con los brazos amorosamente abiertos; pero apenas había dado un paso se detuvo como si un espectro se hubiese cruzado en su camino, y miró atónito a la doncella.

Hasta aquel día ésta había ejercitado las artes de la más refinada coquetería para cautivarlo; cada mirada suya había sido una confesión de amor, confirmada por sus ademanes. Sus palabras herían dulcemente los oídos del joven, y le resonaban de continuo en el corazón en las largas horas de ausencia. Para él la seductora criatura bajaba púdicamente los ojos como para ocultarle sus llamas; para él eran los versos de amor aprendidos de los poetas de Alejandría, y que ella sabía recitar con irresistible gracia; para él las exclamaciones afectuosas, las sonrisas, los sugestivos apretones de manos, las canciones del Nilo y los estudiados descuidos de su tocado. La idea, tan antigua como los más antiguos pueblos, de que la belleza es el galardón de los héroes, jamás revistió formas tan reales para otro alguno. Así se había mostrado la egipcia para con Ben Hur después de la noche del paseo en bote por el lago del Huerto de las Palmeras. ¿Y ahora? En otra parte de este libro hemos hablado ya de la doble naturaleza humana con referencia a un asunto sagrado; aquí volveremos a hablar de ella, pero en sentido muy diferente.

Hay pocas personas cuya índole no presente dos fases: una naturaleza genuina, espontánea, y otra artificial y fingida, resultado de la educación y de las circunstancias; una cubierta de oropel, que muchas veces acaba por convertirse en parte tan integral del individuo como la primera. Dejando a los pensadores la tarea de profundizar este tema, diremos que en este momento la verdadera naturaleza de la egipcia se manifestó del modo más escueto y más completo. Hubiérale sido imposible recibir a una persona extraña con más marca-

da repugnancia. Excepción hecha de una ligera inclinación de cabeza, de una tensión de las narices y de una mayor curvatura de su labio superior, presentaba la impassibilidad de una estatua. Después de una breve pausa, exclamó fríamente:

—A tiempo llegas, hijo de Hur. Deseo darte gracias por tu hospitalidad, porque después del día de mañana no tendré quizá ocasión de aceptarla.

Ben Hur se inclinó ligeramete, sin apartar de ella la mirada.

La egipcia prosiguió:

—Me viene a la memoria una costumbre en boga entre los jugadores de dados; cuando el juego termina, consultan sus tablillas y tiran las sumas; después ofrecen libaciones a los dioses y ponen una corona sobre la cabeza del afortunado vencedor. También nosotros hemos jugado una partida que ha durado días y noches; ahora que ha terminado, ¿hemos de ver a quién toca la corona?

Siempre con los ojos fijos en ella, Ben Hur repuso indiferentemente:

—Un hombre no puede luchar contra una mujer resuelta a hacer su propia voluntad.

—Dime —prosiguió ella inclinando más aún la cabeza y chanceándose—, dime, oh príncipe de Jerusalén, ¿dónde está aquel hijo del carpintero de Nazareth, e hijo de Dios al mismo tiempo, de quien tan grandes cosas aguardabais en estos últimos tiempos?

Ben Hur hizo un ademán de impaciencia y contestó:

—¿Soy, por ventura, su custodio?

La hermosa cabeza inclinóse un poco más.

—¿Ha destruído Roma?

Ben Hur, encolerizado, repitió el anterior ademán.

—¿En dónde ha fijado la capital de su reino? —prosiguió la egipcia—. ¿No me es lícito ver su trono y sus leones de bronce? ¿Dónde está su palacio? ¡Caramba! Quien resucita a los muertos, bien puede construir palacios de oro.

No podía suponerse que la egipcia hablase por bro-

mear; sus preguntas eran ofensivas, y agresivo su aspecto. Ben Hur, advertido de ello, dijo con aparente calma.

—¡Oh Egipto! Esperemos un solo día, una sola semana, y lo veremos a El, y sus leones, y su palacio.

Mas ella prosiguió, sin fijarse en el significado de aquellas palabras:

—¿Y por qué se presenta vestido de ese modo? No son esas las vestiduras de los gobernadores o de los virreyes de la India ni de otros países. Una vez ví al sátrapa de Teherán, y le recuerdo con su turbante de seda, su manto tejido de oro, y su espada con puño y vaina cuajados de piedras preciosas. Parecía totalmente que Osiris le hubiese prestado un rayo de su sol. Y me asombra más todavía que no hayas tomado aún posesión de tu reino, de aquel reino que tenía que compartir contigo.

—La hija de mi sabio huésped es, sin quererlo, asaz amable conmigo, puesto que me demuestra que Isis puede besar un corazón sin mejorarlo.

Ben Hur pronunció estas palabras con fría cortesía. Iras, jugueteando con un brillante que pendía de su collar, enmudeció un instante. Luego prosiguió:

—El hijo de Hur es sobrado inteligente para ser judío. He asistido a la entrada en Jerusalén de tu soñado César, de Aquel que, según decías, debía proclamarse Rey de los judíos en las gradas del Templo. Ví el séquito que le acompañaba y escuché sus cánticos. ¡Qué bello efecto producían aquellas palmas agitadas! Busqué inútilmente una figura de real aspecto, un jinete vestido de púrpura, un carruaje de deslumbrante metal, un majestuoso guerrero tras de cintilante escudo desafiando en gallardía a su propia lanza. ¡Hubiera sido además tan bello ver a un príncipe de Jerusalén con una cohorte de las legiones de Galilea!

Acompañó estas palabras con una provocadora mirada de desprecio, y después rompió en una carcajada, como si la imagen por ella evocada fuese más ridícula que despreciativa.

—En vez de un Sesostris volviendo triunfal, o de un César coronado y con la espada al cinto, ¡ja, ja, ja!, vi a un hombre de semblante delicado y triste montado en un jumento. ¡El Rey! ¡El Hijo de Dios! ¡El Redentor del mundo! ¡Ja, ja, ja!

Ben Hur no pudo dominar un movimiento de cólera.

—No abandoné mi sitio, no, oh príncipe de Hur —prosiguió ella sin darle tiempo a que la interrumpiera—; no, no reí; sino que me dije: “Esperemos; en el Templo se revestirá como conviene a un héroe que debe tomar posesión del mundo.” Le vi transponer la Puerta de Shushan y el Patio de las Mujeres. Le vi detenerse ante la Puerta Magnífica. El pueblo invadía el pórtico y los patios, se estrujaba en los claustros y sobre las gradas de los tres lados del Templo, y todos contenían la respiración esperando el momento de su coronamiento. ¡Qué solemne silencio! ¡Ja, ja, ja! En mi fantasía me parecía oír ya el estrépito del tambaleante edificio romano. ¡Ja, ja, ja! ¡Oh príncipe, tu Rey del mundo se envolvió en su manto y desapareció por la puerta más lejana sin proferir una palabra, y... el imperio romano sigue en pie todavía.

Como piadoso homenaje a una esperanza que en aquel momento se apagó completamente, y de la cual había seguido con el corazón la mortecina luz, Ben Hur bajó la mirada. Ni los argumentos de Baltasar, ni los milagros obrados en su presencia, habían surtido el efecto de poner tan escuetamente de relieve la discutida naturaleza del Nazareno. Después de todo, el mejor modo para llegar a la percepción de lo divino es el estudio de lo humano. En las cosas que sobrepasan la humana inteligencia podemos siempre prometernos que encontraremos a Dios. Así, en la descripción hecha por la egipcia de la escena en que el Nazareno volvió la espalda a la Puerta Magnífica, la acción principal permanecía casi inexplicable considerada desde un punto de vista puramente humano. Como parábola dirigida a un pueblo aficionado a las parábolas, aquel acto significaba lo que Cristo había afirmado tantas veces, o sea que

su misión no era política. Estos pensamientos cruzaron con la rapidez del rayo por la mente de Ben Hur, al mismo tiempo que se arraigaban firmemente en su corazón. Le pareció ver al hombre de facciones femeniles acercarse llorando a él, lo suficiente para dejar una huella de su espíritu en su alma.

—Hija de Baltasar —dijo con dignidad—, si este es el juego de que hablabas, toma la corona, que es bien tuya. Mas basta de chanzas inútiles y vengamos a una conclusión. Que tienes un objeto, no me cabe duda: exponlo, y yo contestaré a él; después separémonos, y siga cada cual su camino. Habla, ya te escucho.

La egipcia le miró atentamente, como midiendo la fuerza de su voluntad, y después dijo fríamente:

—Te doy permiso, vete.

—La paz sea contigo —repuso.

Y cuando iba a desaparecer tras de la cortina, la egipcia volvió a llamarle.

—¡Una palabra!

Ben Hur se detuvo y la miró.

—¿Has considerado bien todo cuanto sé de ti?

—¡Oh bellísima egipcia! —dijo retrocediendo—.

¿Qué sabes tú de mis asuntos?

Iras le miró distraídamente.

—Tú eres el más romano, oh hijo de Hur, de todos tus compatriotas.

—¿Tan distinto soy de los demás judíos? —preguntó con indiferencia.

—Los semidioses todos son romanos.

—¿Me dirás, pues, lo que sabes acerca de mí?

—Esta semejanza no me es indiferente, y podría inducirme a salvarte.

—¿Salvarme?

Los rosados dedos de la egipcia jugueteaban distraídamente con los colgantes deslumbradores de su collar, y su voz era muy dulce y acariciadora; sólo el golpear ligero de sus sandalias de seda sobre el pavimento, advertían a Ben Hur que se precaviese.

—Hubo un judío, un forzado huído de las galeras.

que mató a un gladiador en el palacio de Iderneo —comenzó Iras lentamente.

Ben Hur se estremeció.

—Ese mismo judío mató a un soldado romano en la plaza del mercado aquí en Jerusalén; ese mismo judío posee tres legiones de galileos dispuestos a arrestar al gobernador romano esta misma noche; ese mismo judío se ha aliado con otros varios príncipes para efectuar una sublevación general contra Roma, y uno de sus aliados es el jeque Ilderim.

Acercándose a él, le murmuró al oído:

—Tú has vivido en Roma. Supongamos que estas cosas sean repetidas a algunas personas de nuestro conocimiento. ¡Ah! ¿Cambias de color?

Ben Hur se apartó de ella con la expresión que podemos imaginarnos en un hombre que, creyendo jugar con un gatito, ve de improviso que lo que tiene entre sus manos es un tigre. Ella prosiguió:

—Tú has estado en la antecámara imperial y conoces a Sejano. Supongamos que con las pruebas en la mano, y aun sin ellas, se le diga que ese judío es el hombre más rico de Oriente y hasta del mismo Imperio. Los peces del Tíber comerían aquel día opíperamente, ¿no es cierto? Y mientras ellos banquetearían, oh hijo de Hur, ¡ah! ¡qué esplendidez reinaría en los espectáculos del Circo! Divertir al pueblo romano es un arte muy difícil, pero procurarse el dinero para divertirlo es todavía un arte más refinado. ¿Y qué artista ha igualado jamás a Sejano?

La conmoción de Ben Hur, en vista de la profunda abyección que estas palabras revelaban, no llegaba a oscurecerle la memoria. La escena de la fuente en el camino hacia el Jordán se representó a sus ojos, y recordó la sospecha que le había asaltado relativa a la fidelidad de Ester. Con igual convicción, y esforzándose en demostrar tranquilidad, repuso:

—Por complacerte, oh hija de Egipto, reconozco tu habilidad y confieso que estoy enteramente en tus manos. Podría matarte, es cierto, pero eres mujer. No

olvides, sin embargo, que el Desierto está dispuesto a recibirme, y que por más diestra que sea Roma en la caza del hombre, debería cansarse mucho antes de alcanzarme, porque en aquellas estepas hay selvas de lanzas y bosques de hogueras, y la arena es propicia al invencible partho. Preso en tus redes, blanco y juguete de tus artes, un derecho me queda todavía: ¿Quién te ha referido lo que de mí sabes? En la fuga o en el cautiverio, en la hora misma de la muerte me servirá de consuelo pensar que he dejado al traidor la maldición de un hombre que ha vivido una vida de tósigo y de hieles. ¿Quién me ha traicionado?

Artificio o expresión sincera, en el rostro de la egipcia se pintó la compasión.

—Hay en mi país, oh hijo de Hur, artistas que forman cuadros recogiendo las conchas multicolores que esparce la tempestad por la playa, desmenuzándolas y ordenando las astillas sobre tablas de mármol. ¿Ves qué enseñanzas contiene este arte para aquellos que van en busca de secretos? Bástete saber que yo recogí un cúmulo de pequeños detalles, ya de una, ya de otra persona, y que con un poco de perseverancia logré unirlos y coordinarlos, alegrándome de mi obra como puede alegrarse únicamente la mujer que llega a tener en sus manos la fortuna y la vida de un hombre...

Detúvose y volvió la cara como para ocultarle un súbitaneo acceso de emoción, y después, afectando un esfuerzo de resolución penosa, completó su frase:

—...de un hombre de quien ella misma no sabe qué hacer.

—No, esto no basta —replicó Ben Hur, insensible a aquella maniobra—, no basta. Has de decir en seguida lo que quieres hacer de mí. Mañana podría estar ya muerto.

—En efecto —dijo ella vivamente y con énfasis—. Te diré, pues, que algo he sabido por el jeque Ilderim, una noche que hablaba con mi padre en el Desierto. Era una noche tranquila, y yo podía oír a través de la

tienda sus palabras mientras escuchaba el chirrido de los pájaros, el rumor de los escarabajos y el susurro del viento.

Sonrióse, como satisfecha de la poética improvisación, y luego prosiguió:

—Otras cosillas, simples detalles que incrustar en mi cuadro, las oí de...

—¿De quién?

—Del mismo hijo de Hur.

—¿Y de nadie más?

—No.

Ben Hur exhaló un suspiro de alivio; pronunció en tono indiferente un "¡gracias!" y después dijo tranquilamente:

—No está bien hacer esperar a Sejano. El Desierto es más compasivo. De nuevo repito: "¡Paz, oh Egipto!"

Hasta aquel instante había permanecido con la cabeza descubierta, pero ahora cogió el lienzo que llevaba pendiente del brazo, y ciñéndose la cabeza, hizo ademán de marcharse. Ella le detuvo con un movimiento rápido, y en su impaciencia extendió la mano hacia él.

—¡Detente! —gritó.

Volvióse sin tocarle la bella mano, deslumbrante de joyas, y no le fué difícil comprender que el final escénico, oculto hasta entonces, iba a revelársele.

—Detente y no desconfíes de mí, oh hijo de Hur, cuando te digo que sé tu relación con el noble Arrio. Y por todos los dioses del Egipto te juro que tiemblo pensando en ti, tan bello como generoso, en poder de un ministro sin entrañas. Tú has pasado parte de tu juventud en los atrios de la gran capital: piensa en el contraste que ha de ofrecerte la vida en el Desierto. ¡Oh, sí, te compadezco, te compadezco de todo corazón! Haz todo cuanto te pida y, lo juro por la sagrada Isis, yo te salvaré.

¡Palabras insinuantes dichas en tono suplicante y a las que la belleza prestaba fascinación irresistible!

—Casi, sí, casi te creería —murmuró con voz in-

cierta Ben Hur, en cuyo pecho luchaba aún la duda con el impulso que le arrastraba a ceder.

—La vida ideal de la mujer es una vida de amor; la mayor felicidad para el hombre es vencerse a sí mismo, y esto es, oh príncipe, lo que yo te pido.

Hablaba velozmente y con inusitado calor; nunca se le había presentado más seductora.

—Tú has tenido un amigo —prosiguió—, un amigo de tu juventud. Estalló entre vosotros una discusión y os enemistasteis. Te ofendió, y después de muchos años lo encontraste en el Circo de Antioquía.

—¿Messala?

—Sí, Messala. Tú eres su acreedor. Perdona lo pasado. Vuelve a ser su amigo y restitúyete la fortuna perdida en la famosa apuesta. ¡Sálvalo! Los seis talentos son para ti una bagatela, mientras que él... ¡Ah!, él es un hombre arruinado. ¡Oh Ben Hur, príncipe magnánimo! Para un romano de su categoría la pobreza es mucho peor que la muerte. ¡Sálvalo de la miseria!

Si la rapidez de sus palabras era un simple ardid con objeto de no darle tiempo de pensar, conviene confesar que ella ignoraba, o había olvidado, que hay ciertas conmociones, sobrado independientes del pensamiento, que penetran sin previo aviso y son incommovibles. Mientras hablaba, parecióle a Ben Hur ver el rostro de Messala detrás de la egipcia, y la expresión del romano no era ciertamente la de un mendigo o la de un amigo: los labios del patricio estaban siempre prontos a la acostumbrada sonrisa sarcástica, y su mirada nada había perdido de su irritante altivez.

—La cuestión fué ya decidida entonces, y por una vez, al menos, Messala ha sido vencido. Escribiré en mi diario el gran acontecimiento: un romano ha pronunciado sentencia contra un romano. Mas dime: ¿es Messala quien te ha hecho su mensajera cerca de mí, oh Egipto?

—Su natural es noble, y al par del suyo ha juzgado el tuyo.

Ben Hur cogió la mano que se apoyaba ligeramente sobre su brazo.

—Desde el momento en que parece que tienes con él relaciones de amistad tan íntimas, contéstame, bella egipcia: ¿crees tú que él haría por mí lo que me pide que por él haga, en caso de invertirse nuestros papeles? Contéstame en nombre de la verdad.

La mano y la mirada eran tan insistentes como la voz.

—¡Oh! —dijo—, él es...

—Un romano, ibas a decir, significando con ello que yo, un judío, no puedo con él parangonarme; que yo, siendo judío, he de restituirle mis ganancias porque es romano. Si tienes algo más que decirme, date prisa, porque, por el Señor Dios de Israel, la sangre empieza a hervirme, y entonces quizá olvide que eres mujer y que eres bella. Ya no veo en ti más que a la espía de un señor doblemente odioso, porque es mi enemigo y porque es romano. Date prisa, digo.

La egipcia se deshizo de su mano, retrocediendo un paso en el círculo de luz, y concentrando en sus ojos y en su voz toda la malignidad de su naturaleza, dijo:

—¡Vil bebedor de heces, perro israelita! En tu desmedida presunción, ¿has creído que yo pudiera amarte después de haber visto a Messala? Tus semejantes han nacido para arrastrarse a sus pies. Y ahora escucha. Él se hubiera contentado con que le hubieses restituído los seis talentos; pero ahora te digo yo que a los seis tendrás que añadir veinte, veinte, ¿me entiendes bien? Uno por cada beso que le has hurtado, aunque con su permiso. Yo te he seguido con protestas de afecto, te he fingido un amor que no sentía, he soportado tu compañía largo tiempo sólo en servicio de Messala. El mercader es el administrador de tu fortuna. Si mañana, antes de medio día, no tiene orden tuya en favor de Messala por veintiséis talentos, ¡recuerda la suma!, tendrás que verte con Sejano. Medítalo. Adiós.

Y mientras se dirigía a la puerta, Ben Hur adelantósele, y cerrándole el paso, le dijo:

—¡El antiguo Egipto vive en ti! Mañana o pasado mañana, aquí o en Roma, cuando veas a Messala, llévale este mensaje mío. Dile que he recobrado todo el dinero, incluso los seis talentos, de que me despojó al confiscar mis bienes paternos; dile que, sobreviviente de las galeras a que me condenó, yo, en el pleno vigor de mis fuerzas, río su miseria y su deshonor; dile que yo creo que la enfermedad corporal que le sujeta, eterno inválido, a su poltrona, y que le deparó mi brazo, es la maldición de nuestro Señor Dios de Israel, justa recompensa a sus delitos contra los infelices y los débiles; dile que mi madre y mi hermana, que él mandó encerrar en una celda de la Torre Antonia, con el fin de que murieran víctimas de la lepra, están vivas y sanas merced al poder del Nazareno que tú desprecias; dile que, para colmar la copa de mi felicidad, han sido restituídas a mis brazos, y que en su afecto, encontré larga compensación a las impuras pasiones que tú le inspiras; dile, y esto te sirva de consuelo, oh tigre en forma de ángel, que cuando Sejano venga a despojarme, ya nada encontrará, porque la herencia que recibí del duunviro, incluso la villa de Miseno, ha sido vendida, y el precio de la venta no está al alcance de su mano, distribuída por los mercados del mundo en letras de cambio; que esta casa, sus bienes, sus mercancías, sus naves y sus caravanas, que hoy proporcionan a Simónides tan pingües ganancias, están garantizados con una salvaguardia imperial, porque una cabeza más experta que la tuya ha encontrado el precio de los favores de Sejano, y el ministro prefiere una ganancia obtenida honradamente a tesoros manchados con sangre; dile que si así no fuese, si el dinero y los bienes fuesen totalmente míos, tampoco obtendría la más mínima parte, porque aun cuando encontrase nuestras letras de cambio hebreas y obligase a sus poseedores a consignar las suyas equivalentes, otro medio me queda, un acto de donación a César, que es lo que he aprendido en los atrios

de la gran metrópoli; dile, en fin, que junto con mi desprecio no le envío mi maldición en palabras, sino que, como mejor expresión de mi eterno odio, le envío otra cosa que será para él la suma de todas las maldiciones. Y cuando él te escuche repetirle este mensaje, hija de Baltasar, su sagacidad romana le indicará lo que quiero significar. Y ahora separémonos.

Ben Hur acompañó a Iras hasta la puerta, y levantando la cortina con ceremoniosa cortesía, dejó que le precediera.

—La paz sea contigo —repitió mientras desaparecía.

CAPITULO VII

Cuando Ben Hur abandonó la estancia, su paso era menos firme que al entrar, e iba muy cabizbajo. Había descubierto que un hombre, clavado en el lecho y con el cuerpo descoyuntado, podía sacar de los negros abismos de su alma fuerzas suficientes para dañar a sus enemigos, y reflexionaba sobre este descubrimiento.

Es muy fácil, después que nos ha azotado una calamidad, volver la vista atrás y descubrir todos los hilos de la trama antes ocultos. La idea de que no había abrigado sospecha alguna de la complicidad de la egipcia en los proyectos de Messala, y de que por largo tiempo había puesto en ella ciegamente su confianza, exponiendo la propia vida y la de sus amigos, le hirió profundamente en su orgullo.

—Ahora recuerdo —decía para sí— que no tuvo ni una frase de desdén para el pérfido romano cuando éste puso en peligro su vida en la fuente de Castalia. Y recuerdo también cómo lo elogiaba aquella noche de luna en el Huerto de las Palmeras. Y... ¡ah!

Ben Hur se detuvo golpeándose violentamente la frente.

—¡Ah! El misterio de la cita en el palacio de Iderneo ya no es para mí un misterio.

La herida, justo es observarlo, sólo iba dirigida a su orgullo y a su vanidad, y por fortuna, los hombres no mueren de semejante mal, ni siquiera les causa largo sufrimiento. En el caso de Ben Hur, además, había la compensación de la reflexión, a la cual prestó oídos de improviso, exclamando:

—¡Alabado sea el cielo, que no ha permitido que esa mujer se enseñorease totalmente de mi corazón! Ahora comprendo que no la he amado nunca verdaderamente.

Y como si se hubiese aligerado de grave carga, avanzó con paso más ligero hasta la extremidad del patio, en donde terminaba la escalera que conducía a la parte superior, y empezó a subirla rápidamente. Mas al llegar al último escalón se detuvo de nuevo. ¿Podía Baltasar ser cómplice de aquella urdimbre de engaños y mentiras tejidas por su hija? No, no. La hipocresía acompaña muy raras veces a edad tan venerable como la suya. Baltasar era un hombre honrado. Con esta firme convicción llegó a la azotea. La luna brillaba en su plenitud, pero la bóveda celeste reflejaba la claridad de millares de hogueras encendidas en las calles y en las plazas de la ciudad, y en torno de las cuales resonaban los cánticos y los coros de los antiguos salmos de Israel. Aquellas tristes melodías que recreaban sus oídos tomaban palabras y significado en su ánimo y parecían decirle:

—Así, oh hijo de Judá, tributamos nuestro homenaje al Señor Dios y demostramos nuestra lealtad a la patria que nos ha dado. Venga Gedeón, venga David, venga un Macabeo, y nos encontrará dispuestos.

Y súbitamente, como en sueños, casi como una burla, se le apareció el hombre de Nazareth. La doliente y femenil imagen de Cristo le acompañó mientras cruzó la azotea hasta llegar a la balaustrada septentrional del palacio. En aquel semblante no descubría señales de guerra, sino la calma y la resignación de un tranquilo cielo sereno, sugiriéndole de nuevo la vieja y angustiosa pregunta:

—¿Qué clase de hombre es éste?

Ben Hur se asomó a la balaustrada, y después se dirigió inconscientemente al pabellón.

—Hagan lo que quieran —exclamó caminando lentamente—, yo no perdonaré al romano. Ni dividiré mi fortuna, ni siquiera abandonaré la ciudad de mis padres. Haré un llamamiento a los galileos, y en Galilea comenzaré la lucha. La fama de mis hechos heroicos atraerá en torno mío a todas las tribus. Aquel que nos dió a David y a Moisés nos dará un jefe, y si éste no es el Nazareno, será otro de los muchos que desean morir por la libertad.

El interior del pabellón hacia el cual se dirigía Ben Hur estaba escasamente iluminado, y las columnas de su lado occidental proyectaban su sombra en el pavimento. La poltrona habitualmente ocupada por Simónides estaba junto a la ventana, desde la cual se disfrutaba la más amplia vista de la ciudad hacia la plaza del Mercado.

La poltrona estaba ocupada.

—El buen hombre ha vuelto —pensó—. Le hablaré si no duerme.

Entró, y con paso ligero se aproximó a la poltrona. Asomándose por el respaldo vió a Ester dormida y envuelta con el chal de su padre. Los cabellos sueltos y en desorden caíanle sobre el rostro. Su respiración era irregular y fatigosa. Un largo suspiro que terminaba en un sollozo escapaba a intervalos de su pecho. La soledad, quizá, o los suspiros, dieron a Ben Hur la idea de que aquel sueño era más bien reposo del dolor que el descanso después de la fatiga. La naturaleza envía este consuelo a los niños, y él se había acostumbrado a considerar a Ester casi como una niña. Apoyó los brazos en el respaldo y pensó:

—No quiero despertarla. Nada tengo que decirle, nada, sino que la amo. Es hija de Judá, hermosa, ¡y qué distinta de la egipcia! Iras es todo vanidad, ambición, egoísmo; ésta es todo verdad, deber, abnegación. No, el problema no está en si yo la amo, sino en si ella me ama. Al principio era mi amiga. Aquella noche, en

la terraza de Antioquía, ¡con qué infantil entusiasmo me pedía que no me enemistase con Roma y que le hablase de mi villa de Miseno y de la vida tranquila que allí llevaba! Yo la besé entonces. ¿Puede ella haber olvidado aquel beso? Yo no lo he olvidado, no; yo la amo. Nadie sabe en la ciudad que yo he encontrado a mi familia; pero esta pequeñuela se regocijará de mi alegría y les dará la bienvenida con la mano y con el corazón. Ester será otra hija para mi madre y una hermana para Tirzah. Quisiera despertarla y decirle todas estas cosas; pero, ¡oh maldita maga de Egipto!, ¿cómo tendré valor para hablarle? No, me voy; esperaré otra ocasión mejor. ¡Duerme en paz, oh Ester, hija amorosa, flor de Judá!

Y en silencio, caminando de puntillas, abandonó el pabellón.

CAPITULO VIII

Las calles y los sitios públicos de la ciudad estaban llenos de gente que iba y venía, rodeaba cantando y dichosa sus hogueras y contemplaba los pedazos de carne que giraban en el asador. El aire estaba impregnado de olor de carne asada y del humo de la madera de cedro. Era aquel el momento en que todos los hijos de Israel se consideraban hermanos, en que la hospitalidad no conocía límites. De todas partes se dirigían invitaciones a Ben Hur.

—Detente y goza con nosotros. Todos somos hermanos en el amor del Señor.

Mas dándoles gracias con ademanes y de palabra, Ben Hur proseguía apresuradamente su camino hacia el Khan, con intento de montar en seguida a caballo y dirigirse a las tiendas del Cedrón. Su ruta le llevó a atravesar el camino que había de adquirir tan triste celebridad en el mundo cristiano. También aquí celebrábase las alegres ceremonias. Mirando hacia el fondo

vió agitarse las llamas de algunas antorchas que ondeaban al viento como gallardetes, y observó que por donde aquéllas pasaban cesaban los cantos y las risas. Su asombro llegó al colmo cuando a través del humo y de las chispas espiraleantes divisó el centelleo de lanzas y de corazas, que revelaban la presencia allí de soldados romanos. ¿Qué harían aquellos burlones legionarios en medio de aquella multitud judía? El hecho era inaudito, y Ben Hur se detuvo temblando de ira.

La luna brillaba; mas como si su luz y la de las antorchas y el resplandor de las hogueras no bastasen, algunos de la comitiva llevaban linternas. Pensando que en este hecho encontraría una explicación del enigma. Ben Hur apresuró el paso a fin de poder observar de cerca quiénes eran los que componían aquel grupo. Las antorchas y las linternas llevábanlas esclavos, armados de sendas mazas y jabalinas. El oficio de estos maceros parecía ser alumbrar el camino e indicar los obstáculos a los dignatarios que les seguían, sacerdotes y doctores, rabinos de largas barbas, de espesas cejas y de nariz aguileña, personajes influyentes en los consejos de Annás y Caifás. ¿Adónde se dirigían? No ciertamente al Templo, porque el camino de Sión, de donde parecían venir, a la sagrada morada, pasaba a lo largo del Xisto. ¿Y su objeto? No sería pacífico; de otro modo, ¿a qué la presencia de los soldados?

Mientras la comitiva pasaba, la atención de Ben Hur se fijó especialmente en tres hombres, que caminaban uno al lado de otro a la cabeza del cortejo, y precedidos inmediatamente de los porta-antorchas, los cuales parecían usar con ellos de particular deferencia. En el personaje que iba a la izquierda reconoció al jefe de los guardianes del Templo; el de la derecha era un sacerdote; el de en medio no era un hombre fácilmente clasificable, porque caminaba pesadamente, apoyándose en el hombro de sus compañeros y con la cabeza hundida en el pecho. Tenía todo el aspecto de un prisionero que no hubiese vuelto aún del espanto de su detención, o que fuese conducido a algo terrible, la tortura o la muerte.

Los dignatarios que llevaba a diestra y siniestra le ayudaban solícitamente, revelando que, si él no era personaje principal de la comitiva, tenía, por lo menos, un cargo importante en ella; quizá era un testigo, un guía, o acaso un delator.

Ben Hur, sin recatarse, se introdujo en el cortejo, caminando al lado del sacerdote. ¿Si a lo menos aquel hombre hubiese levantado la cabeza? Al fin, después de algunos pasos, se cumplió su deseo. La cabeza se levantó, descubriendo a la luz de las linternas un rostro pálido, flaco, contraído por el terror; la barba desgrefñada, los ojos apagados, hundidos, expresando la desesperación. Siguiendo de cerca al Nazareno, Ben Hur había podido conocer a los discípulos lo mismo que al Maestro; por esto, al ver aquel rostro, exclamó:

—¡El Iscariote!

El hombre volvió hacia él la cabeza lentamente, mirándole con sus grandes ojos, que se le salían de las órbitas, y sus labios se movieron como para pronunciar alguna palabra, pero el sacerdote se interpuso.

—¿Quién eres tú? Ve a tus quehaceres —dijo a Ben Hur, empujándolo con violencia.

El joven soportó el arrebato, y esperando mejor ocasión, se confundió de nuevo con la comitiva. De este modo pudo recorrer todo el camino, la atestada llanura entre la colina de Bezetha y el castillo de Antonia, hasta la Puerta de las Ovejas. Por dondequiera se encontraban grupos de personas atentas a la celebración de los ritos religiosos. Como era noche de Pascua, los postigos de la puerta estaban abiertos. Los guardianes brillaban por su ausencia, y el cortejo pasó libremente. Ante la puerta se extendía el profundo barranco del Cedrón, sombreado por el monte Olivete, con sus bosques de cedros y de olivos negros, que se destacaban siniestramente sobre el cielo, iluminado por la luna. Dos caminos confluían a la puerta, uno hacia el Noroeste y el otro con dirección a Bethania. Antes de que Ben Hur tuviera tiempo de comprender si la comitiva se detendría, o en caso de proseguir, cuál de los dos cami-

nos tomaría, fué por ella dirigido hacia el valle. Ningún indicio revelaba el objeto de la excursión misteriosa.

Ya en el barranco, la comitiva cruzó el puente, con las antorchas llameantes y las ferradas mazas, moviendo gran rumor de pasos; después dobló hacia la izquierda, con dirección a un huerto de olivos circundado por un blanco muro. Ben Hur sabía que aquel era un lugar desierto. En el suelo había algunos nudosos troncos y una gran piedra triangular, que usaban los campesinos para sacar el aceite de las aceitunas. Mientras pensaba, lleno de asombro, qué podrían buscar aquellos hombres en aquel lugar, todos se detuvieron. Los cabezas de la comitiva hablaban acaloradamente; el pánico se apoderó de los que les seguían; produjéronse una confusión y un retroceso generales; sólo los soldados permanecieron firmes en sus sitios.

Ben Hur, desenredándose súbitamente de la comitiva, adelantóse a ella y se encontró ante una puerta cuyo cancel había sido derribado. Con mirada rápida dominó la escena. En medio del huerto había un hombre vestido de blanco, con la cabeza descubierta, cruzadas las manos sobre el pecho, una figura delgada y encorvada, con largos cabellos y descarnado semblante, en actitud resignada y expectante. ¡Era el Nazareno! Detrás de él, agrupados, estaban sus discípulos, que parecían ser presa de grande agitación. Él, por el contrario, estaba tranquilo. La luz de las antorchas iluminaba su semblante y daba a sus cabellos un color más rojizo que el natural; pero la expresión de su cara era, como siempre, bondadosa y compasiva. En presencia de esta triste aparición estaba la gentuza muda, humillada, atemorizada, pronta a volver las espaldas y a huir a la primera señal de ira. De ella a Él, de Él a Judas Iscariote, Ben Hur dirigió con rapidez sus ojos: todo lo comprendió. Allí estaba el traidor, aquí el vendido, y esos esclavos con antorchas y mazas y esos legionarios eran los encargados de prenderle.

Nadie puede decir anticipadamente lo que hará en de-

terminada circunstancia. Esta era la ocasión por Ben Hur tan esperada y para la cual se había preparado por espacio de tantos años. El hombre cuya causa había seguido y sobre cuya existencia había levantado tan soberbio edificio, estaba en peligro; sin embargo, también estaba perplejo. ¿Qué contradicciones existen en la humana naturaleza! Por otra parte, aquella misma tranquilidad con que el misterioso Ser desafiaba a la turba y la tenía subyugada, persuadía a Ben Hur de la presencia de una fuerza superior y secreta, en la cual debía el vendido tener toda su confianza. Paz, amor y abnegación habían formado la esencia de las doctrinas del Nazareno; ¿es que ponía en práctica sus enseñanzas? Era el Señor de la vida, podía quitarla y devolverla a voluntad: ¿qué uso haría entonces de semejante fuerza? ¿Se defendería? ¿Y cómo? Una palabra, un suspiro, un pensamiento bastaban. En la segura confianza que abrigaba de que iba a asistir a una manifestación asombrosa de aquel poder, Ben Hur aguardó inmóvil. Y a todo esto sólo pensaba en su Maestro como hombre y lo media con el rasero de los propios sentimientos.

La voz de Cristo resonó clara y distinta:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazareth —repuso el sacerdote.

—Yo soy.

Estas dos sencillas palabras las profirió con majestad tan imponente, tan divina, que aquellos hombres cayeron aterrados. Acaso le hubieran dejado estar y se hubieran alejado si Judas no se hubiese acercado a El.

—¡Salve, Maestro!

Y tras este saludo amistoso, le besó.

—¡Judas! —dijo el Nazareno con dulzura—. ¿Tú vendes al Hijo del hombre con un beso? ¿Por qué has venido?

Mas como no recibiera respuesta, el Maestro se dirigió de nuevo a la turba:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazareth.

—Ya os he dicho que Yo soy. Si me buscáis sólo a Mí, dejad que éstos partan tranquilamente.

A estas palabras los rabinos se adelantaron, y adivinando sus propósitos, algunos de los discípulos, por quienes había intercedido, le rodearon; uno de ellos cortó la oreja a uno de los aprehensores, sin por esto libertar al Maestro. ¡Y Ben Hur no se movió! No. Ni siquiera cuando los soldados prepararon las cuerdas para atar al Nazareno, y éste cumplió el acto sublime de caridad, ¡ay! uno de los últimos de su vida.

—No sufras más —dijo al herido.

Y lo sanó con el contacto de su mano.

Amigos y enemigos miráronse asombrados: unos, de que pudiese realizar aquel milagro; otros, de que lo hiciese en aquellas circunstancias.

—Seguramente no permitirá que le aten —pensó Ben Hur.

—Vuelve tu espada a su vaina: el cáliz que mi Padre me envía, ¿no deberé apurarlo hasta las heces?

Y después de hablar así al discípulo que le había defendido, volvióse a sus aprehensores.

—¿Por qué habéis salido a mi encuentro como al de un ladrón, armados de espadas y de palos? Todos los días he estado entre vosotros en el Templo, y no me habéis detenido. Mas esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas.

La turba cobró animos y rodeó al Maestro, y cuando Ben Hur volvió los ojos en busca de sus fieles, habían ya desaparecido: ni uno solo había quedado. Alrededor del Hombre abandonado se agitaba la turba inquieta, rumorosa, atareada. A intervalos, por entre las antorchas y el humo y el mar movedizo de cabezas, podía ver al prisionero, y sentía en su corazón inmensa piedad hacia aquel Hombre sin amigos y abandonado. “Y sin embargo, pensaba él, ese Hombre podía defenderse, podía aniquilar con una mirada a sus enemigos, y no había querido usar de aquel poder. ¿Cuál era el cáliz que su Padre le había entregado para que lo apurase? ¿Y

qué Padre era ése a quien se debía tamaña obediencia? ¡Misterio tras misterio!”

Cuando la turba se dispuso a regresar a la ciudad, los soldados se colocaron a la cabeza de la comitiva. Ben Hur estaba inquieto, descontento de sí mismo. Sabía que allí donde las antorchas eran más compactas se encontraba el Nazareno. Deseaba ir a hablarle, a hacerle una pregunta. Despojándose del largo sobrehábito y del lienzo de la cabeza, que arrojó detrás de la pared del huerto, fué en seguimiento de la comitiva y se mezcló entre ella. Abriéndose camino con fatiga, llegó junto al hombre que sujetaba los extremos de la cuerda con que estaba atado el prisionero. El Nazareno caminaba despacio, con la cabeza inclinada, las manos anudadas detrás de la espalda; los cabellos caían en desorden sobre su rostro, y caminaba más encorvado que de ordinario. En apariencia, no paraba mientes en cuanto a su alrededor pasaba. Precedíanlo a algunos pasos los sacerdotes y patriarcas, que hablaban animadamente entre ellos y a intervalos volvían atrás la vista. Cuando llegaron al puente que franquea el barranco, Ben Hur cogió la cuerda de manos del esclavo y se acercó al Nazareno.

—¡Maestro, Maestro! —murmuró apresuradamente—. ¿Me oyes, Maestro? Una palabra, una palabra. ¡Habla!

El hombre de la cuerda hacía esfuerzos por recobrarla.

—Dime —prosiguió Ben Hur—, ¿sigues a esos hombres voluntariamente?

La turba le rodeaba iracunda y ensordecíales con sus gritos.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

—¡Oh, Maestro! —continuó Ben Hur con voz sumamente angustiada—. Yo soy amigo y seguidor tuyo. Dime, te lo ruego: si te presto ayuda, ¿la aceptarás?

El Nazareno no levantó la cabeza ni dió señales de haberle oído. Pero una voz le decía a Ben Hur, justificando este silencio:

—Déjale estar: sus amigos le han abandonado; el mundo ha renegado de él; en la amargura de su corazón ha querido despedirse de los hombres; va hacia un fin ignorado, y no le importa conocerlo. Déjale estar.

Ben Hur tuvo que desistir. Una veintena de puños le amenazaban por todos lados. La gentuza aullaba:

—Es uno de sus amigos. Apaleadle. Matémosle.

La ira acrecentó la fuerza de Ben Hur, el cual, deshaciéndose con violencia de las manos que le sujetaban, hizo vigorosamente un molinete con el puño, logrando así escapar de la turba que por doquiera le asediaba. Con la túnica despedazada, casi desnudo y bañado en sudor, pudo desaparecer por el torrente, que, ocultándole con sus sombras amigas, le ofreció de momento asilo y salvación.

Cuando el peligro hubo desaparecido, Ben Hur fué en busca del sobrehábito que había dejado en el huerto y se dirigió a la ciudad, a su Khan, de donde, haciéndose ensillar el caballo, partió con dirección a las tiendas levantadas junto a las tumbas reales. Proponíase volver a ver al Nazareno el siguiente día; proponíase, ignorando que el pobre abandonado había sido llevado inmediatamente al palacio de Hannás para ser juzgado aquella misma noche.

El corazón del joven estaba tan acongojado, que, cuando se tendió sobre su lecho, no pudo en muchas horas conciliar el sueño; verdaderamente, la restauración del reino de Israel volvía a ser lo que siempre había sido: solamente un sueño. Terrible cosa es ver cómo los edificios levantados por nuestra esperanza se derrumban unos tras de otros, sin dar tiempo al alma de recobrase, ni al oído de olvidar el estrépito de la primera ruina; pero cuando todos se derrumban a la vez, como naves que se sumergen, como casas sacudidas por el terremoto, el espíritu que sabe sobrellevar con calma el desastre, está dotado de un temple superior al común, y Ben Hur no era de este número. Fijando sus miradas en el porvenir, comenzó a entrever los cuadros de una vida plácidamente hermosa, con un tranquilo

hogar en lugar de un palacio real, y con Ester por esposa. Varias veces en el transcurso lento de las horas nocturnas pensó en su quinta de Miseno, representándose la figura de su bella compañera paseando por los soberbios atrios romanos, por los florecientes senderos, por la ribera del azulado mar, bajo la bóveda del sereno cielo de Nápoles. En una palabra: una nueva crisis conturbaba a Ben Hur, crisis que sólo podía resolverse al siguiente día, cuando fuese al encuentro del Nazareno.

CAPITULO IX

Muy cerca de la hora segunda, dos hombres llegaron a galope a la tienda de Ben Hur, y apeándose, solicitaron hablarle. No se había aún levantado, pero dió orden de que les hiciesen entrar.

—La paz sea con vosotros, oh hermanos —dijo al reconocer a dos de sus más fieles oficiales galileos—. Sentaos.

—No —dijo bruscamente el más anciano—. Sentarse equivale a dejar morir al Nazareno. Levántate, oh hijo de Judá, ven con nosotros. La sentencia ha sido pronunciada. El árbol de la cruz se levantará hoy en el Gólgota.

Ben Hur abrió los ojos asombrado.

—¡La cruz!

Fué todo cuanto pudo decir de momento.

—Anoche lo prendieron y lo procesaron —prosiguió el anciano—. Al rayar el alba lo condujeron ante Pilatos: el romano ha negado su culpabilidad por dos veces, y por dos veces se ha resistido a condenarlo. Mas finalmente, se lavó las manos y les dijo: “La responsabilidad es vuestra.” Y ellos contestaron...

—¿Quiénes?

—Ellos, los sacerdotes y el pueblo: “Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.”

—¡Santo Padre Abraham! —exclamó Ben Hur—. ¿Un romano más benigno con un judío que sus compatriotas? Y si ¡ah!, si Él fuese verdaderamente el Hijo de Dios, ¿quién lavará a sus hijos de esa sangre? No puede ser: ha llegado el momento de luchar.

Pintóse la resolución en su semblante, y dió una palmada.

—¡Pronto! ¡Los caballos! —gritó al árabe que se presentó.— Y dile a Amrah que me envíe ropa y la espada al mismo tiempo. ¡Es tiempo de morir por Israel, amigos! Esperadme afuera.

Comió un pedazo de pan, bebió una taza de leche y salió.

—¿Adónde iremos? —preguntó el galileo.

—A reunir las legiones.

—¡Ay! —repuso el hombre juntando las manos.

—¿Qué ha sucedido?

—Maestro —dijo el hombre vergonzosamente—, yo y mi amigo somos los únicos que hemos permanecido fieles. Los demás han seguido a los sacerdotes.

—¿Con qué fin? —preguntó Ben Hur, deteniendo el caballo.

—Para matarlo.

—¿Al Nazareno?

—Tú lo has dicho.

Ben Hur miró consecutivamente a sus amigos. Le parecía volver a oír las palabras de la pasada noche: “El cáliz que mi Padre me envía, ¿no deberé apurarlo hasta las heces?” Y las que él dirigía en voz baja al Nazareno: “Si te presto ayuda, ¿la aceptarás?” Entonces vieron sus ojos con toda claridad. Su muerte estaba decidida. Aquel hombre la había previsto y había ido a su encuentro, con plena conciencia, desde el primer día de su misión. Dios se la había impuesto, y Él la había espontáneamente aceptado; ¿qué podían hacer para impedirla los hombres? Con infinita amargura pensó en la aniquilación de sus designios, en la traición de los galileos. ¿No era casual que ocurriese aquella misma mañana? Un sentimiento de temor se apode-

ró de él. ¿Era posible que todo su trabajo, los tesoros gastados, los sufrimientos, hubiesen sido sólo para luchar impiamente contra la voluntad divina? Cuando empuñó de nuevo las riendas y dijo: “¡Adelante, hermanos!”, no descubría en su horizonte más que la duda y la inseguridad. Sus facultades se habían obstruído y no sabía tomar una resolución.

—¡En marcha, hermanos! Vayamos al Gólgotha.

Por el camino encontraron grupos de personas que agitadamente se dirigían, como ellos, hacia el Sur. En todo el cuartel occidental de la ciudad reinaba excitación y efervescencia insólidas. Habiendo oído decir que el cortejo con el reo pasaría por junto a las grandes torres blancas construídas por Herodes, los tres amigos tomaron aquella dirección, pasando al Sudoeste de Askra. En el valle que hay debajo del estanque de Ezequías la multitud era tan compacta, que no pudiendo abrirse camino, tuvieron que apearse y que refugiarse tras de la esquina de una casa. Parecía que se encontraban a orillas de un río contemplando la corriente que pasaba: tanta era la afluencia del pueblo.

En el primer libro de esta narración hay algunos capítulos que se escribieron con la intención de dar al lector una idea de los elementos que componían la nación judía en los tiempos de Jesucristo y en previsión también de la presente escena. Así, quien los haya leído atentamente, puede representarse el espectáculo que se ofrecía a Ben Hur, el espectáculo de todo un pueblo que acompañaba a un hombre al suplicio.

Por espacio de media hora la corriente pasó por delante de Ben Hur y de sus compañeros, incesante, varía, rumorosa. Con razón hubiera podido decirse: “He visto todas las castas de Jerusalén, todas las sectas de Judea, todas las tribus de Israel, todas las naciones de la tierra.” Hebreos de la Libia, hebreos de Egipto, hebreos de Antioquía y del Rhin, de todos los países orientales y occidentales, desfilaron sin tregua, a pie, a caballo, sobre camellos, en literas, en carruajes, con infinita variedad de trajes y al propio tiempo con aquel asom-

broso parecido fisonómico que es aún el distintivo de los hijos de Israel, desparramados por todas las regiones del mundo, bajo climas y en ambientes diversos; desfilaban hablando en todas las lenguas conocidas, presurosos, ansiosos, atropellándose, y todos a fin de ver morir al pobre Nazareno, crucificado como un malhechor.

Mas no todos eran hebreos. A engrosar la multitud venían millares de griegos, romanos, árabes, siríacos, africanos, egipcios y persas; de modo que, estudiando aquella masa, parecía que todo el mundo estuviese en ella representado y quisiese presenciar la crucifixión.

La muchedumbre desfilaba extrañamente silenciosa. El pisar de los caballos, el rumor de ruedas y alguna exclamación aislada eran los únicos sonidos que se percibían por entre el sordo rumor de aquella inmensa masa movediza.

Los semblantes de todos reflejaban la impresión de hombres que esperan presenciar un terrible espectáculo, una catástrofe imprevista, una calamidad ignorada. Y por estas señales juzgó Ben Hur que se trataba de forasteros llegados a la ciudad con motivo de la Pascua, ajenos a la condenación del Nazareno, amigos suyos probablemente. Por fin, en dirección de las grandes torres, Ben Hur oyó, primero débil a causa de la distancia, después más fuerte, el clamoreo de muchos hombres.

—¡Atención! Ya vienen —dijo uno de los galileos.

El pueblo detúvose a escuchar; pero cuando aquellas voces se oyeron más de cerca, se miraron aterrados unos a otros y prosiguieron temblorosos su camino. El vocerío iba en aumento y ensordecía el aire. De pronto Ben Hur vió a los siervos de Simónides avanzando con su señor en un sillón, y a Ester caminando a su lado. Seguía una litera cubierta.

—La paz sea contigo, Simónides, y contigo, Ester —dijo Ben Hur corriendo a su encuentro—. Si vais con dirección al Gógotha, deteneos hasta que haya pasa-

do el cortejo, y yo os acompañaré. Aquí a la sombra de esta casa podréis reposar.

El mercader llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Dilo a Baltasar —repuso—; su querer será el mío. Está en la litera.

Ben Hur se apresuró a levantar las cortinas; el egipcio yacía en ella con el rostro demacrado y pálido como el de un cadáver. Ben Hur repitióle la invitación que había hecho a Simónides.

—¿Podremos verle? —preguntó con voz tenue.

—¿Al Nazareno? Sí; pasará muy cerca de nosotros.

—¡Oh, Señor! —exclamó ardorosamente el anciano—. ¡Permitidme que le vea otra vez, una vez todavía! ¡Oh, qué día más terrible para el mundo!

Pocos momentos después la comitiva se había acomodado detrás de la esquina de la casa. Pocas palabras hablaron. Baltasar salió fatigosamente de la litera, y permaneció en pie con el apoyo de un siervo. Ester y Ben Hur se colocaron junto a Simónides. Mientras tanto el desfile proseguía, si es posible, más denso que al principio. Los gritos resonaban próximos, agudos, crueles, burlones. Por fin llegó el cortejo.

—Mira —dijo Ben Hur con amargura—. La gente que ahora viene representa a Jerusalén.

Abría el cortejo un ejército de niños aullando y vociferando: “¡El Rey de los judíos! ¡Paso, paso al Rey de los judíos!”

Simónides les miró y dijo con voz grave:

—Cuando éstos sean hombres, oh hijo de Hur, ¡qué desgracia para la ciudad de Salomón!

Una escolta de legionarios, vistiendo brillantes armaduras, seguía en apretadas filas, tranquilos e indiferentes.

Después venía el Nazareno. Era casi cadáver. A cada paso vacilaba como si fuese a caer. Sobre su sencilla túnica gris pendía por la espalda una veste manchada y hecha jirones. Los pies desnudos dejaban huellas sanguinolentas sobre las losas. De su cuello pendía

una tablilla con una inscripción y oprimía sus sienes una corona de espinas, que cuando se la hincaron le produjo crueles heridas, de las cuales manaba a hilos la sangre, que ahora, coagulada, ensuciábale el rostro y el cuello. La piel, allí donde podía verse, tenía una palidez espectral. Iba maniatado. Un campesino le ayudaba a llevar la cruz, bajo el peso de la cual había caído momentos antes.

Cuatro soldados le custodiaban para librarlo de la gentuza, que, a pesar de ello, se abrió paso a intervalos hasta El, hiriéndole con bastones y escupiéndole. De sus labios no salía ni una exclamación de ira, ni una queja. Cuando pasó por delante de Ben Hur y de sus amigos, levantó los ojos. Ester se abrazó a su padre; éste se estremeció; Baltasar cayó al suelo, sin poder articular palabra. Sólo Ben Hur gritó: "¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!" Entonces, como si adivinase sus sentimientos o hubiese oído la exclamación, el Nazareno volvió su demacrado rostro hacia él y posó sus ojos consecutivamente en los que formaban aquel grupo. Aquella mirada quedó esculpida en sus corazones por toda la vida. Veían que se acordaba de ellos, no de El, y que sus ojos moribundos expresaban la bendición que no podían proferir sus labios.

Simónides exclamó:

—¿Dónde están tus legiones, hijo de Hur?

—Pregúntalo a Hannás: él puede contestarte mejor que yo.

—¡Qué! ¿Infieles?

—Todos, menos esos dos.

—¿Entonces todo está perdido y ha de morir ese buen Hombre?

El rostro del mercader se contrajo nerviosamente y su cabeza volvió a inclinarse sobre su pecho. Había tenido su parte en la obra de Ben Hur, y como éste, experimentaba toda la angustia ante la ruina del común edificio.

Otros dos hombres seguían al Nazareno, llevando también sendas cruces.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Ben Hur a los galileos.

—Ladrones, condenados a morir con el Nazareno —contestaron.

Después iba un personaje revestido con los ricos hábitos de primer sacerdote, la mitra sobre su cabeza, rodeado de los guardianes del Templo, y detrás de él, en grupos, los individuos del Sanhedrín, y un largo séquito de sacerdotes con sencillas túnicas blancas y mantos multicolores.

—El yerno de Hannás —murmuró Ben Hur.

—¿Caifás? Le he visto —repuso Simónides.

Y añadió, después de una pausa, durante la cual había examinado al orgulloso pontífice:

—Ahora estoy convencido. Con la seguridad que proviene de la conciencia iluminada, con absoluta certeza sé ahora que Aquel que los precede a todos es lo que la inscripción que pende de su cuello le proclama: *¡Rey de los judíos!* Un hombre vulgar, un impostor, un malhechor, jamás ha sido llevado a la muerte con semejante séquito. Porque mira: aquí están las naciones, Jerusalén, Israel, aquí el éfodo, aquí el manto azul con orla de oro y los ornamentos no vistos en la calle desde el día en que Jaddua fué al encuentro del macedón: todo prueba que el Nazareno es Rey. ¡Oh, si pudiese levantarme y seguirle!

Ben Hur le escuchaba asombrado; de pronto, Simónides prosiguió impaciente:

—Habla a Baltasar, te lo ruego, y vayámonos. Ahora viene la hez de Jerusalén.

Entonces Ester dijo:

—Yo veo algunas mujeres que se adelantan llorando. ¿Quiénes deben ser?

Siguiendo la indicación de su mano, vieron cuatro mujeres deshechas en llanto; una de ellas se apoyaba en el brazo de un hombre muy parecido al Nazareno. Ben Hur contestó:

—Aquél es el discípulo predilecto del Nazareno, y

la que se apoya en su brazo es María, Madre del Maestro; las otras son galileas amigas.

Ester siguió el triste grupo con los ojos llenos de lágrimas, hasta que la multitud se lo ocultó.

No crea el lector que el anterior diálogo era sostenido en medio del mayor silencio; por el contrario, las palabras eran pronunciadas en voz alta, como de gente que habla en alta mar cuando las olas chocan espumeantes contra los escollos. Sólo a este ruido puede compararse el clamoreo de la multitud.

La manifestación era una muestra de aquellos tumultos que, treinta años más tarde, bajo el dominio de las facciones, habían de conturbar la ciudad santa: era numerosa lo mismo que aquéllos, y sus elementos más bulliciosos eran los mismos esclavos, camelleros, hortelanos, carreteros, vendedores ambulantes, taberneros, prosélitos y forasteros no prosélitos, guardianes y operarios del Templo, ladrones, pilletes y centenares de personas no pertenecientes a ninguna profesión fija, lícita o ilícita, que engrosan siempre una multitud como ésta, gente salida de no se sabe dónde, hambrienta, exhalando hedor de tumbas y de cavernas; miserables medio desnudos, de cabellos desgrefñados, de siniestros rostros, con bocas dilatadas, de las que salían aullidos salvajes parecidos al rugir de las fieras. Algunos iban armados con espadas, la mayoría blandían lanzas y jabalinas, y no faltaban armas de otro género: mazas, bastones, puñales y hondas. Entre esa masa abyecta aparecían de cuando en cuando personajes de alto porte, escribas, doctores, rabinos, fariseos austeros, saduceos ricamente vestidos, que de momento parecían ser los jefes y directores de la plebe. Si alguna boca se cansaba de dar un grito, ellos inventaban en seguida otro nuevo; si algún pulmón de bronce dejaba de aullar, ellos eran los que le daban nuevos bríos; sin embargo, aquel clamoreo tan terrible y ensordecedor lo producía la repetición de pocas sílabas: "¡Rey de los judíos!" "¡Paso al Rey de los judíos!" "¡Abajo el destructor del Templo!" "¡Crucifícale, crucifícale!"

Este último era el grito más estentóreo y más general, pues era el que mejor resumía el odio del pueblo contra el Nazareno.

—Ven —dijo Simónides cuando Baltasar estuvo dispuesto—; ven, prosigamos.

Ben Hur no oyó estas palabras. El aspecto de aquella parte de la comitiva que desfilaba entonces, su brutalidad, su sed de sangre, le recordaban el Nazareno, su dulzura y los muchos actos de caridad que le había visto practicar en pro de los infelices y de los pacientes. De pensamiento en pensamiento, recordó la propia deuda de gratitud que contrajo con aquel Hombre en la ocasión en que él, joven aún, escoltado por los legionarios romanos, era llevado a un suplicio que suponían no menos cierto y terrible que el de la cruz: el sorbo de agua en la fuente de Nazareth y la divina expresión del rostro que se lo ofreció; más tarde, el milagro del Domingo de Ramos. A vista de estos recuerdos, la propia impotencia para prestar ayuda a su Bienhechor le hirió amargamente y empezó a dirigirse mil recriminaciones. El no había hecho todo lo que le hubiera sido posible; habría podido vigilar a sus galileos, mantenerlos fieles y dispuestos, y este, ¡ah!, este era el momento del castigo. Una carga bien dada no hubiera entonces solamente dispersado la plebe y liberado al Nazareno, sino que habría sido la señal del levantamiento de Israel y habría precipitado la soñada guerra de independencia diferida por tanto tiempo. La ocasión estaba escapándose; los minutos volaban, y una vez perdida...

—¡Dios de Abraham! ¿Nada puede hacerse? ¿Nada?

En esto descubrió un grupo de sus galileos. Cruzando por entre la multitud, llegóse a ellos.

—Seguidme —dijo—. necesito hablaros.

Los galileos obedecieron, y cuando estuvieron al resguardo de la esquina, díjoles:

—Vosotros sois del número de los que yo armé y juraron luchar conmigo por la libertad y por el Rey que había de venir. Lleváis la espada al cinto, y el momen-

to de esgrimirla ha llegado. Id, buscad por dondequiera, convocad a vuestros hermanos, y decidles que se congreguen al pie del árbol de la cruz que están disponiendo para el Nazareno. ¡Pronto, id! El Nazareno es el Rey, y la libertad perecería con El.

Los galileos le miraron respetuosamente, pero no se movieron.

—¿Habéis oído? —les gritó.

Uno de ellos le repuso:

—Hijo de Judá (le conocían bajo este nombre), hijo de Judá, tú has sido víctima de un engaño, lo mismo que nosotros, a quienes has armado. El Nazareno no es el Rey, ni tiene ánimo de Rey. Nosotros estuvimos con El el día en que entró en Jerusalén; le vimos en el Templo, y se engañó a sí mismo, a nosotros y a Israel: en la puerta Magnífica volvió las espaldas al Señor y rehusó el trono de David. No es Rey, y la Galilea no está con El. ¡Muera, pues! Mas, óyeme, hijo de Judá. Nosotros conservamos las espadas y estamos prontos a desenvainarlas por la causa de la libertad. Te esperamos junto al árbol de la cruz.

Ben Hur comprendía que aquel era el momento supremo de su vida. Si hubiese aceptado este ofrecimiento y pronunciado una palabra, la historia de Judea, y quizá del mundo, habría sido otra; pero hubiera sido historia hecha por los hombres y no ordenada por Dios, algo que no podía ser, que no será nunca.

Apoderóse de él una turbación extraña, de que no supo darse cuenta, pero que más tarde atribuyó al Nazareno; porque así que hubo resucitado, comprendió cuán necesaria había sido su muerte para la fe en la resurrección, sin la cual la religión cristiana sería aún hoy una palabra vana. Esta turbación le privó de la facultad de recoger sus pensamientos, de tomar una decisión: se sintió inepto y débil, casi sin palabra. Cubriéndose el rostro con las manos, se estremeció, mientras su lacerado espíritu sostenía terrible lucha entre el deseo de aceptar el ofrecimiento de los galileos y la fuerza oculta que se lo impedía.

—Ven, te esperamos —dijo por cuarta vez Simónides.

Instintivamente se puso en marcha, siguiendo al sillón y a la litera. Ester caminaba a su lado. Como Baltasar y sus dos amigos, los tres Reyes Magos, al acudir años antes a la entrevista del Desierto, una mano ignota le dirigía.

CAPITULO X

Cuando la comitiva: Baltasar, Simónides, Ben Hur, Ester y los dos fieles galileos, llegó al lugar de la crucifixión, Ben Hur iba a su cabeza guiándola. Cómo pudo abrirse camino a través de la densa masa del pueblo exaltado, no lo supo nunca, ni supo tampoco qué camino había seguido. Caminaba inconscientemente, sin ver, sin oír, sin fijarse en lo que a su alrededor pasaba, sin el menor asomo de un propósito en su mente. Un niño no hubiera hecho menos para impedir el terrible delito que acudía a presenciar. Los designios de Dios son siempre ocultos y a veces incomprensibles, y asimismo los medios que emplea para realizarlos.

Ben Hur se detuvo; los que le seguían hicieron lo mismo. Como se levanta el telón delante de los espectadores, así le abandonó la soporífera nube que le envolvía, devolviéndole la clara percepción de las cosas.

Sobre la cima del monte, redondeada como un cráneo, había un espacio abierto, árido, polvoriento, sin huellas de vegetación. Limitaba esta meseta una compacta valla humana, detrás de la cual se agitaba una multitud turbulenta y curiosa. Un cordón de soldados romanos, colocados en cuadro, impedía la aproximación de aquel muro exterior. Un centurión vigilaba a los soldados; Ben Hur había sido empujado contra aquel muro, y allí permanecía con el rostro vuelto hacia Occidente.

Aquella colina era el Gólgota de los antiguos cal-

deos, Calvario en latín y en castellano. Sus vertientes, con todas las hendeduras y salientes de su suelo, presentaban extraño aspecto. Adondequiera que Ben Hur volvía los ojos, ni un palmo de tierra, ni una brizna de hierba, solamente un mar agitado de semblantes humanos. Había allí tres millones de seres, y tres millones de corazones latían bajo sus pechos. Todos tenían los ojos vueltos con apasionado interés hacia la escena que se desarrollaba sobre la colina. Indiferentes por lo que respecta a los ladrones, estaban atentos a la figura del Nazareno, objeto de odio, de temor y de curiosidad. ¡El, que a todos les abrazaba con su amor y que estaba a punto de morir por todos!

El espectáculo de una gran congregación de personas tiene la misma fascinación extraordinaria que ejerce en nosotros el mar tempestuoso. Sin embargo, Ben Hur dirigió sólo una rápida mirada a la multitud, concediendo toda su atención a lo que sucedía en el espacio abierto más arriba descrito. Encima de la colina, descollando sobre el muro viviente que le rodeaba, estaba el primer sacerdote, que se distinguía de los demás por su mitra, por sus ricas vestiduras y por su aire orgulloso. Más elevado aún, se veía al Nazareno, encorvado y paciente, pero silencioso. Un soldado mofador, añadiendo la ironía a la corona de espinas, le había hincado en las manos una vara a modo de cetro. El clamoreo de aquellos millares de personas llegaba a él como oleada rompiéndose contra un escollo. De todas partes le llovían risas, aullidos, maldiciones, y todas las miradas estaban en él fijadas.

Fuese efecto de la compasión que sentía despertársele, o bien de otro sentimiento, Ben Hur advirtió que en su interior se efectuaba una transformación. Más clara y más nítida a medida que la consideraba, comenzaba a alborear en su mente la percepción de alguna cosa más grande y mejor que esta existencia, de un no sé qué más elevado que podía dar a un cuerpo débil la fuerza para soportar las mayores agonías, así físicas, como morales, y para hacer aceptable la muerte

misma, quizá otra vida más pura que ésta, quizá aquella otra vida espiritual en que Baltasar creía. Este concepto se abría en él camino al mismo tiempo que aquel otro corolario suyo de que, después de todo, la misión del Nazareno era señalar a sus seguidores los límites que les separaban del reino celestial. Entonces, como recuerdo que sale confuso de olvidadas profundidades, le pareció oír por los aires las palabras del Nazareno: YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA; palabras que seguían resonando en sus oídos, que tomaban forma y consistencia y que adquirirían nueva significación. Y así como los hombres repetimos una pregunta para mejor apreciar y fijar su importancia, Ben Hur preguntó, viendo sobre el monte la figura encorvada bajo el peso de la cruz: "¿Quién es la Resurrección? ¿Quién es la Vida?" —Yo soy —parecía contestarle la figura; y súbitamente se difundió en su corazón una paz inefable, una paz que no había sentido nunca, la paz que pone término y desvanece toda duda y todo misterio, y que es principio de una fe nueva, de un conocimiento más claro. El rumor de los martillazos sacó a Ben Hur de ese estado de éxtasis. En la cumbre del monte vió lo que antes habíale pasado inadvertido: algunos soldados y operarios que preparaban las cruces. Los agujeros para recibirlas estaban ya terminados, y ahora aseguraban con clavos los travesaños.

—Ordena a esos hombres que se apresuren —dijo al centurión el primer sacerdote—. Este (y señaló al Nazareno) ha de estar muerto y sepultado antes del crepúsculo, a fin de que no sea profanada la tierra. Así lo dispone la ley.

Movido a compasión, un soldado se acercó al Nazareno y le ofreció agua; mas El se negó a beberla. Poco después, otro le descolgó del cuello la tablilla con la inscripción y la clavó en lo más alto de la cruz. Los preparativos habían terminado.

—Las cruces están dispuestas —dijo el centurión al pontífice.

Y éste, acompañando las palabras con un ademán, dijo:

—Venga primeramente el blasfemo. El hijo de Dios sería aún capaz de escapársenos. Lo veremos.

El pueblo, que había seguido los preparativos con interés visible, y que hasta entonces había asaltado la colina con continuado clamor de gritos y silbidos, enmudeció repentinamente. La parte más terrible del suplicio iba a comenzar: los reos habían de ser clavados en las cruces. Cuando los soldados cogieron al Nazareno con este objeto, un temblor invadió a la multitud, y aun los más embrutecidos demostraron un sentimiento de terror. Algunos atribuyeron después este temblor a un enfriamiento repentino del aire.

—¡Qué tranquilo está! —dijo Ester a su padre, ciñéndole el cuello con los brazos.

Recordando la tortura a que había sido sujeto, el anciano apretó contra su pecho a su hija, diciendo con voz trémula:

—¡No mires, Ester, no mires! Acaso todos los que presenciamos esta escena, los inocentes lo mismo que los culpables, seremos malditos desde este momento.

Baltasar cayó de rodillas.

—Hijo de Hur —exclamó Simónides con agitación creciente—; hijo de Hur, si Jehová no se apresura a extender su mano, Israel, todos, estamos perdidos.

Ben Hur contestó con calma:

—Simónides, acabo de despertar de un sueño, y como en sueños he sabido por qué esto se cumple y por qué debe cumplirse: es voluntad del Nazareno, es la voluntad de Dios. Sigamos el ejemplo del buen egipcio, y oremos en silencio.

Y cuando levantó los ojos hacia la colina, de nuevo le llegaron a través del aire sosegado las palabras: YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA. E inclinó reverentemente la cabeza como delante de alguien que le hablase.

Mientras tanto, en la cima del monte se proseguía trabajando. Un guardia arrancó las vestiduras al Nazareno, dejándolo desnudo en presencia de los millones

de espectadores escalonados en el Gólgota. Las huellas de los azotes que había recibido aquella mañana marcábanse sanguinolentas sobre su espalda. Sin compasión fué arrojado al suelo y brutalmente tendido sobre la cruz, estirándole los brazos sobre los travesaños; los clavos eran agudos, y pocos martillazos bastaron para que horadasen sus manos; después le doblaron las rodillas hasta que las plantas de sus pies reposasen sobre el árbol, y colocándole un pie sobre otro, con un solo clavo sujetáronlos ambos en él. El sordo rumor de los martillazos se oía a gran distancia en medio de aquel terrible silencio, y aun aquellos que no los oían, pero que veían levantar y caer el martillo, estremecieronse de horror. Y a todo esto, ni un grito, ni una queja, ni una palabra de ira o de dolor exhaló el paciente, nada que diese lugar a burlas por parte de sus enemigos, nada para que pudiesen compadecerle sus fieles.

—¿Hacia qué lado quieres que esté vuelto? —preguntó bruscamente un soldado.

—Hacia el Templo —contestó el pontífice—. Que vea, muriendo, la santa casa que quería profanar.

Los operarios levantaron la cruz y la llevaron enhiesta al sitio en que debía colocarse. A una señal del pontífice la dejaron caer en el hoyo, y el cuerpo del Nazareno cayó también pesadamente, quedando sujeto sólo por las sangrientas manos. Mas tampoco se le escapó entonces ningún grito; sólo la frase sublime:

—¡Oh, Padre!, perdónalos, pues no saben lo que hacen.

La cruz, que descollaba sobre todo cuanto había a su alrededor, destacábase negra sobre el fondo azul del cielo, y su aparición fué recibida con un aullido de salvaje alegría. Todos cuantos podían ver y leer la inscripción de la tablilla colocada sobre la cabeza del Nazareno la repetían en voz alta, y como fué llegando de boca en boca hasta los que estaban más distantes, pronto llenó el espacio el grito burlón y fatídico:

—¡Rey de los judíos! ¡Salve, Rey de los judíos!

El pontífice, con más fina intuición, comprendió que

significado se habría podido dar a la inscripción aquella, y protestó inútilmente para que la quitaran. Así el Rey, con el título que le era debido, contempló con ojos moribundos la ciudad de sus padres, tranquilamente extendida a sus pies, aquella ciudad que tan ignominiosamente le había arrojado y renegado de El.

El sol estaba ya muy alto y sus ardientes rayos teñían de oro las cimas de los montes y de púrpura las vertientes de las cordilleras lejanas. En la ciudad, los templos, los palacios, las torres, los obeliscos y los pináculos parecían elevarse orgullosamente al cielo, sabedores de su esplendor y de su indescriptible magnificencia. De improviso un ligero velo pareció descender de lo alto y envolver la tierra, primero como una imperceptible desaparición del día y luego como un crepúsculo precoz; después se fué haciendo más denso y comenzó a atraer la atención de los espectadores: cesaron las risas, los gritos enmudecieron, y los hombres, dudando de sí mismos, se miraban unos a otros; dirigieron de nuevo sus miradas al sol, después a las montañas, que parecían alejarse; después al cielo, que comenzaba a cubrirse de sombras, y por fin a la colina en donde se desarrollaba la triste tragedia. De uno a otro objeto vagaban sus ojos, atónitos, llenos de desconocido temor.

—No es más que un poco de niebla, una nube pasajera —dijo Simónides, procurando tranquilizar a Ester, que se había asustado—. No tardará en pasar.

Ben Hur pensaba muy diversamente.

—No es niebla ni es nube —dijo—. Los espíritus celestes, los santos y los profetas tratan de ocultar el oprobio de esta escena. En verdad te digo, Simónides, que como es cierto que Dios existe, es cierto también que el que está pendiente de la cruz es el Hijo de Dios.

Y mientras Simónides reflexionaba, asombrado sobre aquellas palabras, Ben Hur se aproximó a Baltasar, arrodillado allí cerca, y púsole la mano sobre el hombro.

—¡Oh sabio egipcio! Escucha: tú sólo tenías razón. El Nazareno es verdaderamente el Hijo de Dios.

Baltasar repuso con voz apagada:

—Yo le ví, tierno infante, en el pesebre; no es extraño que le haya reconocido antes que tú. Mas, ¿por qué había de ver yo este día? ¿Por qué no había de morir como mis compañeros? ¡Oh, cuánto más dichosos Melchor y Gaspar que yo!

—Consuélate —dijo Ben Hur—. Sin duda que también ellos están aquí

La oscuridad iba haciéndose cada vez más densa, sin que por esto se interrumpiese el trabajo en la cima del Gólgota. Uno después de otro, los ladrones fueron clavados en sus cruces, y éstas hincadas en sus sitios. Entonces la guardia se retiró, y el pueblo, como oleada que allí convergiese de todos lados, avanzó hasta el pie de las cruces. Risas de escarnio y palabras de burla se oían contra el Nazareno.

—¡Ja, ja, ja! ¡Sálvate, si eres Rey de los judíos! —gritó un soldado.

—Sí —dijo un sacerdote—; si descende de la cruz, creeremos en El.

Otro movían la cabeza con aire de duda, diciendo:

—¡Podía destruir el Templo y reedificarlo en tres días, y no puede salvarse a sí mismo!

Nadie ha sabido nunca valorar el oscuro poder del prejuicio. El Nazareno jamás había hecho mal al pueblo; por el contrario, lo había favorecido en más de una ocasión; muchos le veían entonces por primera vez, y sin embargo, ¡contradicción extraña!, le llenaban de insultos y de maldiciones, y compadecían, en cambio, a los dos ladrones.

Las tinieblas, que iban en aumento, atemorizaron a Ester, como aterrorizaron a millones de espectadores más animosos y más fuertes que ella.

—Vayámonos —dijo dos o tres veces—. Padre, esta es la amenaza de Dios. ¡Quién sabe si sucederá algo terrible! Tengo miedo.

Simónides era obstinado. Hablaba poco, pero pare-

cía presa de gran agitación. Viendo que al final de la hora primera la multitud agrupada en torno de las cruces había menguado, propuso a sus compañeros aproximarse más a la cima. Ben Hur ofreció el brazo a Baltasar, pero el egipcio subió hasta allí sin dificultad. Desde su nuevo sitio no podían ver claramente al Nazareno, sino sólo distinguir confusamente un cuerpo colgado. Pero podían oírle, y les llegaban sus suspiros, que revelaban un agotamiento de fuerzas mayor que el de sus compañeros, los cuales a intervalos llenaban el aire con prolongados ayes y aullidos.

La hora segunda transcurrió como la primera. Para el Nazareno fueron horas de afrentas, de provocaciones, de muerte lenta. Sólo habló una vez en todo aquel tiempo. Algunas mujeres fueron a arrodillarse al pie de su cruz. Entre ellas reconoció a su Madre, a quien acompañaba su discípulo predilecto.

—Mujer —dijo levantando la cabeza—, he aquí a tu hijo.

Y al discípulo:

—He aquí a tu Madre.

Llegó la hora tercera y aún el pueblo permanecía en torno de la colina, atraído por una fuerza misteriosa. Pero ahora estaba más tranquilo, y sólo de cuando en cuando se perdía en la oscuridad algún grito. Desfilaba silencioso por delante del Nazareno, y silenciosamente fijaba en Él sus ojos. Este cambio se había efectuado también en los guardias a raíz de haberse repartido a suertes las ropas del Crucificado; soldados y oficiales formaban ahora un grupo aparte, vigilando más al divino reo que a la blasfema multitud; si un suspiro escapaba de sus labios, si en el paroxismo del dolor movía la cabeza, se ponían inmediatamente en guardia. Más asombroso era aún el cambio operado en el primer sacerdote y en su séquito, los doctores que habían tomado parte en el juicio nocturno, y que habían sido los más tenaces perseguidores de la Víctima. Cuando reinó la oscuridad comenzaron a decaer sus ánimos. Había entre ellos algunos muy versados en astronomía y

familiarizados con los fenómenos celestes, que tanto atemorizaban en aquellos tiempos a las masas; gran parte de su saber lo habían adquirido de sus más remotos antecesores, que habían vivido antes del cautiverio, y en el servicio del templo habían tenido ocasión de acrecentarlo. Estos, así que el sol comenzó a apagarse y las montañas y los collados fueron esfumándose, se agruparon en torno del Pontífice con objeto de discutir el fenómeno.

—La luna está en su lleno —decían—, y esto no puede ser un eclipse.

Después, no pudiendo contestar a la pregunta que les inquietaba, y no acertando a explicar la creciente oscuridad, en su interior comenzaron a relacionarla con el Nazareno, y se apoderó de ellos un gran terror. Ocultos detrás de los soldados, atentos al menor movimiento y espiando cada palabra del Nazareno, se decían en voz baja:

—Ese hombre podría ser el Mesías, y entonces...

Mientras tanto, Ben Hur, que conservaba todavía aquel nuevo sentimiento de paz, oraba para que se acelerase el fin. Comprendía el estado de ánimo de Simónides, en quien la fe luchaba con la duda; veía su ancha frente arrugada por el esfuerzo de su pensamiento; le veía dirigir al sol miradas interrogativas, como buscando la razón de aquellas tinieblas. Y no le pasaba inadvertida la solicitud con que Ester le contemplaba, procurando dominar sus temores para condescender a los deseos de su padre.

—No tengas miedo —le decía Simónides—; muéstrate tan atenta como yo. Tú podrás vivir dos veces más de lo que yo he vivido, pero tú no verás una maravilla mayor. Permanezcamos hasta el fin; quizá tendremos otras revelaciones.

Cuando había transcurrido la mitad de la hora tercera, algunos hombres, miserables de la más baja ralea, moradores de las tumbas extramuros de la ciudad, se situaron delante de la cruz central.

—Miradlo —dijo uno—: he aquí el nuevo Rey de los judíos

Y los demás añadieron riendo:

—¡Salve, salve, Rey de los judíos!

—Si eres verdaderamente el Rey de los judíos o el Hijo de Dios, baja de la cruz —vociferaron.

Y uno de los ladrones, cesando de quejarse, gritó al Nazareno.

—Sí, si tú eres Cristo, sálvate y sálvanos.

El populacho rióse y aplaudió; y mientras esperaban la respuesta, oyeron que el otro malhechor decía al primero:

—¿No temes a Dios? Nosotros hemos recibido el justo castigo de nuestros crímenes; pero ese Hombre ningún mal ha hecho.

Los espectadores quedaron asombrados, y en el silencio que siguió, el segundo malhechor añadió dirigiéndose al Nazareno:

—¡Oh, Señor! Acuérdate de mí cuando entres en tu reino.

Simónides se estremeció. “¡Cuando entres en tu reino!” Esta era precisamente la duda que atormentaba su mente en aquel instante, la duda sobre la que tanto había discutido con Baltasar.

—¿Has oído? —le dijo Ben Hur—. El reino no puede ser de este mundo. Ese testigo, en los umbrales de la muerte, ha afirmado que el Rey tomará posesión de su reino, y lo mismo he oído yo en mis sueños.

—¡Silencio! —dijo Simónides con tono imperativo—. ¡Calla, te lo ruego! Si el Nazareno contestase...

Y mientras hablaba, el Nazareno contestó con voz clara y sonora:

—En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Simónides juntó las manos y dijo:

—¡No más, no más, Dios mío! Las tinieblas se han desvanecido: ya veo con otros ojos; como Baltasar, yo veo con los ojos de la verdadera fe.

Por fin, el viejo siervo había obtenido la merecida

recompensa. Su cuerpo, descoyuntado por la tortura, no había de curarse nunca, y el recuerdo de los pasados sufrimientos jamás había de borrarse; pero de pronto aparecíasele una vida nueva más hermosa que la terrena, y su nombre era: Paraíso. Allí encontraría él el soñado reino, y al Rey en cuya pro había trabajado. Un gran sosiego invadió todo su ser. Pero entre los doctores y los sacerdotes agrupados al pie de la cruz reinaban la consternación y el espanto. Ellos habían condenado al Nazareno por haber predicado por todo el país que El era el Mesías, y ahora, desde la cruz, con mayor seguridad que nunca, no sólo les confirmaba su misión, sino que prometía a un malhechor las dulzuras de su reino. Se estremecieron ante las consecuencias de su acción, y el mismo soberbio pontífice tuvo miedo. ¡Quién prestaba a aquel hombre su convicción sino la verdad, y de quién procede la verdad sino de Dios!

La respiración del Nazareno hacía más fatigosa; sus suspiros eran ya estertores; ¡sólo tres horas en la cruz habíanle bastado para morir! La noticia corrió de boca en boca, y todos enmudecieron; cesó de soplar el viento, y añadíase a la oscuridad un ambiente sofocante. Nadie que no lo supiese habría dicho que en las vertientes de aquella colina estaban reunidos tres millones de personas: ¡tanta era la tranquilidad! A través de las tinieblas, por encima de la cabeza de los más cercanos, pasó el grito del moribundo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Estas palabras causaron en cuantos las oyeron un estremecimiento extraño; Ben Hur sintióse irresistiblemente conmovido.

Los soldados habían colocado a poca distancia de las cruces un recipiente con vino y agua. Con una esponja inmersa en el líquido y colocada a la extremidad de una caña, podían humedecer la lengua de los condenados. Ben Hur recordó el sorbo de agua que el Señor le había ofrecido en la fuente de Nazareth; se sintió

impulsado, y cogiendo la esponja, la introdujo en el recipiente. Después corrió hacia la cruz.

—¡Déjale estar! —gritó encolerizado el pueblo—. ¡Déjale estar!

Sin hacer caso de los gritos, se llegó a ella y humedeció los labios al Nazareno.

¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!

Aún el rostro, claramente visible para Ben Hur, y sucio como estaba de sangre y de polvo, se iluminó por repentina sonrisa; los ojos se dilataron y fijáronse en un punto que sólo ellos veían allá en el cielo, y de los labios de la Víctima se escapó un grito de alegría, casi de triunfo:

—¡Todo está consumado!

Así un héroe, muriendo, celebra con un último vitor su postrer victoria. La luz de sus ojos se extinguió, y su coronada cabeza se dobló lentamente sobre el fatigado pecho; Ben Hur creyó que todo había concluido, pero toda el alma del Nazareno se reconcentró en un supremo esfuerzo, y él y los que estaban más próximos pudieron oír sus últimas palabras, pronunciadas en voz baja, como si las dirigiese a alguien que estuviese allí escuchándole:

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Un estremecimiento recorrió los martirizados miembros; sonó un grito de terrible angustia, y su misión y su vida habían terminado. Su gran Corazón, tan rebo-sante de amor, se había despedazado: ¡ésta, oh lector, fué la causa de su muerte!

Ben Hur volvió junto a sus amigos y les dijo lacónicamente:

—Todo ha acabado: ha muerto.

La triste nueva se esparció rápidamente por la multitud; mas nadie la repitió en voz alta: sólo escuchóse un prolongado murmullo que se propagaba en todas direcciones: “¡Ha muerto! ¡Ha muerto!” La voluntad del pueblo se había cumplido: el Nazareno estaba muerto; mas todos se miraban unos a otros aterrorizados. ¡Su sangre caería sobre sus cabezas! Y mien-

tras recíprocamente se miraban, la tierra comenzó a temblar y un aullido de espanto salió de todos los labios. En un momento se disipó la oscuridad, y a la claridad del sol reaparecido pudieron todos ver las cruces vacilantes por las sacudidas del terremoto. La de en medio parecía elevarse gigantesca sobre las otras, como si el centro de gravedad estuviera para ella en el cielo. Y todos cuantos habían vilipendiado al Nazareno, todos cuantos le habían pegado, todos cuantos le habían condenado a muerte de cruz, todos cuantos habían deseado desde lo más recóndito de su corazón su muerte, sentíanse personalmente señalados por la ira divina y amenazados por el Cielo.

Entonces comenzó una loca dispersión de hombres a pie, a caballo, en camellos y sobre los carruajes; y como si la naturaleza estuviese enojada contra ellos y quisiese por sí misma encargarse de la defensa y de la venganza de la inocente Víctima, la oleada del terremoto perseguía, resquebrajando la tierra bajo sus pies, arrojándolos unos contra otros, arrancándolos gritos de terror nunca vistos. ¡Su sangre caía sobre sus cabezas! Ciudadanos y forasteros, sacerdotes y laicos, mendigos, saduceos, fariseos, todos huían, atropellándose en su desesperada fuga. Si invocaban el nombre de Dios, la tierra contestaba a su ultraje con nuevos sacudimientos, castigándolos por igual a todos. El gran sacerdote fué derribado al suelo, como los otros, y sus espléndidas vestiduras fueron pisoteadas, y su boca colmada de polvo. El y su pueblo habían llegado a igualarse en una cosa: la sangre del Nazareno había caído sobre las cabezas de entrambos.

Cuando la luz del sol iluminó la escena de la crucifixión, la Madre del Nazareno, el discípulo y las mujeres de Galilea, el centurión con sus soldados, Ben Hur y sus compañeros eran los únicos que habían quedado en la colina; demasiado ocupados en proveer a la propia salvación, no se dieron cuenta de la general huida.

—Siéntate aquí —dijo Ben Hur a Ester, obligando—

la a sentarse a los pies de su padre—. Tápate los ojos y no mires; pon toda tu confianza en Dios y en el alma del Hombre tan injustamente asesinado.

—No —dijo Simónides reverentemente—; desde ahora hablamos de El como del Cristo.

—Sea —contestó Ben Hur.

Fué entonces cuando el terremoto conmovió la colina. Los gritos de los ladrones sobre las tambaleantes cruces eran terribles. Aunque aturdido por el movimiento del suelo, Ben Hur tuvo tiempo de dirigir una mirada a Baltasar, y lo vió tendido en tierra e inmóvil. Inclínose sobre él y lo llamó, mas no obtuvo respuesta. ¡El buen hombre había muerto! Entonces Ben Hur recordó haber oído un grito casi en contestación a las últimas palabras del Nazareno; no había vuelto la cabeza para ver de dónde procedía, pero hasta el último día de su vida conservó el convencimiento de que el espíritu del egipcio había acompañado a su Maestro hasta los umbrales del prometido Reino. Esta idea no se la sugería únicamente el grito que había oído. Si la fe había sido merecida recompensa en la persona de Gaspar, y el amor en la de Melchor, muy justo era que quien en su vida había tan noblemente comprendido y practicado las tres virtudes reunidas, Fe, Amor y Buenas obras, hubiese sido escogido para un galardón mayor.

Los siervos de Baltasar habían abandonado a su señor, y cuando todo hubo concluído, los dos galileos condujeron a la ciudad el cadáver del anciano, sirviéndole de ataúd la propia litera. ¡Triste cortejo el que entró por la puerta meridional del palacio de los Hur a la hora crepuscular de aquel memorable día! Casi a la misma hora era descendido de la cruz el cuerpo de Cristo.

El cadáver de Baltasar fué colocado en la habitación de los huéspedes. Todos los siervos le rodearon llorando, porque todos le habían amado en vida; pero cuando vieron su semblante tranquilo y sonriente de inefable felicidad, enjugaron las lágrimas y dijeron:

—Conformémonos. Más feliz es esta noche que lo era al salir esta mañana.

Ben Hur no quiso confiar a un doméstico la misión de participar a Iras la muerte de su padre. El mismo fué en su busca para acompañarla junto al cadáver. Figurábase la pena que tendría la doncella al verse sola en el mundo: momento de olvidar y de perdonar era entonces. Recordó que no había preguntado por qué no formaba parte de la comitiva ni dónde estaba tampoco; recordó que ni siquiera se había acordado de ella, y reflexionando con remordimiento sobre este olvido, estaba dispuesto a hacer las paces, ahora mayormente que tan vivo dolor iba a causarle. Sacudió la cortina de su puerta, y aunque oyó en su interior el retintín de las campanillas, no obtuvo respuesta alguna; la llamó por su nombre y en voz alta: nadie contestó. Levantó la cortina y penetró en la estancia: no estaba allí. Subió rápidamente a la terraza, pero tampoco la encontró. Por los domésticos supo que nadie la había visto en todo el día, y después de haber registrado en vano todos los rincones de la casa, Ben Hur volvió a la habitación de los huéspedes y ocupó el sitio que correspondía a la hija junto al cadáver de su padre. Su corazón estaba agradecido a la bondad de Cristo, que en los umbrales del Paraíso se había dignado llamar a Sí el alma de su viejo y fiel servidor.

Cuando se hubo mitigado la tristeza producida por la muerte de Baltasar, y al noveno día de su curación, conforme prescribía la ley, Ben Hur condujo a su casa a su madre y a Tirzah. Desde aquel día fueron siempre reverentemente asociados los dos mayores nombres que hayan sabido nunca pronunciar lengua humana: DIOS PADRE y CRISTO HIJO.



EPÍLOGO

Cinco años habían trascurrido desde el día de la crucifixión, y Ester, la esposa de Ben Hur, se encontraba sentada en su estancia en la bellísima quinta de Miseno. Era un caluroso medio día de primavera, y el sol de Italia resplandecía ardiente sobre los mirtos y los rosales del jardín. Todo el mobiliario era romano; únicamente el traje de Ester era a la moda hebraica. Tirzah y dos niños que jugueteaban encima de una piel de león que cubría el pavimento, le hacían compañía, y bastaba fijarse solamente en el cuidado con que velaba por los pequeñuelos para comprender que eran sus hijos. El tiempo se había mostrado generoso con ella, y los años no habían disminuído su belleza. Al convertirse en señora de la quinta había realizado uno de sus más queridos ensueños.

A interrumpir esta sencilla escena doméstica vino un siervo, que desde la puerta dijo:

—Una mujer hay en el atrio que espera hablar con la señora.

—Introdúcela. La recibiré aquí.

Tras de breves instantes apareció la extranjera. Al verla, la judía se levantó e iba a hablarle; mas después vaciló, cambió el color y por fin dijo, retrocediendo:

—Me parece recordaros, buena mujer; sois...

—Iras, la hija de Baltasar.

Ester disimuló su sorpresa y ordenó al doméstico que acercase una silla.

—No —dijo Iras fríamente—, me voy en seguida.

Las dos mujeres quedaron contemplándose. Sabemos lo que era Ester: una mujer bellísima, una madre dichosa, una esposa contenta. Mas era evidente que la fortuna no había tratado con igual favor a su antigua rival. La figura alta y flexible conservaba todavía algo de su gracia; pero una mala vida había impreso sus huellas en toda su persona. Su semblante se había hecho vulgar; sus grandes ojos se habían enrojecido, se habían hinchado sus párpados, tenía las mejillas pálidas y demacradas; los labios, duros y cínicos, y un desaliño general la hacía parecer precozmente vieja. Su traje estaba sucio y lleno del barro del camino.

Iras fué la primera en romper el silencio.

—¿Son tuyos esos niños?

Ester la miró y sonrióse.

—Sí. ¿Deseas hablarles?

—Los asustaría —contestó Iras.

Después se acercó a Ester, y viéndola retroceder ligeramente, dijo:

—No tengas miedo. Traigo un mensaje para tu marido. Dile que su enemigo ha muerto, y que la miseria a que me condenó ha sido la causa de que le matase.

—¿Su enemigo?

—Messala. Dile, además, que por el mal que le deseé he sido tan terriblemente castigada, que aun él me compadecería.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Ester, que hizo ademán de hablar.

—No —añadió Iras—. Yo no quiero ni compasión ni lágrimas. Dile, finalmente, que he descubierto que ser romano equivale a ser un bruto. Adiós.

Iba a partir, mas Ester la detuvo.

—Quédate y habla con mi marido. No siente por ti rencor. Ben Hur será tu amigo. Somos cristianos.

La egipcia se paró.

—No, yo soy lo que he querido ser. Dentro de poco todo habrá terminado.

—Pero... —dijo Ester dudosa—. ¿No podemos?... ¿Nada deseas?... Nada que...

El rostro de la egipcia reveló su conmoción, y la sombra de una sonrisa vagó por sus labios. Y mirando a los niños que jugueteaban sobre el pavimento, dijo:

—Algo hay que...

Ester siguió la dirección de su mirada, y con rápida intuición comprendió su deseo.

—Puedes hacerlo.

Iras se acercó a los niños, y arrodillándose sobre la piel de león, los besó a ambos. Levantóse lentamente, los volvió a mirar; después se encaminó a la puerta y salió sin despedirse siquiera, caminando presurosa y desapareciendo antes de que Ester se decidiese a seguirla.

Ben Hur, al enterarse de la visita, tuvo la prueba de lo que había sospechado hacía tiempo, esto es, que el día de la crucifixión, Iras había abandonado a su padre para arrojarle en brazos de Messala. Esto no obstante, salió inmediatamente con sus siervos y recorrió los alrededores buscándola inútilmente. La bahía azul, que ríe tan inocentemente bajo los besos del sol, oculta secretos muy negros. Si pudiese hablar, ella nos referiría el fin que tuvo la egipcia.

.....

.....

Simónides vivió hasta muy avanzada edad. En el año décimo del reinado de Nerón abandonó la dirección de su colosal hacienda de Antioquía. Su comercio fué próspero hasta su último momento.

Una tarde de aquel año hallábase sentado en su poltrona en la terraza del almacén. Ben Hur y Ester con sus tres niños estaban con él. La última de sus naves gallardeaba en la rada del río; las demás habían sido vendidas. Desde el día de la crucifixión sólo una pena había turbado la serena tranquilidad de su existencia: la muerte de la madre de Ben Hur, y aún su tristeza hubiera sido mayor sin el consuelo de su fe cristiana. La nave aludida había llegado el día anterior de Roma, trayendo la noticia de las persecuciones de que eran

blanco por parte de Nerón los cristianos de la capital. La familia estaba en la terraza comentando la noticia, cuando se presentó Malluch, que estaba todavía a su servicio, entregando a Ben Hur un pliego.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó el judío después de su lectura.

—Un árabe.

—¿Dónde está?

—Ha partido inmediatamente.

—Escucha —dijo Ben Hur a Simónides.

Y leyó en alta voz la siguiente carta:

“Yo, Ilderim, hijo de Ilderim el Generoso, y jeque de la tribu de Ilderim, a Judá, hijo de Hur:

”Si quieres saber, oh amigo de mi padre, lo mucho que éste te amaba, lee el escrito que te incluyo. Su voluntad es la mía; por consiguiente, lo que él te dió, tuyo es.

”Todo cuanto los parthos le arrebataron en la batalla en que sucumbió lo he recobrado, este escrito entre otras cosas, y toda la descendencia de aquella Mira que en sus tiempos fué madre de tantas estrellas.

”La paz sea contigo y con los tuyos.

”La voz del Desierto es la voz de

”ILDERIM, jeque.”

Ben Hur desdobló un rollo de pergamino amarillento como una hoja seca de moral, y lo extendió con el mayor cuidado. Después leyó:

“Ilderim, llamado el Generoso, jeque de la tribu de Ilderim, a mi hijo y sucesor:

”Todo cuanto poseo, oh hijo mío, será tuyo el día en que yo muera, excepto mi propiedad cerca de Antioquía, conocida con el nombre de Huerto de las Palmeras. Esta dejo al hijo de Hur, que tanta gloria nos procuró en el Circo, a él y a los suyos perpetuamente.

”Honra constantemente a tu padre.

”ILDERIM EL GENEROSO, jeque.”

—¿Qué dices a esto? —preguntó Ben Hur a Simónides.

Ester cogió las cartas alborozada, y las releyó en voz baja. Simónides seguía silencioso. Sus ojos estaban fijos en la nave y parecía pensativo. Por fin habló.

—Hijo de Hur —dijo gravemente—; el Señor ha sido muy bueno contigo en estos años últimos, y tú le debes gratitud profunda. ¿No ha llegado, por fin, el día en que hemos de decidir a qué objeto destinaremos la inmensa fortuna que su bondad ha querido acumular en tus manos?

—Lo he decidido hace ya tiempo. La fortuna ha de emplearse al servicio de Quien nos la concedió; no una parte de ella, Simónides, sino toda. El problema está reducido a estos términos: ¿De qué modo aprovechará mejor a nuestra causa? Aconséjame, te lo ruego.

Simónides repuso:

—Yo soy testigo de las grandes sumas que has entregado a la Iglesia de Antioquía. Ahora, juntamente con la dádiva del generoso jeque, nos llega la noticia de las persecuciones de nuestros hermanos en Roma. Un nuevo horizonte se abre ante nosotros. La luz no debe extinguirse en la capital.

—Dime lo que he de hacer para reavivarla.

—Te lo diré. Los romanos, aun Nerón mismo, consideran sagradas dos cosas, las únicas que yo sepa: las cenizas de los muertos y los sepulcros. Si no puedes construir templos para el Señor a flor de tierra, constrúyelos en sus entrañas, y para librarlos de la profanación, sepulta en ellos los cadáveres de todos cuantos mueren en la fe verdadera.

Ben Hur se puso en pie y exclamó conmovido:

—¡Grandiosa idea! No perderé un momento en ponerla en práctica. La necesidad es urgente. La nave que nos trajo la noticia de los sufrimientos de nuestros hermanos me llevará a Roma. Partiré mañana.

Después dirigió la palabra a Malluch.

—Cuidate del equipo de la galera y haz que esté dispuesta para partir mañana. Tú me acompañarás.

—Está bien —dijo Simónides.

—¿Y tú, Ester, qué dices? —preguntó Ben Hur a su esposa.

Ester se acercó a él amorosamente, y poniendo una mano sobre su hombro, dijo:

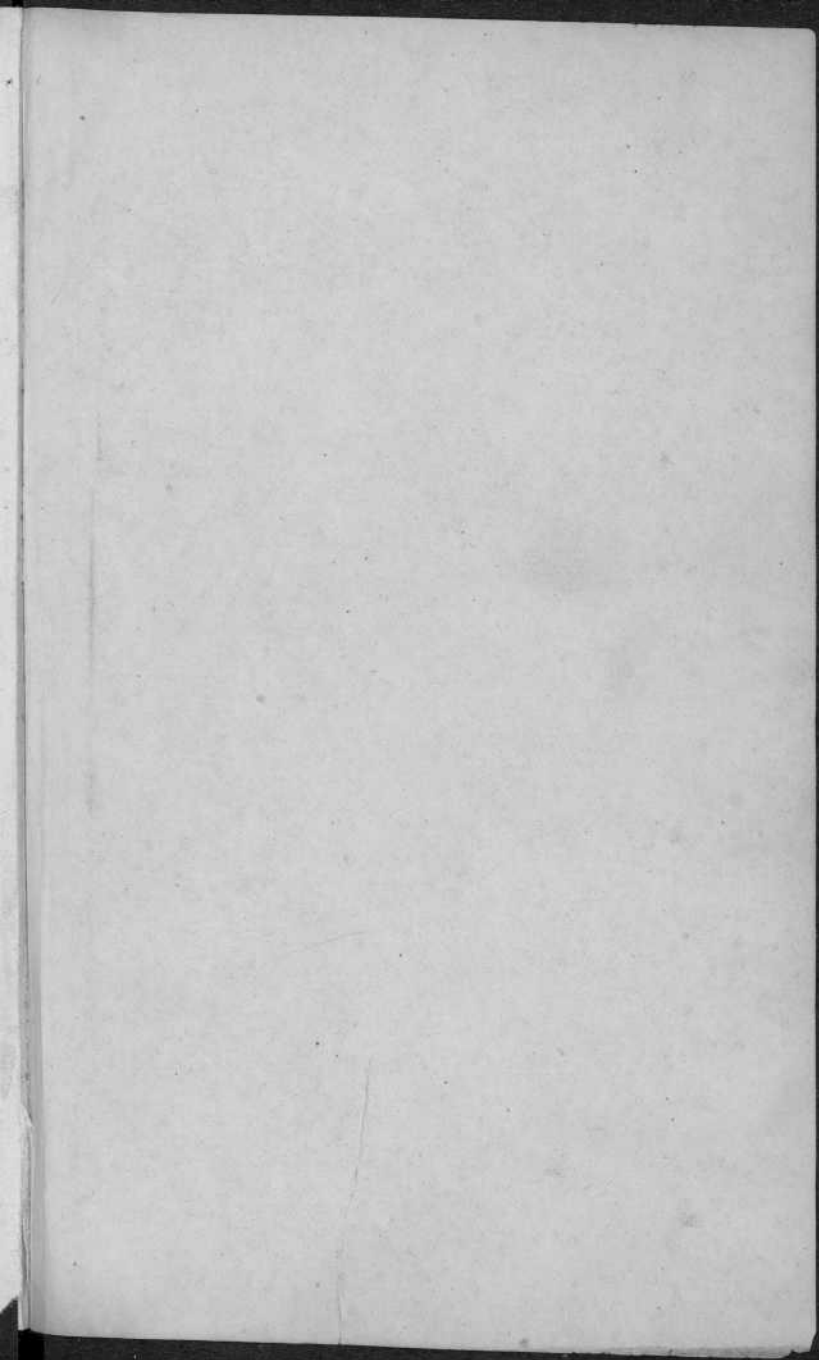
—Esta es la mejor manera de servir a Cristo. ¡Oh! esposo mío! Yo no quisiera ser para ti un obstáculo; pero déjame partir contigo si te soy útil.

.....

.....

Si alguno de mis lectores, hallándose de paso en Roma, visitare las catacumbas de San Calixto, que son más antiguas que las de San Sebastián, podrá ver en qué fué empleada la fortuna colosal de Ben Hur, y no podrá menos de agradecersele. De aquel vasto recinto funerario salió el Cristianismo para sobreponerse a los Césares.

FIN DE LA OBRA.



— ¿Y cómo se llaman esas ciudades?

— En la Esperanza, que tiene un progreso. No tiene un progreso.

— ¿Y en la Esperanza? ¿El progreso? ¿Y qué es eso?

— La Esperanza es una ciudad de servicio. Es una ciudad de servicio. En la Esperanza, que tiene un progreso. No tiene un progreso.

En algunos de los libros de Wallander de esta época, visitare las católicas de San Lorenzo que son una antigua iglesia de San Sebastián, podrá ser que que fue empleada la fortuna obesa de San Juan y en algún momento de su vida. De algún vasto mundo, fueran el valle el C. A. A. para reforzar la vida.

FIN DE LA OBRA





L. WALLACE

BEN HUR

21325